LILY PEROZO

LA CAÓTICA VIDA DE LAUREN



Derechos de autor © 2024 Lily Perozo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPITULO 4
CAPÍTULO 5
CAPITULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPíTULO 16
CAPíTULO 17
CAPíTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPíTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPíTULO 24
CAPíTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPíTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPíTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPíTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
ADELANTO
NOTA DE LA AUTORA
Agradecimientos

LA CAÓTICA VIDA DE LAUREN

LILY PEROZO

TAN SOLO ESTABA EXPLORANDO
LOS LIMITES DE LA REALIDAD.
TENIA CURIOSIDAD POR VER QUE PASARIA.
ESO ERA TODO: SIMPLE CURIOSIDAD.

JIM MORRISON

Lo que te hace sentir bien
no te puede causar ningún daño.

JANIS JOPLIN

MUCHOS GRUPOS DE MIERDA SON MILLONARIOS.
PERO NO ES NUESTRO CASO.
UN GRUPO BUENO NO ES EL QUE TE HACE
MOVER UN RATO EL PIE.
SINO EL QUE DESATA TU IMAGINACION.

LEMMY KILMISTER





CAPÍTULO 1

1962: Maryland - Estados Unidos

Madeleine Lewis y Patrick Russell llevaban un año de noviazgo, a pesar de que se conocían desde niños, ya que fueron juntos a la misma escuela y secundaria; no fue sino hasta que él regresó de estudiar su carrera de negocios en Harvard, que se reencontraron en una fiesta y se dieron cuenta de que estaban enamorados.

No tenían planes de casarse pronto, disfrutaban libremente de su relación de noviazgo; no obstante, debido a la Guerra Fría, vivían en constante zozobra por un posible ataque nuclear por parte de la Unión Soviética; no eran más que constantes amenazas que convertían la resolución

del enemigo en un espejismo.

Por otra parte, se luchaba La Guerra de Vietnam que formaba parte de la crisis y que repercutía en todo el país. La cruda realidad de esos conflictos políticos terminó estallándoles en la cara, cuando una noche, mientras estaban sentados en el sofá de la casa de los padres de Madeleine, el cumpleaños de Patrick salió en la lotería, lo que dejaba claro que el hombre que amaba debía ir a cumplir con su deber al sur de Vietnam, con la intención de derrocar a las guerrillas para evitar que el comunismo apoyado por China y la URSS siguiera ganado aliados y poder a nivel mundial.

Madeleine se echó a llorar desconsoladamente, enseguida él la refugió entre sus brazos, mientras le aseguraba que todo estaría bien, quería ser positivo, a pesar de que tenía la voz rota y el corazón latiéndole desaforado. No podía ocultar que estaba muerto de miedo.

A Patrick le dieron dos semanas para preparar todo antes de marcharse, los primeros dos días fueron los más duros, porque ni siquiera podía asimilar su caótica situación; además, le partía el corazón ver a su novia y a su madre tan desconsoladas, mientras que para su padre era un orgullo que fuese a servir al país. Al parecer, a él no le importaba si en esa guerra perdía a su único hijo.

A pesar de que contaba con poco tiempo, no quería marcharse sin demostrarle a Madeleine que el amor que sentía por ella era genuino y que deseaba que pasaran toda la vida juntos, por lo que le pidió que se casaran.

No necesitaron de mucho para celebrar su unión, sus amigos más allegados, unos pocos familiares y una barbacoa.

No contaban con los recursos ni mucho menos el tiempo para adquirir una casa y hacer de ella un hogar, por lo que Patrick se llevó a Madeleine a vivir en su casa. Aprovecharon los pocos días antes de que él tuviera que partir y se entregaron con intensidad al amor que los unía.

Seis semanas después, mientras Patrick estaba luchando contra el Viet Cong para impedir la reunificación de Vietnam bajo un gobierno comunista, Madeleine descubrió que el resultado de la entrega de su amor nacería en pocos meses.

Eso fue motivo para que una vez más se sintiera desbastada, no estaba preparada para tener un hijo en las condiciones que atravesaba, no con su marido en medio de una guerra, no con esa angustia que constantemente le atenazaba el corazón. Su suegra hacía su mejor esfuerzo por ayudarle a mantener vivas las esperanzas de que Patrick volvería pronto, lo cierto era que el panorama se hacía cada vez más complicado.

Sus padres se mostraron felices con la noticia de su embarazo, incluso le pidieron que se fuera con ellos; ya que, en su estado necesitaría de más cuidados. Madeleine se negó, no quería dejar a sus suegros solos, ya que sus padres por lo menos contaban con la compañía de Melanie y Melania, sus dos hermanitas; en cambio, sus suegros tenían lejos y en constante peligro a su único hijo.

Cada vez que recibía cartas de Patrick, sentía que su corazón descansaba de tanta zozobra. Él le aseguraba que estaba bien, le preguntaba por el estado del embarazo y le prometía que pronto volverían a estar juntos.

Ella le envió un par de fotos cuando su vientre empezó a notarse, para que viera lo bien y mucho que estaba creciendo su hijo, trataba de ser optimista en cada una de sus misivas para no preocuparlo. Además, evitaba salir a la ciudad, ya que en todo el país se habían desatado una serie de protestas, la nación estaba polarizada entre los que abogaban por continuar la guerra y quienes deseaban la paz inmediata.

Por las tardes caminaba un rato por el parque e iba hasta el borde del algo, donde se

dedicaba a tirar piedrecillas. Estar rodeada de bosques, ríos y lagos era lo que más le gustaba de vivir en Maryland, porque amaba la naturaleza. Como cada día regresó antes del anochecer para ayudarle a Christina a preparar la cena, ya que su suegro solía llegar hambriento de la concesionaria. Así se pasaban los meses, mientras esperaba que Patrick regresara de Vietnam para poder formar su propio hogar.

Le faltaban aproximadamente cuatro semanas para dar a luz a su hijo; no obstante, ese viernes 22 de noviembre de 1963, ver por televisión la noticia del asesinato del presidente John F. Kennedy la hizo entrar en labores de parto. Su preocupación rebasó todos los límites; no solo se trataba de perder al presidente de la nación, sino que su marido en Vietnam quedaría a la deriva, ellos se convertirían en presas fáciles para los comunistas. Estaba segura de que China y la Unión Soviética, sacarían provecho del vacío de poder.

Siete horas después, tuvo por primera vez entre sus brazos a su pequeño Lenny, con unos ojos tan azules como los de su padre y con apenas unos hilitos dorados adornando su cabeza. Jamás olvidaría el día de su nacimiento, no solo por ser su primogénito, sino porque no tenía a Patrick a su lado, habían asesinado al presidente y todo era un caos; aun así, su niño era un destello de la más pura luz entre tanta penumbra.

Patrick se perdió más de un año de la vida de su hijo, no estuvo ahí cuando le salieron sus dientes, tampoco cuando dijo sus primeras palabras, ni cuando dio sus primeros pasos.

Le dieron de baja debido a que resultó herido en combate y terminó perdiendo el ojo izquierdo, aunque en realidad, sintió que en Vietnam dejó más que eso, una parte su alma también se perdió en ese lugar. Por lo que, se refugió en el alcohol, ya que solo estando completamente ebrio conseguía dormir por varias horas y no despertar a medianoche con un ataque de pánico.

A pesar de que amaba más que nunca a Madeleine y a su hijo, ese sentimiento no era suficiente para arrancar de su memoria todos los horrores vividos durante la guerra, y estaba convirtiendo la vida de su mujer en un infierno. Ella tan joven, con tantos sueños por cumplir, no hacía más que atender a su hijo, su hogar y a un alcohólico que no aceptaba sus culpas y se terminaba victimizando, porque ahora debía aprender a vivir con todos los horrorosos recuerdos y una prótesis ocular. Sabía que para él no había sido fácil estar en la guerra, pero para ella tampoco lo fue quedarse a la espera de que algo pudiera pasarle.

En la pequeña celebración que le hicieron a Lenny por su tercer cumpleaños, se emborrachó tanto que hizo un espectáculo decadente; al día siguiente, sus padres tomaron cartas en el asunto y le hicieron ver que, no solo estaba arruinando su vida, sino también la de las personas que lo rodeaban. Esa misma noche fue por primera vez a una reunión de alcohólicos anónimos.

Al principio fue muy difícil, luchó duramente contra la abstinencia y recayó un par de veces, pero tenía a su lado a las personas adecuadas que le ayudaron a no desistir. Empezó a trabajar con su padre en la concesionaria, y Madeleine comenzó a dar clases en la escuela local a los niños del cuarto año, mientras a Lenny lo cuidaban su madre o su suegra.

Para cuando Lenny cumplió los cinco años, él ya estaba recuperado, no había tenido recaídas en un buen tiempo, pues no necesitaba del alcohol para lidiar con sus traumas, los recuerdos de la guerra se hacían difusos y menos dolorosos.

Ahorró todo lo que pudo para comprarle una casa a Madeleine; así que, después de cinco años le cumplió la promesa que le hizo el día que se casaron y conformaron su propio hogar. Era una hermosa casa de dos pisos con tres habitaciones a la que tuvieron que hacerle algunas remodelaciones.

La ubicación era perfecta para Madeleine, quien sacrificó la cercanía a la escuela para que

su hogar contara con la tranquilidad de los suburbios. Detrás tenían un gran bosque, un lago pequeño y al frente un parque inmenso en el que Lenny y todos los hijos que desearan tener, podrían jugar libremente, y a pocos minutos tenían una iglesia.

Poco tiempo después, la noticia de que Lenny tendría un hermano hizo que la felicidad se hiciera más intensa. Madeleine a pesar de todos los malestares que le suscitaba estar embarazada, se sentía mucho más plena y segura, sabiendo que esta vez tendría la compañía de su marido.

Fue bastante irónico que su hija Susan, naciera un catorce de abril, fecha en la que se conmemoraba el asesinato de Abraham Lincoln. Ella no era supersticiosa y pensaba que solo se trataba de una casualidad que sus dos hijos hubiesen nacido en fechas tan trágicas.

Fuera de eso, sus hijos eran el sol de sus mañanas y la fiesta de su vida, la hacían tan feliz, que se le hizo muy difícil desprenderse de ellos el día que tuvo que volver a dar clases en la escuela. Sus hijos se turnaban de niñeras, ya fuera su suegra, su madre o su hermana Melanie. Todas se peleaban por cuidarlos porque eran niños muy tranquilos y obedientes, aunque bastante curiosos y juguetones.

Patrick la sorprendió en su noveno aniversario, al regalarle un paquete turístico de diez días en Acapulco en México, con el fin de poder disfrutar por fin de la luna de miel que la Guerra de Vietnam les robó. Se emocionó porque llevaba muchísimos años queriendo ir a la playa, no iba desde pequeña que sus padres las llevaron a California. Sin embargo, su principal preocupación no se hizo esperar. ¿Con quién dejaría a los niños? No estaba segura de poder pasar tanto tiempo sin ellos.

Patrick dijo que todo estaba planeado, su cuñada Melanie se mudaría por esos diez días a la casa para cuidar de ellos, aprovecharía sus vacaciones de la universidad para pasarla con sus sobrinos; a ella le encantaba quedarse ahí y compartir con Lenny y Susan.

Madeleine, aunque un tanto renuente, aceptó, confiaba que su hermana cuidaría muy bien de sus hijos; después de todo, la más pequeña era Susan y ya tenía tres años, era una niña muy independiente, vivaz y se la llevaba muy bien con su tía, no creía que fuese a extrañar tanto a sus padres; además, les llamarían todos los días.



CAPÍTULO 2

Julio 1971: Maryland - Estados Unidos

Madeleine y Patrick llevaban una semana disfrutando del cálido clima, las bellezas naturales, las aguas cristalinas y el ambiente de fiesta de la zona dorada en Acapulco; donde se reunía, no solo el *jet set* mexicano, sino también internacional, ya que era el destino turístico que estaba en boga.

Vivían una de las experiencias más gratificante de sus vidas, se sentían como una pareja de recién casados, tan compenetrados y con el apetito sexual más elevado que nunca, ahora que contaban con la libertad e intimidad suficiente, hacían el amor todos los días, incluso algunas

veces por las mañanas y las noches. Eso era mucho, considerando que con los niños no era fácil darles rienda suelta a sus deseos. En los días habituales solo lo hacían los sábados por la mañana, que era cuando no tenían que ir a sus trabajos y podían quedarse un poco más de tiempo en la cama; no obstante, debían hacerlo rápido y callados, para evitar que los niños despertaran y no los dejaran terminar.

Ese era uno de los pocos inconvenientes que ser padres significaba, pero escuchar las risas de sus hijos, verlos crecer y compartir con ellos, compensaba todo lo demás. Amaban a sus niños por encima de cualquier cosa y los extrañaban al punto, que muchas veces comentaban lo lindas que serían esas vacaciones si los hubiesen llevado, pero también sabían que no sería lo mismo tenerlos, porque entonces sus prioridades se volcarían a ser mejores padres y no en ellos como amantes.

—Lenny, Susan… vengan a saludar a sus padres —pidió Melanie a sus sobrinos y los vio correr hacia ella.

—Hola, mis pequeños, ¿se están portando bien? —preguntó Madeleine, sonriendo como si sus hijos pudieran verla.

—Hola, mami… sí, nos estamos portando muy bien —dijo Lenny mientras intentaba mantener el auricular en sus manos, pues su pequeña hermana quería quitárselo.

—Dame… quiero hablar con ellos —sollozó Susan, estirándose para alcanzar el aparato.

—Espera un momento, Susie… Ya te lo doy, solo déjame preguntarles si nos han comprado regalos.

—Por supuesto, les hemos comprado muchos —dijo Patrick que había alcanzado a escucharlos.

—Mami, papi… ¿Cuándo vienen? —preguntó Susan, impaciente.

—Ya falta poco, mi amor —respondió Madeleine.

—Es que los extraño mucho —susurró, metiendo su dedo en los espirales que tenía el cable del teléfono.

—También te extrañamos mucho. —El corazón de Madeleine se encogía al escuchar la tristeza en la voz de su pequeña—. Te prometo que pronto estaremos en casa y te dejaremos dormir toda la semana con nosotros, los dos podrán hacerlo —dijo con una sonrisa, aunque sus ojos estaban cristalizados por las lágrimas.

—Sí, dormirán con nosotros. —Patrick apoyó la idea de su esposa, pues también extrañaba mucho a sus hijos.

—Mis pequeños, los llamamos para desearles las buenas noches, no olviden lavarse los dientes antes de irse a la cama —dijo Madeleine.

—Y háganle caso a su tía Mel —les recordó Patrick.

—Mel, cuida mucho de ellos por favor —pidió Madeleine.

—Claro que lo haré, ustedes sigan disfrutando de sus vacaciones.

—Gracias, cuñada —respondió Patrick, sonriendo.

—Los amamos —esbozó Madeleine con un nudo en la garganta.

—Nosotros también —respondieron Lenny y Susan al unísono.

—Los veremos pronto, los amo. —Patrick finalizó la llamada.

Al ver que su esposa una vez más se ponía nostálgica, le sonrió y le dio un suave beso en los labios para animarla. Ella respondió con el mismo gesto, mientras se retiraba una lágrima de la mejilla, tomó la mano que su esposo le ofrecía y salió junto a él hacia el restaurante donde había reservado para tener una velada romántica.

A pesar de que ninguno de los dos tomaba, debido a los problemas pasados de Patrick con

el alcohol, iban a fiestas y se divertían hasta altas horas de la madrugada. Se habían hecho amigos de varios turistas, tanto locales como internacionales, lo que hacía esas salidas más entretenidas.

Regresaron al hotel cerca de las cinco de la mañana, Madeleine llevaba las sandalias en las manos porque tenía los pies adoloridos de lo mucho que bailó, mientras Patrick le envolvía la cintura con un brazo y reían a consecuencias de los innovadores pasos de baile que unos dominicanos intentaron en vano enseñarles.

En cuanto llegaron a la habitación, decidieron ducharse, habían sudado como nunca; bajo la regadera, la pasión les encendió la piel, por lo que entre besos y caricias volvieron a entregarse de la manera más carnal posible. Exhaustos se fueron a la cama, con la firme intención de no levantarse hasta muy tarde.

Fue el insistente y ensordecedor timbre del teléfono el que hizo que despertaran. Madeleine, en medio de gruñidos adormecidos, le dio unas palmadas en la espalda a Patrick, alentándolo a que contestara para que callara, de una vez por todas, el aparato que no la dejaba dormir.

A ciegas Patrick estiró la mano y tomó al auricular.

—Hola —contestó en medio de un lánguido bostezo, mientras se frotaba la cara en un intento por espabilarse un poco.

—Patrick. —Melanie lloriqueó.

—Melanie, ¿qué pasa? ¿Qué sucede? —De inmediato se incorporó en la cama y un terrible presentimiento le aceleró los latidos.

—Pasó algo… algo… —Su llanto se hizo más fuerte.

—¿Qué pasó? ¿Los niños están bien? ¡Melanie! —Se llevó la mano al pecho porque sentía que el corazón iba a estallarle.

Madeleine se levantó con rapidez, todo indicio de sueño se esfumó abruptamente al escuchar a su marido tan alterado.

—¿Qué pasó? ¿Le pasó algo a los niños? —preguntó sobresaltada y con el terror expandiendo sus pupilas.

—No, no puedo… hágalo usted, por favor, por favor —suplicó Melanie, entregándole el teléfono al hombre a su lado.

—Melanie, ¿qué sucedió…? —preguntó Patrick con urgencia.

—Buenas tardes, señor Russell… Le habla el inspector Charles Martin —se presentó usando un tono calmado.

En cuanto Patrick escuchó que hablaba con un policía, sintió como si su temperatura hubiese bajado drásticamente, la boca se le secó y todo su cuerpo empezó a temblar.

—¿Qué pasa, Patrick? —preguntó Melanie, sintiendo cómo si alguien le hubiese capturado el corazón en un puño, al ver la palidez en el rostro de su marido. En realidad, su aspecto se tornó enfermizo.

—Señor Russell, ¿me escucha?

—Sí, sí, lo escuchó. —Atendió al llamado, aunque sus palabras salieron ahogadas.

—Lamento ser portador de malas noticias.

—Mis hijos. —Tragó grueso, o se ahogaría con los latidos.

—Su hija Susan…

—Susan, ¿qué pasó con Susie? —interrumpió al inspector.

Se apartó de un tirón la sábana y se levantó rápidamente, quedando de pie frente a su mujer, que tenía los ojos a punto de salir de sus orbitas y la boca abierta, como si estuviese frente a un fantasma y no a él.

—Susan, ha desaparecido…

—¿Cómo que desapareció? ¡Es una niña, solo tiene tres años! ¡Tres años! —Se alteró y caminó al closet, pero el cable del teléfono no le permitió llegar.

Se volvió para mirar a su mujer que soltó un grito, que pretendió acallar con las manos, mientras negaba con la cabeza y un par de lagrimones corrieron por sus mejillas.

—Lo siento, señor, me gustaría darle los detalles, pero será mejor que lo haga en persona…

—Eso no puede ser, no puede ser… Es una puta broma —dijo alterado, sentía que estaba experimentando un miedo que sobrepasaba a todos los vividos durante la guerra—. Mi niñita… páseme a Melanie, tiene que explicarme lo que pasó. —No era una petición, le estaba ordenando que pusiera al teléfono a su cuñada.

—Por ahora no está en condiciones para mantener una conversación, está bastante alterada —comunicó con cautela—. Será mejor que cancelen sus vacaciones y vengan a casa.

Patrick sintió eso último como un reproche, ¿acaso el inspector lo estaba juzgando por haber dejado a sus hijos al cuidado de alguien más?

No podía ponerse paranoico en ese momento, su prioridad era ir cuanto antes a buscar a su hija.

—Sí, sí… Enseguida vamos a casa.

No tenía tiempo para protocolos, así que colgó la llamada y fue con su esposa que parecía haber entrado en un estado catatónico. Apoyó una rodilla en la cama y la tomó por las mejillas, le secó las lágrimas con sus pulgares, tratando de que lo mirara a la cara.

—Amor, amor… debemos irnos, ahora… —dijo con la voz vibrándole por el miedo, pero siguió sin recibir respuesta—. ¡Madeleine! ¡Reacciona! —Le zarandeó un poco la cabeza.

—Mi hija, Patrick, mi niña —musitó con la mirada perdida—. ¿Qué pasó? No puedo perder a mi hija…

—No sé muy bien qué pasó, no sé… —Apretó fuertemente el único párpado que podía mantener abierto para no llorar, mientras que el otro solo era una cavidad cubierta por la fina piel, en el que solía poner su ojo prostético que había dejado en el lavabo del baño—. Pero vamos a encontrarla, sí, confía en mí… Esto debe ser un malentendido, seguro está escondida, ¿recuerdas cuando se escondió en el cesto de la ropa sucia? Ese día nos dio un gran susto… Vamos, amor… vamos. —Le besó la frente, a pesar de que quería ser optimista, tenía una horrible presión en el pecho que apenas le permitía respirar.

Todo lo que pasó a continuación estuvo impregnado de un aire de irrealidad, era como si estuviesen fuera de sus cuerpos, aunque Patrick abrazaba a su esposa contra su pecho y, en algún momento, una de las azafatas la cubrió con una manta, Madeleine seguía temblando. Su cuerpo se sentía extremadamente débil, como si le hubiesen dragado toda la sangre, sus manos estaban frías y pálidas.

Madeleine se obligaba a no imaginar en cosas terribles, prefería creerle a su marido y pensar que su niña, que era tan curiosa, solo estaba escondida. No obstante, su cerebro la torturaba al enviarle una imagen nítida del lago al fondo de su casa, se estremeció y Patrick la estrechó más entre sus brazos, aunque él también estuviese temblando, ella podía sentirlo, así como el doloroso latido de su corazón.

Cuando el taxi se detuvo a pocos metros de la entrada de su casa, envuelta en la oscuridad de la noche, bajaron y se quedaron sin aliento, al ver los tres autos policiales alumbrados por las luces amarillentas de las farolas de la acera. Patrick casi olvidó pagarle al chofer, así como el equipaje en el maletero, tuvo que devolverse ante los llamados del hombre.

Madeleine corrió por el sendero que llevaba a la entrada, pero antes de que pudiera irrumpir

en su residencia, una mujer policía se interpuso en su camino.

—Señora Russell…

—¿Dónde está mi niña? ¿Ya la encontraron? —interrogó fuera de sí y con la mirada a la ventana de la habitación de Susan, las luces apagadas le provocaron un terrible vacío en el estómago.

—Señora Russell…

—Seguramente está escondida en algún lado, ella suele esconderse, ¿buscaron debajo de su cama? ¿En el cuarto de lavado? —preguntó llorosa, queriendo zafarse de las manos de la mujer policía que la sostenía por los brazos.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Dónde está mi hija? —intervino Patrick, que, en ese momento llegaba hasta ella, no se preocupó por el equipaje y lo dejó en la acera.

—Será mejor que nos acompañe adentro, el inspector Martin los espera —dijo la oficial, mirando discretamente donde la furgoneta, perteneciente a un canal televisivo, que estaba aparcada al otro lado de la calle. Bien sabía que no tardaría en que toda esa situación se convirtiera en la noticia del momento.

La puerta fue abierta por otro agente policial, las miradas nerviosas y casi desorbitadas de Madeleine y Patrick se fueron directas a la sala de estar, dónde los esperaba de pie el inspector Martin y a su lado estaba Melanie con una manta sobre los hombros; al verlos se echó a llorar.

Ellos no pudieron ver más allá de la chica, no se percataron de que también estaba el padre de Patrick y los padres de Melanie, todos con sus facciones transformadas por la angustia y el dolor.

Madeleine fue arrasada por una furia hacia su hermana, porque había confiado en ella para dejar bajo su cuidado a lo más valioso que tenía, quiso correr hacia ella, golpearla, gritarle y exigirle una explicación, pero no se atrevió a hacer nada de eso, porque la casa estaba llena de agentes policiales. Además, cuando vio su rostro hinchado y enrojecido, comprendió que ella misma ya se sentía demasiado culpable.

Patrick sí avanzó hasta Melanie para exigir una explicación.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Susie? —preguntó, tomándola con fuerza por el brazo.

La chica de veintidós años, cabello castaño dorado y ojos grises soltó un jadeo de dolor; enseguida intervino el inspector Martin.

—Señor Russell, suelte a la chica, por favor.

Los azules ojos encolerizados de Patrick se desviaron al hombre de aspecto circunspecto y cejas rojizas pobladas.

—Lo siento Patrick, lo siento… —Melanie se soltó a llorar nuevamente—. De verdad, por favor…

El inspector dio la orden de que se llevaran a la joven y luego les pidió a ambos padres que se sentaran en el sofá que estaba frente al sillón, ese que había estado ocupando, mientras anotaba en su libreta cada pequeño detalle que pudo obtener de la versión de los hechos de la jovencita y demás miembros de la familia.

—¿Hace cuánto tiempo que desapareció mi hija? —Patrick hizo una pregunta que le rompió el corazón.

—¿Ya buscaron bien? ¿Puedo ir a su habitación? —intervino Melanie renuente a aceptar la desaparición de su hija, porque eso no podía ser posible. No obstante, sentir que su padre se le sentaba al lado y le pasaba un brazo protector por encima de los hombros, le confirmaba su más terrible miedo.

—Hace quince horas —respondió Charles, mirándolos con detenimiento. Notó cómo

palidecieron y la madre se llevó las manos a la cara, mientras su padre intentaba consolarla—. Pero vamos a encontrarla —añadió deseando sonar seguro—. Desde temprano se ha desplegado un grupo de búsqueda por los alrededores, tenemos a más de cincuenta oficiales buscando a su hija.

—No entiendo, no entiendo cómo pudo pasar… ¿Qué alguien me explique, por favor? —suplicó Madeleine, volviéndose a mirar a su padre que seguía refugiándola en su abrazo. Aunque se moría de ganas por soltarse de su abrazo e ir a ver si su hija estaba durmiendo en su cuna. Cerró fuertemente los ojos y se llevó las manos a la cabeza, deseando con desesperación despertar de esa terrible pesadilla—. Alguien tuvo que llevársela. Es una niña, no puede ir muy lejos…

—Es la teoría que manejamos hasta el momento —comentó el inspector.

—¿Solo quiero saber cómo alguien pudo llevársela? No creo que hayan entrado a la casa… —Patrick se volvió a mirar a su cuñada que estaba sentada en el tercer escalón de las escaleras, junto a la agente policial—. Melanie, ¿qué pasó?

—Según lo relatado por la señorita Lewis. —El inspector Martin atrajo la mirada de Patrick. Sabía que la joven estaba lo bastante perturbada como para colaborar en ese momento. No era ningún tipo de condescendencia, ya que no desechaba ninguna teoría ni tampoco podía creer al cien por ciento en lo dicho por ella, pero era mejor si era él quien contaba la versión que hasta ahora tenían—. Los niños estaban jugando fuera mientras ella estaba en la cocina con su novio Graham, que vino a destapar una tubería.

Ya el hombre de veintiséis años había prestado su declaración, pero no pudieron retenerlo por más tiempo ahí. Debía ir a su casa porque su madre estaba enferma; no obstante, fue llevado en un auto policial y permanecía escoltado por un agente.

—¡Graham! ¿Qué demonios hacía Graham aquí! —estalló Patrick.

—Te pedimos que no lo trajeras. —Se interpuso Madeleine, desviando la mirada cargada de lágrimas y turbación hacia su hermana. No confiaban en el novio de Melanie, no podían confiar en alguien que fumara marihuana—. Y prometiste que no lo harías.

—Solo vino porque necesitaba ayuda… el… el lavaplatos se tapó… s-s-solo vino por la mañana —tartamudeaba temblorosa, estaba tan asustada y nerviosa que temía que su corazón se detuviera, quizá, eso sería lo mejor que podía pasarle en ese momento, para evadir así la culpa y el dolor.

Madeleine sabía que le mentía y quiso levantarse para sacarle, aunque fuera a golpes, dónde estaba su hija, pero su padre siguió reteniéndola. Fue la voz del inspector la que volvió a captar su atención.

—Como le decía; los niños estaban jugando fuera…

—¿Y Lenny? ¿Dónde está Lenny? —Las alertas se activaron en Patrick y se puso de pie para ir en busca de su hijo, pero antes de que pudiera siquiera abandonar la sala, su padre se interpuso en su camino.

—Él está bien, está con tu madre en casa. Decidimos que era mejor llevarlo a un ambiente más tranquilo.

—Solo fue unos minutos, un par de minutos… —Melanie, consideró que era mejor si ella contaba lo que había pasado—. Lenny la dejó sola unos minutos, él tenía sed y vino a pedirme una limonada… Susan también quería una… Yo no pensé que fuese peligroso para ella, incluso, ustedes la han dejado sola en el jardín por algunos minutos.

—Pretendes exculparte al decir que estuvo bien dejar a la niña sola en el jardín solo porque nosotros lo permitimos, tú debías cuidarla… ¡Debías cuidarla! —rugió Patrick.

—No, no, solo pensé que nada malo podría pasarle —sollozó Melanie, aferrada a la manta que tenía sobre los hombros.

—Patrick, por favor, por favor… —suplicó Madeleine al ver la mirada recriminatoria de su madre sobre él. Después de todo, su hermana solo estaba haciéndoles un favor. Si debían culpar a alguien, debían ser a ellos mismos, por haber dejado la seguridad de sus hijos en manos de una jovencita.

Patrick vio el semblante débil de su esposa, por lo que caminó hasta ella, se sentó a su lado y su suegro permitió que fuese él quien la abrazara. Madeleine se derrumbó sobre su pecho, sollozando, aferrada con las manos temblorosas a las solapas de su camisa.

—Vamos a superar esto, amor… Vamos a superarlo, estoy seguro de que la policía va a encontrar a Susan, vamos a recuperarla —le susurraba, meciéndola en el abrazo.

El inspector les dijo que los dejaría a solas por un momento, él debía salir a hablar con los agentes que estuvieron haciéndole preguntas a los vecinos, aunque los vecinos más cercanos estaban a más de trecientos metros al otro lado de la autopista, atravesando el parque.

Madeleine únicamente pensaba en lo sola que estaba su casa junto al bosque, cualquiera pudo llevarse a su hija y no ser visto.

—¡El lago! —soltó como un lamento—. ¿Han buscado en el lago? —preguntó deteniendo la partida del inspector.

—Ya está un equipo de buzos revisándolo, incluso, hay perros rastreros recorriendo cada tramo del bosque… Señora Russell, estamos haciendo todo lo posible por encontrar a su hija.

Cuando el inspector salió, pudo ver que ya había varios reporteros en el lugar, manteniendo la distancia tras el cordón policial. Inhaló profundamente, preparándose para lo que le esperaba. Los casos de desaparición infantil eran siempre los más difíciles; sobre todo, porque terminaban generando un circo mediático que no acababa bien y erosionaba a las víctimas; en este caso, los padres de la niña. Ya se imaginaba los titulares de los periódicos, se le irían a la yugular por haber estado de vacaciones, nada menos que en Acapulco, mientras su pequeña niña fue raptada.

Tras casi una hora, el padre de Melanie se la llevó a una de las habitaciones para que pudiera descansar, Jeane su madre, fue a la cocina y preparó té, que les trajo. Patrick consiguió dar un par de sorbos a la valeriana, mientras que Madeleine sostenía su taza sobre el regazo, sin poder probarlo y con la mirada perdida en las estridentes luces de los coches policiales que se colaban a través de los cristales de las ventanas. Había dejado de llorar, por el momento.

Los agentes policiales se habían retirado de la sala, pero no se habían marchado, seguían por ahí, en los pasillos, comedor o en el exterior. En cuanto el inspector regresó, Patrick lo atacó con la única pregunta que llevaba una hora rebotando en su cabeza.

—¿Quién pudo llevarse a nuestra niña? —le preguntó mucho antes de que el agente se sentara.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Se sentó porque tenía los pies adoloridos. En frente tenía al padre de la niña, estaba ojeroso, con los codos apoyados sobre las rodillas y una taza de té casi intacta en la mesa baja del centro—. Quizá sea una pregunta bastante obvia, dado el caso de la situación. —Desvió la mirada hacia Jeane que le ofrecía en una bandeja una taza de café—. Gracias. —Asintió, agarrando la taza y volvió la mirada a Patrick Russell—. ¿Tiene idea de quién pudo habérsela llevado? No sé, alguien que haya mostrado interés en la niña… —Vio al padre negar enérgicamente con la cabeza y la mujer sollozó, negando también—. ¿Tienen algún enemigo? ¿Riñas con vecinos?

—No, nada de eso…

—Debe existir un motivo del por qué se llevaron a su hija…

—No, ninguno, no tenemos problemas con nadie —alegó Madeleine, dejando por fuera la opción de algún tipo de venganza. Solo pensó en alguna de esas sectas, como las de Charles Manson, últimamente desaparecían muchas chicas, pero eran adolescentes que caían en manos de degenerados que las violaban, torturaban y luego las asesinaban. Sacudió la cabeza, no quería pensar en eso. Nada de eso podía pasarle a su niña—. ¿Podría ser un secuestro?

—¿Secuestro? —preguntó Patrick desconcertado, no sabía a dónde quería llegar su mujer.

—Quizá alguien necesite dinero… Después de todo, muchos saben que tu padre es dueño de una concesionaria.

—Es posible —dijo Arthur, el padre de Patrick—. Si lo único que quieren es dinero, podemos dárselo y recuperar a Susan. —Era su única nieta, por ella daría lo que fuera.

—Si alguien tiene a mi niña, estará tan asustada, ella es algo nerviosa con los desconocidos.

Madeleine se echó a llorar de nuevo. Estaba aterrada, sentía náuseas y una punzada dolorosa en la cabeza, lo único que deseaba era tener a Susan entre sus brazos y oler sus hermosos cabellos castaño dorado.

Patrick pensó que, si se trataba de un secuestro, probablemente, podría haber sido orquestado por Graham, no confiaba en él y se le daba muy bien manipular a su cuñada, sabía que era un pensamiento bizarro, pero no pudo evitar esas conjeturas. Apretó los puños, conteniendo las ganas de ir a la casa del adicto degenerado para sacarle a golpes el paradero de su niña. Susan era su sol particular, una fuente de alegría constante, ella con su risa hacía que toda preocupación se esfumara, no podía siquiera imaginar la vida sin su princesa.



CAPÍTULO 3

Una semana después de la desaparición de su hija, Madeleine y Patrick habían dormido poco y llorado mucho, eran la triste marioneta de la más despiadada angustia, se paseaban por la casa como alma en pena, mirando a cada rincón, esperando encontrarse con su niña. Sin embargo, no había más que recuerdos de esos momentos felices junto a ella, que terminaban convirtiéndose en dolorosas estocadas a sus corazones.

Esa semana habían ido tres veces a la comisaria a rendir declaraciones, sobre cómo era su comportamiento como padres, habían interrogado a sus más allegados, incluso a su pequeño Lenny, que aún no entendía muy bien lo que estaba sucediendo y solo preguntaba por su

hermana, cada vez que iban a visitarlo a casa de sus abuelos. Decidieron que era mejor dejarlo ahí un tiempo, porque los periodistas no se movían del frente de su hogar y, cada vez eran más; también personas de todas partes empezaron a llenar la cerca con peluches, velas y cartas para Susan.

Madeleine suponía que debía sentirse agradecida por eso; pero no, odiaba cada peluche, cada nota y cada ofrenda porque eso no lo veía como una muestra de apoyo o para infundirles valor. Para ella era como una representación de un colorido y tierno funeral, era como si estuviesen adelantándose a un terrible suceso que tanto a Patrick como a ella les destrozaría la vida.

Debido a que los secuestradores no se habían puesto en contacto con ellos, por sugerencia de la policía, hicieron un comunicado que fue trasmitido a nivel nacional, en el que suplicaron que le devolvieran a su niña y ofrecieron una recompensa por ciento cincuenta mil dólares, mostraron una vez más la foto de Susan, que ya la policía tenía y que también fotocopiaron para repartirla por todo el pueblo; además, le recordaron a los televidentes que ella llevaba un vestido celeste la última vez que fue vista, que como distintivo tenía un par de lunares en la parte posterior del hombro derecho y una cicatriz en la barbilla, que se hizo cuando apenas empezaba a caminar, porque había perdido el equilibrio y se golpeó con el filo del primer escalón de las escaleras.

La semana siguiente seguían sin respuesta de los posibles secuestradores, entonces Melanie y Graham se convirtieron en el centro de atención de la policía y del FBI, le seguían los pasos, estaban atentos a todo lo que hacían y los citaban muy seguido en la comisaría. Ya que en su casa encontraron colillas de tabacos de marihuana, y la versión inicial de ambos tenía ciertos fallos; sobre todo, cuando descubrieron que Graham no llegó esa mañana, como Melanie dijo inicialmente, sino que había pasado la noche ahí.

Patrick, al enterarse, se enfureció tanto que fue a la casa de Graham, y de no haber sido por los vecinos, el joven habría terminado en el hospital, no solo con un ojo amoratado. Patrick estaba llegando al límite, no podía soportar no tener a su hija ni saber nada de ella, tampoco ver cómo la mujer que más amaba estaba siendo desintegrada por la tristeza y la desesperación. Madeleine había perdido varias libras, estaba ojerosa, con el rostro pálido y todo el tiempo como fuera de sí.

Su peor demonio y debilidad más grande, lo tentaba en todo momento, recordaba lo fácil que era evadirse de los problemas cuando se embriagaba al punto de perder el conocimiento. Más de una vez salió con destino al bar más cercano; incluso, se sentaba en la barra y pedía un whiskey doble, pero tras mirar el líquido turbio por casi un minuto, se levantaba, pagaba por el trago que no bebía y se marchaba.

Esa noche se fue directo a la reunión del grupo de Doble A. Cuando llegó, fue el centro de atención, todos ahí sabían que su hija estaba desaparecida. No recibió abrazos, solo miradas llenas de comprensión y palabras alentadoras. El orador inició la charla con la plegaria que solían hacer de despedida, él sabía que Patrick necesitaba en ese momento ser más fuerte que nunca, estaba en un punto de quiebre.

Así que empezó con el mantra que todos los demás siguieron.

Señor, concédenos serenidad
para aceptar las cosas que no podemos cambiar,
valor para cambiar las que sí podemos,
y sabiduría para discernir la diferencia.

Fue en esa reunión que Patrick pudo desahogarse, decir cuanta angustia y dolor llevaba dentro, explicó lo difícil que era para él tragarse sus más crudas emociones, porque necesitaba ser fuerte por su mujer, infundirle a ella, aunque fuera un poco de resistencia para poder sobrellevar ese terrible momento.

Los miembros del grupo mostraron sus deseos de ayudar de cualquier manera, por lo que decidieron hacer un grupo de búsqueda; sí, sabían que la policía y el FBI ya había buscado por el bosque y el lago, pero los agentes no conocían tan bien la zona como ellos, que habían crecido en esa localidad.

Cuando llegó a casa consiguió a Madeleine dormida, él se tendió a su lado, cuidando de no despertarla a pesar de que evidentemente estaba teniendo un sueño intranquilo. Le fue difícil conciliar el sueño y cuando por fin logró dormirse, tuvo sueños aterradores en los que su pequeña Susan estaba muerta, la vio tendida en una zanja poco profunda en el bosque, desenterrada y a medio comer por los animales, cubierta de gusanos. Despertó con el corazón desaforado, sudando y tembloroso, miró el reloj, sobre la mesa de noche, eran las cinco de la mañana.

Agradeció que Madeleine seguía dormida y que no lo vio en ese estado. Al levantarse notó que había mojado las sábanas de sudor. Decidió que iría con sus compañeros de Doble A, en la búsqueda que iniciarían a las siete de la mañana. Se duchó y le preparó desayuno a su mujer, fue a llevárselo a la cama; a pesar de que su suegra sugirió que era mejor si lo hacía ella, pero él no quiso, deseaba que Madeleine se diera cuenta de que la amaba más que nunca y que estaba con ella en ese doloroso momento.

Le daría ánimos, le diría que no iba a seguir de brazos cruzados esperando a que la policía les diera alguna noticia, tampoco aguardaría por una llamada de secuestradores que no estaban seguros si existían. Él mismo saldría a buscar a su niña, revisaría cada rincón, estaba dispuesto a ir a cada casa del vecindario, de ser posible tocaría a la puerta de todas las casas en Maryland, en el país o en el mundo entero, pero no iba a descansar hasta encontrar a Susan. Jamás desistiría.

Tres días llevaban buscando, incluso, más personas del pueblo se habían unido, pero seguían sin encontrar nada que los llevara a Susan, ni siquiera una pista; inevitablemente, para Madeleine y Patrick, las esperanzas de conseguir a su hija con vida iban menguando, lo que hacía que los días transcurrieran en una borrosa nube de miedo, dolor y desesperación. Se concentraron tanto en la búsqueda de Susan, que habían olvidado darle amor y protección a su otro hijo, prácticamente se lo cedieron a sus abuelos, ya que pasaba algunos días en la casa de los padres de Madeleine y otros con los de Patrick; no querían que su pequeño Lenny fuera testigo de lo que ellos estaban sufriendo, aún era muy niño para comprender el calvario por el que ellos estaban pasando.

No obstante, tras casi un mes sin respuestas del paradero de Susan, sintieron la necesidad de que Lenny volviera con ellos. Estaban haciendo un esfuerzo sobre humano para volver a ser una familia, por lo que Madeleine había preparado macarrones con queso, los favoritos de sus niños.

Durante la preparación tuvo que correr al baño de invitados para poder llorar, sin que su hijo ni su marido la escucharan, desde la sala dónde veían un capítulo de la serie: El Agente de Cipol.

No podía olvidar a su hija ni siquiera por un momento. Cada cosa que hacía, cada rincón de la casa le recordaba a su pequeña. Susan estaba en todas partes, mientras cocinaba, esperaba sentir cómo le tiraba de la falda, sus risas agudas, sus llantos de niña consentida con los cuales exigía más atención que Lenny.

Se lavó la cara y volvió a la cocina para servir con una sonrisa que le costaba un mundo, pero sentía que se la debía a su niño; sin duda, Lenny se había visto afectado, estaba mucho más distante con ellos y hablaba muy poco.

—¡La cena está lista! —dijo al tiempo que ponía sobre la mesa del comedor, el envase de porcelana en el que estaban los macarrones.

De inmediato, Lenny y Patrick se levantaron del sofá, pero a mitad de camino, el padre tomó a su niño y lo cargó, en medio de un jugueteó que le hiciera olvidar que ellos habían estado fallando como padres, en las últimas semanas.

—Mira lo que mamá ha preparado, ¿te gusta? —le preguntó Patrick mientras lo mantenía suspendido, como si de un avión se tratara.

—¡Macarrones con queso! ¡Sí! —Fue el momento en que se mostró más emocionado desde que lo habían llevado de vuelta a casa.

—¿Qué se dice? —preguntó Patrick, desviando la mirada hacia su mujer, que, aunque se mostraba sonriente se le notaba que había llorado y seguía con la tristeza fija en las pupilas.

—Gracias, mami, es mi comida favorita. —Sonrió ampliamente, dejando en evidencia que recién había mudado otro diente, pero sus padres ni siquiera lo habían notado o por lo menos no le dijeron nada.

—De nada, cariño, espero que lo disfrutes. —Empezó a servirle.

Patrick bajó a Lenny y le acomodó la silla para que se sentara, luego fue a su puesto al lado de Madeleine.

Ella admiraba a su niño comiendo enérgico, se metía el cubierto repleto de macarrones y sonreía mientras masticaba, eso le daba un poco de alivio a su alma; no obstante, cuando miró a su lado, donde solía estar Susan, las lágrimas le subieron como un torrente a la garganta y se obligó a tragarlas con un generoso bocado de pasta, apenas conseguía fuerzas para masticar.

Extrañaba mucho a su hija, solo pensaba en todas las cosas terribles que pudieron pasarle o que le estarían pasando, ella prefería pensar que alguien más se la había llevado, algún desconocido, no le cabía en la cabeza que su hermana o Graham estuviesen involucrados, ellos adoraban a los niños, a pesar de que el novio de Melanie tuviera su debilidad por la marihuana, era un buen chico, respetuoso, trabajador y muy atento con su madre y hermanas. No le quedó más remedio que convertirse en el hombre de la familia cuando tan solo tenía dieciséis años, porque su padre un día decidió abandonarlos.

—Están ricos, ¿cierto? —dijo Patrick y le guiñó un ojo a su hijo.

—Sí, están muy ricos, mami —respondió, asintiendo sonriente, mientras balanceaba los pies, que debido a la altura de la silla le quedaban despegados del suelo.

—Gracias, cariño. —Odió que su voz saliera rota por las lágrimas contenidas, pero no podía hacer nada, porque así estaba por dentro.

Necesitaba saber de Susan, «¿dónde podía estar?» Era una pregunta que le comía la cabeza. Pensó que quizá Lenny podía saber algo, tal vez vio una pista que le ayudara a saber si ciertamente, Graham estaba metido en el posible secuestro de su niña o, si peor aún, le había hecho daño.

—Cielo —exhaló, llamando la atención del niño y cuando se volvió a verla con sus ojos azules cargados de curiosidad, le sonrió—. ¿Te gustaría contarnos cómo lo pasaste con tu tía Mel y Graham?

—Bien. —Volvió la mirada al plato y se encogió de hombros.

—¿Vino Graham a visitarlos muy seguido mientras estuvimos de viaje? ¿Vino alguien más a casa? —Trataba de ser cautelosa con sus preguntas, por lo que las hacía con un tono de infinito

cariño; sin embargo, Lenny empezó a jugar con los macarrones.

—No, Graham solo vino una vez… ¿Hizo algo malo? —Se volvió a mirar a su padre.

—No, creemos que no. —Patrick negó, sabía que sus hijos estaban muy apegados al chico, aunque nunca fue de su real agrado—. ¿Lo viste hacer algo malo? —preguntó con el pecho oprimido.

—No, creo que no… Solo lo vi besando a la tía Mel… en la boca, como tú besas a mami… ¿Eso es malo?

—No, cariño, eso no es malo, es una muestra de amor, como te hemos dicho —intervino Madeleine—. ¿Te gustaría contarnos sobre la última vez que viste a Susie? —Se aventuró, aunque tenía el cuerpo tembloroso.

Lenny se quedó en silencio con la mirada fija en los macarrones, tratando de recordar esa mañana. Tras casi un minuto de silencio, en el que la tensión en sus padres era palpable, decidió hablar, pero sin encararlos.

—Estábamos jugando afuera. —Señaló por la ventana a su derecha—, mientras tío Graham reparaba la tubería del lavaplatos y tía Mel le ayudaba. Hacía mucho calor y me dio sed… mucha sed, entonces vine a pedirle una limonada a tía Mel, Susie me pidió que le llevara, pero yo me quedé viendo lo que Graham hacía y tía Mel fue a llevarle la limonada, pero ya Susie no estaba. Solo eso, no sé más, no sé dónde está Susie… Lo siento, mami —la voz se le rompió y empezó a llorar—. Lo siento, papi… —chilló con la barbilla temblorosa.

—Tranquilo, pequeño, está bien, está bien. —Patrick enseguida se levantó y lo cargó para consolarlo.

Madeleine apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos, sus hombros se movían por el llanto. Patrick no quería que su hijo viera cómo su madre se derrumbaba por lo que lo sacó de casa.



CAPITULO 4

Octubre 1971: Birmingham – Inglaterra
(Tres meses desde la desaparición de Susan Russell Lewis)

El estridente sonido del teléfono hizo que el detective Michael Townshend, despertara con el corazón acelerado, aún no se acostumbra a que el bendito aparato estuviera sobre la mesa de noche, pero había decidido extender la línea hasta su habitación, porque cuando lo tenía únicamente en la sala, muchas veces no llegaba a tiempo para atender las llamadas que, en su oficio, solían ser realmente importantes.

—Contesta el maldito aparato —refunfuñó su mujer, dándose la vuelta y halando más del edredón.

Michael estiró la mano para contestar, pero antes tropezó con el vaso de agua que solía dejar junto al teléfono, y que terminó en el suelo, sin duda, su mujer se enojaría mucho cuando se diera cuenta de que había mojado la alfombra.

—Hola —contestó, al tiempo que se sentaba y apoyaba la espalda en el cabero, con la otra mano tiró de la cadenita para encender el velador—. Habla el detective Townshend.

—Detective Townshend, disculpe que le moleste tan tarde —se excusó el agente Blandford.

Ese comentario hizo que el viejo detective cogiera su reloj de pulsera para verificar la hora, eran pasada las tres de la madrugada.

—Supongo que debe ser muy importante como para que llames a esta hora —comentó con la voz ronca, tanto por estar recién despierto como por sus casi sesenta años, esperaba ya en tres meses jubilarse y usar los ahorros de toda su vida para largarse al Caribe y comprar una casa.

—Así parece, señor. Emergencias nos redirigió una llamada. Un informante de la calle Adderley, en el área de Bordesley, se comunicó diciendo que, desde hace varias horas, en la casa del otro lado de la calle, se escuchan llantos de niños.

Eso hizo que las alarmas del detective se activaran, llevaban casi medio año, tras una red de tráfico infantil, hasta el momento eran pocas las pistas que tenían y ya habían hecho sin éxito varias redadas en Bordesley y Small Heath, terreno fértil para la violencia, un territorio controlado por la banda de Sabini y los Birmingham Boys.

—¿Especificó si era un llanto o varios? —preguntó, apartando el edredón. Al apoyar los pies en la alfombra, no le quedó dudas de que había bastante agua en el vaso, se dobló y lo agarró, por lo menos, no se rompió.

—Dijo que eran llantos de niños… Seguramente son varios.

—Enseguida voy para allá.

Michael no perdió tiempo en ponerse el traje, solo vistió un pantalón, camisa y una gabardina, porque ese otoño estaba siendo particularmente frío.

Tres patrullas partieron hacia la calle Adderley, ubicada en uno de los barrios bajos y extremadamente pobres de Birmingham. Las calles aún eran de tierra y debido a la lluvia que inició esa tarde y cesó apenas entrada la medianoche, había charcos de lodo por todas partes, lo que hacía un camino bastante irregular para los autos; además, del intenso olor a orina por la mala costumbre de sus habitantes masculinos, de vaciar su vejiga en cualquier rincón.

No planearon llamar a la puerta sino derribarla de inmediato; sobre todo, cuando rodearon la escueta propiedad y escucharon el llanto infantil que intentaban ser opacados por un par de voces de hombres, que parecían estar a punto de perder la paciencia. Cuando los agentes irrumpieron, tomaron desprevenidos a los captores; aun así, abrieron fuego contra la policía, por lo que tuvieron que disparar en defensa propia y terminaron abatiendo a tres hombres, un agente terminó con una herida en el brazo izquierdo.

Manteniéndose en guardia, caminaron hacia la habitación de dónde provenía el llanto, que se intensificó debido al alboroto del tiroteo. Al abrir la puerta, se encontraron en un rincón, sobre una colchoneta sucia, a tres niños aterrados, llorando desesperados y con pocas ropas, por lo que los agentes se quitaron las chaquetas y fueron a cubrirlos.

Se trataba de dos niños y una niña, con edades aproximadas entre dos y cuatro años. Debían estar hambrientos, porque era visible que no habían tenido la mejor alimentación en días o quizá semanas. Al principio tuvieron una actitud bastante reacia, pero en cuanto se dieron cuenta de que le ofrecían el calor de sus abrigos, se aferraron a los agentes como sus tablas de salvación.

El detective ordenó que los llevaran a la comisaria y llamaran a Protección de Menores; asimismo, que le comunicaran a la unidad de investigación y científica para que llegaran al lugar

a recabar pruebas y levantar los cadáveres.

Tras varias horas en las que recolectaron todo cuanto pudieron, no encontraron nada que revelara la identidad de los niños, no había pasaportes o actas de nacimientos, ni siquiera los occisos que, probablemente, no pasaban los veinte años, llevaban consigo algún tipo de identificación; por supuesto, cualquier tipo de documento debía tenerlo el jefe de esa pandilla, que no se aparecería por ahí.

La siguiente semana la dedicaron a hacer contactos con las demás jurisdicciones del Reino Unido, para saber si habían denunciado el secuestro o desaparición de los niños. Repartieron folletos con sus fotografías, lo publicaron en los periódicos y lo informaron por las noticas; de los tres, solo uno de los niños había sido como reportado, se lo habían arrancado de los brazos a su hermana mayor, en un parque en Newham, al este de Londres y fue reportado como raptado.

Se hizo todo el proceso para que el pequeño William de dos años fuera devuelto con sus padres. De los otros dos, no tuvieron respuesta alguna, por lo que fueron llevados al Oratorio de Birmingham, un conjunto de edificios entre los que destacaba la Catedral, la residencia sacerdotal, la escuela de San Felipe y el orfanato San Felipe Neri.

Debido a la falta de documentos que los identificaran, tuvieron que darles nombres provisionales mientras encontraban a sus familiares. El niño de, aproximadamente, tres años, fue llamado Henry, en honor al fundador del edificio; a la niña, la nombraron Lauren como una de las primeras madres superioras del recinto. Habría sido más fácil si la pequeña, también de unos tres años, hubiese podido decir cómo se llamaba, pero su comunicación era casi nula y su actitud bastante retraída.

Los meses pasaron, mientras Lauren y Henry no conocían más hogar que el orfanato y su vínculo afectivo estaba ligado a las monjas que cuidaban de ellos; eran la única representación de madres que tenían, así como para muchos niños más. Aunque el caso seguía abierto, ya la policía había gastado todos los recursos y dejaron de investigar, por lo que los meses se convirtieron en años y para cuando Lauren tenía seis años, empezó a ir a la escuela que estaba dentro del mismo Oratorio.

Tenía una conexión especial con Henry, era lo más cercano a un hermano que conocía, por lo que pasaban mucho tiempo juntos y solían hacer muchas travesuras, como subirse a los tejados y correr por ellos, treparse a los árboles o tomar prestado los hábitos para imitar a sus cuidadoras, lo que traía como consecuencia, severos castigos por parte de las monjas.

Así que, casi todo el tiempo, Lauren debía tender las sábanas de las literas de cinco de las habitaciones, lo que daba un total de unas cincuenta camas; además de trapear los pisos y tener como desayuno, almuerzo y cena avena por una semana. Toda esa fibra en su sistema digestivo le hacía pasar bastante tiempo en el baño. Por su parte, Henry debía rastrillar los patios y ayudarles a limpiar los vidrios de las ventanas, algunas veces terminaba con ampollas en las manos, que cuando iba a la escuela le dificultaba sujetar el lápiz, pero ni eso le impedía seguir haciendo travesuras y arrastrar a Lauren con él.

El trece de octubre Lauren y Henry celebraron su décimo cumpleaños, no sabían si esa era su edad real o si por lo menos nacieron un día como ese, porque en el orfanato tenían casi nula información sobre ellos; de todas maneras, siempre era bueno celebrarlo con un gran pastel de chocolate y la compañía de las monjas, el sacerdote y todos los demás niños, que al igual que ellos, fueron abandonados por sus padres, aunque de maneras distintas.

Los padres de algunos habían muerto; por lo que, fueron llevados al orfanato cuando ya tenían conciencia de lo que significa tener una familia, solían ser los que más sufrían y les costaba mucho adaptarse. Otros fueron separados de sus progenitores debido a los constantes

maltratos a los que los sometían, o irresponsabilidades, como dejarlos solos en sus casas durante mucho tiempo, no alimentarlos ni enviarlos a la escuela; los niños, terminaban encontrando en el oratorio, una mejor calidad de vida, a pesar de que las monjas solían ser muy estrictas.

Muchos, igual que ellos, apenas conocían el significado de la palaba familia, porque las monjas se lo habían contado y por las clases de religión. Sin embargo, tenían idea de lo que se sentía tener padres, abuelos, tíos o hermanos, porque habían llegado demasiado pequeños como para tener conciencia de algo.

Lauren y Henry, estaban frente al pastel, que mantenía encendidas las diez velas, mientras todos cantaban entusiasmados el cumpleaños y los niños esperaban ansiosos el momento para atragantarse de pastel. Las llamas se reflejaban en los ojos marrones claros de Henry y en los grises de Lauren, ambos cargados de la más infinita inocencia y con sonrisas imborrables. Cuando terminó el canto, cerraron los ojos y pidieron sus deseos; ella una muñeca nueva, porque la única que tenía era muy vieja, fue una donación; él, un par de zapatos, de esos que había visto en un comercial en la televisión.

Seguros de lo que tanto anhelaban, soplaron con fuerza; aun así, quedaron un par de velas que Lauren; astutamente, se apresuró en apagar. Henry se lo dejó pasar, porque era la única persona en su pequeño mundo a la que podría perdonarle cualquier cosa.

Disfrutaron de una generosa rebanada de pastel y un vaso de leche tibia, todos estaban felices y corearon la canción que el padre Francis cantó; incluso, jugaron a las escondidas con las monjas. A los niños les gustaba cuando celebraban los cumpleaños, porque ese día solía ser para divertirse; eso sí, después de terminar con sus obligaciones en el hogar y sus tareas.

Esa noche Lauren estaba en su cama en la parte de arriba de la litera, con la mirada concentrada en las grietas y manchas de humedad del techo; estaba tan feliz, tenía aún mucha energía y no conseguía dormirse. Escuchó el típico chirrido casi terrorífico que hacía la puerta de la habitación, luego vio la luz amarillenta rebotar en el suelo y luego en el techo; se hizo la dormida, porque seguro era la hermana Antoinette, haciendo la última ronda para ver si todas estaban durmiendo.

—Lauren, Lauren… ¿Estás despierta?

La niña reconoció la voz susurrada de Henry, entonces abrió los ojos y se encontró con el aro de luz moviéndose de forma circular en el techo. Sacó medio cuerpo de la cama de metal con un escueto y viejo colchón, miró hacia abajo, ahí estaba su mejor amigo, sonriéndole.

—No, no puedo dormir —susurró, temía que alguna de las niñas se despertara y por la mañana le contara a la hermana Antoinette, que un niño se había colado en la habitación. Si eso pasaba, Henry estaría en graves problemas.

—¿Quieres acompañarme al campanario?

—Está bien, pero espérame en el pasillo —murmuró al tiempo que se apartaba las delgadas sábanas, que apenas cubrían el frío otoñal—. Apaga la linterna —le aconsejó.

—Está bien. —Henry apagó la linterna y se marchó.

Lauren solo guiándose por la luz nocturna que atravesaba los cristales del gran ventanal gótico, bajó de la cama, se puso las botas de mediacaña y cubrió su camisón de lino, con un abrigo tejido de lana, de esos que había hecho la hermana Edith.

Cuando se acuclilló para atarse los cordones, escuchó que Emily se movía en la cama, por lo que entró en tensión, se quedó inmóvil, incluso contuvo la respiración. Esperó por casi un minuto, segura de que su hermana seguía rendida, decidió salir sin atarse los cordones, siguió ese reflejo lunar que se extendía por el gran pasillo que formaban las dos hileras de literas, hasta la puerta. Henry la había dejado entreabierta, asomó la cabeza y lo vio pegado contra la pared.

—Date prisa. —Le hizo un ademán de acercamiento con su mano.

Lauren salió, apretando los dientes y con el mayor de los cuidados cerró la puerta, que chirrió un poco. No podían encender la linterna porque corrían el riesgo de ser descubiertos; ya que una luz como esa, fácilmente se colaría por las rendijas de las puertas de las demás habitaciones. Y sabían que la hermana Antoinette solía dormirse tarde por estar estudiando las sagradas escrituras.

Caminaron de puntillas por el pasillo y bajaron las escaleras mientras se tapaban las bocas, sofocando las risitas traviesas. El salón de música y de oración estaban a oscuras. Luego avanzaron por el comedor para ir a la cocina y salir. Henry tuvo que llevar una silla para poder quitar el pasador superior de la puerta, cuando por fin lograron salir a la intemperie, el frío otoñal fue inclemente con sus pijamas desgastadas.

Bordearon la pared del patio que conectaba con el campanario, porque si atravesaban por medio del patio, quizá se los pillaban, ya fuese algunas de las monjas o el padre Francis. Henry tuvo que dejar la linterna en el suelo para poder empujar, con la ayuda de Lauren, la pesada puerta de la torre del campanario.

—Te cuidado, recuerda los escalones —advirtió Henry, porque esa escalera era bastante peligrosa, ya que los escalones eran muy angostos. James, uno de los acólitos se había caído un par de veces, afortunadamente solo terminó con algunos raspones—. Toma mi mano.

Lauren se aferró a la mano de Henry, las escaleras eran un oscuro pasillo en ascenso y era muy probable que pisaran mal y se accidentaran.

—Creo que es mejor si prendes la linterna —sugirió ella. Temiendo pisar la parte delantera de su camisón.

—Sí, es mejor. —Henry de inmediato les iluminó el camino.

Cuando por fin llegaron a lo alto, se toparon con la gran campana de acero colgando de las robustas vigas de madera. No era primera vez que subían ahí, les encantaba ese lugar porque tenía unas vistas hermosas que los hacía soñar con un mundo más allá de la «Pequeña Roma» como le llamaban al conjunto de edificios del que formaba parte el colegio, la iglesia y el orfanato.

Eran pocas las veces que habían conseguido ir más allá de esos muros adosados a los que conocían como único hogar, siempre en compañía de las monjas o el padre Francis y les había gustado mucho. Apoyando las puntas de sus botas sobres algunos ladrillos salientes, escalaron hasta el borde de uno de los ventanales con forma de arco de la torre. Henry fue el primero en subir, se sentó a ahorcajadas en el balaustre de piedra y le tendió la mano a Lauren.

Ambos rieron una vez cumplieron la travesía. Luego, soltaron lánguidos suspiros al mirar la ciudad donde se veían las bombillas encendidas y el humo saliendo de algunas chimeneas. Lauren vio que Henry se llevó la mano al bolsillo del pantalón de su pijama.

—Es para ti, feliz cumpleaños —le dijo, ofreciéndole un pedazo de tela empuñada atada con una hebra de lana.

Lauren se sintió sorprendida al punto que abrió la boca y parpadeó rápidamente, su corazón empezó a latir de prisa.

—¿Para mí? —preguntó emocionada.

—Sí, es por tu cumpleaños…

—Pero… pero, yo… yo no tengo nada para ti —se lamentó, sintiendo que estaba en desventaja con su hermano.

—No te preocupes, no espero nada a cambio. Tómalo.

Lauren tomó la pequeña envoltura y la sopesó.

—Gracias, igual te daré algo… Mi manzana del desayuno.

—No hace falta que lo hagas.

—Te la daré como regalo de cumpleaños —prometió sonriente, luego miró el paquete—. ¿Qué es? —curioseó, elevando ambas cejas y sus ojos grises brillaron bajo la luz de la luna.

—Solo ábrelo. —La instó con una sonrisa nerviosa.

Sentía que le dolía respirar, mientras admiraba a Lauren, sin duda, era la niña más bonita de todo el orfanato, era su otra mitad, por algo estaban tan unidos; fueron encontrados el mismo día y en el mismo lugar. Su procedencia era una incógnita, pero sí sabían la razón por la que estaban ahí. La madre superiora y el padre Francis se encargaron de explicarle de la manera más sencilla y clara posible.

—Está bien —canturreó, inspiró hondamente, al tiempo que halaba un extremo de la tirita, en cuanto se aflojó la tela cedió, dejándole en la palma de su mano una cadena dorada—. ¿De dónde has sacado esto? —Lo tomó para darse cuenta de que era un rosario—. ¿Esto es de la madre superiora? Tienes que devolverlo. Henry, robar es un pecado… —dijo alterada, regresándoselo.

—No es de la madre superiora, y no me lo he robado… —rebatió ofendido.

—Pues, es imposible que tú puedas comprar algo como esto, debe ser muy costoso. —Tenía los ojos muy abiertos de lo impresionada que estaba—. ¿De dónde lo sacaste? —Se volvió a mirarlo a los ojos. Sabía que aceptar algo como eso podría meterlos en serios problemas.

—Me lo encontré, el día que ayudé a limpiar la iglesia, estaba tras el banco en el confesionario. Supongo que se le cayó a alguien.

—Pero debiste entregárselo al padre Francis, igual no podré usarlo. —A pesar de que lo tendía a Henry, él no quería recibirlo—. Imagina lo que pasará si me lo ven.

—Podrás usarlo el día que te adopten. —Negoció con una sutil sonrisa que hacía que sus hoyuelos se marcaran más.

—Sabes bien que no quiero que me adopten, me gusta estar aquí.

—Pero no podemos quedarnos aquí para siempre. Eso también lo sabes. ¿Te gusta? —preguntó más animado.

—Sí, es muy lindo, demasiado… Me lo quedaré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Si alguien llega preguntando, lo devolveremos.

—Está bien, concuerdo contigo.

Entonces Lauren abrazó a Henry y le agradeció por tan lindo regalo, si no llegaban a reclamarlo iba a atesorarlo por siempre. Le mortificaba la idea de que algún día tuvieran que separarse.



CAPÍTULO 5

Julio 1979: Maryland – Estados Unidos.
(Ocho años desde la desaparición de Susan)

Lenny sabía que esos días para sus padres eran bastante difíciles, se cumplía un año más desde que Susan desapreció y eso solo intensificaba la depresión de su madre, por lo que decidió ir con ellos. Tenía un recuerdo muy vago de su hermana, a pesar de que cada rincón de esa casa estaba adornado con alguna fotografía de ella. Y sus padres a través de anécdotas, de las que él no tenía conciencia, se encargaban de mantenerla viva en todo momento.

Ellos seguían sin abandonar la búsqueda de su Susan, ese se había convertido en su único

objetivo de vida, al punto de que, a él, prácticamente, lo habían relegado. Por lo que prefería pasar la mayoría de su tiempo en casa de su tía Melanie.

Ella tampoco estaba pasando por un buen momento, porque a pesar de que había terminado su relación con Graham, hacía unos cinco años, debido a que él cayó peligrosamente en el vicio de las drogas, seguía conservando sentimientos lindos por él. Así que, recibir la noticia de que había muerto a causa de una sobredosis, la tenía devastada.

Graham siempre se sintió bastante culpable por la desaparición de Susan; decía que, si no hubiese llegado a entretener a Melanie, ella no habría quitado su atención de ellos y nada malo habría pasado. Graham era un buen tipo, siempre fue bueno con él, como debía serlo un tío; no obstante, sus padres jamás dejaron de verlo como el principal sospechoso de ese fatídico evento que seguía atormentando a toda la familia. Lenny sabía que eso fue lo que le hizo tocar fondo a su tío Graham.

—Hola, mamá. —Se acercó y le besó los cabellos, mientras ella estaba con la mirada perdida a través de la ventana. Solía pasar horas así, como si esperara que Susan apareciera en el jardín en cualquier momento.

—Hola, cariño, disculpa… No te escuché llegar, ¿tienes hambre? —preguntó, elevando la cabeza para mirar a su hermoso adolescente—. ¿Cómo sigue tu tía Mel?

—No muy bien, pero se repondrá —respondió. Le preocupaba ver los ojos llorosos y las profundas ojeras en su madre, aunque secretamente estaba molesto con ella porque había renunciado a todo en la vida, incluso a él, solo por vivir con la esperanza de encontrar a Susan, lo que la mantenía en una constante zozobra—. ¿Y papá?

—Se fue temprano a la concesionaría, tu abuelo no se siente muy bien… Deberías ir a verlo —le aconsejó, tomándolo de la mano, para que no se fuera tan rápido como solía hacerlo.

—Sí, ahora más tarde pasaré por allá… —No iba a preguntarle a ella cómo se sentía porque bien sabía la respuesta; además, eso la orillaría a que se replanteara sobre su estado emocional—. Ahora me gustaría ducharme y desayunar… ¿Ya comiste?

—No, la verdad no tengo hambre, en la nevera hay macarrones con queso, tus favoritos. —Le sonrió con esa tristeza predominante en sus pupilas.

En realidad, desde hacía mucho que Lenny empezó a odiar los macarrones con queso, porque esa era la manera en que su madre pretendía lavarse las culpas por no interesarse en absoluto en su vida. Pero la comprendía, sabía que no era fácil vivir con la agonía de no saber si su hija seguía viva en algún rincón del país, con gente que no es su familia; o estaba muerta y aún no habían hallado su cuerpo para darle una cristiana sepultura, solo por eso la perdonaba.

—Debes comer, mamá, iré a preparar el desayuno.

—Deja que yo lo haga. —Ella intentó levantarse, pero él no la dejó.

—Yo lo haré, tranquila. —Le sonrió condescendiente y volvió a besarle la cabeza.

—Gracias, cariño.

—De nada, mamá.

Lenny se fue a su habitación dejó en la cama la mochila en la que había llevado ropa para pasar una semana con su tía y bajó a la cocina a preparar el desayuno. No era primera vez que debía atender a su madre, desde el momento en que ella quedó tan vulnerable por la pérdida de Susan, él adoptó un papel de protector y proveedor.

Su padre lo sobrellevaba de mejor manera, quizá ir a trabajar le ayudaba a distraerse, pero su madre no volvió a dar clases, ella no soportaba la idea de relacionarse con niños. Así que, se había recluido en la casa y dejaba que el dolor poco a poco la consumiera. Ni siquiera había aceptado la idea de tener más hijos, a pesar de que su padre se lo propuso en varias

oportunidades, ella sentía que eso sería como reemplazar a Susan y no quería hacerlo.

A Lenny le preocupaba mucho tener que dejarla en enero, cuando empezara la universidad, pero debía seguir con sus estudios; puesto que, encontraba en eso un desahogo a toda esa situación. Sus tías y sus abuelos, ya le habían dicho que no se preocupara, que se fuera tranquilo y que ellos se encargarían de cuidar muy bien de su madre, pero lo cierto era que no podía solo desentenderse de ella.

Preparó panqueques, huevos revueltos y tiritas de beicon. Puso la mesa y fue a buscar a su madre para que viniera a comer un poco o se debilitaría; aún más.

Septiembre 1979: Birmingham – Inglaterra.

A un mes para que Lauren cumpliera los once años, tuvo que enfrentarse a ese momento que tanto había temido, separarse de Henry y de todo cuanto conocía. Habían encontrado a una pareja que la adoptara; a pesar de que le dijo a la madre superiora de que no quería irse y que le suplicó al padre Francis para que intercediera, no consiguió que la decisión fuese revocada.

No podían seguir teniéndola en el orfanato, era necesario que se educara junto a una familia de verdad, que aprendiera lo que se sentía tener unos padres y crear vínculos afectivos con ellos. Le aseguraban que, le gustaría esa experiencia y que se sintiera afortunada, porque no todos los niños corrían con la misma suerte de encontrar personas amables, emocionalmente estables y de buenos recursos.

Lauren no lo entendía, no quería dejar a Henry, era su hermano, su otra mitad, nada ni nadie iba a estar más ligado a ella. Incluso, él intentó convencerla de que irse era lo mejor y que estaría bien, pero sabía que le estaba mintiendo, podía notar en sus ojos que tenía ganas de llorar, le dolía que tuvieran que separarse.

Después de varios días de indecisiones, debido a que sus padres adoptivos no quisieron presionarla, aceptó irse con ellos, con la condición de que la trajeran a ver a Henry una vez por mes.

Se despidió de todos con abrazos, la madre superiora y el padre Francis le pidieron que fuese obediente. Ella dijo que haría su mejor intento de ser una buena niña; en medio de lagrimones, abrazó con fuerza a Henry, repitiéndole que iba a extrañarlo mucho. Solo llevaba consigo su vieja muñeca de trapo, en un descocido que tenía, había metido entre la felpa el rosario de oro, que él le regaló el año anterior.

Era lo único que llevaba porque sus padres adoptivos se habían encargado de comprarle mucha ropa; incluso, ese bonito vestido burdeos que tenía y se lo llevaron para que lo usara ese día. Sus pocos harapos, iban a ser heredados por las demás niñas del orfanato.

—Si quieres, puedo llevarla por ti —pidió Grace con un tono bastante maternal y una mirada cargada de ternura.

Lauren hubiese preferido ser quien llevara su muñeca, pero debía ser obediente; sobre todo porque aún estaba a la vista de la madre superiora.

—Gracias. —Le tendió su única pertenencia.

Grace y Oliver, sus padres adoptivos, le tendieron las manos, ella se mostró un tanto renuente al principio, pero luego se aferró a ellos. Caminó hasta el auto que los esperaba, cuando se volvió a mirar por encima del hombro, ya Henry no estaba. No le quedó más que luchar con las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Subió con la ayuda de su padre al asiento trasero, ellos se ubicaron en los puestos de adelante. Lauren se acercó a la ventanilla y con la mano se despedía de todos los que aún estaban

presenciando su partida, le hubiese gustado ver a Henry una última vez. Sorbió las lágrimas y luchó con el nudo en su garganta, cuando el auto se puso en marcha. Grace se volvió a mirarla por encima del hombro.

—Sé que es difícil para ti, pero te prometo que seremos muy buenos contigo… No te hará falta nada.

Le aseguró con esa sonrisa cariñosa que a Lauren le generaba algo de confianza. Era una señora hermosa, de cabellos rubios a la altura del cuello y ojos verdes, con un talante muy elegante. El señor Oliver, era muy alto, de cabellos oscuros y unos ojos azules bastante atrayentes, porque eran algo saltones.

Sí, físicamente ella se acercaba más a las características del señor Oliver, pelo castaño dorado y ojos grises azulados, también tenía la nariz salpicada de pecas. Lo poco que sabía de ellos, era que no habían podido tener hijos a pesar de muchos intentos. Él señor Oliver era dueño de una fábrica de zapatos, por lo que contaba con la solvencia para ofrecerle la estabilidad económica y emocional que eran requisitos indispensables para poder otorgarle su custodia.

De repente, el sonido de las campanas fuera de horario, la hizo volver la vista hacia la torre, ver a Henry parado al borde del ventanal diciéndole adiós con la mano, hizo que se echara a llorar.

El señor Oliver comprendió que no estaba siendo fácil esa despedida, por lo que detuvo el auto, entonces ella bajó y con las manos en alto se despedía de su hermano. Rio entre lágrimas porque era consciente de que lo castigarían por eso, pero también que a él poco le importaba. No pudo alargar la despedida por más de un minuto, Henry bajó del balaustre y ella se imaginó al padre Francis acosándolo desde el interior de la torre. Le gustó mucho llevarse esa imagen de su hermano, haciéndole la vida imposible a todos. Tras un suspiro, subió al auto y partió rumbo a lo desconocido.

Nunca había hecho ese recorrido, ya que muy poco los sacaban a pasear, los habían llevado al museo, la galería y al ayuntamiento. La última vez que salieron del orfanato, fue en primavera cuando visitaron el Centro de la Naturaleza de Birmingham, donde pudieron ver muchos animales.

Se dio cuenta de que cada vez había más fábricas, la ciudad se hacía más grande y ella se sentía más pequeña, a pesar de que ya estaba por cumplir once años. Iba en silencio y casi encogida en el asiento, sin que nada del camino escapara de sus curiosas pupilas. De vez en cuando, miraba al espejo retrovisor y veía que el señor Oliver la miraba y le sonreía, en respuesta ella se encogía de hombros y plegaba los labios.

La señora Grace, por momentos, le preguntaba si se sentía cómoda o le señalaba ciertos lugares como cuando le mostró a los lejos la plaza Victoria. Lauren le dijo que ya la conocía de cuando las monjas la llevaron al ayuntamiento. Luego, siguieron varios minutos de silencio.

—¿Han paseado en bote por los canales? —preguntó Oliver.

Lauren negó; aunque no era para nada una niña tímida, solía ser muy chispeaste, astuta y muy curiosa, lo que la llevaba a estar constantemente parloteando, pero en ese instante no tenía muchas ganas de hablar, tal vez, se debía a que aún no asimilaba lo que estaba viviendo.

—¿Y te gustaría hacer un paseo en bote? —intervino Grace, que se había sentado de medio lado para poder mirarla mejor.

Lauren se encogió de hombros y apretó más la muñeca contra su pecho. No quería vivir todas esas experiencias si no estaba con Henry.

Oliver y Grace, comprendieron que la niña no quería conversar, por lo que volvieron a fijar la mirada en el camino; él se dio cuenta de que su mujer se había entristecido por la falta de

entusiasmo de Lauren; así que, como único consuelo, le tomó la mano y se la apretó.

Lauren vio aquel amoroso gesto entre ellos y le sorprendió que le gustara, pero enseguida, volvió a mirar una vez más por la ventanilla.

Cuando por fin llegaron a la casa, Lauren sintió un gran vacío en el estómago, al ver la fachada de ladrillos con grandes ventanas blancas y con un hermoso jardín frontal. El señor Oliver le abrió la puerta a su esposa y luego lo hizo para ella; la señora Grace pidió ayudarle con la muñeca y una vez más la tomaron de las manos como hicieron cuando la condujeron desde la puerta del orfanato al auto.

—Bienvenida a tu hogar, Lauren —dijo Grace, con una sonrisa, en cuanto Oliver abrió la puerta.

—Gracias. —Se ahogó un poco, porque sentía que no podía respirar y el corazón le latía aprisa.

Se encontró frente a un gran recibidor con muebles amarillos y azules, paredes blancas y pisos de madera oscura, muy brillantes. Era primera vez que veía un sitio tan limpio.

—¿Quieres ver tu habitación? —preguntó Oliver con verdadero entusiasmo. Lo que hizo que Lauren sonriera y asintiera enérgica, eso le agitaba los latidos en el mejor de lo sentidos.

La puerta de su habitación era blanca y cuando Grace la abrió para ella, se quedó pasmada, al ver lo bonito que era. Una cama con dosel blanco, sábanas rosadas, muchos osos de peluches y muñecas, estantes con cuentos y una inmensa casa de muñecas.

—¿Esto es para mí? —preguntó boquiabierta, todavía sin poder creérselo.

—Así es. —Grace sonreía y tenía la mirada brillante.

—¿Solo para mí? ¿Las muñecas? ¿Todo? —Seguía alucinada.

—Así es, todo esto es tuyo —respondió Oliver, reforzando sus palabras con asentimientos.

—Pero puedo seguir conservando mi muñeca, ¿cierto? —preguntó, viendo su juguete en la mano de Grace, temió que la echara a la basura.

—Por supuesto, sé que le tienes un cariño especial. —Le tendió la muñeca de regreso—. Puedes hacerle un espacio en la cama, ve. —La instó con una caricia en la espalda.

Lauren avanzó hasta la cama y de pronto su mirada fue atraída por la luz que entraba por el inmenso ventanal, las cortinas eran blancas y lilas, todo estaba lleno de colores vivos y había mucha claridad. En ese lugar, era todo lo contrario a la habitación que compartía con sus hermanas en el orfanato, que era tan oscura, con viejos pisos de madera que crujían a cada paso, con olor a humedad y orina.

Aceptó que después de todo, no había sido tan malo ser adoptada; sin embargo, hubiese sido perfecto si Henry estuviese ahí con ella, sabía que aún no podía hacerles peticiones a los señores Spencer, pero en cuanto les tuviera más confianza, les pediría que lo adoptaran también. Les prometería que no tendrían que hacer muchos gastos, porque ella compartiría todo con él, estaba segura de que a su hermano no le importaría dormir en sábanas rosadas.

Los señores Spencer la dejaron sola para que se pusiera cómoda y explorara la habitación sin que se sintiera supervisada por ellos; le dijeron que en media hora la esperarían en el salón principal, para luego pasar al comedor, ya casi era la hora del almuerzo.

Una vez sola, se sentó en la cama y puso su muñeca entre las almohadas, donde había otro par de muñecas nuevas y hermosas, pero ninguna de esas era tan especial como la que ella había traído. El colchón era tan esponjoso, que empezó a rebotar en este, mientras acariciaba la suave textura de las colchas y recorría con la mirada ese hermoso lugar.

Seguía sin creer que fuese solo de ella; así mismo, le llegó de golpe la preocupación, no estaba segura si iba a poder dormir, porque jamás había tenido una habitación para ella sola,

seguro le daría miedo. Tomó la muñeca una vez más, la volteó y metió los dedos por el descocido, tiró lentamente de la felpa cuidando de no agrandar la ranura, una vez que sacó casi la mitad del relleno, encontró el rosario. Ahora no tenía por qué seguir escondiéndolo, por lo que se lo colgó del cuello, para llevar consigo siempre a ese bonito recuerdo de Henry.

No sabía qué les diría a los señores Spencer si le preguntaban de dónde lo había sacado, pero ya se las ingeniaría. Tomó la cruz y besó los pies de Jesús crucificado, cerró los ojos en una plegaría en la que le pedía poder seguir conservándolo.

Una vez abrió los párpados, su mirada de enfocó en la gran casa de muñecas que estaba en el rincón, se levantó y caminó hasta ella, con una sonrisa de fascinación, se acuclilló y miró por cada ventana, era primera vez que veía algo tan asombroso como eso. Sabía que debía dirigirse a la parte posterior para poder mover las piezas de juguetes que estaban dentro, estaba compuesta por una familia, madre, padre e hija.

Pensó que quizá los señores Spencer eligieron esos miembros para que ella fuese acostumbrándose a su nuevo entorno familiar. Pero si tenía la posibilidad de crear su propia familia no quería seguir sintiendo que algo le faltaba, por lo que desechó a la niña y se quedó solo con los dos muñecos más grande, que serían Henry y ella. Así podría imaginar lo que sería vivir ahí con él.

—Henry, en media hora estará la comida, ¿quieres avena? —preguntó imitando la voz de una señora, mientras movía a la muñeca.

—No, estás loca… Quiero un buen filete con patatas asadas y un pudín *Yorkshire*, jamás volveré a comer avena, la odio… la odio —masculló con voz varonil, mientras hacía que el muñeco fuera al encuentro de ella.

Lauren soltó una risita, mientras seguía dándole rienda suelta a la imaginación. Recordando unas de las pocas comidas completas que le dieron en el orfanato, solo porque fue el alcalde a visitarlos.

Se concentró tanto en jugar que olvidó el tiempo, por lo que dio un respingo cuando escuchó que llamaban a la puerta, se levantó y corrió.

—Lo siento, estaba jugando —dijo en cuanto abrió, le fue imposible no sonrojarse al ver al señor Oliver, seguramente estaría molesto por hacer que viniera a buscarla.

—Me alegra saber que estás jugando, no tienes que disculparte. —Le regaló una sonrisa franca que hizo que ella se relajara—. Pero es hora de bajar, ya están por servir la comida.

—Sí, sí…

Miró que él le ofrecía la mano y no dudó de aceptarla, se dejó guiar por el señor, mientras admiraba las fotografías en blanco y negro que colgaban de las paredes del pasillo, concluyó que debían ser parientes de los señores Spencer.



CAPITULO 6

Los siguientes días para Lauren fueron de adaptación y muchos descubrimientos, aún le costaba creer que podía usar un pijama distinto cada noche o ver a los señores Spencer, sentados al borde de su cama, mientras le leían algún cuento antes de que se fuera a dormir; lo cierto, era que ella sabía leer muy bien y podría hacerlo por sí misma, pero le gustaba mucho más que lo hicieran ellos, sentirse atendida y protegida, era algo que verdaderamente empezaba a valorar.

Sus días los pasaba con la señora Grace, que le estaba enseñando a tocar el piano o ciertos modales que debía tener en la mesa, a veces la llevaba al parque o a recorrer las tiendas, donde casi siempre le compraba un sombrero, boina o gorro tejido, tenía de casi todos los colores y modelos. Grace se mostraba orgullosa y se le iluminaba la mirada cuando se topaba con alguna conocida y la presentaba como su hija.

Ya Lauren no tenía que lavar trastes ni trapear pisos, porque estaba la señora Rose, quien se encargaba de todo eso; aunque Lauren no había perdido la costumbre de rezar apenas se despertaba y luego tender su cama. La señora Rose llegaba todos los días a las ocho de la mañana y se iba a las cuatro de la tarde, por lo que la cena era preparada por Grace, que ahora lo hacía con la ayuda de Lauren, mientras conversaban.

Lauren ya se sentía más en confianza, por lo que ahora conversaba mucho con los señores Spencer. Aunque de lo único que hablaba era sobre su vida en el orfanato; después de todo, era lo todo que conocía, pero su tema predilecto era Henry.

—Ya el sábado podrás verlo —dijo Grace sonriente, mientras picaba unas zanahorias

—No puedo esperar a que llegue el sábado —chilló, estaba tan emocionada que se sonrojó y las pecas en su rostro casi se ocultaron.

Los señores Spencer le prometieron que le celebrarían el cumpleaños en el orfanato. Aún no podía llamarlos padres, porque no estaba familiarizada con ese término.

—¿Ya pensaste en el regalo que quieres darle a Henry? —preguntó Grace, contagiada de esa felicidad que desbordaba Lauren.

—No… ¿podemos llevarle comida? Es un glotón —hablaba mientras lavaba los trozos de papa que troceó.

—Habrá suficiente comida en la fiesta, ya hemos organizado todo el banquete, estoy segura de que todos quedarán muy llenos… Piensa en otra cosa, algo que sea solo para él y que pueda atesorar por mucho tiempo y que también pueda darle un buen uso.

Lauren frunció la nariz y se mordió el labio, pensativa.

—No sé, es que no quiero que gasten su dinero… —Lauren frunció la nariz y se mordió el labio, pensativa.

—No te preocupes por eso, cariño. —Le acarició la cabeza—. Solo piensa en algo que le gustaría mucho a Henry.

—Está bien, lo pensaré. —Asintió y su amplia sonrisa era la expresión más fiel de su felicidad.

Cuando Oliver llegó del trabajo, dejó su maletín y las llaves del auto sobre la mesa al lado de la entrada, luego se quitó el abrigo y la bufanda para ponerlo el perchero. Sonrió al escuchar las voces de su mujer y su hija, sin perder tiempo se dirigió a la cocina.

—Buenas tardes —saludó desde el quicio de la puerta con una brillante sonrisa, que correspondía a la de su mujer. Avanzó hasta ella, le dio un beso en la mejilla y otro en el cuello —. Me vuelve loco tu aroma —susurró para que la niña, que los miraba atenta, no lo escuchara.

—Te extrañé —contestó Grace, sonrojada, sonriente y con la piel erizada, debido a ese beso en el cuello.

Después de tanto tiempo en los que reinaba la rabia, la tristeza, la impotencia y la frustración por no poder tener un hijo o hija que les diera alegría y ternura en el hogar, volvían a ser plenamente felices. Tomar la decisión de adoptar no fue fácil, pero sin duda fue la mejor, porque Lauren llegó a sus vidas para unirlos más y para hacer que el amor entre ellos se fortaleciera. Era una niña hermosa, chispeante, extrovertida, inteligente, ordenada, obediente y muy colaboradora.

Oliver desvió su atención hacia Lauren, le dio un beso en la cabeza, cubierta por una boina parisina roja de lana, ese color hacía resaltar los ojos grises azulados y la piel pálida de su rostro.

—¿Cómo estuvo tu día? —le preguntó.

—Muy bien, hoy la señora Grace me llevó a los Jardines Manzoni en Bull Ring para ver la estatua de King Kong —hablaba tan entusiasmada que tenía el pecho agitado.

—¡Vaya! Eso es extraordinario, todo el mundo habla de ella, tendré que ir a verla, ¿me acompañarás? —Se mostró bastante interesado, al tiempo que se acuclillaba para estar a la altura de la niña.

—Sí, claro. —Asintió enérgica y con una gran sonrisa.

—Bien, no se diga más, el domingo iré por fin, a ver esa gran estatua de la que todo el mundo habla.

—¡Es asombrosa! —declaró Lauren.

Grace los miraba sonriente, sentía que la dicha no le cabía en el pecho. Siempre quiso ver esa mirada en su marido.

—Estuve hablando con Lauren sobre su cumpleaños y el de Henry —intervino, halando la mirada de su esposo hacia ella.

—Oh, sí. Debemos hacerle un buen regalo a Henry —comentó al comprender en la mirada de su mujer que debían hacer eso.

Según el expediente de Lauren, tanto ella como Henry fueron rescatados el mismo día, por lo que se criaron como hermanos, casi gemelos. Ambos habían conversado sobre la posibilidad de adoptar también al niño, pero querían vivir todo el proceso con calma, apenas estaban intentando amoldarse a la nueva rutina con la niña. Querían estar seguros de que serían capaces de brindarle amor y estabilidad a los dos, pero por el momento, no querían compartir sus planes con Lauren, lo menos que deseaban era entusiasmarla y que las cosas no salieran según lo planeado.

—Estoy pensando en algo, no sé… Tiene que ser algo muy especial… ¿Verdad? —Se llevó la mano al crucifijo sobre su pecho y lo empuñó.

—Estoy seguro de que elegirás el regalo perfecto. —Le regaló un tierno pellizco en el mentón donde se le podía sentir la cicatriz que tenía. Se levantó y se acercó a su mujer—. Necesito revisar unos títulos de propiedad y firmarlos, estaré en el despacho.

—Entonces, la sucursal es un hecho —comentó Grace.

—Hasta el momento lo es. —Asintió y le dio un beso en los labios, luego salió de la cocina.

Ya a Lauren no le resultaba perturbador ese tipo de muestras de cariño entre el señor Oliver y la señora Grace, porque ellos le explicaron de la manera más sencilla y cariñosa posible, que solo se trataba de una expresión de amor entre marido y mujer.

Una vez que el señor Oliver se retiró, Lauren y Grace siguieron preparando la cena, mientras conversaban, porque la niña estaba en una edad donde era dominada por la curiosidad; además, que su vida en el orfanato fuera tan limitada, la llevaba a hacer preguntas de muchas cosas.

Entre las dos armaron el pastel de cordero, Grace se encargó de poner el estofado de carne en el molde y Lauren esparció el puré de papa por encima, creando una capa gruesa y prolija. Una vez el pastel estuvo en el horno, fueron al comedor a poner la mesa, Grace le enseñaba a Lauren con infinito cariño cómo colocar cada cosa en su lugar y a hacer formas llamativas con las servilletas.

—Voy a sacar el pastel, ¿puedes pedirle a tu padre que venga a cenar?

—Sí, enseguida —contestó Lauren, satisfecha con la rosa que consiguió formar con el pedazo de tela de lino. Sabía que correr dentro de la casa era de mala educación, por lo que caminó rauda y sonriente hacia el estudio del señor Oliver. Tocó la puerta con precaución.

—Adelante.

Pudo escuchar la voz amortiguada al otro lado. Ante la invitación abrió la puerta y se asomó como ya había hecho varias veces, no pasó del quicio, porque una de las principales reglas que la

señora Grace le había hecho memorizar, era no entrar al estudio del señor Oliver, porque ahí tenía documentos muy importantes que no podían correr el riesgo de que se perdieran.

—La cena ya está lista —anunció.

—Gracias —dijo Oliver levantando la mirada de los documentos sobre el escritorio—. ¿Quieres venir aquí un momento? —pidió haciendo un ademán.

Lauren no dijo nada, solo avanzó, le fue imposible no mirar las estanterías color caoba llenas de libros y la gran lámpara candelabro de cristales que colgaba del techo abovedado, el cual le pareció altísimo. Sobre el escritorio había varias cosas, pero lo que más le llamaba la atención eran los portarretratos con marcos dorados, uno tenía la foto en blanco y negro de dos hombres un poco más jóvenes que el señor Oliver con uniformes militares; ella sabía que eran los padres de la señora Grace y el señor Oliver, le contaron la historia.

Eran muy bueno amigos y vecinos, se criaron juntos, incluso se casaron con sus mujeres el mismo día. Se enlistaron en la Segunda Guerra Mundial y murieron defendiendo a su nación, cuando el señor Oliver tenía tan solo cinco años y la señora Grace dos.

Otra fotografía correspondía al matrónimo de los Spencer y algunos otros de parientes, en su mayoría, fallecidos.

—Sabes que este es mi espacio de trabajo —comentó Oliver.

—Sí, la señora Grace me dijo, ¿por qué trabaja tanto? —Sentía la necesidad de tocar la escultura de un precioso caballo en bronce, pero sabía que no podía hacerlo.

—Es que para ser exitosos debemos trabajar, esforzarnos todos los días, poner todo nuestro empeño… El éxito solo se consigue con trabajo y yo quiero que mi compañía sea la mejor del país, quiero poner en tus manos la mejor fábrica de calzados de todo el Reino Unido.

—¿En mis manos? —soltó una risita incrédula—, yo no podría. —Negó con la cabeza—. Soy una niña…

—Pero algún día serás una mujer y quiero que seas tú la que lleve las riendas de mis esfuerzos. —Le puso una mano en el hombro mientras la miraba a los ojos, pudo notar cómo se le iluminaron.

—¿Podré hacerlo siendo mujer? —Sabía que había cosas que las mujeres no hacían, que eran cosas solo de hombres.

—Será tuya, podrás administrarla, sé que lo harás bien.

—¿Tendré que trabajar todos los días? —frunció la nariz. Pensando que eso debía ser agotador.

—No. —Oliver sonrió—. No necesariamente tendrás que trabajar todos los días; además, siempre podrás administrarla con la ayuda del hombre con el cual decidas casarte.

—Y… ¿podría ser Henry? No será mi esposo, pero es mi hermano, él es muy trabajador, puede limpiar los cristales de la iglesia, rastrilla los patios… sabe hacer de todo y nunca parece cansarse.

Hablaba tan entusiasmada que le fue imposible a Oliver no seguirle la corriente.

—Bueno, Henry podría ser una buena opción —comentó sonriente. Hablaba tan entusiasta que le fue imposible a Oliver no seguirle la corriente.

—Se pondrá muy feliz cuando se lo diga.

—Será mejor esperar… dejemos que sea una sorpresa. —
Rio debido a la espontaneidad de la niña.

—Está bien… —De repente, un aparato sobre el escritorio llamo su atención—. ¿Eso qué es? —preguntó señalando, no se atrevía a tocar nada de ese lugar, porque se lo había prometido a la señora Grace.

—¿Esto? —dijo agarrando el aparato metálico en azul y gris—. Es un Walkman, sirve para escuchar música, es como el reproductor de casetes que tiene Rose en la cocina, pero este puedes llevarlo a donde quieras, porque no necesita estar conectado y pesa muy poco.

—¡Guao! También es muy bonito…

_¿Quieres escuchar cómo suena? _preguntó Oliver, agarrando el Walkman.

—Sí. _Asintió aún impresionada con el aparato.

Con una sonrisa cargada de ternura Oliver, se hizo de los auriculares y se los puso. Adoraba ser testigo del semblante de fascinación que Lauren tenía. Le bajó el volumen.

—¿Estás preparada? _preguntó, creando un poco de suspenso.

_Sí. _Y soltó una risita de expectativa.

Oliver hundió el botón y puso a reproducir el casete, los ojos de Lauren se abrieron más, sus iris se movían de un lado a otro, tratando de identificar la canción, mientras mantenía una sonrisa de fascinación.

_¿Te gusta? ¿Qué te parece?

_Es… es como… _No encontraba la palabra adecuada para describir lo que estaba escuchando, el ritmo, los instrumentos, las voces y entonación, todo era nuevo para ella, podía sentirlo apoderarse de su cabeza_. Estridente… _Rio al encontrar una definición que le hacía justicia_. Y diferente.

_¿No habías escuchado rock?

_No, ¿qué es rock? _preguntó encogiéndose de hombros, sentía que su rostro se calentaba, quizá lo tenía muy rojo.

_Es un género musical… ¿Cuál género conoces?

_El de la iglesia, la música cristiana, era parte del coro… _Soltó una carcajada que sofocó al taparse la boca. Le fue imposible no recordar todas las veces que desafinó durante los ensayos, por culpas de las caras que Henry le hacía desde las gradas y terminaba teniendo una reacción como la que justo la dominaba.

—Bueno, existen muchos más géneros.

—¿Y a usted le gusta el rock?

—Mucho, me llena de vitalidad escucharlo, cuando estoy muy cansado pongo algo de Led Zeppelin, que es justo lo que estás escuchando, pero también me gusta, The Rolling Stones o los chicos de Black Sabbath, que son de esta ciudad.

—¿Y cómo se llama esta canción?

—Déjame escuchar —solicitó y le quitó los auriculares—. Oh, sí. Esta es muy buena, se llama *What is and what should never be*.

—¿Yo también puedo escucharlo para sentirme mejor? —siguió latente de curiosidad, mientras enfocaba su mirada en los ojos azules algo saltones del señor Oliver, estaban un poco enrojecidos, quizá estaba cansado.

—Claro, si quieres te presto mi Walkman, así te familiarizas más con el rock, pero si no te gusta, no tienes por qué escucharlo, no lo hagas porque creas que con eso vas a complacerme.

—Está bien, sí quiero escucharlo… Me gusta lo que dice.

Oliver sabía que Lauren solo se dejaba llevar por la intriga, no creía que ella contara con la comprensión suficiente para entender el significado de las letras de esas canciones.

—Está bien, entonces mañana antes de ir al trabajo te lo dejaré sobre la mesa de tu velador. —No se lo daba en ese momento porque no quería que se desvelara investigando cómo funcionaba el aparato—. Ahora, vamos a cenar o la comida se enfriará. —Le quitó el Walkman y lo dejó sobre el escritorio de roble oscuro. Luego se levantó y tomó la mano de Lauren para ir

juntos al comedor—. ¿Qué han preparado de cena? —le preguntó, ladeando la cabeza para poder mirarla.

—Pastel de cordero, yo hice el puré —compartió orgullosa.

—Seguro que ese pastel quedó exquisito.

Justo estaban por abrir la puerta cuando fue abierta por Grace.

—Parece que han estado conversando —comentó sonriente.

—El señor Oliver, me enseñó su Walkman y la música rock —parloteaba Lauren.

—¿Pretendes hacerla una amante de esa música tan escandalosa? —su reproche fue minimizado por una sonrisa y una negación con la cabeza.

La principal causa para que Oliver escuchara el rock con los auriculares era porque Grace alegaba que ese sonido estridente le daba dolor de cabeza.

—Solo le estoy dando la opción de que elija qué tipo de música pueda gustarle —dijo sonriente, ofreciéndole el brazo a su mujer.



CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, Lauren sintió el beso del señor Oliver en su frente y cómo luego le acariciaba con el pulgar la sien izquierda. Enseguida abrió los ojos, solo para asegurarse de que le dejara el Walkman antes de que se fuera al trabajo, porque bien sabía que una vez que él no estuviera en casa, no podría entrar al estudio a buscarlo.

—Buenos días, princesa —saludó con una dulce sonrisa.

—Buenos días —correspondió desperezándose y le fue imposible contener un bostezo.

Notó que ya el señor Oliver estaba listo para irse al trabajo, llevaba puesto un traje azul marino con rayas grises y una corbata en el mismo color. Era casi irreal para ella ser despertada

con ese gesto de cariño, pues siempre lo hacía la voz de la hermana Antoinette, seguida del tintineo de la campana que agitaba y que iniciaba sus días, primero tenía rezar, acomodar la cama, cepillarse los dientes e ir al comedor.

—Si quieres, puedes quedarte un ratito más en la cama, no quería despertarte, solo pasaba a dejarte esto —dijo, colocando el Walkman sobre la almohada, cerca de su cabeza—. Seguramente, Grace, estipulará el tiempo que podrás usarlo, sé obediente, ¿sí?

—Lo seré —dijo aún risueña, poniéndose de medio lado. Se hizo del Walkman y se lo llevó contra el pecho—. Prometo cuidarlo.

—Sé que lo harás. —Le dio otro beso en los cabellos—. Nos vemos por la tarde. Cuídate mucho.

—Gracias, señor Oliver. Usted también, cuídese mucho.

Él le sonrió y salió de la habitación, Lauren de inmediato, se incorporó, quedando sentada en la cama, tomó el Walkman, se puso los auriculares y le dio a reproducir, dio un respingo a consecuencia del potente sonido de los instrumentos musicales, pero terminó riendo fascinada por ese otro descubrimiento.

Tras escuchar unas tres canciones a las que intentaba ponerle atención, vio la puerta abrirse y entró la señora Grace. Enseguida se quitó la diadema de los auriculares y pulsó el botón para detener el casete.

—Buenos días, señora Grace —saludó, al tiempo que ponía el Walkman sobre la mesita de noche.

—Buenos días, cariño. Veo que ya Oliver te está entrenando el oído con su música escandalosa. —Se acercó sonriente a las ventanas y corrió las cortinas, a pesar de que era una mañana bastante gris, la escasa luz matutina le dio otra cara a la habitación.

Lauren se pasó las manos por el cabello y se lo puso detrás de las orejas para despejarse la cara.

—¿Sí te gusta? —le preguntó Grace con curiosidad, al tiempo que se sentaba al borde de la cama.

—Aún no lo sé, porque no es igual a los cantos de la iglesia.

—No. —Negó con la cabeza y rio—. Definitivamente es todo lo opuesto —dijo al recordar cuanto la escandalizaban algunas letras.

—Sí. —Asintió con una risita.

—Bueno, será mejor que nos demos prisa, Lauren…Ve a ducharte para que luego desayunes. En una hora llega tu profesora, no es respetuoso hacerla esperar.

Los Spencer decidieron que Lauren no fuera a la escuela sino hasta el próximo año; sin embargo, se comprometieron a contratar a una maestra para que la preparara para cuando debiera presentar la prueba de admisión para el Al-Furqan Community College.

—Sí, me daré prisa. —Juntó las manos a modo de plegaria y cerró los ojos—. Oremos juntas —la animó, sonriendo.

—Está bien. —La mujer cerró los ojos y también juntó las manos a modo de plegaria.

—Señor, Dios del Cielo y de la tierra, dígnate a dirigir, santificar, guiar y gobernar en este día, nuestros corazones y nuestros cuerpos, nuestros sentidos, palabras y acciones según tu Ley y por el camino de tus mandamientos, para que aquí y en la eternidad, merezcamos, por tu favor, ser salvados y libres. ¡Oh, Salvador del mundo!, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. —Lauren terminó con la oración, abrió los ojos y apartó las sábanas para salir de la cama.

—¿Qué deseas para desayunar?

—Solo quiero tostadas, huevos y salchichas, por favor.

—Está bien, te espero para que desayunemos juntas.

—No voy a demorarme.

Lauren esperó hasta que la señora Grace salió, para tender la cama; aunque le habían dicho que no tenía que hacerlo porque para eso estaba Rose, ella consideraba que la pobre mujer ya tenía muchas ocupaciones, no era fácil mantener pulcra esa casa tan grande. Por lo menos, contaba con la ayuda del señor Martin que era el jardinero, también del señor Arthur que era el chofer y se encargab de hacer las compras.

Se duchó rápidamente y luego abrió el armario, ahora que tenía mucha más ropa se le hacía más difícil elegir qué ponerse, en el orfanato no tenía muchas opciones y si excluía los vestidos para ir a misa los domingos, quedaba con mucho menos. Aún tenía algunos sin estrenar, por lo que se hizo de uno de esos nuevos, era azul marino manga larga, con los ribetes en puños y cuello en encaje blanco, además de una cinta en la cintura también blanca.

Se puso los calcetines que le llegaban debajo de las rodillas y los zapatos de charol blanco, coronados por unos lazos negros. Le gustaban, y lo mejor, era que los habían fabricado en la compañía del señor Oliver.

Luego se hizo una trenza de medio lado y se puso una boina blanca. En el orfanato le tocó aprender a ser autosuficiente desde muy pequeña, porque eran demasiados niños como para que las monjas pudieran brindarle una atención exclusiva. Las mujeres hacían lo que podían con los pocos recursos que tenían.

Se apresuró para salir de la habitación y empezó a correr por el pasillo, pero antes de llegar a las escaleras, recordó que tenía prohibido comportarse de esa manera dentro de la casa, si quería correr, podía hacerlo, cuando saliera al jardín a jugar; así que, ralentizó el paso. Cuando llegó al comedor de la cocina, donde solían desayunar, ya la señora Grace estaba en su puesto, mientras leía una revista y tomaba té.

—Buenos días, señora Rose —saludó al tiempo que avanzaba a la mesa y la mujer se acercó sonriente a apartarle la silla.

—Buenos días, señorita Lauren, luce muy bonita esta mañana.

—Gracias, usted también luce muy linda —respondió con cierto sonrojo apoderándose de sus mejillas. A ella le agradaba mucho la señora Rose, por lo que sabía, era una señora viuda y no tuvo hijos.

—Enseguida le sirvo su desayuno —dijo, asintiendo.

—Gracias. —Lauren también correspondió al asentimiento y luego dirigió su atención a la señora Grace, que con su mirada y sonrisa aprobaba el vestuario que eligió.

Después de un sustancioso desayuno, disfrutaron de un té Assam, mientras esperaban la llegada de la señorita Matilde, con la que se iría a la sala de estudios y no saldría sino pasadas dos horas.

Esa tarde, la señora Grace le permitió escuchar música con el Walkman, incluso le explicó cómo usarlo mejor, cómo sacar el casete y darle vuelta. Era evidente que a ella no le gustaba ese tipo de música, pero tampoco le prohibía que la escuchara, dejaba que se hiciera su propia percepción del género. Lauren lo escuchaba por pura curiosidad, había unas más contundentes que otras, donde los instrumentos no eran tan fuertes ni el vocalista gritaba tanto.

Tras tres días de escuchar por las tardes ese tipo de música, había llegado a la conclusión de que le gustaba mucho, porque le aceleraba los latidos y se encontraba deseando poder escucharla por más tiempo y no por agradar a su padre adoptivo.

El señor Oliver al verla tan entusiasmada, le prestó algunos casetes de varios grupos musicales, podía decir que ya tenía sus favoritos, porque eran los que más le gustaba escuchar. Y

mientras escuchaba The Who, fue que sintió el deseo de que Henry también pudiera conocer esa música, quería saber qué pensaría él. De inmediato, estuvo segura de que el mejor regalo de cumpleaños para Henry, debía ser un Walkman y varios casetes.

Con algo de vergüenza, porque no quería abusar de los señores Spencer, se los dijo durante la cena; después de todo, ellos le habían pedido que pensara en el regalo justo para Henry. Bajó la mirada a su plato, mientras pinchaba un trozo de carne, con lo que intentaba contener sus nervios y su desilusión ante una posible negativa.

—Está bien, mañana por la tarde, después de que llegue del trabajo, podemos ir a comprarlo —comentó Oliver.

—¿¡En serio!? —preguntó, alzando la mirada, buscando en los ojos del señor Oliver un poco de descontento, pero solo notó entusiasmo.

—Claro, si estás segura de que es un buen regalo para él, se lo compraremos —alegó Grace con una genuina sonrisa.

—Sí, yo sé que le gustara mucho. —Reforzó sus palabras con un enérgico asentimiento y una gran sonrisa—. Gracias.

—No tienes que agradecer, nos complace poder hacerte feliz y también hacer feliz a Henry —comentó Grace con sus ojos verdes irradiando serenidad.

—Ahora, termina tu cena —le solicitó Oliver.

—Sí, me la comeré toda.

Le era imposible contener su gran sonrisa, al imaginar la cara que pondría su hermano cuando viera su regalo.



CAPÍTULO 8

Por fin, llegaba el día más esperado por Lauren, no era porque estuviese cumpliendo su décimo primer año, sino porque volvería al lugar que la vio crecer, ese que para ella era su hogar y se reencontraría con las personas que más quería.

Sí, era cierto que los señores Spencer, Rose, Arthur e incluso Martin se habían ganado su cariño, pero no los quería de la misma manera en que lo hacía con Henry, la hermana Edith o la hermana Antoinette, el padre Francis o incluso la madre superiora con su carácter tan regio. Ellos eran su familia, todo lo que conocía y había pasado muy poco tiempo como para olvidarse de todos en el orfanato.

La madre superiora la recibió en la entrada, luego de un abrazo y la bendición, saludó a sus padres adoptivos y los guio hasta el patio central. Lauren se fascinó al punto de soltar un gritito de sorpresa, al ver la decoración con globos y cadenetas en azul y morado. Ahí estaban todos los niños, contenidos por el padre Francis, pero ella solo buscaba a alguien, en cuanto lo vio corrió hacia él y lo amarró en un fuerte abrazo.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo eufórica—. Te traje un regalo.

Le tendió la caja a Henry. Aunque tenían pocas semanas de no verse, le pareció que había crecido mucho más y llevada por esa emoción volvió a abrazarlo.

—¡Feliz cumpleaños, Lauren!

Henry correspondió con la misma intensidad al abrazo de Lauren, la había extrañado mucho. Lucía hermosa, se notaba más elegante, como jamás imagino verla, aunque ella se merecía todo lo bueno, verla bien, le hacía feliz, a pesar de que la extrañaba un poco más todos los días. Ya nada era tan divertido como cuando estaban juntos, nadie secundaba sus travesuras como ella.

El padre Francis los interrumpió para saludar a Lauren, mientras los demás le coreaban a Henry que abriera su regalo.

—No, no, primero tengo que darle mi regalo a Lauren —dijo él, sacándose del bolsillo de su mejor pantalón, una hoja de papel doblada atada por una cinta roja.

Lauren con las mejillas furiosamente arreboladas la recibió.

—Gracias. —Sentía que su pequeño corazón estaba a punto de explotar, incluso las manos le temblaban.

—Sé que no es algo tan significativo ni costoso, pero traté de hacerlo lo mejor posible —argumentó Henry, sentía que un nudo en su garganta le hacía complicado hablar, por lo que tuvo que tragar varias veces, le ponía muy nervioso que todos presenciaran ese momento, pero ya que Lauren tan solo verlo le dio un regalo, no podía esconder el suyo—. ¡Ábrelo! —La alentó haciéndole un ademán con la mano.

—El tuyo primero —cedió ella.

—Primero las señoritas —dijo él.

—Bueno, niños… Que sean los dos al mismo tiempo —intervino el padre Francis.

Ambos asintieron con sus cabezas e inhalaron fuertemente.

Lauren tiró de uno de los extremos de la cinta, sonreía y miraba de soslayo a sus padres adoptivos que estaban a su lado derecho, luego miraba a Henry, solo para encontrarse sus ojos cafés también puestos en ella. Le sonrió y siguió halando de a poquito; hasta que, por fin se deshizo de la cinta y empezó a desdoblar la hoja de papel.

Su regalo era hermoso, un dibujo de ellos dos sentados en el tejado, con un cielo estrellado y una luna llena, ella llevaba su camisón que una vez debió ser blanco, pero cuando lo heredó de otra niña de ahí, ya había tomado un aspecto amarillento. Él, tenía puesta su pijama de rayas grises. Inevitablemente los ojos de Lauren se llenaron de lágrimas.

—¿Te gusta? —preguntó ahogado.

—Sí, es muy bonito, es hermoso…

—Sin duda, he descubierto que Henry tiene un gran talento para el dibujo, mucho más que para el coro —bromeó el padre Francis, quien fue cómplice de ese regalo para Lauren.

Todos rieron debido a la broma del sacerdote, haciendo que la nariz salpicada de pecas de Henry se sonrojara un poco más.

—¿Esto… esto qué es? —preguntó Henry al descubrir la caja.

—Es un Walkman, es para escuchar música —explicó Lauren con una sonrisa—. Hay

varios casetes, espero que te guste…

—También hay un paquete de pilas para que puedas escuchar música por muchas horas —intervino Oliver con una genuina sonrisa.

—Gracias, gracias… Tengo que aprender a usarlo.

—Puedo enseñarte después de que comamos el pastel —se ofreció Lauren, estaba muy feliz de ver la sorpresa fijada en las pupilas de Henry.

—Está bien. —Él asintió con una sonrisa de verdadero entusiasmo.

Lauren sabía que toda esa celebración había sido por cuenta de los señores Spencer, quizá por lo mucho que ella hablaba de cuanto extrañaba ese lugar y también le dijo cómo solían ser los cumpleaños ahí. Por primera vez contaban con una decoración llamativa y alegre; además, llegó un grupo de anfitriones que organizaron juegos y bailes. Hubo comida y bebidas para todos; sin duda, todos ahí se divirtieron como nunca.

Los festejados se encargaron de pedir sus deseos y apagar las velas al mismo tiempo, recibieron abrazos y buenos deseos, comieron mucho pastel, pero como todo lo bueno duraba poco, ya se acercaba la despedida; entonces, Lauren aprovechó para enseñarle a Henry a usar el Walkman, por lo que se fueron a la capilla. Ella soltó una risotada, cuando él dio un respingo debido al potente ruido del rock, pero se fue acostumbrando al sonido y su ceño se fue relajando.

—¿Te gusta? —preguntó con sus ojos fijos en los de Henry—. Es rock —aclaró, al ver que lucía desconcertado.

—Nunca lo había escuchado —respondió sonriente, apartándose un poco uno de los auriculares para poder escucharla mejor.

—Lo sé, yo tampoco, hasta que el señor Oliver hizo que lo escuchara, también me asusté la primera vez. —Su gesto estaba aireado por la picardía—. Te acostumbrarás, incluso, puede que empiece a gustarte como a mí, por eso quise regalártelo, para que tengamos en común, también el rock…

—Entonces, ya me gusta —aseguró, elevando la comisura derecha—. Cada vez que escuche rock, recordaré este momento. —Se aventuró a tomarle la mano.

—Sí, cada vez que escuchemos rock regresaremos aquí. —Dejó descansar su cabeza en el hombro de Henry y soltó un gran suspiro—. Por cierto, ya tengo a mi grupo favorito, el que más me gusta.

—¿Cuál es? —enseguida preguntó, atacado por la curiosidad.

—No te lo diré. —Soltó una risita—. Primero escucha todos los casetes y luego me dices cual te gustó más, entonces yo te diré mi favorito —Se volvió a mirarlo—. Te extrañé mucho, Henry.

—Yo también, Lauren, nada es igual sin ti, pero me hace feliz saber que estás bien, en un hogar donde te quieren y te consienten, ahora tienes unos buenos padres… Si tú eres feliz, yo también.

—Sí, los señores Spencer son muy buenos conmigo, pero extraño nuestros juegos, ver el amanecer desde el campanario; en cambio, tú sigues con tus travesuras, mira nada más el moretón que te has hecho —dijo, señalándole un hematoma en el antebrazo.

—Ya no hago tantas travesuras, porque no tengo quien me secunde; en realidad, ni recuerdo cómo me hice esto —comentó, observando ese moretón que le apareció hacía un par de días.

—Lauren, cariño —habló Grace, entrando con cautela a la capilla—. Ya debemos irnos, recuerda que tu padre quiere llevarte a conocer a tu tía Harriet.

—Sí, cierto… —Se levantó y luego se volvió hacia Henry—. Tengo que irme, pero volveré en un mes… El señor Oliver me prometió que me traería —aseguró, mirándolo a los ojos.

—Está bien, puedes irte… Te prometo que escucharé todas las canciones. —Se levantó y le dio un abrazo.

—Te quiero mucho, Henry —murmuró con los ojos cerrados y haciendo más fuerte el abrazo.

—Yo también.

Tras la difícil despedida de Henry y de todos los demás, Lauren partió rumbo a Londres, donde vivía la hermana mayor del señor Oliver. A pesar de su tristeza, le daba cierta emoción por fin ir a la capital y conocer más allá de lo poco que había visto en Birmingham.

Oliver quiso llevar a Lauren para que conociera los palacios de Buckingham y Kensington; antes de ir a la casa de Harriet. Por supuesto, ella se mostró maravillada con ese ligero vistazo a las residencias de la realeza e hizo cientos de preguntas; para algunas, él no tenía las respuestas, pero intentaba ser ingenioso y no defraudarla con sus vagos conocimientos.

Harriet vivía en Southfield, un barrio muy tranquilo, con zonas verdes y árboles de Auburn franqueando las calles, en una clásica casa «detached» de dos pisos.

—¿Es aquí? —Lauren empezó a sentirse nerviosa, cuando el auto se detuvo frente a la casa de ladrillos rojos con grandes ventanas de marcos blancos.

—Sí, ¿estás emocionada? —Oliver se volvió ligeramente sobre su hombro izquierdo para ver a Lauren.

—Eso creo. —Se ahogó un poco y su voz fue casi un chillido, pero luego soltó una risita.

—Sé que te llevarás muy bien con los niños, Paul es de tu edad —intervino Grace, que notaba el nerviosismo en su hija.

Saber que había más niños en la casa, le daba un poco de seguridad. En cuanto entraron a la propiedad, a Lauren le pareció hermoso el jardín frontal pintado de los colores otoñales. Aceptó la mano de la señora Grace y avanzó con el corazón latiendo de prisa; cuando el señor Oliver tocó el timbre de esa puerta pintada de azul oscuro, ella tragó grueso y luego sonrió, para disimular los nervios que le provocaba la reacción que podía despertar en la hermana mayor de su padre adoptivo.

—Oliver, querido. —Fue lo primero que dijo en cuanto le abrió, sin fijarse en nadie más, lo abrazó—. ¿Cómo estás?

Ver esa muestra de cariño y genuina felicidad, ayudó a que Lauren se relajara un poco.

—Hola, querida Harriet, bien, bien… —Oliver le daba palmaditas en la espalda, mientras sonreía. Se apartó del abrazo y tendió la mano hacia su mujer.

—Hola, hola, querida Grace, ¿qué hermosa estás? —Harriet, recibió con un abrazo a su cuñada.

—Gracias, Harriet… Tú también te ves muy bien, mucho tiempo sin vernos. —Rompió el abrazo y se volvió hacia la niña—. Conoce a Lauren, nuestra hija —dijo con una sonrisa de orgullo, llevándole una mano a la espalda para acercarla más a Harriet.

—¡Oh, qué niña más hermosa!… Eres muy bonita, incluso tiene los ojos muy parecidos a los de Oliver… —Se volvió a mirar a su hermano—. ¿Estás seguro de que no es tu hija? —preguntó con algo de desparpajo con el que pretendía ocultar cierta ironía.

Grace carraspeó como un incontrolable gesto de celos, pero mantenía una sonrisa taimada. A veces, odiaba ese tipo de comentarios por parte de su cuñada, pero no dejaría que la afectara, no ese día.

—Es mi hija, legalmente lo es —respondió Oliver, tomando la mano de su mujer y pudo notar la tensión en ella.

—Es un placer, señora Harriet —respondió Lauren, que no sintió afinidad por la mujer, ya

que la forma en que la miró no fue de su agrado, pudo notarlo aún en medio de toda su inocencia.

—El placer es mío, cariño… Bienvenida a la familia. —Se movió e hizo un ademán hacia el interior de la casa—. Pasen, por favor, les he preparado té, también unos postres… ¿te gustan los custard o Jam Roly-Poly? —preguntó a Lauren, siendo quien, con una mano en el hombro, la conducía por el pasillo que llevaba a la sala.

—Me gustan mucho los postres, todos —respondió animada por una sonrisa del señor Oliver.

La mirada curiosa de Lauren se paseaba por cada detalle del lugar, notó a su derecha una puerta, que probablemente se trataba del baño y a la izquierda estaban las escaleras que conducían al segundo piso. La casa era grande y con techos altos, pero la de los señores Spencer lo era mucho más. Al final del pasillo, se abrió al gran salón principal, ahí estaban los tres hijos de Harriet, jugando en la alfombra.

—Niños, saluden a sus tíos y a Lauren —pidió Harriet.

Alfie y Paul de ocho y once años, corrieron emocionados a recibirlos, mientras que Brendan de catorce años, lo hizo a regañadientes.

A Lauren le pareció grosera la manera en que el mayor los recibió, a ella ni siquiera le saludó y la miró de mala gana, por lo que le dio ganas de patearle la espinilla, pero debía comportarse. De inmediato, le entraron ganas de querer marcharse, y se lo habría pedido al señor Oliver de no haber sido porque Alfie y Paul se mostraban muy felices de verlo y no paraban de pedirle que los cargara.

Aprovechó que la señora Harriet y Grace tenían su atención puesta en el señor Oliver con los niños, para corresponder a la odiosa mirada de Brendan, además le sacó la lengua y luego frunció la nariz. Él la ignoró y volvió a la alfombra, dándole la espalda a los invitados. Sin duda, era un maleducado y le hacían falta los pellizcos de la hermana Edith.

—Mami, mami… quiero Roly-Poly —pidió Alfie, tirando de la falda del vestido de su madre, en cuanto su tío Oliver lo bajó.

—Sí, amor, ya les sirvo —dijo con una sonrisa que hacía que sus pómulos altos se vieran más pronunciados. Miró a Lauren—. ¿Quieres el té solo o con leche?

—Con leche, por favor.

—Deja que te ayude —dijo Oliver.

—Yo también —intervino Grace.

—Niños, jueguen con Lauren, sean amables con ella.

—Sí, sí… ven Lauren. —Paul tomó la mano de la niña y la guio hasta la alfombra donde estaba su hermano mayor, mientras que los adultos se fueron a la cocina.

—No, aquí no… no jugamos con niñas. Alfie y Paul, no jueguen con ella. —Brendan usó un tono de exigencia que intimidó a sus hermanos, por lo que los niños se fueron con él.

—Tampoco me apetece jugar contigo —contestó Lauren con el ceño intrincadamente fruncido—. Eres un maleducado.

—No me importa lo que pienses, no jugamos con niñas, mucho menos si vienen de un orfanato, seguro tienes piojos.

Lauren no quería soportar los malos tratos de ese odioso niño, por lo que se levantó conteniendo las ganas de llorar de rabia y se fue a la cocina, pero antes de llegar, pudo escuchar a Harriet hablar.

—En realidad, pensé que adoptarían a un bebé, uno que ustedes pudieran criar, educarla a su modo… La niña es linda, pero ya tiene un carácter formado, no saben si tiene malas costumbres; si piden mi opinión, se han arriesgado con lo de la adopción…

—Lauren es adorable, es una niña muy inteligente y obediente —argumentó Grace, con cierto tono de molestia.

—Es una niña encantadora… Además, un bebé requiere de muchos más cuidados… Y dijiste que se parece a mí —defendió Oliver, tenía los brazos cruzados sobre el pecho en una postura de tensión.

—Sí, tiene el color de tus ojos y cabello… pero… ¡Ay, Oliver! —Se exasperó un poco al ver la dura mirada de su hermano—. Sabes a lo que me refiero, no sé, ¿existe alguna manera de regresarla? Pueden buscar un bebé, que de seguro lo sentirán más como a un hijo… algo más suyo.

El pequeño corazón de Lauren se contrajo de dolor ante la fuerte realidad, ese rechazo se le metía en la piel y la hacía sentir miserable, como si no mereciera unos padres. Sin poder evitarlo, las lágrimas se le derramaron y tuvo que apretar los labios para que el sollozo que pujaba en su garganta no lograra salir.

Retrocedió unos pasos, no quería que descubrieran que había escuchado a Harriet hablar tan mal de ella; pero para su mala suerte, tropezó con la mesa que estaba detrás y tumbó un portarretrato. Casi de inmediato, los adultos aparecieron en el pasillo frente a ella; quiso huir en ese momento, pero al darse la vuelta, se encontró a Brendan, apuntándola acusadoramente con el dedo.

—Los estaba espiando.

Lauren negó con la cabeza un par de veces, pero sabía que no había escapatoria, solo se llevó las manos a la cara y empezó a llorar, sintiéndose no solo adolorida sino también humillada.

Oliver corrió hasta ella y la cargó, se sentía triste al verla así.

—Ya cariño, no te preocupes… todo está bien. —La consoló, acariciándole la espalda.

—Harriet, gracias por todo, de verdad, gracias por recibirnos, pero será mejor que nos marchemos —anunció Grace, tenía la mirada cristalizada, no sabía que le dolería tanto que trataran así a su hija.

—Sí, sí… Hablaremos luego, te llamo. —Oliver estuvo de acuerdo, mientras Lauren seguía llorando con el rostro escondido en su cuello.

Estaba muy molesto con su hermana, pero no era momento para hacer evidente su rabia. Siempre había odiado el poco tacto que tenía Harriet para decir las cosas. Salieron de la casa y en cuanto llegaron al auto, Grace pidió ir en el asiento trasero con Lauren.

—L-l-o siento, no quise, no quise… —Lauren hipaba.

—Tranquila, cariño. —Grace la abrazó recargándola contra su pecho—. No fue tu culpa, Lauren, tranquila.

—¿Van a regresarme al orfanato? —preguntó, alejándose para mirar a la señora Grace a los ojos. Sí, al principio hubiese preferido volver, pero ahora que había aprendido a estimarlos no quería regresar a su antigua vida, aunque extrañara muchísimo a Henry.

—No, no —dijo Oliver, echándole un vistazo por encima del hombro mientras conducía—. Jamás haremos eso, eres nuestra hija y te queremos… Debes estar segura de eso, cuando tomamos la decisión de llevarte con nosotros a casa, fue porque te ganaste nuestros corazones.

—Seré obediente, lo prometo… La madre superiora y el padre Francis me pidieron que lo fuera…

—Y lo has sido, pequeña, eres muy buena niña. —Grace sonrió, mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares y luego empezó a acariciarle los sedosos cabellos.

—Sí, eres una niña excepcional… ¿Te gustaría ir a por un helado? —preguntó Oliver, con

ganas de hacerle olvidar ese episodio tan desagradable. Lauren asintió—. Y podemos llevarte para que conozcas el castillo La torre de Londres… —La niña volvió a asentir y sonrió—. Así está mucho mejor, sonríe siempre.

Él sabía que Lauren era una niña que había pasado por muchas dificultades, lo único que necesitaba era amor y comprensión.



CAPÍTULO 9

A Lauren le parecía un poco irreal que ya hubiesen pasado dos meses desde que fue adoptada, el tiempo en casa de los señores Spencer solía ir muy rápido; no obstante, le había dado tiempo de asimilar su nueva vida y empezaba a llamarlos mamá y papá. De verdad, sentía una especial conexión con ellos, por todo el cariño, protección y respeto que le ofrecían. Sobre todo, con su padre, quien era su principal cómplice de algunas de sus travesuras y de haberle inculcado un amor verdadero por la música.

Con él jugaba y vivía emocionantes aventuras, la trataba más que como a una hija, como a una amiga, muchas veces le hacía recordar a Henry cuando jugaban a carreras de sacos o al

croquet y no la limitaba al decirle que solo eran juegos de niños.

Su madre, era la parte más racional de la familia; ella se esforzaba por formarle un carácter delicado, educado, le enseñaba a ser una señorita de clase alta. Aunque, los viernes por la noche, se relajaba y jugaba con ellos a *Simon Says*.

De la señora Harriet y sus hijos no supo nada más, aunque el señor Oliver sí la llamaba a menudo y fue a visitarla un par de veces; en esas ocasiones, le envió con él un riquísimo pie de frambuesa y arándanos.

Con la llegada de diciembre, se había encargado de enviar tres veces por semana una tarjeta navideña con bonitos mensajes para la familia y le hizo sentir conmovida que la incluyera a ella en sus buenos deseos. Así que, impulsada por ese lindo gesto, le pidió permiso a su madre para agregar en la cesta de sus compras varias tarjetas de Navidad. En cuanto llegó a casa, se puso a escribir sus mejores deseos en ellas, se esforzó por hacerlos con una caligrafía digna y una buena ortografía, por lo que le consultaba constantemente a su madre si lo estaba haciendo bien, se sintió muy feliz de haber escrito esas tarjetas.

A la mañana siguiente, en compañía de sus padres, las dejó en el buzón de correos antes de que Oliver se fuera al trabajo. Envió tarjetas a la señora Harriet y a sus hijos, a pesar de lo grosero que fue Brendan; también escribió tarjetas para todos en el orfanato, fue casi una docena, por lo que terminó con la mano adolorida, pero demasiado feliz.

Se despidió con un beso en la mejilla de su padre que debía ir al trabajo, ella volvió con su madre a la casa, donde la esperaba el décimo día de su Calendario de Adviento. En las cajas ya se había encontrado con chocolates, más boinas de lana, el último casete de Elton John llamado Victim of Love, que recién había sido lanzado en octubre, una Barbie, luego su novio Ken; rntre otras cosas, a pesar de que ellos no le decían a qué día pertenecían los responsables de los regalos, para ella era muy fácil discernirlo.

Nunca había sido tan feliz, eso del Calendario de Adviento no lo sabía, era primera vez que le hacían uno, porque todas las veces en el orfanato no recibían nada sino hasta el veinticinco de diciembre por la mañana, cuando abrían los regalos que les dejaba Santa Claus, luego se hacía el gran almuerzo tradicional de Navidad y, por la noche, llegaba un grupo de actores del teatro para hacerles una pantomima navideña.

Diciembre 1979: Maryland – Estados Unidos.

Patrick se levantó temprano, una costumbre de la cual no podía desprenderse, aunque no tuviera que ir al trabajo. Madeleine aún estaba dormida, por lo que intentó hacer el menor ruido posible, se calzó las pantuflas, se puso el ojo protésico y agarró la bata de su pijama que estaba en el respaldo del sillón, bajó a la cocina y puso a preparar café, mientras observaba por la ventana que estaba sobre el lavaplatos.

Daría lo que fuera por poder ver a su hija jugando en el patio con la nieve, pero sabía que eso era un imposible, Susan no aparecería por arte de magia. Cerró los párpados con fuerza y tragó el nudo de lágrimas que se formó en su garganta, al recordar esa última mañana de Navidad en la que ella estuvo presente.

Desde ese mismo lugar, mientras la cafetera italiana hacia su trabajo le parecía escuchar los pasos apresurados de sus hijos bajando las escaleras, ansiosos por llegar al árbol de Navidad y desenvolver sus regalos. Esa algarabía que le alegraba el corazón y calentaba hasta el día más frío. Corría al salón antes de que Susan y Lenny se les adelantaran, dejando por fuera la tradición familiar de hacerlos todos juntos.

No volvieron a tener una mañana de Navidad, como esa de 1970, que compartieron en

familia, en medio de risas, chillidos de emoción, aplausos y abrazos. A pesar de que los años siguientes, se esforzaron por hacer esa fecha especial con Lenny; lo cierto era, que la nostalgia que llevaban arraigada en el corazón empañaba el momento, porque el estrés, la tristeza, la repentina sensación de impotencia y la frustración, era algo de lo que no podían desprenderse.

Todas esas emociones persistían todavía después de casi nueve años, era un sufrimiento constante. Abrió los ojos y respiró hondo, con los recuerdos aun quemándole en la memoria. Se sirvió café y se sentó en el comedor, desde ahí podía ver el árbol de Navidad con los regalos que habían comprado para Lenny y, por los que parecía no tener ningún interés.

La noche anterior salió con sus amigos y no regresó sino pasa las tres de la mañana; por supuesto, quiso levantarse y reprenderlo por haberlo desobedecido, ya que le dio permiso de que fuera a divertirse pero que regresara a medianoche; sin embargo, se contuvo para no discutir en una fecha que debía ser de unión Familiar.

Lenny, últimamente, se mostraba bastante indiferente con ellos, ni siquiera les ayudó a decorar el árbol que Madeline y él hicieron a duras penas; solo por no perder la costumbre. Sus padres y suegros decían que su hijo estaba en una etapa difícil, que así era la adolescencia y que lo dejara experimentar, pero le aterraba que se le saliera de control y terminar perdiéndolo también.

Beberse el café le llevó unos cuarenta minutos, en medio del silencio y la soledad, acompañado únicamente por sus atormentados pensamientos. No quería que ese panorama fuese el que recibiera a Madeline, eso solo la deprimiría más, por lo que se levantó y fue a la habitación de Lenny a despertarlo.

Sabía que debía estar rendido, por lo que ni siquiera llamó a la puerta, solo entró y pasó el interruptor de las luces. La habitación era un caos, los zapatos, calcetines y algunas prendas de ropas se encontraban tiradas en el suelo; frunció el ceño y luego miró a su hijo que estaba completamente cubierto con las sábanas y mantas.

—Hijo, vamos… Levántate —le dijo, palmeándole lo que creía era la espalda, no podía saberlo, si era un bulto deforme de cobijas, pudo escucharlo refunfuñar—. Lenny, es Navidad, levántate. —Esta vez tiró un poco de las mantas.

—Papá, déjame dormir… quiero dormir —protestó, tratando de retener las cobijas.

—Lenny, es Navidad, tu regalo espera bajo el árbol.

—Ya no soy un niño, no me importan los regalos, solo quiero que me dejes dormir en paz.

—Ah, entonces es eso… Ya no te crees un niño y por eso piensas que tienes derecho a desobedecerme. Te dije que volvieras a medianoche, pero llegaste pasadas las tres de la mañana… ¡Lenny! ¡Lenny, levante y mírame que te estoy hablando! —exigió, usando un tono contundente como nunca lo había hecho. Su hijo se incorporó en la cama, quedando sentado, con el ceño fruncido y los párpados entrecerrados en un claro gesto de molestia—. ¿Por qué llegaste tan tarde? —Patrick tenía la respiración agitada por la molestia, pero para mantener la calma, se llevó las manos a la cintura.

—Andrew y Steve quisieron quedarse un poco más, era esperar por ellos o venirme caminando —respondió de mala gana.

—¿Bebiste? —Más que una pregunta era una afirmación, podía oler el aliento de su hijo.

Estaba seguro de que le estaba mintiendo y que todos acordaron quedarse por más tiempo, porque estaban bastante cómodos con el alcohol en las venas, de eso él tenía mucha experiencia.

—Un par de cervezas, nada más —dijo, esquivando sus ojos azules de la mirada acusadora de su padre.

—Bien, sabes que no fueron un par de cervezas, espero que sea la última vez. No estás en

edad para consumir alcohol… Los tres son jóvenes de dieciséis años.

—Está bien, papá, será la última vez… mientras no esté en edad, lo prometo —masculló con un tono de hastío. Apartó las sábanas y salió de la cama—. ¿Ya mamá despertó? —preguntó, cambiando de tema, al tiempo que se dirigía al baño.

—Aún no despierta, pensé que quizá tú y yo podríamos sorprenderla con el desayuno —comentó, recogiendo las prendas que su hijo había dejado tiradas en el suelo—. Eso sería un buen regalo de Navidad, ¿no crees?

—Podría ser… Si es que despierta con apetito.

Asomó medio cuerpo, con cepillo de dientes en mano y las comisuras llenas de pasta dentífrica. Desde hacía mucho que su madre celebraba a medias la Navidad y, por mucho que se esforzara por parecer animada para no hacerlo sentir mal, destrozando así su ilusión navideña, lo cierto era que la tristeza anidaba en sus ojos.

—Lo importante es que tengamos ese gesto con ella, puedes verlo como un presente de Navidad, adicional al que ya está bajo el árbol. —Empezó a tender la cama de su hijo.

Lenny había guardado su mesada por tres meses y trabajó en el jardín de la señora O'Hara para comprar obsequios para su madre, sus tías y su prima Emilie. Su padre lo acompañó a Macy's, el último viernes de noviembre, cuando inauguró la temporada de compras navideñas para aprovechar los descuentos de ese día y así rendir el dinero.

Fue una experiencia de locura y no estaba seguro de querer hacerlo el próximo año, prefería trabajar un par de semanas más con tal de no tener que volver a ir a la tienda un día como ese.

—Está bien. —Salió del baño con una toalla con la que se estaba secando el rostro—. ¿Qué cocinaremos?

Caminó hasta su armario, sacó unos vaqueros y un suéter azul marino que hacía resaltar el color de sus ojos. Se cambió delante de su padre, dejando sobre la silla de su escritorio el pijama.

—Tocino, panqueques, huevos… Un desayuno completo —sugirió Patrick, ya que ellos pocas veces tenían tiempo para eso, siempre se les hacía tarde para ir al trabajo y a la secundaria, por lo que terminaban saliendo con apenas una tostada y café en el estómago.

—Eso es un regalo más para ti, papá —se rio Lenny

—Tienes razón. —Patrick también rio, le pasó un brazo por encima de los hombros a su hijo y lo guio a la cocina.

Prepararon el desayuno y acomodaron todo en dos bandejas, ya que, a su padre le surgió la idea de llevarlo todo a la habitación y así comer los tres en la cama. Deseaba hacer algo que fuera distinto, que rompiera con la rutina y les hiciera sentir que era un día especial.

Entraron en la habitación matrimonial casi de puntillas, Madeline aún estaba dormida, lo que consideraban un milagro, porque a Patrick se le había caído el tazón en el que estaba preparando la mezcla para los panqueques, pensaron que aquel estruendo, definitivamente, arruinaría la sorpresa. Su madre estaba acostada de medio, lado de cara la ventana y de espalda a la puerta.

—Buenos días —susurró Patrick, de cuclillas frente a su mujer, luego de dejar la bandeja en una esquina del colchón. Mientras su hijo sostenía la otra—. Buenos días, amor —murmuró, acariciándole con las yemas de los dedos la línea de la mandíbula.

Madeleine empezó a abrir los ojos y le sonreía risueña a su marido, al tiempo que esperaba que su mirada se acostumbrara a la luz del velador, porque era una mañana bastante gris y fría.

—Buenos días, cariño —su voz era ronca por las horas de sueño.

—¡Feliz Navidad! —deseó sonriente, y le dio un beso en la punta de la nariz, luego otro en la frente.

Lenny observaba complacido y en silencio, a pesar de todo lo que habían vivido, el amor de sus padres se había mantenido firme; lo que para muchos podía ser extraordinario, pues cada vez había más matrimonios que terminaban ante la primera tempestad.

—¡Feliz Navidad! —dijo ella y besó los labios de Patrick—. Vamos a despertar a Lenny para que busque su obsequio debajo del árbol y luego le prepararemos el desayuno —comentó al tiempo que apartaba las sábanas; aún sentía que su cuerpo no despertaba del todo.

Patrick le dedicó una mirada a su hijo para que se hiciera notar, fue entonces que Lenny con bandeja en mano avanzó varios pasos.

—¡Feliz Navidad, mamá! —dijo sonriente—. Papá y yo queremos que esta mañana sea distinta, por eso te hemos preparado el desayuno, ya que tú lo haces todo el tiempo.

Madeleine con una gran sonrisa y los ojos llenos de lágrimas de felicidad se sentó.

—Oh, cariño. —Madeleine se sentó, con una gran sonrisa y los ojos llenos de lágrimas de felicidad—. ¡Qué hermoso gesto! Gracias… Ven, ven aquí —solicitó llamándolo con las manos —. ¡Feliz Navidad! —Le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso en la mejilla—. ¿Qué han preparado? —curioseó, echándole un vistazo a la bandeja.

—Un desayuno completo —respondió, poniendo la bandeja sobre el regazo de su madre.

Patrick agarró la otra bandeja donde estaba el café, la leche y las mermeladas de fresa y melocotón.

—Esperamos que te guste. —Patrick se sentó al borde del colchón e hizo un espació entre las sábanas para dejar la bandeja con el café, la leche y las mermeladas de fresa y melocotón—. ¿Está bien si comemos en la cama?

—Por supuesto —respondió Madeleine y le hizo un espacio a su hijo—. Ven aquí, ven Lenny.

Una vez que todos estuvieron en el lecho matrimonial, ella miró los alimentos, todo se veía muy rico; no obstante, un olor le revolvió el estómago, pero con una sonrisa intentó disimular su desagrado, no quería que ellos pensaran que estaba rechazando un gesto tan maravilloso. En una taza con café vertió un poco de leche y bebió para ver si eso le ayudaba con su repentino malestar.

—¿A qué hora llegaste?

—Un poco antes de medianoche. —Patrick respondió por su hijo y lo miró de soslayo, para que lo secundara en la mentira con la que lo estaba defendiendo. No quería que Madeleine se preocupara.

—Sí, no vine a desearte buenas noches, porque no quería despertarte. —Lenny se apegó a lo dicho por su padre.

Madeleine asintió sonriente y le acarició el rostro a su hijo, hasta ese momento, no había pensado en Susan, pero como siempre, su deseo por tenerla presente no se hizo esperar y el corazón se le llenó de tristeza; aun así, se esforzó por no empañar el momento tan bonito que Lenny y Patrick habían creado para ella. Comió una tirita de tocino, estaba bastante crocante y deliciosa, cuando elogió lo bien que había quedado, fue Lenny quien dijo que él lo había hecho.

—Papá, se encargó de los huevos. —Señaló con el cuchillo para mantequilla el plato donde estaba la proteína.

—Seguro que también están muy buenos —comentó, se hizo de un tenedor y se llevó un gran bocado de huevos revueltos a la boca.

Sintió como si a Patrick se le hubiese ido un huevo podrido en la sartén, no pudo masticarlo por lo que tragó, para no tener que saborearlo, pero por más que quiso soportar no pudo. Con urgencia apartó la bandeja y salió corriendo al baño, ante la mirada atónita de su marido e hijo.

—Seguramente te quedaron muy salados —comentó Lenny, y solo por comprobar comió un poco, pero le parecía que estaban muy bien con el toque justo de sal y pimienta.

Cuando escucharon las arcadas de Madeleine, provenientes del baño, Patrick se levantó para ver cómo se encontraba, pensó que solo iría a escupir, no que terminaría vomitando.

—Amor, ¿qué sucede? ¿Te sientes bien? —preguntó preocupado.

Corrió a auxiliarla al encontrarla de rodillas y con la cabeza prácticamente hundida en el retrete. Madeleine deseaba responder, pero las arcadas no le daban tregua, siguió expulsando todo lo que tenía en su estómago hasta que saboreó el amargor de la bilis, terminó débil, temblorosa y sudorosa.

—No sé qué pasó, se me revolvió el estómago, creo que echaste un huevo podrido —su voz era un chillido débil.

—No, estoy seguro de que todos los huevos estaban en buen estado; de hecho, Lenny acaba de probar y dijo que estaban bien. —Con sus manos debajo de las axilas de Madeleine, la ayudó a ponerla en pie.

Madeleine caminó hasta el lavamanos y se enjuagó la boca, escupió un par de veces el agua luego de hacer gárgaras.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Lenny, apareciendo bajo el quicio de la puerta del baño.

—Sí, estoy bien… Creo que comí muy rápido, solo eso.

No podía evitar sentirse mal por arruinar la mañana. No iba a poder comer porque ese olor casi putrefacto la tenía con asco, solo quería que sacaran eso de la habitación, pero no podía pedirlo.

—¿Quieres ducharte? Nosotros podemos llevar todo esto abajo.

—Sí, está bien. Enseguida estoy con ustedes.

Patrick le dio un beso en la frente y Lenny le dedicó una mirada preocupada; aun así, le brindaron espacio y salieron de la habitación.

Madeleine corrió al mueble del lavábamos y sacó un ambientador, roció con el aerosol de lavanda por cada rincón de la habitación, con la intención de disimular ese olor que le tenía el estómago encogido.

La ducha de agua caliente le ayudó a sentirse mejor, pero en cuanto bajó, pudo percibir en la cocina el terrible olor; sin embargo, soportó sin tener que vomitar una vez más. Se conformó con comer solo una manzana verde y mantequilla de maní, luego fueron al árbol de Navidad para desenvolver los regalos.

Madeleine se emocionó con las pantuflas y sales de baño que Lenny le obsequio; por su parte, su hijo se mostró eufórico cuando descubrió el Walkman que ella le regaló y con la caja que le dio su padre, llena de implementos para sus estudios de arquitectura.

A media mañana llegó toda la familia, ese año les tocaba celebrarlo en su casa, los anteriores lo habían festejado en la casa de sus padres o suegros. Madeleine se sentía extrañamente agotada, se moría por subir y dormir, aunque fuese un par de horas, pero estaba segura de que, si se disculpaba con su familia, solo pensarían que estaba afligida porque extrañaba a Susan. Era cierto que la añoraba con la misma intensidad de cada año, pero está vez, su agotamiento era más físico que emocional.

Los siguientes tres días, Madeleine siguió sintiéndose mal, fue entonces que, con calendario en mano, sacó cuentas y descubrió que llevaba ocho días de retraso. Para ella, era casi imposible que estuviese embarazada, porque todos los días y a la misma hora tomaba su pastilla anticonceptiva. Tuvo que encontrar el valor para conversarlo con Patrick, la idea de estar esperando otro hijo que no había sido planificado, alteraba sus emociones, se sentía nerviosa y

emocionada a partes iguales.

Con treinta y siete años, no sabía si estaba en condiciones para gestar a término un bebé. Empezó a asustarse de verdad y sentada en el retrete empezó a llorar. Fue ahí donde la encontró Patrick, cuando preocupado le preguntó qué le sucedía, ella no hizo más que mirarlo a los ojos para después cubrirse el rostro y seguir llorando.

—Creo que estoy embarazada —balbuceó en medio del llanto.

—¿Estás segura? —preguntó con el pecho agitado de dicha.

—No, no estoy segura, tengo un retraso y me he sentido mal.

—¿Quieres salir de dudas? —preguntó, acuclillándose frente a ella y apretándole los muslos.

—No lo sé… Tengo miedo, han pasado muchos años desde que estuve embarazada… No quiero reemplazar a Susan.

—Tesoro. —Era imposible contener su sonrisa—. Un nuevo bebé no va a reemplazar a Susie, nada ni nadie lo hará, eso lo sabemos… Pero podemos darle a este bebé todo nuestro amor. —Le llevó una mano al vientre, sin dejar de mirarla a los ojos. Madeleine puso sus manos sobre la de él—. Creo que lo mejor es salir de dudas. ¿Quieres ir al médico?

—Sí, será mejor ir al médico, así podrá revisarme… No sé cómo pasó, no me he saltado la anticonceptiva ni un día.

—Algo tuvo que fallar, quizá solo es un regalo de Navidad que Dios no ha enviado. —La sujetó por las mejillas y le besó los labios.

—Patrick, no quiero que te hagas ilusiones, porque no estoy segura, solo tengo un retraso y algunos síntomas, que bien podrían ser producto de las anticonceptivas.

—No me estoy ilusionando —respondió, pero su tono de voz y el brillo en sus ojos lo delataba.

—Sí, lo estás —asintió, riendo.

—Vale, sí lo estoy, sabes que me gustaría tener otro hijo, especialmente ahora que Lenny se va a la universidad y nos quedaremos solos en casa.

—Tienes razón. —Asintió un par de veces.

Antes de que despertara en ella la sospecha de estar embarazada, no estudiaba la posibilidad de tener otro hijo, a pesar de que Patrick muchas veces se lo había propuesto, pensaba que volver a embarazarse era como crearle un reemplazo a Susie. Le fue imposible no derramar lágrimas porque su pequeña tendría once años y seguramente le haría muy feliz la noticia de un nuevo hermano o hermana.

Aprovecharon que aún era temprano para ir a la clínica, lo mejor era salir de dudas. De estar embarazada aún no sabrían cómo se lo dirían a Lenny, quizá el momento más propicio sería durante la cena.



CAPÍTULO 10

Febrero 1980: Birmingham - Inglaterra.

Fue durante la cena de fin de año que sus padres le dieron una noticia que no agradó para nada a Lauren, en un par de meses se mudarían; por un tiempo, a Antrim en Irlanda del norte, de dónde era parte de la familia de su madre. Su padre abriría una nueva sede de la fábrica de zapatos en ese condado y quería ser quien la administrara, por los menos, los tres primeros años, tiempo que consideraba suficiente para dejarla en buen funcionamiento y a cargo de alguien de su entera confianza.

Lauren pensó que por eso decidieron educarla en casa y no en la escuela, para que no tuviera que enfrentarse a tantos cambios en tan poco tiempo. No podía hacerse a la idea de tener

que irse tan lejos y no poder volver a ver a Henry en tres años, eso era demasiado tiempo, por lo que lloró, suplicándoles que lo adoptaran también.

A pesar de que le explicaron que no era fácil, porque debían seguir todo un protocolo que llevaba mucho tiempo, ella no lo comprendía e hizo varias rabietas en los dos meses siguientes, pero de nada le habían servido; porque estaba ahí, frente al orfanato para despedirse de Henry.

Su último recurso era proponerle escapar, podrían aprovechar cuando sus padres estuviesen hablando con la madre superiora y el padre Francis, para escabullirse por el patio trasero. Pero su plan se precipitó a tierra cuando llegaron, y la hermana Antoinette le dijo que Henry estaba enfermo; al parecer, se había resfriado y llevaba un par de días con fiebre.

Con un nudo de preocupación en la garganta, corrió a la habitación donde solían llevarlos cuando estaban enfermos, ahí los mantenían hasta que mejoraban para evitar que proliferara un virus entre los demás; ya que, tener a una treinta de niños enfermos, no era conveniente. Al entrar en la habitación, vio a Henry en la cama, arropado hasta el cuello y con un pañuelo sobre la frente. Estaba con la hermana Edith, que le leía algunos versículos de la biblia.

—Hola. —Avanzó con pasos cortitos, una sonrisa cautelosa y la mirada brillante por las lágrimas contenidas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo darse cuenta de que estaba muy sonrojado y tenía los ojos cerrados—. Hola, Henry. —En cuanto escuchó su voz abrió los párpados y le regaló una débil sonrisa. Lauren se volvió hacia la hermana y juntó las manos, pidiéndole la bendición, en respuesta ella le hizo la señal de la cruz.

—¡Qué bueno verte, Lauren! —dijo con esa sonrisa maternal.

—A mí también me da gusto venir a visitarlos… ¿Cómo está Henry? —preguntó, volviendo su mirada a él de nuevo.

—De maravillas —respondió él, con la voz débil y se esforzó por plegar los labios en una sonrisa.

—Puedo verlo. —Rio, al ver que por lo menos, mantenía su buen sentido del humor—. ¿Qué tienes? —le preguntó a Henry y luego se volvió a ver a Edith—. ¿Vino el médico a verlo?

—Sí, vino ayer…

—No tengo nada, solo ganas de estar mucho tiempo en cama —comentó, sacando la mano de debajo de las cobijas.

Edith y Lauren rieron.

—Al parecer, es un resfrío o quizá una leve infección, ya le estamos dando los medicamentos.

Lauren tomó la mano de Henry, la sintió caliente y seca, luego se sentó al borde del colchón.

—No te acerques mucho que podría contagiarte —argumentó él.

—No me importa.

—Dime que me has traído más casetes.

—Sí, aquí los tengo. —Le entregó el pequeño maletín en el que no solo le había llevado música, sino también, golosinas, algo de ropa y uno zapatos de la fábrica de su padre. No eran esos que salían en el comercial que él quería, pero eran muy parecidos.

—¿De qué grupo es esta vez?

—Uno más de Queen, también The Beach Boys…

—Queen está bien… Hay una canción que me gusta mucho.

—Puede que sea una de las que también a mí me gusta mucho, ¿cuál es? —preguntó con entusiasmo.

—No te lo diré, mejor vamos a escucharla juntos, —A pesar de lo débil que se sentía, se

volvió de medio lado y buscó en el cajón de la mesa de noche el Walkman.

—Déjame ayudarte. —Se ofreció Edith. Sacó el Walkman y se lo entregó, después dirigió su atención a Lauren—. ¿Te importaría cuidarlo un momento? Voy a buscar agua, porque necesito que esté hidratado.

—Claro que puedo cuidarlo —dijo sonriente, apretando la mano de su mejor amigo.

—No tiene que ponerme policía, hermana. No iré a ningún lado —comentó Henry, sonriendo.

La religiosa negó con una sonrisa y luego salió de la habitación.

Henry tuvo que retroceder la cinta para poder llegar a la canción que quería escuchar, luego palmeó a su lado.

—¿Quieres que me acueste? —preguntó Lauren.

—Solo si no te da miedo que puedas contagiarte.

Lauren chasqueó los labios divertida y se acostó a su lado, Henry rodó sobre su costado izquierdo, para quedar ambos frente a frente.

Ella podía sentir el calor que Henry irradiaba, pegó su frente a la de él, suponía que debía decirle que se marcharía, que esa era una despedida, pero no quería entristecerlo, no estando tan enfermo. Sabía que era así, porque lo notaba más delgado, pálido, sus labios estaban agrietados y su mirada era vidriosa por la fiebre.

—¿Quieres ir al médico? Puedo pedirle al señor Oliver que te lleve —sugirió, sin poder esconder su preocupación.

—No, no hace falta, solo es un resfriado. No es primera vez… ¿Recuerdas esa vez que nos enfermamos porque nos bañamos a medianoche en la lluvia?

—Sí —rio, cómo olvidarlo, si tuvieron que levantarles el castigo y los confinaron en esa misma habitación por ocho días, terminaron aborreciendo la crema de verduras.

—Esta es la canción. —Dejó la diadema de los auriculares en el reducido espacio entre los dos para poder escucharla y cuando inició, Henry empezó a cantarla con las pocas fuerzas que tenía—. *Love of my life, you've hurt me, you've broken my heart, and now you leave me.*…

Lauren que la conocía muy bien porque su padre adoptivo la cantaba los domingos, cuando le dedicaba tiempo al jardín, también empezó a cantarla.

—*Love of my life, can't you see? Bring it back, bring it back*… —murmuró junto a Henry y luego aprovechó el momento de la melodía para decirle—. Algún día, cuando seamos mayores, iremos a los conciertos de todas las bandas que nos gustan.

—¿Lo prometes? —preguntó, apretándole más la mano.

—Lo prometo… Iremos y cantaremos esta canción. —Lauren dio su palabra, mirándolo a los ojos.

Luego, ambos se dejaron llevar por las emociones del momento y en medio de la inocencia, rozaron sus narices, pero ese contacto no fue suficiente, porque sus ingenuos labios se encontraron en un casto contacto que les aceleró los corazones. En ese preciso momento, se dieron cuenta de que se querían como algo más que hermanos.

—Te quiero mucho, Lauren —musitó con una sonrisa nerviosa.

—Te quiero mucho, Henry.

Soltó una risita nerviosa y sintió que sus mejillas se sonrojaban ferozmente; sin embargo, se armó de valor y volvió a darle un rápido toque de labios, a pesar de que los de él estaban muy calientes. Sabía que tenía que decirle que se iría a Irlanda, pero no podía hacerlo, pensó en escribirle una carta y dejársela con el padre Francis. En esa nota le pediría a Henry que la esperara, que cuando regresara de Irlanda, vendría a buscarlo y cuando ya fueran mayores de

edad, podrían ir a vivir juntos.

Cuando escucharon pasos al otro lado de la puerta sus corazones se dispararon, comprendiendo que la hermana Edith no aprobaría tal cercanía entre ellos, por lo que se separaron. Lauren se sentó de nuevo al borde de la cama, pero al ver que a él se le había caído el paño que tenía en la frente, lo agarró, volvió a sumergirlo en el tazón de agua fría, lo exprimió y se lo puso una vez más en la frente. En ese momento su mirada fue captada por un pequeño moratón que él tenía en el mentón y luego vio otro en su cuello.

—Parece que últimamente estás más travieso que de costumbre —dijo sonriente.

Antes de que Henry pudiera responder, la puerta se abrió y la hermana Edith entró en compañía de los señores Grace y Oliver.

—Hola, Henry, ¿cómo te sientes? —preguntó Grace con preocupación, avanzando hasta la cama.

—No tan mal, es que soy un hueso duro de roer, señora Grace —respondió, aunque su voz no era tan entusiasta como siempre. No obstante, consiguió que todos rieran.

—Es bueno saberlo, seguro que te recuperarás pronto —comentó, al tiempo que le tocaba la mejilla, enseguida miró a la hermana Edith—. Tiene mucha fiebre, no creo que sea normal —dijo preocupada.

—El médico dijo que podría tener fiebre por las próximas doce horas, que lo importante es mantenerla controlada. Ya le estamos dando los medicamentos. —Señaló la bandeja metálica que estaba sobre le mesa de noche, donde había un par de cajas y un frasco.

—Es muy importante dárselos a las horas recomendadas —comentó Oliver, mirándolo con preocupación.

—Sí, llevamos bien cronometrados los horarios —respondió la hermana Edith, entendiendo la inquietud de los señores.

Conversaron por al menos media hora, hasta que creyeron prudente dejar descansar a Henry.

Lauren agradeció que sus padres no dijeran nada del viaje, que emprenderían a la mañana siguiente, porque no quería enfrentar una despedida que sabía afectaría mucho a Henry. Le dio un fuerte abrazo y le susurró al oído que volverían a verse muy pronto; aunque ella sabía que era una mentira. Apretó fuertemente los párpados para no llorar, a pesar de que sentía las lágrimas ahogarle la garganta.

Antes de salir de la habitación le preguntó a la hermana Edith si por la noche podría llamar, porque le gustaría saber cómo seguía Henry. Ella asintió y recibió con ternura el abrazo de despedida de Lauren, aunque no se dijo nada en aquella habitación, ya Oliver y Grace habían avisado a todos de que se irían a Irlanda por la mañana.

Lauren le dijo adiós a su amigo con la mano. Él correspondió de la misma manera y con una sonrisa.

No fue fácil para Lauren tener que despedirse de ninguno en el orfanato, porque ellos eran su familia y terminó llorando en los brazos del padre Francis, pero él le hizo comprender que Dios podía llevarla por caminos distintos, lo importante era que jamás perdiera su esencia.

Aprovechó para preguntarle si podía recibir una carta para que luego se la entregara a Henry; por supuesto, que el sacerdote accedió. Su padre le dijo que podían esperar a que escribiera la carta, por lo que el padre Francis le ofreció la sala de canto para que estuviera más tranquila.

Ella no sabía cómo empezar aquella nota que tanta tristeza le causaría a Henry, pero cuando por fin pudo escribirla, lo único en lo que recalcó era que pronto volarían a verse, lo mucho que

lo quería y lo muy agradecida que estaba con él, por ser su otra mitad y por todos los años de travesura y complicidad.



CAPÍTULO 11

Marzo 1980: Maryland - Estados Unidos.

Madeleine no recordaba lo que era sentirse embarazada, todos esos terribles síntomas como los vómitos, el cansancio, los mareos o quizá era este bebé que estaba haciéndole todo más intenso; por lo menos, durante su consulta con el génico-obstetra y tras una ecografía, le aseguró que todo estaba bien. Hasta ahora llevaba un embarazo normal y no debía preocuparse, solo tomar al día todos los suplementos que le recetó como el ácido fólico, hierro, calcio y vitamina D.

La noticia de su actual estado alegró a todos, estaba segura de que la mayoría de sus parientes pensaban que el bebé le ayudaría a sobrellevar el dolor constante que le provocaba no

saber dónde estaba Susan. No obstante, ella no perdía las esperanzas, sabía que algún día encontraría a su niña; por eso, cada año pagaba por avisos en la prensa y televisión.

También repartía y pegaba panfletos por toda la ciudad, algunas veces, solía encontrarse con los folletos del año anterior; además, seguía yendo a la estación de policía donde se reunía con el director de la división de Personas Desaparecidas, para ver cómo iba el caso y si tenían nuevas pistas, a pesar de que siempre le decían que en cuanto tuvieran algo, ella sería la primera en saberlo.

Nada iba a cambiar con la llegada de este bebé y Patrick la apoyaba en eso, pero también estaba muy ilusionado con su nuevo hijo; tanto así, que habló con su padre para solamente ir tres veces por semana la concesionaria, para pasar más tiempo en casa. Ahora que Lenny se había ido a Yale, la casa se sentía solitaria, si bien; él pasaba mucho tiempo en casa de sus abuelos o tías, por las tardes regresaban y jugaban un par partidas de ajedrez, mientras tomaban café y algún postre. Eso era algo que extrañaba muchísimo y, una llamada telefónica por las noches no era suficiente para llenar ese vacío.

—¿Cómo fue tu día, cariño? —le preguntó, anhelando poder tenerlo cerca.

—Bien, hoy tuvimos clases de Análisis de formas Arquitectónicas, Geometría descriptiva y matemática uno.

—Qué bien, tú siempre has sido extraordinario con las matemáticas. —No dejaba de sonreír con nostalgia. Miró a su marido que se acercaba con una bandeja en la que traía una taza de té y su medicamento de las ocho de la noche—. Gracias —le susurró.

—Hasta ahora estoy disfrutando la universidad y haciendo amigos… ¿Cómo te has sentido hoy?

—Bien, bastante bien, creo que los malestares terminarán pronto… Ya mi vientre se está abultando. —Sonrió, porque Patrick, que se había sentado a su lado, se lo tocó.

—Está creciendo rápido. —Lenny rio.

—Sí… —respondió, mirando con ilusión su barriga.

—Extraño no poder estar ahí y ver cómo se hace cada vez más grande.

—Dile que puede venir un fin de semana —intervino Patrick.

—Sí, dile a papá que lo intentaré, quizá el próximo mes cuando esté más acostumbrado a la rutina universitaria.

—Muy pronto te acostumbrarás, no solo a la universidad, sino también a las chicas… —Sonrió con picardía—. ¿Tienes alguna compañera guapa? —preguntó Patrick con curiosidad.

—Hay muchas… —rio entusiasmado.

—Puede que haya muchas chicas guapas, pero primero debes enfocarte en la carrera —comento Madeleine con los celos maternales latiendo.

—Puede estar enfocado en ambas cosas —azuzó con pillería.

—¡Patrick! —reprendió Madeleine—. No le des ideas absurdas.

—Desde cuándo enamorarse es una idea absurda; yo me enamoré de ti y es lo mejor que me ha pasado en la vida —alegó mirándola.

—Tengo que terminar la llamada, necesitan el teléfono —anunció Lenny, riendo de buena gana.

—Hablamos mañana de nuevo, cariño —pidió Madeleine, seguía sonrojada y emocionada por las palabras de su esposo.

—Cuídate mucho, hijo. Te queremos —dijo Patrick.

—También los quiero, cuida de mamá. Adiós.

Lenny colgó el teléfono para que su compañero de la residencia estudiantil pudiera

comunicarse con su familia. Detrás de él, dos más esperaban su turno. Conversó un poco con Thomas Harris, compartían algunas clases, por lo que hablaron sobre los últimos apuntes.

Luego se fue a la habitación que compartía con Eugene, cuando llegó, el chico moreno de pelo rizado rojizo seguía con sus tareas, por lo que se sentó a ayudarle. A Lenny le tranquilizó bastante tener una buena conexión con su compañero de habitación; en poco tiempo, ya sabía casi todo sobre su familia y la particularidad de su apariencia era producto de una madre escocesa pelirroja y su padre afroamericano, los que se encargaron de tener una familia numerosa, pues eran ocho hermanos.

Él también le contó de su familia, le dijo a qué se dedicaba su padre y que su madre estaba embarazada, pero evitó decirle sobre la desaparición de Susan, no quería que lo trataran con compasión.

Mayo 1980: Antrim - Irlanda

Lauren estaba en el patio frontal del colegio, jugando con sus nuevas amigas, Amy, Enya y Tara, a la espera de que vinieran por ella. Aún podía recordar con precisa claridad su primer día de escuela, estaba demasiado nerviosa, porque jamás había estado en un lugar como ese. Más que por enfrentarse a aprender, temía relacionarse con nuevas personas y, no porque fuese una niña introvertida, sino porque al ser la nueva, podría generar rechazo en los demás.

Sin embargo, ese mismo día, en cuanto la profesora la presentó ante la clase, todos sus nervios se disiparon por la manera en que fue recibida. Cuando se sentó, Amy que estaba a su lado, se presentó con una sonrisa que la llenó de confianza y tranquilidad; luego, Tara que estaba delante de ella se giró en su puesto y también se presentó; así como Enya que estaba sentada junto a Tara, reaccionó de la misma manera.

Todos sus compañeros eran agradables, excepto Cillian y Rowan; al parecer, tenían como pasatiempo molestar a los demás, pero ella prefería no prestarles atención a sus estúpidos comentarios. En cuanto vio que la señora Grace bajó del auto, se despidió de sus amigas, recogió la mochila y corrió al encuentro con su madre.

—Hola, cariño… ¿cómo estás? —saludó, dándole un abrazo y un beso en la mejilla.

—Muy bien, me dejaron muchas tareas, creo que hoy no tendré tiempo para jugar —respondió, sujetando la mano de su madre para caminar a la salida.

—Bueno, como recompensa anticipada, podemos ir a por un helado y luego pasaremos a la tintorería por el uniforme de mañana. Prometo ayudarte con las tareas.

—Es una idea extraordinaria, quiero un helado de chocolate y pistacho —dijo sonriente. Se sorprendió al ver que quien conducía el auto era su padre y no el señor Sullivan—. ¡Papá! —Se soltó de la mano de su madre y corrió al auto. En cuanto subió al asiento trasero, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, mi pequeña… veo que te alegra verme.

—Mucho, pensé que estabas en el trabajo.

—Es que tu madre me propuso ir a por un helado y me fue imposible rechazar semejante oferta —dijo sonriente, aunque su mirada tenía cierta tristeza.

—Lauren quiere uno de chocolate y pistacho —comentó Grace, ubicándose en el asiento del copiloto.

—Yo quiero uno de crema de güisqui… ¿Música? —preguntó.

—¡Sí! —respondió Lauren entusiasmada.

Oliver de inmediato empujó el casete en el reproductor integrado en el salpicadero. La melodía de la canción Vienna de Billy Joel se esparció por el interior del auto.

Slow down you crazy child
You're so ambitious for a juvenile
But then if you're so smart tell me,
Why are you still so afraid?

Lauren y Oliver cantaron al unísono a viva voz, mientras la niña se balanceaba de un lado a otro en el asiento trasero. Grace sonreía con la mirada al frente y tuvo que limpiarse algunas lágrimas que se le escaparon. Su esposo mantuvo el control de vehículo con una mano y con la otra tomó la suya; ella se volvió para verlo, él también tenía la mirada brillante de tristeza; aun así, siguieron con las cosas como las planearon.

Le brindaron a Lauren un rato agradable, luego de comer en la heladería, pasearon por Castle Gardens para que ella conociera más del condado, en realidad, estaban dilatando un momento que sabían iba a ser muy difícil. Casi al final de la tarde llegaron a casa, pero antes de que Lauren subiera a su habitación, Grace y Oliver la retuvieron en el salón. Le pidieron que se sentara en el sofá y ellos lo hicieron uno a cada lado.

—Cariño —empezó Grace, acariciándole el pelo—. Necesitamos decirte algo, sé que será difícil para ti poder comprenderlo…

—¿Qué sucede? —El corazón de Lauren empezó a latir rápido, no pudo evitar pensar que ya no la querían como hija y que iban a devolverla o quizá iban a decirle que se irían a otro país, uno todavía más lejos.

—De verdad, no nos gustaría que tuvieras que pasar por esto. —Oliver tomó la palabra mientras le acariciaba la espalda y Grace no dejaba de hacerlo con su pelo, mientras Lauren los miraba interrogante—. Pero son cosas que pasan. —Sabía que lo mejor era no seguir con tantos rodeos para no angustiarla más—. Esta mañana, cuando estaba en la oficina, recibí una llamada, era del padre Francis.

—¿Henry volvió a enfermar? ¿Tuvieron que llevarlo otra vez al hospital? —preguntó casi ahogada.

El pecho le dolía de lo rápido que le estaba latiendo el corazón, porque las últimas semanas le habían llamado para decirle que su amigo estuvo hospitalizado. Miró a Grace quien derramó varias lágrimas y le esquivó la mirada.

—Lamentablemente, Henry estaba muy enfermo… —intentó explicar Oliver.

—Dijeron que solo era un resfriado… y Henry es más fuerte que cualquier resfriado, siempre mejoraba primero que yo, él dice que tiene un escudo que lo hace fuerte, eso nos dijo el médico la otra vez, dijo que todos tenemos un escudo que se llama sistema inmune y que el de Henry era muy fuerte. —Ya a estas alturas estaba hablando más rápido y la voz le vibraba por las ganas de llorar.

—Está vez la enfermedad fue más fuerte que ese escudo… Henry no pudo seguir luchando. Lo siento, cariño, pero Henry se fue al cielo. —La voz de Oliver también estaba rota.

—¿Se murió? ¡No puede ser! —Soltó un jadeo cargado de llanto y negó—. Solo era un resfriado, él me lo dijo, el padre Francis también me lo dijo. —Lloró y podía sentir a su madre limpiándole las lágrimas.

—Pensaban que era un resfriado, pero Henry tenía leucemia… Es una enfermedad muy fuerte.

—Si yo hubiese estado ahí, no habría muerto, porque siempre que enfermábamos nos cuidábamos… siempre, siempre.

Se levantó repentinamente y salió corriendo. No sabía por qué lo hacía, solo sabía que deseaba estar sola en ese momento. Entró en su habitación, buscó en el cajón de su mesita de

noche el cofre dónde tenía el rosario que Henry le había regalado por su cumpleaños, lo empuñó contra su pecho y luego se metió en la cama, haciéndose un ovillo, dejando que el dolor saliera por medio del llanto, mientras se lamentaba no haber estado junto a Henry en todo momento.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando Grace entró en la habitación, lo hizo con cautela, se acostó a su lado, la refugió contra su pecho y empezó a acariciarle el cabello.

—Lo siento tanto, mi niña… Sé que querías mucho a Henry, tenían una conexión especial.

—Nunca debí dejarlo, lo abandoné… Por eso enfermó.

—No, mi pequeña, no digas eso, no fue tu culpa. —Le besó la frente y chistó intentando hacerla entrar en calma.

Lauren lloró hasta que sintió que se quedó sin lágrimas e intentaba revivir los momentos que vivó junto a Henry, todas las travesuras que cometieron, y que sin importar todas las tareas que después les asignaban como castigo, él siempre le ayudaba en esas labores que a ella le tocaban; a pesar de que a su amigo siempre le pusieran más. Fue su protector en todo momento y ahora no podía creer que no iban a volver a verse.

—Sé… sé que estamos lejos… —Hipó en medio de las lágrimas y buscó la mirada de Grace —. Pero me gustaría poder ir a despedirlo, quiero decirle adiós.

—No sé si será posible, pero lo hablaré con tu padre, ¿de acuerdo?

—Por favor —suplicó—. Solo quiero verlo por última vez.

—Está bien… Aunque tu padre no pueda ir, yo te llevaré, primero necesito hacer unas llamadas.

Lauren asintió y antes de que Grace pudiera levantarse, la abrazó fuertemente.

—Gracias, te quiero, mamá.

—Yo también, cariño. —Volvió a besarle la frente y luego salió de la habitación para ir a hablar con Oliver.

Cinco horas después, Lauren estaba en la capilla, frente al pequeño féretro de madera que tenía el cuerpo de Henry, mientras lágrimas copiosas bajaban por sus mejillas. Estaba tan pálido y delgado que no parecía él; no era ni la sombra de ese jovencito que junto a ella se escondían en esa misma capilla para intentar asustar al padre Francis o para arruinar las prácticas del coro. Mientras lágrimas copiosas bajaban por sus mejillas.

No era primera vez que se llevaba a cabo un funeral en ese lugar ni tampoco era el primer niño del orfanato que moría, pero sin duda, Henry era el que más le dolía. Los otros niños solían morir al poco tiempo de llegar y aunque era triste, no había pasado toda su vida con ellos.

Los rostros de todos eran un claro reflejo de lo mucho que la partida de Henry les afectaba. Lo que más le dolía era saber que él no tuvo la oportunidad de disfrutar de un amor de padres, no supo lo que era convivir con una familia, tener su propio espacio o comer su comida favorita cuando lo deseara.

Podía sentir en su hombro derecho la mano de su padre adoptivo y en el izquierdo la de su madre, ambos la acompañaron, en lo que, sin duda, era el episodio más doloroso y triste de toda su vida.



CAPÍTULO 12

Agosto 1980: Maryland – Estados Unidos

Lenny le pagó al taxista que lo trajo desde la estación del tren y bajó frente a la casa de sus abuelos. Cuando tocó el timbre fue recibido por Marcus, al que le dio un fuerte abrazo.

—Que gusto verte, parece que has crecido mucho en los últimos meses —dijo Marcus con una gran sonrisa.

—Gracias abuelo, también me da mucho gusto verte… ¿Cómo está mamá? ¿Has hablado con ella o con papá? —preguntó, una vez rompió el abrazo y luego avanzó por el pasillo que conducía al vestíbulo.

—Tu padre llamó hace como quince minutos, dijo que ya estaba en labor de parto.

—Estoy preocupado, ¿no es peligroso que se haya adelantado el nacimiento? —preguntó, volviéndose a mirarlo.

—No, tú también te adelantaste un par de semanas, y aquí estás. Tu madre es fuerte, verás que todo saldrá bien —dijo para infundirle confianza, apretándole un hombro.

Al llegar al salón, Lenny vio a gran parte de su familia, ya que al hospital solo fueron sus abuelas y su padre. De inmediato Emilie, su prima de cinco años, hija de su tía Melania, corrió hacia él, evidentemente emocionada de verlo. La cargó y le dio varios besos, mientras ella reía y parloteaba. Lo estaba interrogando sobre cómo era la universidad y sus amigos, también pedía que la llevara y, como si él no supiera, le dijo que su tía Madeleine había ido al hospital a buscar al bebé.

Lenny intentaba llevarle el ritmo a la conversación, mientras saludaba a sus tías y a su abuelo Arthur, que también había llegado para esperar ahí la noticia del nacimiento del nuevo miembro de la familia.

—Em, ven aquí… Deja que Lenny respire. —Melania fue a rescatar a su sobrino, pues su hija solía ser tan cariñosa que abrumaba.

Lenny le cedió a la niña, no sin antes apretarle la nariz en un acto juguetón, al tiempo que sonreía.

—No voy a esperar aquí, necesito estar en el hospital… ¿Tía, me llevas, por favor? —solicitó dirigiéndose a Melanie.

Ella le regalaba caricias a su gato de raza somalí, era marrón de pelo largo con unos intensos ojos verdes y al final de la cola era mucho más oscuro, tenía cierto parecido a un zorro.

Melanie regresó a vivir con sus padres, tras un par de relaciones que no funcionaron. Por mucho que intentara entregarse emocionalmente a alguien, lo cierto era que todavía seguía extrañando a Graham, aún no conseguía superar su muerte. Y con treinta y un años, ya no se veía conformando una familia. Después de todo, contaba con el cariño de sus padres y en Lenny encontró todo el amor que pudiera ofrecerle un hijo.

—Si así lo quieres, pero no es seguro que nos dejen pasar —respondió sin poder negarle nada a su sobrino, le regaló un par de caricias más a su gato y lo dejó en el cojín a su lado.

—Bueno, no perdemos nada con intentarlo —dijo para convencerla—. Llevaré la mochila arriba.

—Tranquilo, yo la llevó —dijo su abuelo materno—. Antes de que se vayan, tómate por lo menos un té helado.

A pesar de que el verano ya no estaba tan intenso, ese había sido un día particularmente cargado de humedad y el bochorno era insoportable.

—Yo te lo sirvo —se ofreció Melania, que mantenía a su hija cargada.

—Mientras, me cambiaré la camiseta. —Melanie subió a por una prenda limpia, porque la que llevaba, estaba llena de pelos de gato.

Cinco minutos después ya iban camino al hospital Johns Hopkins.

—¿Ya pensante en la tercera cita con Elaine? —curioseó Melanie mientras conducía.

Lenny con toda la confianza que le tenía, le había confesado que conoció a una chica que era bastante atractiva, trabajaba en un café cerca del campus y era mayor que él por un par de años. No se lo había dicho a su madre porque estaba seguro de que no le agradaría que ella fuese mayor que él y que no estuviese estudiando. Empezaría a sacar conclusiones erróneas de una chica que; en realidad, era extraordinaria.

—Era esta noche…

—¿Pero le dijiste que vendrías a ver a tus padres? No sea que se quede esperando a que

vayas a por ella —comentó, echándole un vistazo.

—Sí, le llamé para decirle que a mamá se le adelantó el parto. Lo comprendió… Me dijo que podíamos salir después, cuando regrese.

—Y… cuéntame, ¿ya se dieron el primer beso? —preguntó con una risita cómplice.

—¡Tía! —se sonrojó hasta las orejas y se volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Qué? No tiene nada de malo, si se gustan, un beso no debe avergonzarte… Aunque está bien si no quieres contarme.

—Aún no, apenas nos estamos conociendo, charlamos y nos llevamos bien, solo eso…

—Es bueno que una relación se construya sobre bases sólidas y, la mejor manera de hacerlo es darse el tiempo para conocer a la otra persona... Lo más importante, ¿te gusta lo suficiente para pedirle que sea tu novia? —Aprovechó la luz roja para mirarlo.

—Sí, te he dicho que es hermosa, inteligente, ocurrente…

—Entonces, no tardes mucho en besarla y confesarle tus sentimientos —le aconsejó, emocionada por él.

—Pensaba hacerlo esta noche —sonrió—, pero causas de fuerza mayor lo impidieron —terminó mascullando.

—Cuando vuelvas a verla, sorpréndela enseguida con un beso, eso le hará saber que la has extrañado y ya luego le dices lo que sientes… Bueno, todo depende de la manera en que te corresponda al beso.

—Como si fuera tan fácil, me pone nervioso tenerla cerca.

—Es fácil si no lo piensas… Solo te lanzas al precipicio con los ojos cerrados —dijo con naturalidad.

—¡¿Qué no lo piense?! —se carcajeó de buena gana—. Si llevó dos semanas pensándolo.

Melanie también rio, adoraba a Lenny, sobre todo estaba muy agradecida con él, porque buscó que ella fuese su refugio cuando más lo necesitaba. Estiró la mano y empujó el casete para poner música. Tanto Graham como ella, fueron los principales en influenciar en los gustos musicales de su sobrino, porque él los imitaba más a ellos que a sus propios padres.

El inicio de la melodía de Sweet Emotion de Aerosmith, hizo que ambos se miraran a los ojos, ampliaran sus sonrisas y movieran sus cabezas al mismo ritmo. Lenny se acercó al salpicadero y empezó a tamborilear con las manos, mientras que Melanie lo hacía sobre el volante. Cuando inició la letra la siguieron a viva voz.

Al llegar al hospital, se dirigieron directamente a la recepción del área de maternidad. Para sorpresa de Melanie, que pensó que le negarían el acceso, le dijeron que podían pasar a la sala de espera, donde estaban los demás familiares. Vieron a Patrick y a Christina, suponía que su abuela Jeane estaría acompañando a Madeleine en la sala de parto. Lenny avanzó con largas zancadas para llegar cuando antes hasta su progenitor, que al verlo se levantó de inmediato y lo recibió con un fuerte abrazo.

—Pensé que viajarías mañana.

—¿Y perderme este momento? No iba a estar tranquilo —dijo sonriente, llevó su mano a la cabeza su padre para peinarlo; al parecer, la angustia lo llevaba a revolverse el pelo. Le hacía muy feliz verlo después de tanto tiempo—. ¿Qué te han dicho?

—Hace como quince minutos salió unas de las enfermeras, para decirnos que ya estaba dilatada e iba a empezar a pujar o algo así… Madre, ¿qué fue lo que dijo?

Se apoyó en su Christina, porque estaba tan nervioso que, aunque no era primera vez que escuchaba sobre el proceso de parto, sí que había pasado mucho tiempo. Exactamente doce años.

—Que solo es cuestión de minutos —respondió Christina con una sonrisa—. Relájate —

pidió, frotándole la espalda.

—Todo saldrá bien, papá. —Lenny quiso tranquilizarlo a pesar de que él mismo estaba bastante nervioso.

—Sí, sí… tu madre es una mujer muy fuerte… —reafirmó para convencerse, luego miró a su cuñada—. Gracias por traerlo.

—De nada. Sabes que lo que me pida, haré. —Melanie plegó los labios en una sonrisa discreta.

Aunque llevaba un trato cordial con Patrick; lo cierto era que, desde la desaparición de Susan, las cosas no volvieron a ser igual. Ella sentía que solo la trataba por cortesía para no disgustar a Madeleine, porque en el fondo la culpaba por no tener a su hija. Solo esperaba que, de alguna manera, esta nueva niña que llegaba a su vida, le diera la paz suficiente para que hiciera mermar ese rencor que sentía por ella.

Se sentaron a esperar y, no pasaron diez minutos, cuando apareció la enfermera preguntando por la familia Russell. Patrick se levantó impulsivamente y se acercó a la mujer. Los demás familiares también se acercaron a ella, pero con menos euforia.

—¡Felicidades! Es padre de una hermosa y saludable niña —le dijo con una sonrisa a Patrick.

Él soltó un largo suspiro de alivio al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza, luego empezó a reír y a llorar de felicidad. La emoción que sentía era tanta que no le cabía en el pecho, respiró hondo para llenar sus pulmones que parecían haberse quedado vacíos.

—Y mi mujer, ¿cómo se encuentra Madeleine? —preguntó con la voz ronca por las emociones.

—Ella está muy bien, es una mujer muy fuerte, ahora mismo está en recuperación, en unos minutos podrán pasar a verla y de ahí ir a la sala de neonatología, para que conozcan a la niña.

—Gracias, gracias —dijo Patrick y buscó para abrazar a su hijo.

A Lenny le hacía feliz ver a su padre tan pletórico, imaginó que así debió sentirse también con el nacimiento de Susan, él no recordaba nada de eso y la imagen de su hermana era muy difusa en su memoria. Pero sí tenía muy claro que su padre lo llevó al hospital a la espera del nacimiento, era una historia que solía contarle siempre.

—Ya quiero verla, seguro que es hermosa —comentó, estaba muy ilusionado con conocer a su hermana. Estaba seguro de que mientras pudiera, la cuidaría con su vida.

Christina y Melanie también estaban muy emocionadas por la noticia que les dio dicha y tranquilidad. Apenas asimilaban que ya tenían a un nuevo miembro en sus familias, cuando llegó Jane y le pidió a Patrick que la acompañara a la habitación para que viera a Madeleine.

En cuanto Patrick vio a su mujer, la notó pálida y agotada, aunque su maravillosa sonrisa y el brillo en sus ojos a causa de las lágrimas contenidas, le dejaba claro que todo ese proceso había merecido la pena. La sujetó por la cabeza y le dio un beso en los labios, apenas separaron sus bocas por pocos centímetros, cuando los sollozos de ambos se hicieron uno.

—Es hermosa, es hermosísima —musitó Madeleine con la voz vibrante por el llanto—. Sé parece tanto a Susan… sé que no debo compararlas porque Stella, no es un reemplazo…

—Te entiendo, sé lo que quieres decir, no te disculpes por lo que sientes. —Le besó la frente y luego la punta de la nariz—. Es imposible no pensar en Susan en este momento, pero eso no quiere decir que no amemos a Stella por quien es, por nuestra hija…

—Sí, sí… Mamá dice que se parece a ti.

—Tu madre siempre sacando conclusiones antes de tiempo —dijo sonriente, mientras limpiaba con los pulgares las lágrimas de la mujer que amaba. Ojalá todo el tiempo pudiera

limpiar ese tipo de lágrimas, esas que eran de pura felicidad—. Imagino que estás muy cansada.

—No fue tan difícil, pero te advierto que tendrás que desvelarte conmigo —le advirtió con una sonrisa.

—Con gusto lo haré, no voy a perderme ni un solo segundo de nuestra Stella —confirmó, sonriendo en medio del llanto.

A la habitación ingresaron un par de enfermeras, una empujaba el carrito en el que traía la cuna de la bebé. Patrick sintió que el corazón se le saltó un latido y las lágrimas le subieron a la garganta cuando vio a su pequeña, vestida de blanco con ribetes rosado.

Había olvidado lo pequeño y frágil que es un bebé, cuando la cargó por primera vez, experimentó la mezcla de un *déjà vu*, pero también una vivencia única. Sollozó y acercó su nariz a la cabecita cubierta por un gorro, tras inspirar hondamente el olor más maravilloso del mundo, le dio un beso y en silencio le prometió que la cuidaría y jamás permitiría que nada malo le pasara.

Aunque hubiese querido quedarse a pasar la noche con su mujer y su hija, no podía, porque no estaba permitido. El tiempo de visita estaba casi terminando, por lo que le dio un beso en los labios y le dijo que afuera también estaba Lenny, que llegó esa mañana.

Madeleine le preguntó a la enfermera si su hijo podía pasar, pero la mujer se negó, el horario había terminado; sin embargo, le dijo que el chico podría ver a la niña en la sala de neonatología y que mañana podría verla antes de ser dada de alta.

—Descansa, mi amor —susurró Patrick, dándole un beso.

—Te amo —respondió Madeleine, sonriendo.

Patrick salió de la habitación y la enfermera le dijo que les avisarían cuando pudieran pasar a ver a la niña en la sala. Como era de esperarse, a Patrick lo atacaron a preguntas, sobre todo su hijo, a todas las respondió con una sonrisa de orgullo y los ojos cristalizados por las lágrimas.

Cuando por fin los invitaron a pasar a la sala de neonatología, se quedaron tras el cristal, observando por lo menos una decena de niños. La mirada ansiosa de Lenny buscaba a su hermana, aunque todos los bebés le parecían iguales, solo se diferenciaban por las mantas en colores rosas y celestes que los identificaban como niño y niña.

—Es la tercera de la segunda fila —dijo Patrick, señalando la cuna en la cual estaba Stella.

—Es hermosa —chilló Christina, dichosa por haberse convertido una vez más en abuela.

—¿No crees que es muy pequeña? —preguntó Lenny, con la mirada fija en su hermanita. El corazón le latía presuroso y sentía el estómago encogido.

—No, la enfermera dijo que pesó tres kilos y medio y midió cincuenta y dos centímetro, eso es normal… Su estado es muy saludable —respondió Jeane, que también miraba enamorada a su nieta. A pesar de que en su familia eran puras mujeres, excepto Lenny, adoraba que cada vez se sumaran más.

Melanie no decía nada, solo observaba con embeleso a la niña, mientras luchaba con una marea de dolorosas emociones; estaba segura de que Patrick no iba a dejar que se le acercara y mucho menos la dejaría a su cuidado. Era comprensible, pues perdió toda la confianza en ella.



CAPÍTULO 13

Octubre 1980: Antrim - Irlanda

Durante la madrugada Lauren tuvo que levantarse un par de veces para ir al baño porque sentía ligeros calambres abdominales. Su malestar era tan confuso que no estaba segura si se trataba de una mala digestión o era producto de la impaciencia que le generaba cumplir doce años.

Estaba en esa etapa en la que quería hacerse mayor, ser más como sus compañeras de salón; tener un año más, hacía una gran diferencia. También le hacía mucha ilusión su fiesta de cumpleaños, aunque era un día que indudablemente la llenaba de tristeza, porque era su primer cumpleaños que no celebraría junto a Henry. Les solicitó a sus padres que no le hicieran una gran

fiesta, después de todo, conocía a pocos niños; así que, les pidió que tan solo fuera un picnic con sus amigas Amy, Enya y Tara.

Fueron las voces de sus padres cantándole, lo que la hizo despertar risueña, parpadeó varias veces para acostumbrar la vista. Estaban arrodillados junto a la cama, su padre con un pastel rosa y blanco en las manos, ambos llevaban gorritos de cartón y sonreían.

Happy Birthday to You
Happy Birthday to You
Happy Birthday, Dear Lauren
Happy Birthday to You.

—¡Gracias! —dijo emocionada al tiempo que se sentaba y miraba las doce velas que flameaban ante ella. Le era imposible no sonreír y que el corazón no le latiera presuroso.

—Pide tu deseo —canturreó Grace.

Lauren se puso el cabello detrás de las orejas, preparándose para acercarse al hermoso pastel y luego cerró los ojos.

«¡Feliz cumpleaños, Henry! ¡Deseo que lo estés pasando muy bien en el cielo!»

Cuando abrió los ojos, los tenía cristalizados, pero sopló con fuerza, tuvo que hacerlo una vez más porque varias quedaron encendidas. Grace empezó a aplaudir y ella también lo hizo.

—¡Feliz cumpleaños, princesa! —deseó Oliver, con cuidado de no dejar caer el pastel sobre la cama, le dio un beso en la frente.

—Gracias, papá —sonrió y le besó en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, mi niñita. —dijo Grace, dándole varios besos en la mejilla y Lauren la amarró en un abrazo—. Si quieres, puedes ir a cambiarte y te esperamos abajo para desayunar pastel.

—Sí, está bien. —Apartó las sábanas enérgicamente y salió de la cama.

Sus padres no pudieron ocultar el ligero asombro que los embargó, cuando algo en el colchón captó sus miradas; ella de inmediato también se volvió a ver, descubriendo una pequeña mancha rojiza en la sábana.

Su madre miró su camisón, mientras su padre se volvió para mirar a otro lado, entonces ella también vio su pijama. Su rostro se encendió de vergüenza y corrió con piernas temblorosas al baño.

Le tomó varios segundos asimilar lo que había pasado, ella ya lo sabía, sus amigas le dijeron que pasaron por eso; incluso, su madre había conversado con ella sobre el momento en que se convirtiera en mujer, pero jamás imaginó que podía sucederle en una situación como esa, ni mucho menos que su padre tuviera que verlo, quería correr y tapar la mancha en el colchón, pero no iba a salir de ahí.

—Lauren, cariño… ¿Puedo entrar? —preguntó Grace, mientras veía a su esposo que seguía con el pastel en la mano y la mirada turbada de preocupación.

Lauren no pudo responder porque tenía un nudo apretándose la garganta, se quitó las bragas sin deshacerse del camisón, como era de esperar, también estaban manchadas. Entonces se echó a llorar de pura vergüenza y luego metió las bragas bajo el chorro de agua del lavamos. No quería pensar en el rosetón que dejó en la cama y que su padre debía estar viendo, pero no podía sacarse eso de la cabeza, mientras seguía llorando y restregaba con ahínco la prenda.

Sabía que su cuerpo estaba cambiando, incluso desde hacía un par de meses estaba usando sostenes que su madre le había comprado. Sin embargo, no esperaba que precisamente el día de su cumpleaños se convirtiera en mujer y que sus padres fuesen testigo de ello.

—Lauren, amor, ¿puedo entrar?... Solo quiero ayudarte —Grace insistió con ternura.

Lauren comprendió que necesitaba que alguien la orientara por lo que cerró la llave, exprimió las bragas y luego abrió la puerta, lo suficiente como para apenas asomar el rostro.

—Está bien, puedes pasar, pero dile a papá que por favor se vaya.

—Ya se marchó, cariño —dijo Grace, al tiempo que con una mano le hacía un ademán urgente a su marido, para que saliera de la habitación.

Oliver miró de un lado a otro en la habitación sin saber qué hacer con el pastel, pensó en dejarlo sobre la mesita de noche, pero comprendió que no era la mejor opción, por lo que se lo llevó a la cocina.

Lauren dejó escapar un suspiro, luego con mucho cuidado y con las ganas de ralentizar el momento, abrió la puerta, apenas lo suficiente para que su madre pudiese entrar.

—Esto ha sido lo más vergonzoso que me ha pasado —confesó, cubriéndose la cara con las manos.

—Entiendo que te sientas así. —Grace cerró la puerta tras de sí, para que Lauren sintiera un ambiente privado—. Pero no debes avergonzarte por nada, esa es nuestra naturaleza como mujeres. Es normal, cariño, es completamente normal, recuerda que lo habíamos hablado…

—¡Pero papá no tenía por qué verlo! —chilló con el rostro caliente por el sonrojo, llevándose las manos a la cabeza.

—Una situación como esa no es ajena a tu padre, él también sabe que es normal, lo ha visto en mí, incluso, sabe comprender cuando mis emociones se desestabilizan un poco. Lo has visto cómo me prepara el té cuando en mis días tengo malestar… Ahora tendrá que hacerlo para las dos —dijo sonriente y le alegró ver que a Lauren se le estiraban un poco las comisuras de los labios.

—No es lo mismo, es tu esposo… Hay más confianza —argumentó, con los pómulos sonrojados y sentía las orejas calientes.

—Y tú eres su hija, también debes tener confianza con él; claro, no te digo que tengas que informarle o hacerle saber cuándo estés en tus días. —Caminó hasta la ducha, corrió la cortina y abrió la alcachofa, esperando a que el agua se temperara—. Solo quiero que sepas, que no es un pecado, ni nada de lo que debas avergonzarte, solo sentirte orgullosa de que te has convertido en mujer, ahora esos cambios que has venido notando en tu cuerpo, se harán mucho más rápido. —Le hizo un ademán para que entrara en la ducha.

—Lo entiendo, pero estoy nerviosa y también tengo miedo… todavía tengo muchas dudas.

—Estoy aquí para esclarecerlas todas, puedes preguntarme lo sea, cualquier cosa que quieras saber, aunque las creas insignificantes… Hagamos esto paso a paso, ahora puedes ducharte, mientras iré a buscar las cosas que necesitarás.

—Me gustaría primero quitar las sábanas, no puedo soportar la idea de que están manchadas —dijo, rascándose la sien derecha y con la mirada esquiva.

—Tú no te preocupes por eso, yo me encargo, solo entra a la ducha, enseguida regreso.

—Está bien, gracias, mamá —dijo, más aliviada y empuñando el dobladillo del camisón.

—Si quieres puedes dármelo, así lo meto a la lavadora.

—¿Puedes darte la vuelta? Lo siento, es que…

—Por supuesto. —Sonrió y se volvió hacia la puerta—. No te disculpes por querer privacidad, está bien si quieres mantener tu pudor.

Lauren ya no quería mostrarse desnuda delante de su madre, no desde que empezó a notar vellos en su zona íntima ni mucho menos cuando sus senos empezaron a crecer. Se quitó el camisón, lo dejó sobre la tapa del retrete, entró a la ducha y corrió la cortina.

—Mamá, ya puedes voltearte —dijo, asomando apenas la cabeza entre la cortina.

—Bien. —Grace se volvió, agarró el pijama y las bragas que estaban en el lavabo—. Enseguida regreso —dijo con una sonrisa, que esperaba le infundiera confianza a su hija y salió del baño.

Quitó las sábanas y llevó todo al cuarto de lavado, vio a su esposo sentado en una de las sillas del comedor, con el pastel en la mesa.

—¿Cómo está Lauren? —Preguntó con tono ronco, antes de que Grace volviera a la habitación.

—Muy avergonzada contigo —comentó con una sonrisa cargada de ternura.

—¿Qué debo hacer para que no lo esté? Le dijiste que sé lo que le está pasando.

—Por ahora, será mejor que no digas nada, no toques el tema, solo actúa normal… Sí, le expliqué que lo sabes y que estás familiarizado con los periodos hormonales.

—Bueno, lo intento —contestó con una ligera sonrisa de desconcierto.

—Lo haces bien, amor. —Se acercó sonriendo y le dio un beso en los labios—. Ahora necesito estar con ella.

—Sí, sí, ve. —La instó con ambas manos—. Iré a recoger el periódico. —Se levantó para ir al jardín delantero donde siempre dejaban la correspondencia.

Grace fue a su habitación a buscar la caja de toallas sanitarias que ya había comprado pensando en la primera menstruación de Lauren, aunque, no esperaba que fuese tan pronto. No podía evitar estar nerviosa, era la primera vez que vivía una experiencia como esa, porque de niña su madre no le explicó nada; por el contrario, acrecentó sus temores con prohibiciones sobre una vida sexual de la que ella no tenía el mínimo conocimiento. Por lo que se prometió que el día que tuviera una hija, y le tocara enfrentarse a su primera menstruación, haría lo posible por hacerla sentir segura y cómoda.

Lauren escuchó que llamaban a la puerta del baño y la abrió, dejando apenas una rendija para asegurarse de que se trataba de su madre.

Ya se había duchado y llevaba puesta una bata de baño, pero desde entonces se había secado entre las piernas con un poco de papel higiénico, comprobando que lo manchaba muy poco.

—Te he traído lo que necesitas, ya habíamos hablado de las toallas íntimas, ¿lo recuerdas? —preguntó y Lauren solo asintió, observando cómo Grace colocaba las cosas en el encimera del lavabo. Agarró unas bragas limpias—. Debes usarlas así, estás son con alas que se aferran mejor a la ropa interior —explicaba al tiempo que acomodaba la compresa—. ¿Quieres intentarlo? —preguntó, ofreciéndole otras bragas y otra toalla.

Lauren asintió y se hizo de lo que le entregaba, a pesar de que estaba algo avergonzada, empezaba a sentirse en confianza con su madre.

—¿Así? —preguntó, mostrándole.

—¡Sí, cariño! ¡Muy bien! —La felicitó y le dio un beso en los cabellos—. Ahora puedes ponértela, recuerda que debes cambiarla cada tres o cuatro horas para evitar infecciones, debido a la humedad y el calor.

Lauren asintió una vez más, con precaución se puso las bragas, pero la incomodidad que le provocó tener eso entre los muslos de reflejó en sus facciones.

—No me gusta, es muy… raro, incómodo, ni siquiera puedo juntar las piernas —confesó con ganas de quitarse eso.

—Lo entiendo. —Grace frunció la nariz—. Es horrible, pero lamentablemente necesario; sin embargo, pronto te acostumbrarás.

—Siento que se va a caer, si doy un paso terminara en el suelo y todo el mundo la verá, creo que es mejor si me quedo aquí a esperar a que pase —dijo con las ganas de llorar formándosele en la garganta. Se sentía impotente.

—No, cariño, no se caerá, para eso es el pegamento y las alas. —Le puso las manos sobre los hombros, instándola a que la mirara a los ojos—. Pero tengo un truco para que te sientas más segura. —Le guiñó un ojo y se hizo de otras bragas de las cinco que había llevado para que Lauren practicara—. Puedes usar doble, eso te hará sentir que está más justa. —Se acuclilló para ayudarle a poner la segunda ropa interior—. Un poco mejor, ¿verdad?

—Sí, eso creo. —Torció la boca, no muy convencida.

—Sé que nada será como estar libre, sin la toalla, pero te acostumbrarás. Ahora quiero que te pongas tu hermoso vestido de cumpleaños, ya es hora de prepararnos para el picnic, y recuerda que hoy tienes permiso para desayunar pastel —sonrió grandemente.

—Mamá, hoy es el peor día, ya no quiero ir de picnic, no me siento bien, estoy incómoda, prefiero quedarme en cama. —Fue sincera, empezaba a odiar ese día y las lágrimas se asomaron a sus párpados.

—Comprendo que no sea un buen día, si no quieres ir al jardín botánico, podemos hacerlo aquí en casa. Le decimos a tu padre y estoy segura de que en un abrir y cerrar de ojos hará que nuestro jardín luzca hermoso… Anímate, Lauren. —Le limpió las lágrimas.

—Está bien. —Resopló para no seguir llorando.

—Prefecto, deja que te ayude a vestir.

—Solo falta que empiece a llover —dijo cuando su madre le abotonaba en la espalda el vestido.

—No seas pesimista, a pesar de ser otoño, el sol parece de primavera —dijo sonriente, comprendía que sus emociones estuvieran alteradas porque a todas les pasaba, pero le ayudaría a lidiar con ello.

La volvió para ver lo hermosa que se veía con ese vestido de mangas largas y cuello alto, que le llegaba por debajo de las rodillas. Su niña lucía tan elegante y sus ojos azules resaltaban tanto como los de Oliver. Debía admitir que en cuanto la vio, eso fue la que la convenció automáticamente de adoptarla, porque siempre deseó tener un hijo o hija con el color de ojos de su marido y, ya que no pudo gestarlo, Lauren llegó a sus vidas como un ángel para salvarlos de la tristeza.

Le hizo un peinado hermoso, en el que le trenzó una parte del cabello y se lo llevó al otro extremo para hacerle una coleta de medio lado que le quedaría perfecta con la boina negra.

—Te tengo una buena noticia, y creo que lo habías olvidado… —Se hizo del neceser que llevó—. ¡Mira lo que traje!

—¡Maquillaje! —Por primera vez se emocionaba en esa mañana.

—Prometí que podrías empezar a usar en cuanto te hicieras adolescente. Solo que no esperé que fuese tan pronto, pero podrás usar un poco.

—Está bien. —Se le notaba la emoción en la mirada.

Grace usó de sus maquillajes los tonos más rosas, apenas le aplicó un poco de rubor y un brillo en los labios, pero eso fue apoteósico para Lauren. Se vio maravillada frente al espejo.

Una vez lista, bajaron al comedor, dónde Oliver seguía esperando, pero estaba concentrado en el periódico. Lauren volvió a avergonzarse, pero rápidamente se le pasó porque su padre la trató como siempre, incluso le sirvió él té y le dijo que lucía muy linda.

Al terminar de desayunar pastel, Grace se encargó de llamar a las casas de Amy, Enya y Tara para informarle sobre el cambio de planes. Mientras Oliver se encargaba de poner todo lo

del picnic en el jardín.

A pesar de la mañana inesperada en la que Lauren se convirtió en mujer, pasó un cumpleaños increíble; sobre todo, cuando les confesó a sus amigas por qué decidieron no ir al jardín botánico, como habían previsto. Las tres ya habían pasado por eso, por lo que se emocionaron, sabían que ahora se harían más cómplices en todo.

Su madre tenía razón, mientras estuvo con sus amigas, compartieron aperitivos y juegos, se le olvidaba la incomodidad que le generaba llevar puesta la toalla higiénica; además; sus amigas, también estuvieron de acuerdo en que al principio era incómodo, pero ya después se acostumbraría.

Esa noche, mientras leía un cuento junto a su madre, su padre llegó a la habitación y le llevó otro té, se quedó ahí, escuchando la historia que contaba. Lauren no podía ser más feliz, a pesar de que extrañó mucho a Henry, agradecía tener a su propia familia.



CAPÍTULO 14

Septiembre 1982: Maryland – Estados Unidos

Lenny sintió que tiraban de las sábanas, además de un ligero peso en el colchón; estaban intentando despertarlo, de eso no tenía dudas, por lo que refunfuñó hundiendo más la cabeza en la almohada y haló la manta para cubrirse.

—Lenny, Lenny, despierta… despierta.

La vocecita chillona y con palabras mal pronunciadas de Stella, lo hizo sonreír, a pesar de que hubiese preferido dormir mucho más, su hermanita consiguió que le prestara atención.

—Ya, ya estoy despierto —dijo con una gran sonrisa; al tiempo que se volvía, estiró un brazo, pasándolo por el torso de la niña y la arrastró sobre su pecho.

Ella soltó un chillido mezclado con una carcajada casi cantarina que a él lo contagió, enseguida empezó a mordisquearle con extrema suavidad las mejillas, con la única intención de hacerle cosquillas.

Stella no hacía más que carcajearse y retorcerse en los brazos de su hermano, en defensa, le tiraba de los cabellos para liberarse.

—Veo que se divierten —dijo Madeleine con una sonrisa, bajo el umbral de la puerta.

Ella llevó a Stella para que despertara a Lenny, le hubiese gustado dejarlo descansar mucho más, pero era su último día en casa, por la noche tomaría el tren para regresar a New Haven. Sus vacaciones de verano terminaron y debía empezar con el sexto semestre de su carrera de arquitectura.

Madeleine odiaba que el tiempo pasara tan rápido cuando Lenny estaba en casa, pero le consolaba que por lo menos él decidiera seguir viviendo con ellos y no se independizara como hacían todos otros chicos a su edad. Consideraba que aún estaba muy joven, en noviembre apenas cumpliría los diecinueve años; a pesar de que él se creía todo un hombre. Su sonrisa menguó un poco al pensar que Susan, con catorce años, ya sería una señorita y estaría por empezar en la secundaria.

—Mami, mami… sálvame —pidió Stella entre chillidos y risas.

—No, mamá no podrá salvarte, eres prisionera del monstro de las cosquillas —dijo Lenny con el cabello alborotado y los ojos azules brillante por la luz de la mañana.

—¡Ay, mami! —volvió a gritar Stella.

Madeleine avanzó hasta la cama donde se estaba llevando a cabo la revoltosa guerra.

—Bueno, está bien de juegos. —Madeleine avanzó hasta la cama donde se estaba llevando a cabo la revoltosa guerra—. Levántate, cariño, tu padre está preparando el desayuno y quiere tu ayuda. —Atendió a los brazos levantados de su hija, que en medio de risas y con el cabello cobrizo desordenado, le pedía auxilio.

—Dile a papá que bajo en cinco minutos, que no se adelante con la mezcla de los panqueques, porque le queda horrible. —Levantó el torso hasta sentarse, al tiempo que se pasaba las manos por el cabello rubio para peinárselo.

—Eso le diré —dijo Madeleine sonriente.

Stella desde la seguridad de los brazos de su madre, le sacó la lengua a su hermano, al tiempo que se metía el cabello detrás de las orejas, estaba furiosamente sonrojada por el esfuerzo de las carcajadas.

Lenny salió de la cama y corrió hasta ella, atacándole con los dedos los costados, por lo que la niña se retorció en los brazos de su madre y se le aferró al cuello. Lenny desistió de hacerle maldades a su hermanita de dos años y le dio un beso en la mejilla a su madre para luego admirarla. Desde el nacimiento de Stella, había cambiado mucho, la tristeza en sus ojos se esfumó, empezó a vivir y no ser solo una sombra que caminaba por la casa, sufriendo por la desaparición de Susan. Su vida tenía otro sentido, Stella era esa razón por la que volvió a ser feliz, y a él le alegraba muchísimo que así fuera, porque empezó a conocer otra faceta de su madre.

—Mami, ¿puedo ayudarle a papi y a Lenny? —preguntó Stella, mientras salían de la habitación.

—Sí, cariño. Claro que puedes...

Lenny se dirigió al baño a lavarse los dientes y la cara, casi diez minutos después llegó a la cocina donde estaba su padre haciendo de las suyas, a él le gustaba cocinar, pero mientras lo hacía, el lugar se convertía en un caos.

—¡Llegó mi salvador! —Patrick dijo con júbilo en cuanto vio a Lenny entrar en la cocina.

—¡Papá, esto es un desastre! —señaló alarmado, aunque sonriente. Se llevó las manos a la cabeza—. Ni siquiera sé por dónde empezar. —Su mirada se paseaba por las encimeras repletas de utensilios sucios, cáscaras de huevos, paquetes de tocino, cartón de leche, algunas frutas sobre la tabla a medio picar y muchas cosas más.

—Si quieres, yo me encargo de lavar los utensilios, mientras tú te encargas de preparar la mezcla —acordó, consciente de que el lugar parecía un campo de batalla.

—¡Yo quiero ayudar, yo quiero ayudar! —Stella llegó corriendo a la cocina y agitando los brazos en lo alto.

—Está bien, ven aquí —dijo Lenny, que la cargó y la sentó en la encimera, junto al tazón en el que empezaría a preparar la mezcla para los panqueques—. ¿Dónde está mamá? —preguntó, pinchándole con una cuchara de madera la pancita.

—Está limpiando las habitaciones —respondió, mordiéndose un dedito y seguía con la mirada lo que su hermano hacía.

Esa era la rutina de los domingos, ellos se encargaban de la comida, mientras su madre se dedicaba a conciencia a la limpieza. Por la tarde, irían a almorzar a la casa de sus abuelos maternos.

—Seguro termina pronto, así que debemos darnos prisa… ¿Estás lista para empezar? —preguntó y su hermanita asintió, sin dejar de mordisquearse el dedo y sonreír.

Lenny le entregó un batidor manual y le pidió que revolviera, mientras él echaba los ingredientes y conversaban.

Patrick metía algunos platos en el lavavajillas y observaba la interacción entre sus hijos, adoraba verlos siendo tan cómplices y lo unidos que eran, a pesar de que desde que nació Stella, Lenny solía pasar pocas semanas en casa, ella lo adoraba.

Una vez que el desayuno estuvo listo, no pasaron al comedor, sino que comieron en la mesa redonda con cuatro sillas que estaba en un rincón en la cocina junto a la ventana y que tenía una hermosa vista hacia el jardín. Conversaban de todo un poco, aunque ya habían interrogado bastante a Lenny sobre cómo le iba en la universidad y acerca de su relación con Audrey; a pesar de que la mayor atención de todos estaba puesta en Stella, que comía con gran gusto los arándanos y ya se había manchado el vestido amarrillo pastel que llevaba.

Lenny había salido más picaflor que su padre, quien antes de Madeleine, solo tuvo dos novias; su hijo, en cambio, en poco más de dos años, ya llevaba cinco. Dos de ellas, habían tenido la oportunidad de conocerlas personalmente porque las había llevado a casa, una de esas era Audrey, con la que esperaban la relación fuese mucho más duradera, porque la chica era encantadora.

Después de la comida, Lenny subió a empacar, debía dejar todo listo para esa noche, no quería estar apresurado a último momento, aunque no era mucho lo que debía llevar. Desde la ventana de su habitación veía a sus padres jugando con Stella en el jardín. En ese instante, su mente se iluminó con un brevísimo recuerdo de niño jugando al béisbol. Su padre pensó que eso le apasionaría, pero lo cierto es que rápidamente le perdió el interés; ni siquiera recordaba bien esa etapa de su vida, en la que sus padres decían que no podía irse a dormir si no se metía en la cama con el guante o el bate.

Se apresuró a terminar y bajó a jugar con ellos, no quería perderse un momento de las horas que le quedaban con su familia, ya que la noche anterior salió con sus amigos de toda la vida, aunque pasaban meses sin verse, cuando volvían a su hogar, era como si el tiempo no hubiese pasado y el afecto seguía siendo el mismo. Luego de que se corretearan un rato en el jardín,

regresaron a la casa porque necesitaban prepararse para ir a casa de los Lewis para la comida.

Cuando llegaron, ya estaban todos ahí; por supuesto, después de abrazar a sus abuelos, Lenny corrió a saludar a su tía Melanie, nadie podía criticar el cariño excesivo que le tenía, ni la complicidad que compartían. Ella hacía unos meses que se mudó sola a una cabaña de dos habitaciones, estaba en el bosque, pero era bastante acogedora, ahí era feliz con sus gatos, que ahora eran tres.

Lenny era el único que sabía que Melanie tenía una nueva pareja, era un hombre algo mayor y trabajaba para una empresa de transportes de lácteos; por lo que, la mayoría del tiempo lo pasaba en carretera, llevando el producto de un lado a otro de la región, pero cuando estaba en Maryland, lo pasaba en la cabaña con su tía. Él creía que ella no le había contado nada a su familia, por el temor que le causaba ser criticada, ya que todos los hombres que había tenido eran blanco de opiniones poco agradables por parte de sus padres y hermanas.

Siempre había sido así, desde Graham, a quien descalificaban por ser un obrero y no haber estudiado; no obstante, fue gracias a Graham que él se apasionó por la arquitectura, porque cuando su tía le llevaba la comida a las construcciones donde trabajaba, él la acompañaba y fue así como se sintió fascinado con todo lo que ahí se hacía.

Regresaron de la casa de sus abuelos ya entrada la noche, por lo que a Lenny apenas le dio tiempo de ir corriendo a por su mochila y regresó para subir de nuevo al todoterreno Grand Wagoneer en blanco y marrón de su padre. En la estación del tren, debieron enfrentarse a la inminente despedida, y cuando Stella comprendió que su hermano se marcharía empezó a llorar, llamándolo a gritos, por lo que Lenny con un nudo en la garganta, regresó y le dio varios besos en la frente.

—Mi angelito, tengo que ir a estudiar, pero prometo que vendré pronto. —Sabía que era una mentira piadosa, porque no regresaría sino hasta las vacaciones de invierno.

—Yo quiero ir, quiero ir —pidió Stella con los lagrimones bajando por sus mejillas.

—Aún no puedes ir, es la universidad, primero debes ir al jardín de infancia…

Nada de lo que dijo fue suficiente para convencer y calmar a Stella, así que, ante la petición de su madre, quien le prometió que la calmaría, se marchó; de lo contrario perdería el boleto. Desde la ventana del tren en movimiento les dijo adiós.



CAPÍTULO 15

Junio 1983: Antrim - Irlanda

Lauren tenía los auriculares puestos con la canción: Want Some, Need Some de Poison a todo volumen, cantaba a viva voz, mientras bailaba con enérgicos movimientos frente al espejo. El cepillo le servía como micrófono y agitaba casi violentamente la falda del vestido celeste que llevaba. Ya no quería usar ese tipo de ropas porque eran demasiado aniñadas, pero solo los domingos complacía a su madre y se los ponía para ir a la iglesia, ya que ahora prefería prendas más actuales y oscuras, como esas estrellas de rock que tanto admiraba.

Tenía la suerte de que su padre complacía sus gustos roqueros, aun en contra de los deseos de su madre, que deseaba que fuese más femenina; así como sus amigas, que eran una imitación

de Madonna. No era que no les gustara su estilo o que no aceptara escuchar con ellas sus canciones pop, pero si tenía que elegir, se quedaba con el rock, eso era lo que verdaderamente le hacía vibrar la sangre en las venas; especialmente, Bret Michaels, quien también le hacía latir fuerte el corazón.

Dirigió la mirada hacia el afiche en su puerta, donde el rubio de larga melena la hacía suspirar; se había convertido en su primer amor verdadero. Desde hacía un par de años, empezó a apreciar no solo la música sino también la belleza de quienes la interpretaban, ya se había pasado por un gran repertorio de apuestos roqueros y metaleros, pero ninguno le había hecho bombear el corazón con tal fuerza como lo hizo Bret, desde el instante en que lo vio en una revista, quedó flechada.

Su imaginación hacía de las suyas, se creaba toda una vida en la que iba a un concierto y él se fijaba precisamente en ella, luego la invitaba a su camerino y desde ese instante se enamoraban. Terminaba yéndose de gira en el autobús, recorriendo no solo todo el país, sino que también se la llevaba a Estados Unidos, país al que soñaba ir desde que lo conoció y supo que de ahí era la banda.

—¡Lauren!

Se detuvo abruptamente al ser sorprendida por su madre, justo cuando soñaba despierta. No la había escuchado y seguramente la reprendería por escuchar música a todo volumen; la miró con una sonrisa a modo de disculpa y con la respiración agitada se quitó los auriculares.

—Lo siento, mamá. No te escuche —dijo, al tiempo que dejaba sobre el tocador el Walkman.

—Ya veo —sonrió genuinamente, pues ella también se perdió muchas veces en sus pensamientos cuando fue adolescente—. Ya nos vamos. ¿Te lavaste los dientes? —Tan solo hacía media hora que terminaron de desayunar.

—No, enseguida lo hago. —Soltó una risita de disculpas y corrió al baño—. Prometo darme prisa.

—Está bien, no tardes. —Cerró la puerta y se marchó.

Lauren se lavó los dientes rápidamente, como no se maquillaba para ir a la iglesia no necesitaba retocar ningún lápiz labial. Llevada por la ilusión, se acercó al afiche en la puerta y le plantó un beso en los labios a la estrella de rock, que tenía un chaleco de cuero, una bandana de leopardo en la frente, su cabello rubio y largo lucía salvaje, además de los exóticos collares, llevaba unos vaqueros a la altura de las caderas.

—Eres tan, tan guapo… No tardo mucho, mi amor, en un par de horas regreso. —Le dio otro beso, perdida en la mirada azul, soltó un lánguido suspiro. Luego abrió la puerta y fue al encuentro con sus padres que la estaban esperando en el recibidor—. Lo siento, me entretuve escuchando música. —A pesar de su sonrisa, no pudo evitar sonrojarse.

—Sabes que tu madre te ha pedido no escuchar tanta música y menos si es rock… sus letras son diabólicas. —Oliver intentó imprimir seriedad a voz, pero falló olímpicamente, además que el guiño que le dio, echo por tierra cualquier intento de reprimenda.

Solo lo hacía por complacer a Grace, que no estaba muy conforme con la manera en que Lauren empezaba a ver la vida; sin duda, él era el responsable de eso. Sería hipócrita de su parte no admitir que estaba fascinado con que su hija pudiera vivir plenamente sus gustos, que vistiera como quisiera y escuchara la música que deseara, sin el temor a sentirse juzgada por ello.

Él había tenido que reprimir todo eso, debido a la estricta crianza religiosa de sus padres; sin embargo, siempre soñó con tener una banda y poder tocar, pero nunca pudo hacerlo realidad, ya cuando logró liberarse del yugo de su familia, fue para casarse con Grace. Viviendo con ella,

fue que pudo darle rienda suelta a su estridente gusto musical y no mantenerlo como un oscuro secreto, que podía disfrutar fuera de casa con sus compañeros de universidad.

—Sí, prometo escuchar menos música. —Fingió congoja con la vista puesta en su madre, pero una vez ella los adelantó, le sonrió cómplice a su padre.

Salieron de la casa y subieron al auto, rumbo a la iglesia que quedaba a pocas calles, aunque la mayoría de las veces iban caminando, esta vez lo harían así porque al salir de misa irían al supermercado. En el estacionamiento de la iglesia, se encontró con Enya, que bajaba del auto de sus padres, corrió hacia ella y la saludó en medio de un efusivo abrazo, luego con mucha menos euforia se dirigió a los señores Flanagan.

Sus padres también llegaron y saludaron a la familia, gracias a las jovencitas, se había formado una amistad, tanto como para compartir varias cenas, ya fuera en casa de los Flanagan o en la casa de los Spencer.

—¿Tommy y Finn, no vinieron a misa? —preguntó Grace, por los gemelos de ocho años.

Esos niños eran adorables, por lo que eran los causantes de que en ella surgiera la necesidad de tener otro hijo, ya lo había conversado con Oliver; el próximo mes tenían planeado viajar a Birmingham para empezar el proceso de adopción de un niño. Aún no se lo decían a Lauren, porque querían que fuera una sorpresa, pero estaban seguros de que eso le haría muy feliz, quizás también le provocaría tristeza volver al lugar donde murió su mejor amigo, ese al que consideraba su hermano.

—Se quedaron en casa con la niñera, les ha pillado un resfriado y el doctor dijo que no era recomendable sacarlos de casa.

—Oh, espero que mejoren pronto —se lamentó Grace con un semblante bastante preocupado.

Mientras los adultos conversaban de camino a la entrada de la iglesia, Enya y Lauren iban por detrás de ellos, cuchicheando sobre Conrad, el chico que le gustaba a Enya; al parecer, él también estaba muy interesado en ella, pero todavía no se animaba a invitarla a salir. Se sentaron juntas durante la misa y de vez en cuando seguían con su conversación en voz baja.

—¿No te parece guapo el monaguillo? —preguntó Enya con picardía, mientras miraba a su amiga de reojo.

—Sí, es guapo —murmuró Lauren, mirando al chico rubio y larguirucho con la sotana roja y el roquete blanco—. Pero no más que mi querido Bret… —suspiró.

—Ay, Lauren, deja de soñar —susurró exasperada por las inauditas ilusiones de su amiga —. Bret es una estrella de rock, ellos no se fijan en chicas como nosotras; además, para hacerlo más imposible para ti, él está en Estados Unidos. Pon los pies en la tierra…

—Sueño con que algún día lo conoceré, sé que sí, y si no es Bret. El novio que tenga debe gustarle el rock —dijo con determinación—. Y no creo que al monaguillo le guste, si hasta creen que son diabólicas las canciones… —Soltó una risita casi chillona.

—Shhh —chistó Grace—. Silencio, niñas —le pidió a Lauren.

Las jovencitas bajaron las cabezas mientras sonreían, luego decidieron prestar un poco de atención a lo que decía el padre. Pedía por la paz y el cese del conflicto armado, que ya llevaba quince años hundiendo a las provincias en una espiral de violencia a manos de organizaciones paramilitares armadas.

Un problema histórico que se resumía a la política y a la religión, lo que terminó dividiendo a la isla en Irlanda del norte e Irlanda. Ellos, a pesar de ser británicos eran católicos; como la mayoría en Irlanda, sin embargo, uno de los principales problemas era por la intervención del Reino Unido, que deseaba instaurar su religión protestante, debido a eso eran debido a eso las

constantes represalias por parte de las guerrillas irlandesas.

El problema estaba tan marcado que se habían levantado muros para dividir las provincias protestantes de las católicas. De cierta manera, ellos estaban lo suficientemente alejados del epicentro de los disturbios; ya que, los enfrentamientos en su mayoría se llevaban a cabo en Belfast, donde estaba el parlamento de Irlanda del norte.

De vez en cuando, Lauren miraba al monaguillo; sí, era guapo, tenía unos ojos azules muy lindos y una sonrisa encantadora, pero no era eso lo que quería. Luego de la consagración, se levantaron y fueron a tomar la comunión para después volver a sus puestos.

Al terminar la misa la mayoría salieron, aunque muchos de los feligreses se quedaron conversando, como eran cosas aburridas de mayores, Lauren, Enya y otras chicas de la comunidad se apartaron al otro lado de la calle, para conversar sobre sus intereses más juveniles. De repente, frente a la iglesia se detuvo un Ford Taunus celeste, con un fuerte chirrido de neumáticos, del que bajaron dos hombres vestidos de negro y enmascarados, con armas en mano y dos más los esperaban dentro del vehículo.

Las mujeres empezaron a gritar, mientras que los hombres hicieron una barrera para protegerlas, al tiempo que les pedían calma a los enmascarados. Lauren, Enya y las demás chicas, solo veían las miradas aterradas de todos los miembros de su comunidad y las espaldas de los dos hombres que apuntaban.

—¡Oliver Spencer!

Cuando llamaron a gritos a su padre, Lauren se dejó llevar por un impulso de pavor y corrió.

—¡Papá, no! ¡No! —gritó ella en su carrera.

Grace al ver que uno de ellos se volvió para apuntar con el arma a su hija, entró en pánico.

—Lauren, cariño, no, quédate… —Grace no pudo terminar de pedirle que se quedara dónde estaba, porque un disparo resonó y los gritos de todos hicieron el ambiente más confuso.

Lauren pudo ver cómo su madre era lanzada hacia atrás por el impacto del disparo, y segundos después una delgada línea roja comenzaba a teñir el cuello de su vestido y su cuerpo cayó pesadamente en el suelo. En ese momento, su padre dio un par de pasos para socorrerla, se inclinó a su lado para tomarla en brazos. Mientras intentaba salvar al amor de su vida, recibió una bala en la parte posterior de la cabeza.

La gente se esparció corriendo, lloraban y gritaban, algunos entraron a la iglesia, otros buscaron refugio detrás de los autos en el estacionamiento. Todo se volvió un caos entorno a la pareja que yacía unidos como si estuvieran abrazados. Lauren, inmersa en una especie de trance, pudo ver cómo en medio de aquella anarquía, los dos hombres subieron al auto y se marcharon, dejando tras el chirrido de neumáticos, un silencio sepulcral.

Una vez que se dio cuenta de lo que había pasado, soltó un grito profundo y gutural que rasgó el aire; no era ni agudo ni estridente, era como si un animal se percatara por primera vez de su dolor. Se podían escuchar los lamentos de los feligreses que salían de sus guaridas y se acercaban al lugar donde estaban los dos cuerpos, los murmullos iban teñidos con un aire de queja, era como una súplica a Dios para que todo eso fuera un mal sueño. Sin embargo, el grito de Lauren no tenía nada de eso, solo era un grito de amor, dolor y rabia que asustaba a los demás, era un grito más ronco y desgarrador, como si tragase fragmentos de cristal cada vez que respiraba.

Las rodillas le temblaban y se quedó sin aliento, sentía que se atragantaba con los sollozos, era como si un puño le atravesara serpenteando el pecho y le presionara los órganos, por lo que se llevó una mano sobre el pecho y abrió la boca para poder llenar sus pulmones. Tenía miedo de

acercarse, sabía que mientras no estuviera junto a ellos y no se asegurara de que habían sido asesinados, existía la posibilidad de que siguieran vivos. Así era como racionalizaba su propia esperanza.

Pensaba que quizá solo estaban heridos o que ni siquiera las balas los habían alcanzado y que solo estaban en un estado catatónico debido al miedo, pero que estaban vivo; así era su esperanza, tan débil, como el primer rayo de luz de la mañana.

—Cariño, cariño. —Anne Flanagan, llegó hasta ella y la abrazó, estaba llorando y una mancha de sangre en su vestido—. Ven, vamos a la casa parroquial.

—No, no. —Lauren se puso rígida, tenía la mirada fija en el grupo de personas que le imposibilitaban ver a sus padres. El párroco había salido y estaba acuclillado en medio de la multitud—. Tengo que verlos, tengo que verlos —rompió en llanto.

—Luego, cariño, no es el mejor momento… Necesitas…

—¡Quiero verlos! —gritó con la voz rota.

Se zafó de los brazos de la mujer y corrió, al llegar apartó a las personas para que le dejaran pasar; vio a su madre tendida bocarriba, mientras que su padre quedó con medio cuerpo sobre ella. Le impactó ver la cantidad de sangre que llenaba sus cuerpos y los charcos que se formaron debajo.

La mayoría de sangre de su madre era a la altura del cuello, por lo que vio el orificio de la bala, de donde todavía brotaba un delgado torrente. La imagen de su padre era más impactante, porque el disparo había hecho un gran agujero en su cabeza, al punto de que había expuesto hueso del cráneo y masa encefálica.

Ella se arrodilló y lo abrazó, dejando que su cabeza descansara sobre la fuerte espalda de su padre, al tiempo que le daba besos y le pedía que se levantara. Mientras que apretaba la mano de su madre, no podía controlar el temblor en su cuerpo ni el llanto desgarrador. Mientras se manchaba la cara, el vestido celeste y las rodillas con la sangre que aún estaba tibia.

Enya le puso una mano en la espalda para consolarla, pero Lauren en ese momento estaba convencida de que debía quedarse junto a ellos para que siguieran vivos. A pesar de que las caras de todos le gritaban con certeza que sus padres estaban muertos; aun así, Lauren albergaba la esperanza, por pequeña que fuera, de que no lo estuvieran.

Cuando llegó la policía, fue que consiguieron apartarla de ahí, el sacerdote y los padres de Enya se la llevaron; la sentaron en el primer banco de la iglesia, el padre le hablaba sobre la muerte, la resignación y la voluntad de Dios. Ella solo tenía la mirada en el gran Jesús crucificado enfrente, estaba segura de que a partir de ese momento se convertiría en una muerta viviente, agotada, con el corazón roto, viviría como pudiese lo que le quedaba de vida, sin nada más en su interior que sangre y órganos, insensible al dolor y con la certeza de que las peores cosas a veces sucedían de verdad.

Esa tarde, solo volvió a su hogar en compañía de Enya y sus padres a por algo de ropa, luego ellos se la llevaron su casa; ahí la esperaban Amy y Tara; que en cuanto la vieron, corrieron a abrazarla. Lauren, una vez más, rompió en llanto en los brazos de sus amigas.

Esa noche no pudo dormir, a pesar de que sus amigas se acostaron con ella en la misma cama, no hizo más que llorar en medio de una nube de incertidumbre y dolor. No sabía qué iba a ser de su vida, sin sus padres, volvía a quedarse sola en el mundo.

Le cuestionaba a la vida para qué había puesto en su camino personas tan amorosas como los Spencer, crearle la ilusión de una familia, para luego arrebatársela de esa manera tan cruel y en tan poco tiempo. Cinco años, tan solo pudo tenerlos cinco años; en ese momento, prefería haberse quedado en el orfanato, quizá habría muerto con Henry y se hubiese ahorrado todo este

dolor.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó su tía Harriet en compañía de su esposo, ella estaba bastante perturbada, no se lo podía creer, su único hermano había sido asesinado.

—Lauren, tesoro —dijo, ofreciéndole los brazos.

Ella corrió hasta su tía, a pesar de que eran pocas las veces que se habían visto y que estaba segura de que no era de su total agrado, en momento era lo más cercano que tenía de su padre, por lo que se abrazó a ella con fuerza y lloró sin consuelo.



CAPíTULO 16

Unos días después, viajaron a Londres, llevando consigo los cuerpos de sus padres, dónde serían sepultados, porque ahí estaba toda su familia. Lauren iba sentada junto a la ventanilla, a su lado un gran oso de peluche que su padre le obsequió por su cumpleaños número trece, en el puesto de atrás estaban su tía y su marido.

Seguía sin entender por qué esos hombres decidieron asesinar a sus padres, por qué fueron tan malvados para arrancarle de esa manera tan vil, lo único que ella tenía. No lograba comprenderlo; a pesar de que, la investigación que llevaba la policía, tras muchos interrogatorios a los empleados en la fábrica de zapatos y a la comunidad, llegaron a la conclusión de que habían

sido miembros del Ejército Republicano Irlandés, el principal grupo paramilitar en Irlanda.

La razón se debía a que su padre se negó a ser blanco de extorsión por parte de ellos; su ética moral no le permitió dar dinero a esas personas para comprar armas y así seguir con esa absurda guerra. El contador y el administrador de la fábrica dijeron que tal vez Oliver pensó que sus amenazas nunca llegarían a volverse una realidad, tal vez por eso no tomó precauciones, aunque ellos se lo sugirieron.

Ella solo quería que atraparan a los culpables y los hicieran pagar por haber acabado con la vida de sus padres. Algunos miembros de su comunidad lograron ver la matrícula del auto, pensaron que eso los llevaría directamente hasta esos terroristas, pero encontraron el Ford Taunus celeste incinerado en un camino rural en el condado de Tyrone.

No sabía si algún día regresaría a Antrim, por lo que la despedida con sus amigas fue una de las cosas más difícil que le tocó hacer; de un día para el otro, su maravillosa vida se había convertido en un caos, no le agradaba la idea de tener que vivir con Harriet, era consciente de que para ella solo sería una desagradable carga, no estaba emocionalmente preparada para sufrir las consecuencias de no llevar la sangre Spencer. Extrañaba tanto a su padre y la protección que él le daba, que inevitablemente más lágrimas se le derramaron, se llevó una mano a la boca para ahogar el sollozo, mientras su mirada borrosa por el llanto se fijó en las nubes fuera del avión y soltó un suspiro. Si era cierto que la gente buena al morir iba al cielo, suponía que sus padres debían estar por ahí.

Cuando el auto estacionó frente a la casa de Harriet, los recuerdos de lo mal que lo pasó ahí se hicieron presente; por lo que, una terrible opresión se adueñó de su pecho, al punto de que le hacía difícil respirar. Sin embargo, se obligó a calmarse, porque no deseaba parecer desobediente, bajó cuando Archie le pidió que lo hiciera.

Se aferró al gran oso de peluche con un lazo morado atado en el cuello, como si este pudiera servirle de escudo. Le temblaban las piernas y el corazón estuvo a punto de estallarle, solo con mirar esa fachad, su boca también se secó por el miedo y tuvo que tragar un par de veces.

—Vamos, tesoro. —La instó Harriet con una ligera sonrisa.

—Este será tu hogar —dijo Archie y se hizo de un par de maletas en las que estaban las pertenencias de la jovencita.

Lauren asintió y avanzó con gran esfuerzo, su cuerpo estaba tan tenso que dolía y cuando entraron fueron recibidos por el ama de llaves, que con un tono de congoja les dio la bienvenida y los invitó a pasar. En el salón estaban Alfie, Paul y Brendan, los dos más pequeños corrieron al encuentro con sus padres, haciendo muchas preguntas incómodas que no estaban preparados para contestar.

Alfie notó la mirada triste de Lauren y le dio un abrazo, mientras Paul le acariciaba la espalda con ternura, ambos intentaron consolarla, no podían siquiera imaginar perder a sus padres como lo había hecho ella. Brendan, por su parte, se quedó en el sofá, sin mostrar ningún interés por acercarse para brindarle su apoyo; por el contrario, desvió la mirada para dejarle claro que no le agradaba su presencia allí.

Lauren tragó grueso para pasar las lágrimas que inundaron su garganta ante ese gesto, sin duda había cambiado mucho desde la última vez que lo vio. Parecía mucho más alto y sus rasgos se habían endurecido, pero seguía siendo el mismo antipático al que le provocaba golpear; ni siquiera en un momento como ese, se condolía de ella.

—Voy a subir las maletas —dijo Archie.

Ya se había comunicado con el ama de llaves para que acondicionara la habitación de Alfie para Lauren, por lo que le tocaba dormir ahora con su hermano Paul. No le preocupaba mucho

porque poco le gustaba dormir solo, casi siempre se pasaba por las madrugadas a la cama de sus padres.

—¿Puedo subir también? Es que estoy muy cansada —suplicó Lauren, sin tener ánimos para interactuar con nadie más, mucho menos con alguien tan desagradable como Brendan.

—Pero deberías comer algo antes… No has comido nada desde ayer —dijo Harriet, no quería que su sobrina se enfermara.

—Le agradezco que se preocupe por mí, pero la verdad, prefiero descansar un par de horas… Estoy exhausta.

—Si quiere, puedo subirle a su habitación una manzana y un té —dijo el ama de llaves, con una sonrisa cariñosa que a Lauren le pareció genuina.

—Sí, así tendrás fuerza para ir a la capilla. —Harriet estuvo de acuerdo, su voz dejaba claro que no admitiría una negativa.

—Lauren, espero que te guste mi cama —dijo Alfie con una sonrisa amigable—. Yo mismo le ayudé a Beth a poner las sábanas limpias.

—Gracias Alfie, estoy segura de que tu cama es muy cómoda. —Solo ella sabía cuánto le costaba sonreírle al niño, y no era que no quisiera, era que su dolor la tenía casi sedada.

Siguió a Archie que la condujo a la habitación. Él dejó las maletas a un costado de la entrada.

—Sé que quieres descansar, por lo que Beth vendrá después a desempacar… Siéntete como en casa. —Le sonrió casi con lástima.

—Gracias. —A Lauren solo le salió un chillido.

En cuanto Archie salió a de la hitación ella dejó el oso de peluche el rincón junto a la ventana. Se quitó los zapatos y se metió en la cama hecha un ovillo, mientras contenía su llanto, porque no pasaría mucho tiempo para que Beth entrara. Recorrió con su mirada cada rincón de ese lugar, era todo lo que cualquier niño pudiera desear, había juguetes y libros. Aun así, ella se sentía tan extraña, como si estuviese fuera de su cuerpo, una sensación que la abrumaba.

Cuando Beth llegó con la manzana y el té, le agradeció. La señora tuvo la prudencia de no hacer preguntas y se marchó enseguida. Bebió apenas unos cuantos sorbos y volvió a acostarse, apretujándose las manos contra el pecho dolorido; lloró una vez más por la muerte de sus padres y por lo perdida que se sentía.

Unas horas después, estaba en el cementerio despidiendo de manera definitiva a sus padres, por más que quiso parecer fuerte, estaba destrozada y no hacía más que llorar; sobre todo, al comprobar los queridos que eran. Muchísima gente se había reunido para darles el último adiós, entre ellos, empleados de las fábricas de zapatos de Birmingham, Londres y Antrim. Decenas de coronas florales y ramos, adornaban el lugar, mientras el sacerdote decía cosas hermosas sobre la vida después de la muerte y la resignación; a pesar de eso, ella se sentía inconsolable, tratando de llenarse la memoria de bonitos recuerdos para aminorar su sufrimiento, pero le era imposible.

Harriet estaba a su lado, apretándole el hombro para reconfortarla; de vez en cuando la escuchaba sollozar, Alfie le sujetaba una mano y Paul le acariciaba la espalda con ternura. Vio a Archie con el rostro contraído por el dolor; incluso Brendan, había dejado de lado su habitual apatía y sus ojos estaban ahogados en lágrimas, mientras apretaba la mandíbula para contener el llanto.

Sin embargo, Lauren apenas fue consciente de eso, pues su atención estaba en los dos féretros que hacían descender al mismo tiempo; cuando al fin tocaron fondo, ella sintió como si el alma se le cayera y quiso dejarse caer en ese lugar también, pero el agarre firme de su tía se lo impidió. Se quedó ahí, aun cuando todos se marcharon, miró a Harriet y le pidió que la dejara un

rato más, quería estar a solas con ellos.

Frente a sus lapidas pudo llorar abiertamente y les pidió perdón, porque pensó que, si ella no se hubiese alterado, si no hubiese llamado a su padre, probablemente, esos hombres no lo hubiesen identificado y no lo habrían asesinado. Lloró hasta que se quedó sin fuerzas y Harriet fue a buscarla, le ayudó a ponerse en pie y abrazadas caminaron hasta la parada de taxi; sin duda, Harriet también sufría, se le notaba el dolor y los ojos hinchados de tanto llorar, suponía que no debía ser fácil para ella perder a su único hermano.

Archie se había marchado hacía rato con sus hijos, también estaban cansados y tristes. En el taxi, de camino a casa, Harriet no le soltó ni por un momento la mano, eso de alguna manera hizo sentir a Lauren segura. Quizá, su tía empezaba a verla con los ojos llenos de genuino afecto.

Durante la cena, su mirada estaba puesta en el plato, por más que quisiera comer su apetito era nulo, las lágrimas que anidaban en su garganta no le dejarían pasar nada que se llevara a la boca.

—Lauren, debes comer algo —dijo Archie, preocupado por la jovencita. Sobre todo, porque no sabía cómo tratar con ella, apena la conocía—. No es el mejor momento para que enfermes.

—Lo siento, es que no puedo —su voz estaba quebrada.

—Solo trata un poco, inténtalo, Lauren —intervino Harriet.

Lauren asintió y pinchó un pedacito de zanahoria, cuando se lo llevó a la boca, lo sintió terroso y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder tragarlo, ayudándose con un poco de agua. Luego pinchó un guisante y se lo comió por complacer a los señores de la casa.

—Mami, quizás a Lauren no le gustan los vegetales, ¿podemos adelantar el postre? —propuso Alfie con una sonrisa. Viendo en ese momento una oportunidad para no comerse él tampoco sus verduras.

—Sí, ¿quieres el postre? —preguntó Paul, mirando a Lauren.

En ese momento no sabía qué responder, no quería que los niños se apoyaran en ella para conseguir que sus padres alteraran la forma en que los educaban. Sabía que eso le ocasionaría problemas.

—No, el postre es para después de la comida, la única condición para comerlo es que terminen con los vegetales —determinó Archie.

Alfie y Paul gimieron con tristeza; Lauren comprendió que no estaba permitido ese tipo de consideraciones. Esta vez pinchó un trozo de patata y lo masticó con un poco más de energía, a pesar de que sentía que en cualquier momento empezaría a hacer arcadas.

—Me parece que la gente suele fingir sufrimiento con escenas demasiado dramáticas —intervino Brendan, por primera vez durante la cena—. Esa gente en el cementerio hoy, todo el espectáculo por la muerte del tío Oliver, como si verdaderamente lo conocieran, cuando ni siquiera son parte de la familia… Sería bueno que dejaran de fingir algo que verdaderamente no sienten.

Lauren sabía que ese comentario no iba dirigido a los empleados de las fábricas, sino a ella, porque Brendan no la consideraba parte de la familia; aún no comprendía, por qué la rechazaba de esa manera, le gustaría saber cuál era la causa de su odio. Apretó los puños y levantó la cabeza, estaba sentado frente a ella, con el mentón en alto en una actitud retadora, por lo que ella le dedicó una mirada intensa, feroz.

La rabia que había en sus ojos era; con toda certeza, un modo de protegerse, como si con eso pudiera ocultar el temor que le provocaba saber que así iba a ser su vida de ahora en adelante. Permaneció inmóvil, rígida. Notó cómo todos los músculos del cuerpo se le tensaron y agarrotaron. Solo esperaba que su semblante no hubiese palidecido, que sus manos no temblaran

o que sus lágrimas no se derramaran, porque no quería mostrarse débil delante ese maleducado.

—Brendan, no es respetuoso lo que acabas de decir —reprendió Archie, mirando a su hijo con severidad—. No eres quien para medir el sufrimiento en las demás personas.

—Tía Harriet. —Lauren trago grueso para que su voz saliera tan decidida como se sentía—. Subiré a mi habitación. —Se levantó sin esperar el permiso de su parte.

—Lauren, tesoro, tienes que comer.

—No, no tengo que hacerlo… No quiero hacerlo, ¿acaso es tan difícil de entender? —gruñó con rabia, porque las lágrimas le estaban ganado la partida y se las limpió con rabia.

Harriet solo le dedicó una mirada a su marido, se sentía perturbada, no esperaba que la jovencita diera esa respuesta tan imperativa.

Lauren se alejó, pero antes de salir del comedor se volvió, tenía que hacerlo porque si no, el pecho se le explotaría.

—Y tú. —Miró furiosa a Brendan—. Vete a la mierda. —Le mostró con contundencia el dedo medio, enseguida se volvió y se marchó.

Dejó a todos boquiabierto, excepto a Brendan que controlaba una sonrisa de satisfacción, porque consiguió su objetivo.

Lauren, ahora no solo estaba triste, también estaba furiosa, quería gritar y patear cualquier cosa. Caminó hasta la ventana y la abrió, con la total intención de escapar, pero estaba muy alto y si se lanzaba desde allí, terminaría como mínimo con un esguince. Extrañaba tanto a sus padres que una vez más rompió en llanto y apretó con fuerza el borde de la ventana, descargando ahí toda su rabia, dolor e impotencia.

Solo cuando logró desahogarse, cerró la ventana y se fue al baño, se quedó un largo tiempo bajo el agua caliente. Salió y se puso el pijama, llevaba varios días en los que apenas dormía un par de horas; así que, su cuerpo no soportó más y terminó rendida. Sin embargo, aun en la inconsciencia, sus miedos se aprovechaban de su momento de mayor vulnerabilidad para atormentarla y, con una imagen demasiado nítida, revivió el instante en que aquel enmascarado, disparó contra sus padres.

Pudo ver cómo su madre se llevó la mano al cuello tras el impacto de la bala y de entre los dedos le burbujeaba la sangre; también, fue más consciente del dolor y desesperación que reflejo el rostro de su padre, quien ni siquiera vio venir la muerte; porque ese cobarde, le disparó mientras estaba indefenso, intentando auxiliar al amor de su vida.

Ella volvió a sentir que se precipitaba al vacío, que caía en picada por un enorme agujero oscuro, como si la hubiesen empujado desde lo alto de un precipicio al centro de la más aterradora nada.

Despertó con el pecho adolorido, su respiración era superficial y constreñida, por lo que sufrió un terrible ataque de tos, unos veinte segundos de movimientos convulsos de su tórax casi le imposibilitaron encender la luz del velador. Tomó de la mesa de noche el vaso de agua que Beth le dejó, bebió un poco y se recostó contra el espaldar, en una mano tenía el vaso por la mitad y la otra la tenía sobre su pecho. El mentón empezó a temblarle y casi enseguida las lágrimas bajaron por sus mejillas.

Devolvió el vaso a la mesa y se acostó con la mirada en el techo, sentía las lágrimas bajar calientes por sus sienes, necesitaba algo que la distrajera para ver si así su sufrimiento aminoraba, apartó las sábanas y salió de la cama, abrió el armario, sacó el álbum que había puesto de primero en su equipaje, también se hizo del Walkman y se sentó en el piso con las piernas cruzadas.

Contaba con la iluminación suficiente proveniente del velador y la luz de la luna que se

colaba por la ventana, para poder apreciar muy bien las fotografías. Abrió el álbum, luego se puso los auriculares y dejó que el casete corriera, la primera imagen era la foto que se tomó con ellos en el orfanato, cuando fueron a buscarla; ya que, oficialmente se había convertido en su hija.

La siguiente, fue del primer domingo que pasó con ellos en su casa, estaban en el jardín. Chilló de tristeza y con las ganas infinitas de poder regresar en el tiempo a ese momento. Su llanto se hizo más intenso con cada foto que pasaba y para hacer más fuerte su dolor, la canción que empezó a sonar le hizo trizas el corazón.

Era Vienna de Billy Joel, esa canción que su padre siempre le cantaba, porque sabía que a ella le gustaba; intentaba tararearla, pero le ganaban los sollozos. De repente escuchó algunos golpes, debían ser muy fuerte como para que pudiese escucharlos aún con los auriculares. En un estado de total alerta, pausó la música y se quitó la diadema, más golpes irrumpieron y supo que provenían de su puerta, alguien estaba aporreando su puerta.

Se levantó, dejando en el suelo el álbum de fotos y el Walkman, de camino a la puerta, se pasó las manos por la cara para limpiarse las lágrimas.

Al abrir, se encontró con quien menos deseaba, ahí estaba Brendan con un semblante furioso, despeinado y solo con el pantalón del pijama.

—Puedes dejarnos dormir… ¡Ya, deja de llorar y respeta el sueño de los demás! —exigió colérico.

Lauren parpadeó, sintiéndose perturbada por una reacción tan hostil por parte de ese chico. No sabía cómo actuar o que decir, se había quedado petrificada.

—¿Qué sucede? —preguntó Archie, saliendo de su habitación, parecía más dormido que despierto.

—Papá, es que no para de llorar, no me deja dormir y tengo que levantarme temprano para poder ir a clases —dijo exasperado.

Estaba en su último año de preparatoria y no podía permitirse la indulgencia de faltar, sobre todo, porque quería mantener sus notas sobresalientes, para poder postularse y entrar al Imperial College.

—Lo entiendo, Brendan, pero debes comprender que Lauren está pasando por un momento difícil… ¿Podrías ser más considerado con ella por esta vez? —medió Archie, con el ceño fruncido.

—Si tanto quiere llorar, puede irse al jardín y volver a la cama cuando ya esté calmada —dijo en el mismo tono hostil.

—Brendan… —reprendió Archie.

—Lo siento, me disculpo… No era mi intención alterar sus horarios de sueño —dijo Lauren con el mentón temblándole. Aunque, no sabía si era de impotencia, culpa o rabia.

Brendan le dedicó una mirada que no fue a su rostro, sino que se fijó en sus senos que se podían apreciar gracias a lo delgado del camisón, no pudo interpretar lo que notó en ese gesto. Solo se sintió avergonzada y de inmediato se encerró en la habitación.

—Quiero que mañana te disculpes con ella, ha sido muy grosero, ahora ve a dormir —lo amonestó Archie.



CAPíTULO 17

Lauren llevaba una semana viviendo en casa de Harriet, a pesar de que el tiempo pasaba, el dolor en su pecho seguía siendo igual o más intenso, porque extrañaba a sus padres en todo momento; también su casa, a sus amigas, su habitación llena de afiches. Por lo menos tenía la música y su cuaderno de dibujos, era en lo único que había encontrado un refugio seguro en esos días, porque la convivencia había sido cuando menos, complicada. Tras el enfrentamiento que tuvo con Brendan, decidió que entre menos tuviera que interactuar con él sería mejor.

Solo salía de la habitación que le asignaron, por las mañanas, cuando él estaba en la preparatoria. Pensó que, si ella pudiera seguir con sus estudios, tendría una forma más ligera de

sobrellevar el dolor. En sus mañanas pasaba tiempo en la cocina con Olivia, la señora que se encargaba de las comidas; también salía al jardín y se sentaba en la raíz sobresaliente de un gran árbol de hayas, mientras dibujaba y escuchaba música.

Su madre siempre admiró mucho sus dibujos; incluso, le dijo que podría estudiar Bellas Artes, pero la verdad, ella no quería hacer de su entretenimiento su oficio, no quería verse obligada a tener que dibujar bajo ciertas reglas o tiempo. Quería tener siempre la libertad de poder hacerlo cuándo y cómo le complaciera.

Su atención estaba puesta en un petirrojo que saltaba por la hierba, cuando alzó su vuelo, hizo que lo siguiera con la mirada y lo vio posarse en una de las ramas; de manera inevitable, Lauren recordó cuando sus padres la llevaron a conocer el túnel de las hayas oscuras y cómo se maravilló cuando vio la avenida de Hayas a lo largo de la carretera Bregagh. Mientras su padre le relataba el origen de ese fantástico y casi tenebroso túnel; ella se asustó cuando empezó a contarle todas las leyendas que habían surgido, cómo esa, en la que se decía que los árboles eran visitados por el fantasma de la señora Grey o que podía ser el espíritu de la hija de James Stuart.

Suspiró largamente y volvió la mirada al jardín de camelias de distintos colores que bordeaban la valla y que ella estaba dibujando, se esmeraba por hacer cada trazo lo mejor posible, al punto de crearle cierto realismo. Había perfeccionado sus dibujos, gracias a sus padres que le obsequiaron cuadernos, libros con técnicas de dibujos y varios materiales para que aprovechara «su talento» como ellos le llamaban.

Le agradaba, que por lo menos, pudiera pasar sola la mayoría del tiempo, ya que Harriet se encerraba por horas en el estudio a leer o se iba al cuarto de costura para hacer bordados. Cuando caía la tarde y sabía que los chicos estaban por llegar. Lauren subía y se encerraba en su habitación, de donde salía solo para cenar. Prefería no interactuar durante las comidas, solo lo hacía si Harriet o Archie se lo pedían; de lo contrario, mantenía la vista en el plato y se apresuraba a comer.

Las pocas veces que levantaba la mirada, se topaba con Brendan observándola; seguramente, le parecía tan desagradable, que enseguida bajaba la mirada. Muchas veces sentía el impulso de enfrentarlo y preguntarle la razón de por qué la odiaba, pero optaba por no buscarse más problemas.

Era sábado y los chicos no irían a clases; así que, le pidió a Beth que le llevara el desayuno a la habitación, alegando que no se sentía bien para bajar, y a la hora del almuerzo también hizo lo mismo. Tras una larga ducha, se cambió el pijama que, no se había quitado en todo el día, y se puso unos vaqueros, una camiseta amarilla de cuello ancho que le dejaba al descubierto un hombro y una boina negra, de las muchas que le regaló su madre, eran tantos que llenó una maleta con ellas. Estaba a la espera de que el resto de su equipaje llegara pronto.

Como no iba a salir para no toparse con Brendan, se hizo del cuaderno de dibujo, lápiz y walkman. Se sentó en el alfeizar de la ventana, subiendo los pies, para encontrar apoyo en su regazo al flexionar las piernas, y se dedicó a perfeccionar uno de sus dibujos antiguos, era uno para el que sus padres posaron. Ellos estaban en el salón principal, su madre permanecía sentada en las piernas de su padre.

Se dedicaba a cada trazo a conciencia mientras Wild Horses de los Rolling Stones, a todo volumen, inundaba su mundo de más melancolía. Vio cuando los chicos salieron al jardín y empezaron a jugar con un balón, ella quiso bajarse del alfeizar en cuanto vio a Brendan, pero suponía que desde ahí no tenía por qué molestarle, así que siguió con lo que estaba haciendo.

Tras varios minutos de dibujo, necesitó de un descanso y mientras se sucedía otra canción, esta vez Behind Blue Eyes de The Who, miró de nuevo al jardín, los chicos seguían jugando y se

permitió observarlos, hasta que Brendan levantó la mirada hacia ella. De inmediato la esquivó y regresó a su dibujo, pero pasado unos segundos, solo por curiosidad, volvió a mirar y Brendan también lo hizo, esta vez antes de que ella pudiera esquivar la mirada, pudo apreciar lo que se asemejaba a una sonrisa en él.

Lauren volvió a rehuirle la mirada, porque era evidente que se estaba burlando de ella y se obligó a no desviar su atención del cuaderno de dibujos. Casi un minuto después, la puerta de su habitación se abrió, e irremediablemente el corazón se le instaló en la garganta, pensando que el chico podría entrar a insultarla, pero se tranquilizó en cuanto vio a Beth, se quitó los auriculares para escucharla.

—Señorita, los señores le esperan en el estudio.

—¿A mí? —preguntó, señalándose el pecho.

—Sí, señorita, creo que alguien vino a verle.

Lauren pensó que podrían ser Enya y su madre, en la llamada que tuvo el miércoles dijo que, si su padre no tenía mucho trabajo, podía ir a visitarla. Se bajó de inmediato del alfeizar, sintiéndose por primera vez feliz en muchos días.

—Sí, sí, enseguida voy… Gracias, Beth. —Dejó sobre la cama el walkman y el cuaderno para ponerse las zapatillas Adidas negras.

—De nada señorita. —El ama de llaves salió de la habitación.

Corrió a mirarse en el espejo, tenía unas profundas ojeras y la boina no se le veía bien, al quitársela se dio cuenta de que el cabello lo tenía muy desordenado, por lo que agarró un pañuelo azul y se lo amarró como una diadema, dejando las puntas paradas, dando la ilusión de ser unas orejas de conejos. Una vez lista, salió de la habitación, corrió hasta llegar al estudio, inspiró hondamente para calmarse y tocó a la puerta, casi enseguida le abrió Archie.

—Hola, Lauren, pasa por favor. —La recibió con esa sonrisa afable que siempre usaba para ella y le hizo un ademán para que entrara.

La emoción de Lauren se fue en picada cuando vio que no estaban Enya ni sus padres, era un hombre que no conocía, su mirada de inmediato se nubló de desconcierto.

—Siéntate, tesoro —solicitó Harriet, que estaba sentada en el puesto detrás del escritorio que siempre usaba Archie.

El visitante se volvió a mirarla por encima del hombro y la siguió hasta que ella se ubicó en la silla de al lado, frente al escritorio. El hombre alto, delgado, de piel pálida y cabello negro con algunas canas en las sienes, le ofreció de inmediato la mano.

—Hola, Lauren, me complace mucho conocerte —dijo, estrechando la mano de la jovencita que atendió a su saludo—. Soy Benedict Thompson, abogado de Oliver Spencer, tu padre.

—Un placer, señor —dijo y la voz se le quebró, como no quería que vieran su dolor, bajó la mirada.

—Imagino que te preguntarás por qué te hemos mandado a llamar —comentó Benedict. Lauren asintió con la cabeza—. Porque tienes que estar presente para la lectura de su testamento.

—¿Yo? No entiendo —dijo confundida.

—Eres su hija y él pensó mucho en ti cuando lo modificó. —Le sonrió con ternura.

Lauren aún desconcertada se volvió a mirar a Harriet, quien le sonrió, pero le pareció un gesto forzado, por lo que prefirió volverse hacia los ojos grises del abogado.

—Entiendo —musitó.

—Espero que aún te guste el rock, metal y todo ese tipo de música —comentó, abriendo los precintos de su maletín.

—¡Sí! —afirmó sonriente y una lágrima se escapó rauda por su mejilla; aun así, se la limpió

con el dorso de la mano. El corazón empezó a latirle con fuerza, pero también le dolía.

El abogado sonrió con complicidad, sacando tres carpetas, luego abrió una de ellas y empezó a leer.

A Lauren se le hacía un poco complicado entender todas esas terminologías legales; no obstante, pudo comprender que a ella le había dejado su colección musical de la que podía disponer cuando así lo deseara, también le heredó en Birmingham, la casa y la fábrica de zapatos que era la sede principal. Además del sesenta por ciento de sus finanzas en los bancos, pero con la condición de que podría disponer de ellos una vez cumpliera los veintiún años.

Lauren heredó todas las joyas de su madre, tanto las que estaban en la casa en Birmingham como las que quedaron en la propiedad en Antrim. También existía un fondo asignado para su bienestar, que sería destinado a su tutor, para que este pudiera darle todos los beneficios hasta que alcanzara la edad idónea para poder disponer de sus bienes.

Lauren sabía que; en este caso, la persona más favorable era Harriet, por ser su tía. Sin embargo, no se imaginaba viviendo ahí por tanto tiempo, no quería.

Harriet heredó las fábricas en Londres y Antrim; además, de un par de propiedades y el treinta por ciento de sus finanzas, la única condición era que debía mantener la razón social de las fábricas, no podría venderlas ni mucho menos dividirlas de la sede principal. Cuando el abogado terminó, le entregó una carpeta a cada una de las beneficiarias, luego guardó el original en su maletín.

—Les he hecho entrega de una copia para que puedan leerlo con calma, el miércoles tendremos que vernos con el notario en su oficina, para hacer las firmas correspondientes. Deberán llevar sus documentos de identidad. —Guardó el testamento original en su maletín.

—Gracias —dijeron al unísono Harriet y Lauren.

—Bueno, creo que mi visita ha llegado a su fin. —El abogado se levantó para despedirse.

—Licenciado Thompson, si no tiene prisas, me gustaría hablar algo importante con usted. —Desvió la mirada a su marido—. En privado.

Lauren comprendió de inmediato que su tía no estaba muy feliz con lo que escuchó; por lo que, abrazada a la carpeta, se levantó.

—Ha sido un placer, señor Thompson. —Le tendió la mano para despedirse—. Le prometo que cuidaré muy bien de la colección musical de mi padre, ¡es extraordinaria!

—Sé que sí, él estaba orgulloso de que también te gustara tanto. —El abogado sonrió y asintió, demostrando que creía en la palabra de la jovencita.

Lauren salió en compañía de Archie, pero él se fue al jardín a ver a sus hijos; mientras ella se dirigía su habitación; no obstante, a mitad de las escaleras, regresó y se sentó en el tercer escalón, quería esperar a que el abogado saliera, porque también quería hablar a solas con él.

Benedict Thompson volvió a sentarse ante la petición de Harriet, que lo miraba con algo de preocupación.

—Usted dirá, señora Deacon. —La alentó haciendo un ademán para que empezara.

—Señor Thompson, sé que lo que voy a pedirle, puede ser interpretado de la peor manera… —Estaba nerviosa por la opinión que podía formarse el hombre sobre ella, pero era mejor hacerlo en ese momento y no arrepentirse después de su falta de valor—. Supongo que ser el único familiar directo de Oliver, me convierte automáticamente en la tutora legal de Lauren.

—Así es, señora. Eso no afectará su patrimonio, ya que, como está estipulado en el testamento, existe un porcentaje destinado para la manutención de Lauren hasta que ella pueda disponer de su herencia.

—Lo entiendo y no discuto por eso, a fin de cuentas, mi hermano todo el tiempo hizo lo que

quiso y no siempre tomó las mejores decisiones… pero era mi hermano. —Se encogió de hombros—. Lo que quiero decir; es que, verdaderamente me gustaría poder cuidar de Lauren, pero no estoy en las condiciones para hacerlo… Ya tengo tres hijos que cuidar y están en una etapa bastante difícil, quizá, si la jovencita fuese hija natural de mi hermano, haría el esfuerzo, pero… No sé si me entiende —comentó, al ver que la mirada del abogado había cambiado, aunque su semblante parecía imperturbable.

—Sí, lo entiendo… No está en la obligación de ser su tutora, si no lo desea, el juez designará a una persona apta para el cuidado de Lauren.

Él sabía que el mayor problema era que Lauren no era hija natural de Oliver, por lo que él mismo le había dicho, su hermana nunca estuvo de acuerdo con que adoptara a una chica tan grande.

—No quiero que piense que soy una mala persona, es solo que ella ni siquiera se lleva bien con mis hijos, ya ha tenido un par de enfrentamientos con Brendan, tampoco quiero que Lauren esté en un ambiente en el que no pueda sentirse cómoda…

—Está bien, señora Deacon, lo hablaré con el juez, le aseguro que buscaré el mejor hogar para Lauren; después de todo, es una Spencer, aunque solo sea en términos legales. —Era mejor que él no se hiciera una opinión sobre la actitud de la mujer—. Pero le recomiendo, que lo hable con Lauren, es justo que ella esté al tanto de su destino.

—Sí, por supuesto… Lo hablaré con ella, lo haré de la mejor manera, no quiero que piense que no la estimo, es solo que está fuera de mis posibilidades hacerme cargo de su cuidado.

—Lo entiendo, señora Deacon. —Asintió, manteniendo su postura profesional—. Le doy mi palabra de que buscaré lo mejor para Lauren. ¿Tiene algo más que decirme?

—No, no, nada más. Muchas gracias por comprender… Ya no le quitó más de su tiempo, sé que es un hombre muy ocupado. —Se levantó y le ofreció la mano para despedirlo.

—No se preocupe, espero tener buenas noticias para el miércoles cuando nos veamos en la notaría, tener buenas noticias. —También se puso de pie y estrechó la mano de la mujer—. Ahora, si me disculpa.

—Bien pueda, licenciado Thompson. —Le hizo un ademán invitándolo a salir.

En cuanto el abogado salió, Harriet volvió a sentarse y abrió la carpeta para leer el testamento de su hermano. Consideraba peligroso que hubiera dejado tantos bienes y la mayor parte de patrimonio a una jovencita que no sabía si iba a poder administrar con prudencia algo que a él le costó tanto conseguir.

El abogado se topó en la salida de la biblioteca con el ama de llaves.

—Le acompaño —dijo Beth, haciéndole un ademán.

—No se preocupe, sé dónde queda la salida.

La mujer no insistió en acompañarlo y él siguió con su camino. Estaba por abrir la puerta principal cuando sintió una presencia tras él.

—Señor Thompson, ¿puedo hablar con usted un momento? —preguntó Lauren, esforzándose por mostrarse segura.

Cuando Benedict se volvió se la encontró sentada en unos de los peldaños de la escalera, se veía tan frágil que no parecía una chica de quince años, sino una de diez.

—Sí, claro. —Le sonrió con un poco de compasión.

Sabía que la jovencita se había enfrentado a momentos dolorosos y muy traumáticos, lamentaba mucho que todavía debiera afrontar un cambio más. Sabía que eso iba a ser duro para ella y que no importaría de todas las formas que pudieran decirle que era mejor buscarle otro hogar, iba a sentirse rechazada.

—Sé que la señora Deacon, es mi tía legalmente y que ahora es mi tutora, pero la verdad. —Se mordió el labio y esquivó la mirada porque estaba nerviosa—. No quiero estar aquí, no me siento bien…

—Lauren, quiero que sepas que lo primordial es tu bienestar y sé que tus padres habrían querido que estuvieras en donde te sintieras feliz, por eso no estipuló que tu tutora fuera, expresamente, la señora Deacon. —De cierta manera, agradecía que la chica también quisiera marcharse de ahí, eso le hacía la tarea más fácil.

—Sí, es por eso, aquí no soy feliz… tampoco creo que lo llegue a ser algún día —confesó con tristeza.

—Está bien, déjame ver qué puedo hacer… Buscaré alguna familia.

—Estaba pensando... —Lauren lo interrumpió, mientras retorcía el nudo que tenía su camiseta para hacerla más pequeña—. Que una buena opción es poder volver a Birmingham, al orfanato, estoy segura de que el padre Francis o la Madre Superiora, podrían ser mis tutores… Ellos ahí necesitan de alguien que les ayude con los niños, creo que yo lo haría muy bien… por favor, abogado —suplicó con la voz rota—. Antes de que mis padres me adoptaran, ellos eran mi familia.

—Lauren, lo intentaré, pero no es algo que yo pueda decidir, eso deberá hacerlo un juez.

—Por favor, yo hablaré con el juez y lo convenceré… Pero no quiero quedarme aquí, no quiero incomodar a Harriet ni a su familia.

—Está bien, haré lo posible… El miércoles cuando volvamos a vernos, espero darte buenas noticias.

—Muchas gracias, señor Thompson —dijo, mostrando la primera sonrisa en días. Se sentía esperanzada.

—De nada, hija —asintió, sonriendo también y se marchó.

Lauren subió corriendo las escaleras y regresó a su habitación, todas las noches antes de dormir y todos los días al despertar, le pediría a Dios y a sus padres, que le concedieran la posibilidad de regresar al oratorio Saint Philip Neri.



CAPíTULO 18

Un mes y medio después del asesinato de Oliver y Grace Spencer a manos de los paramilitares del IRA, Lauren regresó al lugar en el que pasó su niñez. Fue recibida por el padre Francis, la Madre Superiora y la hermana Antoinette, corrió a sus brazos y lloró en ese refugio que ellos crearon para ella, lloró hasta que sintió que se quedó sin lágrimas, mientras le susurraban palabras de consuelo.

A Lauren no le extrañó en absoluto que Harriet no se opusiera a su decisión de dejar su casa; sabía que no era de su agrado ni tampoco del de Brendan. En cuanto a Archie, Alfie, Paul, la señora Beth y Olivia, eran amables con ella, pero no lo suficiente como para que mereciera la

pena quedarse ahí hasta que cumpliera veintiún años.

Le agradeció infinitamente al abogado Thompson por conseguir que el padre Francis pudiera obtener de su tutela, aceptando todas las condiciones que el juez le puso: como brindarle bienestar, salud y educación, haciendo uso de la manutención que su padre había dejado estipulado en su testamento. El sacerdote estaba cumpliendo su palabra, ya la había inscrito en la secundaria y en dos semanas debía hacer una prueba para nivelar sus estudios con los que hizo en Irlanda; solo esperaba estar capacitada para poder optar por el penúltimo año.

A ella no le importó tener que compartir habitación con la hermana Antoinette, porque sabía que ahí cualquier espacio era necesario para los niños. No quería abrumarla con sus cosas poco religiosas, por lo que dejó sus afiches de Bret en el armario junto a las cajas de casetes y discos, sabía que mucha de la ropa que a ella más le gustaba tampoco podría usarla ahí, pero tenía docenas de vestidos que su madre le había comprado, había traído apenas unos cinco.

Sin embargo, el abogado dijo que en un par de semanas podría ir con él a Antrim para recoger todo lo que quisiera. Excepto las joyas de su madre, que también había heredado, pero no podía disponer de ellas hasta la mayoría de edad. Lauren sabía que solo era por prevención, a su edad no era bueno que pudiera disponer libremente de cosas de gran valor, no fuera que en medio de una rebeldía las usara para escapar; ella jamás podría hacer algo así, estaba segura de que nunca se desharía de las cosas que sus padres le dejaron.

Al día siguiente, después del desayuno, lo primero que hizo fue pedirle a la madre superiora que le permitiera ir al cementerio, quería visitar a Henry. Le alegró mucho que no le negaran ese deseo y la envió en compañía de una de las novicias.

Cuando llegó, la lápida de Henry estaba rodeada por flores campanillas moradas, que resaltaban en el verde de la hierba, con la mano limpió la placa de cemento, que tenía algunas hojas secas y se sentó a un lado, dejando que su espalda descansara contra el muro.

—Iré a ver las tumbas de los otros niños —dijo Emma, consciente de que Lauren necesitaba privacidad.

—Está bien, no me moveré de aquí.

—Lo sé —respondió con una sonrisa.

Una vez que la novicia se marchó, ella pudo contarle a Henry todo por lo que había pasado, le fue imposible no llorar, pero también le decía que le hacía feliz poder estar ahí con él y que ahora podría visitarlo más seguido. Como había llevado el walkman, empezó a escuchar música, mientras cantaba con los ojos cerrados, imaginando a Henry sentado a su lado, lo que le hizo sonreír con nostalgia.

Mayo 1984: New Haven, Connecticut. Estados Unidos.

Casi todos los miembros de la familia Lewis y Rusell, viajaron hasta Connecticut para acompañar a Lenny en uno de los días más importantes de su vida. Alquilaron una casa y los días previos al evento, se organizaron reuniones con mucha comida y bebida, también compraron regalos para el homenajeado y casi siempre se iban a dormir muy tarde.

Madeline apenas podía creer lo grande y guapo que estaba su hijo, ya era todo un hombre, un arquitecto que destacó entre muchos de su clase. Patrick no podía estar más orgulloso de Lenny, incluso las lágrimas se le derramaron mientras le ayudaba a vestirlo; se esmeró porque ese día fuese memorable para su hijo, por lo que no escatimó en gastos y pagó por un traje a la medida, también por unos zapatos ingleses.

Debía lucir como todo un caballero, a pesar del cabello que le llegaba por encima de los hombros; aún no entendía esa fascinación por querer llevar ese estilo, quizá era que él ya estaba

viejo para comprender las nuevas tendencias. Lenny bajó las escaleras siendo seguido por su padre, de inmediato, arrancó exclamaciones de admiración y elogios entre los miembros de su familia. Stella intentó correr para lanzarse a sus brazos, pero su madre no la dejó.

—Ahora no, cariño, no podemos arrugar el traje de Lenny —dijo, cargándola, estaba a pocos meses de cumplir cuatro años—. Te acercaré, pero solo para que le des un besito.

—Está bien… —comprendió Stella.

Lenny con una gran sonrisa se acercó a su madre, dejó que su hermanita le diera un beso en la mejilla y luego fue su progenitora, quien le dio un beso en la otra mejilla.

—Luces hermosa —admiró lo radiante que se veía su madre con ese vestido rojo, que resaltaba en su piel pálida.

—Gracias, amor —dijo sonriente—. Tú te ves tan extraordinario… sí que te queda muy bien el traje. —Le alegraba ver que bien había merecido la pena todo el empeño que su marido puso para que su hijo se viera perfecto ese día.

—Bueno, bueno, es hora de irnos, no quiero que Lenny llegue tarde —azuzó Arthur, ansioso por ver a su nieto recibiendo el diploma.

—Sí, papá, tienes razón —dijo Patrick.

Sin perder más tiempo salieron y subieron a los autos, Lenny lo hizo en el todoterreno Grand Wagoneer, en compañía de sus padres, su hermana y Melanie, quien le llevaba la toga y el birrete. Al llegar a la universidad, Lenny, se puso las prendas de grado con la ayuda de su tía y su padre.

—Te ves muy apuesto —dijo Melanie, acomodándole los cabellos rubios que enmarcaban el rostro de su querido sobrino.

—Gracias, tía. —Él le besó la frente.

Ya debían despedirse porque Lenny tenía que reunirse con su grupo; faltaba poco para iniciar la ceremonia. La familia fue a sus puestos para poder ver el evento, que por cinco años habían esperado y que quedaría grabado en sus memorias durante muchos años más.

Lenny se unió a sus compañeros, que en medio de abrazos se despedían; ya que, la mayoría no volverían a la universidad y muchos se mudarían a otros estados o a diferentes países. Graduarse era para todos bastante agridulce; oficialmente se convertirían en adultos, pero tenían que despedirse de la que había sido su familia durante los últimos años.

Lenny no tenía ninguna pareja estable de la cual tuviera que separarse, debido a que su relación con Audrey terminó hacía unos ocho meses y no en las mejores circunstancias, porque cuando ella decidió dejarlo, él todavía estaba muy enamorado. Los primeros meses los sufrió mucho, razón por la cual, no había buscado interesarse en nadie más, aunque había tenido algunas aventuras de una noche, especialmente, cuando salía de fiestas con sus compañeros, y si las chicas le pedían mantener contacto o volver a salir, simplemente declinaba.

Siguieron al pie de la letra el programa de grado, hicieron filas como anunciaba el coordinador y luego caminaron hasta el campus donde se llevaría a cabo la ceremonia, cada uno se ubicó en su puesto.

Cuando llegó el momento del discurso, todos aplaudieron y silbaron la subida de George al podio, a pesar de que no era el mejor de la clase en cuanto a notas, sí era el mejor en relacionarse con todos, por eso pensaron en él. Estaban seguros de que cuando se subiera a hablar, los tendría a todos en cuenta, era capaz de sacar sonrisas, pero también algunas lágrimas cuando recordara aquella clase del primer semestre donde todos llegaron muy perdidos.

Madeline y Patrick vieron subir a muchos graduados, pero cuando por fin le tocó la oportunidad a su hijo, los corazones se le aceleraron de emoción y orgullo. Todos los miembros

de su familia se levantaron para aplaudirlo y él se volvió a verlos, sin detener su camino hacia la mesa, en la cual le darían su diploma.

La celebración se extendió toda la noche, después de la universidad se fueron a un restaurante, que entre cuatro familias habían alquilado para festejar a los recién graduados. No obstante, la fiesta no paró ahí, siguió durante todo el fin de semana, ya que los chicos aprovecharon para ir por las noches a clubes y por el día hacían comidas en las casas. Estaban exhaustos pero felices, hacía mucho tiempo que no habían tenido que enfrentarse a una situación tan extrema.

En algún momento de la noche, cuando Madeleine y Patrick se fueron a la cama, mientras Stella estaba dormida en medio de ellos y le acariciaban los cabellos. Surgió el comentario sobre lo que hubiera sido tener la experiencia de dos graduaciones, ya que, si Susan siguiera con ellos, también se estuviese graduando de la secundaria.

—Seguramente, ya tuviese su primer novio, ¿crees que nos lo habría presentado? ¿La invitaría al baile? —comentó Madeline.

—Prefiero pensar que no tendría a ningún mosquito rondando por allí e ilusionándola… No, aún es muy jovencita. —Sonrió Patrick con tristeza y una punzada de celos.

Ellos aún guardaban las esperanzas de que su hija estuviera viva, en algún lugar, llevando una buena vida y cumpliendo todos sus sueños, por eso solían referirse a ella en presente.

—¿Y con quién habría ido al baile? —preguntó con una sonrisa, mirando los ojos brillantes de su marido.

—No sé, quizá un amigo, o yo la llevaría… no me importaría tener que ir a una fiesta de adolescentes.

—¡Qué celoso eres! —sonrió y dejó de acariciar el cabello de Stella para hacerlo con la mejilla de su esposo.

—Lo admito, con Susan me sería imposible controlar mis celos paternales. —Sujetó la mano de su mujer y le besó con delicadeza.

Se miraron a los ojos y ambos terminaron derramando algunas lágrimas, porque era imposible que esos pensamientos llegaran a ellos sin traer una mezcla de alegría y nostalgia.



CAPÍTULO 19

Junio 1985: Birmingham - Inglaterra

Lauren recién había terminado el sexto curso de la secundaria, donde se preparó para acceder a la universidad y, tras presentar todos los exámenes, obtuvo buenos resultados. Se decidió por estudiar Bellas Artes, aunque eso alterara sus nervios, razón por la que prefería no pensar en la decisión que había tomado.

El año pasado tuvo que convencer al abogado Thompson y al padre Francis, para que le permitieran trabajar durante sus vacaciones de verano; ya que, necesitaba sentirse útil, más allá de ayudar en el orfanato, deseaba empezar a saberse independiente. Ellos lo permitieron, pero con la condición de que lo hiciera solo medio tiempo y exclusivamente durante las vacaciones,

para que así no descuidara los estudios.

Fue el padre Francis quien le ayudó a que le dieran la oportunidad en el supermercado y, como era una chica bastante entusiasta y muy responsable, le llamaron para que ese verano fuera una vez más a trabajar. Así que, Lauren estaba con su uniforme en una de las cajas registradoras, pasando un producto tras otro, con una sonrisa cordial marcada a fuego o haciendo algún comentario agradable a los clientes.

—Hola, buenas tardes, Lauren —saludó la señora Rose, una cliente muy habitual del supermercado, mientras colocaba los productos en la banda transportadora.

—Buenas tardes, señora Rose… ¿cómo se encuentra? —preguntó, mientras registraba una lata de té.

—Muy bien, feliz, porque hoy me dieron un incentivo monetario y voy a prepararle una cena especial a mis niños —comentó con una sonrisa que dejaba en evidencia su estado de ánimo.

Lauren conocía muy poco de la señora Rose, solo que enviudó el año pasado y que se quedó con la crianza de siete hijos, quienes algunas veces la acompañaban, por lo que el dinero era uno de sus mayores problemas. Sobre todo, con la devaluación de la libra en el mes de febrero y lo mucho que a consecuencia habían aumentado los productos.

Su interacción se hizo más habitual y cordial, desde que un día a ella le faltaban tres libras para poder pagar el total de la compra e iba a devolver algunos productos, pero Lauren al ver la indecisión en ella de qué sacrificar, le dijo que lo dejara así, ella los pondría de su dinero.

La mujer con lágrimas en los ojos le agradeció y le prometió que se los pagaría. Lauren, no podía ser indolente con los problemas de los demás, porque creció en un lugar donde le enseñaron a ayudar al prójimo y como dice en la biblia: «No se olviden ustedes de hacer el bien y de compartir con otros lo que tienen; porque estos son los sacrificios que agradan a Dios».

—Los niños van a estar muy felices —dijo Lauren mientras seguía registrando productos con gran agilidad.

Al terminar, la señora Rose le hizo entrega de un billete, con el que lograba cubrir casi el total de la compra, Lauren no tenía suficientes monedas para entregarle el cambio completo, por lo que se volvió hacia su compañera al otro lado.

—Tracy, ¿puedes cambiarme? —preguntó, mostrándole un billete de diez libras.

—Sí, claro. —Recibió el billete y le devolvió a Lauren el mismo valor en monedas de peniques y libras.

—Gracias. —Le sonrió a su compañera y, tras darle el cambio completo a la señora Rose, le ayudó a empacar la compra—. Espero que regrese pronto —despidió a la mujer con una sonrisa.

—Sí, espero volver. Hasta pronto, Lauren. —Rose sonrió, cargó con las tres bolsas y salió del establecimiento.

Tras acabar su turno, decidió ir con Tracy a un pequeño local que quedaba a pocas calles del supermercado, dónde se reunían muchos jóvenes a pasar las tardes. Ahí servían buena comida y bebidas refrescantes, pero lo que más le gustaba, era que contaban con televisión satelital en la que trasmitían el canal MTV y podía ver los videos de Poison; por supuesto, se deshacía en suspiros cada vez que veía a su novio Bret Michaels.

Ambas pidieron pescado y papas fritas, lo que acompañaron con Squashs de grosellas. Mientras hablaban y miraban videos musicales. La programación fue interrumpida por un anuncio, que hizo que el corazón de Lauren diera un vuelco y la respiración se le atascara; en total tensión escuchó y con cada frase que decían, los latidos se le aceleraban.

El trece de julio se llevaría a cabo un gran concierto de rock al que se denominaba «Live

Aid» el cual se realizaría con el fin de recaudar fondos para Somalia y Etiopía, porque una terrible hambruna azotaba a África. Hasta el momento, se trataba de la crisis humanitaria más fuerte que vivía el continente en toda su historia y cerca de un millón de etíopes habían muerto por desnutrición; por lo que, las organizaciones internacionales habían solicitado apoyo mundial.

Fue el músico Bob Geldof y Midge Ure, quienes convocaron a los artistas más importantes del momento para unirse a un concierto de rock sin precedentes, que se llevaría a cabo en el estadio de Wembley en Londres, y en el John F. Kennedy de Filadelfia.

Con cada artista o banda que nombraban que asistirían al evento, la sonrisa de Lauren se hacía más amplia. Era todo lo que deseaba y más, nunca había tenido la oportunidad de ir a un concierto, pero quería que ese fuese el primero.

—¡Tengo que ir! —chilló, apretando el brazo de Tracy, casi enterrándole las uñas, llevada por la emoción.

—Es en Londres…

—Lo sé, pero solo basta que tome el tren y en dos horas estaré ahí… Si escuchaste que se van a presentar Paul McCartney, Mick Jagger, Ozzy Osbourne, Status Quo, David Bowie, The Who… ¡Todos los que me gustan! —exclamó emocionada.

—Tendrás que pedirle permiso al padre Francis, y no estoy muy segura de que te deje ir…

—Voy a convencerlo, no descansaré hasta que me dé permiso —dijo muy segura.

—El boleto seguramente estará carísimo.

—Tengo mis ahorros… Y no sigas siendo tan pesimista, ¿por qué no me acompañas? —propuso Lauren.

—Ay, no, te quiero mucho, amiga, pero sabes que no me gusta, cuenta conmigo para que te cubra en el trabajo.

—Bueno, está bien… Tienes razón, no había pensado en el trabajo —resopló, solo esperaba poder conseguir el permiso.

Aunque lo que en realidad le preocupaba, era comprar el boleto de entrada, porque seguramente se agotarían en muy poco tiempo; así que, tenía que averiguar cuando saldrían a la venta, quería tener el primero. Estaba segura de que, si su padre hubiese estado vivo, con gusto la llevaría y habría sido una experiencia extraordinaria; aún los extrañaba mucho y algunas veces, terminaba llorando cuando revivía lindos recuerdos. La pesadilla del día en que fueron asesinados ya no era tan constante y eso aminoraba su tortura.

En unos días se cumplirían dos años de sus muertes e iría a visitarlos al cementerio en Londres; podía aprovechar ese viaje para averiguar lo de los boletos. Lo único que no le gustaba de tener que ir a Londres, era que por petición del señor Thompson, debía quedarse en la casa de Harriet; por lo menos, las últimas veces que fue que se quedó ahí, contó con la buena suerte de no toparse con Brendan, porque él se había ido a la universidad en Oxford, pero esta vez, probablemente, estaría en casa.

Como Tracy lo había predicho, el padre Francis casi puso el grito al cielo cuando ella le pidió permiso para ir a Londres para asistir a un concierto de rock. Pero no se rendiría a la primera negativa.

—Pero padre, es por una noble causa, no es cualquier concierto de rock, es para recaudar fondos, que, con suerte, serán destinados para dotar de alimentos y medicamentos a las pobres personas en África… —Daba sus explicaciones, casi sin respirar, mientras seguía al padre Francis por el patio que conectaba el oratorio con la iglesia—. ¡Estamos hablando de salvar vidas! Puede que no sea mucho, pero mi boleto será para la causa… por favor, padre. —Llevaba toda la mañana siguiéndolo.

En ese momento, en mitad del patio, el padre se detuvo y ella también lo hizo abruptamente, él se volvió a mirarla y Lauren contuvo el aliento, mientras le dedicaba una mirada de súplica.

—Está bien —cedió con un suspiro, pero al ver que ella chillaba de emoción, levantó una mano pidiéndole mesura. Lauren se tapó la boca con las manos para que no viera su gran sonrisa —. Pero con una condición, y solo accedo porque es una causa noble.

—La que sea, la que sea —dijo al descubrirse la boca.

—Que me llames todos los días y que te quedes en casa de tu tía Harriet —exigió, mirándola a los ojos.

—No podría quedarme en otro lado, no conozco a nadie más en Londres. Prometo que le llamaré todos los días, excepto el día del concierto, porque no creo que pueda… como comprenderá, tendré que irme muy temprano y no quiero molestar en sus horas de sueño.

—Bien, y solo cuatro días, ni uno más —dijo, levantándole el dedo para señalarla con advertencia.

—Ni uno más. —Negó con la cabeza e intentaba controlar su felicidad—. ¡Padre Francis, es el mejor! —Se lanzó a sus brazos y lo estrechó con fuerza.

Francis se mostró contenido, pero luego correspondió mientras sonreía, amaba mucho a todos los niños de ese lugar, pero sin duda, Lauren era especial y se había ganado un poco más de su amor.



CAPÍTULO 20

Julio 1985: Londres - Inglaterra

Con la bendición del padre Francis y de la madre superiora, Lauren llegó a Londres un día antes del gran concierto, llevando consigo tan solo una mochila. En cuanto descendió del tren en la estación Waterloo, se encontró con un panorama que no se había imaginado y en ese instante, supo que fue muy afortunada de encontrar la entrada; bueno, fue Archie quien le obsequió el boleto, a pesar de que costó veinticinco libras.

Apenas le contó sus planes, él se encargó de enviar a un empleado a comprarlo y le dijo que en dos horas ya se habían vendido todas. De verdad que se le hizo difícil creerle, pero ahora que veía tanta gente, lo entendía. Mientras buscaba, en medio del mar de personas, una cabina de

teléfono para llamar al padre Francis y avisarle que ya había llegado, se sintió bastante perdida y abrumada.

Bien podría comunicarse con él desde el teléfono en la casa de Harriet, pero no quería causar más molestias de las estrictamente necesarias. En realidad, si contara con el dinero suficiente preferiría quedarse en un hotel, aunque dudaba mucho conseguir al menos una habitación disponible; parecía que todo el Reino Unido, se había reunido en Londres para esos días.

Había tal bullicio que estaba aturdida, incluso tropezaba constantemente con otras personas, cuando por fin llegó a una de las cabinas telefónicas, jadeó al ver la gran fila que tendría que hacer. Casi una hora tuvo que esperar antes de su turno, en cuanto entró a la cabina, buscó algunos peniques en los bolsillos de sus vaqueros y los introdujo en la ranura. Tras tres timbrazos, le contestó el padre Francis. Le aseguró que había llegado bien y que por la noche volvería a llamarlo. Él le recordó que le diera sus saludos a Harriet y ella prometió que lo haría.

Al salir, se fue directamente a la parada de Los *black cabs*, porque aún no sabía muy bien cómo usar el metro para llegar hasta allá. Le tomó casi dos horas conseguir subir a un vehículo y unos cuarenta más en llegar a la casa de su tía, debido a todo el alboroto en las calles. Suspiró aliviada cuando vio la fachada de ladrillos rojos con grandes ventanas de marcos blancos. Le pagó al chófer, bajó y fue recibida por Beth, que como siempre, se alegraba genuinamente de verla.

—Bienvenida, señorita Lauren. ¿Cómo fue el viaje? —preguntó Beth con tono cariñoso y una sonrisa bonachona que hacía que sus pómulos regordetes se sonrojaran más.

—Muy bien, señora Beth, estuvo tranquilo; aunque en cuanto llegué a la estación, todo se volvió un caos, hay muchísima gente. Imagino que es por lo del concierto.

—Sí, la ciudad está colapsada, ayer fue toda una odisea ir al mercado, el tráfico es un caos y ni decirle de los hoteles de lujo, los fanáticos esperan fuera para ver si cuentan con la suerte de ver a algunas de las estrellas —comentó, mientras la guiaba dentro de la casa—. Aunque, dicen que todo esto también ayuda mucho a la economía.

—Ay, me encantaría poder ir a uno de esos hoteles a ver si cuento con la suerte de conocer a uno de mis… —se interrumpió, cuando al entrar, se encontró de frente con Brendan—. Hola —masculló el saludo solo por cortesía y porque no quería que Beth pensara que era una maleducada.

Hacía poco más de un año que no lo veía, parecía más alto y fornido, su cabello estaba más corto, aunque su rostro, normalmente, pálido estaba ensombrecido por una barba de pocos días, lo que hacía resaltar más sus ojos verdes.

—Hola, ¿cómo estás? —saludó, mirándola con detenimiento.

Lauren se sintió sorprendida ante la extraña amabilidad de Brendan, primera vez que le preguntaba cómo estaba; quizá, al igual que ella, solo quería parecer cortés delante de Beth.

—B-b-bien —tartamudeó, debido a la sorpresa y se volvió para mirar a Beth, por la forma en que ella sonrió supo que su cara debía ser todo un poema—. ¿Y tú? —le siguió la conversación para no pasar por desinteresada, aunque eso la hacía sentir incómoda.

—Bien… —Intentó decir algo más, pero prefirió seguir con su camino, iba de salida para visitar a la chica con la que estaba saliendo; aunque, ver de nuevo a Lauren le alterara los nervios. Así que, le esquivó la mirada y pasó a su lado.

Ella se encogió de hombros, ante la rara actitud de Brendan, de verdad que no lograba comprenderlo, por más que intentara descifrarlo, saber por qué su comportamiento era tan hosco con ella, no encontraba una respuesta coherente, porque nunca le había hecho nada que

condicionara su manera de actuar.

—¿Desea ir primero a la habitación o pasar a saludar a la señora?

—Prefiero dejar esto primero, pesa como una tonelada —dijo refiriéndose a la mochila.

—Está bien —asintió, haciéndole un ademán para que subiera las escaleras.

—Gracias, Beth, de verdad, me da mucho gusto verte.

—A mí también, señorita —dijo con una sonrisa maternal.

Lauren subió las escaleras y fue a la habitación que siempre ocupaba cuando iba de visita, aunque eran muy pocas veces, pero debía avisar primero para que la acondicionaran, ya que era la de Alfie; como si él la hubiese escuchado llegar, salió de la habitación de Paul.

—Hola, Lauren, ¡ya estás aquí! —saludó entusiasta.

—Hola, Lauren, que suerte que tienes de poder ir al concierto, papá no me deja ir, es tan aguafiestas —protestó Paul.

—Pero podrás verlo por la televisión, dicen que lo van a trasmitir en casi todo el mundo —comentó Alfie.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad, Lauren?

—No, definitivamente no es lo mismo, aunque nunca he ido a un concierto, imagino que es como las obras de teatro que no es lo mismo verlas en la televisión que estar frente al escenario.

—Ves, te lo dije. —Paul codeó a su hermano menor.

—Beth dice que la ciudad es una locura… ¿Es verdad? —preguntó Alfie, ignorando la protesta de su hermano.

—Sí, eso parece, la estación está repleta…

—Seguro que el concierto será todo un éxito —comentó Alfie.

—Eso parece —sonrió Lauren.

—Bueno, te dejamos para que descanses, me alegra que estés aquí —confesó Paul, sonriéndole.

—Gracias. —Lauren asintió y abrió la puerta.

—Deberías venirte a vivir a aquí…

—Te quedarías sin habitación, Alfie —rio ella.

—Podrías quedarte en la habitación de Brendan, él se va a la universidad y no regresa en mucho tiempo —propuso Paul.

—Me asesinaría. —Lauren frunció la nariz—. Sabes que me odia.

—Él no te odia… —comentó Alfie y estaba por decir algo más, pero su hermano intervino y lo sujetó por el brazo.

—No digas nada. —Se apresuró a advertirle a Alfie—. Bueno, te dejamos para que descanses. —Le sonrió a Lauren y se llevó a su hermano casi arrastras.

Lauren volvió a sentirse confundida, pero no se enfocó en eso, prefirió entrar a la habitación para dejar su mochila. Luego bajaría a saludar a Harriet y le pediría permiso para ir al cementerio a visitar a sus padres.

Esa noche le fue imposible dormir, porque era marioneta de la ansiedad y emoción, cuando el despertador sobre la mesa de noche sonó, tenía la mirada fija en el techo y las manos sobre su pecho, sintiendo los latidos desaforados de su corazón. De inmediato, silenció el reloj, apartó la sábana y salió de la cama. Agarró la toalla, su ropa interior y corrió al baño que estaba en el pasillo, era el único que había en la segunda planta y que compartían las tres habitaciones de los hijos de la familia, ya que, la principal sí contaba con su baño privado.

Estaba segura de que todos aún debían estar durmiendo, por lo que se daría prisa y trataría de hacer el menor ruido posible para no despertarlos. Iba a abrir la puerta cuando se abrió de

repente y estuvo a punto de estrellarse contra Brendan. Vestía solo el pantalón del pijama por lo que pudo comprobar que ciertamente estaba más fornido, estaba despeinado y con los párpados hinchados.

—Oh, lo siento, no sabía que estaba ocupado —dijo, retrocediendo varios pasos y se apretó las prendas contra el pecho. Se sonrojó, al temer que él empezaría a gritarle cómo lo hizo aquella vez, que por estar llorando la muerte de sus padres no le dejaba dormir.

—Solo pasa —respondió, apartándose de la entrada e hizo un ademán hacia el interior del baño.

Lauren solo atinó a asentir al tiempo que avanzaba rauda al baño, cerró la puerta y solo entonces pudo soltar el aliento que estuvo conteniendo. Dejó sus cosas sobre la encimera del lavabo, se desvistió rápidamente y de igual manera se duchó. Salió con una toalla envuelta en el cuerpo y otra en la cabeza, atravesaba el pasillo de puntillas, ya que la puerta de su habitación estaba en frente.

—¿A qué hora te irás?

La pregunta de Brendan le hizo dar un respingo y se volvió empuñando el nudo de la toalla; se lo encontró sentado en el suelo con la espalda pegada a la pared y las piernas estiradas. Lo que le hizo suponer a Lauren, que esperó ahí a que ella se duchara; por supuesto, no podía perder la oportunidad de hacerla sentir mal, pero no iba a permitir que le arruinara el día.

—Brendan, sé que te incómoda verme y que no soportas la idea de que esté aquí, pero…

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué demonios siempre estás a la defensiva? —reprochó sin levantarse del suelo, desde ahí, tenía que levantar la cabeza para poder mirarla—. No te estoy pidiendo que te largues o ¿es que no entendiste mi pregunta?

—¡Vaya! —Lauren puso los ojos en blanco—. Solo eso te faltaba, que también me creyeras tonta…

—Lauren, solo pregunté a qué hora te vas a tu tan esperado concierto, para llevarte —explicó, al tiempo que se levantaba.

Ella boqueó porque no sabía qué decir, estaba estupefacta. Sin embargo, tras comprender sus palabras, comenzó a sospechar que ese mal humor, quizá se debía, a que tal vez Archie lo estaba obligando a que la llevara, por lo que no quería que esa fuese razón para que la odiara aún más, y negó con la cabeza.

—No tienes que hacerlo, me iré en el autobús…

—¿Sabes todo lo que tienes que caminar? Imagino que no quieres llegar tarde —dijo, alzando una ceja con arrogancia.

El tono de voz de Brendan se sentía menos a reprimenda, por lo que bajó sus defensas, aunque seguía mirándolo con recelo.

—No, no quiero llegar tarde, por eso me iré más temprano… Y tú me estás haciendo perder tiempo.

—Bueno, baja a desayunar… Te llevaré, ya que te hice perder tiempo. —Se encogió de hombros.

—No quiero que te sientas en la obligación, camino rápido.

—Deja de ser tan testaruda, voy a llevarte.

—Bueno, pero si… —Iba a protestar, pero Brendan se dio media vuelta, entró al baño y cerró la puerta, por lo que Lauren inhaló y exhaló para calmarse. ¡Él la exasperaba!

Empuñó las manos para contener la rabia, cerró los ojos y emitió un grito ahogado, era su manera de liberar tanta frustración, pero se recordó, que no podía permitir que Brendan se saliera con la suya. Era 13 de julio, un día que había esperado desde hacía mucho.

Entró en la habitación y se vistió con las prendas que ya había elegido hacía una semana; en realidad, llevaba un par de semanas pensando lo que se pondría, pero modificó el atuendo como unas diez veces. Como el clima podía ser caluroso, pero también era probable que lloviera o estuviera nublado con gran humedad, se decidió por algo que le ayudara ante cualquier cambio climático.

Usó un short, con unas medias de mallas, botas de mediacaña, un top con el logo de la banda Queen. Aún no sabía si una de sus bandas favoritas se presentaría, pero existían muchos rumores de que el regreso de Queen sería justo en el Live Aid. También decidió llevar una chaqueta de cuero por si enfriaba. Todo su atuendo era negro, excepto por el dorado y rojo del logotipo que resalta en la camiseta, que le llegaba justo por encima del ombligo.

Además, se puso varias pulseras de cuero en ambas muñecas, como no podía no llevar alguna prenda de las que le compró su madre, se puso una boina negra, dejándola de medio lado. Se apresuró con la intención de escapársele a Brendan, pero para su mala suerte, cuando llegó abajo, se encontró con Beth, que no desistió hasta que la convenció de que era mejor que se fuera con el estómago lleno.



CAPíTULO 21

A pesar de que comió con una rapidez impresionante y corrió a lavarse los dientes al baño social que estaba junto a la entrada de la casa, para evitar a Brendan, y largarse sin que se diera cuenta. No consiguió su objetivo, porque en cuanto abrió la puerta principal, estaba sentado en uno de los escalones del pórtico.

—¿Estás lista? —preguntó, volviéndose a verla por encima del hombro, al tiempo que expulsaba el humo de la última calada de su cigarrillo, luego lo apagó en el borde del escalón.

—No sabía que fumabas. —Lauren se dejó llevar por la impresión que le provocó verlo así.

—No sabes nada sobre mí, Lauren… Y no es necesario que muestres algún tipo de interés.

—Exhaló y se levantó—. Vamos, no sea que se te haga tarde y termines echándome la culpa.

—En serio, Brendan… Si fue Archie quien te pidió que me llevarás, no tienes que hacerlo…

—Se te hará tarde… —Le recordó, avanzando hasta donde estaba el Audi Quattro en rojo, que ese año le habían regalado por su cumpleaños.

Lauren resopló y no le quedó otra opción que subir al coche. El trayecto se hacía en medio de un silencio bastante tenso, Lauren miraba por la ventanilla, mientras Brendan mantenía la atención en el camino; aunque, de vez en cuando, miraba de soslayo a la chica a su lado. Llevaba algunos minutos pensando en algo que le ayudara a romper el hielo, por lo que carraspeó.

—¿Ya pensante en lo que vas a estudiar? Porque irás a la universidad, ¿cierto? —Esperó hasta que se volvió a mirarlo, se veía desconcertada; por lo que, enseguida miró al camino.

—Sí, por supuesto que iré a la universidad, el hecho de que sea huérfana no quiere decir que desee llevar una vida en la miseria —respondió a la defensiva, porque Brendan siempre buscaba la manera de humillarla—. Estudiaré Bellas Artes.

—Ya veo, bastante acorde a tu personalidad… —Él prefirió obviar el ataque de Lauren.

—No me importa tu opinión, solo quiero dedicarme a lo que me gusta, no espero la aprobación de nadie, mucho menos la tuya. —Se cruzó de brazos, mientras seguía mirándolo con el ceño fruncido.

—Jamás perdería mi tiempo opinando sobre ti, no me importas en absoluto, me da igual lo que pienses hacer con tu vida… pero sabes que en algunos años tendrás que hacerte cargo de la fábrica de tío Oliver, sería bueno, que por lo menos, aprendieras un poco de matemáticas y cómo administrar un negocio… Me tocará administrar las otras dos sucursales, lo que nos llevará, de una manera u otra a ser socios, no quiero imaginar todos los dolores de cabeza que tendré que soportar, solo porque la señorita prefirió estudiar para convertirse en una artista mediocre, que terminará mostrando sus obras en Hawley Street o en Brixton —su tono y actitud eran de arrogancia. Si ella quería llevar la conversación en esos términos, con gusto la complacería.

—Prefiero eso, mil veces, a tener que relacionarnos de alguna manera… No soportaría estar en una oficina, poniéndonos de acuerdo en algo y tener que respirar tú mismo aire…

—Bueno, en este preciso momento, estás respirando mi aire tan nocivo —se rio sarcástico.

Era primera vez que Lauren lo veía reír; eso le molestó muchísimo, por el contexto en que lo hizo, pero también sintió que el estómago se le encogió y una extraña sensación que no sabría cómo definir, estalló en su pecho; aun así, el orgullo en ella fue más fuerte.

—Tienes razón, no podemos seguir respirando el mismo aire; para el auto, prefiero caminar.

—Bien, como desee la señorita. —Miró por el retrovisor y como no venían autos detrás, frenó de golpe, haciendo que el cuerpo de Lauren se sacudiera con fuerza.

Ella lo miró con furia, su rostro se sonrojó tan intensamente, que a Brendan se le despertaron unas enardecidas ganas de besarla, por lo que se abalanzó hacia ella y, sus rostros quedaron tan cerca, que pudo sentir el calor de su aliento sobre los labios, pero se contuvo, por muy poco logró dominar sus impulsos y solo tiró de la manilla de la puerta y la abrió para que bajara.

—¡Imbécil! —gritó en cuanto se bajó y cerró de un portazo.

—Empieza a caminar o se te hará tarde —aconsejó con burla y agitó la mano en señal de despedida. Luego arrancó y pudo ver a través del retrovisor cómo le sacaba el dedo medio con gran energía.

Lauren empuñó las manos y cerró los ojos con fuerza, solo para contener el grito de frustración. Miró a ambos lados de la calle, sin saber hacia dónde dirigirse, tras casi un minuto de

indecisión, resopló y se fue por dónde Brendan se marchó.

Un par de calles después se sentía perdida, muy poco conocía de Londres, las veces que había transitado por sus calles, lo hizo a bordo de un auto con un conductor, que bien conocía la ciudad.

No podía seguir a ciegas o jamás llegaría a su destino.

—Si pierdo la oportunidad de entrar al concierto más importante de mi vida, juro que asesinaré a Brendan —masculló, mientras avanzaba con pasos enérgicos.

Sin pensarlo más, abordó a un señor que se acercaba con un par de bolsas llenas de alimentos.

—Buenos días, señor. Disculpe, ¿sabe cómo puedo llegar al Estadio de Wembley? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Buenos días, señorita. Sí, por supuesto, está a unas pocas calles… —Se volvió para explicarle—. Solo tiene que caminar dos calles, luego cruza a la derecha… En ese punto, ya no se perderá porque solo tendrá que seguir a todos los que se dirigen hacia el estadio.

—Gracias señor, es usted muy amable —dijo Lauren con una gran sonrisa de alivio, al darse cuenta de que no estaba tan lejos.

—De nada, espero que disfrute del concierto.

El hombre de unos sesenta años asintió y le sonrió, Lauren también afirmó varias veces y sin perder más tiempo avanzó rauda. Como el amable hombre le había indicado, a un par de calles pudo ver el río de personas que fluía hacia el estadio. Estaba ansiosa y feliz, sentía que el corazón le estallaría y los nervios la dominaban, porque era primera vez que se exponía a una situación como esa.

Retuvo las ganas de correr, no quería parecer tan desesperada, pero sí caminó mucho más rápido y con una sonrisa que abarcaba casi todo su rostro. No le hizo falta preguntarle a nadie si se dirigían al Wembley; ya que, la gran calle mostraba al final la inmensa estructura del estadio.

Se mezcló entre la multitud y empezó a contagiarse del buen ánimo de todos, los que al igual que ella, amaban el rock; fue imposible que sus ojos no se llenaran de lágrimas al pensar que muy seguramente, su padre y Henry la habrían acompañado. No estaban con ella físicamente pero sí los llevaba en el corazón, inspiró hondamente para controlar sus emociones y siguió su camino.

Tras un par de horas de aglomeraciones, filas y enérgicos ánimos, por fin pudo entrar, se quedó boquiabierta al ver la grandeza del lugar y podía sentir el corazón latiendo a mil en su garganta, cuando se fijó en el escenario y vio en el fondo el logo con el que habían formado una especie de guitarra eléctrica con el continente africano y el nombre del evento.

Pudo sentarse en la hierba mientras poco a poco podía ver cómo el estadio se iba llenando, intercambió comentarios con otras personas que le preguntaban sobre cuáles eran sus favoritos y sobre las canciones que creían que cantarían. Lauren supo que el momento más esperado se estaba haciendo realidad, cuando ya el estadio estaba repleto, no había lugar para nadie más; incluso, le costaba respirar entre tanta gente, pero no iba a permitirse desmayarse por falta de oxígeno, no lo haría.

La gente enardeció cuando salió Richard Skinner.

—Son las doce del mediodía en Londres, la siete de la mañana en Filadelfia, ¡y en todo el mundo es hora de Live Aid! … Wembley les da la bienvenida a sus altezas, la princesa y el príncipe de Gales —anunció, con un ánimo tan enérgico, como el que invadía al público.

Luego en un movimiento casi sincronizado todo el público se giró para ver la entrada de Diana y Carlos de Gales, en el palco, los recibieron en medio de eufóricos aplausos, mientras la

Banda del batallón Británico desde el escenario tocaba «Dios salve a la Reina».

Era primera vez que veía en persona a algún miembro de la realeza. Comprobó, que ciertamente, la princesa Diana era hermosa, se veía extraordinaria con su vestido celeste y detrás de ella, avanzó el príncipe Carlos, vistiendo un elegante traje. Eran como una representación divina para todos ahí; sobre todo, Diana, quien se había ganado el infinito cariño de los ingleses. Todas sus amigas o cualquier chica que conocía querían ser como Diana, era tanta la admiración que sentían por ella, que la enaltecían mucho más que al mismo príncipe, incluso que a la Reina.

Tras el saludo Real, la banda se despidió, para dar paso a Status Quo con Rockin' All Over The World, de inmediato todo empezaron a saltar. Lauren sentía que la adrenalina corría veloz por sus venas y era toda latido, se sentía más viva que nunca mientras coreaba la canción.

Siguieron con Caroline, y todos seguían haciéndole coro a Francis Rossi, que lucía perfecto con sus vaqueros, camisa blanca y chaleco gris a rayas. Cuando la banda británica Status Quo terminó su presentación, tomaron el escenario The Style Council, Adam Ant, Nik Kershaw, Sade, Spandau Ballet, Ultravox… cada una de las canciones fueron coreadas por los asientes.

Mientras se hacía el cambio de escenario, luego de la presentación de Ultravox, le dieron paso satelital al concierto que se estaba llevando a cabo en Filadelfia, Estados Unidos, en el que el actor Jack Nicholson, les daba la bienvenida al evento musical más importante de la historia.

De vuelta en Londres, ya con el escenario preparado, apareció Elvis Costello, que tan solo armado de una guitarra eléctrica, tocó el clásico de The Beatles All You Need Is Love, con toda la intención de hacer cantar al público, uno de los más grandes éxitos del país, logrando una gran respuesta de todos los presentes.

Las horas se sucedían y la tarde era calurosa, pero eso no importaba, Lauren ni siquiera necesitaba sentarse, su cuerpo y sentidos estaban siendo estimulados de una manera tan abrumadora, que no requería descanso alguno; no obstante, su energía se fue a tope cuando los comediantes Griff Rhys-Jones y Mel Smith, vestidos de Scotland Yard, los hicieron reír con sus ocurrencias, pero momentos después, disiparon cualquier rumor y le dieron la bienvenida a su Majestad: Queen.

Lauren gritó lo más fuerte que pudo, brincó emocionada e incluso se le saltaron las lágrimas y, en medio de la euforia, se abrazó a la chica a su lado, que no conocía, pero que habían intercambiado sonrisas, miradas, comentarios; ella estaba acompañada por un grupo de unas doce personas. Solo se soltaron cuando vieron salir a la banda.

Freddie Mercury apareció con unos vaqueros celestes, una camiseta blanca sin mangas, un brazalete de cuero con metales en el bíceps derecho y el cabello peinado hacia atrás. Recorrió el escenario con una energía única y luego se sentó en el piano, mientras Lauren se limpiaba las lágrimas de emoción, ni siquiera sentía la asfixia de la gente que la estaba aplastando, para ella solo existía Freddie en el piano, que inició con las notas de Bohemian Rhapsody.

Le fue imposible no recordar todas las veces que la cantó junto a su padre, cuando la llevaba a la escuela o los domingos por la noche en el salón frente a la chimenea, por lo que empezó a llorar más fuerte y se seguía limpiando las lágrimas. Sin embargo, en un segundo, su estado de ánimo mutó cuando Freddie se levantó y se hizo del micrófono, para un duelo vocal con todos los presentes.

Ella siguió cantando, saltando y elevando los brazos cuando dio inicio a Radio Gaga, a pesar de que estaba viendo eso, que lo estaba viviendo, se sentía como en una burbuja, era algo que todavía le costaba creer y debía recordarse que eso era real y no producto de su imaginación. Juntó su cabeza de costado con la chica de al lado y siguió el juego de voces que Freddie impuso y al que gustosamente siguieron.

Bailó Hammer to Fall, sin dejar de mirar ni un segundo al escenario, quería que ese momento se le quedara para siempre en la memoria. Con aplausos en lo alto, coreó We Will Rock You, sentía que ya la garganta le ardía y que debía estar muy ronca, pero seguía como llevaba por una especie de frenesí y se balanceó de un lado a otro al ritmo de We are the Champions.



CAPÍTULO 22

Lauren aprovechó el instante en que Queen se despidió del escenario, y mientras lo preparaban para David Bowie, se apresuró a ir al baño y de ahí a uno de los puestos a por una botella de agua, porque necesitaba hidratarse, tenía la garganta demasiado irritada. No quería perderse nada, por lo que en medio de «permisos y disculpas» avanzó entre la multitud, que se aglomeraba cada vez más. A pesar de que eran las siete de la tarde, el vapor creado por los presentes no le hacía sentir como si el clima hubiese refrescado un poco.

Aun no estaba oscuro; sin embargo, todos los reflectores del Wembley estaban encendidos, sin duda, el estadio se veía más lleno de vida que nunca, o eso creía ella. Cuando por fin pudo

salir de ese mar de personas, sintió que pudo respirar bien en mucho tiempo y el aire menos viciado refrescó sus mejillas.

Como era de esperar, los baños estaban abarrotados, así que buscó la fila más corta, tras unos diez minutos, consiguió entrar a uno de los cubículos. Gimió placenteramente al poder por fin vaciar su vejiga, duró orinando más de lo normal, incluso se quedó un poco más a la espera de sacar hasta la última gota, porque no quería tener que atravesar una vez más toda esa odisea para tener que venir a los baños.

Se lavó las manos y se humedeció un poco las mejillas y el cuello, porque el agua estaba bastante fresca, esperaba que eso temperara un poco su cuerpo; además, decidió quitarse la boina y recoger su cabello en una coleta bastante alta, dejando el flequillo que caía sobre su frente. Guardó la boina en la mochila y buscó su neceser para retocar su maquillaje. La directa exposición al sol de ese día era notable, su nariz y debajo de sus ojos estaba bastante enrojecido, casi ni se le notaban las pecas, las que terminó de cubrir con el polvo. Ese pequeño descanso le hizo recobrar energía, debía darse prisa porque no quería perderse por nada del mundo la presentación de The Who, era una de sus bandas favoritas, así que avanzó veloz hasta uno de los quioscos.

—No puede ser —masculló impaciente al ver la aglomeración en el lugar, si no tuviera tanta sed, desistiría de esperar un turno. Inhaló y expiró en busca del valor que se requería para entrar ahí.

Se aprovechó de su delgadez y estatura mucho más baja que la media de los que ahí estaban, para abrirse paso, incluso dando algunos codazos. No era apropiado, pero no podía quedarse a esperar a que fuese su oportunidad, porque terminaría el concierto y ella no estaría ni cerca de hacerse de la botella de agua.

Avanzó todo cuanto pudo, en medio de algunos reproches, de los que iba dejando atrás. Tenía una barrera de un par de filas de personas, que hacían sus pedidos a viva voz, agitando billetes para ver si con eso conseguían que los atendieran más rápido, por lo que ella los imitó y sacó un billete de cinco libras, dando saltos con la mano en alto, para poder mostrar el billete por encima de los hombros de quienes estaba delante de ella, pedía lo que necesitaba.

—Una botella de agua, por favor… solo una botella de agua —Cuando no saltaba estaba de puntillas, incluso buscaba apoyo con una de sus manos en un hombre que tenía en frente y que era altísimo—. Un agua… —resopló con ganas de darse por vencida, pero era tanta la sed que no iba a desistir—. Señor… señor, solo un agua —chilló impaciente cuando escuchó que anunciaban a David Bowie.

Lo que quería decir que le quedaban pocos minutos, porque seguramente cantaría tres canciones como todos lo demás y enseguida entraría The Who. No, no podía perderse ese espectáculo.

—Solo quiero una maldita botella de agua —murmuró con ganas de llorar.

En ese momento, atendieron al hombre en el que descaradamente se apoyaba, pero como él, no había dicho nada ni tampoco se movió, aprovechó para casi saltarle encima, cuando a él le estaban entregando cuatro botellas.

—Una para mí, por favor, solo una. —Miraba suplicante al dependiente que, prácticamente, la ignoró.

El hombre frente a ella se giró para poder salir, apenas se movió medio paso para dejarlo pasar y entonces así ocupar ese lugar.

—Toma —dijo, extendiéndole una botella.

Fue en ese momento que, Lauren, se tomó el tiempo para poder mirarlo a la cara y entonces

su estómago se encogió y el corazón se le aceleró. Ese chico era una representación muy fiel de su más grande amor platónico, cabello rubio a la altura de los hombros, ojos azules, cejas castañas gruesas, nariz perfilada…

—Gra… gracias… ¿en serio es para mí? —preguntó, haciéndose de la botella y se la llevó al pecho para controlar sus latidos. Entre más lo veía, más se le parecía a Bret Michaels, jamás se había sentido tan cautivada por un chico que conociera en persona.

—Sí, veo que es casi imposible que te atiendan —le sonrió, sin que le pasara desapercibida la belleza de la jovencita.

—Toma… Lo siento, no tengo monedas.

Le tendió el billete y se dio cuenta de que la mano le temblaba, incluso la sed abrasadora, que hasta hacía un minuto sentía, pasó a segundo plano. No podía creer que fuese tan parecido a Bret, pero mucho más joven, debía tener poco más de veinte.

—No te preocupes, déjalo así, te la obsequio… —Le tendió la mano—. Me llamo, Leonard.

—Lauren, ese es mi nombre. —Soltó una risita de vergüenza, estaba nerviosa. Ella que solía ser tan segura de sí misma, pero no estaba preparada para toparse con un chico tan guapo—. No eres de aquí, ¿cierto…? —Le sentía una pronunciación distinta y había usado palabras que para ella no eran comunes.

—Soy americano.

«Tenía que ser del mismo país», pensó Lauren a punto de un suspiro, mientras mostraban una amplia sonrisa.

—Sabía que no eras de aquí —dijo, orgullosa de su intuición.

—Y tú, ¿eres de aquí? —preguntó él y miró por encima del hombro al hombre que lo tropezó—. Creo que mejor nos alejamos a un lugar donde no estorbemos.

—Sí, sí, tienes razón… —Caminaron juntos hasta la entrada al campo, desde ahí podían ver el escenario—. Soy de Birmingham.

—Ah, eres una Brummie —comentó con una sonrisa encantadora, observando cada vez, con más detalle, las bonitas facciones de Lauren.

—Sí, soy Brummie… ¿Por qué decidiste venir al concierto aquí si el de Filadelfia también está buenísimo? —curioseó sin poder apartar la mirada de Leonard.

—Porque ya tenía el viaje planeado antes del anuncio, vine a visitar a un amigo, un excompañero de clases… Lo que me recuerda que están esperando que les lleve agua —rio de una forma que contagió a Lauren.

—Oh, sí… —Se sonrojó al caer en la cuenta—. Disculpa, te retuve con mi curiosidad, por favor, recibe el dinero.

—No, déjalo así, ha sido un verdadero placer, Lauren —dijo su nombre para que supiera que le había puesto atención.

—Igualmente, Leonard, gracias, una vez más —respondió, agitando la botella de agua y le sonrió. Estaba segura de que debía estar sumamente sonrojada, como si fuese poco lo de la insolación.

Él se volvió y avanzó, ella se quedó mirándolo, llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y un chaleco negro de cuero. Se notaba que su cabello rubio era muy sedoso.

Sacudió la cabeza para salir del encantador aturdimiento que la había atrapado, suspiró, destapó la botella y bebió un gran trago. Justo en ese momento, anunciaban a The Who, por lo que volvió a introducirse entre la multitud para estar más cerca del escenario, ya no recordaba el punto en el que estaba, entre tanta gente le iba a hacer imposible volver al mismo lugar.

—¡Lauren!

Escuchó su nombre, al tiempo que sintió que le tocaban el hombro, una vez más, sintió cosquillas apoderándose de su estómago y se volvió de inmediato, con una tonta sonrisa de puros nervios y emoción.

—Leonard —sonó sorprendida y de hecho lo estaba.

—No te pregunté si viniste sola… Bueno, me extrañó no verte acompañada. —Él también sonreía un tanto avergonzado por abordarla de esa manera.

—Eh, no… sí, vine sola…

Quiso decirle que las únicas dos personas con las que podría haber ido, ya no podrían hacerlo, pero era demasiado pronto para compartir esa información con un chico que apenas conocía.

—Si quieres, puedes unirte a mi grupo, solo somos mi amigo, su novia y yo…

Lauren empezó a dudar, porque su madre muchas veces le dijo que no confiara en extraños; no obstante, miró a su alrededor, había miles de personas, lo que le haría imposible a cualquier desconocido hacerle daño.

—¿Por qué no? —Lauren se alzó de hombros y le sonrió.

No iba a perder la oportunidad de conocer un poco más a Leonard, era el primer hombre, además de Bret, que le aceleraba los latidos. Ella que siempre vivió en su mundo de «fantasía musical» como le decían sus amigas, pero ahora que había conocido a ese chico que se acercaba muchísimo a sus anhelos, quería compartir más con él.

—Bien, vamos. —Le regaló una sonrisa, con la que pretendía infundirle confianza, y la tomó por la mano, para que no se le perdiera entre la multitud.

Lauren sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo, por lo que tembló ligeramente, pero se dejó guiar, iba un paso por detrás de él, imposible ir uno al lado del otro mientras se adentraban cada vez más en ese tumulto. A medio camino, entró al escenario The Who, la parte fanática de Lauren se impuso por encima de la emocional en ese momento, por lo que se volvió a mirar donde cada miembro de la banda ocupaba sus puestos.

Le fue imposible no gritar emocionada cuando Roger Daltrey vistiendo una camisa blanca y unos vaqueros, saludó al público. Pensó que se veía demasiado sexi, le parecía más alto en persona a como lo había visto en las revistas y fotos de los casetes. A pesar de que le seguía el paso a Leonard, se volvía a mirar al escenario cada tres segundos, mientras cantaba Love Reign O'er Me.

Llegaron al punto en el que estaban reunidos los amigos de Leonard, justo cuando My Generation iba por la mitad, Lauren se moría por bailar, pero no tuvo más opción que solo mover la cabeza al ritmo de la música; se sintió un poco desprotegida, cuando Leonard le soltó la mano para hacer ademanes a sus compañeros, quienes recibían las botellas de agua.

—Chicos, les presento a Lauren, acabo de conocerla…

—Me salvó con una botella de agua —dijo Lauren, sonriente y mostrándole la botella a la mitad.

—Es un placer, me llamo Danielle. —Se presentó casi a gritos.

La primera en extender la mano, fue la chica rubia, que tenía un corte al estilo de la princesa Diana.

—Un placer… Lauren —repitió su nombre y le estrechó la mano.

—Soy Justin. —Se acercó un poco al rostro de Lauren para que lo escuchara—. Es un placer.

—Igualmente.

—Bueno, disfrutemos del concierto, después podremos hablar para conocernos mejor —

intervino Leonard, al darse cuenta de lo ansiosa que estaba Lauren por mirar al escenario. Estaba encantado con esos ojos más azules que grises y sus cejas tan marcadas y gruesas que eran de un castaño un poco más oscuro que su cabello.

Lauren se cubrió el rostro con ambas manos en un acto espontáneo de emoción cuando Roger Daltrey se abrió la camisa, dejando el descubierto su pecho y abdomen perlados por el sudor. Miró de soslayo a Leonard y se lo pilló mirándola, por lo que se sonrojó ante su arrebato y buscó la mejor manera de excusarse.

—¡Es una de mis bandas favoritas! —explicó al tiempo que Won't Get Fooled Again iniciaba.

—Ya veo. —Leonard sonrió y movió la cabeza al ritmo de la música, obligándose a mirar al escenario y no al objeto de su curiosidad.

—¿Tienes alguna banda favorita? —preguntó ella, arrimándose un poco más hacia él para no tener que gritar.

—Me gustan varias, The Rolling Stones, Bon Jovi, U2, Pink Floyd, Led Zeppelin… son muchas —rio pensando que no terminaría de nombrarlas, además, no quería olvidar algunas.

—Oh, tienes un extraordinario gusto musical, mi favorita es Queen.

—Lo noté —dijo señalándole el logo en la camiseta

Lauren sonrió y se mordió el labio.

«¿Tan evidente era?» se preguntó en pensamientos.

A Leonard le fue imposible no apreciar ese pequeño gesto, fue muy provocativa esa mordedura de labio y le hubiese gustado que durara mucho más; para disimular su atracción, se volvió a mirar al escenario.

Lauren sonrió y los ojos se le cristalizaron, porque nuevos recuerdos vividos con su padre afloraron, ya que siempre cuando estaban en el despacho y su madre se encargaba de la cena, él imitaba a algunos cantantes y los movimientos de Roger le salían particularmente muy bien. Más de una vez Grace, entró y los encontraba bailando a los dos.

Daría lo que fuera por regresar a esa etapa de su vida, donde todo era felicidad. Se obligó a no llorar, no dejaría que la melancolía le ganara, prefirió refugiarse en esos momentos divertidos. En medio de eufóricos aplausos, silbidos y gritos despidieron a la banda.

A pesar de que ya era bastante de noche, pues casi eran las nueve, el ambiente aún era tan caluroso que agobiaba, por lo menos la entrada de Elton John aplacó un poco los enardecidos ánimos que dejó la banda anterior. En el entretiempo, aprovecharon para conversar; así fue como Lauren se enteró de que Justin y Danielle eran de Londres y que llevaban seis meses de noviazgo. Al preguntar cómo se habían relacionado con Leonard, el aludido dijo que Justin y él fueron a la misma universidad.

—¿Qué edad tienes? —En algún momento Leonard hizo la pregunta que tanto le comía el cerebro.

—¡Leo, eso no se le pregunta a una chica! —lo reprendió Danielle, dándole un puñetazo en un brazo.

—Las mujeres con sus problemas al decir la edad, a mí no me importa decir que tengo veintitrés —comentó Justin, restándole importancia a ese tipo de inseguridades femeninas.

—No tienes que decirme —dijo Leonard, al ver que Lauren estaba un tanto incómoda y le sonrió para que se relajara.

Ella no quería parecer la más joven del grupo, pero tampoco quería mentir con su edad, por lo que prefirió no decirla, no fuera que Leonard perdiera su interés en ella, por ser menor de edad. Volvió a emocionarse hasta la médula, cuando de nuevo hicieron aparición en el escenario,

Freddie Mercury y Brian May.

—Son tus favoritos —le dijo Leonard.

—Es que son los mejores —respondió ella con una gran sonrisa, apenas echándole un vistazo al chico a su lado, porque en ese momento su atención estaba más en dos de los miembros de la banda que más le gustaba. Bueno, también tenía una gran obsesión con Poison, pero eso era gracias a su vocalista.

—Si quieres, puedo subirte en mis hombros, para que los veas mejor —propuso Leonard, al ver que la chica se mantenía de puntillas.

Lauren se vio tentada en aceptar la invitación, pero apenas conocía a Leonard, no creía que poner su parte más íntima en la nuca de él, fuese lo más apropiado.

—Gracias, pero así estoy bien…

—En realidad, apenas podemos ver sus cabezas. —Danielle que era casi de su altura la dejó en evidencia y se dirigió a su novio—. Tú, súbeme —usó un tono casi de mandamiento y Justin se acuclilló—. Estás loca, si rechazas esta oportunidad —le dijo a Lauren al tiempo que subía a los hombros de Justin.

Leonard al ver la duda es los grandes ojos de Lauren, también se acuclilló.

—Ven, sube —dijo, ofreciéndole una mano para que le sirviera de apoyo y mantuviera el equilibro.

Lauren, que jamás había estado sobre los hombros de nadie, sintió los nervios pellizcándole la boca del estómago. Aun así, se sujetó a la mano de Leonard, y la otra mano la puso sobre su cabeza, sintiendo por fin su cabello.

—No vayas a dejarme caer… —dijo con la voz rota y las piernas temblando.

—No lo haré. —En cuando sintió el peso de Lauren sobre sus hombros, se aferró por encima de las rodillas y poco a poco subió. La sintió tambalearse y escuchó un grito agudo al tiempo que se le aferraba a la cabeza y le tapaba la visión, por lo que sonrió—. Tranquila, no te caerás —prometió y pudo sentirla más segura cuando estuvo de pie, incluso, le quitó las manos de la cabeza.

Lauren estaba nerviosa, incluso una extraña sensación desconocida, hasta ahora, nació en su vientre y se esparció por todo el cuerpo, creándole cosquillas agónicas, sabía que no se debía al concierto ni a poder ver mejor a Freddie, eso lo estaba provocando Leonard.

Danielle le ofreció su mano y ella la recibió, por lo que empezaron a moverlas de un lado a otro, mientras cantaban Is This The World We Created?

Ella, al igual que muchos en el público, derramaron algunas lágrimas, porque esa canción parecía estar hecha para la causa que estaban apoyando, por lo que les llegó al corazón.



CAPÍTULO 23

En cuanto terminó el concierto, Lauren sabía que debía volver a casa, pero aún no sabía cómo, porque conseguir un taxi, o un autobús que la dejara relativamente cerca, iba a ser imposible. Sin embargo, más allá de eso, lo que no quería era despedirse todavía de Leonard, quien desde que la bajó de sus hombros, le sostuvo la mano, entrelazando sus dedos con los de ella y desde entonces no la había soltado.

Así que, cuando le propusieron buscar un sitio donde cenar y que luego la llevarían a casa, no se lo pensó dos veces, solo dijo que primero debía llamar a casa de su tía. Fue en ese momento, que les contó que se estaba quedando con ella, ya que era su único familiar en

Londres.

Tuvieron que esperar por unos quince minutos a que la cabina de teléfono más cercana que encontraron se desocupara. Lauren entró sola y marcó a la casa de Harriet, tras el tercer repique, le contestó quien ella menos deseaba que lo hiciera.

—¿Puedes pasarme con tía? —preguntó, en cuanto reconoció la voz de Brendan.

—Ella está ocupada, puedo darle tu mensaje.

—La verdad, no estoy segura si lo harás —argumentó de mala gana.

—Entonces llama en otro momento, aunque, probablemente, ya se haya ido a la cama. Y date prisa, que no vamos a esperarte despiertos toda la noche —dijo con un tono de reproche.

—Pueden irse a dormir, yo tengo llaves. —Lauren comprendió que era mejor decirle a él a tener que llamar más tarde y que se preocuparan.

—¿A qué hora piensas llegar? Si ya terminó el concierto —cuestionó Brendan, que había visto la trasmisión por televisión.

—Esto aquí es un caos para poder coger transporte…

—Entonces, iré a buscarte.

—Para que me hagas lo mismo de esta mañana, no, gracias —dijo tajante—. Voy a ir a comer con unos amigos, después de la cena me llevarán a la casa.

—¿Amigos? Pero si no conoces a nadie en Londres —protestó Brendan.

—Son amigos que hice aquí, ¿le dirás a tía o tendré que llamarla en un rato para avisarle? —Odiaba tener que lidiar con su actitud.

—Lauren, no conoces a esas personas, no sabes si tienen buenas intenciones —dijo con un tono algo alterado.

—Gracias, por tu falsa preocupación, pero puedo cuidarme sola. Brendan… ¿Le dirás o no? —cuestionó una vez más.

—Está bien, le diré, pero si algo te pasa, no vengas a quejarte con nadie en casa. No tenemos por qué hacernos cargos de tus problemas, no somos tu familia… más allá de lo legal.

Eso a Lauren le molestó mucho, tanto que le dieron ganas de llorar, él siempre sabía cómo herirla, pero no lo permitiría, cerró los ojos y apretó con fuerza el auricular para no derramar ni una lágrima.

—Lo sé, no tienes que recordármelo. —La voz se le quebró, pero no lloró—. Gracias a Dios que no llevamos la misma sangre. —Colgó, sin esperar que él pudiera herirla aún más con su respuesta.

Inhaló y exhaló para calmarse, no iba a permitir que esa confrontación arruinara su noche. Era primera vez en mucho tiempo que lo estaba pasando verdaderamente bien. Sonrió y salió de la cabina, sin duda, la noche había refrescado mucho.

—¿Te dieron permiso? —preguntó Danielle.

—Sí, no hay problema —sonrió para mostrarse relajada.

—¿Cómenos algo por aquí o buscó el auto y vamos a otro sitio? —comentó Justin, que vio cómo Leonard volvía a tomarle la mano a Lauren, era evidente que la chica le gustaba mucho. Comprendía, si quería pasarlo bien esos días antes de que tuviera que regresar el martes a Estados Unidos.

—¿Por qué no vamos a un buen pub? ¿Lauren has ido a The Churchill Arms? —preguntó Danielle.

—No. —Negó con la cabeza—. En realidad, casi no conozco Londres, siempre que he venido me quedo por muy poco tiempo.

—Bueno, esta es tu oportunidad, Churchill Arms es muy lindo, toda su fachada la cubren

con flores de la temporada y ofrecen buena comida… —siguió Danielle.

—Además, su ambiente es muy bueno. —Justin estuvo a favor—. ¿Estás de acuerdo, Leonard?

—Sí, me gustaría conocerlo. —Miró a Lauren a su lado, ella le sonrió y luego asintió estando de acuerdo antes de volverse a sus acompañantes.

—Sí, vamos —ratificó con una sonrisa.

Le emocionada conocer más de la ciudad, pero lo que más le hacía feliz era poder seguir compartiendo con Leonard, que la tenía cautivada; entre más lo veía, más hermoso le parecía. Sentía que la relación entre ellos se estaba dando de una forma demasiado espontánea, no había dudas, ella también le gustaba; así que, no quería desaprovechar el momento de vivir una gran experiencia.

Quizá era demasiado inocente de su parte confiar así en alguien que apenas conocía, nunca había tenido ningún tipo de relación amorosa, más allá de aquel sentimiento tan lindo de su infancia que compartió con Henry. Había sido el primero y único al que había besado con la certeza de que no se trataba de algo fraternal, sino que se dieron cuenta de que era un sentimiento mucho más fuerte. Lo que Leonard le despertaba era mucho más visceral, más abrumador, en el mejor de los sentidos.

Caminaron hasta donde Justin había dejado estacionado el Ford Sierra rojo. Danielle subió en el asiento del copiloto, mientras que Lauren y Leonard lo hicieron en el asiento de atrás. A pesar de que el gran concierto había terminado, los ánimos seguían bien altos, por lo que ambientaron el viaje de media hora, con rock mientras cantaban y conversaban acerca de las bandas más famosas.

Durante el trayecto, Leonard soltó la mano de Lauren solo para pasar su brazo por encima de sus hombros y refugiarla en su costado, fueron muchas las oportunidades en las que se quedaron mirando a los ojos, con sus rostros bastante cerca y con las ganas del beso latiendo en sus labios, pero no se atrevían a dar ese paso.

El lugar estaba repleto, con un ambiente muy vivaz, y Lauren se mostró fascinada al ver la maravillosa fachada repleta de flores, iluminadas por las luces amarillentas de las farolas, estaba segura de que de día debía verse mucho más hermoso. Justin los puso al tanto de la historia del lugar, les dijo que su nombre se debía a la familia del primer ministro británico, Sir Winston Churchill; ya que, sus abuelos eran clientes habituales del lugar.

Subieron al segundo piso donde eligieron una mesa en la terraza, no querían privarse de la brisa fresca ni del aroma de las flores. Pidieron cervezas, papas y pescado; aunque, Lauren prefirió un refresco J2O, por lo que sus acompañantes concluyeron que aún no era mayor de edad.

—En serio, sé que no es cortés, pero no quiero meterme en problemas —comentó Danielle, ya con más confianza—. ¿Cuántos años tienes? —se dirigió a la joven.

Como Lauren ya no tenía dudas de que Leonard gustaba de ella, y no creía que su edad fuese impedimento alguno para que la química entre ellos se extinguiera, decidió decirlo.

—Vale, tengo diecisiete. —Sonrió a pesar de que sus pómulos se enrojecieron tanto como la bebida de frambuesa que había pedido.

—Bueno, no soy mucho mayor que tú, tengo diecinueve —argumentó Danielle, haciéndose de un bastoncito de papa, el que hundió en la salsa y después se comió.

Lauren miró a Leonard, intentando percibir algún cambio hacia ella, pero él también se hizo de un bastón de papa, lo hundió en la salsa y se lo ofreció, con una sonrisa encantadora, de esas que le hacían temblar las rodillas, abrió la boca para recibir el bastón de papa.

—Par de tortolos —rio Justin.

—Ves, ese es un gran ejemplo, deberías darme de comer también, ya no eres tan atento —amonestó Danielle, escondiendo su sonrisa.

—¿Quieres que te dé de comer? —preguntó con tono lascivo, se acercó y le dio un beso en el cuello—. Lo haré si te vienes a mi casa.

—Compórtate —le pidió sonrojada, por el calor que empezaba a sentir. Soltó una risita y le plantó la mano en la cara alejándolo.

Lauren y Leonard rieron al ver la complicidad de la pareja. En un momento de bromas, Leonard tomó un bastón de papa y se lo lanzó a su amigo; por supuesto, Justin respondió de la misma manera.

—¿Es la primera vez que vienes a Inglaterra? —curioseó Lauren, porque se moría por saber más de él.

—Es la primera vez que salgo de Estados Unidos, mi familia es en absoluto aventurera.

—Son unos pueblerinos aburridos —argumentó Justin riendo, al exponer un poco a Leonard delante de la chica que intentaba conquistar.

—Lo somos. —Leonard estuvo de acuerdo, no se avergonzaba de su procedencia; afirmó sin que su sonrisa se opacara—. ¿Has ido a Estados Unidos? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a Lauren y su mirada se escapó a sus labios, cuando se pasó la punta de la lengua para saborear la comida.

—No he ido más allá del Reino Unido, viví un tiempo en Irlanda del Norte. —Al responder, bajó su mirada hacia un trozo de pescado y lo pinchó con el tenedor, esperaba que no notaran la melancolía que la golpeaba con tanta fuerza.

—Fui un par de veces con mis padres a ver las carreras de caballos, son muy conocidas —comentó Danielle.

—Oh, sí, se celebran en el condado donde viví, en Antrim… hacen dos festivales, uno en verano y otro en otoño —explicó Lauren, recordando las veces que fue con sus padres a esos eventos que eran tan importante para todos.

—¿Pero ahora vives en Birmingham? —interrogó Justin. Lauren se apresuró a asentir mientras masticaba—. ¿Y cuándo regresarás?

—El martes. —Bebió de su refresco.

—Amigo, ¿por qué no te quedas unos días más y te vas con Lauren? Así conoces la «Ciudad de los Mil Oficios» —propuso Justin. Con la intención de que Leonard pudiera pasar más tiempo con la chica.

De manera inevitable Lauren se tensó, por qué cómo iba a llegar en el orfanato con un chico, el padre Francis no se lo permitiría; además, tenía que ir al trabajo, por mucho que quisiera, no tendría tiempo para compartir con Leonard.

—Me gustaría ir, de verdad. —Miró a Lauren y le puso un mechón de cabello detrás de la oreja, luego volvió la mirada a su amigo—. Pero no puedo quedarme más tiempo, recuerda que el viernes tengo una entrevista de trabajo.

Justin se golpeó la frente con la mano.

—Cierto, lo había olvidado —se lamentó.

—Pero prometo ir cuando regrese. —Le sonrió a Lauren y ella correspondió de la misma manera.

Siguieron conversando por un poco más de una hora, hasta que Danielle dijo que deberían llevar a Lauren a su casa, ya que, si se estaba quedando en la casa de su tía, no era apropiado que llegara después de medianoche. Lauren estuvo de acuerdo; así que, pagaron la cuenta, salieron

del Pub y subieron al auto.

Veinte minutos después Justin estacionaba frente a la casa de Harriet, él soltó un silbido de fascinación cuando vio dónde vivía la tía de Lauren. Cuando le dio la dirección, imaginó que debía ser de una familia de clase alta, pero no pensó que a ese nivel.

—¿En serio? ¿Aquí vive tu tía? Entonces eres una *yuppie* —preguntó aún sorprendido.

—Sí, aquí vive mi tía, pero para nada soy una *yuppie*. —Estiró la mano y le apretó el hombro a Justin y luego a Danielle, quien la miraba sonriente—. Chicos, muchas gracias por todo, de verdad, ha sido un verdadero placer conocerlos. Espero volvamos a vernos.

—Seguro, ya sabes dónde buscarme cuando vengas a Londres. —Danielle le había dicho que trabajaba en una tienda de discos.

—Por supuesto, espero volver pronto. —Se volvió a mirar a Leonard, muy a su pesar, había llegado el momento se despedirse.

—Te acompaño a la entrada —dijo él, con el pecho agitado y la respiración contenida, mientras se llenaba de valor.

—Está bien. —Tiró de la manilla—. Adiós, chicos —se despidió una vez más antes de bajarse.

—Adiós, Lauren. Descansa —dijeron casi al unísono. Luego Justin y Danielle se miraron y sonrieron cómplices.

Leonard bajó después de Lauren y en cuanto pisó la acera, inspiró y exhaló, deslizó los dedos entre sus cabellos rubios, peinándolo hacia atrás, para despejarse el rostro.

—Gracias por traerme y por la cena —dijo Lauren, sonrojada, el corazón le latía tan fuerte que lo sentía en sus oídos y en las sienes.

—No tienes nada que agradecer, hoy me has hecho el hombre más afortunado… Gracias por aceptar acompañarnos. —Hizo acopio de toda su valentía y acortó la distancia entre ellos.

—Lo he pasado muy bien, de hecho, creo que jamás había tenido un día tan extraordinario…

—Por supuesto ha sido un concierto que pasará a la historia, un evento que no creo pueda igualar.

—Más allá del concierto, conocerte ha sido extraordinario.

A Lauren le vibraba la voz y jugueteaba nerviosamente con sus manos, a donde su mirada se escapaba, porque estaba segura de que, si se quedaba mirando fijamente a los ojos de Leonard, se desmayaría.

Él dejó de pensar en cuándo sería el momento adecuado y simplemente actuó, llevó sus manos los costados de la cabeza de Lauren y acercó sus labios a los de ella, de inmediato, las pulsaciones se le dispararon.

En Lauren no hubo dudas, ni mucho menos se retiró, se quedó inmóvil, sintiendo la suavidad y calidez de los labios de Leonard sobre los suyos, un contacto que dio paso a otro, otro y otro más, a los que ella correspondió, solo dejándose llevar. Cuando Leonard se apretó más contra su cuerpo tembloroso, ella buscó apoyo en sus hombros y se puso de puntillas, con los ojos cerrados, se entregaba a ese beso, porque confiaba en él. Todo su cuerpo se había vuelto cosquillas y temblores, su respiración era entrecortada, pudo sentir el cálido aliento de Leonard sobre sus labios cuando se apartó apenas unos centímetros.

Leonard quería ir más allá de un alucinante contacto de labios, quería saborearla, hundirse en su boca, por lo que con movimientos de sus labios y tentando con la punta de su lengua, le pidió permiso para hacer un beso más profundo. Tenía claro que Lauren no tenía experiencia alguna en besos; eso hizo que su corazón diera un vuelco y su polla latiera, quería controlar su

excitación, pero estaba fallando en el intento, porque sentirla frotarse contra su pelvis se la estaba poniendo bastante dura y muy probablemente la alarmaría.

Lo recibió su lengua algo torpe, pero con gustó la guio en el sentido correcto, se movió con suavidad y lentitud en su boca, por más que quisiera hacer ese beso eterno, no podía. Así que, fue bajando el ritmo y retiró su lengua, para dar pasos a ligeros chupetones en los labios.

Lauren entendió que solo debía imitar todo lo que Leonard hacía, a pesar de que su mente estaba nublada por las sensaciones que el contacto de sus bocas le provocaba. Cuando se apartó tenía la respiración agitada y las mejillas encendidas.

Leonard seguía con las manos a cada lado de su cuello, volvió a acercarse y le besó una de las mejillas, percibiendo su olor y lo suave que era su piel. Cuando se apartó para mirarla a esos ojos, tan extrañamente hermosos, ella le sonrió y a él le dio un vuelco el corazón.

—¿Quieres tener una cita conmigo mañana? Sé que ambos tenemos que irnos por distintos caminos, pero podemos aprovechar para seguir viéndonos hasta que nos toque separarnos —propuso él, con la respiración aún acelerada.

—Querrás decir en unas horas, ya es más de medianoche. —Lauren aún podía sentir cosquillas en sus labios.

—En unas horas, ¿te parece bien a mediodía? Puedo pasar a buscarte… Tú no conoces mucho la ciudad, yo menos… ¿Te parece buen plan perdernos en las calles de Londres? —Volvió a poner sus labios sobre los de ella, un par de toques.

—Sí, si es contigo.

—Entonces nos vemos en un rato, brummie.

—Está bien, americano.

—Si necesitas contactarme, para saber en qué momento justo pasar por ti, me estoy quedando en el hotel Strand Palace… En este momento no tengo el número, pero puedes buscarlo en la guía telefónica, mi habitación es la 211 —le dijo, sonriendo con emoción.

—El Strand Palace, habitación 211 —repitió solo para memorizarlo.

—Así es —confirmó él.

—Entonces, te llamaré para decirte si pasas por mí o si nos vemos en algún lugar.

—Acepto cualquiera de tus términos, brummie.

Ambos sonrieron y comprendieron que era momento de despedirse. Leonard retrocedió varios pasos y le dijo adiós con la mano.

Lauren se volvió y caminó hasta la reja, pero antes de abrir, se volvió y le dijo adiós, también con un ademán, pudo ver a Justin y Danielle sonriéndoles.

El auto solo arrancó cuando ella se adentró en el pórtico.



CAPíTULO 24

Lauren con una gran sonrisa, el pecho todavía agitado y el cuerpo tembloroso, abrió la puerta. Suponía que por la hora todos debían estar en sus habitaciones, pero estaba completamente errada, porque en cuanto pisó el vestíbulo, se topó con Brendan sentado en uno de los peldaños de las escaleras. Llevaba el pijama puesto, tenía el ceño fruncido y la mandíbula en tensión.

—Buenas noches —saludó casi en un susurro, porque dirigirse a él, significaba un gran esfuerzo, solo lo hizo por cortesía. Se quitó las botas sin salir del rectángulo de la alfombra.

No recibió respuesta, él seguía mirándola de forma tan insistente que para ella era casi

brusco. Tenía sed, pensó en dirigirse a la cocina, pero dado el ambiente hostil creado por Brendan, sentado ahí, casi tan intimidante como esas Quimeras que vio en un libro del padre Francis, en el que había fotografías de la Catedral de Notre Dame en París, prefirió irse enseguida a su habitación, esperaría un par de horas para bajar a por agua o simplemente bebería del grifo; no obstante, para poder subir, debía hacerlo por las escaleras, no tenía más opción.

—¿Puedes darme permiso? —solicitó con las botas en una mano.

Brendan se movió unos centímetros, solo lo suficiente para que ella pasara. Lauren suspiró, molesta por toda esa situación. Aun así, cuadró los hombros y subió con la mirada en alto, no iba a dedicarle su atención a alguien tan insoportable. Justo había avanzado un par de escalones por encima de él, cuando lo escuchó soltar un gruñido.

—Ahora entiendo, que tío Oliver tenía que morir, para poder ahorrarse todos los dolores de cabeza y la decepción que ibas a provocarle, al comportarte como una zorra —su tono era bajo, pero estaba lleno de rabia.

Lauren se quedó inmóvil, sin duda, esas palabras de Brendan fueron un golpe certero y fuerte en la boca de su estómago, que la dejó sin aliento y completamente aturdida. Le tomó algunos segundos, quizá fue un minuto, pero reaccionó, se volvió y no pudo contener su arrebato de ira. Le lanzó una de sus pesadas botas, la que terminó estrellándose con la espalda de él e hizo un sonido sordo.

Brendan de inmediato se levantó y se volvió hacia ella, intimidante, peligroso, aterrador, pero Lauren no se acobardó, porque la ira se desbordaba de sus venas y en cuanto lo vio avanzar, le lanzó la otra bota, a la que él logró bloquear dándole un manotazo, mandándola por encima del barandal. El calzado terminó estrellándose contra el jarrón en la mesa del recibidor, lo que lo hizo caer al suelo y romperse.

—No te atrevas a tocarme… No lo hagas o no respondo —amenazó Lauren. Tenía una mezcla de furia y miedo.

Brendan ignoró su advertencia, la sujetó con fuerza por los hombros y la pegó bruscamente contra la pared, lo que hizo que uno de los cuadros de la galería cayera sobre uno de los escalones.

—¿Qué harás, Lauren? —preguntó con los dientes apretados por la fuerza que imprimía al mantenerla presionada contra la pared—. Te has quedado sin zapatos…

Lauren tenía los ojos muy abiertos y las lágrimas casi se le desbordaban, estaba aterrada, pero no iba a permitir que él viera toda su vulnerabilidad. Intentaba asimilar lo que estaba pasando, porque jamás pensó que eso llegaría a la violencia física.

—Eres tan despreciable… Un infeliz, maldito arrogante —insultó Lauren con los dientes apretados, para no derramar esas lágrimas que tenía al filo de los párpados—. Mi padre, me amaba, y eso es lo que te molesta, por eso me odias, porque…

—¡No era tu padre! ¡Sácate esa mierda de la cabeza! ¡No era tu padre! Tío jamás hubiese tenido a una hija que se follara al primero que se le pusiera en frente, no eres más que una vergüenza, Lauren, ni siquiera eres digna de nuestro apellido… El Spencer es demasiado para ti.

Se acercó más al rostro enrojecido de Lauren, ella tenía los ojos muy abiertos y se le derramaron un par de lágrimas, por lo que siguió el camino que trazaron por su rostro, una gota quedó vibrando sobre su labio superior. Esa fue demasiada tentación para su autocontrol, sin pensarlo y dejándose llevar por su más maldita debilidad, llevó sus labios a los de ella. La besó con rabia, la besó con urgencia, abarcando en su boca los labios suaves y enrojecidos por los besos de otro, la escuchó gruñir dentro del beso, por lo que la presionó aún más contra la pared.

En algún punto de ese beso que la asfixiaba tanto como la sorprendía, Lauren se sintió

vulnerable, débil, maleable e incluso sus labios empezaron a corresponder, pero rápidamente comprendió que solo se trataba de un mecanismo autodefensa, ya que eso hizo que Brendan bajara la guardia y cedió la presión que ejercía sobre sus hombros, los cuales ya tenía adoloridos.

Fue entonces que usó una de sus rodillas para golpearlo con fuerza en los testículos. Algo que Tracy le había dicho que podía hacer, si algún día se encontraba en una situación incómoda con algún chico. Brendan dejó de besarla, se alejó un poco pero no le soltó los hombros, se sintió desilusionada, quizá el rodillazo no fue tan fuerte, a pesar de que la mirada de Brendan se había cristalizado.

En un gesto de desesperación movió la cabeza hacia un lado y consiguió alcanzarle el antebrazo el cual mordió con fuerza y no iba a soltarlo hasta que no le arrancara el pedazo de carne.

—¡Demonios! —gritó Brendan y la soltó con brusquedad.

—¡Jamás vuelvas a tocarme! —gritó con la voz rota.

En ese momento, aparecieron en la antesala que llevaba al pasillo que conducía a las habitaciones, Harriet y Archie, ambos con aspecto somnolientos pero perturbados.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tantos gritos? —preguntó Archie.

—Lauren, llegó descontrolada —respondió Brendan, presionando con una mano sobre el mordisco.

—¡¿Qué?! ¡Mentiroso! —protestó Lauren, mirándolo con asombro y le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Lauren, ¿acaso estás ebria?! —reprendió Harriet, que no le gradó en absoluto la violencia de la chica.

—No, no estoy ebria. —Le fue imposible controlar sus lágrimas de impotencia, podía no decir nada y olvidar lo que había pasado, pero ese tipo de cosas no podía ocultarlas. La hermana Antoniette, siempre le decía, que cualquier situación inapropiada debía ser contada y, lo que él le hizo, fue terrible porque ella no lo consintió—. Es que Brendan me atacó y me besó a la fuerza…

—¿Hiciste eso Brendan? —cuestionó Archie con el ceño fruncido.

—No seas mentirosa —rio sarcásticamente. Él no iba a admitir lo que había hecho, sus padres no tenían por qué enterarse de su debilidad por Lauren—. Di la verdad, quieres culparme porque vi cómo te besabas en la calle con el hombre que te trajo. —Desvió la mirada a su madre —. Solo le reclamé porque quizá algún vecino la vio, ¡es una vergüenza!

—¡Es mentira! —protestó Lauren, apretando los puños al punto de enterrarse las uñas en las palmas de las manos. Fantaseó con la posibilidad de patearlo y que rodara por las escaleras.

—¿Es mentira que te besaste con el tipo que te trajo? —preguntó, disfrazando de ironía, la rabia que sentía contra ella.

Lauren odiaba ese gesto de burla que tenía en la cara y no creía posible que sus padres no se dieran cuenta.

—No, no es mentira… Conocí a un chico agradable, pero eso no te da derecho a que me ataques y me insultes de todas las maneras que te dé la gana… ¡Me llamó zorra! —sollozó fuertemente.

—¡Brendan! —Archie se mostró consternado.

—Bueno, bueno… Dejemos este inconveniente hasta aquí —medió Harriet para evitar que su esposo y su hijo discutieran—. Lauren, besarte en la calle con un desconocido no es un comportamiento de una señorita y mucho menos de una Spencer, entiendo que te has deslumbrado por ese chico, pero la próxima vez procura no dar esta clase de espectáculos; ahora, sube a la habitación.

Lauren se volvió a mirar a Brendan, era evidente que él había ganado, le habían creído. Harriet minimizaba el ataque de su hijo solo porque previamente había besado a otro chico. Lo que le preocupaba, era el comportamiento de una Spencer de puertas hacia afuera, mientras que dentro, podría ser vejada e insultada por ese maldito.

Ya no tenía caso seguir discutiendo a pesar de que la ira aumentaba en su interior como una bola de calor, imparable, peligrosa. Debía buscar sus zapatos, subiría a por sus cosas y se largaría enseguida, empezó a bajar las escaleras y con toda la intención, tropezó con el hombro a Brendan, que había bajado unos tres escalones para poner distancia.

Recogió el primer zapato, esquivando los cristales para no hacerse daño y se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que no paraban de salir, cuando fue a por el otro que estaba más lejos, se topó con Beth que se lo entregaba, su semblante era de congoja y algo de consternación.

—Gracias —musitó con la voz vibrante por las lágrimas y volvió a subir con la energía que la rabia le daba, mientras mantenía la cabeza gacha, no quería que vieran o creyeran que era débil.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfie, apareciendo en el pasillo.

—Nada, cariño. Ve a tu habitación —susurró Harriet.

—Bueno, todos a la cama, este incidente ya pasó —dijo Archie.

—No, no me iré a la cama, me voy a Birmingham… por favor, puedes llamar a un taxi —pidió Lauren que se detuvo en su camino.

—Lauren, mejor descansa, ya es muy tarde para que te vayas a la estación, es peligroso que estés ahí por la madrugada —aconsejó Archie.

—En realidad, es más peligroso que me quede. —Miró acusadoramente a Brendan.

—Por favor, Lauren. Sé razonable —siguió Archie.

Ella decidió aceptar quedarse hasta la mañana, solo por Archie, porque él siempre había sido amable y no quería preocuparlo.

—Está bien, pero me iré a primera hora. —Se volvió para seguir con su camino, pero comprendió que ese era el único momento en que todos estarían reunidos y, como no tenía intenciones de volver, era mejor desahogarse, por lo que regresó para que todos pudieran verla —. Harriet, sé muy bien que nunca he sido de tu agrado, que no me tienes ni un poco de estima. —La aludida mostró un semblante de sorpresa, pero no la dejaría que siguiera mintiendo acerca de sus sentimientos por lo que se apresuró a continuar—: No esperabas que tu hermano adoptara a una niña ya grande; de hecho, no querías que alguien de quien no sabes su procedencia, llevara tu apellido, pero no tengo la culpa de las decisiones que él tomó… Lamento muchísimo que haya sido asesinado, lamento mucho haberlo perdido, porque en cambio de ti, era una persona amable, un ser humano extraordinario y humilde. —En ese punto ya no le importaba limpiarse las lágrimas—. Con un corazón tan grande y con tanto amor para dar, que no podía simplemente no compartirlo con alguien más que no fuera su esposa, por eso decidió buscar a alguien que necesitara de ese cariño, aunque eso es algo que no vas a comprender… La verdad, ya no quiero formar parte de esta pantomima, en la que finges que al menos me toleras, solo por respetar la memoria de tu hermano. No, no tienes ningún deber conmigo y yo tampoco quiero tenerlo con ustedes, agradezco por los días que me hospedaron, pero ya no volveré a esta casa, ya no quiero verlos nunca más…

—Lauren… —musitó Alfie, que sí le tenía un gran cariño.

Ella lo miró y le regaló una sonrisa triste. Luego se volvió a mirar a Brendan que seguía en las escaleras.

—Y en cuanto a lo que me dijiste esta mañana, no te preocupes, llamaré al señor

Thompson, le diré que voy a renunciar a la herencia. Así no tendrás la desgracia de en algún momento tener que trabajar conmigo, puedes administrar todo tú solo, sé que lo harás muy bien.

—Lauren, ahora mismo estás algo consternada, por favor, ve a descansar… No tienes que renunciar a nada, porque como hija de Oliver, te pertenece, no sé qué te dijo mi hijo, pero él y yo tendremos una conversación muy seria —dijo Archie mirándola.

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo… También renunciaré al apellido. —Miró a Harriet—. Para tu tranquilidad. —Se volvió y ahora sí siguió a su habitación donde se encerró a llorar de pura rabia.

—¿Es cierto lo que dijo Lauren? —preguntó Harriet a Brendan, que empezó a subir las escaleras.

—Por supuesto que no, ¿crees que voy a besarla, atacarla y todas las tonterías que dijo? —Brendan se puso a la defensiva.

—¿Besaste a Lauren? —preguntó Alfie, sorprendido.

—Ella solo está mintiendo —respondió y se retiró a su habitación, cerrando de un portazo.

Alfie siguió con la mirada a su hermano y, una vez que se metió en su habitación, miró a sus padres.

—Ya, es hora de dormir —dijo Harriet.

—Beth, puedes terminar con eso mañana, ve a descansar —le pidió Archie al ama de llaves, que recogió el cuadro familiar que estaba en el penúltimo escalón.

—Está bien, señor. —Lo dejó sobre la mesa del recibidor.

—Mamá —dijo Alfie, sujetando el pomo de la puerta de su habitación—. Yo creo que Lauren dice la verdad, creo que Brendan sí la besó, porque él está enamorado de ella.

Harriet se quedó perpleja por algunos segundos mientras procesaba lo que Alfie acababa de decirle, sencillamente, no podía creerlo.

—Ya, no digas tonterías cariño, ve a la cama —pidió con una sonrisa tierna, intentando aminorar la forma en que reaccionó ante la revelación. Eso no podía ser cierto, se negaba a creerlo.



CAPíTULO 25

Lauren se quedó dormida después de tanto llorar, llevada también por el cansancio de un día bastante eufórico que agotó todas sus energías. Cuando despertó, se dio cuenta de que no se había cambiado y ni siquiera se cubrió con las sábanas; casi no podía abrir los párpados de lo hinchados que debía tenerlos y le dolía la cabeza como nunca, se llevó las manos y se le escapó un lamento.

Los recuerdos de todo lo vivido el día anterior llegaron imparables, como una avalancha al punto de abrumarla; por lo que, a pesar de lo mal que se sentía, se levantó y miró en derredor, sus botas estaban en el suelo a un costado de la puerta junto a su mochila, luego vio la hora en el

reloj sobre la mesa de noche. Eran las siete y veinte, si se daba prisa, podría salir en el tren de las nueve y diez.

Así que se levantó y se fue al baño, no le sorprendió en absoluto cuando vio su reflejo, sus párpados no solo estaban hinchados sino enrojecidos, al igual que sus labios y sus cabellos eran un desastre. Se desvistió rápidamente y entró en la ducha, mientras se pasaba la esponja por uno de los hombros se dio cuenta de las marcas, dejó que el agua se llevara la espuma para poder mirar mejor y ahí estaban las betas rojizas que Brendan le hizo.

Pensó en mostrárselas a Harriet, pero casi enseguida desechó esa idea, ya que ella iba a defender a su hijo, no tenía caso seguir ganándose el odio de esas personas, lo mejor era darse prisa y salir de ahí cuanto antes. Al terminar de ducharse, se secó, se lavó los dientes y se vistió, apenas se desenredó el cabello y se lo dejó húmedo. Guardó todas sus cosas en la mochila y volvió a ponerse las botas. Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza, el pasillo estaba despejado, por lo que se apresuró en salir, bajó las escaleras y caminó con rapidez a la puerta.

—Creo que debería comer algo antes de irse, señorita —dijo Beth.

Lauren se volvió, notó preocupación en la mirada de la mujer.

—La verdad, no quiero seguir incomodando… Siento todo lo que pasó anoche, todo ese espectáculo. —Se mostró avergonzada.

—No se disculpe, señorita… Puede por lo menos tomarse un vaso de leche, mientras le llamo a un taxi.

Lauren suspiró, dándose por vencida, no podía simplemente negarle algo a Beth. Así que, fue a la cocina con ella, dejó la mochila sobre la encimera y recibió el vaso de leche que le entregó.

Como estaba apurada, lo bebió casi de un trago, no quería toparse con ningún miembro de la familia, ya había tenido demasiado la noche anterior.

Beth, agarró el teléfono y marcó a la compañía de taxis. En ese momento, Lauren se fijó en la guía telefónica que estaba en el mueble.

—Dice que llegará en diez minutos.

—Muchas gracias… Beth, ¿puedo usar la guía? —preguntó con cautela.

—Sí, claro. —De inmediato se la ofreció.

Lauren buscó en el directorio telefónico el número del hotel Strand Palace, consideraba necesario despedirse de Leonard, no podía sencillamente marcharse sin avisarle; sobre todo, porque tenían una cita pendiente. En cuanto lo encontró, buscó en uno de los bolsillos de su mochila, una libreta y un bolígrafo, para anotar rápidamente el número, llamaría desde la estación. Cerró el directorio y regresó al bolsillo la libreta y el bolígrafo, después se bebió lo que restaba de la leche, solo para contentar a Beth.

—Creo que ya no debe tardar el taxi, prefiero esperar afuera… —Se acercó y abrazó a la mujer—. Muchas gracias por todo, Beth.

—No tiene que agradecer, señorita —dijo sintiéndose gratamente sorprendida por ese abrazo, pero también le entristecía, porque sabía que muy probablemente no la volvería a ver—. Cuídese mucho, recuerde que es muy valiosa, por algo el señor Oliver la eligió para que fuese su hija.

—Gracias. —Lauren estrechó más el abrazo y derramó algunas lágrimas. Se las limpió con los nudillos, tomó su mochila y se marchó.

Esperó en la acera hasta que por fin llegó el auto, abrió la puerta y se volvió para mirar esa fachada por última vez; entonces pudo ver a Brendan en la ventana de su habitación, aunque estuviese tras las cortinas, podía ver su rostro asomado a medias. Lo miró con todo el desprecio

que sentía por él y, como despedida, le sacó ambos dedos medios. Subió al *black cab*.

Media hora después, llegaba a la estación de Waterloo, pagó por el servicio y pensó en ir directa a la taquilla para comprar el boleto a Birmingham, pero creyó que era mejor avisarle primero a Leonard, no fuera que el tren estuviese por salir y no le diera tiempo. Prefería esperar un par de horas más a la salida del próximo tren a perder el boleto si lo compraba con muy poco tiempo.

Se le dificultó un poco orientarse en la estación, por lo que se encontró caminando en busca de las cabinas telefónicas. Aún se notaba la irregular afluencia de personas, en su mayoría jóvenes, y por su aspecto, podría decir que se trataba de muchos de los que asistieron al concierto, que ahora retornarían a sus hogares.

Mientras marcaba el número, fue consciente de que aún era temprano y que seguramente Leonard estaría durmiendo, le avergonzaba mucho despertarlo, pero era mejor eso a marcharse sin ninguna explicación. Pensó en colgar y llamarlo cuando llegara a Birmingham, pero en ese momento la voz jovial de una mujer le atendió.

—Muy buenos días, hotel Strand Palace, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, muy buenos días —carraspeó, porque su voz estaba ronca—. Puede comunicarme con uno de sus huéspedes, por favor… Se llama Leonard…

—Muy bien, señorita, ¿podría darme el apellido del huésped?

Lauren se mordió el labio, pensativa, y levantó la mirada al cielo, apenas se daba cuenta de que no sabía su apellido.

—Lo siento, no lo recuerdo, pero sé que su habitación es la doscientos once… Quizá, le informó que podría recibir una llamada.

—Sí, puede darme su nombre, por favor —pidió para verificar en las anotaciones del número de la habitación.

—Sí… sí… Lauren, Lauren Spencer.

—Deme un minuto —solicitó y la puso en espera.

Lauren aguardó con la mirada en los botones del teléfono público y los repasaba con una de las yemas de sus dedos, cuidando de no pulsar ninguno. Sentía que con cada segundo el corazón le latía más rápido y las mariposas se daban chapuzones en la leche en su estómago.

—Hola, ¿Lauren?

Lo desconcertó que la recepcionista lo hubiese despertado por una llamada de Lauren, pensó que había dormido por muchas horas, pero al mirar el reloj que estaba en la pared sobre el televisor, se dio cuenta de que aún era muy temprano para la cita programada.

Cuando Lauren escuchó la voz algo ronca de Leonard, la respiración se le atascó en el pecho y un segundo después sus latidos enloquecieron, al recordar la sonrisa del apuesto chico.

—Hola, hola… ¿Leonard? —Sus nervios la hacían actuar como una tonta, por lo que apretó los dientes en un gesto de molestia consigo misma, después respiró profundo para calmarse.

—Sí, ¿sucede algo? Pensé que nos veríamos por la tarde. Disculpa, aún estoy un poco dormido. —Sonrió y se sentó en la cama.

—Siento haberte despertado, pero creí correcto avisarte con tiempo que no podré ir a la cita…

—Espera… espera —la interrumpió aún más aturdido. Él estaba seguro de que ambos tuvieron una conexión extraordinaria y que lo pasarían muy bien juntos—. ¿Puedes decirme qué pasó? ¿Por qué has cambiado de opinión? —preguntó, mientras se peinaba el cabello revuelto con los dedos.

—Es que voy a regresar a Birmingham en este momento, ya estoy en la estación… —Ya la

voz empezó a temblarle.

—Pero tenías planeado quedarte hasta el martes, ¿qué pasó? ¿Se molesto tu tía porque llegaste tarde? Si quieres puedo ir a hablar con ella, fue mi culpa… puedo admitir eso.

—Es complicado de explicar; sobre todo por teléfono. —Suspiró, se volvió y miró la fila de personas que esperaban poder entrar a la cabina.

—Pero puedes explicármelo en persona, no te vayas Lauren… por favor. —La chica le gustaba demasiado, eso era cierto y, en gran parte era lo que lo motivaba, pero también le preocupaba haber sido el causante de un problema familiar.

—No lo sé, de verdad, no es algo importante…

—¿En qué estación estás? Iré y hablaremos.

—Leonard… —Lauren soltó un suspiro.

Iba a negarse, pero quizá hablar con alguien lo que había pasado, le ayudaría a que sus emociones no se desbordaran cuando llegara al orfanato. No quería contarle a la madre superiora ni mucho menos al padre Francis lo ocurrido, porque no quería que las cosas se complicaran.

—En la Estación Principal de Waterloo.

—Bien, estoy cerca, al otro lado del Río, en quince minutos estaré ahí… ¿Puedes esperarme en la entrada?

—Sí, está bien. —Colgó y salió de la cabina.

Caminó hacia la entrada principal y se sentó en uno de los peldaños de las escaleras que conducían a la estación, mientras intentaba luchar contra los recuerdos de lo sucedido con Brendan, porque solo le generaban rabia e impotencia. Después de quince o veinte minutos pudo ver a Leonard que se acercaba caminando deprisa. Ella se levantó y agitó una de sus manos para que la viera.

—Hola —saludó y le dio un beso en la mejilla, tenía la respiración agitada, porque decidió correr en algunos tramos del trayecto.

—Hola —correspondió con una sonrisa nerviosa, producto de las sensaciones que él le despertaba. Sus ojos azules y su cabello rubio lucían más claros a la luz de la mañana.

—¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

—Bien… No sé por dónde empezar. —Se rascó el cuello por los nervios y miró por encima del hombro de Leonard, a los transeúntes que caminaban con prisa hacia la estación.

—No te sientas presionada… Déjame ayudarte. —Le pidió la mochila, que se veía bastante pesada.

—Gracias. —Se la tendió y luego se llevó las manos a los bolsillos de la chaqueta, se sentía muy nerviosa.

—Te parece si vamos a un lugar más tranquilo, ¿ya desayunaste?

—Eh, no… aún no.

—Bueno, caminemos en busca de un lugar. —Le ofreció la mano.

—Está bien. —Lauren, estuvo de acuerdo, entrelazando sus dedos a los de él, como habían hecho el día anterior.

Pocas calles después llegaron a un local en el que solicitaron unos de los desayunos de la carta.

—¿Dormiste bien? —preguntó ella, solo por la necesidad de mantener una comunicación con él.

—Sí, en cuanto te dejé en casa de tu tía, Justin me llevó al hotel, me duché, y apenas puse la cabeza en la almohada, me dormí profundamente… Y tú, ¿descansaste? —preguntó, aunque no le parecía, estaba algo pálida y tenía los párpados hinchados y no era precisamente por haber

dormido más de la cuenta.

—Sí, más o menos —decidió aclarar, al ver el gesto que cruzó la cara de Leonard.

—Fue por mi culpa, ¿cierto? Te reprendieron, seguramente vieron cuando nos besamos. —Frunció el entrecejo, no era difícil llegar a la conclusión de lo que había sucedido.

La chica que atendía las mesas llegó en ese momento con el desayuno, era lo mismo, lo único que diferenciaba era que Leonard pidió café y ella té.

—Gracias —dijeron al mismo tiempo a la joven.

Lauren estaba segura de que no podía contar todo y no exactamente como pasaron las cosas, pensó que lo mejor era resumirlo.

—En parte sí —confesó, bajando la mirada al turbio líquido de su té y suspiró para luego volver a mirarlo a los ojos—. Nos vieron, pero fue mi primo… en realidad, no es mi primo… —Se detuvo porque comprendió que, si le decía que Brendan no era su familiar, entonces debía confesar su procedencia como huérfana, y por primera vez en su vida, le avergonzó serlo—. Es decir, no lo considero como tal, porque nunca nos hemos llevado bien, el sentimiento de odio es recíproco, así que, él se lo dijo a mi tía… Y bueno, sí… me reprendieron por eso.

—Pero si quieres puedo ir a hablar con ellos, fue mi iniciativa y quizás a vista de ellos estuvo mal, pero… mis intenciones contigo no son inapropiadas —aseguró, buscando su mirada.

—No, no tiene caso que lo hagas, es que no me llevo muy bien con ellos, mi tía no me tiene en gran estima, solo me tolera por mi padre… —hablaba mientras le echaba leche a su té.

—¿Y tus padres no dicen nada? Es decir, es…

—Mis padres fueron asesinados hace dos años en Irlanda.

—Lo siento, Lauren, disculpa. —Ahora comprendía porque la noche anterior cuando dijo que había vivido un tiempo en Irlanda, su voz pareció más apagada—. ¿Entonces vives en Birmingham con tus abuelos? —preguntó, siguiendo con sus pupilas cómo Lauren revolvía el té, mientras ella lo miraba a él.

—No, ellos ya están muertos también, vivo con… con mis padrinos. —Tuvo que esquivar la mirada para poder mentir. Sin duda, el padre Francis estaría muy decepcionado de ella, por la forma en la que estaba pecando. Pensó que en cuanto llegara, iría directa al confesionario—. Pero no me tengas lástima por eso, me gusta mucho vivir con ellos, son mi familia. —Se mostró más entusiasmada.

—No, no te tengo lástima. Sí, me conmueve que hayas perdido a tus padres siendo tan joven…

Lauren pensó con tristeza, si él supiera que ni siquiera los llegó a conocer, por lo menos, no a los naturales.

—Gracias. —Bebió de su té y entonces sí se animó a desayunar. Sentía que, de cierta manera, se había quitado un peso de encima, a pesar de no haberle contado lo más terrible de lo que le sucedió.

—No tienes que irte ahora, ¿o sí?... Como dijiste que ibas a quedarte hasta el martes. —Leonard, después de mucho pensarlo y de darse cuenta de que entre más miraba a Lauren más le gustaba. Decidió hacerle una propuesta—. Podrías quedarte en el hotel donde estoy hospedado… por supuesto, yo invito tu habitación —se apresuró antes de que ella malinterpretara su idea—. ¿O ya le dijiste a tus padrinos que te irás?

—No, la verdad es que no sé cómo decirles lo que pasó en casa de mi tía —carraspeó, porque no sabía qué responder con respecto a aceptar su invitación de quedarse en el mismo hotel que él.

Inevitablemente, en su cabeza hizo eco la palabra «zorra» como la había llamado Brendan.

¿Si aceptaba, se estaba comportando de esa manera? ¿Le estaría dando la razón a ese subnormal? No, ella tenía muy clara la definición de ese insulto y nada de lo que había hecho la determinaba como tal, que un chico le gustara y decidiera conocerlo mejor no la hacía una cualquiera. Así que, no, no iba a permitir que Brendan le robara esa oportunidad—. Seguro que no te molesta pagar por otra habitación, créeme, que si contara con dinero suficiente ni tendrías…

—Claro que puedo, por eso te hago el ofrecimiento —respondió mientras untaba la tostada con mermelada de naranja amarga.

—Si quieres, podemos dejarlo como un préstamo, en unos meses podré pagártelo. —Lauren hizo a un lado con gran disimulo el *porridge*, desde que fue adoptada trataba de evitar en lo posible todo lo que tuviera que ver con avena, ya que su dosis para toda una vida, la consumió durante sus primeros años en el orfanato.

—No —rio relajado—. De ninguna manera.

—Está bien, pero si en algún momento necesitas que te devuelva lo que vas a gastar no dudes en pedírmelo. —También sonreía.

Leonard la hacía sentir tan confiada que era como si lo conociera de otra vida. Cada vez que lo detallaba, se daba cuenta de que era un poco más guapo que su amor platónico, quizá porque era más joven y estaba más acorde a su edad.

—Está bien, lo tendré en cuenta —suspiró relajado—. Quizás, lo use como una excusa para volver a verte.

Ante ese comentario Lauren se sonrojó y tuvo que bajar la cara para que no viera que estaba sonriendo como una tonta.

—¿Te gusta la comida? —Quiso tener un tema de conversación.

—Sí, está muy bien, aunque cambiaría las judías por unos panqueques.

—Imagino que son ricos.

—¿No los has probado? —su pregunta fue de verdadero asombro, lo que hizo que sus ojos azules brillaran más.

—No —confesó divertida—. Es que nunca he sentido la necesidad de comerlos. —Se encogió de hombros.

—Pues, una vez que los pruebes no podrás parar… En el hotel sirven el desayuno americano; así que, mañana vas a comerlos.

—Bien, bien… me emociona la idea.

Siguieron conversando por unos cuarenta minutos sobre cosas sencillas de sus vidas, pero lo suficientemente importantes como para conocerse un poco más. Leonard le dijo los lugares a los que hasta ahora lo habían llevado Justin y Danielle.

—Bueno, creo que nos falta mucho por conocer, debemos aprovechar porque son pocos días.

—Sí, si quieres podemos pasar primero por el hotel a dejar tu mochila, así estaremos más cómodos.

—Sí, estoy de acuerdo. —Afirmó con la cabeza.

Leonard pagó la cuenta; en cuanto salieron del restaurante, él volvió a tomarle la mano. A Lauren se le aceleró el corazón y se le encogió el estómago al sentir el contacto, que era tan cálido, como los matutinos rayos del sol que se posaban sobre su rostro.

Al llegar al hotel, Leonard preguntó si tenían alguna habitación disponible en el cuarto piso, que era donde estaba la suya. Contaron con la suerte de que muchos huéspedes se habían marchado esa mañana; por lo que, encontraron una justo en frente de la suya. Luego de que Lauren rellenara la ficha de ingreso, Leonard la acompañó a la habitación.

—Si quieres descansar unos minutos, puedo dejarte para que lo hagas —sugirió frente a la puerta de su habitación.

—Sí, con unos veinte minutos será suficiente.

Ella estuvo de acuerdo, necesitaba ir al baño y también aprovechar que tenía llamadas gratis nacionales para comunicarse con el padre Francis, debía mantenerlo informado; de lo contrario, le daría un sermón.

—Está bien. —Leonard se mordió ligeramente el labio y sus pupilas se fijaron en la boca sonrosada de Lauren, ese gesto delataba las ganas que tenía de besarla, pero no se atrevía por temor a asustarla—. Llamaré a tu puerta en veinte minutos.

Lauren que interpretó sus deseos, acortó la distancia, hasta que su cuerpo pudo sentir el calor que irradiaba el de Leonard. Se puso se puntillas y le llevó las manos al cuello, encontrando ahí el apoyo para alcanzarle la boca. Las manos de Leonard volaron a las caderas de Lauren, aproximándola más a él, correspondió al inexperto beso de ella.

Lauren lo sintió natural, casi como respirar, la forma en que sus labios se acoplaron, el empuje suave de la lengua de Leonard en busca de la suya. El movimiento prefecto con que luego la acariciaba, le debilitaba las rodillas y le despertaba cosquillas que nacían en su vientre y viajaban por todo su cuerpo, hasta las yemas de los dedos.

Justo en el momento que estaba más entregada a la experiencia y se familiarizaba con la forma tan demandante de ese beso, Leonard lo terminó, pudo escuchar cómo respiraba fuerte por la nariz y se quedó mirando por algunos segundos sus labios, para después ver sus ojos.

—Será mejor que me vaya a mi habitación —murmuró y se apartó—. Quedamos en veinte minutos.

Lauren tragó grueso, porque sentía los latidos atorados en la garganta, también respiró profundamente por la nariz y después exhaló.

—Te esperaré —dijo y se atrevió a sostenerle la mirada, aunque sus mejillas estaban ardiendo.

Él asintió y se marchó, lo hizo con urgencia, porque las palpitaciones que hacían crecer su erección iban en aumento, y no quería quedar expuesto de esa manera delante de Lauren.



CAPÍTULO 26

Lauren se llevó las manos al pecho, porque sentía que su corazón quería saltar e ir tras Leonard, suspiró para calmarse y luego entró en la habitación; se tumbó en la cama, cerrando los ojos para revivir ese beso. Se tanteó con las yemas de los dedos al recordar la sensación de esos labios suaves y demandante haciendo contacto con los suyos, su boca cálida, su sabor; también se permitió rememorar el toque de sus manos y cómo la sujetaron con firmeza por las caderas.

Jamás imaginó que un beso fuese tan perfecto, que le hiciera sentir tanto; incluso, la hacía consciente de reacciones de su cuerpo de las que normalmente no era conocedora. Estaba viviendo una experiencia tan increíble que temía despertar y darse cuenta de que todo era un

sueño. Que ese chico tan apuesto, solo era producto de su imaginación en la que mezclaba una imagen muy parecida a la de su amor platónico con la personalidad que a ella le gustaba.

Podría seguir ahí cuestionándose sobre su juicio, pero no tenía tiempo que perder, ya era bien entrada la mañana y el padre Francis debía estar caminando de un lado a otro frente al teléfono, esperando su llamada; o peor aún, ya habría llamado a casa de Harriet.

—No, no, no… que no llame a Harriet. —Se levantó tan violentamente como si su cuerpo hubiese sido propulsado por una poderosa máquina. Tomó el auricular y empezó a marcar los dígitos.

El padre Francis le contestó casi enseguida. Mientras lo saludaba, evaluaba si debía decirle que no estaba con Harriet o seguir construyendo su castillo de mentiras y fingir como si nada hubiese pasado. Pensó que, si le decía la verdad, él le pediría que subiera al primer tren de regreso a Birmingham y luego llamaría a Harriet para preguntarle por lo sucedido. Así que, prefirió no mentirle, solo omitir todo lo que había pasado, le dijo que estaba bien y que en un rato saldría a pasear por la ciudad.

Francis le dio la bendición y le pidió que lo llamara por la noche, ella le prometió que lo haría. Colgó el teléfono y caminó al baño, mientras se lavaba las manos, vio en la encimera un kit de limpieza bucal, sin dudarlo, se cepilló los dientes. Era primordial que mantuviera un aliento agradable porque estaba segura de que volvería a besar a Leonard.

El sentimiento de felicidad era tan grande que sentía que no le cabía en el cuerpo, y cada paso que daba, era como si ni siquiera tocara el suelo. Necesitaba compartir esa dicha con alguien, una vez más aprovecharía el servicio de llamadas gratis, pensó en comunicarse con Tracy, pero seguramente estaría en el mercado con su madre, como todos los domingos, que aprovechaban para ir a la feria de las hortalizas.

Entonces pensó en Enya, llevaba unas semanas sin hablar con ella, pero sabía que siempre que necesitara conversar sobre algo, su amiga en Irlanda era la mejor opción. Su llamada fue atendida por el señor Flanagan, la saludó con mucho cariño, se mostró feliz de saber que ella estaba bien y le preguntó si en algún momento los visitaría.

La verdad, era que Lauren aún no estaba preparada para regresar a Irlanda, tenía buenos recuerdos, muchos más que los dolorosos, pero estos eran tan fuertes que opacaban los bonitos. Sabía que en algún momento tendría que ir; pues, aún tenía algunas pertenencias en la casa, pero sus heridas no habían sanado lo suficiente como para enfrentar ese momento. Así que, le dijo al señor Flanagan la verdad, respondió que lo comprendía y le prometió que en diciembre ellos viajarían a visitarla, eso hizo que la felicidad de Lauren aumentara; sin quitarle más tiempo, la comunicó con su hija.

—Cuéntamelo todo, ¿fue tan espectacular como se vio por televisión? —chilló Enya, emocionada.

—No sé cómo se vio por televisión, pero la energía que sentimos los que estuvimos ahí, fue increíble —respondió Lauren.

Desde el instante en que supo que Archie le había comprado la entrada, le llamó para decirle. Bien sabía que Enya compartiría su felicidad, porque comprendía su obsesión por el rock.

—Imagino, había muchísima gente… Y Diana, ¡viste a Diana, se veía hermosa! —El fanatismo de Enya por la princesa era tan desmedido que tenía todas las revistas en la que salía, trataba de vestirse igual a ella y llevaba el mismo corte de cabello.

—Sí, se veía hermosa… Sí, había demasiada gente y el calor era infernal… Ay, Enya, necesito contarte algo muy importante, porque confío en ti como si fueses mi hermana.

—No me digas que Brendan volvió a molestarte —su tono se endureció hasta casi ser un gruñido.

—No, bueno sí… Y esta vez fue peor, pero ahora no quiero hablar de él. —Cerró los ojos para quitarse de la memoria aquel beso robado. Le diría lo que hizo, pero cuando tuviera más tiempo.

—Entonces, ¿qué es eso tan importante? —Enseguida se volvió cómplice.

—¡Conocí a un chico! —La emoción emanó de cada poro y eso se reflejó en su voz—. Si lo vieras, es tan parecido a Bret… Es idéntico, y también es americano…

—Dime que por lo menos le pediste el número de teléfono.

—Aún no, es que estoy saliendo con él, lo haré hasta el martes que tenga que volver a Birmingham.

—¡No lo puedo creer! —rio emocionada—. ¿En serio es tan parecido? —preguntó con curiosidad.

—Me atrevo a decir que es más guapo.

—Pero si siempre has dicho que nadie podría igualar la belleza de Bret —comentó con diversión.

—Bueno, Leonard, no solo la iguala, sino que la sobrepasa, es muy guapo… Y… y —inspiró profundamente, porque la emoción del recuerdo la dejó sin aliento—. ¡Nos besamos! —Ambas compartieron un grito—. Y fue un beso, ya sabes… un beso de verdad.

—¿Con lengua? —Enya casi se ahogó.

—¡Con lengua! —afirmo Lauren pletórica.

—No lo puedo creer, tienes que tomarte una foto con él para que me lo muestres —pidió emocionada.

—Vale, lo intentaré… —Un llamado a la puerta la interrumpió y el corazón se le subió a la garganta—. Lo siento, tengo que dejarte, iré a pasear con él —chilló feliz y se tapó la boca con la mano, no fuese que él la escuchara.

—Sí, no pierdas tiempo… Luego me cuentas, promete que me llamarás y me contarás todo.

—Sí, lo prometo, te quiero, Enya.

—Yo también y te extraño mucho… Me alegra que por fin hayas tenido tu primer beso.

—A mí también… Ya era hora. —Soltó una risita,

Solo faltaba ella, porque Enya desde el año pasado tenía novio; claro, a escondidas de sus padres, porque estaba segura de que a ellos no les agradaría Stuart. Colgó y corrió a abrir la puerta, volver a ver a Leonard le erizó la piel, tragó grueso para disimular su estado.

—¿Estás lista? —le preguntó, ladeando la cabeza y sonriéndole,

Ese gesto que hizo temblar las piernas de Lauren, que asintió y fue a por su cangurera, tuvo que reunir todo un mes de su salario para poder comprarla, pero desde que se la vio a Annie Lennox en el programa Top of the Pops, quiso una igual y no descansó hasta tenerla.

—No te pregunto a dónde vamos, porque sé que al igual que yo, es poco lo que conoces… pero podemos pedir una guía en la recepción y un mapa —le dijo mientras guardaba la llave en la cangurera.

Leonard estuvo de acuerdo, por lo que salieron del hotel con guías y mapas en mano; tras un par de calles, decidieron subir a un Routemaster, por supuesto, eligieron el segundo piso para tener mejores vistas de la ciudad. Se bajaron cerca del Palacio de Buckingham, aunque ya Lauren lo conocía, porque sus padres la llevaron, aquella vez no tuvo mucho tiempo y no pudieron entrar a la Galería de la Reina, por lo que esta vez no perdería la oportunidad; sobre todo, ahora que tenía la plena certeza de lo que quería estudiar y de que amaba el arte.

Tomados de las manos se pasearon por las distintas exposiciones de la Royal Collection, una formidable y amplia colección de cuadros y esculturas; así como una brillante selección de tesoros incalculables, que Su Majestad la Reina, le había cedido al país.

Lauren recorría con su mirada uno de los cuadros y, cuando se volvió hacia Leonard para preguntarle su opinión, se lo encontró mirándola con embeleso, lo que hizo que en su pecho estallara una sensación de plenitud. Entonces le sonrió como agradecimiento por la forma en que la miraba.

No sabía si era el horario o el día, pero Leonard aprovechó la soledad del instante, para tomarle el rostro y besarla. La besó despacio y por un buen tiempo, hasta ese momento, él no se había dado cuenta de lo mágico que podía ser ese íntimo contacto, con los ojos cerrados, podía sentir cada roce, cada suspiro, cada respiración.

Había tenido varías chicas en su vida, algunas por períodos prolongados, pero no sabía por qué con Lauren, tenía ganas de congelar el tiempo, justo en ese momento, saboreando su boca, acariciando su lengua. Quizá era porque tenía la seguridad de que en un par de días ya no la tendría más. Jamás pensó que podría sentirse tan cautivado y de forma tan rápida por alguien, se sentía abrumado a su lado. Era poco lo que la conocía; sin embargo, sabía que no hacía falta conocerla mucho más para saber que ella era especial, que daría lo que fuera en ese momento, para que no tuvieran que distanciarse.

Alguien carraspeó para hacerles saber que ya no estaban solos, Leonard se tomó su tiempo para dejar de besarla, con suavidad y lentitud fue dejando besos a cuentagotas sobre los labios de Lauren, luego ambos sonrieron complacidos. Volvieron a tomarse de las manos y siguieron recorriendo los salones llenos de arte. Al salir, decidieron tomarse un descanso al aire libre; por lo que caminaron hasta el parque St. James's y se sentaron en la hierba, mientras veían a las ardillas corretear y trepar en los árboles.

Después de un rato, Lauren estaba acostada, con la cabeza apoyada en el regazo de Leonard, que dejaba que sus dedos disfrutaran de la suavidad del cabello castaño dorado, mientras lo acariciaba una y otra vez. Ella le contaba sobre anécdotas de su infancia, incluso le contó de Henry, su mejor amigo que murió de Leucemia, pero siempre tratando de mantener oculta esa parte de su vida de la que no quería que él supiera.

Leonard también le contaba sobre su familia y de lo unido que era con su hermana, también de su tiempo en la universidad, donde conoció a Justin y que desde ese momento se convirtió en prácticamente un hermano.

Le contó, que su mejor amigo era bueno con los videojuegos, pero muy malo para los deportes, que prefería pasar su tiempo libre en fiestas o salones de máquinas recreativas, que hacer algo al aire libre. Mientras que él era más aventurero y amante de la naturaleza; a pesar de que eran abismalmente distintos, se complementaban muy bien.

—Nunca he ido a una sala de juegos…

—¿En serio? —preguntó Leonard asombrado, no podía creer que los padres de Lauren nunca la llevaran, supuso que debieron ser algo estrictos—. ¿No me digas que nunca has jugado Pac-Man? —Siguió estupefacto cuando ella con una gran sonrisa tímida, negó—. Bueno, no me iré de aquí sin llevarte a una sala de juegos, no sabes de lo que te pierdes… No es que sea el mejor jugador, eso se lo dejo a Justin que siempre obtuvo el mejor puntaje en todas las máquinas, pero cuento con la destreza suficiente para enseñarte. Así que, vamos a buscar una sala de juegos. —Se inclinó y le dio un rápido beso.

Lauren correspondió al beso, sin importar que los cabellos de él le hicieran cosquillas en el rostro. Se levantaron y se acercaron al primer grupo chicos que estaba cerca de ellos, le

preguntaron si sabían dónde quedaba alguna sala de juegos, que ya eso no era algo que estuviese en la guía turística que le entregaron en el hotel.

Con dirección anotada, caminaron a la parada más cercana de autobuses y se dirigieron a la sala de juegos en Piccadilly Circus; al llegar, se abastecieron primero de refrescos y algunas golosinas. Lauren se maravilló cuando entró a la sala ambientada con Billie Jean de Michael Jackson, los sonidos provenientes de las máquinas arcade, las luces de las pantallas y las de neón que ambientaban el sitio; era demasiada carga visual y auditiva, no sabía hacia dónde dirigirse o qué hacer, solo iba al lado de Leonard que parecía pez en el agua.

Ella sabía que él aún estaba asombrado por el hecho de que nunca hubiese estado en una sala de juegos, le parecía increíble que sus padres nunca la hubiesen llevado, lo que él no sabía era que tan solo tuvo poco tiempo con ellos; en esos años le ofrecieron mucho más de lo que alguna vez soñó estando en el orfanato.

—¿Te gusta la música de Michael Jackson? —preguntó ella, por la necesidad de mantener una conversación mientras se grababa en la retina todo ese mundo desconocido de luces, sonidos y movimientos.

—Más o menos, tiene algunas canciones que me gustan —respondió, al tiempo que le señalaba una máquina desocupada—. Vamos a esa... ¿A ti, te gusta? —preguntó, refiriéndose al cantante.

—Tiene buenas canciones, además, es admirable su destreza para el baile —respondió, recordando sus videos clips.

—Eso sí. —Leonard estuvo de acuerdo.

—¿Y Madonna? Mis amigas la adoran.

—La mayoría de las chicas lo hacer —dijo riendo—. Mi hermana también quiere ser como ella. No hace más que imitarla, espero pronto irme de la casa de mis padres, porque te juro que me despierta todos los días con Material Girl. —Rodó los ojos y tomó el refresco, dio un largo sorbo a la pajilla y luego lo devolvió al portavasos.

—Te entiendo. —Lauren se carcajeó—. Mis amigas me someten a la misma tortura. Tiene algunas canciones buenas, pero empiezas a odiarlas cuando las escuchas como diez veces al día.

—Tienes razón, te taladra el cerebro —concordó—. Bueno, ¿estás preparada para empezar? —preguntó al tiempo que se quitaba una liga de su muñeca derecha y se recogía el cabello en un rollete alto.

Lauren se quedó embobada mirándolo; ahora así, se daba cuenta de que, aunque lo llevara corto, seguiría siendo igual de guapo. Él al igual que ella llevaba varios brazaletes de cuero en las muñecas, así como anillos plateados con piedras negras y sus vestimentas eran oscuras y llevaban chaquetas de cuero.

—¡Sí, por supuesto! —chilló emocionada.

—Te explico, este que está aquí es nuestro personaje principal, Pac- Man —dijo apoyando el dedo en la pantalla donde estaba el círculo amarillo—. El objetivo de nuestro protagonista es comerse todos estos puntos blancos mientras recorre el laberinto, se llaman «Pac-dots» —Miró a Lauren, que asintió—. Pero no debes dejar que te atrapen estos fantasmas, que se llaman Blinky, Pinky, Inky y Clyde. —Señalaba las formas de colores rojo, rosa, cian y naranja—. Cada uno tiene una característica, que te iré explicando ya cuando estés en el juego.

—¿Y estos puntos más grandes o las cerezas? —preguntó Lauren, que intentaba retener toda la información.

—Power Pellets. —Le señaló los cuatro puntos más grandes que estaban en las esquinas—. Cuando Pac-Man, se los come le da durante un tiempo limitado, la habilidad de comerse a los

monstruos. Además de comer los puntos, Pac-Man puede obtener puntuación adicional si se come las cerezas… esto objetos cambian con las pantallas y te dan puntuación adicional, las cerezas valen cien puntos.

—Entiendo. —Afirmó mientras admiraba a Leonard con una sonrisa tonta. Era primera vez después de Henry, que tenía la oportunidad de interactuar con un chico de esa manera—. Supongo que todo eso lo hago con esta palanca.

—Sí, solo tienes de moverla, derecha, izquierda, arriba, abajo… dependiendo de a dónde quieres que se dirija Pac- Man —comentó mientras ingresaba las monedas.

El juego inició, Lauren nerviosa, pero también eufórica empezó, pocos segundos después fue capturada por uno de los fantasmas, se carcajeó en vez de lamentarse. Se dio otra oportunidad y volvió a intentarlo, esta vez duró un poco más… Así pasó mucho tiempo, tratando de pasar de esa pantalla, pero no podía, entre risas, lamentos, algunas palabrotas que le salían espontáneas y Leonard alentándola, disfrutó de ese maravilloso momento.

—Ahora es tu turno, quiero ver cómo lo hace un profesional —dijo ella, cediéndole la máquina.

—Vale, pero estoy muy lejos de ser un profesional —dijo riendo.

Ella se mordió el labio al verlo con un mechón rubio que se le había escapado del rollete y le caía a un costado de la cara. Leonard no limitó las ganas que ese gesto despertó en él y la besó, se extasió con el sabor a caramelo que encontró en su boca, debido a las golosinas que habían estado picoteando desde que llegaron.

Cuando dejó de besarla, ella le sonrió y en sus ojos se veía reflejada la pantalla de la máquina de juegos, formando puntos de colores en ellos, lo que a él le pareció fascinante, entonces llevó una mano a su rostro y con las yemas de los dedos, le acarició con ternura la mejilla. Tras ese breve momento en que dejaron aflorar los sentimientos, Leonard regresó la mirada al arcade y empezó a jugar.

Lauren no tuvo más que exclamaciones de júbilo y admiración al ver cómo él dominaba el juego.

—Eres genial… ¡Guao!

—Te aseguro que no lo soy, tendrías que ver a Justin, esto podrás hacerlo tú en una semana si lo practicas.

—Prometo practicarlo, para no seguir pasando vergüenza —dijo sonriente.

En respuesta, Leonard la golpeó juguetonamente con su costado. Sabía que no era tan bueno, por lo que no pasó de la cuarta pantalla. Luego le propuso ir a otra máquina en la que jugaron Donkey Kong. Lauren se dejó atrapar por ese juego, le gustó mucho más y solo salieron de ahí cuando sus estómagos protestaron por algo más sustancioso que golosinas.



CAPÍTULO 27

Caminaron hasta un restaurante cercano, en el que Leonard, por sugerencia de Lauren, siguió probando la comida británica, mientras hacían planes para el resto de la tarde. A ella le gustaba cómo él la hacía reír para luego quedarse mirándola con embeleso y eso lo hizo muchas veces durante la comida.

Aunque se lo estaban pasando muy bien en el restaurante, conversando animadamente, lo cierto era que no pretendían quedarse ahí todo el día. Pagaron la cuenta y antes de salir del local, acordaron caminar hasta el puente de la torre, que debía estar a poco más de una hora, pero no les apremiaba tanto por llegar al destino, sino disfrutar el trayecto y aprovechar de hacer juntos el

paseo.

—¿De verdad, no te preocupa caminar? Porque podemos ir en metro —preguntó Leonard, ya que fue él quien propuso ir andando, mientras volvía a soltarse el cabello.

—Para nada, me gusta mucho caminar —respondió ella, aceptando el agarre de la mano que él le ofrecía y le sonrió.

No pasó mucho tiempo y llevaban muy poco del trayecto cuando hicieron la primera parada en la plaza Leicester, ya que, la mirada de Lauren fue atraída por el enorme monumento a Shakespeare, que se alzaba en el centro. Eso le hizo recordar la colección de las obras que su madre tenía en la biblioteca y que solía leer por las tardes mientras tomaba té. No fue sino hasta que ella cumplió catorce años, que le permitió leer «El sueño de una noche de verano»; durante un tiempo, ambas en medio del silencio e inmersas en la lectura compartían un momento único que las hizo aún más unidas.

—Oh, no puede ser… Es Mary Poppins. —Lauren corrió emocionada hasta la estatua de bronce—. ¡Me encanta! —exclamó anonadada, levantando la cabeza para poder mirarla en todo su esplendor—. ¿La conoces? —Le preguntó a Leonard.

—Sí, por supuesto, a mi hermana también le encanta —contestó sonriente, mientras también miraba la estatua.

—¡Es tan bonita!... No sabía que existía esta plaza…

—Conoces poco de Londres… ¿A qué edad te fuiste a Irlanda?

—A los doce…

—Entonces pasaste poco tiempo allá.

—Bueno, sí… Es que era algo temporal, mi papá era dueño de una fábrica de zapatos y decidió ir a Antrim para abrir una sucursal… mejor que no lo hubiese hecho —suspiró melancólica y bajó la mirada.

—Pero Irlanda, debe ser lindo también.

—Lo es, pero no podíamos salir mucho, por los conflictos, todo el tiempo había enfrentamientos, disturbios, bombas… Ya sabes, muchos están en contra de que Irlanda pertenezca al Reino Unido. No sé por qué mi padre deseaba invertir en un país que se encontraba en medio de tantos problemas.

—Sí, algo he visto en las noticias… ¿Tan serio es?

—Bastante… Hubiese preferido que se dedicara a abrir otra sucursal aquí en Londres, así hubiese conocido más de la ciudad y seguramente… mis papás seguirían con vida. —Se mordió el labio, porque le temblaba, debido al llanto que estaba a muy poco de estallar.

—Ven, siéntate —la instó para que descansara al borde de la jardinera—. Siento mucho lo de tus padres. —La abrazó y le dio un beso en la coronilla.

—Gracias… Disculpa, no quiero arruinar nuestro paseo. —Lo abrazó por la cintura.

—No lo haces, está bien que te sientas triste por lo que les pasó a tus padres, ha pasado poco tiempo desde que los perdiste.

—Desde que me los arrebataron. —Cerró los ojos para borrar de su memoria el aterrador recuerdo, pero sintió que era necesario decirle a Leonard, la causa de por qué ya no estaba con ellos—. Los del IRA los asesinaron porque mi padre no cedió a sus extorsiones… Fue una mañana, al salir de misa.

—Lo siento mucho, Lauren, imagino que debió ser demasiado duro para ti. —La estrechó más en el abrazo.

Ella se permitió derramar algunas lágrimas, con el rostro escondido en su pecho; sentía que él le daba el consuelo que necesitó durante mucho tiempo. Leonard esperó paciente a que ella se

calmara.

—Disculpa. —Se alejó y se limpió las lágrimas—. Estoy haciendo un espectáculo demasiado dramático. —Soltó una risa nerviosa y teñida aún de tristeza.

—No… no estás haciendo ningún espectáculo, no minimices tu dolor —le dijo, al tiempo que le ponía un mechón de pelo detrás de la oreja—. Puedes desahogarte todo lo que quieras.

—Mejor sigamos —suspiró a través de sus labios temblorosos.

Lo menos que deseaba era arruinar ese momento; sus padres querían que ella fuera feliz y no le perdonarían que un momento como ese lo empañara con tristeza. Se levantó y sonrió, al sentirse más tranquila y con sus emociones más equilibradas.

—Bien —dijo con una sonrisa para animarla.

Leonard también se levantó; enseguida le sujetó la mano y siguieron con su camino por la calle Irving, se detuvieron para comprar dos latas de Coca-Cola.

—Gracias. —Lauren sonrió coqueta al recibir la lata.

Le fue imposible contener el impulso de ponérsela contra la piel del cuello para refrescarse un poco, porque el verano estaba siendo bastante intenso. Cada tanto miraban el mapa para ver si iban por el camino correcto y, en un momento determinado, una fuerte ráfaga de viento hizo que el papel se le pegara a Leonard en el rostro, por lo que Lauren soltó una carcajada, pero se apresuró a ayudarle para quitárselo.

Con el mapa mal doblado, Leonard se quedó mirándola, le gustaba ver que había recuperado su buen ánimo, así que, no se reprimió las ganas de darle un beso. Luren le dio todas las señales de que no quería que simplemente fuese un mero contacto de labios, ella separó los labios haciéndole una invitación a su lengua. El tiempo se detuvo mientras se entregaban a sus bocas, al roce íntimo de sus lenguas y a la calidez de sus cuerpos. Mientras el viento agitaba sus cabellos.

—Me gustas mucho, Lauren —confesó, mordiéndose ligeramente el labio, le regaló una ligera caricia con el pulgar en la mejilla.

—También me gustas mucho, Leonard. —Sonrió extasiada y sonrojada.

Quería decirle que él era su sueño hecho realidad, la materialización de su amor platónico, pero no sabía cómo tomaría semejante declaración; así que era mejor reservarse para ella ese pequeño detalle.

Se tomaron de las manos y siguieron caminando, aún les quedaba como unos quince minutos para llegar al puente. A Lauren le hubiese gustado mucho tener una cámara fotográfica, para que esos bonitos momentos vividos junto a Leonard, no quedaran solo en su memoria, pero como no la tenía, no le quedaba más que mirarlo muy bien y por mucho tiempo, para no olvidar su cara jamás, aunque estaba segura de que eso no era algo que pudiera pasar, porque no podía haber en el planeta, nadie más guapo que ese chico.

—Ahí está. —Lauren señaló la emblemática estructura que destacaba por sus torres gemelas y los colores, azul, blanco y rojo. Tonos que fueron en honor al Jubileo de Plata de la Reina—. ¡Vamos!

Por supuesto que conocía el puente, lo había atravesado en el auto con sus padres. La primera vez, fue cuando la trajeron para que Harriet la conociera y tras el disimulado rechazo de la hermana de su padre; él, como consuelo, la llevó para que conociera un poco de la ciudad. Llevada por la emoción apresuró el paso, al punto que dejó a Leonard por detrás y tuvo que tirar de su mano, arrastrándolo a su mismo ritmo.

En menos de un minuto empezaron a correr por el Queen's Walk, el paseo peatonal que franqueaba la orilla sur del río Támesis. Casi sin aliento subieron las escaleras que los llevaba a

una de las pasarelas peatonales a los costados de los carriles de tráfico que enclavaban el puente. Ralentizaron el paso para disfrutar de las vistas desde lo alto, ya que tenían toda la intención de quedarse ahí, por encima del río, por varios minutos.

—Lindo, ¿cierto? —suspiró Lauren, apreciando el atardecer.

—Sí. —Leonard asintió, observando el crucero HMS Belfast que permanecía ahí desde la década de los setenta. Según la guía en sus manos, había pertenecido a la Marina Real Británica y estuvo en servicio desde 1939 hasta 1963. En su etapa operativa, participó en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra de Corea—. Me gusta Londres, creo que podría vivir aquí —expresó, desviando la mirada hacia Lauren.

—¡Sí! Eso sería extraordinario… Ven el próximo año, yo también vendré, voy a estudiar Bellas Artes. —Sus ojos brillaron de la emoción. Acariciar la idea de que Leonard se mudara a Londres, era la posibilidad de tener un noviazgo formal con él.

—Entonces, existe una razón mucho más poderosa que el atractivo de la ciudad para venir… Sé que no es una decisión que deba tomar a la ligera; ya qué, primero debo hablarlo con mis padres y también hacer todo un proceso para validar aquí mi título universitario, porque de algo tengo que vivir —dijo sonriente. Se estaba dejando llevar por la emoción del momento y por los bonitos ojos grises de Lauren.

Ella se llevó las manos a la boca para no soltar un grito de emoción, pero casi enseguida, se lanzó contra él, rodeándole el cuello con los brazos. Sin perder tiempo, llevó su boca a los labios masculinos. Leonard la sujetó por la cintura y la besó con las mismas ganas.

—Cuando te instales aquí, me pido ser tu novia oficial —comentó con su mirada fija en las pupilas de él.

—¿Por qué esperar hasta entonces? ¿Acaso no quieres serlo desde ahora? —preguntó él con una sonrisa pícara y la mirada anhelante.

—Nada me gustaría más —declaró con una gran sonrisa y el corazón latiendo a mil—. Ay, no me lo puedo creer, necesito que me pellizques para asegurarme de que esto no es un sueño.

—Mejor te beso —susurró y volvió a buscar la boca de Lauren.

—No, no estoy soñando. —Sonrió entre beso y beso.

—Entonces, ¿aceptas ser mi novia oficial? —propuso con una sonrisa radiante, regalándole un guiño.

—Acepto —afirmó con un movimiento de cabeza, estaría loca si se negaba después de ese guiño coqueto, que le hizo temblar las piernas.

Compartieron un beso más, uno más profundo, húmedo e intenso; para luego, tomados de las manos, seguir con su camino hacia la otra torre del puente. A pocos metros de llegar, escucharon la música que provenía del radiocasete que un hombre tenía sobre el hombro, con la total intención de animar a un grupo de turistas.

La canción Stayin Alive de los Bee Gees, le trajo recuerdos muy agradables, por lo que le soltó la mano a Leonard y corrió hasta el hombre con el Boombox y empezó a bailar como lo había hecho tantas veces con su padre, que se sabía perfectamente la coreografía; recordó que apartaban los muebles del salón principal y en medio de risas, se dedicaban a bailar e instaban a su madre para que les acompañara.

—*And now it's all right, it's OK*… —Lauren empezó a cantar sin dejar de sonreír ni de bailar—. *And you may look the other way… We can try to understand the New York Times' effect on man*.

Leonard a un metro de distancia, la observaba admirado, con las manos en las caderas, mientras sonría. Ella con gestos de sus manos lo invitaba a bailar, pero él negó con la cabeza. No

contaba con el carisma suficiente para hacer eso.

—Ven… —Ella volvió a instarlo—. No me digas que no te sabes la coreografía… ¿No has visto Saturday Night Fever?

—La he visto, varias veces. —Afirmó con una sonrisa—. Mi madre ama a Travolta, esa es la razón, pero jamás podré imitar sus movimientos de caderas —asumió divertido.

—Solo es cuestión de práctica —dijo ella, que ya empezaba a ganarse los elogios de los turistas que hacían fila para entrar a la torre.

—Para mí, este no es el momento para practicarlo, prefiero servir de espectador, lo haces muy bien.

—Lo sé. —Ella se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

No quiso insistirle a Leonard porque no quería incomodarlo; así que solo se dedicó a bailar regodeándose en los buenos recuerdos, hasta que terminó la canción. Hubiese bailado la siguiente que también formaba parte de la banda sonora de la película y que a su padre también le gustaba mucho, pero creía que ya era hora de regresar al hotel.

Sentados en una banca, miraron en el mapa la posibilidad de regresar caminando al hotel, pues aún contaban con suficiente luz debido al verano, pero al darse cuenta de que les tomaría aproximadamente otra hora, prefirieron regresar en metro y cenar cerca del hotel. Durante el trayecto, empezaron a hacer planes para el día siguiente, pero también de vez en cuanto compartían algunos besos que eran observados con disimulada desaprobación por los otros ocupantes del vagón.

Cuando Lauren se percató de ciertas miradas censuradoras, empezó a cohibirse, porque le hacían sentir que estaba haciendo algo verdaderamente malo, aunque bien sabía que no. No había nada de malo en compartir unos besos con su novio; aun así, lo esquivó cuando él intentó darle otro beso, le sonrió incómoda y Leonard de inmediato lo comprendió, por lo que el resto del viaje lo hicieron sin más muestras de afecto, que solo tomarse de las manos y mirarse a los ojos.

Al salir de la estación del metro, buscaron un lugar para cenar y entraron en el primer pub que se toparon y que mostraba el menú en un aviso de pizarra en frente. El sitio estaba amenizado con rock, lo que lo convertía en un ambiente ideal para ellos. Leonard pidió un solomillo Wellington y Lauren prefirió cenar *bangers and mash*. No solo disfrutaban de la buena música y la comida, sino también de ver a varios chicos lanzando dardos a la diana, pretendiendo clavarlo en el centro, pero ninguno tenía buena puntería.

—¿Te gustaría intentarlo? —preguntó Leonard, al ver a Lauren bastante interesada en la competición de dardos.

—Me encantaría —afirmó, mientras picaba un trozo de la salchicha, luego lo pinchó para comer con la cebolla cristalizada—. Pero nunca lo he hecho; así que, no creo tener la mejor puntería.

—Quizá cuentes con la suerte del novato —dijo encantado por la forma en la que Lauren hablaba. Le gustaba mucho cómo pronunciaba las vocales con más énfasis y de forma más expresiva

—¿Y tú, lo has jugado? —preguntó, mirándolo.

—Algunas veces en la universidad, pero soy bastante malo.

—Entonces juntos podemos ser un desastre. —Lauren soltó una risita y se tapó la cara con una mano, como un gesto de lamento.

Leonard la observó, había algo en ella, más allá de su belleza que lo cautivaba, era ese asomo de su personalidad que apenas estaba conociendo, le gustaba que algunas veces fuese espontánea y desinhibida, pero en otras era inocente y vulnerable. Jamás imaginó sentirse atraído

por una chica mucho más joven que él, con las que había salido eran mucho más acorde a su edad y con más experiencia. Pero desde que escuchó su voz detrás de él, suplicando por una botella de agua, una conexión inexplicablemente agradable lo ató a ella; lazo que se hizo más fuerte en cuanto se volvió y se percató de lo hermosa que era.

Se apresuraron a terminar con la comida, entusiasmados con la idea de que harían el ridículo, pero que lo pasarían muy bien. Lauren se hizo de tres dardos al igual que Leonard y acordaron jugar *Round the Clock*. Estuvieron atentos a la breve explicación que les dio uno de los jugadores expertos sobre la variante del juego que eligieron.

Lauren empezaría, por lo que se ubicó a pocos metros frente a la diana de colores, negro, blanco, rojo y verde. Con el primer lanzamiento dejó en evidencia que era primera vez que lo hacía, ya que ni siquiera consiguió incrustar el dardo en el tablero. Le fue imposible no soltar una senda carcajada que contagió no solo a Leonard, sino también al jugador que les indicó cómo hacerlo.

—No, no… Lanza el otro —le indicó al ver que ella iba a correr en busca del dardo en el suelo.

—Está bien —dijo Lauren bastante animada.

Su segundo intentó igualmente fue fallido y terminó también en el piso, no fue sino hasta el tercero que consiguió ensartarlo; aunque bastante lejos de la diana. Leonard dominaba mucho mejor la técnica, él sí consiguió ensartarlos los tres, aunque ninguno dio en el blanco.

—¿Cómo lo haces? Es decir, la precisión y fuerza para que entre —comentó Lauren.

—La práctica, toma… inténtalo —la instó, entregándole otro trío.

—Gracias —dijo, sonriéndole.

Ella recibió los dardos y le dio un beso en la mejilla; ya que, por el momento no quería volver a experimentar la incomodidad que le provocó las miradas llenas de juicios de otras personas. Como estaban bastante entusiasmados y seguros de que no se irían pronto, Leonard se pidió una pinta imperial de cerveza para él y Lauren una lata de Sprite.

Ella, poco a poco, fue adquiriendo la práctica necesaria, para que los dardos no terminaran en el suelo, aunque todavía le faltaba mucho para poder darle a la diana; algo que Leonard sí logró hacer un par de veces y lo celebraron con besos, aunque apenas contactos de labios.

Casi a medianoche decidieron regresar al hotel, caminaron tomados de las manos, mientras hablaban de lo bien que lo pasaron ese día.

—¿A qué hora nos vemos mañana? —preguntó Lauren, ya frente a la puerta de su habitación.

Estaba nerviosa, porque se moría por besarlo, pero no quería que la pasión se desbordara y todo se saliera de control, no sabía si iba a tener la voluntad de pararlo, pues quería experimentar todas esas sensaciones de las que hablaban sus amigas, que ya tenían tiempo con sus novios. Aunque no podía creer que existieran mejores que la que Leonard le despertaba con sus besos. En un gesto delicado y de seducción, él le sujetó la barbilla, instándola a que subiera la cabeza.

—¿Te parece bien a las nueve? —le propuso encontrando en la mirada de ella, nervios y expectación.

Lauren no pudo encontrar la voz para responder, solo afirmó con la cabeza, porque sentía que llevar oxígeno a sus pulmones era una tarea titánica. Leonard sabía que estaba poniéndola contra la pared de sus deseos y él mismo estaba luchando contra los suyos; por lo que, le dio un breve beso en la punta de la nariz.

—Hasta mañana, dulces sueños —le deseó al tiempo que le soltaba la barbilla y retrocedió un par de pasos.

—Hasta mañana. —La voz de Lauren fue un chillido bastante agudo. Estiró su mano por detrás de ella y tomó la manilla de la puerta, rápidamente se volvió y metió la llave en la cerradura—. Descansa —le deseó, volviéndose a mirarlo por encima del hombro.

—Tú también, imagino que debes estar agotada, fue un día bastante ajetreado. —Él también se volvió hacia la puerta de su habitación para abrirla e igualmente la miraba por encima del hombro.

—Lo pasé muy bien, gracias por darme uno de los mejores días de mi vida, Leonard —respondió, sonriéndole.

—Tú también has hecho que mi día haya sido muy especial… Sé que jamás podré olvidarlo. —Abrió su puerta—. Ahora, ve a dormir porque me gustaría que mañana sea mucho mejor que hoy.

—Si es contigo, lo será —prometió Lauren.

Sin perder más tiempo entró en su habitación, cerró la puerta y recargó la espalda contra la madera; de inmediato, se llevó las manos al pecho y soltó un gran suspiro.



CAPÍTULO 28

Cuando Lauren abrió los ojos, lo primero que hizo fue mirar el reloj colgado en la pared que tenía en frente. Eran las siete y cuarenta; así que, contaba con el tiempo suficiente para su cita con Leonard. Pensar en él la hizo sonreír, se estiró en la cama tanto como pudo y luego rodó en el colchón, enrollándose más entre las sábanas, creando un capullo.

El corazón le latía fuerte y su sonrisa era imborrable, hacía mucho tiempo que no despertaba sintiéndose tan feliz y debía dar gracias por esa dicha; por lo que apartó las sábanas, salió de la cama, se arrodilló en la alfombra y juntó sus manos, al tiempo que apoyaba los codos en el colchón para rezar.

Cerró los ojos y con infinita devoción hizo sus plegarías, aprovechó para a través de la oración hablar con sus padres, les contó que había conocido a un chico maravilloso que; de seguro, su padre lo aprobaría por su extraordinario gusto musical y que a su madre le agradaría, porque era verdaderamente atractivo y muy inteligente. También habló con Henry, le dijo que, aunque le gustaba muchísimo Leonard, él siempre sería el primero en su corazón y estaba segura de que nadie iba a igualarlo.

—Amen —finalizó, abrió los ojos y se levantó con las rodillas algo adoloridas, porque había pasado más de media hora hablando con Dios y sus seres queridos—. ¡El padre Francis! —Debía llamarlo.

Muy seguramente estaría molesto porque no se comunicó con él por la tarde; se sentó al borde del colchón y levantó el auricular del teléfono que tenía sobre la mesa de noche, marcó los números de la casa parroquial que se sabía de memoria. Cuando escuchó el primer repique, el corazón se le disparó en intensos latidos, tanto que empezó a dolerle el pecho, ante el súbito miedo que le dio, al pensar como ella no se comunicó, el padre pudo llamar a la casa de Harriet para preguntar por ella, también existía la posibilidad de que su tía hubiese llamado al padre Francis para informarle; a su conveniencia, lo sucedido la noche anterior. Fue tanto su miedo, que estuvo a punto de colgar, pero antes de que pudiera hacerlo, escuchó la voz del padre Francis.

—Buenos días —saludó ella con la voz ahogada.

—¡Santo Dios! ¡Lauren! ¿Estás bien? Prometiste que me llamarías tres veces al día…

—Padre, sí, sí… Estoy bien —intervino con los nervios pendiendo de un hilo—. Disculpe, no lo llamé ayer, es que salí a pasear y me quedé sin monedas…

—¿Por qué no me llamaste en cuanto llegaste a casa de Harriet?

—Es que llegué muy tarde, perdóneme, padre… pero estoy bien, le prometo que estoy bien. —A pesar de los nervios se aventuró a hacer la pregunta —¿Usted llamó a Harriet?

—No, estaba por hacerlo… Aunque no quería que ella se enterara de lo irresponsable que puedes llegar a ser.

—Perdóneme, padre —chilló, lo menos que quería era ser juzgada por su protector—. Le prometo que hoy lo llamaré cada vez que pueda, llevaré suficientes peniques. —Le aterraba que le exigiera que regresara a Birmingham esa misma mañana.

—Entonces, tienes planes de salir hoy también, pero ¿qué tanto haces fuera de la casa de Harriet? —cuestionó con tono de evidente reprimenda.

—Padre, es que estoy aprovechando para conocer la ciudad; además, no quiero pasar mucho tiempo en esa casa… Brendan está ahí —masculló. Ya le había dicho, que no se llevaba bien con el hijo mayor de su tía—. Al parecer, está de vacaciones de la universidad.

—Bueno, muchacha —dijo con un tono más condescendiente, llevado por el cariño—. Entiendo que Brendan no sea de tu agrado…

—Yo no soy de su agrado, padre… Él siempre me ha tratado muy mal, a pesar de que nunca le he hecho nada malo, solo me desprecia por ser huérfana —gruñó temblando por esa mezcla de rabia y dolor que provocaba en ella, la actitud de Brendan—. ¿Qué culpa tengo, padre?

—No tienes culpa alguna, hija mía… A los ojos de Dios, todos somos sus hijos y somos iguales; en algún momento, Brendan tendrá la madurez para darse cuenta de eso. Lo que sí te pido, es que no permitas que el odio envenene tu precioso corazón. Perdónalo, porque él está enceguecido —chasqueó la lengua—. Hazme un favor…

—Sí, padre. Lo que me pida —concedió porque lo respetaba y quería, pero por mucho que quisiera en su corazón no había perdón para Brendan, mucho menos, después de lo último que le

hizo.

—Ya que tienes todo el día para pasear, ve a la misa en la Catedral de Westminster, pide perdón por sus pecados y por los tuyos.

—Padre… —protestó con ganas de llorar.

—¿Puedes hacerlo? —la instó con tono paternal.

—Lo haré —musitó, por su protector haría lo que fuera.

Para ella no sería fácil entrar en la Catedral, no por pedir porque los pecados del odioso de Brendan fueran perdonados. Sino porque la última vez que estuvo ahí, fue hace tres años, cuando vino con sus padres para la celebración de la Santa Misa que hizo el Papa Juan Pablo II.

—Está bien, hija mía, cuídate mucho… Dios te bendiga.

—Gracias, padre, amen… Prometo que estaré comunicándome con usted —dijo, apretando con fuerza el auricular, mientras buscaba en su pecho el valor para poder ir a la Catedral esa tarde.

No quería que su felicidad junto a Leonard se viera afectada por la nostalgia que le provocaba echar tanto de menos a sus padres; en cuanto colgó el teléfono, cerró los ojos y resopló largamente. Tras casi un minuto, en el que intentó calmar sus emociones, se levantó y caminó hasta el sillón en el que había dejado su mochila; de regreso en la cama, sacó las prendas que cuidadosamente había guardado bien dobladas para que entrara todo lo que necesitaría en esos días.

Se arrepintió de no haber llevado prendas más bonitas, solo había elegido a conciencia lo que usaría para el concierto, de resto, solo empacó ropa para estar en la casa de Harriet. Debía arreglárselas con lo poco que tenía y puso sobre la cama un pantalón corto de jeans, una camisa blanca, que estaba segura se anudaría debajo del busto y arremangaría. Ese atuendo lo destacaría con sus accesorios, que en su mayoría eran de cuero y plata. Segura de que con eso se vería bien, corrió al baño, debía darse prisa porque quedaba menos de una hora para volver a verse con Leonard.

Minutos después, ya estaba casi lista, solo se ataba una pulsera de cuero con tachuelas plateadas a su muñeca derecha, cuando escuchó sonar el teléfono, enseguida corrió a contestar, estaba segura de que debía ser Leonard, era el único que podría llamarle a la habitación.

—Hola —saludó en medio de una profunda inspiración.

—Hola, buenos días, ¿ya estás lista? ¿Prefieres que te espere en el pasillo o en la recepción?

—Sí, sí, estoy lista, nos vemos en el pasillo —se apresuró en su respuesta, porque se moría por verlo.

—Está bien, nos vemos en el pasillo —dijo de muy buen ánimo.

—Hasta pronto —sonrió emocionada, colgó y se apresuró a terminar de ponerse la pulsera. Luego corrió al espejo, necesitaba echarse un último vistazo y asegurarse de que lucía bien.

Cuando abrió la puerta, ya Leonard estaba en el pasillo, recargado contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho; la sonrisa con la que la recibió hizo que su pobre corazón diera una voltereta. Rauda atravesó el pasillo y fue hasta él, que de inmediato, descruzó los brazos, para ponerle las manos sobre las mejillas y darle el primer beso del día.

—Te ves preciosa —dijo, una vez terminó de robarle la cordura con su beso, mientras le frotaba la punta de la nariz con la de él. En respuesta Lauren suspiró y luego le sonrió—. Y, ¿qué quieres hacer? ¿Desayunamos aquí o vamos a otro lugar?

Lauren asintió, volvió a suspirar y le dio otro beso. No había mejor sensación que sentir los labios de Leonard cálidos sobre los suyos.

—Me gusta mucho la respuesta que acabas de dar, pero es bastante ambigua, será mejor si

me dices qué prefieres que hagamos. —Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Tienes razón. —Lauren rio—. Prefiero que vayamos a algún sitio cercano, así aprovechamos un poco del sol de la mañana.

—Vamos —la instó, tomándole la mano—. ¿Dormiste bien? —preguntó mientras bajaban las escaleras.

—Sí, muy bien, no desperté sino hasta esta mañana.

Ella pensó que la felicidad no la dejaría conciliar el sueño, que su cerebro no iba a apagarse, pero lo cierto era que en cuanto puso la cabeza en la almohada, terminó rendida, y comprendió que eran las secuelas de no haber dormido casi nada la noche anterior, por lo sucedido en la casa de Harriet.

—¿Y tú? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—También dormí muy bien, imagino que estaba agotado por todo lo que caminamos.

—Sí, no paramos ni por un momento, pero lo pasamos muy bien.

Lauren pensó que podría disfrutar del sol de la mañana, pero su luz solo se posaba sobre lo alto de los edificios, las grandes estructuras le hacían sombra, imposibilitándole que la calidez llegara hasta ellos.

—¿Te parece bien ese lugar? —preguntó Leonard, señalando un pequeño café, que tenía una terraza cubierta por un techo de loneta roja.

—Sí, vamos. —Caminó más rápido.

Ya en el café se ubicaron en una mesa en la terraza, porque preferían estar al aire libre. El día anterior, Leonard aceptó la sugerencia de Lauren para el desayuno, por lo que esta vez, fue él quien solicitó algo más americano para ambos. Mientras disfrutaban de unos panqueques con frutos rojos, bañados con sirope de arce, hacían planes para ese día.

—Justin me llamó, irá con Danielle a jugar bolos esta tarde, me pidió que te preguntara si te gustaría que los acompañáramos.

—Sí, me encantaría. —Lauren mostró la emoción que le provocaba hacer cosas nuevas—. Claro, si tú quieres —dijo, bajando la mirada a su desayuno. Le fue imposible contener las ganas de meter el dedo en el líquido dorado, viscoso, dulce y aromático que mojaba su plato y que terminó chupando.

—Es un buen plan, anoche lo pasamos bien jugando a los dardos.

—Sí. —Ella se rio—. Espero ser mejor en los bolos que con los dardos, porque te has dado cuenta de que no soy buena con la precisión.

—Todo deporte solo se domina con la práctica —concedió él, para que ella no se desanimara.

Al terminar con el desayuno, no tenían un plan concreto, más que ir por la tarde con Justine y Danielle a los bolos; así que, solo decidieron caminar sin un rumbo, apenas dedicándose a admirar las edificaciones y monumentos de la ciudad. Así fue como llegaron a la plaza Trafalgar, en la que destacaba la altísima columna de Nelson, situada en el centro de la plaza, rodeada por las fuentes y los cuatro enormes leones de bronce. Al fondo y hacia el norte se erigía imponente la National Gallery, a la que sin duda entrarían.

Sin embargo, nada de eso llamó la atención de Leonard como lo hizo el considerable número de personas con pancartas que agitaban en lo alto, que en su mayoría llevaban escritos mensajes recriminatorios hacia la primera ministra Margaret Thatcher.

—Son del movimiento sindical británico —comentó Lauren, al ver hacia donde estaba dirigida la atención de Leonard—. Es la huelga minera, llevan más de un año en protestas, lo hacen en diferentes puntos del país y han paralizado en gran medida la industria del carbón.

—¿Y qué esperan conseguir? ¿A qué se deben las protestas? —Leonard se vio picado por la curiosidad.

—No sé mucho, pero vi en las noticias que la primera ministra quiere cerrar algunas minas y privatizar otras. Lo que dejaría a muchas personas sin empleo.

—Como siempre, los gobernantes queriendo hacer lo que les beneficie a ellos sin importarle un pepino lo que les pase a los obreros.

—En absoluto. —Lauren estuvo de acuerdo.

Ella misma había sido víctima de la más cruel desigualdad; porque los gobernantes destinaban el mínimo presupuesto a los orfanatos. El padre Francis y la madre superiora siempre tenían que buscar ayuda de otros, para por lo menos alimentarlos con un tazón de avena al día.

Leonard y Lauren dedicaron varios minutos a recorrer la plaza, admiraban los monumentos o jugueteaban entre las decenas de palomas que habían hecho del lugar, su hogar, ofreciendo un espectáculo que llamaba la atención de los visitantes. De vez en cuando se volvían a mirar a los protestantes, que, al parecer, no tenían intenciones de irse.

Lauren gritó asustada, cuando un par de palomas se posaron sobre su cabeza y se echó a correr para huir, mientras reía con nerviosismo y manoteaba para quitárselas, Leonard entre risas, corrió detrás de ella para ayudarle. En medio de risas y libres de aves, terminaron en los escalones que conducían a la National Gallery, por lo que no dudaron en subir los peldaños que faltaban para entrar en el gran edificio.

—Querían asesinarme —dijo Lauren, con la voz agitada, mientras trataba de acomodarse los cabellos.

—Creo que solo querían hacer nido en tu pelo.

Leonard no paraba de reír, lo que a los ojos de Lauren lo hacía lucir más guapo; ya en el vestíbulo, se hicieron de los tiquetes y el mapa de la galería. Empezaron el recorrido, muy atentos a todas las pinturas; Leonard no era mucho lo que sabía de arte, pero Lauren sí se veía atrapada por las magnificencias de los trazos, esperaba algún día llegar a ese nivel de perfección. Miraron en detalle La resurrección de Lázaro, de Sebastiano del Piombo, que, según la historia, fue la primera pintura; luego se quedaron un buen rato admirando en silencio La Venus del espejo, de Diego Velázquez y el Retrato de Christina de Dinamarca que adornaba las paredes de la Galería desde 1909.

—Es tan hermosa, tan perfecta —susurró Lauren.

Su mirada recorría con embeleso, La virgen de las rocas de Leonardo Da Vinci. La obra pintada al óleo con una técnica de esfumado y que medía casi dos metros de alto; mostraba a la Virgen María y al Niño Jesús junto a Juan Bautista y el arcángel Uriel en una zona rocosa.

—¿Tienes algún pintor favorito? —Se volvió a preguntarle a Leonard, quería saber si tenían alguno en común.

Él se quedó en silencio, pensado en alguno que verdaderamente le hubiese cautivado, pero no era muy conocedor del arte, solo lo poco que vio en la universidad.

—Podría decir que… Caravaggio —gimió convencido, mientras recordaba algunas de las obras del pintor, como El amor victorioso, La muerte de la Virgen, La decapitación de Juan Bautista, la Cabeza de Medusa y David vencedor de Goliat—. Sí, sin duda, Caravaggio.

—Entonces, te gusta el tenebrismo… La mayoría de las obras de Caravaggio, expresan a menudo luchas violentas, tortura y muerte.

—Sí, me gusta la forma tan dramática en la que emplea el claroscuro… ¿Cuál es tu favorito?

—No tengo, por más que intente decidirme por uno, no puedo…

—Da Vinci es uno —intervino Leonard, mirando de soslayo la pintura. Ella dejó expuesto su favoritismo en el momento en que sus ojos se posaron en la pintura.

—Sí —sonrió y asintió con la cabeza—. No solo me gustan sus pinturas, todas sus obras son magnificas.

—Imposible contradecirte en eso, era un genio… ¿Y cuál otro? ¿Son dos o más? —curioseó, mirándola.

—Son muchos, pero me he propuesto elegir solo a dos… Así que, el otro es, Sandro Botticelli.

—Muy buena elección.

—En cuanto cumpla los dieciocho visitaré la Galería Uffizi, la Capilla Sixtina… —Ese era uno de sus mayores deseos. Cuando pudiera disponer de un poco del dinero que le dejaron sus padres, se daría ese regalo de cumpleaños—. Me iré por dos meses a Italia.

—Es la mejor manera para recibir la mayoría de edad… ¿Te gustaría que fuéramos juntos? —No sabía si era prudente autoinvitarse, pero imaginaba que ese viaje juntos podría ser épico.

—¿En serio? —preguntó con el corazón a un latido de explotar de felicidad. Leonard asintió —. Claro, por supuesto, me encantaría. —Le fue imposible no rodearle el cuello con los brazos y besarlo con furor.

Leonard para poder tenerla a su altura la abrazó por la cintura y la levantó del suelo, mientras correspondía a sus besos con la misma intensidad y genuinas sonrisas.

—Entonces iremos, tenemos que empezar a planear todo el viaje desde ya. —Lauren chilló emocionada.

El tiempo ahí entre tanto arte e historia, se les fue como agua entre los dedos, solo se dieron cuenta de la hora, porque sintieron hambre.

—Es tardísimo —dijo Lauren, en medio del sobresalto.

—Sí, comemos por aquí cerca y nos iremos en taxi donde nos esperan Justin y Danielle.

—Es mejor, así no los hacemos esperar… —Se mordió el labio con vergüenza, debido a la petición que haría—. ¿Puedo ir a los servicios primero? No creo aguantar hasta llegar a un restaurante —dijo con urgencia.

—Sí, ve.

—¿Te parece si nos vemos en el vestíbulo?

—Perfecto.

Se dieron un fugaz contacto de labios y luego Lauren caminó rauda en busca de los servicios, mientras que Leonard se dirigió al vestíbulo.

Ella llegó al punto de encuentro, sintiéndose mucho más aliviada y con más ganas de seguir compartiendo con él.

—Podemos irnos —dijo sonriente—. ¿Esto que es? —le preguntó cuando él le tendió una bolsa de papel que parecía estar algo pesada.

—Un obsequio para ti. —Le sonrió con encantó.

—¿Para mí? ¿Por qué? No es necesario —dijo con una sonrisa nerviosa, pero la curiosidad la llevó a hacerse de la bolsa.

—Solo los vi y me pareció que te gustaría tenerlos.

Lauren soltó un gritito ahogado y se llevó una mano a la boca, al abrir la bolsa y darse cuenta de que contenía dos libros de tapa dura, aunque no los había sacado, puedo ver la portada de uno de ellos. Era de las pinturas en la National Gallery. Apoyó la bolsa en el mostrador de la recepción y sacó el otro tomó, que era igualmente de tapa dura y se trataba de las Pinturas italianas de la colección Richard L. Feigen.

—Oh, Leonard, no debiste molestarte —dijo embobaba, acariciando la portada del libro titulado: «Tesoros de los Uffizi», que tenía la imagen del rostro de la diosa del amor: Venus—. Es demasiado hermoso —suspiró, al borde de las lágrimas, luego se lo llevó al pecho y abrazada al libro, se puso de puntillas y le dio un beso—. Gracias, es el mejor regalo que me han hecho en mucho tiempo.

Leonard la sujetó por los hombros e hizo el beso más profundo y duradero. Había pasado muy poco tiempo desde que probó esa boca, pero sentía que se había vuelto adicto a su sabor y a sus roces.

—Y esta ha sido la mejor manera de agradecerme por algo en toda mi vida —dijo, mirando a sus hermosos ojos, le dio un toquecito en la punta de la nariz y luego se apartó.

Lauren fascinada con sus libros, volvió a meterlos en la bolsa; por supuesto, Leonard no permitió que los llevara, porque eran algo pesados.

Cuando salieron de la Galería, seguía la protesta de los mineros, lo que dejaba claro que la voluntad de ellos era de hierro, justo como le llamaban a la primera ministra. Solo esperaban que pudieran llegar a un acuerdo y que las cosas se solucionaran de la mejor manera para todos.

Entraron al primer restaurante con el que se toparon, no solo porque estaban hambrientos, sino porque no tenían tiempo para ponerse exigentes; ya que, les importaba más encontrarse a tiempo con Justin y Danielle. Se pidieron un par de hamburguesas con patatas fritas y ninguno de los dos alcanzó a comerse todo, a pesar de que estaban deliciosas, las cantidades que le sirvieron fueron muy generosas.



CAPÍTULO 29

Danielle y Justin esperaban fuera de Harrods, el centro comercial en el que se encontraba la sala de bolos, en cuanto Lauren y Leonard bajaron del taxi, empezaron a hacerles señas para que los vieran.

—Ahí están —señaló Lauren, sonriendo, feliz de volver a verlos.

Leonard levantó una mano, saludando a sus amigos, para que supieran que ya los habían visto, entonces apresuraron el paso.

—¡Hola! —Danielle saludó eufórica a Lauren, en medio de un abrazo y beso en la mejilla.

Entretanto Leonard y Justin se saludaban.

—Me alegra mucho volver a verte, gracias por invitarnos —respondió Lauren.

—Me encanta que hayan decidido venir a pasar la tarde con nosotros, lo vamos a pasar genial, ya verás.

—Estoy segura de que sí. —Lauren le respondió a Danielle y se acercó para saludar a Justin.

—Me alegra mucho volver a verte.

—A mí también.

—Bueno, bueno… vamos dentro —azuzó Danielle, estaba ansiosa por agarrar la bola.

Todos le hicieron caso, Justin le sujetó la mano y entraron al centro comercial. Lauren y Leonard, también tomados de la mano, los siguieron. Ya en la sala de bolos, se calzaron los zapatos y cada uno tomó una bola, se pidieron algunos entremeses como: gomitas azucaradas, palomitas de maíz, patatas fritas y refrescos.

Lauren, aunque nunca había cogido una bola de bolos ni mucho menos estado frente a una pista; en teoría sí sabía cómo se jugaba. Tras una breve explicación de los chicos, Danielle y Lauren estaban preparadas; fue evidente para todos, que la londinense dominaba muy bien el deporte, mientras que la menor del grupo consiguió a duras penas que la bola se desviara por el canal derecho, lo que hizo que todos rieran.

Lauren lo intentó una vez más, pero sentía que el peso de la bola le jugaba en contra; aun así, en su segundo intento consiguió derrumbar uno de los bolos de pino. Cuando fue el turno de Justin, por supuesto que hizo un Strike, por lo que Lauren y Danielle, celebraron con aplausos y las bocas abiertas de pura admiración.

Leonard, también hizo un buen tiro, apenas dejó en pie un par de bolos, por lo que para su segundo tiro se hizo de una bola de remate, que al lanzarla se llevó por delante uno de los obstáculos.

—Lo has hecho genial —celebró Lauren y lo premió con un beso.

—Espero hacerlo mejor, así puede que el próximo beso dure un poco más —le susurró contra los labios.

Mientras Danielle se preparaba para hacer otro tiro.

—¡Hey! Tortolos, es mi turno, ya tu celebración pasó —dijo Danielle, llamando la atención de los enamorados.

Lauren sonrió y se sonrojó, sintiéndose algo avergonzada, pero esa emoción terminó replegada por la dicha que le provocó ver que Danielle hizo un Strike, lo que levantaba el ánimo del grupo femenino. Tras casi hora, para desconsuelo de las chicas, los hombres demostraban que contaban con mucha más práctica; sin embargo, se lo estaban pasando fenomenal, incluso, habían pedido más refrescos y patatas.

—Leonard, necesito hacer una llamada —avisó Lauren, acercándose a su oído para que la escuchara por encima de She's So Cold de los Rolling Stones, que sonaba de fondo en la sala—. Es que le prometí a mi padrino que le llamaría por la tarde.

—Sí, claro, aquí debe haber una cabina… Te acompaño.

—No es necesario, puedes seguir con el partido.

—No te preocupes, seguramente los chicos también querrán un descanso.

—Bueno, está bien.

—Justin, voy a acompañar a Lauren a hacer una llamada, ¿nos esperan aquí? —preguntó Leonard

—Sí, sí… vayan, aquí los esperamos. —Justin sonrió pícaro, imaginó que ese par quería un momento de privacidad para manosearse.

—Dejaré esto. —Leonard señaló la bolsa de los libros que estaba en uno de los sillones.

—Está bien. —Danielle les hizo un ademán para que se marcharan.

Leonard sujetó la mano de Lauren y se alejaron de sus amigos, él se acercó hasta el hombre encargado del lugar que estaba tras el mostrador y le preguntó dónde podrían conseguir un teléfono. Les indicó que tenían que bajar por las escaleras eléctricas, cruzar a la derecha, luego a la izquierda, y justo antes de salir al estacionamiento, encontrarían una cabina. Cuando llegaron, Leonard le preguntó si tenía monedas; de inmediato, ella sacó las que llevaba en el bolsillo de su short de jeans y se las mostró.

—Son más que suficiente.

—Bien, te espero —dijo, abriendo la puerta de la cabina para ella.

Lauren agradeció que no quisiera entrar, porque no quería que se diera cuenta de que su padrino; en realidad, era el padre de la Congregación del Oratorio San Felipe Neri, porque muy seguramente, llegaría a la conclusión de que era una huérfana que creció en la Pequeña Roma en Birmingham.

—Gracias —le sonrió, entró y cerró la puerta. Se las arregló para que él no pudiera ver los números que marcaba, mientras esperaba que el padre Francis le cogiera el teléfono, se volvió hacia donde estaba Leonard, le sonrió y llevada por un impulso, con la yema de su dedo índice dibujó en el cristal un corazón. Disfrutó al ver cómo Leonard le sonrió y le guiñó un ojo, pero no estaba preparada para que el corazón se le detuviera, cuando del otro lado del cristal, también le dibujara un corazón, pudo sentir la dicha subiendo cosquilleante por todo su cuerpo.

—Buenas tardes.

Lauren dio un respingo al escuchar la voz del padre Francis al otro lado del teléfono, entonces se volvió, por temor a que Leonard pudiera leerle los labios.

—Hola, padre —la voz le vibraba, más que por los nervios, era por esas emociones tan intensas que Leonard le despertaba.

—Hola, hija mía, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho por la mañana?

—Estoy muy bien, padre —suspiró para liberar los latidos agolpados en su pecho—. Fui a la National Gallery, hay pinturas muy bonitas… vi la pintura del papa Julio II, también la Aparición de Cristo a san Pedro en la vía Apia… La virgen orando… —hablaba tan rápido llevada por la emoción que casi no respiraba y eso que solo le contaba de las que se acordaba, porque había visto tantas que olvidó el nombre de todas—. Pero seguramente, usted ya ha visitado la Galería y las debe haber visto todas.

—Sí, he visto algunas —reía con jocosidad—. Me alegra saber que estás usando estos días para ver un poco de arte.

—Sí, padre. Estoy tratando de aprovechar todo lo que pueda, solo Dios sabe cuándo volveré a Londres.

—Bueno, muchacha, no exageres, si el próximo año tienes que ir a la universidad. Tampoco es mucho tiempo.

—Cierto, aunque todavía no sé si vaya a entrar en la universidad, no es fácil el ingreso, no estoy segura de lograr la beca.

—Tienes buenas calificaciones; además, no necesitas la beca, te lo he dicho, tus padres te dejaron lo suficiente como para que puedas hacer tu carrera de Bellas Artes y vivir una buena vida. El señor Thompson, se encargará de ayudarte en todo.

—Lo sé, padre, pero la verdad sino no tuviera que usar el dinero de los Spencer, sería mucho mejor —masculló—. No quiero que Harriet piense que me aprovecho de la fortuna de su familia.

—No, cariño. Esa herencia es tuya por derecho, eso fue producto del duro trabajo de Oliver, no de Harriet. Así que, deja de pensar que disponer de lo que es tuyo, afecta en algo a la hermana de tu padre.

—Está bien, padre —musitó, porque no estaba muy convencida de eso. En realidad, ella no era la hija natural de Oliver Spencer; por lo que, Harriet siempre que tuvo la oportunidad se lo recordó; estaba segura de que nunca dejaría de hacerlo—. Lo sé… —Se volvió, para volver a mirar a Leonard, que seguía esperando por ella, le levantó la mano para saludarlo y le sonrió. Él le respondió de la misma manera—. Padre, le llamo por la noche después de la Misa.

—Espero tu llamada, hija mía.

—Bendición.

—Que Dios te bendiga. Cuídate mucho, mira a ambos lados antes de cruzar la calle.

—Siempre lo hago, padre —dijo sonriendo.

—Pero siempre es bueno recordártelo.

Lauren colgó el teléfono y abrió la cabina.

—¿Está todo bien? —preguntó Leonard, sujetándole la mano.

—Sí, sí… Es que le prometí a mi padrino que lo llamaría durante el día, sino lo hago, me meteré en problemas.

—Parece bastante estricto tu padrino.

—Solo cuando tiene que serlo —dijo ella con una dócil sonrisa, mientras caminaban de regreso a la sala de bolos.

Al llegar con sus amigos, decidieron no seguir jugando, para poder hacer otras cosas, fue Danielle la que propuso que fueran al cine y todos estuvieron de acuerdo. Como no eran muchas las opciones disponibles, decidieron ver *Legend*, que, según la breve reseña en la cartelera, se trataba de una obra de fantasía de producción de Estados Unidos en colaboración con el Reino Unido.

El argumento de un campesino elfo que lleva a la princesa a ver unos unicornios que él cuida y que el cuerno de uno de los dos unicornios representa todo lo bueno sobre la tierra. Pero el Señor de la Oscuridad planea sumir el universo en una era de desolación; por lo que, no solo planea robarse el cuerno sino también secuestrar a la princesa. No les llamaba mucho la atención a los chicos; sin embargo, las chicas suspiraron con el tema de fantasía y amor.

Tenían unos cuarenta minutos antes de que empezara la función; así que aprovecharon para entrar a una cabina de fotos y hacerse varias. Primero lo hicieron los cuatro, en medio de risas y muecas se hicieron varias instantáneas, luego fue el momento para Justine y Danielle.

—Siguen ustedes, no se demoren —dijo Danielle eufórica—. Que tenemos poco tiempo.

—Tómense el tiempo que deseen —intervino Justin—. Nosotros vamos haciendo fila… ¿Quieren algo en particular?

—Puede ser un granizado de frambuesa —dijo Lauren, aunque esperaba poder estar con ellos antes de que hicieran el pedido.

—Está bien, ¿algo más? ¿Leonard, qué te pido?

—Coca cola y unas palomitas de maíz grande. —Le agradeció con palmada en la espalda.

Entraron en la cabina fotográfica y a Lauren le sorprendió que él no dejar que se sentara a su lado, sino que se la sentó en las piernas. Sin perder tiempo, la cámara empezó a capturar los momentos entre ellos. Leonard, aprovechó la privacidad que les ofrecía el lugar, aislado por pesadas cortinas de terciopelo rojo, para sujetarle la cara a Lauren y darle un beso que empezó con un tierno contacto de labios, pero que fue haciendo más profundo, para luego terminar riéndole, mientras se miraban a los ojos; ya después, hicieron unas más divertidas y mirando al

frente.

Aunque ya la cámara no tomó más fotos, ellos se dieron un par de besos más mientras las esperaban a que las instantáneas se imprimieran.

—Quedaron muy lindas —dijo Lauren, sonriendo tontamente.

El calor del sonrojo le subió a las mejillas, al ver la intensidad del beso que Leonard le dio, cómo abrió su boca sobre la de ella y la forma en que la sujetaba por el cuello con posesión. Algo se agitó en su vientre, eran como unas pequeñas descargas eléctricas o coquillas calientes, no podía definirlo, solo sabía que se sentía muy bien, porque por primera vez era testigo desde otras perspectivas de cómo se veían juntos.

También de lo bien que se veía ella sobre sus piernas, le pareció que sí, definitivamente, hacían una linda pareja. El con su cabello rubio largo algo despeinado, ella con sus intensos ojos grises y sus labios hinchado por los besos compartidos.

—Así no te olvidarás de mí tan fácilmente —dijo él, cuando le entregó una tirilla de fotos.

—No te olvidaré. Además, el próximo año volveremos a vernos.

—Quizá antes, no creo que pueda esperar un año para volver a verte —confesó, mirándola con intensidad.

—¿Y si te quedas? —propuso ella, gobernada por la emoción del momento—. Yo puedo quedarme contigo, dentro de poco cumpliré los dieciocho, y podré alquilar un apartamento…

—Lauren, Lauren… —Él la detuvo, al ver el entusiasmo tan desmedido en ella—. Me encantaría, pero tengo que volver, tengo asuntos que resolver en Estados Unidos.

—Sí, lo entiendo —su voz bajó drásticamente de tono y de emoción. Había actuado con poca racionalidad.

—Pero estaremos en contacto, y en cuanto solucione los pendientes, regresaré —aseguró, sonriéndole.

Lauren asintió, pero no lo miró para que no viera la tristeza en sus ojos, esa promesa no la animaba mucho, pero confiaba que; de verdad, no le tomara mucho tiempo hacer lo que tuviese que hacer en su país.

—Vamos con los chicos —instó ella.

—Te lo prometo, *brummie*. —La sorprendió con un beso en la mejilla—. Volveré.

—Lo sé. —Esta vez ella sonrió, sintiéndose más convencida.

Lauren guardó la tirilla de las instantáneas en su cartera y Leonard la metió en el bolsillo interno de su chaqueta de jeans. Luego se cogieron de las manos y fueron a encontrarse con sus amigos.

Salieron de la función de cine, bastante satisfechos con la película; aunque Lauren y Danielle, más que por la trama, lo hicieron por el actor que representaba al elfo. Esperaron hasta los créditos para poder saber el nombre; sin duda, ambas verían más películas del apuesto Tom Cruise.

Decidieron salir del centro comercial y caminar hasta Piccadilly Circus, la zona más llamativa de la ciudad, mientras harían digestión de todo lo que comieron en las últimas horas; además, Justin quería pasar más tiempo con su amigo, ya que debía partir al día siguiente y no estaba muy seguro de cuando se volverían a ver.

—Entremos a Hatchards. —Justin señaló una librería que tenía una linda fachada de estilo victoriano en madera verde oscuro y cristal.

—Vamos. —Leonard estuvo de acuerdo. No era un lector empedernido, pero sumergirse en algún libro era uno de sus pasatiempos favoritos, después de escuchar música—. Quizá consiga algo interesante para el viaje de regreso.

Todavía le costaba asimilar que al día siguiente debía volver a Estados Unidos, lo estaba pasando muy bien en Londres y por primera vez en mucho tiempo, había conocido a una chica extraordinaria, le parecía una jugada demasiado injusta y caprichosa del destino. Al entrar al edificio victoriano de cuatro pisos, con estanterías y mesas repletas de libros, estuvieron seguros de que no saldrían, en por lo menos, en un par de horas.

Fueron muchos los títulos que les llamaron la atención a todos. Danielle llevaba un par de novedades románticas, una de Barbara Cartland y la otra de Johanna Lindsey. Mientras que Justin, se decantó por el último libro publicado por Paul Auster, ya que desde que descubrió al autor, mientras estudiaba en la universidad, se volvió seguidor de sus obras que solían combinar temas cercanos a la filosofía y al existencialismo, con tramas en ocasiones cercanas al realismo mágico.

Lauren se enamoró de la colección ilustrada de Anne of Green Gables, sabía que las niñas del oratorio la amarían. Aunque ya contaban con una colección en la biblioteca, quería llevar esa para que pudieran tenerla más a disposición de ellas.

Leonard decidió que las muchas horas de viaje, eran el mejor momento para poder iniciar con las obras de J.R.R. Tolkien, ya Justin se los había recomendado muchas veces, pero hasta entonces siempre declinó adentrarse en el género de la fantasía épica.

—¡Hasta que por fin! —celebró Justin al ver que Leonard se hacía de uno de los libros de la colección del Señor de los Anillos.

—Espero que en realidad sea buena lectura, ¿cuál es el orden? —le preguntó a su amigo.

—¿Aún no los has leído? —Lauren se mostró impresionada.

—No, pero al parecer para ustedes es una lectura obligatoria.

—Por supuesto que lo es —se apresuró a responder casi ofuscada.

En realidad, no sabía si para el resto de los británicos lo era, pero para todos en el Oratorio sí, ya que Tolkien era un hombre que los llenaba de orgullo, debido a que pasó gran tiempo en ese lugar cuando su madre quedó viuda y se convirtió al Catolicismo. Encontró ayuda en el Oratorio, donde murió y dejó a sus hijos Ronald y Hilary bajo la tutela del padre Francis Xavier Morgan; por supuesto, no era el mismo padre que estaba a su cargo, su tutor es Francis Suffield, sobrino del protector de Tolkien. Así que, para Lauren, esas obras eran tan familiares como la Biblia; incluso, estudió en la misma escuela que el autor, y en sus obras, muchas de las edificaciones que describió son las que ella ve a diario.

—¿Está en el plan de estudio? —preguntó Leonard, un tanto pasmado por la reacción de Lauren.

—No —intercedió Danielle—. En realidad, no es obligatorio, solo que los seguidores, parecen una secta —rio, porque bien conocía el fanatismo de su novio, y al parecer, Lauren era del mismo clan. Como ella no era amante de ese género literario, no habían logrado convencerla para que leyera la obra del famoso autor.

—Es una buena lectura, muy entretenida —dijo Lauren, ya menos emocionada.

—Es un viaje de ida, amigo… Una vez que lo termines, me lo agradecerás. —Justin lo instó, tomando el primer libro—. Debes empezar por El Hobbit; luego, El Señor de los Anillos: La comunidad del Anillo, sigue, ese que ya tienes, que es el de Las dos Torres…

Lauren fue la que agarró el cuarto libro.

—Terminas con el Retorno del Rey… —Lauren fue la que agarró el cuarto libro—. Aunque tiene otras obras con las que puedes seguir.

—Creo que con estos es suficiente. —Leonard sonrió mientras sostenía el peso de los tomos —. Tendré que pagar una maleta adicional.

—Merecerá la pena, esta edición no la encontrarás en Estados Unidos —alego Justin, sonriendo.

—Leonard, lo siento por ti. —Danielle no dejaba de reír—. Has caído en la telaraña Tolkien… De ahí, ya no te liberas.

—Aún no los leo —bromeó él.

—Pero lo harás —influyó Lauren—. Justin, tiene razón, cada página merece la pena, los he leído como cinco veces.

—Si tú lo dices, lo creo —respondió convencido.

—¡Vaya! Se lo estuve recomendado por cinco años y nunca mostró el mínimo interés —se quejó Justin—. Pero, Lauren, tan solo se lo sugiere una vez y se lleva la colección completa…

—No tienes buen poder de convencimiento, amigo. —Leonard rio.

Todos con sus libros en mano caminaron al mostrador para pagar; ahí, Leonard quiso pagar por la colección que Lauren llevaba, pero ella no lo permitió, ya él le había obsequiado los dos de Arte que compró en la National Gallery.



CAPÍTULO 30

Una vez frente al hotel, Leonard les agradeció a sus amigos, por el recibimiento y por haberle acompañado esos días, era momento de despedirse con la promesa de que volvería y también los invitó a que lo visitaran en su ciudad.

—Si el próximo año no puedes venir, nosotros iremos. —Justin dio su palabra, mientras abrazaba con fuerza a Leonard. El cariño que sentía el uno por el otro era de esos que algunas veces eran más fuerte que el propio filial—. Saluda a toda tu familia de mi parte.

—Lo haré, agradece una vez más a Beatrice, por la rica cena que me preparó. —Leonard lo abrazaba con fuerza. El día que llegó su primera invitación fue a casa de la madre de Justin,

quien lo recibió con un riquísimo pastel de carne. Luego de soltar a su amigo, estrechó entre sus brazos a Danielle—. Gracias por todo, ha sido un placer conocerte, espero que Justin te proponga matrimonio pronto…

—No, no… que no lo haga, así estamos bien. Después nos tocará irnos a vivir juntos, y lo menos que quiero ser es ama de casa —rio ella, que era de espíritu revolucionario, incluso formaba parte del movimiento colectivo feminista; así como también lo era su madre, quien era una de las editoras de la revista Spare Rib.

Desde muy niña la involucró en todo ese movimiento, cuando a los cinco años, en 1971, la llevó a su primera marcha, que fue un ejemplo de sororidad y una demostración de la segunda ola del feminismo, que buscaba el reconocimiento de derechos políticos específicos para las mujeres, como el derecho al voto, la educación y puestos de trabajo igualitarios.

—Le he dicho que quiero una mujer, no un ama de casa, pero… —intentó salvarse Justin.

—Así dicen todos, pero después… sacan el lado opresor —interrumpió Danielle—. Mejor sigamos con la relación de noviazgo.

—Otra en tu lugar, estaría suplicando por que le pidiera matrimonio —bromeó él.

—Bueno, ve… búscate otra —lo alentó ella, también bromeando, se llevó las manos a la cintura.

Mientras Leonard y Lauren los miraban sonrientes.

—No, amor. —Justin la abrazó y le plantó un beso en la mejilla—. Tú eres la única mujer que quiero en mi vida. —Le dio otro beso en los labios a su novia que formaba un puchero—. Claro, después de mi madre.

—Por supuesto, primero tu madre. —Ella le tenía especial cariño a su suegra, quien también la trataba como a una hija. Pero no podía seguir jugueteando con su novio, comprendía que sus amigos debían estar cansados y tenían que levantarse temprano para viajar—. Ay, Lauren… me encantó conocerte, por favor, cuando vengas a Londres ven a visitarme en Honest Jon's —le pidió, dándole un fuerte abrazo.

—También me encantó conocerte; sí, prometo visitarte cada vez que venga a Londres. —Correspondió al abrazo con intensidad.

Le alegraba mucho poder contar con una amiga en la ciudad. Quería decirle que también podría ir a Birmingham, pero como de momento no tenía más dirección que la del Oratorio, prefirió no hacer ninguna invitación.

—Lauren, ten buen viaje… Ha sido bueno conocerte.

—Gracias por aceptarme en el grupo.

—Si no lo hacía, perdíamos a Leonard —bromeó—. En cuanto lo vi regresar contigo, supe que debíamos adoptarte. No soy de los que creen en el flechazo de cupido, pero estoy frente a un claro ejemplo.

Lauren soltó una risita al tiempo que el sonrojo se le esparcía por el rostro, casi ocultándole las manchitas cafés que salpicaban su nariz y mejillas. Dejando en evidencia la inocencia de su edad, aunque la mayoría del tiempo actuara con bastante madurez.

Leonard se volvió para mirarla y adoró sonrisa la nerviosa que plegaba sus voluptuosos labios. Su amigo tenía razón, él tampoco era de los que creían en el amor a primera vista, con las chicas que había salido, siempre fue por la mera atracción que provocaba en él una cara bonita y un cuerpo bien proporcionado. Pero con Lauren fue algo más, no era que no fuera hermosa, porque sin duda lo era y tenía un cuerpo bastante atrayente con bonitas curvas, incluso para su edad. Sin embargo, lo que le atrajo de ella era algo más allá de lo físico, era la energía que desprendía, era una fuerza de atracción a la que no podía resistirse. Lauren era como un imán y él

un simple trozo de metal.

—No digas tonterías —bromeó un tanto incómodo por la vulnerabilidad en la que lo ponía el comentario de su amigo.

—No son tonterías y lo sabes —aseguró, señalándolo.

—Adiós, Justin… Te llamaré cuando llegue a casa. —Lo empujó juguetonamente, para que ya se fuera.

—Buen viaje, amigo mío… Asegúrate de no perderle el rastro a Lauren, que quiero ser el padrino de la boda.

—Si sigues molestando, no lo serás. —Después de decirlo, cayó en la cuenta del impacto que esas palabras podían provocar en Lauren.

—Entonces el próximo año habrá matrimonio —se carcajeó.

—¡Vete Justin! —Leonard sentía que se sonrojaba.

—Yo seré la madrina. —Danielle también rio, al tiempo que tomaba la mano de su novio y lo arrastraba con ella, porque era palpable la tensión de Leonard—. Adiós, chicos, buen viaje. —Se despidió con la mano.

—Adiós, nos veremos pronto.

Lauren se despidió con la mano de los amigos de Leonard y también reía por las bromas, pero latía en ella la ilusión de que su relación con Leonard contemplara un lindo futuro. En cuanto Danielle y Justin subieron a su auto y se marcharon, Leonard le sujetó la mano y entraron al hotel. Ambos iban cargados de libros.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Lauren, cuando caminaban por el pasillo de las habitaciones.

No quería sentir que la despedida estaba cerca, pero la presión de la nostalgia en su pecho era cada vez más fuerte. Ni siquiera deseaba dormir, si por ella fuera se quedaba a pasar junto a Leonard cada minuto que todavía tenían juntos, pero imaginaba que él iba a querer descansar porque su viaje era mucho más largo.

—Tengo que hacer maleta, ver cómo hago para que todo entre o tendré que ir a por otra a primera hora. —No solo había comprado esos libros, llevaba varios recuerdos para sus familiares.

—¿Puedo ayudarte? Me encantaría mucho hacerlo —se ofreció animada.

—Bueno, me vendría muy bien tu ayuda, ya que las mujeres suelen tener más paciencia para cosas como esas —aceptó sonriente, él también quería aprovechar más tiempo junto a Lauren—. ¿Tú no tienes que acomodar tu mochila? Si quieres puedes traerla.

—No, tengo todo ordenado, los libros los llevaré en una de las bolsas —dijo, alzando un poco las bolsas que cargaba.

—Bien. —Le soltó la mano para buscar en el bolsillo de su chaqueta la llave de la habitación—. Agradezco tu ayuda, por favor, no mires el desorden —le pidió, rebasado por una inusitada vergüenza al recordar el desastre que dejó y se arrepintió de no haber dejado quitado el cartel de no molestar para que hicieran limpieza ese día.

—No te preocupes, no lo haré. —Sonrió emocionada pero también un poco nerviosa.

En cuanto Leonard encendió la luz, ella se dio cuenta de que la habitación realmente era un caos, la cama tenía las sábanas revueltas; en el suelo, estaba la maleta abierta con varias prendas regadas; sobre el sillón había más ropa y sobre una de las mesas de noche, un libro y varias pulseras de cuero y anillos de plata; también había una toalla colgando de la puerta del baño y otra estaba en el suelo.

Lauren pudo darse cuenta de eso con un rápido vistazo, ya que no quiso mirar con

detenimiento y mortificarlo con un escrutinio que le pidió no hiciera. Dejó sus libros en la mesa, una parte en ella le divertía toda la situación, pero había otra parte que era toda ansiedad y latidos; nunca había estado a solas con un hombre en una situación como esa, mucho menos con uno que le gustara tanto.

Leonard dejó sus cosas sobre la mesa y caminó raudo mientras se peinaba con los dedos los cabellos. Recogió la toalla del suelo, descolgó la otra que estaba en la puerta y las metió en el baño.

—El secreto está en doblar muy bien las prendas —dijo Lauren para llamar la atención de Leonard. Se dio cuenta de que su voz salió ahogada, por lo que se aclaró la garganta con disimulo—. Primero se debe guardar lo más grande.

—Eso creo, fue mi madre la que me ayudó… Ella supo cómo guardar todo —respondió sin mirarla.

En medio de movimientos torpes, debido a los nervios, intentaba tender un poco las sábanas. Era necesario para él poner el mínimo de orden. Lauren decidió ayudarle, no podía quedarse parada junto a la puerta, solo viendo cómo él hacía las cosas; de lo contrario, su presencia ahí era inútil.

—Empecemos por poner toda la ropa en la cama. —Caminó hasta donde estaba el montón de prendas encima de la maleta abierta.

Leonard se apresuró en ayudarle, agarró un montón de prendas entre vaqueros, camisetas, chaquetas y camisas. Estaba seguro de que la ropa interior y los calcetines los tenía en el baño, en un bolso pequeño; así que por eso no se preocupaba.

—Pondré la maleta sobre el colchón, así no tendremos que estar acuclillándonos a cada segundo.

—Sí, vamos a separar las prendas más grandes, como los vaqueros, pantalones y chaquetas —explicó Lauren, al tiempo que se hacía de un vaquero.

—Gracias, Lauren —dijo él, haciendo lo que ella había sugerido.

—Está bien. —Le sonrió, al tiempo que doblaba que vaquero, haciéndolo lo más pequeño posible.

Leonard miró atentamente como ella lo hacía y en poco tiempo empezó a imitarla, consiguió hacerlo bastante bien.

—Con este terminamos con las prendas grandes… Esta chaqueta la dejaré por fuera, viajaré con ella —dijo refiriéndose a la prenda de cuero marrón, la cogió y la dejó sobre el sillón.

—Sí, es muy importante que dejes por fuera la ropa que usarás para el viaje, así no tendrás que volver a abrir la maleta.

—Tienes razón. —Eligió un jersey beige y unos vaqueros azules de los que ya había guardado. Fue y dejó todo sobre el sillón.

—Ahora podemos acomodar los libros y luego pondremos encima lo que falta —dijo, señalando las camisetas, camisas y otros accesorios como gorros o bandanas—. Así no se maltratan los libros.

Lauren iba a por la bolsa de libros, pero Leonard se le adelantó y le ayudó. Minutos después, quedaron satisfecho con el resultado, ella consiguió acomodar todo y aún quedaba espacio para guardar lo que tenía en el baño, de lo que él se encargaría una vez estuviera solo.

—Creo que está todo —dijo, echando un vistazo a la habitación—. Gracias, Lauren… No habría podido solo, la habría llenado y vaciado unas diez veces sin conseguir acomodar ni la mitad —confesó sonriente, al tiempo que bajaba la maleta.

—Si estás seguro de que todo está listo, entonces voy a mi habitación. —Ella caminó para

salir. Sabía que era el momento de despedirse, pero no quería hacerlo porque temía ponerse a llorar.

—¿A qué hora sale tu tren? —preguntó, reteniéndola.

—Me voy en el de las nueve.

—Entonces puedo acompañarte a la estación.

—¿No perderás tu vuelo? —preguntó y debido a los nervios se mordió el labio.

—No, mi vuelo sale a las dos, puedo acompañarte a la estación y después venir por mi equipaje e irme al aeropuerto. —Se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros—. ¿Te parece?

—Sí —asintió, llevando sus manos a la cintura masculina y lo miró a los ojos—. No quiero decirte adiós, pero sé que debo hacerlo. —De manera inevitable su semblante se cubrió de tristeza.

—Sí, es algo que debemos afrontar, sea ahora o mañana… Irremediablemente tendremos que separarnos, pero con la promesa de que pronto volveremos a encontrarnos… Volveré a verte, Lauren, lo sé, porque desde el instante en que mañana te vea subir al tren, estaré deseando e ideando las maneras para que estemos juntos de nuevo.

—Yo también —murmuro y se lamió el labio, para calmar el deseo que tenía de besarlo.

Ese gesto hizo que las ganas que Leonard, mantenía férreamente contenidas, explotaran; de inmediato, buscó la boca de Lauren y se apoderó de sus labios casi con desesperación. Las manos que hasta entonces habían reposados mansas sobre sus hombros, las llevó al cuello y con decisión la atrajo hacia él.

Lauren se aferró con fuerza al cuerpo de Leonard, le enterró las uñas en los hombros, mientras se ponía de puntillas para reaccionar con urgencia a su boca, no le importaba en absoluto quedarse sin aliento, solo quería sentirlo con fervor por última vez.

Leonard la aprisionó entre la puerta y su cuerpo, no había tiempo para las palabras, solo para besos apremiantes y breves miradas. No consiguió que sus manos se quedaran quietas en el cuello de Lauren, volaron por su cuerpo, acariciando y apretando.

—Leonard —gimió ella, cuando él le apretó una nalga, empujándola más contra su pelvis.

Por primera vez, sentía la contundente dureza de una erección amenazando contra su vientre, lo que hizo que una necesidad irrevocable despertara abrazadora entre sus muslos.

—Sí, lo siento… —dijo agitado—. Tengo que detenerme. —Le repartió besos y chupones por la línea de la mandíbula—. Tengo que parar… —Era un llamado de atención que se hacía a sí mismo.

—No, no lo hagas. —La respuesta de ella fue producto de esa urgencia devoradora que le nubló la razón.

En ese momento era la marioneta de sus hormonas fuera de control; por nada del mundo quería privarse de eso que Leonard le estaba haciendo sentir, quería llegar al límite, necesitaba saber si había un final a todo eso; o si podría ser el inicio de cosas mucho mejores.

Leonard que la deseaba como un loco, no se atrevió a preguntar si estaba segura, porque de ninguna manera implantaría en su cabeza la duda que pudiera despojarle de la posibilidad de tenerla entera para él. Así que, le llevó la mano a la otra nalga y luego de apretarla, bajó ambas manos a los muslos y la cargó, para que ella no tuviera que seguir luchando de puntillas, ni él tener que estar encorvándose.

Lauren se dejó llevar por el instinto natural que la impulsó a separar las piernas y aferrarse a la cintura masculina; con manos temblorosas le apartó los cabellos rubios que le cubrían el rostro, porque necesitaba apreciarlo, asegurarse que Leonard no era una de sus fantasías. Lo miró

a los ojos brevemente porque él volvió al ataque de su boca, tan enérgico como un trueno que desató un temblor por todo su cuerpo, haciéndola gemir cuando estalló en su vientre.

Había pasado los últimos días disfrutando de él, de su presencia, de momentos inolvidables y de sensaciones completamente nuevas, que la tenían viviendo al límite. Anhelaba que ese vértigo no tuviera fin; ahora sabía lo que quería, la certeza la invadió por completo, llevándose sus dudas, quería tener su primera vez esa noche, con Leonard. Quizá después de eso no volverían a verse, porque nada les aseguraba que podrían superar la distancia y el tiempo, pero en ese momento, quería saber lo que significaba pertenecer a alguien.

Las manos de Leonard desataron el nudo de su camisa y se escabulleron por debajo de la tela, sentía el toque caliente de las palmas de sus manos, estrujándole la piel de su espalda y costados. Un jadeo ruidoso y tembloroso terminó sobre la boca abierta de Leonard, cuando él se apoderó de uno de sus pechos; ella jamás había sido consciente de poseer tanta sensibilidad.

—Creo… creo que deberíamos ir a la cama. —Lauren se lamió los labios, repentinamente secos.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó él, con la voz rota por la lujuria que le recorría el cuerpo entero.

—Estaremos más cómodos en la cama. —La vergüenza la inundó, jamás se imaginó haciendo una propuesta como esa. ¿Acaso había dejado que las fantasías en su cabeza nublaran su juicio?

—Sí, estaremos más cómodos, pero… ¿Estás segura?

Leonard la miró a los ojos, no quería que ella creyera que su única intención todo este tiempo había sido llevársela a la cama, porque Lauren de verdad le gustaba, le gustaba para mucho más que sexo.

—Sí, quiero que pase… Quiero vivir esto contigo. —Asintió temblorosa, posando su mano sobre la mejilla izquierda de él—. Sé que, para ti… Aún soy muy joven…

—Y muy inexperta. —Le sonrió con un atisbo de ternura que atravesó la densa niebla del deseo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó parpadeando y luchando con sus ansias. Leonard parecía ver a través de ella, así que no tenía sentido mentir—. Bien. De acuerdo… Serás el primero.

La seguridad corría por sus venas y acercó su cara a escasos centímetros de la de él para mirarlo a los ojos, aún estaba nerviosa, pero no tendría lo que quería si no se mostraba absolutamente convencida. Ella sabía que estaba haciendo lo correcto, su corazón y su cuerpo se lo gritaban, no encontraría a nadie más especial que Leonard, para entregarle su virginidad.

—Lauren… No quiero que lo hagas porque…

—Necesito lo que puedas darme —insistió ella.

Leonard negó con la cabeza, cediendo a sus propios deseos, hundió la mano en el cabello femenino y tiró ligeramente, con la intención de poder exponer para su boca el cuello de Lauren. El beso fue una suave y dulce caricia de labios, que le recorrió la piel del cuello y que la dejó anhelando más; sus deseos fueron concedidos cuando buscó de nuevo su boca. La besó apasionada y juguetonamente; mordisqueó, flirteó y jugó con sus labios, mientras sus dedos se deslizaron por su espalda, para luego aferrarse de nuevo a su trasero.

Cuando Leonard abandonó su boca, sus profundos ojos azules se encontraron con los de ella y la besó en la frente con tanta ternura que los ojos se le llenaron de lágrimas. La llevó a la cama y no supo cómo hizo, pero su cuerpo terminó en el colchón sin mucho esfuerzo.

Leonard se posó sobre ella, tratando de mantener su peso y equilibro sobre sus antebrazos, una de sus rodillas quedó en medio de los muslos de Lauren, que le sonreía entre nerviosa y

ansiosa. Le besó la punta de la nariz, para relajarla, al tiempo que suspiraba para calmar un poco, el descontrolado deseo que lo invadía.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

—Sí. —Lauren asintió e hizo su sonrisa un poco más amplia.

—Realmente, me gustas mucho, Lauren.

—¿Y crees que tú a mí no? —Su voz estaba patéticamente ronca—. Estoy loca por ti…

Leonard sonrió complacido, él también lo estaba por ella. Lauren era especial, podía sentirlo en lo más profundo de su ser; volvió a besarla, mientras sus manos buscaron el botón del short de jeans. Ella gimió dentro de su boca y tembló bajo su cuerpo, eso lo atizó como el fuego, enviando una ardiente oleada de deseo a su miembro.

—Atrévete a más, Lauren. —La instó, tomándole una mano y se la llevó al primer botón de su camisa—. Quítamela.

Ella empezó a deshojar los botones, sus dedos no titubearon y a pesar de los temblores, consiguió abrirla, exponiendo su fuerte y hermoso pecho, que de inmediato la hipnotizó.

Leonard le bajó el short, pero decidió dejarle las bragas, porque quería que esa fuese la última prenda con la que la vería; así que siguió con la camisa, solo tres botones se interponían entre su mirada y la imagen que deseaba ver. En menos de un minuto, ella quedó sobre a cama, solo con las bragas, el sostén y las botas de mediacaña.

La vio tragar grueso y sonrojarse, entonces se levantó, para que ella también pudiera verlo y ante la mirada inocente de Lauren, se quitó los vaqueros y las botas. La mirada de ella voló a su erección, que solo cubierta por la ropa interior, se notaba más amenazante. No quería alterarle más los nervios; por lo que, se apresuró a acomodarse sobre su cuerpo, bien sabía que era mejor si lo sentía.

Leonard se inclinó y la besó en los labios, un suave toquecito de piel contra piel; él jugueteaba, sus labios rozaban los de ella y luego se apartaban, pero de repente la sorprendió cuando su lengua se abrió paso en su boca y terminó dejándola sin aliento. Ese beso le hizo olvidar el temor que le provocó ver el tamaño del pene de Leonard, no creía ser anatómicamente capaz de poder recibirlo en su interior.

Él deslizó la mano desde la deliciosa curva de su cadera hasta el montículo que formaba el Monte de Venus, por encima de la delicada tela de las bragas. Leonard cerró los ojos y su boca se hizo agua mientras se inclinaba, dejando que su nariz encontrara el cuello femenino.

Lauren gimió y sus caderas se movieron hacia los dedos masculinos; entonces él se aventuró a deslizarse a través de sus suaves pliegues; Lauren se sacudió y un pequeño grito se escapó de sus labios carnosos.

Ella se estaba poniendo caliente.

Él ya estaba ardiendo.

Mientras sus dedos exploraban, aun por encima de la húmeda tela de las bragas, sus labios repartían besos y caricias por el pecho.

—¿Quieres que me lo quite? —le preguntó Lauren, al ver que su sostén se había convertido en una barrera para la boca de Leonard.

—Déjame ayudarte —murmuró él, con una sonrisa.

La lujuria más primitiva golpeaba en su interior y la satisfacción corría por sus venas; se incorporaron un poco, entonces Leonard le llevó las manos a la espalda y desabrochó el sostén; en medio de una delicada caricia, deslizó por los hombros los tiros de la prenda.

El rostro de Lauren se pintó de carmín y bajó la mirada cuando el sostén ya no le cubrió los pechos.

—Eres hermosa, Lauren… bellísima —musió ronco, le sujetó el mentón, instándola a que levantara la cara y lo mirara a los ojos—. Preciosa —elogió y le dio un delicado beso en los labios.

Ella lo miró con la inocencia y la necesidad brillando en sus ojos, Leonard sintió a su corazón dar un vuelco, era tan hermosa, tan tímida y sensual al mismo tiempo. Había algo en Lauren que le hacía desear tomarla de todas las maneras que conocía, mientras le decía lo perfecta que era. Ya no podía esperar más; así que empezó a quitarle las botas, cada una hizo un sonido hueco al caer sobre la alfombra.

Ella se quedó mirándolo, preguntándose cómo podía ser tan afortunada; su torso era suave, definido y casi dorado, si él no resplandecía, era solo porque resultaba imposible para la piel humana hacerlo. Su mirada bajó hasta detenerse en la insistente erección que parecía a punto de saltar de la ropa interior; de pronto, tuvo la necesidad de sacar su lengua para humedecerse los labios resecos.

Leonard volvió a buscar la boca de Lauren, sus labios rozaron los de ella, mientras se posaba una vez más sobre su cuerpo; ella pudo sentir la erección empujando suavemente contra su vientre. Eso la hizo estremecer, al comprender que él era grande, pero quería que fuese el primero y ella ser su mujer en todos los sentidos de la palabra.

Sin embargo, mientras le rodeaba el cuello con los brazos, admitió en pensamientos que no estaba siendo inteligente, lo conocía desde hacía unos pocos días, pero era demasiado tarde, él ya estaba en su corazón. Le devolvió el beso y la necesidad se extendió a través de ella, empujó las caderas hacia las de él en una súplica silenciosa. Se estaba engañando a sí misma si pensaba que una noche con Leonard le bastaría; quería una vida entera.

Él se apartó y empezó a repartirle besos, bajando por su cuerpo, ella se estremeció cuando sus labios se arrastraron por su cuello y su lengua se paseó por la clavícula. Leonard le rozó los pezones con un tierno deslizamiento de su pulgar, arrancándole un jadeo cuando lo pellizcó, mientras su lengua hacía círculos en el otro; nunca hubiera imaginado lo sensibles que podían ser las pequeñas protuberancias.

Cuando Leonard se metió el pezón profundamente en su boca, ella lo sintió caliente entre sus muslos; cerró los ojos y dejó que el toque le incendiara la piel. Se arqueó ante la ardiente y desbocada necesidad que él estaba creando en ella, era tan poderoso lo que sentía, que incluso le costaba respirar.

Con una larga succión, Leonard le soltó el pezón, solo para iniciar con una lluvia de besos por su pecho y torso, su lengua se adentró en su ombligo, lamiendo en línea recta hacia el límite de sus bragas. Ella sintió un repentino azote de pudor, por lo que lo retuvo por sus cabellos rubios, largos y revueltos. En respuesta, Leonard gruñó, quizá desaprobando que lo retuviera, pero de lo que sí estuvo segura, fue que pudo sentir ese gruñido retumbando por su piel.

—¿Quieres que te la quite? —preguntó, con las manos sobre las caderas, a un sí o no, de empuñar la delicada tela.

Lauren movió la cabeza, afirmando en medio de temblores, su respiración y latidos eran tan intensos que podía sentir cómo le bombeaba la sangre por todo el cuerpo.

Él también asintió, como si acabaran de afirmar un acuerdo; bajó la mirada, para admirar cómo iba descubriéndola centímetro a centímetro. Inspiró hondamente, cuando bajó la prenda por los muslos y luego la deslizó por sus piernas y tobillos, dejándola completamente desnuda ante él. Reafirmaba que era perfecta.

—Lauren, te necesito —su voz era profunda y sincera.

No podía esperar más, las ganas estaban haciendo estragos dentro de él, tensando tanto su

miembro, que comenzaba a resultarle doloroso. Sin perder tiempo, se bajó la ropa interior, quedando desnudo frente a ella, pudo ver una mirada de asombro, inocencia y deseo, apoderarse de los ojos de Lauren.

Ella había visto la desnudez de los hombres, pero solo en estatuas o en pinturas, jamás con las dimensiones que tenía en frente, pensó si eso era normal. Trago grueso, confiando que la experiencia iba a ser extraordinaria, como todo hasta el momento; así que, sonrió y tendió los brazos, dándole la bienvenida.

Antes de irse a los brazos de Lauren, buscó en el cajón de la mesita de noche, los preservativos. Abrió un condón y empezó a ponérselo, sus manos temblaban. Luego se acomodó sobre ella y sus ojos brillaron con un oscuro e insondable azul, mientras la agarraba de las caderas, su pene apenas le tocaba la vulva.

—A partir de aquí, no hay vuelta atrás —le susurró, mirándola a los ojos, preparándose para aliviar la ansiedad que lo sometía.

—No quiero volver atrás —dijo y asintió, mirándolo a los ojos, sintiendo la piel caliente y temblorosa de Leonard rozar la suya.

Con una mano se aferraba a su hombro y con la otra le apartaba el pelo de la cara, para poder mirarlo a los ojos cuando la hiciera su mujer. Leonard empujó con cautela, uniéndolos con un movimiento sencillo y fluido, tanteando y abriéndose paso, podía sentir sus pliegues suaves e hinchados.

Lauren empezó a sentirlo dentro, poquito a poco, reclamando milímetros en ella, dilatándola para hacer ese momento menos incomodo, pero cuando llegó a una parte, una mezcla de dolor y ardor hizo que se tensara. Entonces supo que esa era la barrera de la virginidad, ya sus amigas se lo habían dicho.

—¿Estás bien? Puedo parar —dijo él, aunque lo menos que deseaba era detenerse; por el contrario, quería hundirse en ella.

—Estoy bien —gimió con el ceño fruncido, luchó por mostrarse valiente y suspiró separando más los muslos.

—Será más fácil si lo hago rápido.

—Confío en ti. —Lauren asintió.

Leonard sabía que lo mejor era desviar su atención de la penetración; así que, le dio un beso profundo y húmedo, hasta que sintió que su cuerpo se relajaba. Luego de una estocada, atravesó la barrera y se mantuvo hundiéndose cada vez más.

Lauren sintió que el dolor se hizo más agudo y su cuerpo se estremeció por completo; interrumpió el beso ante el jadeo cargado de llanto que no pudo contener. Apretó sus párpados con fuerza, mientras el aire salía de entre sus labios en bocanadas; sabía que no iba a ser fácil albergar en su interior la gran longitud de Leonard.

—Pasará, pasará… Lauren —la consoló, repartiéndole beso por su cara, sin dejar de moverse dentro de ella—. No te quedes quieta, déjate llevar, mueve las caderas.

Ella así lo hizo y casi enseguida el dolor fue disminuyendo, dando paso a una extraña y deliciosa plenitud que aumentaba a cada segundo. Una nueva oleada de calor atravesó su cuerpo, inflamando su sexo y haciéndola temblar; no pudo contener los sonidos que brotaban de sus labios, eran una mezcla de gemidos y jadeos roncos.

Leonard gruñó y empujó en su interior con estocadas lentas y cortas; un centímetro dentro y después fuera, haciéndolo con cuidado, entrando y saliendo, dándole tiempo para tenerla cómodamente.

Lauren dejó que sus manos encontraran la espalda de Leonard; su piel estaba caliente, era

suave, sus músculos se juntaban mientras la penetraba, sus estocadas la quemaban y la llenaban, se volvían más y más urgentes, mientras él le depositaba besos a lo largo del cuello.

—¿Estás bien? ¿Se siente mejor? —preguntó en medio de un delicado mordisco en el lóbulo de la oreja de Lauren.

—Sí, sí… Estoy bien. —Ella jadeó, luego presionó los labios en su hombro, cerrando también los párpados.

Leonard empujó más deprisa, golpeando algún lugar dentro de ella. Empezó a sentir un placer mucho más profundo y exigente que todo lo que había vivido hasta ahora. Lloriqueó y envolvió las piernas alrededor de Leonard, corriendo al encuentro de sus embestidas, entregándose completamente a él.

—Casi, cariño… casi —gruñó Leonard, que podía sentir sus rápidos latidos y todo su cuerpo estaba tensándose.

Lauren gimió larga y roncamente cuando estalló y el placer la hizo estremecerse, Leonard la sostuvo por las caderas, hundiéndose con fuertes empujes, gruñendo con los dientes apretados mientras se corría. Gritó su nombre y empujó profundamente, como si quisiera fundirse con ella; su cuerpo se estremeció y cayó sobre ella, al tiempo que se sacudía con pequeñas réplicas.

Reunió la fuerza suficiente para alejarse un poco y no sofocarla con su peso, luego la rodeó con sus brazos y se tendió de espaldas, poniéndola sobre su pecho, mientras intentaba respirar. Ella gimió, sintiéndose completamente exhausta y en paz; ahí era donde quería estar. Eso era lo que había esperado y más.



CAPíTULO 31

La noche y madrugada había sido maravillosa e inolvidable, después de esa primera entrega, se fueron juntos al baño y se metieron en la bañera. Leonard tuvo la delicadeza y la atención para limpiarla con suaves caricias, mientras le repartía besos por el cuello y hombros, mientras le repetía que había sido extraordinario, que ella era extraordinaria; Lauren sonreía con la satisfacción rezumando por sus poros, como si hubiera encontrado una parte en Leonard que nunca hubiera pensado hallar.

—Mierda, Lauren… Estoy enamorado —confesó, admirándola sonriente—. Me encanta tu sonrisa, tu abundante cabello castaño claro y la curva de tus caderas, amo la forma en que me

miras… —enumeró mientras sus manos se deslizaban por sus costados en una constante caricia —. Nunca he sentido por una mujer lo que siento por ti. —Se acercó y la besó, tocando suavemente con sus labios los de ella.

El corazón de Lauren le dio un vuelco en el pecho. Estaba enamorada por primera vez y por última vez, su corazón se lo decía. Nunca había amado a nadie de la forma en que amaba a Leonard, le cogió la cara con las manos y fundió su mirada con la de él.

—Te amo —susurró Lauren desde lo más profundo de su corazón.

Leonard dejó ver una sonrisa radiante que iluminó sus ojos, le envolvió la cintura con los brazos y la atrajo hacia él, sus cuerpos se unieron mientras sus bocas una vez más se fundían en un beso pleno y hermoso. Luego de un largo rato en la bañera, Lauren decidió que era momento de regresar a su habitación; salió del agua y se envolvió en una toalla, luego empezó a recoger su ropa del suelo.

—Duerme conmigo esta noche —le pidió Leonard, sujetándola por la mano, para acercarla a su cuerpo.

—¿Eso quieres? —preguntó sin poder ocultar la emoción que se reflejó en su mirada.

—Por eso te lo estoy pidiendo —le sonrió y le acarició con el pulgar los nudillos.

Ella se puso solo las bragas y la camisa, a pesar del grado de intimidad que habían compartido, no se sentía cómoda, paseándose desnuda delante de Leonard.

Él también decidió ponerse solo la ropa interior, más que por su propio pudor, lo hizo por Lauren. Juntos se metieron a la cama y se quedaron abrazados, contaban con poder dormir unas cuatro horas; antes de que ella tuviera que irse a su habitación para prepararse.

Sin embargo, solo durmieron poco más de dos horas; ya que, Lauren despertó con ganas de ir al baño, al regresar se metió con mucho cuidado en la cama y abrazó a Leonard para volver a refugiarse en su calor, ese movimiento lo hizo despertar.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —le preguntó al tiempo que la estrechaba en el abrazo.

—Estoy bien —suspiró, con la cabeza sobre el pecho masculino. Casi no podía creer que estaba ahí con él. No quiso decirle que más que dolor lo que le incomodó un poco fue el ardor al momento de orinar, pero estaba segura de que iba a pasar—. ¿Y tú cómo estás?

—Feliz, se siente muy bien tenerte entre mis brazos. —Le besó los cabellos. Ella alzó la cabeza para mirarlo, él dio un beso en la frente, luego otro en la punta de la nariz y por último en los labios—. Duerme.

—No quiero perderme ni un minuto a tu lado —sonrió extasiada.

—Debes estar exhausta.

—No, no lo estoy, tú me recargas de energía.

Leonard apoyó sus labios sobre los de ella, en un beso lento que poco a poco fue cobrando intensidad; una vez más, cedieron ante el calor del momento y el descontrol de las hormonas. Sin perder tiempo se desnudaron; esta vez, él se puso de lado detrás de ella y comenzó a repartir besos por toda su espalda, mientras le acariciaba los senos y le susurraba lo maravillosa que era, lo que le hacía sentir y lo que deseaba hacerle, aunque sin ser muy explícito para no escandalizarla.

Lauren sentía como el calor iba cobrando vida en su vientre, como sus pezones se ponían duros bajo las intensas caricias de su novio y cómo su sexo se tensaba con expectación, a la espera de lo que él pudiera entregarle. Apenas tenía la experiencia ganada en los encuentros previos de esa noche, pero estaba dispuesta a aprender mucho más para complacerlo; por lo que, se dejó guiar por Leonard, entregándose por completo, así fue como entre besos y caricias, descubrió otra manera de hacer el amor, que fue igual de excitante y placentera que las

anteriores.

Horas después se encontraban en el andén de la estación de Waterloo, a pocos minutos de que Lauren abordara el tren que la llevaría a Birmingham; estaban de pie uno frente al otro. Ella sentía que su cuerpo todavía zumbaba debido a las horas que pasó haciendo el amor con Leonard, pero su corazón dolía y amenazaba con paralizarse, debido a la inminente despedida.

—¿Tienes el número de teléfono de casa? —le preguntó Leonard, su voz estaba notablemente ronca.

—Sí, aquí lo tengo. —Sacó del bolsillo de su chaqueta el papelito en el que él le anotó el número y la dirección.

Era una hoja que arrancó de la agenda que estaba sobre la mesita de noche en el hotel. Se aseguró de ver el papel para devolverlo al bolsillo.

—¿Estás segura de que no quieres darme el número de la casa de tus padrinos? —preguntó una vez más. Quería asegurarse de seguir en contacto con ella.

—No, es que mi padrino es muy estricto.

Ella no podía darle el número de la casa parroquial, si el padre Francis se enteraba de que había salido con un desconocido, no solo le daría un gran sermón, sino que corría el riesgo de que renunciara a su tutela y lo menos que quería era terminar de vuelta en la casa de Harriet.

—Le preguntaré a una amiga si puede prestarme su dirección para que me escribas a su casa… Mañana te llamo y te confirmo. —La voz de ella también vibraba. Dios, daría cualquier cosa por no tener que decirle adiós a Leonard.

—Voy a extrañarte Lauren. —La abrazó con fuerza, luego se apartó y le sujetó las manos.

—Yo también lo haré, cada minuto… No quiero que tengamos que separarnos. —El mentón le tembló y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No llores, por favor —le suplicó, aunque su propia voz se volvió aguda—. Verás que el tiempo pasará muy rápido… Haré lo posible por venir en unos meses, pero si debido al trabajo no puedo… Estaré aquí el siguiente verano, te parece si concertamos una cita; el trece de julio del próximo año, nos encontraremos en el mismo hotel. —Hacer planes aliviaba un poco la nostalgia del momento.

Lauren asintió con la cabeza; aunque quería complacer a Leonard y no llorar, la verdad era que no podía contener el par de lágrimas que se le derramaron. Él no podía comprender que estaba cansada de las despedidas, de que las cosas buenas fueran tan efímeras para ella.

Un tumulto de emociones surgió y se agolparon en el pecho de Leonard. Joder, la amaba. Absolutamente. Sus lágrimas le causaban comezón en los ojos, apretó los dientes y maldijo, sentía que el pecho se le estaba abriendo en dos, al verla llorar.

—Lo siento —musitó Lauren, limpiándose las lágrimas.

—Confía en mí. Es difícil esta despedida, pero te prometo que cuando volvamos a vernos, haré todo lo posible para que olvidemos cada minuto que pasemos alejados.

Lauren se puso una mano sobre la boca, conteniendo el llanto; en ese momento, hicieron el llamado para abordar el tren con destino a Birmingham. Leonard cerró brevemente los ojos, el dolor se posó sobre él, casi aplastándole, nunca había sentido algo igual.

—Ven aquí —susurró con la voz ronca.

Leonard le rodeó la cintura con los brazos y la acercó, ella se dejó arrastrar, devolviéndole el abrazo, al tiempo que hundía el rostro en su pecho. Lauren necesitaba consuelo y él se lo daría; además, estar cerca de ella, sintiendo el calor de su cuerpo, también le calmaba a él.

—Ya sabes, el próximo año en el hotel.

—Prefiero que podamos vernos mucho antes, no quiero esperar un año… es demasiado

tiempo. —Sabía que podría sonar caprichosa, pero esa su más ferviente deseo.

—Lo intentaré, te lo prometo —prometió, intentando sonreír.

Le acunó la cara y le dio un beso, dejando su alma en cada roce de su lengua, quería que el sabor de la boca de Lauren permaneciera en la suya hasta que volvieran a verse, que el calor de su cuerpo lo envolviera hasta tenerla en sus brazos una vez más.

Ella correspondió al beso con el mismo ímpetu, se entregaba a él sin miedo al qué dirán, sin importarle si eran la desaprobación de quienes le rodeaban. En ese instante, solo le importaba Leonard, quería que el tiempo se congelara y no tener que separarse nunca.

—Ya, ve o perderás el tren —dijo él, apartándose del beso, cuando hicieron el último llamado—. Te quiero, no lo olvides… —dijo mientras Lauren retrocedía para subirse al tren y seguía mirándolo—. Esperaré tu llamada. —Agarró la bolsa de los libros, que ella casi olvidaba y caminó para entregársela.

—Espero que no te moleste que te llame todos los días, porque eso haré. —Recibió la pesada bolsa, intentando sonreír.

—En absoluto, solo espero que tu padrino no se moleste mucho cuando le llegue la cuenta del teléfono… Así que busca un número al cual pueda llamarte.

—Lo haré, te lo prometo. —Ella subió al tren, le lanzó un beso y le dijo adiós con la mano, mientras se tragaba el nudo de lágrimas que tenía en la garganta.

—Señorita, busque su puesto, por favor —le solicitó uno de los trabadores de la empresa ferroviaria.

Lauren sacó el billete del bolsillo de su chaqueta para buscar el asiento que le había asignado. Era el 22B, agradeció que fuera junto a la ventana. Se sentó y miró hacia atrás, Leonard seguía en el andén, por lo que le hizo señas para que la viera.

Él corrió para estar junto a la ventana, se quedaron mirándose y sonriéndose; aunque ya Lauren no podía seguir reteniendo su llanto, el cual se hizo más fuerte cuando sintió que el tren empezó a avanzar. Volvió a decirle adiós con la mano a Leonard, que correspondió de la misma manera, y ya cuando había avanzado algunos metros le pareció verlo limpiarse las lágrimas; eso le rompió el corazón, si hubiese podido, habría mandado a parar el tren y se habría bajado.

—Señorita, disculpe ¿tiene su boleto? —le solicitó una operaria, cuando llevaba unos diez minutos de trayecto.

—Sí, aquí tiene —su voz aún era un chillido, ya había dejado llorar, aunque de vez en cuando seguían escapándosele algunas lágrimas.

—Muchas gracias. —Le devolvió el boleto luego de verificarlo, la miró con suspicacia—. ¿Se siente bien? —preguntó con cautela, al ver el estado de la jovencita.

—Sí, sí… solo una difícil despedida. —Trató de sonreír, mientras volvía a meter el boleto en el bolsillo de su chaqueta.

—Puedo ayudarle con la mochila, la pondré en el compartimiento superior, así puede ir más cómoda —se ofreció con cordialidad.

—Por favor, pero antes déjeme sacar algo. —Abrió la mochila y buscó su walkman, luego de cerrarla, se la entregó—. Muchas gracias.

Una vez que la mujer se marchó, se puso la diadema de los auriculares y reprodujo el casete. Inmediatamente la potente voz de Ozzy Osbourne de Black Sabbath con la canción Never Say Die, le llenó los oídos. Además, se hizo del libro Tesoros de los Uffizi y empezó a ojearlo.

Esa poca distracción le sirvió para alejarla la nostalgia que por momentos que quería devorársela. Sabía que no estaría bien en los próximos días y que debería hacer un grandísimo esfuerzo para que nadie en el oratorio se diera cuenta de su mal de amor. Solo esperaba que no

notaran el cambio en ella, porque definitivamente no era la misma chica que salió de Birmingham el viernes por la mañana.

No se dio cuenta que se quedó dormida, con la cabeza apoyada en el cristal, hasta que sintió que alguien que la sujetaba por el hombro, la removía para despertarla.

—Señorita, hemos llegado.

Pudo leer en los labios de la mujer lo que le decía, porque lo único que escuchaba era Sunshine of Your Love de la banda Cream. Aún algo aturdida por los vestigios del sueño. Se bajó la diadema para oírla.

—Disculpe —dijo espabilándose.

—Hemos llegado.

—Oh, sí… lo siento —dijo al ver que estaba sola en el vagón y que el tren estaba en el andén—. Muchas gracias.

Se apresuró a guardar el libro en la bolsa, se levantó y tuvo que ponerse de puntilla para sacar su mochila del compartimiento superior. Con mochila a cuesta y bolsa de libros en mano, salió de la New street station, para buscar un taxi.

—¡Lauren! ¡Lauren!

Escuchó la voz del padre Francis llamándola, buscó por encima de las cabezas de las personas a la salida de la estación.

—¡Padre! —Alzó la mano para hacerle saber que lo había visto, corrió hasta donde él la esperaba junto a su coche. Un Audi 80 que era de un color rojo opaco, o quizá el color era naranjado. Nunca había conseguido descifrarlo—. Padre, no sabía que vendría a buscarme… Muchas gracias. —Esa mañana cuando lo llamó antes de salir del hotel, le dijo a qué hora llegaría, pero jamás imaginó que se tomaría la molestia.

—Es mejor que viniera por ti, nunca se sabe qué degenerado puede estar conduciendo un taxi.

—Ay, padre, me hace muy feliz verlo.

Lo abrazó con infinito cariño. Aunque los Spencer la adoptaron y le dieron la oportunidad de ser su hija; lo cierto, era que para ella su verdadera familia eran las personas que la criaron en el oratorio, ellos eran todo lo que conocía.

—A mí también me hace feliz verte, me tranquiliza que llegaras con bien… Déjame ayudarte —le pidió la bolsa con los libros y se dio cuenta de que en el rostro de Lauren había huellas de llanto—. ¿Si estás bien? ¿Quién te hizo llorar? ¿Fue de nuevo el Brendan ese?

—Estoy bien, padre —lo apaciguó, mientras pensaban en una excusa creíble—. Lo único que me hizo llorar, fueron los recuerdos… solo eso —murmuró, desviándole la mirada.

Caminó hasta el coche, abrió la puerta trasera y puso sobre el asiento la pesada mochila. Francis también dejó la bolsa con los libros.

—Bueno, hija mía… A veces los lindos recuerdos también nos hacen llorar.

—Sí. —Subió al asiento del copiloto—. Archie le envió saludos —le comunicó, aunque era una pequeña mentira.

—Es un buen hombre —dijo, al tiempo que hacía girar la llave para encender el motor.

—Lo es. —sonrió y asintió porque era cierto—. Debo llegar, comer algo y cambiarme para ir al trabajo. —A las tres de la tarde debía recibir su turno en el supermercado.

—Cuando lleguemos ya debe estar lista la comida.

—Estoy hambrienta —exhaló, llevándose una mano a la panza.

—¿No te dieron desayuno en casa de Harriet? —preguntó sin desviar la mirada del camino.

—Sí, sí… —Lauren tragó grueso para pasar el nudo de nervios en su garganta—. Pero comí

poco, ya sabe que me pongo nerviosa cuando viajo, entonces preferí solo una taza de té y un custard.

La verdad, se le hizo tarde por estar entre los brazos de Leonard, por lo que no les dio tiempo de desayunar. Ahora que él asaltaba sus recuerdos, le fue imposible no sonrojarse furiosamente y tuvo que esquivar la mirada al paisaje. Se moriría de la vergüenza si el padre Francis se enterara de todo lo que había hecho.

Cuando llegaron al oratorio, Lauren se apresuró a saludar a las religiosas con las que se encontró, luego corrió a la habitación que compartía con la hermana Antoniette. Dejó sobre la cama la mochila y la bolsa de libros, luego se quitó la chaqueta y la colgó en la percha que guardó en su armario. Solo en la parte interna de las puertas y en el fondo del armario era que podía tener pegados algunos afiches de sus bandas favoritas; también, en el último cajón, tenía todas las revistas y casetes.

Fue al gran comedor, en el que ya estaban sirviendo la comida, desde que regresó al orfanato, ella comía en la misma mesa de las religiosas, desde donde podían también supervisar a los niños.

Lauren muchas veces se quedaba mirándolos, viéndose reflejada en ellos; en sus personalidades llenas de inocencia, ternura, picardía y testarudez. En ocasiones se compadecía de las hermanas, porque no era fácil lidiar con tantos niños; algunos más conflictivos que otros.

Se sirvió estofado de res, con patatas asadas, judías y zanahoria hervida, acompañado con agua de cebada con limón. En cuanto terminaron de dar gracias por los alimentos, Lauren atacó el plato, debía darse prisa si quería llegar a tiempo a su trabajo.

—Permiso, madre… Hermana Antoniette —se dirigió a sus acompañantes que aún tenían comida en el plato—. Tengo que entrar a las tres al trabajo.

—Está bien, cariño. Puedes retirarte —concedió la madre superiora—. Esta noche, sino llegas muy cansada, nos cuentas de tu viaje.

—Sí, claro… lo haré —dijo, al tiempo que se levantó—. Con su permiso. —Hizo una pequeña reverencia y salió rauda.

—Adiós, Lauren… —dijeron algunos de los niños.

—Adiós, cuando llegue del trabajo, pasaré por sus habitaciones a darles las buenas noches. —Se despidió con la mano—. Pórtense bien con las hermanas.

Regresó a la habitación, que contaba con la fortuna de tener baño privado, entró, se lavó los dientes y la cara, para espantar el sueño que empezaba a pasarle factura. Se recogió la mitad del cabello en lo alto e hizo una coleta de medio lado; luego fue a buscar en el armario su uniforme, que era lo único que no le gustaba de trabajar en el supermercado. Era un vestido de botones, en color celeste que le llegaba por las rodillas y tenía los ribetes de las mangas y el cuello en blanco.



CAPÍTULO 32

Lauren llegó al supermercado diez minutos antes de su horario de entrada, saludó a su jefe y se fue directa al baño, buscó en su cartera el neceser para maquillarse, ya que la presencia era muy importante en su área. Desde hacía algunos años los colores llamativos eran la tendencia y realmente le gustaba usarlos; así que, se aplicó una sombra rosa, se hizo un delineado negro y se peinó hacia arriba sus abundantes cejas.

También fue bastante generosa con el rubor y los labios, los cuales maquilló con el mismo tono rosa y terminó con máscara de pestaña, que se aplicó tres capas para que sus ojos se vieran más llamativos.

Ya en los casilleros guardó su cartera y sacó el delantal, mientras se lo ataba a la espalda, vio llegar a Tracy.

—¡Lauren! —Se acercó rápidamente y la abrazó.

—Tracy… Me alegra tanto verte —correspondió al abrazo.

—A mí, también… Tienes que contarme cómo fue estar en ese concierto. Todo el mundo no hace más que hablar de eso.

—Sí, fue extraordinario, pero tengo muchísimo más por contarte —chilló emocionada.

—Ay, ya quiero saber todo, pero debo darme prisa. —Ella dejaba en el casillero sus maquillajes, por lo que sacó el neceser para ir al baño.

—Sí, mejor ve a maquillarte, para que estés a tiempo. —La alentó urgida—. Vamos a ahorrarnos los regaños del señor Owen. Hablamos cuando terminemos el turno… Iré a recibirle a Cornelia.

De camino a la caja registradora, Lauren cayó en la cuenta de que Leonard ya debía estar en el vuelo hacia Estados Unidos; se moría de ansias por llamarlo y poder escuchar su voz, pero debía ser paciente. Para que llegara a su destino pasarían unas quince horas; tenía que hacer una escala en Nueva York y luego tomar otro avión a su estado; además, debía tener en cuenta las cinco horas del cambio horario. Suspiró algo desesperanzada, porque todo eso podría influir en su relación.

—Hola, Lauren, ¿cómo te fue? —saludó Cornelia.

—Hola, Cornie, muy bien, gracias… El Live Aid, fue sorprendente.

—Sí, puede ver la retrasmisión, no cabía ni un alfiler en el Wembley.

—Sí, por un momento temí que me asfixiaran…

—Jovencitas, ¿qué sucede? A trabajar —reprendió Owen, el supervisor del personal; al ver el parloteo en entre ellas, mientras un par de clientes esperaban para ser atendidos.

—Revisa, por favor —pidió Cornelia debido al llamado de atención—. Luego me cuentas —susurró sonriente.

—Está perfecta. —Lauren le sonrió, tras verificar el fondo de caja—. Muchas gracias, Cornie —Se volvió a mirar a la señora que esperaba por ser atendida—. Buenas tardes, bienvenida —sonrió afable—. Disculpe la demora —le dijo mientras registraba el primer producto. Una caja de jabón en polvo.

—No te preocupes, cariño —comprendió la regordeta mujer de unos cuarenta años.

Lauren le sonrió y siguió registrando la compra, al terminar, le dio el total y luego la despidió deseándole una buena tarde. Justo antes de que pasara el siguiente cliente, llegó Tracy para recibir su turno en la caja registradora de al lado.

A pesar de que la tarde no había sido tan concurrida y tuvieron momentos de descanso, no se les tenía permitido conversar, más que compartir algunas palabras; según el señor Owen, eso las distraía de sus funciones y podrían tomar el mal hábito de hablar de su vida personal delante de la clientela, lo que realmente no estaba bien visto.

Lauren estaba tan ansiosa por contarle a Tracy todo lo vivido el fin de semana, que la jornada de ese día se le hizo eterna.

—Conocí a un chico maravilloso —susurró a su amiga, cuando por fin la tienda cerró y ellas estaban contando el dinero de sus ventas.

—Quiero los detalles —chilló entusiasmada.

—Te invito un porky hash —ofreció Lauren.

—Mejor aún —rio, al tiempo que cerraba la caja registradora.

Caminaron hasta la oficina del señor Owen y le entregaron el cierre de sus ventas. Le

desearon buenas noches y se fueron a sus casilleros, se quitaron los delantales, cogieron sus carteras y salieron por una puerta trasera, por la que solo tenían acceso los empleados y proveedores.

—Primero tengo que llamar al padre Francis, para decirle que llegaré un poco tarde —le comunicó, mientras caminaban al restaurante.

—También tengo que llamar a mi mamá.

Entraron en la primera cabina telefónica que se encontraron e hicieron las respectivas llamadas telefónicas, para evitar preocupar a sus seres queridos. Con el permiso de la madre de Tracy y del padre Francis, llegaron más tranquilas al restaurante que estaba de camino del oratorio.

El local de estilo victoriano con una cálida fachada verde menta, estaba ubicado junto al canal Old Line de Birmingham. Las chicas eligieron una mesa en la terraza con vistas hacia los edificios al otro lado.

—Ahora sí, cuéntenmelo todo —exigió Tracy, mirándola fijamente—. ¿Cómo es que conociste a un chico? Bueno, no es algo imposible, pero… —La curiosidad hacía mella en ella.

—Lo extraordinario no es que haya conocido a un chico… Es que Leonard es muy parecido a Bret —anunció con la mirada brillante.

—¿Bret? —Tracy juntó las cejas ante la confusión.

—¡Bret Michaels! —exclamó sin poder creer que Tracy hiciera semejante pregunta—. Mi amor platónico, el vocalista de Poison.

—Oh, sí, el rubio de pelo largo… Es que son tantos grupos de rock de los que me hablas, que ya no sé quién es quién.

—Pero deberías saber que Bret, es mi favorito —sonrió—, porque es el más guapo de todos. Bueno, en comparación con Leonard, ya no es tan guapo, porque él es muchísimo más guapo —suspiró enamorada.

En ese momento llegó la mesera con un uniforme algo parecido al de ellas, pero en color rosa, con libreta en mano les tomó el pedido. Lauren pidió las patatas troceadas con beicon, que le había prometido a Tracy, y para ella se pidió unas albóndigas de cerdo; ambas quisieron de tomar Coca Cola.

—¿Y lo conociste en el Live Aid? —Tracy continuó la charla.

—Sí, me regaló una botella de agua y como vio que estaba sola, me invitó a su grupo, que eran su amigo Justin y la novia Danielle… En serio, Tracy, me impresiona lo mucho que se parece a Bret, es rubio, pelo largo, ojos azules… También es de Estados Unidos…

—¿Y si era él? —Tracy se mostraba bastante animada.

—No, no lo es, no tiene los tatuajes. Aunque sí, se parecen mucho, pero estoy segura de que no son el mismo; además, Leonard es más joven —dijo, apenas deteniéndose para respirar, por lo que terminó con una larga exhalación.

Una vez aclarado ese punto, siguió con su historia, le contó sobre cómo la subió en sus hombros, la llevó al pub con sus amigos y cómo la besó frente a la casa de su tía. Entretanto, Lauren le contaba todo, llegó la comida, que se veía y olía delicioso.

Tracy suspiraba, ya quisiera ella que le pasara algo remotamente parecido. Todo lo que le contaba Lauren, era como un maravilloso sueño, hasta que se transformó en una pesadilla, cuando le contó cómo Brendan la atacó y la besó a la fuerza.

—¿Tu primo? —preguntó horrorizada—. ¿Se lo dijiste a tu tía? —preguntó mientras pinchaba una patata bañada de queso cheddar.

—Sí —masculló con los dientes apretados, recordar eso le causaba mucha molestia—. Por

supuesto que lo acusé delante de todos, pero Harriet lo defendió, más allá de que él sea su hijo, es que yo no le agrado ni un poco. Me odia; si por ella fuera, hiciera añicos mi acta de adopción.

Tracy conocía la historia de Lauren, desde el momento en que se conocieron, prefirió ser sincera al decirle que fue adoptada, pero como sus padres fueron asesinado, regresó al orfanato en el que se crío.

—¿Cómo que lo defendió? Eso es repudiable. —Tracy se molestó tanto como Lauren, se sentía indignada y eso que fue a la que le pasó.

—Ella prefirió reprochar mi comportamiento, ¿puedes creer que dijo que las señoritas no hacían eso? O sea, estuvo mal que me besara con un chico, pero no que su hijo me lo hiciera a la fuerza… Eso lo evadió por completo. —El rostro se le pintó de carmín por la rabia y la indignación que sentía al solo recordarlo—. Por eso tomé una decisión, mañana voy a llamar al señor Thompson.

—¿El abogado? —preguntó, parpadeando.

—Sí, concertaré una cita personal con él… Voy a explicarle toda esta situación y renunciaré al apellido y a la herencia…

—Lauren, ¡estás loca! No puedes hacer eso, no puedes quedarte sin herencia —intervino Tracy, no podía secundarla en eso. Comprendía que estuviese herida e indignada, pero de ahí a renunciar a lo que sus padres le dejaron, era la mayor de las tonterías.

—Sí puedo, ya no quiero saber nada de Harriet ni de Brendan, no quiero volver a verlos en mi vida… Sé que el gran problema de ellos es que ridiculice su pomposo apellido, y que disfrute del dinero que con mucho esfuerzo consiguió mi padre.

—Lauren —dijo con tono conciliador—. Entiendo que estés muy molesta, no es para menos, pero piensa muy bien en las consecuencias que acarrearía renunciar a todo eso… Perderías el fideicomiso, y sé que el padre Francis te quiere mucho, pero no creo que pueda hacerse cargo de ti, sin la mensualidad que el abogado le da… Tú misma has dicho lo difícil que es para ellos poder mantener el oratorio…

—Yo puedo trabajar, no solo hacerlo durante el verano…

—¿Y la universidad? Razona, por favor —dijo, tocándose la sien izquierda, porque parecía que su amiga no estaba pensando bien.

—Tracy —suspiró con desgano—. Lo sé, sé que todo va a ser mucho más complicado, pero si estuvieras en mi lugar y vieras cómo me tratan… Esa manera que tiene Harriet de mirarme por encima del hombro, como si yo tuviera mal olor todo el tiempo…

—Entiendo, sé que te desprecian, pero renunciar a lo que tu padre te dejó, y no me refiero solo a lo monetario, sino también al apellido, es dejar que ellos ganen… No te des por vencida, ¿no ves que eso es exactamente lo que Harriet quiere? Quiere quitarte lo que es tuyo.

—¿Eso crees? —preguntó con el ceño fruncido.

—No lo creo, estoy segura.

—Bueno —cedió un poco—. Voy a pensar mejor las cosas, pero igualmente llamaré al abogado, necesito ponerlo al tanto de la situación.

—Quizá él te dé una mejor solución —suspiró más tranquila, al ver que Lauren accedía a sus consejos—. Ahora sí, cuéntame más sobre Leonard; por tu entusiasmo, no me parece que todo terminó ahí… Dime que volvieron a verse —chilló ilusionada.

—Sí… volvimos a vernos a la mañana siguiente. —Le dio un gran tragó a la Coca Cola para calmar sus emociones—. Le llamé desde la estación de tren para despedirme; después de lo que pasó con Brendan, no iba a quedarme en casa de Harriet. Tenía pensado devolverme, pero Leonard me pidió que no lo hiciera, me suplicó que le esperara en la estación para hablar sobre lo

sucedido…

—¿Le dijiste que Brendan te besó? —preguntó con los ojos a punto de saltarle de las órbitas y la boca abierta.

—¡No! Solo le dije que me regañaron porque nos vieron cuando nos besamos. —Lauren suspiró y se llevó una mano al pecho—. Él quiso ir hablar con Harriet, para pedir disculpas. —Aunque estaba emocionada también tenía hambre, por lo que le dio un mordisco a una de las albóndigas de cerdo—. Pero le pedí que no lo hiciera y después de contarle todo, me invitó a que me quedara en su hotel…

—¡Lauren! No me digas que te fuiste a un hotel con un desconocido, por muy gemelo de Bret Michaels que pareciera, eso es… ¡Una locura! —reprochó alarmada.

Lauren se cubrió la cara con ambas manos y asintió, luego se atrevió a mirarla a los ojos; la dicha que aún le erizaba la piel, la impulsó a sonreír, le resultaba imposible esconder su felicidad.

—Pero fue en habitaciones separadas —se apresuró a responder para calmarla—. Y ya te dije, es más guapo que Bret…

—Para que lo asumas tú, debe ser cierto —masculló.

No podía aprobar las acciones de Lauren, porque se había arriesgado a irse con un desconocido, sin saber si era un psicópata de esos que violaban y asesinaban chicas; además, era norteamericano, de los peores. Y no era que ella fuese mojigata, solo era precavida.

—Tengo fotos, mañana las traigo, verás que es realmente un adonis.

—Y entonces, durmieron en habitaciones separadas, pero imagino que volvieron a verse. —Quería que siguiera con el relato.

—Por supuesto que sí, salimos a recorrer la ciudad, me llevó a una sala de fuegos, fuimos a la galería nacional de arte, también al cine, jugamos bolos… Nos hicimos novios…

—Vale, vale… ¿Cómo que novios? —se rio Tracy, incrédula—. Tú en Birmingham y él en alguna parte de Estados Unidos… ¿Cuándo vendrá a pedirle tu mano al padre Francis?

—No seas aguafiestas, Tracy. —Puso los ojos en blanco—. Sé que no es fácil de creer, pero nos enamoramos y él prometió regresar a Londres el próximo año para quedarse, y como yo iré a la universidad ¡Nos iremos a vivir juntos! —expresó emocionada.

—¡Santo Cielos, Lauren! —Se llevó las manos a la cabeza—. Cómo que se enamoraron, eso no pasa en un fin de semana… Sin duda, lo que sienten el uno por el otro es una innegable atracción, pero la atracción no siempre es sana —comentó, mirándola con preocupación.

—Yo le quiero, y sé que él siente lo mismo por mí, me lo confesó… —Lauren ya no estaba tan animada con contarle a Tracy sobre su relación, porque desde el punto de vista de ella, no parecía ser tan extraordinaria—. Pero solo el tiempo me dará la razón.

Amaba a Leonard, de eso no tenía dudas, y la prontitud con que se enamoró solo contribuía a acrecentar la intensidad de esa emoción. Nunca había sentido por un hombre lo que sentía por él; ese afecto que le llegaba hasta los huesos y que, mezclado con la pasión, también le daba una sensación de absoluta confianza, un profundo afecto, un respeto lleno de orgullo, y la certeza de que podía pasar toda su vida con él.

—Yo espero que sí, de verdad, porque te lo mereces —dijo Tracy, de corazón, extendió la mano para tomar la de su amiga.

—¿Puedo pedirte un favor? —pidió, apretando su mano.

—Sí, claro. —Tracy le sonrió condescendiente, era evidente que la había hecho sentir mal, y lo menos que quería era que su amistad con Lauren se rompiera por un desconocido.

—Puedo darle tu dirección para que me envíe cartas —suplicó, mirándola a los ojos—. Es

que, si me llega alguna carta de Leonard al oratorio, estaré en problemas…

—Ay, Lauren, es que… —Le esquivó la mirada—. Sabes que si mi mamá ve que me llegan cartas de un hombre…

—Pero estarán a mi nombre —se adelantó.

—Sí, y enseguida se lo dirá a la hermana Antoniette, o peor aún, a la madre superiora.

—Sí, tienes razón. —Su emoción se había desinflado por completo—. Quizá le pida el favor a Cornelia.

—¿Por qué no le das la dirección de la oficina de correos? Si hablas con él por teléfono, puede decirte más o menos cuando te envíe cartas y las pasas a buscar.

—¡Sí! Tienes razón, así es más seguro… Gracias, Tracy, no sé por qué no se me ocurrió antes.

Volvió a alentarse con su amiga, pero ya no le contaría cuán lejos llegó su relación con Leonard, porque ahí sí que pondría el grito al cielo. Comprendió que esa noche debía ser un secreto entre ellos.

—Bueno, yo creo que es hora de irnos. Por cierto, estuvo muy rica la comida, gracias por la invitación, Lauren —dijo Tracy, que le prometió a su madre llegar antes de las once de la noche.

—Sí, todo estuvo muy rico. —Lauren bostezó—. Estoy agotada… —Le hizo una seña a la chica que la atendió—. La cuenta, por favor.

—Sí, enseguida te la traigo —dijo la joven que debía rondar la misma edad que ellas.

Cuando Lauren llegó al oratorio, ya muchos se habían ido a la cama; sobre todo, los niños. Al entrar en la habitación que compartía con la hermana Antoniette, se le encontró recién saliendo de la ducha, ya con el camisón puesto.

—Buenas noches, hermana. Disculpe la hora.

—Buenas noches, Lauren. Imagino que te irás enseguida a la cama, debes estar muy cansada.

—Sí, lo estoy, pero primero iré a hacer la última ronda. —Se refería a ir a las habitaciones de las niñas para ver si ya todas estaban dormidas.

—Tranquila, yo fui hace media hora. Mejor dúchate y acuéstate, necesitas descansar —dijo, notando sus ojeras.

—Sí, hermana… —se interrumpió con un bostezo—. Tiene razón.

Agarró su camisón y se fue al baño, mientras se duchaba fue más consciente de lo sensible que estaban ciertas zonas de su cuerpo, solo esperaba que pasara prontamente. Al salir, vio a la hermana, sentada al borde de la cama, mientras leía las sagradas escrituras; como ya era costumbre, estaba esperándola para rezar juntas antes de irse a dormir.

Lauren se arrodilló sobre la alfombra, frente a su cama y apoyó los codos en el colchón, cerró los ojos y empezó a hacer sus plegarias. Fue entonces que cayó en la cuenta de que debía confesarse, pero era algo que siempre hacía con el padre Francis; evidentemente, no podía contarle que había conocido a Leonard y todo lo que había hecho con él, ni siquiera en el confesionario.

Tragó grueso el nudo de mortificación que empezó a formársele en la garganta, porque si se confesaba con otro párroco, entonces el padre Francis, se preguntaría por qué; por primera vez, elegiría a otro consejero. Definitivamente tendría que ir a la iglesia de otra parroquia; después de diez minutos, terminó sus oraciones haciéndose la señal de la cruz.

—Amen —murmuró y se metió en la cama—. Buenas noches, hermana. —Deseó al tiempo que se cubrió con las sábanas.

—Dulces sueños, Lauren —le dijo y apagó el velador.

En la penumbra, Lauren sonrió y su último pensamiento antes de quedarse dormida, fue Leonard.



CAPíTULO 33

Lauren despertó mucho antes de que saliera el sol, giró el rostro y vio que la hermana Antoniette, aún dormida; lo que menos quería era despertarla, por lo que se quedó acostada y le dio gracias a Dios por un día más de vida. También pidió por Leonard, que hubiese llegado con bien a su casa, y por el bienestar de todos los que quería.

Con mucho cuidado salió de la cama y buscó en el armario, ropa interior, unos vaqueros y un jersey negro, que tenía la palabra ROCK bordada en el frente, solo que estaba separada por el rayo eléctrico de la banda AC/DC, y unas zapatillas Reebok.

Caminó de puntillas al baño, se cepilló los dientes y se lavó la cara, se hizo una coleta alta y

se cambió el camisón por las prendas que llevó. De regreso a la habitación, se moría por buscar el número de teléfono de la casa de Leonard, para ir hasta una cabina a llamarlo, pero la hermana Antoniette tenía el sueño demasiado ligero, y las puertas del armario, como casi todas las del orfanato, crujían.

Le pareció mejor idea llamarlo antes de llegar al supermercado, también tenía que recordar que, en Estados Unidos, sería como medianoche y no podía interrumpir a esa hora a la familia. Fue hasta la cocina, donde ya estaban las hermanas Dorothy, Agnes y Felicity, preparando el desayuno para unas cuarenta personas, entre las que estaban los niños, la madre superiora, las ocho monjas y ella; ya que, el padre Francis contaba con ayuda en la casa parroquial.

—Buenos días, hermanas, ¿puedo ayudar en algo? —preguntó, aunque sabía que un par de manos extras siempre eran bien recibidas.

—Buenos días, cariño… Sí, por favor. —Felicity se limpió las manos en el delantal—. Puedes ayudarnos a picar esos tomates en rodajas, vamos a asarlos.

—Sí, claro. —Caminó hasta el perchero en el que colgaban los delantales y se hizo de uno —. ¿Qué se hará de desayuno?

—Judías, huevos fritos y tomate asado… Se nos terminó el pan y las salchichas. Espero que esta tarde lo traigan.

Ese era uno de los mayores problemas del orfanato, contar con todos los alimentos para poder hacer un desayuno completo. Cuando estaba niña reprochaba la manera en que las monjas le racionaban la comida; ahora comprendía el gran esfuerzo que hacían para poder ponerles algo en el plato, por lo menos tres veces al día.

—También la leche —intervino Agnes—. No la trajeron.

—¡Mi Dios! —La hermana Felicity se llevó las manos a la cabeza. Ahora tendría que ver con qué podría sustituirla.

—Esta noche traeré algunos paquetes de pan de molde —dijo Lauren, ella no contaba con mucho dinero, pero pediría un adelanto en el trabajo, para al menos comprar unos cinco paquetes.

—No, mi niña, no es necesario. Dijeron que esta tarde traerán los insumos —aseguró Felicity, porque sabía que ella colaboraba con mucho, les daba toda la manutención que recibía mensualmente.

—Pero nunca están de más… Y nada nos asegura que lo traigan, ya otras veces nos han venido con excusas —dijo Lauren, al tiempo que cogía el primer tomate. Tras picar unos quince, se los acercó a la hermana Dorothy para que los asara—. Ya es hora de despertar a los niños, iré a ayudarle a la hermana Antoniette —anunció, al tiempo que se lavaba las manos.

—Gracias, Lauren —dijeron las religiosas al mismo tiempo.

—De nada, regreso para ayudarles a servir. —Cuando se trataba de niños, era mejor que se le pusiera la comida a cada uno en el plato, así evitaban conflictos.

De camino a las habitaciones de los niños, se encontró a la hermana Antoniette, quien ya estaba con campana en mano.

—Buenos días, Lauren.

—Bueno días, hermana. Le ayudaré a despertar a los niños; el desayuno está casi listo.

—Por favor, encárgate de las niñas… Yo despierto a los niños que son más desobedientes —le dijo mientras avanzaban por el pasillo y a los pocos pasos de llegar a la primera puerta de las habitaciones, empezó a sonar la campana.

Lauren recordó lo mucho que odiaba ese sonido, porque no era la manera más sutil para despertarla; sin embargo, era la más eficiente para la hermana. Abrió las grandes puertas dobles

que daban a la habitación de las niñas; ya la luz de la mañana se colaba por los cristales del gran ventanal que estaba al fondo del pasillo, franqueado por las literas que seguían siendo las mismas en las que ella durmió.

—¡Buenos días, niñas! Buenos días… —Lauren escuchó varios refunfuños de las que aún deseaban seguir durmiendo—. Es hora de levantarse… Pronto se servirá el desayuno —dijo para tentarlas.

—Lauren, por favor, aun es muy temprano. —Camille protestó.

—Es hora, arriba… todas, vamos a dar las gracias a Dios por un nuevo día —dijo ella de pie en el centro del gran recinto.

Las vio sentadas en sus camas, con las cobijas arremolinadas en el regazo, las manos juntas para orar y los ojos cerrados.

—Al amanecer, te alabamos, Señor…

Empezaron al unísono todas, incluso Lauren, que las guiaba, como en su época lo hizo la hermana Antoniette con todas. Ya no había ninguna de las niñas que crecieron con ella; afortunadamente, todas había sido adoptadas. De los niños, aún quedaban Dylan y Peter, con doce y trece años, que seguían esperando por un hogar.

—Porque has salvado a toda tu creación. Por tu misericordia, concédenos un día de paz; concede el perdón de nuestros pecados. Que nunca cortes la esperanza, ni cierres la puerta ante nuestro rostro. No nos niegues tus cuidados, pues sólo tú conoces nuestra debilidad… Amen.

Al terminar la oración, salieron de sus camas y tendieron las sábanas, como dictaban sus deberes.

—A cepillarse los dientes…

Los baños estaban en el pasillo. Había dos, uno para las niñas y otro para los niños. Ambos con doce lavabos, doce duchas y seis inodoros; por supuesto, muchas veces algunas debían esperar turnos. Como era el caso, ya que había dieciséis niñas; así que, tenían que formarse por orden de tamaño y las más grandes tenían que prestar ayuda a las más pequeñas, de otra manera todo sería un caos.

—Vamos, niñas, andando. —Las invitó a salir de la habitación.

—Lauren, ¿qué vamos a desayunar?… tengo mucha hambre —se quejó una de las más pequeñas.

—Charlotte, ¿acaso no cenaste?

—Sí, pero me sirvieron muy poco —gimió la niña de ocho años.

—No, no fue poco —intervino Loren, de doce años—. No quiso comerse la zanahoria ni las setas.

—Porque no me gustan… —se justificó Charlotte, mientras entraban al baño—. ¿Qué hicieron de desayuno?

—Judías, huevos y tomate asado —le respondió Lauren, supervisando que cada una agarrara su cepillo de dientes.

—Lo mismo de ayer, pero ahora sin pan —gimió Taylor.

—Por lo menos tenemos algo para llenar el estómago, debemos dar gracias a Dios. —Les recordó Lauren, que les ayudaba a las más pequeñas con los banquitos, para que pudieran subir y estar a la altura del lavabo, luego les controlaba la cantidad de pasta dentífrica que ponían sobre el cepillo—. Cuando estaba pequeña, las cosas eran peores… A veces pasábamos un mes, desayunando solo avena.

—Por eso estás tan pálida —se rio otra de las niñas de unos nueve años.

—Supongo… —Lauren también rio.

—Eres como un copo de avena —Charlotte intervino, provocando con su comentario que todas las demás rieran.

—Bueno, bueno, ya dejen de reírse a mi costa… Mejor dense prisa —las regañó, aunque sus ocurrencias le hacían gracia.

Desde ahí se podía escuchar el parloteo de los niños, en el baño de al lado; ellos tenían menos supervisión, pues la hermana Antoniette, esperaba en el pasillo y le confiaba a los más grande el cuidado de los más pequeños. Durante un tiempo contaron con la ayuda de un misionero, pero solo estuvo por seis meses; los hombres, no solían contar con la paciencia y disposición para la crianza de niños.

—¿Están todas listas? —preguntó Lauren casi veinte minutos después, debido a que no solo se cepillaron los dientes y se lavaron la cara, algunas aprovecharon para hacer otras necesidades.

—¡Sí! —dijeron la gran mayoría.

—Bueno, regresemos a la habitación.

Las niñas volvieron a formarse en un par de filas indias, salieron del baño y entraron, para cambiarse el camisón y peinarse. Lauren se dedicó a trenzarle el cabello a Rebecca, una pequeñita de tres años, que ya llevaba ahí cuatro meses. Fue la abuela materna quien la llevó, porque su madre había muerto de una enfermedad y la pobre anciana no tenía los medios económicos para hacerse cargo de ella.

Le tenía mucho cariño, porque de cierta manera se veía reflejada; ya que, según la madre superiora, a una edad parecida llegó ella ahí. La verdad, no tenía mucha conciencia de eso, su memoria solo tenía recuerdos de cuando ya tenía unos seis o siete año, pero eso sí, siempre en el orfanato, no conocía ni recordaba nada más.

—Listo niñas, vamos al comedor —las invitó Lauren, una vez que estuvieron peinadas y vestidas.

El sonar de la campana de la hermana Antoniette, les anunciaba que los niños también estaban listos y ya a la espera en el pasillo.

—¡Buenos días, hermana Antoniette! —saludaron todas las niñas al unísono cuando vieron a la religiosa.

—Buenos días, niñas. Vamos a desayunar.

Lauren y la monja, les sirvieron de guías hasta el comedor; cada uno sabía cuál puesto le tocaba y eso evitaba problemas al momento de ubicarse. Casi enseguida llegaron las hermanas Agnes, Felicity y Dorothy, con los alimentos y los fueron sirviendo en los platos que estaban frente a cada uno; sabían que no podían empezar a comer hasta que no llegara la madre superiora y bendijera los alimentos.

Después del desayuno, Lauren y las niñas más grandes les ayudaron a retirar los platos y fueron a lavarlos, los más pequeños salieron al patio a jugar, bajo la supervisión de la hermana Felicity. En cuanto dejaron todo limpio, Lauren se acercó a la hermana Antoniette, para pedirle permiso para ir al cementerio.

—Sí, ve tranquila —le concedió con una sonrisa dócil. Bien sabía que iba a visitar a Henry.

—Se que habrías preferido, una Coca Cola o un filete bien jugoso —dijo ella en cuanto puso sobre la lápida las flores silvestres que había recogido de camino a ese lugar. Se sentó en la hierba algo seca por el verano—. Espero en algún momento poder traértelo… Ay, Henry, tengo tanto que contarte, aunque me entristece tener que hacerlo, porque lo ideal es que hubiese estado a mi lado viviendo cada momento del concierto, fue extraordinario y te tuve presente cada instante, me hiciste mucha falta… Sí, sí. —Puso los ojos en blanco y no pudo contener su sonrisa —. Ya sé que dirás que solo fue hasta que conocí a Leonard, que luego me olvidé de ti, pero no

te pongas celoso, tú siempre serás el primero en mi corazón, eres lo más especial que me ha pasado en la vida, eres mi otra mitad, pero no estás aquí conmigo… y no puedo simplemente vivir con tu recuerdo, necesito a alguien con quien tener todas esas aventuras que se supone debía vivir contigo… Tú me dejaste. —De manera inevitable los ojos se le llenaron de lágrimas —. Dejaste un gran vacío en mí, y sé que sabes que no es justo que me quede así, que viva el resto de mi vida sola… Perdóname por haberme enamorado de otro chico…

Pasó mucho rato conversando con Henry, porque al fin pudo desahogarse, era la única persona en el mundo a la que más confianza le tenía, y no porque estuviese muerto, sino porque siempre fue así. Se dio un beso en las yemas de los dedos y luego acarició la foto de Henry.

—Te extraño todos los días —susurró con la voz rota, por lo mucho que había llorado.

No sabía si algún día iba a poder venir a visitarlo y no llorarlo, porque hasta el momento siempre se iba de ahí con los ojos llenos de lágrimas. Se levantó y se sacudió la arena y hierba seca que se le quedó pegada en el trasero. Debía volver para ayudar a las hermanas con la comida y luego irse al trabajo, debía salir del orfanato un poco más temprano, si quería contar con el tiempo para poder llamar a Leonard.

A Lauren se le vino el mundo encima cuando, ya lista para ir al trabajo, buscó en la chaqueta, que aún seguía colgada de la misma percha, el papel en el que Leonard le anotó su número de teléfono y dirección, pero no lo encontró. El corazón se le detuvo y la respiración se le cortó cuando el miedo se extendió por su cuerpo; sacó la chaqueta y rebuscó en cada uno de los bolsillos, solo halló el recibo algo arrugado de compra de la colección de Anne of Green Gables y el boleto de tren, pero no estaba el papel que en verdad le interesaba.

Miró al suelo del vestidor, sacó todo el calzado y revisó dentro de ellos, apartó las perchas, pero entre más buscaba menos esperanza tenía de encontrarlo y ya las lágrimas le picaban en los ojos. En medio de la desesperación, sacó todas las prendas y las dejó en el suelo, también vació su mochila y buscó entre cada página de los libros.

—No puede ser, no puede ser —chilló, llevándose las manos a la cabeza—. No puede ser —gimoteó sin poder creérselo, mientras buscaba una vez más en la chaqueta.

Estaba segura de que ahí lo había guardado, se limpió las lágrimas y se levantó de en medio del montón de ropa que tiró en el suelo. Levantó el colchón de su cama, agitó las sábanas, le quitó las fundas a las almohadas. Cuando se aseguró de que el papel no estaba por ningún lado, salió de la habitación en busca de la hermana Antoniette; corrió por los pasillos del orfanato con el corazón a punto de estallar, más que por el esfuerzo, era por la angustia.

—¡Hermana Antoniette! —la llamó, abriendo la puerta de la sala de dibujo, donde estaba con los niños de entre tres y seis años.

—Lauren, ¿qué sucede? ¿Por qué tanto escándalo? —preguntó asustada, pensando que algo terrible pudo haber pasado.

—Ay, hermana, dígame que usted encontró un papel en mi chaqueta…

—No, ¿cuál chaqueta? ¿Por qué iba yo a revisar tus pertenencias? —preguntó Antoniette, levantándose de la silla y con una mano en el pecho, para calmar los latidos de su corazón.

—La chaqueta que traje puesta ayer, la que usé para viajar… Ahí tenía un papel muy importante…

—¿Era algún documento que te entregó el señor Thompson?

—No, no… —Caminó nerviosa de un lado a otro—. Era algo pequeño, una hoja de papel ¿Será que algún niño entró a la habitación?

—No, no lo creo, sabes que ellos lo tienen completamente prohibido… ¿Qué tan importante es? —inquirió preocupada.

—Es muy importante, demasiado —chilló y tuvo que cubrirse la cara con las manos para poder llorar—. No puedo creer que lo haya perdido —gimoteó, sintiendo que una debilidad se apoderaba de ella.

—Ay, Lauren, si quieres, ve al trabajo, te prometo que buscaré en la habitación, quizá lo guardaste en algún lugar y no lo recuerdas. —Le acarició la cabeza, entonces Lauren se quitó las manos de la cara y la miró con los ojos ahogados en lágrimas.

—No, hermana… Estoy segura de que lo dejé en la chaqueta, y ya busqué… busqué por todos lados… y… y no está —hipó en medio del llanto, totalmente desesperanzada.

—Quizá se te cayó, ¿buscaste debajo de la cama o del armario?

—Sí, busqué por todos lados.

—¿Pero estás segura de que lo tenías en la chaqueta cuando llegaste? Se te pudo haber caído durante el trayecto…

—Temo que eso fue lo que pasó. —Lloró desconsolada, siendo el centro de atención de los niños que la miraban pasmados.

—Si me dices qué era, puedo pedirle al padre Francis, que vaya a la estación a preguntar, si por casualidad alguien lo encontró y lo entregó en las oficinas… ¿Era algún recibo?

—No, no… solo era una nota. —Al ver que el semblante de la religiosa se llenaba de confusión, se apresuró a darle una excusa creíble—. Era un autógrafo…

—Oh, bueno… —La voz de Antoniette, perdió un poco el interés. Sabía que para Lauren eso era muy importante, porque sentía mucha fascinación por esas bandas de rock, pero tampoco era una cuestión de vida o muerte—. No creo que el padre Francis, quiera ir a preguntar por un autógrafo.

—Lo sé… —Su mentón tembló y otro sollozo estalló en sus labios—. Lo perdí… lo perdí… —chilló, bajando la mirada.

—Bueno, entiendo que eso es importante para ti, pero siempre podrás encontrar otro —trató de consolarla—. Quizá en estos días haya más conciertos de esas bandas, siempre hacen presentaciones para el verano…

—Sí, quizás… —Lauren no se atrevía a mirarla.

—Sé que estás muy triste por lo que has perdido, pero si no te vas ahora al trabajo, llegarás tarde y ese sí que no puedes perderlo… Recuerda que el padre Francis fue quien te ayudó a conseguirlo.

—Sí, sí… Tiene razón. —Se limpió la cara con ambas manos, dejándosela más roja de lo que ya la tenía.

—Ve con Dios. —Antoniette le dio un beso en la frente y le regaló una tierna caricia en la mejilla.

—Gracias, hermana, hasta la noche.

Salió de la sala de dibujo y mientras avanzaba por los pasillos, seguía llorando, no podía controlar lo mal que se sentía. En cuanto llegó a la habitación, recogió todo y lo empujó dentro del armario, con un poco de esfuerzo cerró las puertas; ya mañana se encargaría de ordenarlo. Cogió su cartera y se fue al trabajo.

Lloró durante todo el camino, porque no hacía más que recordar que había perdido cualquier posibilidad de comunicarse con Leonard. Se sentí demasiado perdida y estúpida.

—Lauren, ¿qué te pasó? —le preguntó Tracy al verla, ya que era demasiado notable para todos, que había estado llorando.

—Tracy. —La abrazó y se echó a llorar otra vez—. Es que soy tan tonta… Soy un imán para las cosas malas…

—¿Qué pasó? Trata de tranquilizarte y me explicas —dijo mientras le acariciaba la espalda.

—Lo perdí… Lo perdí…

—¿Qué perdiste? —Se alejó y le puso las manos en los hombros para poder mirarla a la cara.

—El teléfono y la dirección de Leonard… Perdí el papel donde me los anotó, seguramente se me salió del bolsillo de la chaqueta… Ves, soy tan torpe —lloró desconsolada, arrugando aún más el pañuelo con el que se había estado secando las lágrimas.

—Ay, no puede ser, Lauren —dijo compasiva—. ¿Qué mala noticia? Lo siento mucho.

—Ahora él pensará que no le quiero… que me arrepentí de todo lo que vivimos… —Se sonó la nariz.

—Pero tiene que haber una solución.

—No sé cuál… —dijo con tono fatalista.

—¡Señoritas, están esperando por ustedes para entregar el turno! Más trabajo y menos blah, blah… —las reprendió el señor Owen entrando al área de los casilleros.

—Sí, enseguida vamos… Es que Lauren no se siente muy bien, señor Owen… —se excusó Tracy.

—Bueno, si no se siente bien que vaya rápido a enfermería… pero que no falte al trabajo. ¡Por Dios! —dijo y salió.

—Ven, Lauren, tienes que maquillarte, estás muy pálida —aconsejó, pellizcándole un poco una de las mejillas.

—Mejor ve a recibir turno, o el señor Owen se enojará mucho más. Dile a Cornie que enseguida voy.

—Está bien. —Tracy asintió y salió corriendo mientras se anudaba en la espalda el delantal.

Lauren se fue al baño, se lavó la cara e intentó inútilmente ocultar las huellas del llanto; aunque con el maquillaje no se veía tan mal. Solo esperaba encontrar la voluntad para dejar de llorar, porque si no se le correría horriblemente el rímel.

—Hola, Cornie, disculpa la demora —dijo con la voz ronca.

—Hola, Lauren. No te preocupes, me dijo Tracy que estás enferma, ¿qué tienes? —preguntó algo preocupada, sobre todo al ver el semblante de su compañera.

—Dolor de cabeza. —No mintió, porque después de todo lo que había llorado, sentía que la cabeza le iba a explotar—. Creo que puede ser un resfriado.

—Que mal, espero que te mejores, tómate un té bien caliente —le aconsejó, sonriéndole para animarla.

—Gracias, eso haré… —Le sonrió y se puso a contar el dinero en la caja, con el que debía abrir su turno.

Trató de concentrarse en su trabajo, en atender con total amabilidad; por supuesto, más de uno de los clientes habituales le preguntaron si le pasaba algo. A todos les dio la misma respuesta: dolor de cabeza, pero ya se había tomado un analgésico.

—Lauren —chistó Tracy—. Creo que tengo una solución —murmuró, justo cuando terminaba de atender a un cliente.

—¿Solución? —preguntó con el corazón agitado.

—Sí, sí… recuerdas que me dijiste, que el día que conociste a Leonard, te presentó a unos amigos que viven en Londres…

—Sí, se llaman Justin y Danielle —murmuró, echando un vistazo para que el señor Owen no se las pillara conversando.

—Dime que te dijeron dónde viven.

—No… —gimió afligida—. No les pregunté. —Negó con la cabeza, pero casi enseguida cayó en la cuenta de que sí sabía cómo dar con uno de ellos—. Danielle, me dijo que trabaja en una tienda de música… —Hizo memoria para recordar el nombre. Empezaba a sentirse esperanzada—. Oh, sí… Sí… —Empezó a dar saltitos de la emoción—. Honest Jon's —Chasqueó los dedos.

—Buenas tardes —saludó con mal tono la señora que empezó a poner con energía algunos productos sobre la correa transportadora.

—Buenas tardes, bienvenida. —Lauren sonrió y empezó a chequear los productos más rápido, llevada por una gran euforia.

—Solo tienes que ir al trabajo de Danielle y pedirle el número de Leonard, ella debe tenerlo, sino su novio —le animó Tracy.

En principio, le parecía una locura toda esa relación de Lauren con un americano desconocido, pero más allá de eso, ella era su amiga y no quería verla sufrir.

—Sí, sí… Ay, gracias, Tracy, no lo había pensado, me enfoqué solo en que había perdido la única oportunidad para comunicarme con Leonard… Necesito volver a Londres cuanto antes.

—Pero no puedes faltar más al trabajo, no creo que el señor Owen te otorgue otro permiso en tan poco tiempo.

—No, pero puedo viajar muy temprano en mi día libre y volver por la tarde. —De verdad que estaba muy emocionada—. Así que el próximo lunes podré ir… Pobre Leonard, seguro que se quedó esperando mi llamada, solo espero que me perdone y comprenda que hasta el lunes o martes no podré comunicarme con él. —Pensó que apenas Danielle le diera el número de teléfono iba a memorizarlo.



CAPÍTULO 34

No fue sino tres semanas después, que pudo viajar a Londres; ya que, el padre no quiso darle antes el permiso, aunque sabía que ella era su responsabilidad y debía cuidar que nada malo le pasara, no le pareció justo que fuera tan estricto; por lo que estaba un poco resentida ante tal actitud. Lo peor de todo fue que no pudo protestar, porque se habría puesto más intransigente, pues no consideraba importante que viajara a Londres, por recuperar un «autógrafo».

Fue entonces que deseó fervientemente cumplir la mayoría de edad, porque solo así podría tener más libertades. O empezar en la universidad y trasladarse de manera definitiva, pero por el momento, ni siquiera había recibido respuestas a sus cartas de admisión.

Cuando llegó a la estación, buscó en el punto de información un mapa; si algo aprendió mientras recorrió la ciudad con Leonard, era a no tener que gastar tanto dinero en taxi, sino que bien podía ir de un lado a otro, ya fuese caminando o en transporte público. Sentada en un banco, revisó las mejores rutas que la llevaran a Notting Hill, donde estaba ubicada la tienda de música en la que trabajaba Danielle.

Desde esa misma estación salía un metro que la llevaba, solo tenía que hacer una transferencia en Hammersmith, bajarse en Ladbroke Grove y caminar un poco, se creía capaz de poder hacerlo. Suspiró hondamente, se levantó y caminó hasta donde estaba un mapa de la estación que mostraba las líneas de metro; debía tomar la de Jubilee.

Tenía que aprender a desplazarse por la ciudad, porque si en unos meses empezaba la universidad, probablemente lo iba a necesitar. Segura de que estaba en el andén correcto, se acercó a un grupo de personas que también esperaban el tren y les preguntó por su ruta. Ellos le ofrecieron su ayuda; se sintió más tranquila y satisfecha, al saber que estaba en lo correcto.

—Gracias —dijo y dobló el mapa. Casi un minuto después llegó el tren—. Es este, ¿cierto? —le preguntó a la señora que le ayudó.

—Sí, mi niña.

—Es que no conozco mucho la ciudad, soy de Birmingham.

—Entiendo, utilizar el metro es muy fácil, pero siempre debes tener cuidado y estar atenta —le aconsejó cariñosamente.

—Gracias. —Lauren le sonrió afable.

Después de unos minutos, la mujer le avisó que debía bajar en la próxima estación. Lauren le agradeció, se levantó y se acomodó la mochila. Se le hizo bastante fácil hacer la transferencia y desde el momento en que subió, empezó a sentir que las manos el sudaban y el corazón se le aceleró, estaba más cerca de encontrarse con Danielle.

En cuanto ella le diera el número de teléfono de Leonard, buscaría enseguida una cabina para llamarlo; esperaba que toda esta experiencia solo quedara como un amargo recuerdo. Desde ahí, eran cinco estaciones, bien podría entretenerse durante el trayecto escuchando música, pero no quería que nada la distrajera, no fuese que terminara pasándose de estación. Así que estuvo atenta a cada una, por lo que cuando fue su turno para bajar, se levantó con bastante anticipación y caminó hasta las puertas.

Exhaló cuando estuvo en el andén, ahora solo tenía que salir y caminar hacia el este por algunos minutos; con el plan bien trazado, salió de la estación y respiró profundamente el aire fresco, ya que el cielo se había nublado, pero no parecía que fuese a llover. Caminó por varios minutos y de pronto temió estar perdida, detuvo a un señor de unos cincuenta años y le preguntó por la dirección que buscaba.

—Es la tienda de música, está en la otra esquina. —Se volvió para señalar desde dónde él venía—. No es una fachada muy grande, pero es distintiva por el color naranja y verde en su aviso.

—Sí, es la tienda de música —repitió Lauren bastante emocionada—. Muchas gracias, señor, que tenga buen día.

—Igualmente —dijo el hombre, que siguió con su camino.

Lauren tuvo que controlarse para no echarse a correr; sin embargo, si caminó rauda, atenta a esa fachada llamativa. Cuando por fin la vio, tragó saliva con dificultad, empujó la puerta y barrió el lugar con la mirada. En primera instancia no vio a Danielle; no quería llegar y preguntar por ella directamente, no fuese que de alguna manera terminara perjudicándole en el trabajo.

Se adentró en el local, se paseó entre los muebles donde había cientos de discos de vinilo

que en su mayoría eran de jazz, blues, reggae, dance, soul… También se dio cuenta de que faltaba algo de iluminación. Cada tanto miraba en derredor, en busca de Danielle y hasta ahora, solo había una chica tras el mostrador y un par de chicos que asesoraban a los clientes; sus ánimos empezaron a flaquear, pensado que tal vez tenía el turno de la tarde.

—Hola, bienvenida, ¿puedo ayudarte en algo? ¿Buscas algún disco en particular? —preguntó uno de los asesores.

—Hola, eh… sí, ¿tienen alguno de…? —Por más que pensó no se le ocurrió nada—. No, disculpa, en realidad estoy buscando a una amiga que trabaja aquí.

—Si es Catelyn, está en la caja… —Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—No, es Danielle, pero supongo que tiene el turno de la tarde —se apresuró a decir con una sonrisa un tanto incómoda.

—Ah, Dany… No, ella ya no trabaja aquí, se fue la semana pasada —respondió con algo de congoja.

—¿Cómo? —preguntó ahogada, sin poder creer en lo que acababa de escuchar, temía que sus oídos la estuviesen traicionando.

—Renunció la semana pasada.

—¿Renunció? —La voz le tembló, al tiempo que el corazón se le hundía y las lágrimas le anidaron en la garganta.

—Sí, la semana pasada, creo que consiguió un mejor trabajo con una disquera —respondió, algo desconcertado por su actitud.

—¿Y sabes dónde puedo encontrarla? ¿Tienes su dirección?

—No… —El chico dudó—. La verdad, no.

—Por favor, de verdad, soy su amiga… —Lauren insistió porque le pareció ver en su mirada cierta desconfianza.

—Te digo la verdad, no tengo información sobre su residencia… Pero déjame preguntarle a mi a compañero.

Lauren asintió, porque si abría la boca para decir algo, se echaría a llorar. Vio al chico caminar en busca del otro, le hizo una seña y conversaron entre ellos, cuando lo vio negar con la cabeza y luego dirigirle una mirada llenada de desconcierto. Lauren temió que le fallaran las piernas, porque pudo sentir cómo perdieron las fuerzas; sin embargo, no esperó a que llegaran hasta ella con la noticia, porque no quería renunciar en su intento, así que avanzó.

—Lo siento, no sé su dirección… Danielle siempre ha sido muy reservada con su vida privada —se disculpó el otro chico—. Lo único que dijo cuando renunció, es que consiguió trabajo en una disquera, una muy buena disquera, pero no mencionó cuál.

—¿Y su número de teléfono? —preguntó renuente a desistir.

—No, tampoco, pero supongo que mi jefe debe tener esa información, solo que está de viaje y regresa en quince días… Si quieres, puedes venir en ese tiempo y preguntarle, a ver si te la facilita.

—Bueno, muchas gracias… —su voz salió aguda, porque estaba reteniendo con todas sus fuerzas las ganas de llorar.

No le quedaba más que marcharse y en cuanto salió de la tienda, las lágrimas se le desbordaron; unas calles más adelante, tuvo que sentarse en las escaleras de la entrada de una casa con fachada azul y blanco. Estaba segura de que el padre Francis no le daría permiso para volver en quince días; así mismo, crecía en su pecho mucha rabia, porque si él le hubiese permitido viajar antes, habría encontrado a Danielle. Sentada ahí lloró por varios minutos, hasta que un hombre salió de la casa con un par de perros Corgis para sacarlos a pasear; rápidamente

se levantó y se alejó mientras se limpiaba las lágrimas.

Esa misma tarde regresó a Birmingham, llena de desesperanza; no le quedaba más que aceptar que había perdido toda posibilidad de contacto con Leonard. Se resignó a que, ante su falta de comunicación, él terminaría olvidándola y, con lo guapo que era, no iba a costarle ni un poco encontrar a otra chica de la cual enamorarse.

Los siguientes días, fueron demasiado difíciles, porque no hacía más que culparse a sí misma por la estupidez de haber perdido algo tan importante. Se refugiaba en todo lo bonito que vivió con Leonard y en cómo un futuro junto al chico de sus sueños se le escapó como agua entre los dedos. Lloraba por las noches, cuando la hermana Antoniette se quedaba dormida, o cuando salía del trabajo, que podía desahogarse con Tracy.

Ella la consolaba al decirle que cuando cumpliera la mayoría de edad, que era en un mes, podría regresar a Londres y pedirle al gerente de la tienda la información de Danielle. En verdad, Lauren no creía posible que se la compartieran, porque si era su amiga como decía ser, bien podría conseguir cómo contactarla.

Aun así, Tracy no se daba por vencida y en algunos momentos la contagiaba con su optimismo, cuando le decía que todavía le quedaba una posibilidad. Era la de ir al Strand Palace el trece de julio el próximo año, como habían acordado; si Leonard, de verdad la quería, cumpliría con esa promesa. Lauren no sabía qué esperar de esa promesa, ya que ella no lo había alentado, en absoluto, para que pudieran mantener ese pacto; no obstante, ese era su último rayo de esperanza.

Todavía no había recibido respuestas a las cartas de admisión que envió a las universidades; así que, seguía trabajando en el supermercado, lo que le ayudaba muchísimo a distraerse; sobre todo, por pasar tiempo con Tracy. Cuando llegó esa noche al orfanato, le extrañó encontrarse a la madre superiora esperando por ella.

—Buenas noches, Lauren.

—Buenas noches, Reverenda madre… ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó con cautela.

—El padre Francis, me pidió que te informara, que te espera en el despacho parroquial.

—¿A mí? ¿A esta hora? —le desconcertó semejante petición.

—Sí, muchacha… Ve, ve, que te está esperando. —La madre superiora le hizo un ademán hacia el edificio al otro lado del patio.

—Sí, enseguida voy. —Se echó a correr.

—¡Lauren! —Ese fue un claro llamado de atención.

—Oh, sí… Lo siento…

Ralentizó el paso hasta caminar y le fue imposible no soltar una risita, porque no estaba permitido correr. Cuando llegó al despacho del padre, tocó a la puerta.

—Adelante.

—Buenas noches, padre —saludó, asomando medio cuerpo, por la puerta entreabierta.

—Buenas noches, Lauren, entra, por favor —le solicitó, haciendo un ademán para que avanzara.

—Me dijo la madre superiora que me necesita.

—Sí, siéntate, por favor… ¿Cómo te fue en el trabajo? —le preguntó mientras seguía con la mirada a la jovencita.

—Bien, aunque hoy hubo bastante clientela, y como me apresuré en comer, me manché con salsa de tomate. —Se miró la mancha rosácea difusa que tenía en la solapa del vestido.

—Seguro que sale con detergente.

—Usted dirá, padre, ¿para qué me necesita? —Se acomodó el bolso en el regazó y empezó

a apretar la correa de cuero.

—Hoy llegó esto para ti. —Le extendió un par de sobres, mientras le sonreía.

—¿Son de las universidades? —Tragó grueso y desvió su mirada del rostro aguileño del padre a los sobres.

—Así es. —Movió su cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Usted ya los abrió? —Extendió una mano temblorosa para agarrarlo, mientras el corazón le latía desbocado.

—No, la correspondencia siempre es privada.

—¿Quiere que los abra ahora?

—Solo si tú quieres… —Su sonrisa se hizo más amplia.

—Sí, sí… solo que estoy nerviosa, ¿y si me rechazaron? —preguntó con la mirada atormentada, repasando con las yemas de sus dedos el borde de uno de los sobres.

—Espero en Dios que no, pero si no te aceptan en esas universidades, es porque él así lo quiso… Y mañana, llamaría al señor Thompson para buscar cupo en una universidad privada; de lo único que puedes estar segura, es de que seguirás con tus estudios…

—Es que creo que el señor Thompson va a preferir que aprenda algo relacionado con los negocios… No sé, Administración de empresas, Contabilidad… algo más apropiado para poder llevar las riendas de la fábrica de zapatos… Y no es lo que quiero —le recordó al padre Francis.

—Él no podrá exigirte qué estudiar… Anda, abre esos sobres, es mejor no hacer suposiciones en vano.

—Sí, es mejor… ¿Me lo presta? —pidió, señalando el abrecartas.

—Por supuesto —dijo impaciente.

Él también estaba nervioso y emocionado, anhelaba que Lauren pudiera cumplir con cada una de las etapas de su vida y alcanzar sus metas, ella era como una hija a la que había criado. Sintió un poco de nostalgia al recordar a Henry, imaginándolo también a punto de abrir la carta para poder ingresar a la universidad, pero Dios tuvo otros planes para su querido niño.

Lauren con bastante decisión, aunque con las manos temblorosas, rasgó el sobre con el abrecartas, luego lo puso en el escritorio y sacó la hoja de papel. El membrete pertenecía a La Royal College of Art.

Mientras leía rápidamente, incluso saltándose párrafos debido a la ansiedad, llegó a la parte que más deseaba y empezó a asentir, levantó sus ojos algo saltones hacia el padre Francis.

—Me han aceptado —pronunció con la voz vibrante por las lágrimas—. ¡Me aceptaron, padre! —chilló, emocionada.

—¡Gracias al cielo, Lauren… Gracias al cielo! —se emocionó sinceramente—. Abre la otra, ábrela… —la instó, haciendo ademanes, ya había visto en el membrete del sobre, cuál era la otra universidad.

—Ya voy, ya voy… —resopló y luego soltó una risita por los nervios. Con dedos torpes sacó y desdobló rápidamente la hoja, como con la primera se saltó varios párrafos—. ¡También me aceptaron! ¡Me aceptaron padre! —dijo eufórica.

—Muchas felicidades, hija… La verdad, no dudé de ti.

—Ahora me toca elegir… —dijo, mirando las hojas que tenía en las manos; las dos opciones eran muy buenas—. Creo que no tengo que pensarlo mucho, prefiero estudiar en la University College de Londres… Es la mejor, ¿cierto?

—Sí, es mucho mejor. Una universidad histórica y de prestigio. Lo harás muy bien, hija mía —sonrió orgulloso.

—Daré lo mejor de mí. —Se llevó la carta contra el pecho, pensó que sus padres estarían

muy orgullosos de ella.

—Lo sé… Debes responder cuanto antes.

—Sí, ahora mismo empiezo a escribir la respuesta.

—No, mejor ve y descansa, ya es bastante tarde.

—Sí, enseguida me voy a dormir. Gracias, padre —Se levantó enérgica y le dio un abrazo —. La bendición.

—Que el Señor te bendiga y te proteja —bendijo, haciéndole la señal de la cruz.

Lauren salió del despacho sintiéndose realmente feliz, después de mucho tiempo, el corazón el latía fuerte y no podía dejar de sonreír.



CAPÍTULO 35

Octubre 1985: Maryland – Estados Unidos.
(Catorce años y tres meses desde la desaparición de Susan Russell Lewis)

Madeleine miraba con gran orgullo a los ojos azules de Lenny, mientras le ayudaba con el nudo de la corbata. Su hijo se había convertido en un hombre muy apuesto y estaba más alto que su padre.

—Estoy segura de que elegirán tu proyecto —dijo, ajustando el nudo—. Listo, te ves muy guapo y profesional.

—Eso espero. Gracias, mamá… —Le dio un beso en la mejilla y fue a ponerse la chaqueta

del traje.

—¿Llevas los planos, la planificación y todo eso? —preguntó, viendo cómo Lenny recogía todos los materiales.

Desde hacía unos meses trabajaba con una firma de arquitectos, y estaba compitiendo para ganar el proyecto de cuarenta viviendas unifamiliares, que se llevaría a cabo a unos doce kilómetros de ahí. El fin era la creación de un lujoso barrio en los suburbios.

—Sí, sí… llevo todo.

—¿Sabes a qué hora estarás de regreso? —preguntó mientras sujetaba entre sus dedos el dije de su cadena.

—No lo sé, ¿por qué? ¿Necesitas que te ayude en algo? —A pesar de que estaba a contrarreloj, le prestó atención a su madre.

—Es que tu padre pasará a buscar a Stella por el kínder y luego iremos a la estación de policías… Quería saber si te gustaría acompañarnos —propuso con reserva.

—¿Otra vez a la estación? ¿Ya no fueron hace dos semanas? —preguntó desconcertado. Estaba seguro de que sus padres, especialmente su madre, debía ser una persona *non grata* en la estación.

La había acompañado varias veces y pudo notar el fastidio con que algunos investigadores y policías la miraban; sobre todo, los que apenas conocían el caso de Susan. Su madre iba por lo menos, una vez al mes, para ver si tenían novedades, pero llevaban casi quince años diciéndole lo mismo: «hacemos todo lo posible, pero no hay noticias, ni recursos» Esperaban que algún día sus padres se dieran por vencidos y dejaran de ir a la estación a exigir respuestas que ellos no tenían.

—Sí, sí… pero esta vez… —Ella mostró ese brillo en los ojos, que aparecía cada vez que tenía una posibilidad de hallar a Susan.

—¿Esta vez qué, mamá? ¿Qué puede ser distinto a los últimos catorce años? —preguntó, algo exasperado.

Lenny no pretendía que olvidaran a Susan, ni mucho menos que desistieran de su búsqueda, solo quería que se dieran un descanso, que vivieran la vida un poco más allá de la tragedia; ya no quería que su hermana desaparecida siguiera siendo el centro de sus existencias. Ni siquiera la llegada de Stella, había menguado en ellos esas fervientes ganas de encontrarla, esas ganas que poco a poco se los consumía.

—Es que el inspector Martin… —Madeleine sabía que Lenny había sufrido mucho los daños colaterales de la desaparición de Susan.

—Martin, ¿ese inspector no se había jubilado ya?

—Sí, hace un año, pero la semana pasada nos lo encontramos en el supermercado… Es que no te he contado porque has estado muy ocupado —habló en un tono algo sumiso, aunque su hijo jamás había sido irrespetuoso con ella.

—¿Qué te dijo? —Se interesó, a pesar de sí mismo.

—Se te hace tarde, mejor lo hablamos esta noche —desistió, porque no quería que, por su culpa, Lenny perdiera la oportunidad por la que tanto había trabajado.

—¿Al menos son buenas noticias? —preguntó al tiempo que caminaba a la puerta principal.

—Un avance, aunque no sabemos muy bien si vaya a ser de utilidad —dijo, siguiéndolo.

—Esperemos… —Se volvió hacia ella y le dio un beso en la mejilla—. Adiós, mamá. Te quiero.

—Yo también, Lenny. —Desde el porche lo vio caminar hacia su coche, un Mustang azul.

Lenny metió en el asiento trasero todo el material que llevaba para su presentación, luego

subió en el puesto del conductor y se despidió de su madre con un ademán.

—¡Suerte! —le gritó al tiempo que se despedía con la mano.

Lenny todavía vivía con sus padres, más que por algún tipo de comodidad, era para que no tuvieran que vivir con la nostalgia de su ausencia. Sin embargo, cada vez, necesitaba más su propio espacio y ya estaba trabajando en el plano de lo que sería su cabaña, quería construirla en el mismo terreno, junto al lago.

Estaría cerca, pero al mismo tiempo, lo suficientemente alejado como para poder hacer lo que quisiera sin tener la supervisión directa de sus padres. Estaba seguro de que no iban a negarse, porque preferían eso a que se fuera a otro lugar, más hacia la ciudad.

Madeleine se quedó en el pórtico hasta que su hijo salió de la propiedad, luego entró y se puso a hacer los oficios del hogar. Ese era su día a día, limpiar, organizar, lavar ropa, planchar y cocinar. Fue al cuarto de lavado, agarró la cesta en la que tenía la ropa limpia de Stella, para llevarla a su habitación y guardarla en el armario.

—Esta pequeñita es un desastre —sonrió al entrar y ver que la habitación, parecía un campo de batalla—. Y eso que la tarde anterior la dejé ordenada.

Puso la cesta sobre la cama y empezó a recoger los juguetes para meterlos en el baúl, se hizo de un cubo de Rubik, que estaba segura era de Lenny, pensó que quizá se lo había prestado; también agarró un *My Little Pony*, uno de los *Care Bears*, que justo se lo había obsequiado Patrick para su quinto cumpleaños. La sonrisa se le borró cuando vio un carrusel que era de Susan, de manera inevitable fue golpeada por una cruda nostalgia y molestia, porque ese juguete no debía estar ahí, eso era de Susan y debía permanecer en su habitación, a la que nadie podía entrar sin su permiso; no acostumbraba a cerrarla con llave porque todos debían respetar ese lugar.

—¿Por qué me hacen esto? —Se llevó el juguete contra el pecho y con la otra mano se cubrió la cara, echándose a llorar—. No pueden tocar nada… no pueden —sollozó y se sentó en la cama de Stella.

Un poco más calmada, se levantó y fue a la habitación de Susan, entrar ahí siempre era una estocada profunda en su corazón; por lo que, poco a poco dejó de visitarlo, trataba de hacerlo solo el día de su cumpleaños. Patrick, sí solía entrar más seguido, se encargaba de limpiarlo y abrir las ventanas para que circulara el aire, pero no movía nada de lugar. Ellos aún no asimilaban que su hija ya debía tener dieciocho años, todavía guardaban las esperanzas de que fuese la niñita de tres años que desapareció del jardín.

Con mucho cuidado puso en la mesita de noche el carrusel, miró dónde estaba el pijama rosado sobre la sillita junto a la cuna, su hija no estuvo con ellos el tiempo suficiente para reemplazar la cuna por una cama. Sabía que no había tortura más grande, ni dolor más profundo que el que llevaba cargando por tantos años, todos los días, lo primero que hacía al despertar, era pensar en su niña, también era su último pensamiento antes de quedarse dormida; suplicaba a Dios y todos los santos, que donde quiera que estuviera, se encontrara bien.

A pesar de que en esa habitación todo estaba igual, ya su olor no estaba en las sábanas ni el pijama; incluso, muchas veces sentía terror, porque ya no recordaba el tono de su voz. Cerraba los ojos e imaginaba partes de su cuerpo, como sus manitas o sus orejitas; pero no era suficiente, así que corría y buscaba sus fotografías, porque su mayor miedo, era que terminara olvidándola.

Quería quedarse ahí, hacerse un ovillo en la alfombra, como lo hizo tantas veces, perdió la cuenta de todos los momentos en que se quiso morir, pero Patrick siempre llegó a rescatarla y a recordarle que aún tenía una poderosa razón para seguir luchando, tenían a Lenny. Ahora mismo podía escuchar la voz de su marido, pidiéndole que no se quedara ahí, que no se rindiera; así que

salió y esta vez le puso llave a la puerta. Ese era un santuario y debía ser respetado.

Regresó a la habitación de Stella y terminó de ordenarla en unos quince minutos, de ahí fue a la habitación de Lenny, que estaba menos desordenada, con los años se había vuelto más organizado. Después de un rato, bajó a la cocina para empezar a preparar la comida, debía estar lista para cuando Patrick llegara con Stella. Casi una hora después llegó su hija, corriendo con los brazos abiertos, para que la cargara.

—¡Mami! ¡Mami! —la llamó con entusiasmo.

—Mi niñita hermosa. —La alzó y le dio varios besos en la mejilla—. ¿Cómo te fue? ¿Jugaste mucho?

—Bien, bien… jugué con Doris y Brooke…

—Sí, ¡qué bien! —Recibió el beso que su marido se acercó a darle—. Ya está lista la comida, ¿sirvo ya?

—Sí, estoy hambriento…Huele delicioso. —Le dio otro beso y le tendió los brazos a Stella —. Vamos a lavarnos las manos.

—Sí, lávense las manos y luego pasan al comedor, hice lasaña.

—¡Qué rico, mami! Me gusta mucho la lasaña… con mucho queso, mucho, mucho —dijo Stella, emocionada.

—Sí, le eché mucho queso —respondió sonriente.

Patrick llevó a Stella hasta el comedor, la dejó ahí sentada y le pidió que no se fuese a bajar, luego regresó a la cocina y se paró detrás de Madeleine, sujetándola por las caderas, le dio un beso en el cuello.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja. Él pudo notar que ella estuvo llorando, sus párpados estaban enrojecidos.

—Sí, sí… ¿por qué no iba a estarlo? —preguntó fingiendo una sonrisa, mientras le esquivaba la mirada.

—Sabes que no puedes engañarme, Madeleine. —Le besó el hombro con cariño—. ¿Discutiste con Lenny?

—¡No! En absoluto… Él se marchó muy entusiasmado, me dijo que no sabe a qué hora volverá.

—¿Entonces por qué has llorado? —Apoyó la barbilla en el hombro de su mujer.

Ella quiso decirle el por qué, pero no quería que Patrick pensara que estaba dándole mucha importancia a las cosas. Stella era muy niña para comprender que entrar en la habitación de Susan y tomar sus cosas, le afectara a ella tan intensamente. Aunque le había dicho que estaba prohibido entrar, los niños por naturaleza eran muy curiosos.

—Estoy algo emocional… solo eso.

—¿Es por lo que van a decirnos hoy en la comisaria? —preguntó, pues él también se sentía ansioso por ello.

—De alguna manera, me emociona, pero también me da miedo.

—Martin dijo que era un avance… Entonces debe ser bueno. —Le besó la mejilla—. Confiemos en que serán buenas noticias. ¿Sí?

—Sí —sonrió estaba vez de manera más genuina.

—Encárgate de los platos, yo llevo la lasaña… —le dijo y se apartó para buscar dentro del horno el refractario de porcelana.

Stella los esperó justó donde su padre le había pedido que se quedara, al verlos llegar se le iluminó la mirada, sonrió ampliamente y aplaudió emocionada por la comida.

—Sí que tienes hambre —sonrió Madeleine, mientras acomodaba el plato delante de ella.

—Es que me encanta la lasaña que haces, mami.

—Qué bueno. —Madeleine le dio un beso en la cabeza y fue a poner los platos de su marido y el de ella.

—¿Mucho o poco? —preguntó Patrick, dispuesto a servirle.

—Muchooooo —soltó una risita.

Stella había llegado a sus vidas para rescatarlos, de no haber sido por ella, no habrían podido con tanta tristeza e incertidumbre.

—Sus deseos son órdenes, princesa. —Patrick le sirvió un generoso trozo de lasaña y le rayó un poco más de queso parmesano, porque a ella le encantaba.

—Gracias, papi —dijo, mirando con anhelo su porción.

—Para servirte. —Besó su cabeza y luego le sirvió a Madeleine.

—Gracias, amor —dijo ella sonriente.

—De nada, reina. —Él asintió, sonriendo y ocupó su silla—. ¿Te dijeron a qué hora debemos ir a la comisaría?

—A las cuatro, ¿podrás acompañarme o tienes que volver a la concesionaria? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Papá se encargará del turno de la tarde. —Le sujetó la mano por encima de la mesa y le dedicó una mirada incondicional.

En cuanto terminaron de comer, Madeleine llevó a Stella a su habitación, para cambiarle la ropa y hacerle dormir la siesta, mientras que Patrick se encargó de meter todos los utensilios sucios en el lavavajillas. Se reunieron una vez más y se sentaron juntos en el sofá, para ver un capítulo de Norte y Sur, un drama bélico que trataba de dos jóvenes que se conocieron en la escuela militar y que más tarde, les tocaba luchar en bandos opuestos durante la Guerra de Secesión. Madeleine lograba en algunos momentos librarse de sus pensamientos ansiosos, sobre las noticias que le darían en la comisaría, y conseguía que la actuación de Patrick Swayze la cautivara.

—Voy a ducharme… No quiero que se nos haga tarde —dijo ella, cuando faltaban quince minutos para que terminara el capítulo.

—Sí, iré a despertar a Stella…

—Gracias, puedes vestirla por favor, deja que ella elija lo que quiera ponerse.

—Ya sabes el circo que hará —alegó Patrick sonriente.

—Mejor eso a que te lo haga difícil —dijo, sonriendo.

—Tienes razón. —Asintió, riendo y con el mando a distancia apagaba el televisor.

Media hora después, Patrick estaba tras el volante, esperando que su esposa se cerciorara de que había cerrado la puerta trasera de la casa.

—Mami siempre olvida si cerró la puerta —dijo Stella, sentada en el asiento trasero.

—Solo le gusta estar segura. —Patrick le sonrió—. Ahí viene. —Giró la llave en el contacto para poner en marcha el motor—. ¿Todo bien? —le preguntó en cuanto abrió la puerta.

—Sí, estaba cerrada —exhaló aliviada—, también aproveché para llamar a Lenny, pero no pudo ponerse al teléfono porque está en la reunión, así que le dejé el mensaje con la secretaria —dijo al tiempo que se ajustaba el cinturón de seguridad.

—Estoy seguro de que se quedará con el proyecto, su propuesta es muy buena —afirmó Patrick.

La comisaría estaba a unos veinticinco minutos, trayecto que amenizó Stella, parloteando sobre su día de Kínder. Cuando Patrick detuvo el coche en la plaza libre frente a la estación de policía, Madeleine empezó a sentir esa opresión en el pecho que siempre le acompañaba, cada

vez que le tocaba enfrentarse a la irresolución de no tener respuestas sobre el paradero de su hija. A pesar de que aún guardaba esperanzas de encontrarla algún día, regresaba a su casa sumida en una terrible nostalgia.

—Llegamos… —suspiró Patrick cuando apagó el motor y miró a su mujer, tomándole la mano—. Espera que yo te baje —le dijo a Stella, al ver por el retrovisor que iba a tirar de la manilla. Él salió del coche y caminó raudo para sacar a su hija.

—Estoy un poco nerviosa —exteriorizó, estrujándose las manos.

—Serán buenas noticias —la tranquilizó, al tiempo que abría la puerta para sacar a Stella—. Ven aquí, cariño —la cargó y cerró.

—Papi, bájame… Yo quiero caminar, ya soy grande.

—Está bien, pero sin soltarme la mano. —La bajó y la sujetó.

—Buenas tardes, oficial Hauer —saludó Madeleine a la oficial.

—Buenas tardes, señor y señora Rusell —saludó con una sonrisa tensa, porque no sabía qué hacían ellos ahí. Ya estaban acostumbrados a verlos una vez por mes, pero no habían pasado ni dos semanas desde la última vez que fueron a preguntar sobre el caso de su hija desaparecida—. Bienvenidos, ¿tienen cita con el inspector?

—Hauer, sí… sí, hazlos pasar —avisó desde su escritorio el sargento Weathers, y se levantó para recibirlos.

La estación no era muy grande, por lo que todos estaban en la misma planta, atrás de una docena de escritorios en las que laboraban, sargentos y detectives del primer a tercer grado, estaba la pequeña oficina del jefe del Departamento de Personas desaparecidas.

Que, por primera vez en mucho tiempo, uno de los sargentos se mostrara interesado en su llegada y que de inmediato los hiciera pasar con el inspector en jefe, hizo que los corazones de Patrick y Madeleine se desbocaran de felicidad, por lo que compartieron una mirada y una sonrisa. Agradecieron infinitamente que el ex detective Martin intercediera por ellos en el caso de Susan, que llevaba muchos años en los archivos coleccionando capas y capas de polvo.

—Buenas tardes, Sargento, ¿cómo le va? —Patrick le tendió la mano para saludarlo con un apretón.

—Muy bien, gracias por preguntar, señor Rusell. —Aceptó el enérgico apretón—. Por favor, síganme, el detective en jefe los espera.

Madeleine asintió y tragó saliva, sujetó la mano de su esposo y él se la apretó con fuerza; estaba a muy poco de ponerse a llorar de felicidad o alivio, aún no podía identificar todo eso que sentía. Patrick estaba experimentando las mismas emociones, podía notarlo.

Los pasos que los acercaban a la oficina del teniente hacían eco en sus oídos y a pesar de que la distancia era relativamente corta, esta vez le pareció kilométrica.

—Buenas tardes, señor y señora Rusell, sean bienvenidos —dijo el detective, que los vio acercarse a su oficina, ya que la mitad de la pared era de cristal—. Por favor, tomen asiento.

—Buenas tardes, detective, muchas gracias —dijo Patrick avanzando.

—Buenas tardes —saludó Madeleine.

—Les gustaría algo de tomar, café, agua… refresco —ofreció.

—Una café, gracias —pidió Patrick, que ya estaba en la silla y se sentó a Stella en las piernas.

—Un vaso con agua, está bien —pidió Madeleine, aunque sabía que el nudo en su garganta no le dejaría pasar nada—. ¿Quieres un refresco? —le ofreció a su niña, que asintió.

—Enseguida pido que se los traigan —dijo el sargento Weathers.

—Gracias —dijeron Patrick y Madeleine al unísono.

—Señor y señora Rusell, los he citado aquí, porque hace unos días me reuní con el teniente Martin…

—Sí, eso nos informó el teniente. Nos dijo que podría existir un avance —comentó Patrick, que mantenía un poco más el control de sus emociones.

Mientras Madeleine no hacía más que estrujarse las manos debido a la ansiedad.

—Así es, no quiero crearles falsas ilusiones porque no es un gran avance, pero es algo. —Era mejor ser sincero, ya ellos habían sufrido suficientes como para esperanzarlos más de la cuenta.

—Lo que sea, detective, el mínimo indicio sobre el paradero de Susan nos dará esperanza para seguir con su búsqueda. —Madeleine se llevó una mano al pecho.

—Lamentablemente no tenemos sospechas sobre el paradero de Susan —intervino el detective Benson—. Lo que conseguimos es contactar con uno de los mejores dibujantes forenses del país…

—¿Dibujante forense? —preguntó Patrick algo desconcertado.

—Sí, es un artista altamente especializado en crear bocetos de sospechosos no identificados en delitos —trató de explicar de la manera más sencilla posible—. Estos dibujos suelen utilizarse para ayudarnos a identificar a sospechosos o para crear dibujos compuestos de personas desaparecidas con la esperanza de que alguien las reconozca y nos facilite información sobre su paradero.

—Entiendo, pero tienen fotos de Susan… ¿Para qué un dibujo de ella? —prosiguió Patrick confundido, empezaba a sentir que se trataba de una visita en vano.

—Sí, efectivamente, contamos con fotos de Susan, pero de la Susan de tres años, han pasado catorce años desde su desaparición… Evidentemente, no luce igual; entonces, requerimos de su permiso para usar las fotos y hacer un dibujo, usando sus rasgos físicos, pero mucho más maduros… En fin, el objetivo es hacer un dibujo de cómo se vería Susan con dieciocho años.

—¿Eso es posible? —preguntó Madeleine con la voz ahogada y temblorosa—¿Qué tan fiable puede ser?

—Es muy fiable, por eso les digo que, si están de acuerdo, podríamos obtener un dibujo casi preciso de cómo podría verse Susan con dieciocho años.

Madeleine y Patrick se miraron a los ojos, los pechos de ambos mostraban el influjo de sus respiraciones trabajosas; en ese momento, entró un pasante con las bebidas para todos, lo que les dio tiempo a ellos para pensar en la respuesta. No sabían qué tanto podría afectarles ver un dibujo de su hija tan grande, muchas veces se la habían imaginado, incluso hablaban sobre eso, pero verla materializada a través de unos trazos de grafito, podría remover tantas emociones con las que no estaban seguros de poder luchar.

—Señor y señora Rusell. —El pasante les acercó la bandeja.

—Gracias —dijo Patrick, recibiendo la taza de café.

—Muchas gracias, Robert. —Madeline le sonrió, ella conocía el nombre de todos ahí, debido a sus contantes visitas. Su hija estiró las manos para agarrar la lata de Dr. Pepper Cherry —. Con cuidado, cariño. —Le ayudó a coger la gaseosa.

—Papi, ¿me ayudas? —pidió Stella, tendiéndole la lata.

—Claro, princesa. —Él dejó la taza de café sobre el escritorio y abrió la lata para su hija—. Bebe despacio.

—Gracia, papi.

—De nada. —Le sonrió con ternura y se volvió a mirar a Madeleine; no había dado ni un sorbo al agua. Ella asintió apenas perceptiblemente, entonces él lo comprendió—. Detective

Benson, si ese dibujo; en realidad, nos mostrará a Susan con dieciocho años, estamos dispuesto a dar nuestro consentimiento. Pero quiero saber si eso solo se tratará de un premio de consolación para nosotros o se pondrá en marcha alguna campaña para hacer pública la foto… y no me refiero, solo a pegar un par de docenas de copias en los postes del pueblo, sino a algo con mayor difusión.

—Bueno, señor Rusell —carraspeó el detective—. Por el momento, hemos conseguido que nos hagan el dibujo, ya después nos toca solicitar los recursos para hacer lo suficientemente notoria la noticia y volver a ponerla en los medios… Digo, para hacer una campaña de la magnitud que ustedes anhelan; porque sí, muchos medios de comunicación ofrecen ayuda ciudadana, pero los de mayor prestigio y alcance solicitan algún tipo de beneficio.

—Nosotros podríamos pagar alguna campaña —se apresuró Madeleine—. Si vamos a hacer el dibujo, quiero que todo el país pueda ver a mi Susie… No, no solo el país, quiero que la vea el mundo entero, que puedan identificarla en cualquier lugar. —Ella estaba dispuesta a hipotecar la casa con tal de poder pagar una inmensa difusión.

—Señora Rusell, creo que podremos llegar a un gran alcance, solo necesitamos contactar con las personas correctas… Atraer la atención de algún político, podría ser de gran beneficio.

—Hagamos el dibujo, buscaré la manera de que me escuchen… Voy a encontrar a mi hija. —Con los ojos brillantes por las lágrimas se volvió para mirar a su marido—. Vamos a encontrarla, es hora de que Susan regrese con nosotros… Haremos lo que sea necesario.

—¿Está bien con la foto que tienen o necesitan algo más? —Patrick que estaba completamente de acuerdo con el amor de su vida, desvió la mirada al detective.

—Solo tenemos dos fotos, si pudieran traernos dos más… En el expediente están los rasgos distintivos. Ah, también necesitaremos una foto de cada uno.

—Sí, claro. —Madeleine asintió de forma reiterada—. ¿Díganos cuando se la traemos?

—Cuanto antes mejor.

—Enseguida, vamos a la casa…

—Mañana, señora Rusell —le sonrió condescendiente—. Traiga todo mañana.

—Bien, estaré a primera hora —prometió con las esperanzas renovadas—. ¿En cuánto tiempo tendríamos el dibujo?

—Aún no lo sé, pero supongo que de ocho a diez días.

—Es mucho tiempo, pero ya hemos esperado casi quince años, creo que puedo soportar otro par de semanas más —sonrió y se le derramaron algunas lágrimas.

—No llores, mami —dijo Stella, estirando su manita para secarle las lágrimas.

—No pasa nada, cariño… Estoy bien —sorbió y agarró el pañuelo que su marido le ofrecía.

Patrick cargó a Stella y se levantó, extendió su mano para despedirse con un apretón, también se sentía esperanzado.

—Muchas gracias, por todo, detective Benson… Mañana pasaremos a traerle las fotos.

—Ojalá pudiéramos hacer más por ustedes, sabemos que estamos en deuda. —El detective correspondió al apretón de manos.

—Hasta mañana, detective. Muchas gracias. —Madeleine también se despidió con un apretón de manos.

Deseaba infinitamente que el tiempo pasara demasiado rápido; salieron de la oficina y en su camino a la salida se despidieron de todos con los que se cruzaron. Ya en el asiento del copiloto y mientras Patrick se encargaba de acomodar a Stella atrás, Madeleine no pudo seguir conteniendo sus emociones, por lo que se llevó las manos al rostro y se echó a llorar.

—Mami no llores… —chilló Stella—. ¿Papi, por qué mami está llorando? —preguntó

desde su inocencia.

—Porque está feliz, cariño… Llora de felicidad, de alivio… no es por nada malo. —Le dio un beso en la cabeza y cerró la puerta, luego casi corrió a subirse en el puesto del conductor.

Abrazó a su mujer y la consoló, susurrándole palabras de aliento, mientras él luchaba con todas sus fuerzas para no echarse a llorar, porque no quería perturbar aún más a su hija. Madeleine se obligó a calmarse un poco y se apartó del abrazo.

—Es un gran avance… Yo sé que sí, vamos a encontrarla, Patrick, puedo sentirlo —hipo con una mano en el pecho y la otra se la apretaba su marido.

Él tenía mucha fe; sin embargo, le preocupaba que Madeleine ya lo diera por hecho, porque si no se obtenían buenos resultados, se iba a derrumbar una vez más, y todas las veces que eso había pasado, le había costado mucho más poder levantarla.

Cuando llegaron, ya Lenny estaba en casa, los recibió con la buena noticia de que había obtenido el proyecto, eso los hizo sentir muy orgullosos; por lo que Patrick, para celebrar los invitó a comer fuera, en un buen restaurante.

Durante la cena, fue Lenny quien preguntó sobre cómo les había ido en la comisaría. Ellos muy emocionados le contaron sobre ese avance en la investigación; él también se mostró esperanzado con hacer de nuevo una difusión con un dibujo de cómo luciría Susan a sus dieciocho años; incluso, les ofreció a sus padres parte de su sueldo para hacerlo esta vez con mayor alcance.



CAPÍTULO 36

Lauren estaba cursando su segunda semana de estudios de Bellas Artes en la UCL y hasta ahora se había adaptado muy bien; estaba maravillada con el campus, siempre que tenía tiempo libre se dedicaba a recorrerlo. También estaba bastante satisfecha con la residencia estudiantil, a pesar de que la habitación que compartía con Telma era bastante pequeña.

Las materias que más disfrutaba eran historia del arte, dibujo y composición, procesos de la escultura y procesos de la pintura; al salir de la universidad, decidió pasar por el supermercado para comprar algunos alimentos. En su mayoría, adquiría que no necesitaran mucho tiempo de cocción o de una elaborada preparación, porque la cocina era compartida y casi siempre había

alguien ocupándola.

A pesar de que contaba con un buen presupuesto asignado por el señor Thompson, no le alcanzaba para comer todos los días en restaurantes; por lo que, su dieta era a base de emparedados, galletas y comidas enlatadas. Tampoco era mucho lo que podía comprar porque no contaba con espacio suficiente para guardarlo; así que, cogió una cesta y metió pocos productos, entre alimentos y de aseo personal.

—Muchas gracias. —Le sonrió a la chica que le atendió en la caja registradora y le ayudó a guardar en la bolsa un paquete de pan de molde y un frasco de mermelada.

Caminó las tres calles hasta la residencia, dispuesta prepararse algo de comer; por la tarde saldría a pasear, volvería a la galería a la que fue con Leonard. No para torturarse con los lindos recuerdos ni para seguir lamentándose por haber perdido la única posibilidad de seguir en contacto con él, sino para celebrar su día. Cuando llegó al edificio de cinco pisos que no contaba con ascensor, se vio atraída por un bonito y colorido arreglo floral puesto sobre el mueble de la recepción. Seguro lo había enviado el novio de alguna de las residentes.

—Hola, buenas tardes, Prudence —saludó a la mujer que atendía la recepción de la residencia.

—Hola, Lauren, espera un momento —le pidió mientras terminaba de atender a otra de las chicas de la residencia a la que le estaba entregando la correspondencia.

—Sí, claro. —Se detuvo junto a la otra chica y se cambió la bolsa de mano para descansar del peso de las compras.

—Lauren, llegó esto para ti —dijo, haciéndole entrega de varios sobres de lo que parecían ser unas tarjetas.

—Muchas gracias. —Los recibió y los miró con curiosidad, quería abrirlo, pero prefirió guardarlos en la bolsa y verlos después.

—Ah, esto también es para ti. —Empujó el arreglo floral, acercándolo a Lauren.

—¿Para mí? —sonrió entre nerviosa, incrédula y emocionada.

—Sí, el mensajero dijo que era para Lauren Spencer… Además, en el sobre de la tarjeta también dice tu nombre. —Le señaló el pequeño sobre que estaba entre las flores.

—¿De quién puede ser? —se preguntó al tiempo que dejaba la bolsa de compras en el suelo.

La intriga la desbordó, por lo que no iba a esperar hasta llegar a su habitación para saber quién le había obsequiado esas flores tan hermosas. Sacó la tarjeta del sobre y empezó a leer.

No importa la edad que tengas, sabes que siempre podrás contar con mi apoyo, me siento muy orgulloso de ti y hoy que cumples la mayoría de edad y ya eres adulta, quiero desearte toda la felicidad del mundo.

Con cariño.
Francis Suffield.
Que Dios te bendiga, hija mía.

Las lágrimas de emoción picaron en los ojos de Lauren; sabía que el padre Francis tenía muy presente su cumpleaños, pero jamás imaginó que fuera a hacerle un regalo tan bonito a pesar de la distancia.

—¿Son del novio? —preguntó Prudence, sonriente, al ver a la chica emocionada.

—No. —Espabiló para no derramar las lágrimas—. Son de mi padrino. —Levantó la mirada hacia la recepcionista—. No tengo novio —confesó con nostalgia, porque estaba segura de que su relación con Leonard se había arruinado.

—Por ahora, no creo que una jovencita tan bonita, pase mucho tiempo más sin que empiecen a lloverle los pretendientes —dijo en un tono cómplice—. Sobre todo, en la universidad.

—Mis planes en la universidad no son encontrar novio, sino terminar mi carrera. —La verdad, no creía que podría enamorarse de nuevo, no iba a encontrar a otro como Leonard.

—Nunca se sabe. —Le guiñó un ojo y se dirigió a otra de las chicas que entraba al edificio —. Edith, te llegó correspondencia.

—Prudence, no puedo subir con todo, ¿puedes cuidarme las flores mientras subo las compras? —solicitó el favor.

—Sí, claro, cariño —sonrió mientras atendía a la otra residente.

Lauren se hizo de la bolsa de compras y se marchó, a pesar de que llevaba dos semanas subiendo las escaleras de los cinco pisos, todavía llegaba a su habitación sin aliento.

Buscó las llaves en el bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta; sabía que Telma estaba en clases, ella estudiaba periodismo y literatura. La habitación contaba con bastante luz natural debido a una gran ventana, tenía un par de camas sencillas, separadas por una mesa de noche, un par de escritorios y dos de armarios. Aunque los muebles eran poco contaban con lo necesario.

Lauren dejó la bolsa sobre el escritorio y como aún no recuperaba del todo el aliento para ir a buscar el arreglo de flores, prefirió sacar los productos y acomodarlos en su armario, otros los llevó al baño y los perecederos, los llevaría a la cocina que estaba en ese mismo piso y que compartía con cinco de las habitaciones.

Una vez que terminó de organizar todo, agarró los cinco sobres que le entregó Prudence y caminó hasta la cama, se sentó al borde y abrió el primero. Era una linda tarjeta de cumpleaños que le envió su amiga Enya, no solo le expresó a través de hermosas palabras sus mejores deseos, sino que la estaba invitando a que se vieran el sábado.

Soltó un grito de emoción, se moría por ver a una de sus mejores amigas; sabía que también había empezado la universidad en Cambridge, que estaba a poco más de una hora en tren. Así que estaba segura de que se verían mucho más seguido. La siguiente tarjeta, también de cumpleaños, tenía otro lindo mensaje y era de Tracy.

—Ay, Tracy, te extraño tanto —suspiró, no quería hacerse a la idea de que no la vería en mucho tiempo.

Guardaba la esperanza de que el próximo verano lo pasarán juntas, porque le prometió, no solo a ella, sino a todos en el oratorio, que durante los veranos se iría a Birmingham. Por supuesto, también los trabajaría en el supermercado, a pesar de lo cascarrabias que era el señor Owen, le gustaba mucho el ambiente laboral.

Le emocionaba recibir tantas muestras de afectos a través de esas tarjetas; la verdad, estaba muy sorprendida, no esperaba que todos ellos la tuvieran presente. También sonrió complacida cuando vio la siguiente tarjeta, era de parte del señor Thompson, en la que también le pedía que cuando pudiera se comunicara con él, para concretar una reunión; ya que, debido a que era mayor de edad, podría empezar a disponer de algunos de los bienes heredados por sus padres.

Solo quedaba un sobre que también debía contener una tarjeta de cumpleaños, no tenía idea de quién más podría recordar su cumpleaños y tomarse la molestia de enviarle un bonito mensaje.

—¿Acaso tú me enviaste esta tarjeta, amor de mi vida? —sonrió mirando el afiche de Bret Michaels, en el que aparecía con un chaleco de cuero blanco, unos vaqueros y una bandana en la frente—. ¿O fue usted, mi querido Freddie? —se preguntó, admirando a uno de sus tantos ídolos, vistiendo de blanco con una chaqueta amarilla, Mientras jugueteaba con el sobre entre sus dedos

y terminó dándose unos golpecitos en el mentón.

Inhaló, resuelta a no seguir alargando el momento, abrió el sobre. Como suponía era una bonita tarjeta de cumpleaños, el dibujo era en relieve; por lo que, lo repasó con las yemas de sus dedos.

Cumplir años no es solo celebrar un año más de vida. También es reflexionar y agradecer todo lo logrado hasta ahora. Tuviste un año de más sabiduría, más amor, más sonrisas y más alegría. Aprende de todo lo que has pasado y disfruta de todo este crecimiento.

Mi deseo para ti es que esta fecha se repita por muchos años y que nunca te falte el amor, la luz y la paz.

¡Feliz cumpleaños!

Ese era el mensaje que traía la tarjeta; sin embargo, debajo tenía escrito a mano.

¡Feliz cumpleaños, querida Lauren! Te deseamos lo mejor, tu familia.

Firma: Harriet

P.D: Por favor, ven a casa el domingo, haremos un almuerzo para ti.

Una extraña sensación de nostalgia, pero también de rabia cobró vida en la boca de su estómago; quizá era más que eso, era una cruda indignación. ¿Cómo se le ocurría a Harriet hacerle semejante invitación, después de lo que pasó en su casa? Después de que la llamara mentirosa y casquivana, solo por defender a su hijo.

¿Cómo demonio sabía que ella estaba en esa residencia? Si desde que se marchó esa mañana, no volvió a tener ningún tipo de comunicación con ellos. Ni siquiera estaban al tanto de que había empezado a estudiar; seguramente, fue el padre Francis quién la puso al tanto de dónde hallarla o quizá fue el señor Thompson. Solo por la memoria de su padre y por el vínculo que lo unía a Harriet, fue que se contuvo de no hacer pedazos la estúpida tarjeta.

—Pero se quedará con su almuerzo hecho, porque ni loca vuelvo a poner un pie en esa casa… Puedes irte muy a la mierda, Harriet —gruñó, se levantó y con mucha energía llevada por la molestia, metió la tarjeta en el cajón de su escritorio, lo cerró de golpe.

Necesitaba drenar la adrenalina que la rabia le despertaba, supuso que subir y bajar las escaleras le ayudaría con eso; así que, fue a buscar las flores que el padre le regaló. Regresó sin aliento a la habitación y dejó sobre su escritorio las flores, sonrió al ver lo bonito que se veía porque le daba un poco de vida al lugar; a pesar de eso, no se sentía mucho mejor.

Buscó en su armario un paquete de Walkers y el walkman, se acostó en la cama con las piernas flexionadas, se puso los auriculares y empezó a cantar It Could Be You de Def Leppard, mientras se comía las patatas fritas. Poco a poco empezó a sentirse mejor, su padre siempre tuvo razón, el rock ayudaba a mejorar cualquier mal estado de ánimo; sin duda, esa fue la mejor herencia que pudo dejarle.

Tras más de una hora en la que en su cabeza no hubo nada más que música, se levantó para ir a la galería como lo había planeado. Sabía que era muy probable que lloviera por lo que buscó una chaqueta impermeable y un paraguas. Antes de salir de la habitación revisó el mapa, no estaba muy lejos, quizá a media hora caminando. Segura del trayecto que haría, agarró el

walkman y pulsó el botón de reproducir para seguir donde lo había dejado.

—Hasta mañana, Prudence —se despidió de la recepcionista, porque sabía que ya estaba por terminar su turno.

—Hasta mañana, Lauren. Espero que lo termines de pasar muy bien. —La despidió también con un gesto de la mano.

—Gracias. —Empujó la puerta y salió del edificio que quedaba justo en frente a Russell Square.

Un jardín público en el que solía caminar por las noches o se sentaba a comerse algún emparedado por las tardes; poco le gustaba estar encerrada en la habitación. La temperatura había descendido unos cuantos grados, dejando claro que iba a ser una tarde bastante fresca, debía estar en unos catorce grados y a pesar de unas pocas nubes grises, no parecía que fuese a llover. Se dirigió al sur y luego giró a la derecha hacia la calle Montague, mientras seguía absorta en la música y el paisaje, no tenía prisa por llegar, solo disfrutaba del paseo.

—Tiempo, se necesita tiempo… —cantaba bajito Still loving you de Scorpions—, para recuperar tu amor otra vez, allí estaré, allí estaré. El amor, solo el amor, puede traer tu amor algún día… —No podía sacarse a Leonard de la cabeza ni del corazón, aunque habían pasado meses, seguía amándolo y no estaba segura de olivarlo pronto—. Allí estaré, allí estaré… Lucharé, bebé, lucharé para recuperar tu amor otra vez… —inspiró hondamente para no ponerse a llorar.

Se detuvo para mirar el mapa, esperaba en algún momento conocer tan bien la ciudad, que tuviera que prescindir de ese pedazo de papel. Miró a todas partes en busca de la dirección, para ubicarse. Estaba en la calle Cranbourn, así que debía estar bastante cerca; siguió andando y vio una cabina telefónica, quiso entrar para llamar al padre Francis, después del regalo tan bonito que le hizo, lo menos que merecía era que le agradeciera. Debía darse prisa, porque faltaba poco para que tuviera que oficiar la misa.

—Hola, padre…

—¡Lauren, muy feliz cumpleaños!

—Muchas gracias, le estoy llamando para decirle que recibí su regalo, me sorprendió, pensé que no lo recordaría.

—¿Cómo no voy a recordar tu cumpleaños, hija? —dijo jocoso—. Dime, ¿cómo lo estás pasando? ¿Recibiste más obsequios?

—Recibí varias tarjetas… Enya me envió una en la que me dice que vendrá el sábado a visitarme, también el señor Thompson y quiere que nos reunamos para discutir algo de la herencia… Ay, padre, Tracy también me envió una tarjeta… —chilló emocionada.

—Es que es una jovencita muy atenta, te quiere mucho. Me alegra saber que también te visitará Enya… Y no hagas esperar mucho al señor Thompson, seguro te hablará de algo importante.

—No, no lo haré, revisaré mis horarios de clases de la próxima semana y le llamaré para informarle el día que pueda… Y padre…

—¿Qué? —preguntó porque Lauren se detuvo de golpe.

—No, no es nada. —Prefirió no atormentarlo con un reclamo.

—Dime, Lauren… Sé que quieres decirme algo. —La conocía demasiado bien, como para saber que se estaba guardando ago. Pudo escucharla soltar un pesado suspiro.

—Es que también me llegó una tarjeta de Harriet… ¿Usted le dio mi dirección? —preguntó, intentando que su voz no fuese dura.

—No, no he hablado con ella en meses. —Le parecía extraño, pero no imposible que

estuviera al tanto de que Lauren había empezado en la universidad—. Quizá se la facilitó el señor Thompson.

—Quizá —masculló Lauren.

—¿Qué te dijo en la tarjeta?

—Me felicitó en nombre de todos y me recordó que son mi familia… Es un mensaje demasiado hipócrita, hasta me pidió que fuera el domingo a su casa que van a prepararme un almuerzo…

—Supongo que irás.

—¿Qué? ¡No! —dijo con determinación.

—Lauren… —intervino conciliador—. Hija mía, el odio y el resentimiento solo envenenan el alma…

—Pero… Padre… —murmuró molesta.

—Ellos son tu familia, no puedes cambiar el hecho de que Harriet es tu tía —le recordó con tono serio.

—Ella no me quiere, nunca se ha preocupado por mí, no entiendo por qué quiere hacerlo ahora —protestó.

—Puede que su cariño hacia a ti no sea tan desmedido como esperas, pero estoy seguro de que debe apreciarte, porque le recuerdas a su hermano…

—La verdad, sé que no me estima en absoluto… —Lauren puso los ojos en blanco; sabía que ese repentino acercamiento de Harriet debía tener segunda intenciones, pero no iba a decírselo al padre.

—No lo sabrás sino tratas de hacer las paces con ella; además, siempre has dicho que Archie ha sido bueno contigo, al menos, el merece que lo visites… Ve a ese almuerzo, Lauren.

—Padre… —chilló, lo menos que quería era doblegar su orgullo—. ¿Tengo que hacerlo? No me obligue.

—No pretendo obligarte, hazlo por tu padre, por su memoria. Él hubiese querido, que si por lo menos, Harriet y tú no se estiman, tengan un trato cordial… Eres una Spencer y eso no puedes evadirlo por siempre.

—Está bien, iré —suspiró y miró al techo de la cabina—. Solo por la memoria de mi padre, solo por eso.

—Haces lo correcto, hija mía… Me enorgulleces mucho.

—Padre, ¿puedo pedirle un favor? —Estrujaba con la uña de su dedo pulgar el cable del teléfono.

—Por supuesto, siempre que esté a mi alcance.

—Puede hacer la Eucaristía de honras a nombre de Henry… Hoy también está de cumpleaños —La voz se le quebró un poco.

—Lo haré, también lo tengo presente a él.

—Gracias, padre… Ahora lo dejo, porque sé que debe ir a la catedral.

—Dios te bendiga, hija mía. Espero que te vaya muy bien en clases. Cuídate mucho.

Lauren colgó el teléfono y salió de la cabina para seguir con su camino hasta la Galería Nacional. Ya ahí, se paseó entres impresionantes pinturas y lindos recuerdos. Como esta vez contaba con más tiempo, estudió en detalle cada pintura, admiró los trazos, leyó con detenimiento la descripción de cada una. Solo decidió marcharse cuando su estómago empezó a protestar por alimentos.

Salió de la Galería y entró a un pequeño restaurante que estaba cerca, se pidió un servicio de Fish and chips mientras esperaba; notó que era el centro de atención de un grupo de cuatro

chicos, pero prefirió ignorarlos. Cuando llegó su pedido, se concentró solo en su comida, para no volver a mirarlos, no era timidez, solo precaución.

A pesar de que comió lento y esperó otro rato después de pagar la cuenta, los chicos no se marchaban; al parecer, tampoco tenían intenciones de hacerlo pronto porque estaban bebiendo cervezas. No podía seguir esperando a que se hiciera más tarde, porque tenía clases a primera hora; así que, en un impulso de valentía, decidió marcharse, se levantó y salió del local.

Su plan de regresar caminando, cambió cuando vio que dos de los hombres se levantaban; mandó a parar un taxi, quizá fue una acción precipitada y un gasto innecesario, pero era mejor ser precavida, porque le había prometido al padre Francis que se cuidaría. Lo bueno de haber elegido la seguridad de un vehículo, fue que llegó mucho más rápido y así podría irse a la cama más temprano.

Saludó a Honora, la mujer que atendía la recepción por las noches, y siguió de largo hasta las escaleras. Ya en el tercer piso se sentía agotada, tenía los pies adoloridos de lo mucho que caminó, solo quería darse una ducha y dormirse.

—¡Feliz cumpleaños!

Al abrir la puerta de la habitación la recibió el grito eufórico de por lo menos una docena de chicas, que estaban apretujadas en un espacio que apenas era para dos. Telma tenía en sus manos un cup cake iluminado por una vela pequeña. Enseguida empezaron a corearle el «Happy Birthday to You»

—Gracias —reía sorprendida, porque no esperaba algo como eso, mucho menos de chicas que apenas llevaba un par de semanas conociendo—. Muchas gracias.

—¡Pide un deseo! —le recordó Telma.

Lauren cerró los ojos y anheló con todas sus fuerzas volver a ver algún día a Leonard. Luego sopló enérgica.

—Ahora muérdelo, sino lo comes el deseo no se cumple —dijo Zoey.

—Sí, debes comerlo… —instó otra de las chicas.

Lauren recibió el cup cake y le dio un gran mordisco; entonces todas rompieron en aplausos, gritos y algunas con silbidos, lo que la aturdió un poco, pero sonrió emocionada mientras masticaba. Era bonito sentirse integrada en el colectivo estudiantil.

—¡Es hora de brindar! —exclamó Telma con un par de botellas de cervezas Samuel Smith en cada mano.

Lauren vio que enseguida empezaron a repartirse botellas y también le ofrecieron una a ella.

—Pero… pero ¿cómo hicieron para meter cervezas? Aquí no están permitidas las bebidas alcohólicas… —Se mostraba escandalizada, lo menos que quería era que la sancionaran—. No, gracias, yo no quiero, no tomo.

—Ya sabemos que no tomas, pero es porque eras menor de edad… Lauren, estás cumpliendo dieciocho, oficialmente ya puedes beber alcohol —intervino Telma.

—Pero…

—Pero nada, es una tradición, en cuanto cumples los dieciocho, te tomas tu primera cerveza —le exigió Zoey—. ¡Vamos, Lauren! ¡Qué beba! ¡Qué beba! —instó a cántico y con un ademán de sus manos invitó a las demás a que la siguieran.

—¡Qué beba! ¡Qué beba! —la animaron todas.

—Está bien, está bien —se hizo de la botella. Cedió ante la presión, aunque lo hizo más por el temor de que escucharan el bullicioso coro y las descubrieran.

—¡Por Lauren! —la invitaron a chocar las botellas.

Ella lo hizo con una sonrisa incómoda, no por el hecho de compartir con las chicas, sino por

tener que beber algo que no quería.

—Será solo una —les advirtió antes de dar el primer trago.

—Por supuesto, la mayoría tenemos clases a primera hora —aclaró Sadie, que era la compañera de habitación de Zoey.

Lauren tragó grueso, luego acercó la nariz para oler la cerveza, no fue desagradable, era como una mezcla de malta y chocolate. Mientras todas las chicas estaban a la expectativa. No dilató más el momento y dio un generoso tragó, enseguida el sabor amargo inundó su boca y bajó por su garganta; lo que la llevó a arrugar la cara.

—No le gustó. —Sadie soltó una carcajada.

—¿Te supo tan horrible? —preguntó Telma.

—No tanto, pero es muy amarga… —Lauren tragó grueso—. La verdad, no sé si me gusta —dijo, paladeando el sabor.

—Tranquila, te acostumbrarás, la cerveza es de esos sabores que puede que no te guste mucho, pero tiene un no sé qué, que te invita a seguir probando… Algo así como el sexo oral —comentó Zoey con una risita despreocupada.

Los ojos de Lauren se abrieron como platos y le entró un ataque de tos, por lo que para pasarlo tuvo que beber otro poco, mientras sentía como sus mejillas ardían ante el sonrojo.

—¡Zoey! —la reprendió Telma, mirándola con seriedad, ese comentario estaba fuera de lugar.

—Ay, Telma, como si Lauren fuese virgen… Está bien que se haya criado con monjas, pero no creo que sea virgen, ¿o sí? —De pronto se preocupó al pensar que había sido demasiado explícita.

—Ya, ya… Terminen las cervezas y todas a sus habitaciones —ordenó Telma.

Lauren le dedicó una mirada de agradecimiento a Telma; aún no les tenía la confianza suficiente como para contarles su historia con Leonard; además, después de la reacción de Tracy, prefería callar.

—Sí, ya es tarde… Tengo que levantarme muy temprano —dijo con una sonrisa amable y se abrió paso entre la pequeña multitud de visitantes, para dejar la botella sobre el escritorio.

Solo por no parecer desagradecida con ellas, le dio otro trago, pero por más que quisiera, el sabor no era de su agrado. Quizá solo era cuestión de costumbre, como dijo Zoey, pero no era el momento preciso para empezar a educar su paladar.

—Disculpa a Zoey, es un poco impertinente —medió Telma.

—No, no te preocupes… está bien —soltó una risita para que no la vieran tensa—. Agradezco mucho la sorpresa que me han dado. De verdad, no me lo esperaba —expresó con verdadera emoción.

—Lo hicimos con mucho cariño. Ahora debemos ir a dormir… y tenemos que deshacernos de las botellas… No podemos echarlas a la basura —les recordó Sadie.

—Las sacamos en las mochilas. —Telma dio la solución.

—Está bien. —Zoey estuvo de acuerdo—. Entonces nos vamos. —Se acercó a Lauren y le dio un beso en la mejilla—. Muy feliz cumpleaños, descansa… Luego planeamos ir a algún pub.

—Gracias —dijo Lauren—. Sí, luego hacemos plan. —Le sonrió.

Fue recibiendo besos en las mejillas de cada una de las chicas que se despedían y les sonreía con genuino agradecimiento; incluso, conoció a algunas que aún no había tenido el placer de haber visto.

—Disculpa que haya desajustado tus horarios, pero no quería que terminara el día sin que se celebrara tu cumpleaños —dijo Telma, en cuanto las chicas se marcharon.

—No te preocupes, agradezco que lo hayas hecho; de verdad, no lo esperaba y me emocionó mucho.

—¿En serio te gustó la sorpresa?

—Sí, mucho —asintió sonriente.

—Bueno, me alegra… Ahora te dejo de molestar para que puedas ducharte y ponerte el pijama.

—Gracias. —Lauren buscó su pijama que había dejado debajo de su almohada y entró al baño.

Salió pocos minutos después, ya lista para dormir, se metió en su cama y se arropó. Telma apagó las luces y se fue al baño, cuando regresó ya Lauren estaba rendida.



CAPÍTULO 37

La semana transcurrió llena de muchas experiencias maravillosas, a pesar de que tan solo llevaba tres semanas estudiando su carrera, sentía que la amaba cada vez más; disfrutaba plenamente cada clase y se la llevaba muy bien con los profesores. Además, se estaba integrando a un gran grupo de personas, no solo estaban sus amigas de la residencia, sino que también contaba con sus compañeros de clases; estaba conociendo a tantas personas en tan poco tiempo, que muchas veces se sentía abrumada, pero en el mejor de los sentidos.

Así que cuando por fin se reunió con Enya el sábado, tenían mucho por contarse; ya que, estaba viviendo las mismas experiencias. Decidieron hacer un picnic en Hyde Park; Lauren

preparó todo lo que llevaría y después fue a buscarla en la estación de tren, de ahí se fueron al parque real; se ubicaron sobre una manta a cuadros cerca al lago Serpentine con vistas al puente.

Se pusieron al día con todo, Lauren lloró con ella, porque era de las pocas personas que también vivió el trágico día en que asesinaron a sus padres y tenerla cerca le llevó a recordarlos. Enya la consoló con un fuerte abrazo y palabras de aliento; una vez que estuvo más calmada, mudaron el tema de la conversación. Por supuesto, Enya le contó que estuvo saliendo un tiempo con el monaguillo, pero que no congeniaron, aunque besaba como ningún otro; no era razón de peso como para soportar sus desmesurados celos.

—Además, ya sabía que tenía que venir a la universidad. No había futuro para la relación —explicó Enya, y se hizo de una uva—. Ahora sí, ¿vas a contarme de Leonard? —preguntó, mirándola a los ojos.

Lauren llevaba mucho tiempo teniéndola con la intriga, del misterioso chico que conoció en el Live Aid. Suponía que no quiso contarle nada por teléfono por temor a que su madre las escuchara, pues Anne, a veces tenía por costumbre espiarla.

—Primero tienes que verlo, para que sepas que no exagero —Buscó en su mochila la tirilla de fotos que se tomaron. Por lo menos, tener esas imágenes, le ratificaba que todo lo que vivió con él fue real y no un absurdo sueño—. Mira —le dijo, tendiéndole la foto.

—¡Vaya! Sí que es guapo… No lo puedo creer. —Quedó con la boca abierta—. De verdad que se parece mucho a Bret.

—Ves, te lo dije, es muy parecido —dijo con una sonrisa.

—Pero parece mayor que tú…

—No tanto, tiene veintidós años y ya se graduó de la universidad.

—Viéndolo bien, sí se ve joven… Y hacen una bonita pareja. —Desvió la mirada de las fotos para ver a su amiga.

Lauren se sintió con la confianza de contarle absolutamente todo lo que había vivido con Leonard, incluso que le había entregado su virginidad, porque bien sabía que no iba a juzgarla. Como era de esperar, cuando terminó su relato, lo hizo en medio del llanto. Enya no encontró las palabras adecuadas para hacerle sentir mejor; nada de lo que pudieran decirle, cambiaría el hecho de que fue muy estúpido de su parte, dejar el papel con el número de teléfono en el bolsillo de su chaqueta y no haberlo guardado enseguida en la mochila.

Al igual que Tracy, Enya también le dijo que podía intentar buscarlo en el hotel el próximo año; después de todo, habían pactado que se encontrarían en ese lugar, y si él de verdad la quería, regresaría a Londres. Eso le hizo sentir un poco de esperanza.

El día les había favorecido, a pesar de que hacía un poco de frío, el cielo estuvo despejado y la grama fresca; por lo que se marcharon ya cuando Enya debía regresar a la estación. Antes de que pudiera subir al tren, prometieron volver a verse en un mes. Lauren acordó que ella iría a pasar el día en Cambridge.

A la mañana siguiente, mientras seguía acostada en su cama y con la mirada en el techo, supo que no todo podía ser extraordinario, que, aunque su semana fue maravillosa; en un par de horas, tendría que cumplir con un compromiso que le arruinaría el día. Inhaló hondo, mientras se preparaba mentalmente para ir a la casa de Harriet, pero por más que se esforzaba por hacerse a la idea, más quería que el colchón se la tragara; sin embargo, estaba segura de que su deseo no se cumpliría, y no tenía caso seguir en la cama.

Se incorporó, al tiempo que apartaba las sábanas, ya había rezado, dándole gracias a Dios por un nuevo día, también le pidió paciencia, fortaleza y humildad para soportar la visita a la familia de su padre. Telma aún seguía dormida, tuvo que llegar muy tarde, porque no la escuchó

entrar a la habitación. Salió de la cama con cuidado de no despertarle, tendió las sábanas, luego buscó en su armario la ropa que usaría y se la llevó al baño.

Casi una hora después, estaba guardando en su bolso el walkman, un casete de Van Halen y otro de Twisted Sister. También metió el sexto libro de la saga Dune de Frank Herbert. Era lo que consideraba indispensable para su día libre; después de todo, no esperaba quedarse más que lo estrictamente necesario en la casa de Harriet. Caminó de puntillas y cerró la puerta con cuidado, como aún era temprano, decidió comprarse un sándwich de salmón con crema de queso y una botella de agua, luego fue a un banco en el parque Russell Square.

Dejó que las insólitas dimensiones de la Casa Capitular la atraparan por unos cuatro capítulos; después de un rato, miró su reloj de pulsera y supo que ya no podía seguir posponiendo el momento de ir a su compromiso de ese día. Guardó el libro en su bolso, se puso la diadema de los auriculares, le dio a reproducir al casete que estaba puesto y salió del parque rumbo a la estación de metro más cercana.

Sabía que debía hacer un transbordo en South Kensington para luego subir al tren. Le esperaba un trayecto de unos cincuenta minutos; así que, de seguro se leería unos cuantos capítulos más. Al salir de la estación, quiso que los diez minutos de caminata hasta la casa de Harriet se hicieran eternos, pero por más que quiso eso no pasó y muy pronto se vio frente a la fachada. Se quedó ahí de pie, con el corazón latiendo fuerte contra su esternón.

—¡Lauren!

—¡Alfie! —saludó sonriente, al chico que llegaba en su bicicleta—. ¿Cómo estás? ¿Estás jugando fútbol? —le preguntó al verlo con el uniforme.

—Sí, justamente vengo de las prácticas… —comentó, bajándose de la bicicleta, la dejó contra la cerca, para darle un abrazo—. ¡Feliz cumpleaños! Aunque ya han pasado varios días, ¿cómo lo pasaste? ¿Cómo te va en la universidad?

—Bien, bien… —Lauren respondió con una gran sonrisa y se sintió agobiada por tantas preguntas—. Las chicas de la residencia me hicieron una pequeña reunión, también recibí varios regalos… Y en la universidad aún me estoy adaptando.

—¿Pero te gusta? —preguntó muy interesado.

—Sí, mucho… —Asintió con una sonrisa.

—Bellas Artes, ¿cierto? —Le hizo un ademán para invitarla a pasar y con la otra mano se hacía del manubrio para llevar la bicicleta.

—Sí. —Se encogió de hombros.

—Le sacarás mucho provecho, tus dibujos son muy buenos —Ya Lauren le había mostrado algunos de sus bocetos.

—Gracias, espero que la carrera me ayude a perfeccionarlo y a decidir cuál es mi movimiento y estilo artístico —le explicó mientras subían los escalones que conducían a la puerta principal.

—Alfie… —La puerta se abrió dando paso a Harriet, que se sorprendió un poco de ver a la visita, aunque la estaba esperando, solo había escuchado la voz de su hijo—. Oh, Lauren, cariño… —Se acercó para darle un beso en la mejilla—. Bienvenida, te estábamos esperando, espero que tengas mucha hambre; Archie quiso cocinar como si fuera a alimentar a un batallón.

—Gracias por la invitación —dijo Lauren con menos entusiasmo que la falsa euforia de Harriet.

—No agradezcas, eres la agasajada… Estás muy linda, te oscureciste el cabello. —Le acarició un mechón de pelo—. Mi hermano estaría muy feliz de ver la hermosa mujer en la que te has convertido —la melancolía en su voz sí fue genuina.

—Gracias —masculló y tragó el nudo que se le formó en la garganta. Cuando se trataba de su padre, prefería no hablar mucho.

—Alfie, ve a ducharte, apestas a sudor.

—Sí, mamá, enseguida voy… —farfulló y dejó la bicicleta debajo de las escaleras.

—Vamos, cariño, Archie y Paul están en el jardín —le invitó, sujetándole por el codo para guiarla.

Lauren entró en tensión porque no comprendía el trasfondo de tanta amabilidad por parte de Harriet; aunque debía admitir que le tranquilizó un poco que no nombrara a Brendan, lo más probable era que no quiso estar presente; de ser así, mucho mejor para ella.

—Señorita Lauren —la saludó Beth con una sonrisa entusiasta, mientras cargaba un gran tazón de ensalada—. Me da mucho gusto volver a verle.

—Hola, Beth. También me da mucho gusto verte. —Se acercó con una sonrisa—. Déjame ayudarte con eso —se ofreció, pidiéndole la ensalada.

—No, no te ocupes de eso, Lauren —intervino Harriet.

—No se preocupe, señorita, yo me encargo.

—Ven, cariño… Archie y Paul, quieren saludarte. —Harriet, volvió a sujetarla por el codo.

Lauren forzó una sonrisa, le incomodaba que la abordara de esa manera, le parecía exagerado e innecesario, por lo que en cuanto salió al jardín y vio a Paul, colgando de la rama de un árbol a otra, una cadeneta de papel en colores amarillo y blanco, con la ayuda de su padre, aprovechó para liberarse y caminó rauda hacia ellos. No podía negarlo, habían hecho una decoración muy bonita, no solo había cadenetas, también colgaban algunos pompones de papel coloridos, algunos globos y pequeños adornos florales en la mesa.

—¡Lauren! —Paul soltó el extremo de la cadeneta y corrió a saludarla—. Has llegado antes de que terminemos —dijo riendo.

—Hola, Paul… Está muy lindo, muchas gracias. —Recibió con gran entusiasmo el abrazo.

—Lauren, bienvenida. ¡Feliz cumpleaños! —Archie también llegó hasta ella, le dio un abrazo y unas palmaditas en la espalda.

—Gracias por la invitación, les ha quedado muy linda la decoración —le sonrió con sinceridad.

—Esperemos que no llueva —dijo Harriet, con una sonrisa falsa.

—En el pronóstico del tiempo dijeron que no se esperaban lluvias —dijo Beth, dejando en la mesa el tazón de ensaladilla rusa.

—Si llueve podemos seguir la fiesta dentro —comentó Paul con una gran sonrisa, que mostraba su entusiasmo.

—Agradezco la celebración, pero debo regresar temprano a la residencia, mañana tengo clases a primera hora —alegó Lauren.

Darse cuenta de que Brendan no estaba, la hacía sentir mucho mejor, porque eran más las personas que verdaderamente se alegraban de su presencia en el lugar. Estaba segura de que la única que fingía que era Harriet, pero bien sabía que su hipocresía no le permitía hacerle un ataque directo, como sí lo haría su hijo favorito.

—¡Buenos días!

La poca suerte con la que Lauren creyó contar; se esfumó cuando escuchó a sus espaldas la voz de Brendan. Cerró los ojos y tragó grueso sus ganas de largarse en ese instante. Decidió no volverse, no quería ni saludarlo, por lo que avanzó hacia donde estaba Beth, acomodando los platos, para que la mesa se viera más bonita.

—Gracias por todo lo que haces Beth, está todo muy lindo, y esa ensalada se ve riquísima.

—Gracias, señorita. Espero que lo disfrute mucho, ¿cómo le va en la universidad? —preguntó, por seguir la conversación que evidentemente Lauren quería mantener, pudo notar cómo se tensó con la llegada el joven Brendan.

—Alice, gracias por venir, cariño —dijo Harriet, sonriendo.

—Gracias a usted por la invitación, señora.

Lauren escuchó la voz de una joven, aun así, no se volvió a saludar, poco le importaba si daba la impresión de ser maleducada.

—Bienvenida, Alice… Ven, quiero presentarte a mi sobrina —dijo Archie con ese ánimo tan jovial que lo caracterizaba—. Lauren.

Ella no tuvo más opción que enfrentar el momento, forzó una sonrisa que le salió bastante escueta y se volvió; por más que quiso, que su mirada no buscara a Brendan, fue lo primero que hizo. Él estaba hablando con Harriet y justo en el momento en que lo miró, él también desvió la mirada a ella, pero enseguida la volvió a su madre, en un claro gesto de evasión o simplemente ni la determinaba, era mejor así.

—Lauren, te presentó a la novia de Brendan. Alice, cariño, conoce por fin a Lauren, es la hija de Oliver…

—La adoptada —pronunció Brendan en voz alta, aunque no se dignó a mirarla.

A Lauren le quedó perfectamente claro que, aunque él estaba hablando con su madre, tenía la atención puesta en la presentación que hacían de ella a su novia. Archie desvió la mirada hacia su hijo mayor con un duro gesto de desaprobación.

—Sí, la adoptada. —Lauren sonrió, aunque en su pecho burbujeaba la rabia—. Es un placer conocerte, Alice… Lamento mucho que tengas que soportar a un ser tan odioso como novio, imagino lo difícil que debe ser para ti. —Quiso regresarle el golpe a Brendan, que supiera que no se dejaría humillar por él.

—Pues, no tanto... —Alice soltó una risita incómoda y se volvió a mirar por encima de su hombro a Brendan.

—Entiendo, todavía estás en la fase del enamoramiento, donde el ogro aún parece príncipe. —Frunció la nariz en un gesto divertido.

—Creo que no se llevan muy bien —dijo Alice con los dientes apretados, ante semejante situación tan embarazosa.

—A Brendan le gusta molestar a Lauren, cosas de primos —se disculpó Archie, con una clara expresión de vergüenza.

—Bueno, es que Lauren también le sigue el juego —medió Harriet, con una sonrisa forzada. No le agradaba que ella tratara de mal imponer a su hijo delante de su novia.

—¡Felicidades! —Deseó Brendan irónico, acercándose junto a su madre a la pequeña reunión conformada por Alice, su padre y Lauren—. Mis mejores deseos, prima —hizo una pequeña reverencia.

—Agradezco tus buenos deseos, aunque sé que no son los más sinceros. —Alzó una ceja y le sonrió, tratando de ser lo más hipócrita posible—. Ahora si me disculpan, voy a los servicios, necesito vomitar. —Caminó rauda para largarse de ahí.

—Lauren, te acompaño, así te muestro tu regalo —dijo Paul, que desaprobaba la manera en que su hermano la trataba. Sin duda, quiso humillarla delante de Alice. Cuando pasó al lado de Brendan, le dio un puñetazo en el brazo—. Imbécil —masculló.

Lauren entró en el baño social, cerró la puerta y empezó a caminar de un lado a otro; no sabía cómo gestionar la furia que la gobernaba. Tiró de la toalla de mano y se la puso contra la boca para poder soltar su grito de frustración. Por más que quiso retener las lágrimas no pudo,

pero se las limpió rápidamente con rabia, volvió a gritar y pateó la pared deseando que fuese Brendan.

Terminó de patear con el pie bastante adolorido y resopló hasta encontrar un poco de calma; al mirarse en el espejo, notó que estaba sonrojada por la furia. Abrió el grifo y se mojó la cara, también se peinó el cabello con los dedos; llevaba unos vaqueros, con una camiseta negra ajustada que le quedaba por debajo del busto con el nombre de la banda Poison en verde y una chaqueta de cuero negro adornada con algunas tachuelas en los hombros y cremalleras. Apretó con fuerza los bordes del lavabo, pero también cerró los ojos, e hizo varias inhalaciones y exhalaciones.

—Papá, dame la fuerza para soportar este momento y no asesinar a tu sobrino —susurró con la voz ronca.



CAPÍTULO 38

Lauren consiguió encontrar la calma para poder salir del baño, solo esperaba que su máscara de imperturbabilidad durara por todo el tiempo que debía quedarse en esa casa y no terminar mandado a la mierda a Harriet y a su hijo. Al abrir la puerta se encontró a Alfie y a Paul, sentados en el tercer escalón de las escaleras, ellos enseguida se levantaron y fueron a su encuentro.

—Lauren —dijo, Alfie tendiéndole una caja—. Este es mi regalo por tu cumpleaños.

—Y este es el mío. —Paul también le ofreció una caja un poco más plana y grande.

—Gracias, chicos… No tenían por qué molestarse —sonrió con sinceridad. Sino fuera por

ellos, Archie y Beth. No hubiese vuelto a esa cosa, aunque tuviera que decepcionar al padre Francis.

—Te lo mereces, eres nuestra prima —contestó Alfie.

—Anda, abre los regalos —la instó Paul.

—Sí, sí… ¿Puedo sentarme? —preguntó, mirándolos.

—Claro, vamos a la sala.

La invitó el más chico de los hermanos Deacon, caminaron al salón y Lauren se sentó en el sofá, mientras que Paul ocupó uno de los sillones y Alfie prefirió ubicarse en la alfombra.

—¿Qué es? —preguntó sonriendo, sopesando una de las cajas.

—Ábrelo, porque no te lo diremos.

—Está bien —rio, al tiempo que tiraba de uno de los extremos de la cinta roja—. Este es el tuyo, ¿cierto? —preguntó mirando a Alfie.

—Sí —asintió con entusiasmo.

Lauren al abrir la caja se encontró con crayones, una paleta de acuarelas, pínceles, carboncillo, sepia y pasteles. Le fue imposible no emocionarse al punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No sé si esto vas a utilizarlo en tu carrera, pero sirve para tus dibujos —le explicó Alfie.

—Sí, por supuesto que me sirve y mucho… Es la primera vez que tengo tantos implementos de pintura —dijo emocionada, mientras revisaba a conciencia cada elemento—. Muchas gracias, Alfie, es perfecto. —Le dio un sentido abrazo.

—Ahora abre el mío —intervino Paul.

—Sí, enseguida. —Dejó sobre el sofá la caja de Alfie—. Ay, siento mucha curiosidad —chilló y tomó la caja plana. Al destaparla vio varios cuadernos de dibujo, cada uno con papel especial para pintura acrílica, para carboncillo y pliegos de papel para acuarela.

—Como Alfie se decidió por las pinturas, sabía que necesitarías usarlas sobre lienzos adecuados —dijo Paul con una gran sonrisa.

—Sí… ¡Ay, chicos! No esperaba algo como esto. Les agradezco mucho. —Abrazó a Paul, mientras sentía lágrimas de emoción picarle al borde de los párpados—. Por cierto, ¿ya empezaste la universidad?

—Sí —respondió, afirmando con una sonrisa.

—¿Dónde? ¿También fuera de Londres? —En ese momento se sintió algo mal, porque se daba cuenta de que era muy poco lo que sabía de ellos, que siempre se habían portado muy bien con ella.

—No, empecé en el Conservatorio de Música y Danza Trinity Laban… Estudio teatro. —Él comprendía el amor que Lauren podía sentir por las artes, pues también llevaba esa pasión en la sangre.

—¿En serio? —Se mostró eufórica, pero también siguió latiendo en ella esa sensación de haber sido demasiado indiferente con Paul y Alfie—. Entonces podemos vernos en algún momento.

—Claro, podemos salir a comer o algún pub… —Paul se mostró bastante interesado.

Lauren caminó de prisa a la mesa del recibidor, buscó en el cajón la libreta y el bolígrafo que sabía siempre estaba ahí; le anotó el número de teléfono de su residencia, arrancó la hoja y regresó.

—Puedes llamarme cuando desees, me darán tu mensaje —dijo tendiéndole la hoja, con una sonrisa.

—Bien, sigan haciendo planes sin invitarme. —Alfie se mostró ligeramente indignado.

—Podemos vernos un fin de semana... Paul te llevará, ¿cierto? —intervino Lauren, mirándolos.

—Lo prefieres así, ¿verdad? No te gusta venir a casa —comentó Alfie con algo de tristeza, aunque la entendía.

—Ya sabes, no quiero incomodar… —Se llevó las manos a los bolsillos traseros de los vaqueros y se encogió de hombros.

—No nos incómoda que vengas, siempre eres bien recibida —insistió Alfie, mirándola a los ojos.

—Sé que por ustedes y por su papá no hay problema, pero tu mamá no piensa lo mismo…

—Ni Brendan. —Paul intervino—. Te comprendo, si voy a un lugar y me tratan como lo hizo el imbécil de mi hermano hace un rato, jamás volvería a dirigirle la palabra.

—¿Qué le hizo ahora? —gruñó Alfie.

—No merece la pena… —se apresuró Lauren, para que Paul no le diera explicaciones, lo menos que quería era ser la causante de problemas entre ellos—. Me conformó con no tener que regresar al jardín… Al menos, no hasta que se sirva la comida.

—Podemos quedarnos aquí —propuso Alfie—. ¿Te gustaría jugar al algún juego de mesa? —propuso con una sonrisa.

—¡Claro, me encantaría! —aceptó enseguida.

—¡Perfecto! —Paul corrió al baúl que estaba debajo de las escaleras, tuvo que mover la bicicleta de su hermano para poder abrirlo—. Tenemos, Scotland Yard, Londres: espías y detectives, *Cribbage*, *Snakes and Ladders* —decía mientras sacaba una caja tras otras y las apilaba en el suelo—. *Carcassone*, *Descent*…

—Scotland Yard, Londres: espías y detectives. —Lauren se animó, prefería mil veces, jugar con Alfie y Paul a tener que volver a una celebración que solo la mortificaba.

—Bien. —Paul devolvió al baúl los juegos que no usarían y regresó con el que eligieron.

Alfie se encargó de mover todos los adornos que estaban sobre la mesa de centro y los puso sobre la *credenza*. Enseguida regresó y se arrodilló, al igual que Lauren y su hermano, para empezar a jugar. Tras media hora sumidos en el juego, los ánimos estaban desbordados; ya que, Alfie estaba resultando el ganador y se mostraba eufórico, mientras que Lauren y Paul reían.

—Aún no termina el juego —dijo Paul con tono misterioso, mientras miraba el mapa—. No celebres antes de tiempo.

—Cualquier cosa puede pasar. —Lauren estuvo de acuerdo.

—No, no lo creo —reía convencido de que esa partida era suya—. Mejor prepárense para la revancha.

—Con que aquí están —interrumpió Archie en el salón y se llevó las manos a la cintura al verlos bastante animados—. Chicos, la celebración es en el jardín.

—Papá, estamos mejor aquí, solo iremos cuando esté servida la comida —dijo Paul, levantando apenas la mirada del juego—. Puedes pedirle a Beth que nos avise.

—Pero la idea es compartir en familia, disfrutar del buen clima.

—Podríamos compartir en familia si Brendan dejara de comportarse como un imbécil inmaduro… Viste lo grosero que fue en cuanto llegó. Lauren no vino hasta aquí para que él la humille.

—Lauren, sé que Paul tiene razón. Brendan no se ha portado muy bien contigo, por lo que te pido perdón en nombre de mi hijo —Archie; de verdad, se sentía avergonzado por el comportamiento de su hijo mayor—. Tomaré cartas en el asunto y hablaré con él.

—No, Archie, es mejor no empeorar la situación, si lo reprendes, solo le darás motivos para

que me odie más.

—No, créeme que no volverá a meterse contigo… Vamos al jardín, sí —pidió de manera amigable.

A Lauren le conmovió la forma en que Archie le hablaba, le recordaba mucho a su padre y no pudo rechazar su invitación.

—Está bien, vamos. —Soltó las piezas de su juego.

—Pero si estaba ganando —protestó Alfie, frunciendo sus cejas—. Solo vamos para que Brendan haga sentir mal a Lauren.

—No te preocupes, Alfie… Tu hermano no puede afectarme con sus sarcásticos comentarios —mintió, por el simple hecho de no querer mostrarse vulnerable—. Luego continuamos con el juego.

—Está bien —cedió, aunque más que querer seguir con el juego, lo que no quería era que Brendan lastimara a su prima.

Archie los acompañó de regreso al jardín, donde las miradas de reproche de Paul y de Alfie hacia Brendan, no se hicieron esperar.

—¿Dónde estaban? —preguntó Harriet con su imborrable sonrisa mecánica.

—Estaban jugando en la sala —anunció Archie.

—Pero si la celebración es aquí. —Se acercó a su hijo menor y le acarició el cabello aún húmedo, por la ducha que se dio justo al llegar de las prácticas de fútbol—. Siéntense, ya estamos por servir la comida.

—Gracias, mamá —dijo Paul, que apartó una silla para que Lauren se sentara.

Para su tranquilidad, Brendan y su novia estaban sentados debajo del gran arce blanco, del que colgaban algunos de los adornos que ellos habían puesto. Lauren agradeció que Paul eligiera para ella, una silla que le diera la espalda a Brendan; así no debería tener que mirarlo.

—¿Quieres queso? —preguntó Paul, sonriéndole.

Tomó un palillo para pinchar un trozo de la tabla en la que no solo había una basta variedad de quesos, sino que también jamón, frutas, tostadas y frutos secos.

—Gracias —dijo Lauren, recibiendo el trozo que le brindaba.

—Brendan, vienes un momento. —Archie llamó a su hijo mayor.

Lauren presintió que eso iba a ser un llamado de atención y esperaba que no terminara repercutiendo con más crudeza en ella.

—Amor, ya están por servir la comida —intervino Harriet.

—Será rápido —dijo Archie, al tiempo que le ponía una mano en el hombro a su hijo mayor para conducirlo a su despacho.

En ese momento llegó Beth con una bandeja en que la traía algunos de los alimentos. Lauren se puso de pie para ayudarle, aunque la mujer le dijo que no necesitaba ayuda, ella insistió. Entonces, Harriet también prestó su ayuda.

—Alice, cariño, ven… este es tu puesto —llamó Harriet a su nuera, que seguía sentada en el mismo lugar, apartada de los demás.

—Hola, Alice, bienvenida —la saludó Alfie.

—Hola, gracias —dijo al tiempo que se sentó en el puesto que le indicó su suegra, a la que veía por segunda vez.

Lauren se aventuró a mirarla, descubrió que era hermosa, rubia con unos llamativos ojos grises, tupidas pestañas y labios voluminosos; una oda a la belleza femenina. Por su elegancia y delicadeza; incluso, podría ser de la realeza, no le extrañaría que estuviese emparentada con alguien importante, pues a Harriet se le notaba encantada con ella, seguramente era la mujer que

siempre soñó para su hijo.

Cuando Archie y Brendan regresaron, justamente terminaban de servir la comida; se trataba del típico asado de los domingos, pero acompañado con otros alimentos como la ensaladilla rusa.

—Buen provecho —deseó Archie, en cuanto se sentó.

La familia Deacon no acostumbra a dar gracias a Dios por los alimentos; sin embargo, Lauren lo hacía en silencio, mientras miraba su plato. Cuando ella quiso dar el primer bocado, ya todos llevaban por lo menos tres.

—Está muy rico, el cordero está en su punto —elogió Harriet, desviando la mirada hacia la invitada especial—. Lauren, ¿te gusta? —preguntó, al ver que todos estaban muy callados.

Lauren terminó a masticar el trozo de brócoli que recién acaba de llevarse a la boca, mientras asentía.

—Sí, está muy rico —respondió, elevando la mirada.

Se encontró con la de Brendan que estaba ubicado justo en frente. Estaba furioso, pudo verlo en sus ojos, aunque él tenía la facilidad para camuflar bien sus emociones y parecer imperturbable, su mirada no podía mentir. Enseguida volvió a bajar la cabeza, porque toda esa situación era muy incómoda.

—Muchas gracias.

—Con todo el cariño, Lauren —sonrió Harriet—. Como me hubiese gustado que mi hermano estuviera aquí —deseó afligida.

Lauren se daba cuenta que ella jamás nombraba a su madre; al parecer, le daba igual si Grace también fue asesinada, lo que le dejaba claro, que muy probablemente, nunca fue de su estima.

—Siempre los llevo conmigo en mi corazón; así que, para mí sí están presentes —dijo Lauren, con un poco de temor de que Brendan fuese a hacer uno de sus típicos comentarios hirientes, pero solo carraspeó y no supo si eso fue peor.

—Es cierto lo que dices. —Harriet sonrió, por primera vez, estando genuinamente de acuerdo con la hija de su hermano.

—Lauren, ¿quieres más ensalada? —le ofreció Alfie, sentado a su derecha, notando que no estaba del todo cómoda.

—No, es suficiente, gracias —le sonrió.

—Sí, deben dejar en el estómago espacio para el pastel —le recordó Archie con una sonrisa.

Terminaron de comer y se levantaron de la mesa, Brendan se marchó con Alice a su habitación, alegando que ella quería descansar un poco. Mientras que Lauren, Paul y Alfie, decidieron volver a jugar, pero esta vez en el jardín a la vista de Harriet y Archie.

Tras un par de victorias de Alfie, la algarabía se hacía sentir, no quedaron dudas de que él dominaba mucho mejor el juego. A pesar de que quería jugar la revancha, Lauren declinó la posibilidad, porque no quería regresar tan tarde a la residencia.

—Bueno, entonces es hora del pastel —dijo Archie—. Paul, ve a decirle a tu hermano que baje.

—Beth, puedes traer el pastel, por favor —pidió Harriet.

—Yo iré a por la cámara fotográfica, tenemos que hacernos unas fotos con Lauren —dijo Alfie, mientras terminaba de recoger el juego.

Minutos después, todos estaban reunidos frente a un gran pastel blanco con chispas de colores y varias velas moradas.

—Beth, espera… —Harriet la detuvo antes de que volviera a la cocina—. Por favor, nos haces la foto —dijo, ofreciéndole la cámara.

—Sí, por supuesto, señora.

—Vengan chicos, todos alrededor de Lauren —animó Archie.

Paul y Alfie corrieron a franquearla uno a cada lado, para evitar que su hermano estuviera junto a ella, dejando a Brendan y a su novia en un extremo, al otro se ubicaron Archie y Harriet.

—Pueden juntarse un poco más —pidió Beth, ya que si los enmarcaba a todos quedaban muy alejados—. O los más altos pueden ubicarse detrás.

Ante la sugerencia, Archie y Brendan se movieron para ponerse detrás del grupo. Lauren se puso tensa como cuerda de violín cuando sintió que la sujetaban por la cintura; apostaría su vida, a que esas manos que tocaban su piel eran las de Brendan. La confirmación le estalló en la cara cuando pudo sentir el cálido aliento contra su oreja y el perfume de él, que le llegó a la nariz. Lo que más odió, fue la reacción de su cuerpo, pues cada poro de su piel se erizó, en el momento en que él le acarició sutilmente con los pulgares la espalda; no sabía si hubiese sido menos estimulante si no se tratase de su piel desnuda.

Sabía que las manos de él quedaban ocultas debajo de la chaqueta, por eso no se preocupaba por soltarla; había una parte en ella que tenía ganas de exponerlo delante de toda la familia, gritarle que la soltara y hacer un gran escándalo. Sin embargo, había otra que era desconocida, incluso para sí misma, que deseaba que no lo hiciera, que disfrutaba del roce continuo de las yemas de sus dedos, justo a la altura de sus riñones. Aunque luchaba contra el instinto primitivo de retroceder ese paso que los separaba y pegarse a él; también se preguntaba cómo se sentiría apoyar la espalda contra su pecho.

—Listo, creo que quedaron bien… —dijo Beth con una sonrisa.

La voz de la asistente al servició, fue la causante de reventar la extraña burbuja en la que Lauren estaba atrapada; por lo que, se movió rápidamente y rompió el contacto. Tenía los nervios tan alterados que empezó a dolerle el estómago, mientras una sensación de vergüenza la cubrió, era como si hubiese participado en algo malo, como si hubiese cometido el peor de los pecados.

—Gracias, Beth. Ya veremos cuando se revelen. —Harriet se apresuró para tomar la cámara —. Quédate para cantarle el cumpleaños a Lauren —la invitó también con un ademán.

Todos los miembros de la familia bordearon la mesa, Brendan regresó al lado de Alice, lo que hizo que la respiración de Lauren se ralentizara un poco. Mientras todos coreaban el «*Happy Birthday*» ella se esforzaba por mantener una sonrisa y no mirarlo; solo podía pensar, que en cuanto apagara las velas, le pediría a Beth que pusiera su trozo de pastel para llevar y se largaría enseguida. Cuando terminaron de cantar, se inclinó sobre el pastel, cerró los ojos y sopló sin siquiera pedir un deseo.

—¡Vaya! Eso fue rápido —dijo Archie jocoso, mientras los demás aplaudían—. ¿Segura que pediste tus deseos?

—Sí, los tenía muy bien pensado —mintió, sentía que un calor incontrolable se le había apoderado de las mejillas.

—Felicidades, querida, que sean muchos más. —Harriet se acercó y le dio un abrazo fugaz.

—Muchas felicidades, Lauren… Te deseo todo lo mejor. —El abrazo de Archie fue más paternal, más sentido que el de su mujer.

—Gracias. —Lauren que sentía un cariño genuino por él, correspondió muy agradecida.

—¡Lauren! —Paul le dio un eufórico abrazo—. Te quiero mucho y me hace feliz que decidieras venir… Muchas felicidades.

—También te quiero Paul… Recuerda lo que hablamos —le dijo mientras lo estrechaba con fuerza.

—Sí, nos veremos mucho más seguido, tenlo por seguro.

—¡Felicidades! —Fue el momento de Alfie para abrazarle, Lauren también fue efusiva con él.

—Muchas felicidades. —Alice se acercó y puso su mejilla contra la de Lauren, aunque ni siquiera se tocaron.

—Gracias —la voz se le cortó debido a la incomodidad y antes de que Brendan se acercara a felicitarle, se dirigió a la sirvienta—. Beth, me harías el favor de envolver mi trozo de pastel. Es que tengo que irme ya, me gustaría quedarme un poco más, pero no quiero regresar tan tarde a la residencia —pidió, mirándola con urgencia.

Su artimaña de evadir a Brendan fue en vano, porque igual se acercó a ella, aunque no la abrazó, sino que le puso las manos sobre los hombros. Tampoco le dio un beso en la mejilla, como sería natural, sino que puso los labios suavemente debajo del lóbulo de su oreja, en una caricia que le arrancó un ligero estremecimiento a Lauren.

—Muchas felicidades, primita —murmuró en su oído.

Ella no encontró la voz para responder, solo retrocedió un paso, quería ponerse a salvo de eso que estaba sintiendo y que la tenía muy confundida. Pensó que quizá se debía a todas las experiencias que vivió con Leonard; cómo él despertó sus nervios y sus sentidos, por eso su cuerpo ahora reaccionaba así ante la mínima provocación. Porque no tenía dudas, Brendan estaba provocándola, el muy maldito estaba jugando sucio, y no sabía qué pretendía ganar con todo eso.

—La festejada no puede irse sin antes probar su pastel —intervino Archie—. No te preocupes por el trayecto, Brendan tiene que llevar a Alice a su casa, también puede llevarte hasta la residencia.

—No, gracias, supongo que Brendan no desea desviarse del camino o hacer un recorrido más largo…

—Te llevaré, no es un inconveniente para mí —se ofreció con una sonrisa instigadora.

—No, la verdad, prefiero irme en tren.

Quiso decirle que no quería que la dejara botada como lo hizo la última vez que se ofreció a llevarla al Wembley, pero era mejor si dejaba de provocar roces entre la familia.

—De ninguna manera, Lauren… —intervino Archie—. No es seguro, no sé si has visto las noticias, pero han aparecido tres mujeres asesinadas de forma muy similar en Manchester y Leeds, se cree que se trata de un asesino en serie… Y nunca se sabe por dónde andan ese tipo de personas trastornadas. Si no deseas que Brendan te lleve, entonces lo haré yo.

—No, está bien, Brendan puede llevarme. —Ella no quería que Archie se tomara semejante molestia.

—Bien, entonces come un poco de pastel —le ofreció Harriet, un trozo que ella misma había servido.

—G-g-gracias —tartamudeó, sorprendida ante la amabilidad de su tía; sinceramente, comenzaba a considerarla sospechosa.

«Estará envenenado», pensó mientras miraba el trozo de pastel. Levantó la cara con una sonrisa tensa.

—Ven aquí, siéntate. —La invitó a su lado—. Espero que te guste, ya sabes que Beth tiene unas manos prodigiosas.

—Sí, cocina muy bien —respondió, todavía dubitativa entre si atreverse a probar el pastel o no dar bocado hasta que le tocara el momento de marcharse y pedir que se lo envolvieran para llevar.

—Bueno, pruébalo. —La instó con una sonrisa.

Lauren miró a los demás, ya Archie, Paul y Alfie estaban comiendo, pensó que Harriet no envenenaría a sus propios hijo ni marido. Entonces para liberarse de ese momento cuanto antes, decidió comer un poco, apenas lo que troceó con la punta de la cucharilla. Miró de reojo cómo ella también comió un poco.

—Está muy rica, ¿cierto? —preguntó, saboreándola.

—Sí. —Afirmó con la cabeza y se relamió los labios.

—Lauren… —empezó con cautela, sin atreverse a mirarla a los ojos—. Quería preguntarte si el señor Thompson te ha contactado —usó un tono de voz bastante amigable.

Lauren comprendió de inmediato cuál era el trasfondo de la extraña gentileza de Harriet. Así que, no se preocupó por comer un gran trozo de pastel antes de responderle; lo único por lo que intentaba tratarla bien, era por el dinero de su hermano.

—Sí, me envió una tarjeta por mi cumpleaños y me pidió que me comunicara con él en cuanto pudiera. —No tenía la mínima intención de ocultarle sobre su comunicación con el abogado, porque ella buscaría otros medios para averiguarlo—. Le llamé y quiere que concertemos una reunión, pero estoy muy ocupada con la universidad.

—¿Te gustaría que te acompañara a esa reunión?

—No sé, primero le preguntaré al señor Thompson si puedes estar presente. —Ella sabía que, por haber alcanzado la mayoría de edad, obtendría algunos de los beneficios de su herencia y Harriet estaba detrás de eso.

—No creo que se oponga; después de todo, no se puede cambiar nada en el testamento —su voz cambió a un tono más irónico.

—No, supongo que ya eso lo has investigado —masculló, molesta, porque Harriet dejó caer de manera descarada la careta que se había puesto.

—Mamá, ya nos vamos. —Brendan llegó con su novia, cogidos de la mano, apenas le echó un vistazo a Lauren.

—Está bien, cariño. No regreses muy tarde, recuerda que debes viajar temprano —dijo tratando de parecer relajada, aunque la actitud de la hija de Oliver, la había molestado.

—No, solo dejaré a Alice en su cara y luego llevaré a Lauren —desvió la mirada hacia ella —. ¿Estás lista?

—Sí. —Se levantó, porque estaba demasiado desesperada por largarse de ese lugar.

Odiaba darse cuenta, que el motivo de toda esa estúpida celebración no fue otro, que la búsqueda de beneficio por el dinero de su padre, no por el interés genuino de festejarla. Debió saberlo, aunque de cierta manera lo sospechaba; todo eso le pasaba por obedecer al padre Francis, pero así tuviera que irse al infierno, no volvería a hacerle caso, jamás regresaría a esa casa. Se mordió las ganas de echarse a llorar y fue a despedirse de los demás; tras las peticiones de Archie, para que regresara pronto, le prometió en vano que lo haría.

Brendan abrió la puerta del coche para su novia, pero no para Lauren, tampoco esperaba que lo hiciera y no le dio la mínima importancia, solo subió al asiento trasero y desde la ventanilla le dijo adiós con la mano a Alfie y a Paul. En cuanto el coche arrancó, ella se puso los auriculares para escuchar música y fijó su mirada en el camino; de esa manera no tendría que interactuar con sus acompañantes y el viaje se haría más corto.

Aunque quiso aislarse por completo, no pudo; sobre todo, porque algunos movimientos enérgicos de Alice atrajeron su atención, miró de soslayo y le pareció que estaba reclamándole por algo a Brendan. Vio al espejo retrovisor y su mirada se topó con la verde de su primo; en ese momento, Alice trasgredió el límite entre sus reclamos a agresión física, al darle un puñetazo en el brazo.

Qué era lo que la tenía tan molesta, Lauren no lo sabía; porque no la escuchaba, pues tenía la música bastante alta y tampoco le interesaba ser testigo de problemas entre la pareja. Volvió a entretenerse con el paisaje, hasta que el coche se detuvo en el arcén y Brendan se volvió hacia ella, sin pedirle permiso, tiró del walkman que tenía en el regazo, lo que hizo que se desconectaran los auriculares.

—¿Qué mierda te pasa? —preguntó ofuscada, ante el arrebato de Brendan. Al tiempo que se quitaba la diadema.

—Te estoy preguntando por la dirección de tu residencia —gruñó, estaba molesto, pero no con Lauren, sino con Alice. Sin embargo, su furia drenó con la menos indicada.

—Devuélveme el walkman —exigió, estirando la mano. Brendan se lo lanzó para que le cayera de nuevo en el regazo.

—Mi novio te llevará primero —siseó Alice, sin importar mostrar su rabia.

—Bueno, si no tienes que desviarte del camino… No tengo problema que dejes primero a Alice. —Sí que le importaba, porque no quería estar a solas con Brendan, pero tampoco quería darle motivos para que terminara reprochándole por llevarla.

—Eso no debe interesarte, te llevaré primero —respondió Brendan y miró molesto a Alice.

—Déjame en Russell Square. —Era mejor si no le daba la dirección exacta.

—Eso es un parque, no un edificio —acotó Brendan.

—Ya te dijo que la dejaras en Russell Square, ¿por qué te interesa saber dónde vive? —reclamó Alice, sin poder reprimir sus celos.

Desde el momento en que llegaron a la casa de sus suegros, se dio cuenta de las miradas que Brendan le dedicaba a Lauren. Él quiso ser hiriente con ella, pero solo de la boca para afuera, porque sus miradas decían todo lo contrario; ella no era estúpida para no verlo.

—Porque le prometí a mi padre que la dejaría en la puerta de la residencia —rugió, ya sin paciencia para su novia.

—Que conveniente. —Se cruzó de brazos y se volvió a mirar por la ventana—. Solo te interesa saber dónde vive para después buscarla —siseó con ganas de llorar de rabia y celos.

—Brendan, déjame en Russell Square…

—¡Por un demonio! —Golpeó el volante, frustrado. No esperaba estar en una situación como esa frente a Lauren.

—¡Maldita sea! No quiero más problemas… Será mejor que me baje aquí, suficiente tengo con el odio que me tiene tu madre y tú… No quiero ganarme otra enemiga de gratis.

—Ni se te ocurra bajarte —demandó Brendan—. Te dejaré en el maldito parque. —Puso el coche en marcha de nuevo.

—Alice, puedes estar tranquila, conmigo es la última persona en todo el planeta con la que debas sentirte insegura… No sé si no te has dado cuenta, pero tu novio y yo no nos soportamos —dijo Lauren, conectando de nuevo el cable de los auriculares al Walkman.

—Si tú lo dices —ironizó al tiempo que ponía los ojos en blanco, estaba hirviendo de la rabia—. Pero no soy estúpida.

Lauren ignoró el comentario, mientras volvía a poner a reproducir el casete; en realidad, pensaba que Alice era muy estúpida, por tan solo anidar la idea de que ella pudiera sentir algo más que odio hacia Brendan. A pesar de que intentó aislarse una vez más, lo cierto era que la tensión en el ambiente era palpable y ni el más potente rock consiguió que se evadiera de esa situación.

—Puedes dejarme junto a la caseta para cocheros, por favor.

Lauren señaló la histórica edificación verde, era una de las trece que aún existían en

Londres. Tenía que atravesar el parque, pero prefería hacer eso a tener que darle instrucciones a Brendan para que la dejara frente a la residencia. Él se orilló y ella bajó enseguida, porque sentía que se estaba ahogado en un ambiente tan denso.

—Gracias —fue lo único que dijo, sin siquiera mirarlos.

Cerró la puerta y sin esperar más se adentró al parque, unos segundos después pudo escuchar a sus espaldas el coche alejarse. Entonces resopló con alivio.



CAPÍTULO 39

Maryland – Estados Unidos

Madeleine sentía que el corazón saltaba de su estómago a la garganta y viceversa, no sabía si era de miedo o de felicidad, quizá era una mezcla de ambos sentimientos luchando dentro de ella; ni siquiera la mano de Patrick apretando la suya, conseguían aliviar esa ansiedad que la gobernaba. Miró la pared a su derecha, donde había una cartelera con fotos de las personas desaparecidas de las que no habían conseguido resolver sus casos. Ahí, entre una docena, estaba Susan.

—¿Crees que sí sea fidedigno ese dibujo? Llevo dos semanas intentando imaginar cómo se ve Susie, en este momento, pero por más que lo intento no lo consigo, solo regreso a la imagen

de mi niña, para mí, ella sigue detenida en el tiempo, sigue siendo mi pequeña de tres años —expresó con la voz temblorosa por los nervios.

—Ellos dicen que son expertos… creo en eso, aunque sé que será un gran impacto, porque me pasa lo mismo que a ti, no consigo imaginarla con más de tres años… Aún recuerdo su sonrisa y cómo se le mancaban los hoyuelos en las mejillas —confesó Patrick, también llevado por las emociones que latían en él.

En ese momento la puerta de la oficina se abrió y ambos se volvieron a mirar al inspector Benson, que entraba con carpeta en mano y una leve sonrisa de satisfacción, porque después de muchos años, arrojaría un poco de luz sobre el caso de Susan Russell.

—Bueno, aquí tengo el dibujo —dijo, bordeando el escritorio para tomar asiento en su puesto.

Había salido de la oficina hacia un par de minutos para ir en busca de ese documento tan importante, que le avisaron, llegó esa mañana; sabía que lo que menos deseaban los Russell era un momento de dilatación, así que le tendió la carpeta a la señora, porque siempre había sido la más insistente en el caso.

Madeleine con manos sumamente temblorosas recibió la carpeta, ahora que la tenía, le daba miedo abrirla, su corazón estaba a punto de estallar, pero la añoranza era más fuerte. Se volvió para mirar a su marido, él le regaló un asentimiento, ella inhaló profundamente, en un acto de valor y abrió la carpeta.

—¡Es hermosa! —jadeó y se llevó una mano a la boca, de inmediato las lágrimas traspasaron las barreras de sus párpados, pero no podía dejar de mirar el dibujo que había madurado los rasgos de su hijita—. Mi sol… es tan bella… Es mi Susie —gimoteó y recibió el pañuelo que Patrick le ofreció.

—Sí, se parece mucho a ti, es muy linda… muy linda, mi niña. —Patrick tenía el corazón desaforado y las lágrimas formándole un nudo en la garganta. Se acercó y le dio un beso en la sien a su mujer.

No se había hecho altas expectativas con el dibujo, pero al verlo, superó sus expectativas y reavivó su esperanza. No sabía si era tan grande su deseo por ver a su hija en cualquier lugar que, esos trazos a carboncillo terminaron convenciéndolo.

—Les dije que harían un gran trabajo; ahora, si pasan a los siguientes dibujos, podrán ver otras versiones; por ejemplo, hay una en la que se muestra si el cabello de Susan pudo haberse oscurecido un poco, ya que no es sino hasta que cumplen aproximadamente los ocho años, que se determina el tono real, dependiendo de la melanina —comentó el detective—. Cuanta más eumelanina haya, el cabello será más oscuro, pudiendo ser castaño…

—Entiendo, mi hermana Melanie, de pequeña tenía el cabello rubio, pero a medida que creció se le puso más oscuro, como lo tenía mi abuelo —comentó Madeleine entre lágrimas y pasó al siguiente dibujo. Le pareció que, incluso, se veía más linda—. Debemos sacar fotocopias y empezar a repartirlos. —Miró suplicante a Patrick.

—Sí, lo haremos, pero me parece mejor si unimos todos los dibujos en una sola imagen… —propuso Patrick, al ver que había otro dibujo de cómo se vería si tuviera el cabello corto.

—Sí, es mejor. —Madeleine estuvo de acuerdo—. Muchas gracias, detective Benson.

—Espero que esto nos ayude a encontrar algunas pistas que no haga avanzar en el caso. —Se levantó y le ofreció la mano a la señora Russell, para despedirla.

—Sí, no descansaré hasta que cada ciudadano de este país vea estos dibujos… Hasta que Susie, sepa que no hemos dejado ni un solo día de buscarla y que por fin regrese con nosotros. —Apretó con energía la mano del funcionario.

—Les ayudaré en todo lo que esté a mi alcance —dijo Benson de todo corazón.

Él también guardaba la esperanza de que Susan Russell siguiera con vida; después de tantos años sin hallar un cuerpo, cabía la posibilidad de que la hubiesen secuestrado, no por una recompensa económica, sino porque el simple hecho de quedarse con la niña.

—Le agradecemos toda su colaboración. —Patrick también se despidió con un apretón de manos—. ¿La parece si antes de repartir el folleto, le traemos el resultado del collage?

—Sí, recuerde incluir la descripción de los rasgos característicos.

—¿Considera prudente que incluyamos alguna recompensa? —preguntó Madeleine, había sospesado ese detalle.

—No, no. Mejor no hacerlo por el momento… Las recompensas suelen incentivar a personas aprovechadas.

—Está bien —asintió y volvió a extender la mano para otra despedida—. Muchas gracias, le dejamos para que pueda trabajar.

—Hasta luego.

—Hasta luego —se despidió Patrick.

Salieron de la oficina con renovadas sonrisas de esperanza y durante el trayecto, mientras Patrick conducía de camino al kínder para ir a buscar a Stella; su mujer no dejó de mirar los dibujos ni por un segundo, hallando en ellos cada vez más similitudes con Susan.

Noviembre 1985: Birmingham – Inglaterra.

Tres semanas después de la terrible celebración que le hicieron en la casa de Harriet; por fin, consiguió concretar la reunión con el abogado que, por petición de él, se llevaría a cabo en la casa de sus padres en Birmingham; por esa razón, tuvo que esperar un fin de semana que no estuviera tan ocupada con sus estudios.

Esa mañana el padre Francis fue a recogerla a la estación de tren, pues le había pedido que la acompañara a la reunión; no quería estar sola, porque estaba segura de que emocionalmente iba a ser un golpe demasiado duro. No había vuelto a poner un pie en esa casa, desde que regresó de Irlanda y solo fue para buscar unas pocas cosas.

En ese lugar había muchos recuerdos que en su momento fueron demasiado hermosos, pero que ahora le dolerían mucho; sabía que la casa había permanecido cerrada, pero que una vez a la semana iba alguien a hacer el mantenimiento tanto de limpieza como del jardín, por el simple hecho de evitar que la propiedad se deteriorara.

—¡Padre Francis! —saludó, haciendo aspavientos con uno de sus brazos para que el religioso la viera.

—¡Lauren! —Caminó rápido hasta ella.

Tenía apenas dos meses de no verla, pero le pareció que justo haber cumplido la mayoría de edad, le dio un estirón, porque se creció unos cuantos centímetros, también la notó más delgada y le preocupó que no se estuviese alimentando bien.

—Hija mía. —La abrazó y le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? ¿Cómo fue el viaje? —preguntó, mirándola mejor.

—Me alegra mucho verle. Muy bien, me pareció que fue rápido.

—¿Quieres ir a comer algo antes de la reunión? Aún tenemos tiempo —dijo, mirando la hora en su reloj de pulsera.

—Oh, sí… Necesito un desayuno completo, porque ya estoy cansada de solo comer emparedados.

—¿Y eso por qué? ¿No hay cocina en la residencia? —Le puso una mano en la espalda para

guiarla al coche.

—Sí, sí hay cocina, pero casi todo el tiempo está ocupada; así que, emparedados es lo que puedo prepararme casi siempre.

—Bueno, aprovecharemos la reunión con el abogado para pedirle que aumente tu fideicomiso, así podrás permitirte comidas más sustanciosas, aunque sea en restaurantes.

—Ay, no, padre. Me avergüenza, no quiero hacerle ninguna exigencia —alegó de inmediato.

—Lauren, tus padres te heredaron ese dinero. A ellos no les hubiese gustado que tuvieras una dieta solo a base de emparedados... El señor Thompson, es consciente de que sueles darle muy buen uso al fideicomiso… Si crees conveniente que sea yo quien se lo diga, con mucho gusto lo haré. —Abrió la puerta del coche para que subiera.

—Bueno, está bien, padre… Muchas gracias —dijo con una sonrisa y subió al asiento del copiloto.

Minutos después llegaron a un pequeño restaurante y se pidieron dos desayunos completos. Mientras comían, Lauren le contaba sobre todo lo que estaba viviendo. El proceso de adaptación no solo en la universidad sino también al convivir con varias chicas contemporáneas a su edad, sin la supervisión de ningún adulto; por supuesto, omitió decirle que había tomado su primera cerveza, porque sabía que eso molestaría mucho a su tutor.

—¿Y cómo te fue en el almuerzo en la casa de Harriet?

—Más o menos —masculló, al tiempo que picaba la salchicha. A pesar de que en esas tres semanas habían hablado por teléfono, ella siempre evadió el tema.

—¿Por qué más o menos? —Se limpió las comisuras con la servilleta y luego la dejó sobre su regazo.

—Ya sabe, padre… No hay manera de que Brendan ni Harriet empiecen a sentir un cariño genuino por mí… —Levantó la mano para detenerlo, cuando vio sus intenciones de intervenir—. Y no, no me diga que es mi percepción, porque no lo es, y puede que perdone sus humillaciones, pero… ¿cuántas veces tengo que poner la otra mejilla?

—¿Qué pasó esta vez? —preguntó con algo de tristeza.

—Cuando llegué, todo indicaba que iba a ser una celebración tranquila… soportable, porque no estaba Brendan. —Puso los ojos en blanco—. Pero todo cambió cuando llegó en compañía de su novia…

—Ah, ya está de novio, que bien.

—Bueno, su estado civil no hace que mejore en nada su insoportable carácter. —Pinchó un trozo de salchicha y lo masticó casi con rudeza—. No perdió la oportunidad de humillarme delante de su novia… le dejó claro que era adoptada, y lo dijo con tanto desprecio…

—¿Te avergüenza que la gente sepa de tu procedencia?

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no… No puedo avergonzarme de lo que soy. Lo que me molesta, es que Brendan lo haga con la intención de herirme y de recordarme que nunca fui una Spencer… para él, soy una paria... También para Harriet, que abiertamente piensa que no merezco nada de lo que me dejaron mis padres.

—Lauren, hija mía —dijo en tono conciliador—. Tú eres una Spencer, ellos no pueden cambiar eso; sin embargo, ese chico se ha dado cuenta de que puede herirte cada vez que te recuerda tu procedencia… Así que debes aprender a usar lo que eres y tu origen desconocido como tu escudo; de otra forma, solo seguirá siendo tu punto débil y cada vez que lo usen en tu contra te afectará. No le temas a quién eres, porque ante los ojos de Dios, todos somos iguales.

—Eso lo sé, pero no es tan sencillo… —dijo y su mirada se cristalizó por las lágrimas—.

No quiero verlo nunca más, ni volver a esa casa… No me obligue, padre. —suplicó en un chillido—. La única razón por la que Harriet quiso celebrar mi mayoría de edad; era para que le pidiera al señor Thompson, que aceptara que ella estuviera presente en la reunión que tendremos hoy.

—Entiendo, Lauren… ¿Se lo dijiste al señor Thompson?

—Sí, él me dijo que ella no tenía por qué estar presente, pues nada de lo que me dirá en la reunión es de su incumbencia.

—Está bien —carraspeó y bebió un poco de té—. Si no quieres volver a la casa de Harriet, no te insistiré para que lo hagas. Lo único que no quiero, hija mía, es que guardes rencor en tu corazón.

—Gracias, padre —dijo con todo su fervor—. Gracias.

—Aunque, bien sabes, que en algún momento tendrás que volver a verlos, ellos están tan ligados a Oliver como lo estás tú.

—Lo sé, pero prefiero que sean encuentros referentes a eso, y no porque tenga que ir a suplicar algún tipo de aceptación que sé que jamás me darán —dijo enfáticamente.

—Lo entiendo, sé que Dios te preparará para esos momentos… —Le hizo señas al mesero para que les trajera la cuenta.

Media hora después, entraban a la propiedad de sus padres; Lauren sintió cómo si le tomaran el corazón en un puño, cuando el gran portón de hierro forjado se abrió para darles al acceso al sendero que los llevaba a la gran mansión de estilo jacobino. Le fue imposible no recordar la primera vez que transitó ese camino, con el corazón cargado de miedo, curiosidad y muchas expectativas, también su asombro cuando vio la gran propiedad. Ahora, sus ojos nublados por las lágrimas apreciaban que todo seguía igual, parecía que ahí el tiempo se hubiese detenido.

Le hubiese gustado mucho tener la posibilidad de regresar en el tiempo a ese primer día, pero con la certeza de todo lo que hasta ahora había pasado. Pues no solo sus padres seguirían con vida, también lo estaría Henry; encontraría la manera de evitar esos sucesos que los arrancaron de su vida. El presente la impactó cuando vio frente a la entrada principal, un auto estacionado y al señor Thompson parado debajo del pórtico.

Inhaló profundamente y exhaló con lentitud, para tomar control sobre sus emociones, porque lo menos que deseaba era convertirse en un mar de lágrimas delante del abogado. El padre detuvo el coche justo detrás del otro, ella bajó y levantó la cabeza para admirar la magnitud de la propiedad; casi había olvidado lo grande y lujosa que era.

—Padre Francis, Lauren, bienvenidos —dijo Benedict, mientras bajaba los escalones del pórtico para ir a su encuentro.

—Señor Thompson, disculpe si lo he hecho esperar mucho tiempo. —Lauren le ofreció la mano para saludarlo.

—No, llegue hace poco… ¿Cómo has estado?

—Bien, gracias… Aunque un poco nerviosa con todo esto —sonrió ligeramente debido a la tensión y la nostalgia.

—Señor Thompson, perdone la demora, es que la llevé a desayunar primero —se disculpó el religioso, mientras estrechaba la mano del abogado.

—Tranquilo, fue por un buen motivo… Por favor, vamos dentro. —Los invitó haciendo un ademán hacia la entrada.

Lauren miró la gran puerta doble de la entrada, mientras la nostalgia seguía haciendo estragos en ella; lo que más le dolía era que sabía que dentro no la esperaba nadie, ni siquiera

estaría la señora Rose, tampoco los señores Arthur y Martin. Ese lugar estaba tan desolado como lo estuvo su alma luego de la muerte de sus padres.

—Vamos, hija —la alentó el padre, frotándole la espalda. Sabía que eso era muy difícil para Lauren.

—Sí, vamos —la voz le salió ronca por las lágrimas.

—Nos reuniremos en el despacho del señor Spencer. —Benedict abrió la puerta y los invitó a pasar.

Lauren avanzó con pasos lentos por el vestíbulo de la entrada que se abría al gran salón; se sentía adormecida, era como si cuerpo de pronto pesara una tonelada. Miró la gran lampara de araña que colgaba en el centro y las escaleras que llevaban los pisos superiores.

Ella esperaba encontrar todos los muebles cubiertos con sábanas y las cortinas corridas en un ambiente triste, pero no, todo parecía lleno de vida, como cuando vivía ahí. Se llevó una mano al pecho y sus ojos se anegaron en lágrimas, cuando vio sobre la gran chimenea el retrato familiar que pasaron semanas dibujando.

Estaban de pie, ella en medio de sus padres y cada uno le tenía una mano en cada hombro, mientras sonreía y abrazaba su muñeca preferida, esa que trajo del orfanato y que ellos permitieron que la conservara. Los extrañaba mucho, aunque fue poco el tiempo que los tuvo, fueron los mejores padres del mundo.

El padre Francis, le mantenía la mano en la espalda, como un cable a tierra, guiándola para que siguieran al abogado; en el momento en que entraron en el despacho, le fue imposible no recordar que, su ingreso a ese lugar estaba prohibido si su padre no estaba presente. Era como un templo para él, uno en el que estaban las cosas más importantes de su trabajo.

—Lauren, puedes sentarte, por favor. —Benedict le indicó el asiento tras el escritorio.

—Ese… ese era el puesto de mi padre… —titubeó.

—Pero ahora es tuyo —le dijo con una sonrisa comprensiva.

Lauren tragó grueso y las rodillas empezaron a temblarle; sin embargo, encontró la valentía para seguir y sentarse. Definitivamente desde ahí, el despacho tenía otra perspectiva, trazó con la yema de sus dedos el borde del escritorio y miró el caballo de bronce que tanto le llamaba la atención.

«El éxito solo se consigue con trabajo y yo quiero que mi compañía sea la mejor del país, quiero poner en tus manos la mejor fábrica de calzados de todo el Reino Unido»

El recuerdo de las palabras de su padre retumbó en su conciencia. Jamás imaginó que tuviera que enfrentarse a ese momento tan pronto.

El padre Francis y el señor Thompson se ubicaron en los asientos frente a ella. El abogado abrió el portafolio y sacó un sobre.

—Lauren, ahora que has cumplido la mayoría de edad, es momento de entregarte esto. —Deslizó sobre la madera pulida de caoba el sobre blanco.

Lauren se mordió el interior de la mejilla y estiró su mano para hacerse del sobre. Parecía que dentro tenía una carta y estaba muy bien sellado, en la parte posterior tenía escrito.

Para: Lauren Spencer Wallace.

De: Oliver Spencer.

Sabía que debía abrirlo, pero también tenía la certeza de que esa era una carta escrita por su padre y que iba a desestabilizar sus emociones. Tomó el abrecartas y rasgó el sobre; sacó un par de hojas y las desdobló con lentitud, antes de leer la primera línea, miró la caligrafía; no había dudas, era la letra de su padre.

Querida, Lauren.

Hija mía.

Si estás leyendo esta carta, es porque ya no estoy en este mundo, y te pido perdón por no estar a tu lado protegiéndote ni dándote todo el amor que prometí que te daría, el día que llegaste a mi vida…

Lauren detuvo la lectura y se llevó una mano a la boca para acallar un sollozo; aun así, las lágrimas fueron incontenibles.

—L-l-lo siento —tartamudeó, limpiándose las lágrimas. Levantó la mirada hacia el abogado —. ¿Él sabía que estaba corriendo peligro? ¿Sabía que algo como lo que ocurrió podría pasarle en cualquier momento? —le preguntó ahogada con el llanto.

—No tengo las respuestas a esas preguntas, Lauren. Sin embargo, pienso que temía que algo como eso pudiera pasar. Tu padre era un hombre con mucho dinero y poder… Por lo que los enemigos se obtienen con facilidad.

—¿Puedo leer esto en privado? —casi suplicó.

—Sí, tómate el tiempo que necesites, te esperaremos en el salón principal. —Thompson se levantó.

El padre Francis también se puso de pie y le dedicó una mirada de compasión antes de salir junto al abogado. En cuanto la puerta se cerró, Lauren se echó a llorar desconsoladamente, le tomó por lo menos unos diez minutos calmarse y retomar la carta.

Entre las líneas escrita por su padre, encontró un mensaje lleno de amor y agradecimiento hacia ella, también le pedía que se quedara con los bonitos recuerdos que compartieron. Ella tuvo que parar la lectura en varias oportunidades, porque las lágrimas y el llanto convulso no le permitían continuar.

Cada frase ahí plasmada, le reafirmó que sus padres tomaron a conciencia la decisión de adoptarla y que la amaron desde el momento en que la vieron en esa primera visita que hicieron al oratorio, lo que hizo que cualquier duda en ella se esfumara. Ya no dejaría que Harriet, Brendan, ni nadie más la hicieran sentir menos por no llevar la sangre de los Spencer, porque su padre dejaba claro que un vínculo más fuerte que ese era el que los unía a ellos.



CAPÍTULO 40

La hoja siguiente, era una carta de instrucciones; en la que le indicaba que la caja fuerte estaba en ese despacho, justo detrás de la biblioteca al lado izquierdo y que solo debía empujar el libro Tartufo de Molière. Una vez lo hiciera, una parte del gran el mueble se movería dándole acceso a un pasillo que, a simple vista, solo llevaría a una bodega de muebles viejos, pero que el armario tenía un doble fondo y detrás encontraría la caja fuerte.

Le dejó anotada la clave para poder tener acceso a esos bienes, que eran todos para ella, no solo encontraría las joyas de su madre y algunas de él, también había títulos de propiedad, dinero en efectivo y un par de armas. Desde luego, ella no quería descubrir todo eso sola, por lo que,

una vez más calmada, se levantó y fue a llamar al abogado.

—Señor Thomson, ¿puede venir, por favor? —Le llamó desde el quicio de la puerta del despacho—. Padre, usted también.

Ella confiaba en Francis más que en cualquier otra persona en el mundo; en cuanto ellos llegaron al despacho, le explicó al abogado las instrucciones que le había dejado su padre. Por supuesto, guardando aquellos detalles que solo debían ser de su conocimiento, como la clave de la caja fuerte y su contenido.

—Bien, ¿quieres revisar que todo esté tal cual lo indica tu padre? —le preguntó Benedict, mirándola.

—Sí… —Lauren asintió, solo quería ver que todo funcionara bien—. Pero no quiero hacerlo sola, ¿pueden acompañarme?

—Adelante. —El abogado hizo un ademán.

A pesar de que Lauren se había preparado mentalmente para vivir muchas emociones ese día, no imaginó algo de tal magnitud; respiró hondo y se dispuso a seguir las indicaciones para poder llegar hasta la caja fuerte. Cuando tuvo acceso a la bodega, notó que estaba demasiado oscuro y tanteó en busca del interruptor que encendiera alguna bombilla; por fortuna, lo encontró bastante rápido y justo cuando la luz amarillenta iluminó el lugar, ella empezó a estornudar.

—Gracias, padre —recibió el pañuelo que Francis le ofrecía.

Los muebles estaban cubiertos con sábanas y el piso lleno de polvo; no le fue difícil deducir cual era el armario al que se refería su padre. Tiró de la sábana y frente a ella estaba un gran ropero que le hizo recordar al de las crónicas de Narnia; por un momento, deseó que estuviese hecho de un manzano mágico; que, al abrirlo, pudiera entrar a otro mundo, en el que sus padres y Henry siguieran con vida.

Sujetó el tirador dorado y abrió la puerta, al igual que el de Narnia, dentro tenía unos abrigos de pieles y algunas gabardinas, al apartarlas soltaron más polvo que la hicieron estornudar de nuevo. Consiguió el fondo y lo empujó con las manos, por lo que terminó deslizándose al lado derecho, quizá dotado de algún mecanismo.

Tuvo que recurrir a la carta una vez más para poder ingresar la clave, fue en ese entonces que se dio cuenta de que era la fecha del día en que fue adoptada y sintió mucho más amor por sus padres. Cuando por fin la abrió, le fue imposible no sentir impresionada al ver un revólver y una pistola automática; nunca imaginó que su padre tendría armas, siempre le pareció un hombre muy pacífico, suponía que las compró por temor; lamentablemente, nunca las llevó con él.

También vio varios fajos de billetes de alta denominación, pero los apartó con cuidado, detrás había unas carpetas que debían tener los títulos de propiedad. Al fondo, estaban varios estuches de joyería, sintió curiosidad, pero optó por abrirlos en otro momento; por último, vio el sobre que suponía, era donde estaba el inventario, leyó el contenido y se cercioró de que todo estuviese correcto.

—Bien, ¿todo está en orden? —preguntó Thompson, al ver que se disponía a cerrarla—. Si deseas puedes tomar lo que necesites.

—No, no necesito nada —respondió, negando con la cabeza.

—Lauren, podrías llevar algo de dinero para tus gastos; sobre todo, para tu alimentación —le recordó Francis y se volvió hacia el abogado—. Licenciado Thompson, ella necesita tener para comer por fuera de la residencia, porque la cocina casi siempre está ocupada y por ahorrar, prefiere alimentarse solo con emparedados —le explicó porque sabía que ella no se lo diría.

—En ese caso, insisto en que lleves algo de dinero; igual podrás venir a buscar cada vez que necesites, porque te haré entrega de las llaves de la casa… Sé que ahora no puedes mudarte

porque estás en la universidad, pero desde este momento puedes quedarte aquí cada vez que estés en Birmingham… Es tu casa.

—Podrías quedarte esta noche aquí, vendré a buscarte mañana para llevarte a la estación —propuso Francis.

—Ay, padre… No, mejor no, prefiero quedarme en el orfanato, claro, si usted no tiene problemas… No estoy preparada para estar aquí. No es fácil —confesó, bajando la mirada.

—Está bien, el orfanato siempre será tu hogar… Lo sabes —dijo, acariciándole el pelo.

El abogado tomó un paquete de billetes, en el que había mil libras y se lo dio a Lauren, porque la vio renuente a tomar el dinero. En el tiempo que llevaba conociéndola, había visto que era honesta y muy organizada, estaba seguro de que le daría un buen uso a ese dinero.

—Es demasiado —dijo, negando con la cabeza.

—Guárdalo muy bien, te servirá para un par de meses. De igual manera, tu fideicomiso también aumentará, para que puedas cubrir tus viáticos en la universidad —le informó Benedict con una sonrisa.

—Gracias, señor Thompson —dijo, tomando el dinero, porque en ese momento pensó en algo que llevaba tiempo deseando—. Solo hay un par de cosas que me gustaría llevarme, por ahora.

—Lo que quieras. —La instó, señalando la caja.

—No necesito nada más de aquí. —Cerró la caja fuerte—. Es algo que tengo en mi habitación y lo otro está en el salón de entretenimiento. —Siguió los mismos pasos que llevó a cabo antes para dejar todo tal cual lo tenía su padre.

Se dirigieron al salón principal, el abogado y el padre Francis la esperaron ahí, mientras ella subía a su habitación, sabía que el señor Thompson debía tener otras ocupaciones; así que, se dio prisa. Su recámara seguía igual como la última vez que la vio, pensó que quizá quedarse ahí esa noche le ayudaría a revivir bonitos recuerdos, pero también sospechó que la nostalgia la golpearía sin compasión. Decidió que era mejor esperar un poco más, tomó su muñeca favorita y luego fue a por uno de los muchos casetes de videos que grabaron en familia. Le pediría permiso a la madre superiora para que le permitiera verlo esa noche en el betamax de la sala de televisión del orfanato.

—Señor Thompson, ya podemos irnos, tengo lo que quería —anunció cuando llegó al salón.

—¿Encontraste lo que necesitabas?

—Sí, solo esto. —Mostró lo que llevaba en la mano y luego lo guardó en la mochila que el padre Francis le sostenía.

—Entonces podemos irnos. Lauren, aquí tienes las llaves, puedes venir siempre que quieras… La señora Rose coordina al equipo de limpieza y jardinería que viene todos los jueves.

—No sabía que la señora Rose seguía encargándose de eso… ¿podré venir a visitarla? —preguntó con una sonrisa entusiasta.

—Por supuesto, estoy seguro de que le agradará mucho verte —sonrió francamente.

—En cuanto tenga un jueves libre vendré a verla.

Salieron de la mansión y Lauren fue la encargada de cerrar la puerta con sus llaves, caminaron hasta los autos para despedirse, antes de subir al del sacerdote, miró una vez más la mansión y en pensamientos se despidió de sus padres, sentía que sus presencias estaban en ese lugar donde fueron tan felices; después de un suspiro, subió al coche y guardó muy bien las llaves, no quería perderlas.

—¿Padre, podemos pasar por el supermercado antes de llegar al orfanato? Si no tiene que oficiar la misa ahora.

—Aún falta un par de horas, imagino que quieres pasar a saludar a Tracy. —La miró de soslayo, dándose cuenta de que todavía tenía el rostro bastante sonrojado e hinchado por todo lo que lloró.

—Sí, quiero saludarla, pero también compraré la cena.

—Bien. —Francis asintió y condujo hasta el supermercado.

Lauren corrió a saludar a Tracy, aunque no pudo hablar mucho con ella, debido a las políticas de la empresa, sabía que no podía interrumpirla por más de un par de minutos o correría el riesgo de que la amonestaran. Luego fue a por un carrito para hacer las compras.

—No necesitas tanto —comentó Francis, empujando el carrito, la veía metiendo alimentos para un batallón—. Ya en el orfanato hay.

—Padre, sabe que nunca hay suficiente, hoy me gustaría poder prepararles una rica cena a los niños, por eso acepté el dinero.

Eligió todos los ingredientes para preparar un Shepherd´s Pie, sabía que la cocción llevaba bastante trabajo, pero en el orfanato sobraban manos para hacer el platillo en el tiempo justo para la cena y los niños estarían felices de poder comer algo como eso. De postre, estaba segura de que les encantaría un Trifle.

—Lauren, recuerda que debes guardar para tus viáticos…

—Padre, no creo que me gaste mil libras en todo esto.

—No, pero debes dejar para ti.

—Aún tengo de mi fideicomiso.

—No voy a convencerte, ¿cierto?

—No —dijo, metiendo en el carrito varias libras de fresa.

Como lo había dicho, no se gastó ni la tercera parte del dinero. Pagó por todo y se despidió de Tracy, prometiéndole que pronto regresaría. Con la ayuda del padre, guardó las bolsas de la compra en el maletero del coche y luego partieron rumbo al orfanato, porque a las hermanas y a ella les esperaba mucho trabajo.

Lauren se veía en cada niña de ese lugar, así como en cada niño veía a Henry; por eso, hacía lo que estuviese en su alcance para brindarles un poco de felicidad. Al terminar la cena, ya estaba agotada, pero satisfecha con cada sonrisa y agradecimiento que le regalaron.

No fue sino hasta casi medianoche, que consiguió entrar en el salón de televisión; se arrodilló frente al betamax, empujó el casete y se quedó ahí, viendo una recopilación de varios videos. La mayoría eran de su padre y ella bailando o cantando, también otros en los que su padre grababa a su madre y a ella, mientras preparaban la cena o tocando el piano a cuatro manos; sonrió a través de las lágrimas, porque así podía tenerlos presente.

Diciembre 1985: Maryland – Estados Unidos.

Lenny estacionó el coche en el costado derecho de la casa, para entrar por la puerta de la cocina; estaba agotado, hambriento y a muy poco de la hipotermia. Esa mañana cuando se fue a supervisar los avances de las obras, no le dio tiempo de desayunar, por lo que en su estómago solo tenía café; necesitaba comida caliente y calefacción.

—¡Mamá, ya llegué! —Cerró la puerta con el pie, porque iba cargado con algunos planos. Su madre sabía que solo trabajaría medio día, porque la intensa nevada, no les permitía hacer más. Dejó sobre la mesa su cargamento—. ¡Stella! —Le extrañó que su hermanita no hubiese corrido a su encuentro.

La casa estaba sumida en un silencio inusual, por lo que fue a mirar al salón principal y no tardó mucho en darse cuenta de que no había nadie; así que, regresó a la cocina donde suponía le

habrían dejado una nota sujeta con un imán en la puerta de la nevera.

Hola, cariño mío.

Te he dejado la comida en el horno. Espero que te guste lo que te he preparado.
He venido con Stella al centro comercial, para hacer algunas compras de Navidad y también aprovecharé que inauguró la temporada de descuentos y que vendrá mucha gente, para repartir más folletos de Susie… Sé que en algún momento terminará a las manos indicadas.
Tu padre dijo que llegará como a las cinco de la tarde.
Espero estar de regreso antes.
Te quiero.

Lenny empuñó la hoja y la lanzó a la papelera; luego se quitó la chaqueta impermeable, el abrigo y el gorro de lana, dejó todo sobre el respaldo de una de las sillas y buscó en el horno la comida.

«Por lo menos no son macarrones con queso», pensó al ver que se trataba de un gran plato de Jambalaya.

Tras varios minutos, acomodó el plato y una lata de Coca Cola en una bandeja y se fue al salón, se ubicó en el sofá, para ver videos en MTV mientras almorzaba. Le parecía irracional que su madre sacara a su hermanita con semejante nevada; desde hacía unos meses volvió a obsesionarse con encontrar a Susan y no hacía más que salir a repartir el folleto; él no había querido verlo, ni por curiosidad.

No quería hacerse ilusión de cómo podría lucir su hermana, no era sano seguir anclado en la posibilidad de encontrarla después de tantos años, porque sabía que eso no pasaría; además, cada vez que intentaba recordarla, terminaba con un tremendo dolor de cabeza.

Habían sido tantos los intentos y las maneras utilizadas por su madre para encontrar a Susan, que no le importaba nada más. Hubo un tiempo, quizá por más de un año, que la cara de su hermana estuvo en los cartones de leche de todo el país. No había sido fácil para él, abrir la nevera y verla; eso que le quitaba el apetito. Para hacerlo peor, al llegar al colegio, la mayoría de sus compañeros le hablaban sobre eso; algunos incluso se burlaban, los niños podían ser muy crueles.

Terminó de comer y decidió quedarse otro rato en el sofá para hacer digestión, luego iría a ver qué tanto habían avanzado esa semana los obreros en la construcción de su cabaña. No había tenido tiempo de ir a verla, porque salía bastante temprano de casa y regresaba ya tarde por la noche.

Casi una hora después encontró la resolución para volver a salir al intenso frío; se abrigó muy bien y fue al cobertizo a por una pala, para despejar la nieve de los cimientos. Tiró de la cadenita para encender la bombilla y miró en derredor en busca de la pala quitanieves, que debía estar en algún lugar en medio de ese caos.

Definitivamente, debían organizarlo pues apenas había espacio para caminar; también olía a humedad y a mortecina, quizá habría algún animal muerto entre tanto desorden. Le ofrecería algo de dinero extra a uno de los obreros para que se encargara de acomodarlo.

—Ahí está —dijo al ver lo que fue a buscar.

Estaba apoyada en uno de los estantes, en lo que había potes de pintura, sacos de abono, cajas de herramientas y quién sabe cuántas cosas más. Tan solo fue quitar la pala para que varias cosas se cayeran; entre ellas, el bate que usaba de niño, cuando amaba el béisbol y su gran sueño

era jugar en las grandes ligas. Lo recogió y sopesó mientras lo admiraba; no recordaba con exactitud cuándo perdió el interés por ese deporte; sin embargo, sí recordaba que solía jugarlo los domingos con su padre o con Graham.

De pronto, llegó a su memoria, la que quizá fuese la última vez que lo usó. Graham le lanzó la pelota, él consiguió pegarle y la mandó bastante lejos, mientras su tía Melanie y su hermana Susan, celebraran con aplausos, el home run; de manera, inevitable la nostalgia lo invadió. Chasqueó y negó con la cabeza para disipar esa emoción, luego volvió a poner el bate en la parte más alta del estante.

Salió con pala en mano y se dirigió hacia su cabaña, que esperaba tener lista en cuatro meses, necesitaba con urgencia su independencia; ya que, le gustaría no tener que llevarse a las chicas que conocía a un hotel, o que las reuniones con sus amigos tuvieran que ser en un bar o en la casa de alguno de ellos. También deseaba ser anfitrión.

A varios metros de llegar, pudo darse cuenta de los avances, ya estaba listo el entramado de madera maciza y el contrachapado de las pocas paredes que serían de madera. Ideó un diseño escandinavo de cien metros cuadrados, que en su mayoría sería de cristal para aprovechar al máximo la luz natural.

Esperaba que la próxima semana empezaran por aislar los tabiques; le emocionaba ver que su cabaña ya tenía forma y que estaba mereciendo la pena, invertir prácticamente todo su salario. Se la imaginaba cuando estuviera lista, con una terraza con vistas al lago, que ahora estaba congelado, pero que, en verano, sería extraordinario porque tenía el agua del azul más claro, también mandaría a construir un muelle y se compraría un bote, para aprovechar el lago, que sus padres nunca disfrutaron.

Tras varios minutos de dejar volar la imaginación, se puso manos a la obra y empezó a quitar la nieve de los cimientos; por más que quiso retirarla toda, no lo consiguió. El frío era demasiado intenso; a pesar de estar en constante movimiento y estar bien abrigado, ya casi no sentía las manos y empezaba a dolerle respirar. Tras una última palada de nieve, exhaló largamente y decidió regresar a casa; una larga ducha de agua tibia le ayudaría a nivelar su temperatura corporal.

Regresó la pala al cobertizo y entró a la casa que lo recibió con la acogedora calidez que necesitaba, se quitó las botas llenas de nieve, las dejó junto a la puerta y se calzó las pantuflas. De camino a su habitación, se fue quitando las prendas más abrigadoras; sin querer, tropezó con una de las fotografías de la galería que adornaba la pared lateral y terminó en uno de los escalones.

—Mierda… Lo siento, Susan… —La recogió y se dio cuenta de que se había roto el cristal —. Maldita sea, estoy en problemas —masculló, sabía que su madre se enojaría—. Tenía que tumbar, justo la tuya. —Pensó en reemplazar el cristal de una en la que aparecía él en su acto de grado de secundaria.

Debía ser rápido, no fuera que sus padres llegaran antes de que lo hiciera; dejó las prendas que se había quitado en el pasamanos de las escaleras. Descolgó su fotografía y le quitó el cristal, luego retiró los trozos rotos de la de Susan.

—¡Mierda! —exclamó ahogado, porque se hizo un corte en el pulgar con uno de los trozos de vidrio, rápidamente se chupó la herida para evitar manchar de sangre la imagen de su hermana —. ¡Qué imbécil! —se amonestó a sí mismo, al ver que seguía saliendo sangre, así que succionó un poco más, mientras detallaba la foto.

Susan debía tener ya tres años, llevaba puesto un sombrero de paja, un vestido blanco y sostenía un ramo de margaritas amarillas. Ella sonreía, por lo que se le marcaban mucho los

hoyuelos en las mejillas y sus ojos grises brillaban. Sus padres creían que seguía con vida, en algún rincón del país y en buenas manos; él que veía algunas noticias, no creía mucho en eso, quizá tenía la tendencia a ser más fatalista.

—Ojalá hubiese desaparecido yo… Aun si eso implicara que me hubiesen pasado cosas terribles. Mamá no hubiese sufrido tanto, quizá ya me habría olvidado, pero contigo es distinto… Es distinto, Susan —le hablaba a su hermana, mientras sentía en la punta de la lengua el sabor metálico y salado de su sangre.

La ligera hemorragia se detuvo y pudo poner en la foto de Susan, el cristal de la suya; si su madre se daba cuenta, no haría un gran drama por eso. Volvió a colgar las fotos en sus respectivos lugares y con mucho cuidado de no hacerse otra herida, recogió los vidrios y lo llevó a la cocina para deshacerse de cualquier evidencia.

De vuelta a las escaleras, tomó sus prendas y se fue directo a su habitación; se quedó bajó el agua caliente, hasta que sintió que el frío ya no le calaba en los huesos. Al salir del baño, buscó ropa en el armario; una vez vestido, se acostó en la cama, agarró el walkman que tenía sobre la mesa de noche y se puso a escuchar música.

Se sobresaltó asustado, cuando sintió que la cama se le movió bruscamente; aun aturdido y con el corazón a punto de salirle por la boca, distinguió a Stella de rodillas a su lado, mientras se carcajeaba; de inmediato, se quitó la diadema de los auriculares.

—Estabas dormido… pensé que solo escuchas música. —Ella no paraba de reír.

—Stella… —Lenny se talló los ojos con los dedos, para aclarar su vista—. Sí, me dormí, me asustaste —le confesó. No tenía caso molestarse con su hermanita, todavía era muy niña y la imprudencia era parte de su forma de ser—. ¿Qué hora es? ¿Hace mucho que llegaron? —preguntó y se volvió a mirar el reloj despertador sobre la mesa de noche. Eran pasada las ocho.

—Hace mucho rato, pero mami me pidió que no te molestara…

—¿Entonces por qué lo hiciste? —cuestionó, incorporándose para quedar sentado.

—Porque me pidió que no te molestara cuando llegamos… Ella subió, te vio dormido y te arropó… pero ahora me pidió que viniera a llamarte porque ya va a servir la cena.

—¿Cómo les fue en el centro comercial? —Lenny apenas se daba cuenta que tenía una manta encima.

—Muy bien, mami me compró el pequeño pony azul… Pero me dijo que solo te lo puedo mostrar después de la cena —le dijo, bajándose de la cama.

—Ya quiero verlo, vamos a cenar rápido. —Apartó la manta y salió de la cama—. ¿Quieres que te lleve a caballo?

—¡Sí! —corrió y se subió a la cama, desde ahí se lanzó a la espalda de Lenny, algo que hacían muy a menudo—. Me comí tus pelos —escupió los mechones que se le metieron a la boca y luego se carcajeó.

—Sujétate fuerte —le aconsejó y ella cerró sus bracitos alrededor de su cuello—. Pero no me ahorques —se rio ahogado.

—Lo siento. —Aflojó el agarre—. Arre, caballo… Al galope.

Entonces Lenny se echó a correr hacia el comedor donde los esperaban sus padres. Llegó algo agitado y con el pelo revuelto.

—Buenas noches —saludó, sonriente.

—Buenas noches, veo que lo están pasando bien —se rio Patrick, ante los juegos de sus hijos.

Lenny se acercó y le dio un beso en la mejilla a su madre, luego se acercó a su padre para que lo liberara de la jinete en su espalda. Después se sentaron a la mesa para disfrutar del pollo a

la broaster que su madre trajo del centro comercial.



CAPÍTULO 41

Junio 1986: Birmingham – Inglaterra.

Lauren no encontraba sentido alguno quedarse en Londres durante el verano, sobre todo si estaba de vacaciones y tenía la oportunidad de pasar seis semanas al lado de quienes tanto extrañaba.

Así que, en cuanto terminó el último día de clases, se fue directa de la universidad a la estación de trenes. La noche anterior había dejado todo listo en la residencia para no tener que volver a por sus cosas.

Decidió no avisarle al padre Francis ni a nadie en el oratorio, porque quería sorprenderlos. Pues, no esperaban que llegara ese mismo día. Con su mochila acuesta y el infaltable walkman

subió al tren, emocionada por el tan esperado reencuentro.

Por supuesto, en Londres había mucho por hacer durante el verano, sobre todo, porque era la época de conciertos y se hacían muchos de rock en el Hyde Park, pero extrañaba mucho su vida en Birmingham y durante el semestre se había permitido ir a un par de presentaciones en pubs después de clases.

Llegó a la estación New Street, ya entrada la noche, por lo que prefirió irse en taxi hasta el oratorio, lo que hizo que el recorrido fuese mucho más rápido.

—Muchas gracias, señor. —Pagó por el servicio y bajó del coche.

Ahí frente a la gran puerta de madera, que no permitía ni un atisbo hacia al interior del patio central, cogió la argolla de hierro del llamador y golpeó tres veces.

Sabía que la encargada de abrir la puerta era la hermana Edith y lo mucho que le disgustaba que insistieran con demasiada frecuencia, porque ella no estaba todo el día, parada a un lado a la espera de visitas. Debía caminar un buen trayecto para poder llegar.

En cuanto escuchó el chirrido que hacía el cerrojo para poder abrir el visor, Lauren sonrió emocionada.

—Buenas noches… ¡Oh, Por Dios! Lauren. —La hermana Edith se puso realmente feliz y se apresuró a abrir la puerta—. ¿Por qué no nos avisaste que venías?

—Porque quise sorprenderlos —dijo sonriente y entró.

La hermana le dio un beso en la frente.

—Bienvenida, hija… Me alegra mucho verte, ¿ya terminaste las clases? —Le hizo un ademán invitándola a seguir.

—Gracias, hermana. Hoy mismo terminé y decidí venir cuanto antes… Los echo mucho de menos.

—Nosotros también… Has llegado justo para la cena.

—¿Sí quedará un poco para mí? —preguntó sonriente.

—Por supuesto, hija… Sabes que aquí siempre hay un plato para alguien más.

—Gracias —sonrió y suspiró, porque se sentía en su hogar.

Bien podría llegar a Birmingham y quedarse en la casa de sus padres, pero sin ellos ahí, no sentía que fuese el lugar más adecuado, porque era demasiado grande y estaba demasiado solo. Lamentablemente, ella no se llevaba bien con la soledad, necesitaba siempre estar rodeada de personas, sentir la presencia de alguien a su lado.

En cuanto la vieron otras de las hermanas y algunos niños, se sorprendieron y emocionaron tanto como la hermana Edith, por lo que la retuvieron con muchas preguntas. Sin embargo, fue la hermana Antoniette, la que les pidió que le permitieran a Lauren ir a la habitación para que pudiera dejar esa mochila que parecía estar bastante pesada.

—Nos vemos en el comedor —dijo antes de marcharse.

—Sí, sí… te esperaremos —comentaron emocionados algunos de los niños.

Lauren llegó a la habitación que siempre compartía con la hermana Antoniette, dejó la mochila sobre la cama, la abrió y empezó a sacar sus prendas, las cuales fue acomodando en las perchas que estaban en el armario que era de ella y en el que todavía tenía algunas cosas; ya que no podía llevarse todo a Londres. En la residencia eran muy pocas las cosas que cabían.

Durante la cena, la madre superiora le pidió que se sentara a su lado, para que le contara cómo le había ido en su primer semestre en la universidad. Lauren le contó casi todo al detalle, le dijo que había aprobado todas las materias, también habló sobre Telma, su compañera de cuarto, pero obvió en toda regla, que los fines de semana solía salir con algunas de sus compañeras a divertirse y que, debido a las insistencias de ellas, ya empezaba a tolerar la cerveza.

Esa noche, apenas puso la cabeza en la almohada quedó rendida, porque había sido un día extenuante; sin embargo, a la mañana siguiente se levantó muy temprano para ir a hablar con el señor Owen, para ver si ese verano podía darle trabajo por las seis semanas que estaría en Birmingham. Se moría por volver a pasar sus tardes con Tracy.

Sí, ahora tenía un amplio abanico de compañeras de clases y de residencia, pero todavía, ninguna era tan especial como Tracy o Enya, que eran más que sus amigas, sus hermanas del alma, sus confidentes. Soñaba con el momento en que pudiera presentarlas, estaba segura de que se llevarían muy bien.

—No, ¿seguro que no tiene un puesto para mí? No tiene que ser en la caja registradora, incluso podría ayudar en la bodega, soy bastante fuerte, aunque no lo parezca. —Lauren, optimista, levantó el brazo mostrándole sus escuálidos bíceps al señor Owen.

—No muchacha, lo siento… Además, no estarás todo el verano. —Insistió el señor Owen.

—Bueno, en ese caso —dijo con el ánimo desinflado—. No hay nada qué hacer, ¿cierto? —suspiró derrotada. El hombre negó con la cabeza—. Pero si surge una oportunidad, en lo que sea, puede llamarme.

—Lo tendré en cuenta.

—Muchas gracias. —Lauren se levantó y le ofreció la mano para despedirse—. Me dio mucho gusto verlo, señor Owen.

—Igualmente, Lauren. —Desde el asiento tras el escritorio, apretó la mano de la chica—. Por favor, saluda a Francis de mi parte.

—Lo haré. —Ella hizo una reverencia de despedida y salió cabizbaja de la oficina.

Estaba bastante decepcionada, no era que necesitara el dinero, solo que quería pasar tiempo con Tracy, además de tener una distracción. Porque sí, le gustaba más que nada estar en el oratorio, pero llegaba un momento en que prefería poder estar con personas más acorde a su edad con las que tener conversaciones afines.

Se fue a los pasillos del supermercado para comprar algunas golosinas, con la única excusa de poder llegar a la caja de Tracy, para informarle sobre las malas noticias.

A pesar de que había un par de cajas libres, prefirió esperar a que Tracy se desocupara para que la atendiera.

—¿Empiezas mañana? —preguntó emocionada, al tiempo que registraba una lata de Coca Cola.

—No —chilló Lauren—. No hay vacante… El señor Owen dice que estaré por muy poco tiempo.

—Ay, no… imaginé que nos veríamos todos los días —chasqueó los labios con desilusión —. ¿Y qué harás ahora? ¿Te quedarás todo el tiempo en el oratorio? ¿O te vas a la casa de tus padres?

—Todavía no lo sé, no quiero estar sola en la casa de mis padres.

—¿Te da miedo?

—No, miedo no, nostalgia.

—Entiendo, entonces la mejor opción será quedarte a ayudar a las monjas.

—Eso creo, pues si no hay un puesto de trabajo —suspiró.

—¿Pero quieres trabajar, sin importar dónde?

—Sí, lo ideal era poder trabajar aquí contigo, pero si puedo conseguir en otro lugar por el tiempo que estaré en Birmingham, lo aceptaré.

—Bueno, yo creo que tengo algo para ti —se emocionó Tracy.

—¡Sí! Dime, dónde —se apresuró Lauren con los ánimos renovados.

—Donde trabaja mi mamá, la chica que atiende en la barra y atiende en las mesas, le dio varicela… Y justo anoche, ella me dijo que están buscando quien la reemplace por cuatro o cinco semanas.

—Ay, es genial… es justo para mí.

—Sí, claro que puedo encargarme de hacer ese trabajo… Es la cafetería de la gasolinera, ¿cierto? —Recordaba que la madre de Tracy trabaja como cocinera en ese local—. La que está en Holloway Head.

—Sí, además te queda más cerca del orfanato… Lo que no sé, es si te tocará el turno de noche.

—Eso no importa, puedo trabajar cualquier turno.

—Entonces deberías ir, pregunta por mamá… Ella te ayudará, le dices que yo te dije.

—Enseguida… ¡Ay! Gracias, Tracy. —Se emocionó tanto que tuvo que abrazarla, aun a través de la correa transportadora de alimentos—. Te quiero. Nos vemos luego. —Cogió la bolsa de papel.

—También te quiero, por supuesto que tenemos que vernos —chilló emocionada—. Adiós. —La despidió con la mano.

Lauren salió del supermercado con el corazón latiendo fuerte de emoción y esperanzada en que le dieran ese trabajo. Caminó rauda para llegar cuanto antes, no fuera que le dieran la oportunidad a otra.

Atravesó la isla de los dispensadores de gasolina y miró su reflejo en el cristal, para asegurarse de que estaba presentable, con los dedos se peinó un poco los cabellos. Inhaló profundamente y entró.

Había pocas personas, dos hombres sentados en los bancos de la barra y una pareja en uno de los asientos que estaban pegados al ventanal al lado izquierdo del local.

Parecía que no había ni un empleado, hasta que las puertas batientes al otro lado de la barra se abrieron y salió la madre de Tracy con una bandeja en la que traía un emparedado con dos raciones de patatas fritas.

Se le notaba que estaba ajetreada y no estaba segura de querer molestarla, pero fue ella quien, al verla, le sonrió.

—Hola, Lauren, qué sorpresa… ¿qué haces por aquí? —preguntó al tiempo que salía de detrás de la barra y se dirigía a la mesa en la que estaba la pareja.

—Hola, Terrwyn… Tracy me pidió que viniera, déjame ayudarte. —Le pidió la bandeja.

—Oh, no, cariño… No es necesario. —Caminó rauda y puso el plato en la mesa de los comensales—. Enseguida, les traigo los refrescos. —Caminó hasta la nevera exhibidora y sacó un par de botellas, luego regresó a ponérsela a los clientes.

Mientras Lauren, desde una distancia prudente, la miraba para no entorpecerle el trabajo.

—Darleen, muchacha, por qué tardas tanto en el baño —protestó de regreso en la máquina de *espresso* para preparar un café—. No me digas que también has empezado a sentirte mal.

—No, no… Estoy bien. Exageras Ter, no tarde nada.

—Bueno, ve a limpiar las mesas… —dijo al tiempo que ponía la taza de café a uno de los clientes sentados en la barra. Miró a Lauren—. Ven, acércate —le pidió con un tono más relajado—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tracy me pidió que viniera, es que hoy fui a buscar trabajo en el supermercado, pero el señor Owen me dijo que no tienen vacante… Entonces ella me dijo que aquí están buscando para cubrir a una de las chicas que tiene varicela.

—Oh, sí… sí. —Movió la cabeza afirmativamente—. Pero, Lauren, solo será por unas

cuatro o cinco semanas.

—Es perfecto, solo puedo quedarme seis semanas en Birmingham, porque tengo que volver a Londres por la universidad.

—Eres la indicada, ya conoces de atención al público y no creo que se te haga difícil llevar comida a las mesas.

—No, por supuesto que no.

—¿Sabes usar la máquina *espresso*?

—No, pero si me explica cómo hacerlo, aprendo rápido.

—En ese caso, ve a la oficina principal de la estación de servicio. Está a tres locales de aquí, a la derecha… Pregunta por el señor Randall Wesley, para que te haga la entrevista, seguramente te pedirá empezar hoy mismo. ¿Podrías?

—Sí, claro, solo tendría que llamar al padre Francis para informarle. Muchas gracias. —Salió rauda, pero antes de salir regresó—. ¿Podría dejar esto aquí?

—Sí, claro, déjamelo. —Cogió la bolsa y la puso tras la barra.

—Gracias —sonrió y esta vez sí salió, lo primero que hizo, fue levantar la mirada al cielo —. Por favor, ayúdame a conseguir el trabajo. —Le pidió a Dios.

Respiró profundo y buscó la oficina que la madre de Tracy le indicó. Cuando entró, agradeció que el señor Wesley estuviese desocupado.

Quince minutos después, salió de ahí y soltó un chillido de emoción. Tenía trabajo e iba a empezar ese mismo día a las cinco de la tarde. Le daba tiempo de ir al oratorio, hablar con el padre y cambiarse con el uniforme que acababan de entregarle.

Fue a la cafetería para agradecerle a Terrwyn y para llevarse la bolsa. En cuanto le contó que le habían contratado por cinco semanas, la madre de Tracy se emocionó y se mostró bastante aliviada, quizá era a ella a la que le tocaría hacer el doble turno.

—El señor Wesley, me dijo que trabajaría de seis de la tarde a medianoche, pero hoy vendré una hora antes para que pueda explicarme cómo usar la máquina. —Señaló con la barbilla el gran artefacto cafetero que estaba tras la barra.

—Me parece bien, muy bien… Te espero.

—Hasta luego, muchas gracias, por todo.

—De nada, cariño.

Lauren se marchó más que feliz. A pesar de que no consiguió trabajar en el supermercado junto a una de sus mejores amigas, encontró con su madre a la que le tenía también mucho cariño.



CAPÍTULO 42

Lauren se cubrió la boca con la mano para ocultar el gran bostezo que no pudo evitar. Miró una vez más el reloj en su muñeca, todavía faltaban un par de horas para que terminara su turno, parecía que el tiempo apenas había avanzado desde la última vez que miró la hora.

Llevaba una semana trabajando en la cafetería, pero aún no se acostumbraba; no se trataba del horario, porque solía quedarse despierta hasta más tarde estudiando, lo que le afectaba era la falta de actividad. Después de las ocho de la noche, eran muy pocas las personas que entraban y en su mayoría solo pedían un café o un té. Veía que tenía mayor afluencia la tienda de al lado, que vendía golosinas, cigarrillos y licores.

Pensó en traerse un libro para tener algo en que entretenerse en momentos de hastío como ese, pero no quería que la reprendieran por eso; tampoco quería molestar a Mary que estaba en la cocina cabeceando.

Sin poder resistir más, apoyó los antebrazos en la barra y dejó descansar la cabeza en ellos, necesitaba cerrar los ojos, al menos un par de minutos, porque no quería otra taza de café, particularmente, no le gustaba el sabor, pero suponía que era efectivo contra el sueño. Ya no estaba muy segura de esa teoría.

—Señora, señora…

Lauren sintió que la sacudían ligeramente por el hombro, por lo que se levantó abruptamente. «Mierda, me quedé dormida», fue lo primero que pensó cuando se incorporó con los ojos a punto de saltar de sus órbitas y el corazón latiendo alterado.

—Señorita —se corrigió sonriente el hombre que acababa de llegar.

Más allá del susto de que un cliente se la pillara dormida en la barra, Lauren tragó grueso, al ver al hombre, que tenía toda la apariencia de uno de sus ídolos, pero no era ninguno de los que ella conocía.

Era alto, delgado, con impactantes ojos azules delineados en negro y pómulos marcados, tenía el cabello marrón y abundante que caía sobre su frente, enmarcándole el rostro perfilado; con un largo justo por encima de los hombros.

Fueron las risas de otras personas las que la sacaron de su contemplación, se volvió a mirar hacia dónde provenían. En los asientos de una de las mesas, estaban tres hombres más, todos con el mismo aspecto que él que estaba frente a ella, pero ninguno más guapo que él.

«Tiene que ser una banda», pensó, regresando la mirada al que estaba con los codos apoyados en la barra, mirándola sin ningún disimulo.

Llevaba una camiseta blanca sin mangas, un chaleco de cuero negro y unos vaqueros. Del cuello le colgaban varias cadenas y collares. La piel blanca de sus brazos, cuello y pecho estaba adornada con muchos tatuajes, que ahora mismo no se daría a la tarea de distinguir.

—James, aún está dormida… Bríndale un café, para ver si se espabila y puede atendernos —dijo uno de los hombres que estaba sentado y con un pie apoyado en el asiento de cuero rojo.

—¿Tienes servicio o prefieres seguir durmiendo? —preguntó James, mirando a la chica tras la barra, que estaba despeinada y el rímel algo corrido. Aun así, le pareció hermosa.

—Sí, claro. —Se levantó del taburete.

—¿Sí tienes servicio o sí quieres seguir durmiendo? —Le sonrió seductoramente.

Lauren rio ante la intrepidez de él.

—Sí a ambas —bromeó—. Pero aún me falta un par de horas para poder seguir durmiendo; así que, por ahora, estoy para servirte.

—¡Vaya! —silbó impresionado, no esperaba una respuesta tan espontánea. Enseguida empezó a gustarle la audacia de la jovencita.

—¡Vaya! —Alzó ambas cejas, sin dejar de sonreír, en el fondo era debido a la mezcla de nervios y emoción que le provocaba interactuar con una banda—. Si quieres, puedes ir con tus amigos, enseguida les llevo la carta. —Las cogió de detrás del mostrador.

—Yo se las llevo. —Le guiñó un ojo y estiró la mano para tomarlas.

—Está bien. —Se las entregó—. En unos minutos, pasaré a tomarles el pedido. —Se volvió para ir a despertar a su compañera.

Él se alejó para ir con sus amigos.

En cuanto Lauren empujó las puertas batientes que conducían a la cocina, soltó el aliento en medio de un largo resoplido. Quizá eso le ayudaría a drenar sus emociones y ralentizar los

latidos de su corazón.

—Mary… Mary —llamó a su compañera que estaba más dormida que despierta.

—Sí, dime. —Enseguida se espabiló.

—Llegaron clientes, parece que pedirán comida.

—Vale, enseguida pongo a calentar el aceite y la plancha.

—Voy a tomarles el pedido… No sé si son clientes habituales, por la apariencia, creo que son de una banda o algo así.

—Déjame ver… —Caminó y se asomó por encima de las puertas batientes. El cuarteto de chicos discutía sobre lo que había en el menú—. No, nunca los había visto. —Se volvió hacia Lauren—. Solo espero que no nos den problemas.

—No lo creo —dijo Lauren cuando pasó a su lado para regresar al salón.

—Ya sabes cómo son esos roqueros. Ya uno de ellos tiene los pies puestos en el asiento. Se creen con el derecho de romper todo lo que les dé la gana.

Lauren agradeció que en las conversaciones que había tenido hasta el momento con Mary, no hubiese salido el tema sobre sus gustos musicales, porque enseguida se dio cuenta de que a su compañera no le gustaba en absoluto el rock y que evidentemente tenía perjuicios muy marcados hacia sus exponentes.

—Voy a tomarles el pedido —dijo con una sonrisa tranquila, mientras se alisaba el delantal celeste con ribetes en blanco.

—Ven aquí, primero. —La retuvo Mary, que de inmediato buscó una servilleta y la mojó.

—¿Qué sucede? —Lauren se mostró confundida.

—Se te corrió un poco el rímel —explicó mientras le limpiaba el manchó negro que se le extendía hasta el pómulo.

—¿En serio? ¡Qué vergüenza! —Soltó una risita y comprendió porqué el tal «James» la miraba burlonamente.

—Ya está, mucho mejor… pero también debó acomodarte la diadema. —Esta vez fue Mary la que rio, ya que la tenía de medio lado.

—Gracias. —Lauren siguió sonriendo, mientras su compañera, le enderezaba la diadema con una pequeña tela sobresaliente del mismo color del uniforme, ese artilugio tan inútil que le hacían llevar y que la hacía sentirse como una camarera francesa.

—Ahora sí, ve a tomarle el pedido a esos dementes… Y si intentan propasarse contigo, gritas. —Cogió el cuchillo más grande—. Correré a defenderte.

—No exageres, Mary —sonrió y negó con la cabeza—. De verdad, crees que ellos tienen la necesidad de faltarme al respeto cuando deben tener mujeres mucho más guapas cayendo a granel a sus pies.

—Algo que verdaderamente no entiendo, porque en su mayoría, atractivos, no son… Solo se dejan llevar por la fama. Mujeres tontas.

—No sé si compartimos los mismos gustos, pero por lo menos, uno de ellos sí está guapísimo. —Lauren rio y se apresuró a marcharse, una vez más, se alisó el delantal.

Cogió la libreta y el bolígrafo de la barra. Le fue imposible no sentirse observada mientras se acercaba a la mesa, su mirada se fue directa al hombre que la despertó. Era él quien la contemplaba con intensidad, porque los demás bromeaban entre ellos.

Le alteraba los nervios, pero también le provocaba un cosquilleo agradable que le recorría todo el cuerpo y una atracción que le despertaba la curiosidad, quería saber todo de él, develar qué podría esconder tras esa aura de misterio que lo arropaba.

—¿Ya saben qué van a pedir? —preguntó, tratando de poner su atención en los demás

chicos; sin embargo, podía sentir la intensidad de la mirada azul recorrerla de la cabeza a los pies.

—Yo quiero, un servicio de *fish and chips* —pidió uno de ellos. Era rubio, con el pelo por debajo de los hombros y unos atrayentes ojos verdes.

Lauren asintió y anotó en la libreta.

—Para mí, una hamburguesa doble carne con patatas… Reginald, ¿tú que pedirás? —le preguntó al que tenía sentado al lado, que era el que tenía el pie apoyado en el asiento. Además, había estado jugueteando con las servilletas.

—No hay mucho en el menú… Otro servicio de *fish and chips* —decidió no muy convencido.

—¿Y tú? —preguntó Lauren, dirigiendo la mirada al de su interés e intentaba demostrar que tenía el control de la situación, incluso, deseaba parecer indiferente, pero el ímpetu que él irradiaba le hacía temblar las rodillas.

—Aún no me decido, ¿qué me recomiendas? —Apoyó un codo en la mesa y con el pulgar se acarició el labio inferior, con toda la intención de atraer hacia su boca la mirada de la chica.

Ella carraspeó y después de mirar los labios tentadores, se obligó a hacer funcionar sus neuronas.

—El favorito de la casa es el sándwich de salchicha, beicon y huevo escalfado.

—¿Y cuál es tu favorito?

—El emparedado de salmón ahumado con queso y tomate sobre pan *ciabatta*. —No quería desmentir el preferido de la cafetería, pero consideró que era mejor ser sincera.

—Uno de ese —pidió afirmando con la cabeza.

Lauren anotó mientras sonreía, le fue imposible no mirarlo de soslayo.

—¿Qué quieren de tomar?

Todos se pidieron latas de refrescos de diferentes sabores. Entonces ella, les dijo que en quince minutos les traería sus comidas y regresó a la cocina para hacerle entrega de la comanda a Mary.

Cuando salió, pudo darse cuenta de que era el tema de conversación del grupo; no obstante, se hizo la desentendida. Caminó hasta la nevera, sacó las cuatro latas de refrescos y se las llevó.

—¿Cómo se llama la banda? —preguntó Lauren, lanzándose a saciar su curiosidad sin importarle quedar en ridículo delante de ellos.

—Sweet Poison —respondió James, tomando la lata de Sprite de la mano de la chica.

A Lauren le gustó mucho el nombre, aunque no era precisamente muy original.

—Soy el baterista, me llamo Reginald, pero me dicen Ray. —Le dijo el más joven de todos, ofreciéndole la mano.

Su cabello castaño era abundante y algo ondulado y sus ojos de un gris oscuro. Al igual que James, tenía los brazos cubiertos con muchos tatuajes.

—Un placer, Ray. —Lauren aceptó el saludo extendiéndole la mano. Pudo sentir en el apretón los callos producto del uso de las baquetas.

—¿Te gusta el rock?

—¡Me encanta! —sonrió ampliamente.

—¿Cuáles son tus tres bandas favoritas? —intervino James con su pregunta.

—¿Me estás poniendo a prueba? —Alzó una ceja, suspicaz, cuando se volvió a mirarlo.

—No, solo simple curiosidad —dijo, abriendo la lata.

—Tengo mis favoritas, tres son muy pocas, pero tomaré la difícil decisión —gimió pensativa—. Queen, Poison y The Who… No puedo dejar por fuera The Rolling Stone.

—Una selección aceptable. —James movió la cabeza en un gesto ambiguo.

—¿Aceptable? ¿Bromeas? —cuestionó Lauren con una risa ahogada, sin poder creer que estuviese menospreciando sus gustos.

—Vamos, James… Son buenas, muy buenas —intervino el rubio de pelo largo—. Soy Thomas, pero es mejor si me dices Tommy… Soy el guitarrista.

—Un placer, Tommy. —Le sonrió, agradecida, por haber defendido su elección musical y desvió la mirada hacia el otro miembro de la banda.

—Soy Brandon, el bajista. —Alzó la mano a modo de saludo—, pero llámame, Billie.

El aspecto del bajista era el más llamativo de todos, ya que el cabello negro le llegaba por la cintura y su rostro pálido estaba salpicado por abundantes pecas. Tenía la oreja derecha llena de pendientes, unos más exagerados que otros, y una argolla le atravesaba la nariz.

—Billie. —Lauren afirmó con la cabeza, como un gesto para recordar el nombre.

Todos se volvieron a mirar al único integrante de la banda que faltaba por presentarse.

—James, simplemente James. —Se llevó la lata a los labios para beber un gran trago de Sprite.

—El vocalista —concluyó Lauren y soltó un suspiro—. No parecen ser de aquí —comentó, mirando en derredor a la banda.

—No, somos de Londres —respondió Tommy.

—¡Lauren! —le llamó Mary y seguido tocó el timbre para avisar que ya estaba lista la comida.

—Permiso, chicos —les sonrió y se marchó.

Tomó una bandeja que estaba detrás de la barra y puso en ella los platos, con gran diligencia llevó el pedido hasta la mesa de los comensales. Fue nombrando uno a uno los platos, al tiempo que los ponía frente a cada uno de ellos.

—Buen provecho, espero que le sirva para reponer las fuerzas que gastaron en la presentación de esta noche.

—Gracias —dijo Billie con la mirada puesta en el plato.

—¿Tendrán otro concierto en Birmingham? —preguntó, apretando los bordes de la bandeja. Quería saber si tendría la oportunidad de verlos actuar.

—No, estamos aquí de paso, nos presentamos en Manchester —intervino James, elevando su mirada hacia ella.

—Qué pena que no se presenten aquí, me gustaría verlos en el escenario… Por ahora, los dejo para que puedan comer tranquilos, no crean que soy una *groupie* ni mucho menos.

Tres de ellos se echaron a reír, quizá acostumbrados al acoso de las chicas. Ella se dio la vuelta para marcharse.

—Lauren —le llamó James. Ella enseguida se volvió a mirarlo por encima del hombro—. Si no estuviera solo de paso, ni un compromiso ineludible mañana temprano, te invitaría a salir.

A Lauren el corazón se le saltó un latido y le temblaron las rodillas, pero se obligó a no mostrarse demasiado emocionada.

—Simplemente James, si no estuvieras solo de paso, declinaría tu invitación, porque tengo novio. —Era una mentira a medias, ya que, ella seguía teniendo a Leonard muy dentro del pecho y no perdía la esperanza de que algún día se reencontrarían.

Sí, James era atractivo, sexi; a todas luces, contaba con una seguridad arrasadora, y para rematar, vocalista de una banda de rock. Era todo lo que alguna vez soñó, pero Leonard estaba por encima de todo eso.

Las burlas de sus compañeros no se hicieron esperar, pero él supo sortearlas muy bien,

demostrando que contaba con una autoestima lo suficientemente fuerte como para que no le afectara el rechazo.

Lauren se puso a pulir los vasos de cristal y la cubertería, necesitaba hacer cualquier cosa que la distrajera y no estar pendiente de cada bocado que daban los integrantes de la banda. Sin embargo, su mirada era atraída de vez en cuando hacia ellos, debido al alboroto que se cargaban.

Ya que Ray le lanzaba patatas fritas a Billie para que las atajara con la boca, en un acto bastante infantil y de desobediencia. Típica actitud de los que hacían lo que se les venía en gana. Ella sonreía porque sabía que solo estaban tratando de pasarlo bien.

En cambio, James se mantenía serio, era el alfa de la manada, ese que los hacía entrar en orden, a pesar de que todos parecían estar en sus tempranos veinte.

Más de una vez, los ojos de él buscaron los de ella. Lo que provocaba que se despertaran cosquillas en su estómago y que la sangre le subiera a las mejillas y orejas.

Agradeció que, en ese momento, Mary saliera de la cocina.

—Son unos maleducados, para qué demonios piden patatas que no van a comer —masculló, casi contra la nuca de Lauren, cuando se paró detrás, mientras le dedicaba una mirada de desaprobación al grupito de inadaptados.

—Solo se divierten —sonrió Lauren, al tiempo que terminaba de sacarle brillo al último vaso de cristal.

—Podrían divertirse sin tener que perjudicar a los demás… Hay más de una docena de patatas en el piso, ¿a quién crees que le tocará limpiarlo? Porque dudo mucho que alguno de ellos se tome la molestia de recogerlas.

—No te preocupes, lo limpiaré en cuanto se marchen. —Cogió un trapo para pulir la barra.

—Ese es el problema, no tendrías que hacerlo —resopló y volvió a mirar con reproche a la banda—. Ya queda poco tiempo para que termine nuestro turno, voy a ir limpiando la cocina.

Lauren infló su pecho con una honda inhalación y no soltó el aliento hasta que Mary se marchó.

—¡Lauren, puedes traernos la cuenta, por favor! —Ray se volvió a verla por encima del hombro.

—Sí, enseguida —dijo ella, buscó en el bolsillo de su delantal la libreta en la que había anotado el pedido, sumó cada plato y las bebidas. Con el total del servicio, se acercó a la mesa y les dio el monto.

—Quédate con el cambio —dijo James, cuando le extendió el billete—. Por tu excelente servicio.

—Gracias —sonrió, no esperaba semejante propina—. ¿Desean café o té? Cortesía de la casa.

—No, gracias… Todavía nos quedan tres horas de viaje y esperamos poder dormir en ese tiempo —explicó Billie—. Tenemos una entrevista de radio a las ocho de la mañana.

—¿Y en qué emisora? Me gustaría escucharla… Claro si es trasmisión nacional.

—Sí, es en la BBC Radio dos —siguió Billie.

—Ajustaré mi despertador para levantarme a tiempo —dijo sonriente—. Disculpen la pregunta, pero me mata la curiosidad. —Soltó una risita.

—Adelante —la instó Tommy, mirándola fascinado con la personalidad de la chica.

—Si van a dormir durante el viaje, ¿quién conducirá? —De pronto le pareció demasiado estúpida su osadía, pero ya no podía recoger sus palabras; así que, solo terminó mordiéndose el labio.

—El conductor nos espera en la furgoneta, mientras está durmiendo. —Ray sació su

curiosidad.

—Bueno, muchachos, vamos… —James se levantó.

Lauren lo miró tan alto como era, sin duda, le sacaba unos cuantos centímetros. Se apartó para que los demás también se levantaran.

—Lauren, muchas gracias por todo, muy rica la comida —dijo Tommy.

—Me alegra que les haya gustado, mucha suerte en la entrevista de mañana.

—Gracias —dijo Ray cuando pasó a su lado.

Lauren asintió con una brillante sonrisa y se fue tras él; por supuesto, no siguió el mismo camino, porque ella se desvió hacia la barra. Desde ahí, se despidió de ellos con la mano.

El último en pasar frente a la barra fue James, iba escoltando al grupo, pero antes de que pudiera salir, ella llamó su atención.

—¡Simplemente James!

Él se volvió enseguida y en pocas zancadas estaba de nuevo frente a ella, con las manos apoyadas en la barra.

Lauren leyó la palabra «True» en la mano derecha, una letra en cada uno de sus nudillos.

—Puedes llevarle el café al conductor, seguro que lo necesitará. —Se volvió hacia la cafetera y llenó un vaso de cartón.

—Gracias —dijo al recibirlo, se aproximó más a ella, fijándose en el bonito y cambiante color de sus ojos—. Si no estuviera solo de paso, poco importaría tu novio. Te morirías por salir conmigo. Lauren.

Se alejó y salió de la cafetería, dejando a Lauren atragantándose con su aliento y con el corazón latiendo a mil, por lo que tragó grueso.



CAPÍTULO 43

Era primera vez que Lauren, iba a su casa por voluntad propia y de muy buen ánimo. Por fin, había conseguido que Enya viniera a visitarla y por supuesto no iba a desaprovechar la oportunidad para que conociera a Tracy. Todo parecía estar a su favor, porque convergían el día libre de Tracy y el de ella; así que, planeó una pijamada para las tres. Desde luego, con la ayuda de la señora Rose, a quien pudo contactar gracias al señor Thompson.

Cuando el taxi la dejó frente a la entrada principal de la gran mansión, se le encogió el estómago de la emoción, pero también el pecho se le inundó de nostalgia. No sabía si algún día, conseguiría poner un pie en la propiedad sin sentirse presa de la tristeza, pero se esforzó por

erradicar esa melancólica sensación, su objetivo era pasar un día agradable con sus amigas y estaba segura de que sus padres también hubiesen querido que así fuera.

Inspiró hondamente y empezó a subir los escalones que la llevaban a la gran puerta; antes de que pudiera llegar, la señora Rose la recibió con una gran sonrisa, los brazos abiertos, pero también tenía los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—Oh, mi niña… Señorita Lauren —se corrigió rápidamente al darse cuenta de que ya era una mujercita hermosa y larguirucha.

Y no llevaba los vestidos elegantes que solía ponerle la señora Grace, ahora vestía unos pantaloncitos de jeans, una camiseta un tanto descolorida y unas extravagantes botas de cuero negra, que parecían ser más las de un militar. Aun así, su esencia era la misma de la niña que vio llegar uno de los últimos días de septiembre del año 1979.

—¡Rose! —Lauren corrió los últimos escalones y amarró a la mujer en un fuerte abrazo. A pesar de que llevaba mucho tiempo sin verle, le parecía que no había cambiado nada. Por un instante, sintió como si el tiempo hubiese retrocedido y que al entrar al gran salón se encontraría a su madre, hojeando una de esas revistas de moda que le gustaba coleccionar—. Me alegra tanto volver a verla —confesó, entre lágrimas, mientras apretaba fuerte el robusto cuerpo de la mujer.

—Señorita Lauren, está usted tan hermosa —gimoteó y se apartó para limpiar las lágrimas que mojaban las mejillas de la jovencita—. Cómo has crecido… Los señores Spencer, estarían muy orgullosos de ver lo linda que es su hija. —La miraba a los ojos con el orgullo que ella misma sentía.

—Gracias, muchas gracias, señora Rose… —Volvió a abrazarla, cuando las emociones empezaron a menguar—. Sé que no era su obligación venir a acompañarme, ni mucho menos ayudarme a atender a mis amigas…

—No, señorita, no diga eso, para mí es un placer. Todas las semanas cuando vengo, extrañaba tanto este momento, porque esta casa necesita vida… Pase, por favor, bienvenida. —La guio dentro con una mano en el hombro.

—Gracias, prometo que haremos el menor desorden posible. —Volvió a sentir un ligero pellizco en el corazón al ver el gran salón, que, aunque pulcro e iluminado por el intenso sol de verano, se sentía solo y triste.

—Esta es su casa y puede hacer en ella lo que quiera, ¿le gustaría ver cómo hemos organizado la habitación de invitados?

Lauren, previamente, le había solicitado por teléfono, que ubicaran tres camas en la habitación de invitados del primer piso; ya que, no quería, quedarse en su habitación ni mucho menos en la de sus padres, aunque en el segundo piso contaban con tres habitaciones adicionales para los invitados, cada una tenía una sola cama y ella quería que todas durmieran esa misma noche en el mismo lugar.

—Sí, claro. —Se animó y se aferró al brazo de Rose.

—¿A qué hora llegarán sus amigas?

—Enya, llegará en el tren de las once; a Tracy, la traerá su madre después de mediodía. Así que, tenemos tiempo para preparar algo rico.

La señora Rose le abrió la puerta de la habitación y Lauren se mostró más que complacida, había tres camas de una sola plaza, con sábanas y cobijas del mismo color y estampados. En las habitaciones no solía haber televisores, pero esa la habían acondicionado con uno que parecía ser nuevo, porque no recordaba haberlo visto en la propiedad.

—Sí, usted me dice qué le apetece y enseguida me pongo en ello… Podrán comer todo lo que quieran, las despensas y nevera están llenas.

—Gracias, pero te ayudaré con el menú. —Le cogió la mano y la llevó a la cocina.

Tras revisar todo, se dio cuenta de que era demasiada comida, tan solo para las tres; así que, le dijo a Rose que podía llevarse el resto, porque no tenía pensado regresar a la casa por lo que restaba de verano.

La verdad, ella no podía quedarse ahí sola, no por miedo, sino porque la nostalgia terminaría devorándosela. Cuando Lauren escuchó llegar el taxi en el que venía Enya, dejó enseguida de picar los limones, se limpió las manos con un trapo y corrió a recibirla. Se saludaron en medio de un efusivo abrazo y por muy poco terminaron en el suelo, pero una vez que recuperaron el equilibrio, rieron emocionadas.

—Ven, ven… entra. —La invitó Lauren con la felicidad brotando por cada uno de sus poros —. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Bien, muy bien… ay, que linda es la casa —dijo mirando la gran lampara de araña del salón.

—Mi mamá, ponía todo su empeño para que siempre estuviera en perfectas condiciones; por cierto, voy a presentarte a Rose. —La condujo a la cocina, donde estaba la mujer terminando la limonada que ella dejó a medias por ir a recibir a su amiga—. Enya, te presento a Rose, es como una abuela para mí —sonrió haciendo un ademán.

—Bienvenida, señorita, es un placer tenerla aquí. —Hizo un asentimiento—. ¿Le apetece algún aperitivo? Ya la limonada está casi lista.

—No, muchas gracias, Rose.

—Vamos a la habitación para que dejes la mochila. —Lauren la instó y salieron de la cocina.

—Qué bonito ese retrato —comentó Enya cuando volvieron al salón y vio la gran pintura sobre la chimenea.

—Sí, quedó muy lindo. —La nostalgia tiñó su voz, pero sabía que no era momento para estar triste, por lo que inspiró y siguió rumbo a la habitación—. Elige la cama que quieras.

—La de la derecha. —Enya avanzó y dejó la mochila en la cama que estaba junto a la ventana—. Creo que tú deberías dormir en la del medio, así evitamos los celos…

—¿Celos? —preguntó Lauren, sonriente.

—Sí, se supone que yo era tu mejor amiga, y lo fui primero, pero ahora dices que Tracy también es tu mejor amiga.

—Porque así es, ambas son mis mejores amigas y me gustaría muchísimo que las tres lo seamos… Verás que Tracy es extraordinaria. Pero tienes razón, me quedaré con la cama del medio, así estaré a la misma distancia de ambas. —Se acercó y la abrazó, para erradicar cualquier indicio de celos en ella. Como habían dejado la puerta abierta, consiguió escuchar el timbre—. Seguramente es Tracy que ya llegó —dijo emocionada, rompió el abrazo y le sujetó la mano—. ¡Vamos! —Tiró de ella, ansiosa por la presentación.

Tracy llegó en compañía de su madre.

—Hola, Terrwyn —saludó Lauren, ahora que la veía todos los días en el trabajo, aunque solo fuera durante el cambio de horario, le tenía más confianza.

No perdió tiempo en hacer las presentaciones; aunque, la madre de Tracy se despidió rápidamente porque tenía varias cosas que hacer; no sin antes, pedirle a su hija que se cuidara y que esa noche le llamara.

Tracy también exteriorizó su opinión sobre lo linda que le parecía la casa. Lauren le agradeció y la condujo a la habitación para que también dejara su mochila.

—¿Les parece si comemos en la terraza? —propuso Lauren. Estaba demasiado feliz, apenas

podía creer que estaba ahí con sus amigas.

—Sí, aprovechemos que el día está esplendido —comentó Tracy, mientras sacaba su pijama de la mochila y la dejó sobre la almohada.

Lauren las llevó a la cocina, para que Tracy conociera a la señora Rose, a la que le informó que tomarían el almuerzo en la terraza; por supuesto, las chicas le ayudaron a la mujer a poner la mesa y llevar algunos de los alimentos, también le pidieron que les acompañara en la comida. Cuando casi terminaban de comer, Lauren estaba más que satisfecha de ver que Tracy y Enya, se estaban llevando muy bien.

No fue, sino por la noche, cuando ya estaban en la habitación con sus pijamas puestos, sentadas en la alfombra y frente al televisor que suspiraban con la historia de amor entre Baby y su profesor de baile en la película Dirty Dancing.

—Necesito vivir una experiencia así —anheló Tracy con las manos en el pecho, en cuanto terminó la película.

—No la vives porque no quieres —intervino Lauren—. Jeffrey está loco por ti…

—No, no lo está, además, él no es del agrado de mi mamá. —La chica se mostró un tanto esquiva, debido a los nervios, porque le gustaba muchísimo el encargado de la cafetería a la que siempre iba, pero no tenía el valor para decírselo.

—Tracy, ningún chico es del agrado de tu madre… Si por ella fuera, te tendría todo el día en casa. —Lauren apreciaba mucho a Terrwyn, era una madre extraordinaria; sin embargo, sobreprotegía muchísimo a Tracy, no la dejaba que viviera una vida acorde a su edad, sino que la trataba como a una niña de cinco años.

—Debes ser como Baby, a ella no le importó que a su padre no le agradara Johnny y ni siquiera le importó que le pidiera que se alejara de él, igualmente ella se arriesgó a vivir su amor —concluyó Lauren. Sabía que la única manera de que su amiga pudiera tener un novio debía ser a través de un acto de rebeldía; de otra forma, iba a ser mejor que pensara en convertirse en monja.

—Lauren, pero no la presiones… Ella tendrá novio cuando conozca al indicado —intervino Enya.

—Es que Jeffrey es el indicado, es apuesto, trabajador… y está muy enamorado de ella.

—Pero lo más importante —intercedió Enya, una vez más—. ¿A ti te gusta? —preguntó, dirigiendo la mirada hacia Tracy.

—No lo sé… —titubeó y esquivó la mirada. Entonces Lauren que la conocía muy bien y había sido testigo de que se ponía muy nerviosa cuando lo veía, soltó una carcajada—. Bueno, sí… Me gusta mucho —confesó, sonrojada.

—¡Lo sabía! —Lauren aplaudió—. Me encargaré de que tengas una cita con él —le prometió, poniéndole una mano en el hombro.

—¡¿Qué?! ¡No! Yo no quiero eso. —Tracy negó fervientemente con la cabeza.

—Claro que sí lo quieres, solo que te da miedo, pero no te preocupes… Haré que sea cómodo para ti, si prefieres puedo acompañarte, así tu pretensión no será demasiado obvia.

—No creo que sea buena idea —masculló Tracy, pero en el fondo era lo que más quería.

—Lo es, ya lo verás…

—Hablando de chicos —interrumpió Enya—. ¿Irás al hotel para el reencuentro con Leonard? Porque es la próxima semana, ¿cierto?

El semblante de Lauren se ensombreció de inmediato.

—No, la verdad no… Es que no creo que ese reencuentro sea posible.

—¿Cómo no? —insistió Enya.

—Es que perdimos comunicación, nunca tuvo noticias de mí. Seguramente, habrá pensado que no quise seguir con la relación.

—Sería un tonto si no, después de lo que hiciste por él… Créeme, si de verdad te quiere o te quiso, irá al hotel. Pautaron esa cita.

—Sí, Lauren. Debes ir —intervino Enya—. Además, es tu siguiente día libre, parece que la suerte está de tu lado.

Sus amigas no dejaron de persistir hasta que reavivaron en ella la llama de la esperanza y la convencieron de que fuera al hotel.

Fue así, como ocho días después y a primera hora de la mañana, Lauren —con el corazón martillándole contra el pecho—, caminaba por el vestíbulo del Strand Palace, hacia la recepción de ese hotel en el que fue tan feliz. Empezaba a sentir que la resolución que la acompañó hasta ese punto menguaba. Quería darse media vuelta y salir corriendo, porque le aterraba la sola idea de que Leonard no hubiese acudido a esa cita, que después de un año, ella se hubiese convertido para él, en el recuerdo de un amorío de verano al otro lado del mundo.

—Vamos, Lauren —la animó Enya, que decidió acompañarle.

De no haber sido de esa forma, definitivamente, no habría ido. Asintió con renovado valor y siguió firme hacia el mostrador.

—Buenos días, bienvenidas al Strand Palace, ¿en qué puedo ayudarles? —Las recibió una mujer pelirroja de unos treinta años, con esa típica sonrisa practicada para atender al público.

—Hola, muy buenos días… —Lauren tragó grueso—. Busco a un huésped.

—Sí, por supuesto, ¿cuál es su nombre? —preguntó, bajando la mirada al libro de huéspedes.

—Leonard… Leonard… —titubeó porque no recordaba el apellido y eso que él se lo anotó en el maldito papel que extravió.

—¿Leonard? —dijo expectante y levantó una ceja.

—Leonard… —Lauren resopló y los latidos se le hicieron más intensos. Decidió ser sincera —. No recuerdo su apellido, pero debe estar aquí, es americano...

—Lo siento, señorita. Sin el nombre completo no puedo saber si el huésped que busca se encuentra aquí. —Cerró el libro.

—Por favor, solo no recuerdo el apellido, pero se llama Leonard, es americano, rubio de ojos azules, debe estar en los veinticinco… —insistió Lauren, que empezaba a desesperarse.

—Lo siento señorita, así no puedo ayudarle. —Negó con la cabeza.

Lauren decidió darse por vencida, soltó un suspiro y retrocedió un paso, pero Enya la sujetó por el codo para que no se marchara. A ella poco le importaba que tuvieran detrás a una pareja, esperando para ser atendidos. Solo quería que su amiga no saliera de ahí desilusionada.

—Señorita, si es tan amable de revisar, por favor. No recordamos el apellido de Leonard, pero el año pasado se hospedó en este hotel, en la habitación 211, justo para esta misma fecha… Ella también se hospedó aquí, revise… —exigió con los dientes apretados.

—En este momento no tengo acceso a los archivos y no estoy autorizada para dar ningún tipo de información. Ahora, si me permite, necesito atender a nuestros clientes —dijo tajante y sonrió forzosamente hacia la pareja que estaba tras ellas.

—Señorita… —Enya se mostró amenazante.

—Por favor, retírense o me veré obligada a llamar a seguridad.

—Antipática de mierda —masculló Enya.

—Vámonos —le pidió Lauren en un susurro y la voz le vibraba por las ganas de llorar. Salió rauda del vestíbulo y las lágrimas corrieron por sus mejillas, justo cuando empujó la puerta

y la brisa le rozó la cara—. Yo sabía que no iba a estar aquí, lo sabía… —chilló, limpiándose las lágrimas.

—No sabemos si está… Esa mujer no nos dio ninguna respuesta, es tan detestable, como me hubiese gustado arrancarle unos cuantos mechones. —Mientras caminaban le frotó la espalda para calmarla—. Tenemos que hacer algo…

—Sí, irnos a la estación de tren. Tú te irás a Cambridge y yo regresaré a Birmingham.

—No, aún es muy temprano. —Se detuvo y la sujetó por las manos—. Tengo una idea.

—No creo…

—Deja que te la cuente —gruñó porfiada y sacudió el agarre para que la mirara a la cara—. Vamos a sentarnos en ese restaurante. —Alargó la mirada al local que estaba frente al hotel—. Podemos quedarnos ahí un buen rato. Si Leonard está ahí, seguramente querrá salir.

—Soy tan estúpida, ¿cómo se me ocurre olvidar su apellido? —se reprendió.

—Son cosas que pasan, no pensabas que ibas a perder la nota… Ya no te recrimines por eso. —Le soltó las manos para limpiarle las lágrimas—. Vamos a ubicarnos en la mesa que dé justo a la entrada del hotel… vamos —la animó, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Lauren cedió, porque en el fondo de su corazón aún conservaba algo de esperanza. Atravesaron la calle y entraron al lugar desde el que montarían guardia, a la espera de que Leonard saliera o entrara al hotel.

—Bueno, contamos con una gran vista, no te puedes quejar —dijo Enya con una gran sonrisa, intentando levantar el ánimo de su amiga.

—Sí. —Lauren se esforzó por sonreír. Levantó la mirada para aceptar la carta que un chico le ofrecía—. Muchas gracias.

—Gracias —dijo Enya, con más emoción.

Ambas decidieron pedir un desayuno completo, aunque Lauren estaba segura de que no podría pasar bocado, tenía un nudo de angustia y expectación atorado en la garganta.

Llevaban más de una hora y Enya había terminado su comida e incluso pidió más té, pero Lauren apenas lo había probado, no quería desviar su atención de las puertas giratorias. Hasta el momento vio entrar y salir a muchas personas, pero ninguna remotamente parecida a Leonard.

Cuando estuvo por cumplirse la cuarta hora, Lauren le pidió a Enya que salieran y esperaran fuera, ya que el mesero se había acercado a preguntar en un par de veces si podía ofrecerles algo más.

—Podemos entrar en la librería que está a un par de locales, desde ahí también se ve la puerta —dijo Enya.

—Bueno, sí… —masculló, sintiéndose una acosadora. Mientras sacaba de su cartera el billete para pagar la cuenta—. Gracias. —Levantó la mirada hacia el chico al tiempo que le entregaba el dinero.

Al final del día, agotada, sin esperanzas y después de haber saltado del restaurante a la librería y viceversa, Lauren tuvo la certeza de que Leonard no cumplió con la promesa que le hizo.

Aunque se moría de ganas por llorar, se obligó a no hacerlo, a no derramar ni una sola lágrima, porque sabía que en cuanto dejara salir una no iba a poder contener el torrente de emociones que le presionaban el pecho, y no quería que Enya sintiera lástima por ella, ni mucho menos que siguiera insistiendo en un imposible.

—Ya, es hora de volver. No quiero llegar tan tarde a Birmingham y tú tampoco puedes irte en el último tren a Cambridge.

—¿Estás bien? —Estaba preocupada por su amiga.

—Sí. —Se obligó a sonreír—. De verdad, lo estoy. No tenía muchas esperanzas, por eso no estoy decepcionada.

—Amiga, es tan triste.

—Lo es, pero algún día conoceré al chico de mis sueños… Leonard, definitivamente no lo es. Sin embargo, me alegró poder vivir la experiencia con él. —Suspiró y aprovechó ese instante para mandar a parar un taxi—. Vamos —la invitó cuando abrió la puerta.

Ya en la estación de tren, se despidieron con un fuerte abrazo y se prometieron volver a verse en cuanto ambas empezaran el semestre en unas semanas.

No fue sino hasta que partió el tren rumbo a Birmingham, que Lauren se permitió liberar sus emociones y corrió al baño a encerrarse a llorar, lo cual hizo durante casi la mitad del camino.



CAPÍTULO 44

Agosto 1986: Maryland – Estados Unidos.

Era el tercer día de esa semana que Madeleine conducía desde Catonsville, comunidad donde residía, hasta Annapolis la capital de Maryland, para apostarse frente a la Casa del Estado, a la espera de la llegada o salida de alguien importante que pudiera ayudarle.

Ella seguía en su lucha infatigable de encontrar a su hija e iba a llegar hasta las últimas instancias, suplicaría por ayuda a todo aquel que pudiera hacer que su voz fuese escuchada. Estacionó cerca del edificio de estilo georgiano que albergaba a la Asamblea General de Maryland, así como también servía de oficina al gobernador y vicegobernador.

Cogió el folder con toda la información sobre su hija, en la que no solo llevaba la

investigación hecha por la policía, sino una que ella misma había hecho de forma paralela. Llevaba tres meses, yendo a ese lugar entre tres y cuatro días por semana, con la esperanza de poder conseguir una entrevista con algún concejal, pero todos sus intentos habían sido en vano, porque no hacían más que darle la estúpida excusa de que tenían las agendas colmadas.

Caminaba rauda hacia los escalones que conducían al vestíbulo del gran edificio, abrazando con fervor la carpeta; tenía toda la intención, de llegar y sentarse en una de las sillas de espera por todas las horas que fuesen necesarias. No le importaba en absoluto las malas caras que le hacía la mujer de recepción, ella no iba a darse por vencida. Nadie ahí tenía la más remota idea de lo fuerte que puede llegar a ser la perseverancia de una madre. Y mientras estuviese permitido que pudiera estar ahí, no iba a dejar que la sacaran.

A pesar de la negativa de Emma, la insensible recepcionista, se sentó en la silla de siempre, con la mirada puesta en la puerta principal. Después de más de media hora de espera, por fin vio una cara conocida, se había memorizado cada uno de los rostros de los cuarenta y siete senadores.

—¡Senador Barry! —Corrió a interponerse en el camino del hombre afroamericano, de inmediato uno de los hombres de seguridad interpuso el brazo para que ella no se acercara y la apartó—. Por favor, necesito que me escuche… escúcheme. Es por mi hija, lleva quince años desaparecida…

—Disculpe señora, eso debe ser con la policía. —El hombre respondió en su andar apresurado.

—La policía no ha conseguido hacer nada… Han pasado quince años… —Ella lo seguía, aunque el hombre de seguridad no le permitía que se le acercara a menos de un metro—. En todo este tiempo me han ignorado, desestimado y ridiculizado, pero sigo buscando respuestas… ¡Necesito respuestas! —exigió con la voz rota entre el llanto y la rabia. Eso hizo que el hombre se detuviera y le brindara su atención—. Por favor, usted es padre… Mire, aquí tengo todo, mi Susan desapareció del patio de mi casa en 1971. —Sacó rápidamente y con manos temblorosas una foto de su hija—. Mírela, es hermosa… Solo quiero encontrarla, necesito abrazarla.

—Está bien, señora, venga conmigo —cedió el político conmovido con la situación de la mujer—. No estoy seguro de que pueda hacer mucho —le dijo enseguida, porque no quería darle falsas esperanzas a una mujer que llevaba años sufriendo.

Antes de entrar a su oficina, le pidió a su secretaria que informara que no iba a asistir a la reunión que tenía pautada esa mañana.

—Gracias, muchas gracias por acceder a atenderme —dijo Madeleine, en cuanto se sentó frente al escritorio del senador. Mientras se aferraba a los bordes del grueso folder que puso en su regazo.

—Señora…

—Madeleine Russell. —Con rapidez le ofreció la mano.

—Madeleine Russell —repitió el senador, apretando con gentileza la mano de la mujer—. Usted dirá, pónganme al tanto de su situación.

Madeleine antes de mostrar toda lo documentación que tenía sobre el caso de su hija, prefirió hacerle un resumen sobre los quince años y tres meses que llevaba sin saber sobre el paradero de Susan.

—Lo que yo creo es que la policía no ha hecho lo suficiente —expresó, luego de su desahogo—. Han pasado tantos años, es imposible que nadie sepa nada, que nadie le haya visto… Han abandonado a mi hija, ella no pudo simplemente desaparecer, no pudo esfumarse o evaporarse… Solo quiero que la busquen, es lo único que suplico… La quiero de vuelta

conmigo… —Se limpió con la manga de la blusa las lágrimas que se acumularon debajo de su nariz—. No me mire así. Sé que piensa que lo más probable es que mi niña esté muerta, y aunque me aterra pensar en eso; si así fuera… Tengo el derecho de tener sus restos y hacer una lápida en la cual pueda llorar.

—Lo siento mucho, señora. Pero no sé cómo puedo ayudarle, eso les compete a los detectives, son quienes tienen los medios para la investigación…

—No, no… Sí puede ayudarme —afirmó con vehemencia—. Ya no quiero escuchar que me sigan diciendo: «lo siento», solo quiero que me ayuden a traer a Susan a casa… viva o muerta, la quiero conmigo, necesito eso para poder estar en paz. —Se llevó una mano al pecho, ahí donde estaba el vacío que dejó la desaparición de su hija—. Senador, lo mejor que ha hecho la policía hasta ahora, ha sido un dibujo de cómo se vería mi hija con dieciocho años. —Sin perder tiempo sacó de entre el montón de papeles del folder color sepia, una de las tantas copias que tenía.

Él la recibió; al mirarla, la reconoció, en diciembre del año pasado su mujer había llevado una de esas copias a casa. Dijo que se la había entregado una madre desesperada en el centro comercial. Esa copia terminó sujeta con un imán en la puerta de la nevera. Solo para tenerlo presente, por si ella, él o alguno de sus hijos llegaba a verla.

—¿Cómo puedo ayudarle, señora Russell? —preguntó, levantando la mirada del dibujo.

—Ayudarme a difundir ese dibujo, poner el caso de Susan de nuevo en los medios de comunicación. Que el mundo recuerde que su familia sigue buscándola, que no la hemos olvidado… Ayúdeme a que la noticia llegue a todo el mundo, que traspase las fronteras de Maryland, porque a pesar de todos mis intentos, solo ha sido una noticia local… y estoy completamente segura de que quién se llevó a mi Susan, no se quedó cerca. ¡Por favor! —imploró con desesperación.

—Señora Russell —inspiró tan hondo que el pecho se le infló visiblemente—. Está bien, haré lo que esté a mi alcance para darle mayor difusión a la desaparición de su hija, hablaré con otros senadores…

—Gracias, gracias —interrumpió entre lágrimas y una sonrisa de alivio, mientras se estrujaba las manos.

—Pero, pero… —intervino haciendo un ademán de calma—. Quiero dejarle muy claro, que mis influencias son bastante limitadas.

—Créame, es mucho más de lo que puedo hacer yo, repartiendo copias en la calle… Ya la gente ni siquiera las recibe. Eso me llena de impotencia y rabia, porque no entiendo cómo la humanidad puede ser tan indolente con la desesperación de una madre.

—Lamentablemente, señora Russell, la mayoría solo suele ser espectador del dolor ajeno. Y la falta de empatía, es más común de lo que nos atrevemos a admitir. Sin embargo, yo me comprometo a ayudarle… ¿Puedo localizarla a uno de estos números? —preguntó por el teléfono que estaba anotado en el folleto.

—Sí, sí, el primero es el de mi casa y el de abajo es el de la casa de mis padres. —Apuntó con el dedo—. Enseguida le pediré a mi secretaria que lo anote en mi agenda.

—Le agradezco mucho, senador Barry… —Se levantó—. Ya no le quito más tiempo, sé que debe tener muchos pendientes. Estaré esperando su llamada. —Le ofreció su mano a modo de despedida.

—En cuanto concrete algo, me estaré comunicando con usted.

—Muchas gracias.

Madeleine, salió de la oficina del senador Barry con las esperanzas renovadas, llevaba mucho tiempo de brazos cruzados, a la espera de que alguien reconociera en el dibujo a Susan y

se comunicara con ella. Como eso no pasó, decidió seguir insistiendo, tocando puertas, llegando cada vez más lejos. No tenía la mínima intención de darse por vencida. Algún día iba a encontrar a su hija, de eso estaba segura.

Septiembre 1986: Londres – Inglaterra.

Lauren estudiaba las principales corrientes artísticas a lo largo de la historia, analizando las obras más destacadas y tratando de comprender su contexto cultural. La luz amarillenta y tenue de la lamparita de la mesa de estudios, se derramaba sobre las oscuras letras de la página ochenta y nueve del libro de Historia del Arte.

La mirada se le nubló cuando un bostezo interrumpió su lectura, no sabía se estaba cansada, hambrienta o aburrida. De lo que estaba segura era de que no tenía sueño.

«Terminaré esta página y me iré a ver televisión», pensó mientras intentaba retomar la lectura. Sabía que, por ser viernes por la noche, el salón de entretenimiento debía estar solo, porque todos en la residencia salían a divertirse y no llegaban sino hasta bien entrada la madrugada.

Leyó la página, puso el marcador y cerró el libro, lo dejó sobre el tomo de El arte del color de Johannes Itte, antes de recoger los demás implementos de estudio, levantó los brazos muy por encima de su cabeza para estirar los músculos de la espalda y cuello.

Un poco más relajada, se levantó, guardó la libreta, bolígrafos y lápiz en el cajón derecho del escritorio, apagó la luz de la lámpara; luego fue a su armario a por un paquete de patatas fritas y también se hizo de una sudadera negra con las iniciales UCL estampadas en blanco.

Justo en el momento en que sujetó la manilla de la puerta, esta se abrió y por muy poco no le golpeó la cara.

—¡Lauren, lo siento! —se disculpó Telma, sorprendida, al ver a su compañera de habitación petrificada—. No sabía que…

—No te preocupes —sonrió, una vez que se le pasó el susto y se apartó para que Telma pudiera pasar—. ¿Cómo te fue en clases?

—¡Genial! Me fue muy bien en el proyecto —respondió al tiempo que dejaba la mochila en la cama—. Para ser sincera, mucho mejor de lo que esperaba. —Se arrodilló en el suelo para buscar debajo de la cama unas botas, quería cambiarse las zapatillas que llevaba puestas.

—¡Felicidades! Sabía que te iba a ir muy bien.

—Es que tú tienes más fe en mí, de la que yo misma me tengo —rio, se sentó en la cama y se quitó las zapatillas—. ¿Y a dónde ibas?

—A ver si hay algo entretenido en la televisión. —Agitó el paquetito de patatas fritas.

—¿No me digas que piensas cenar eso?

—No, por supuesto que no, iba a prepararme un sándwich.

—Mejor acompáñame, vamos a cenar fuera y a divertirnos un rato —invitó—. Abajo están esperando Sadie y Zoey.

—Es que…

—Es que nada —interrumpió enseguida—, cero excusas, vamos a divertirnos, no seas mojigata. Esta semana te has esforzado mucho en la universidad, es justo que te permitas un poco de distracción.

—Pero regresaremos antes de medianoche —condicionó sonriente.

—Mañana no tienes que levantarte temprano; así que, puedes estar hasta un poco más tarde, no eres Cenicienta.

—Está bien —suspiró—, pero si no me siento a gusto, me vendré enseguida.

—Tienes total autonomía… Date prisa, porque no creo que pienses salir con esa sudadera. —Señaló la prenda despectivamente.

—No, tienes razón. —Dejó sobre la cama la sudadera y la bolsa de patatas, para buscar en el armario la ropa que usaría.

Frente a Telma se cambió, se puso unos pantalones de cuero, un top strapless y una chaqueta también de cuero. Todo el atuendo en negro.

—No me tardo nada. —Corrió al baño para aplicarse algo de maquillaje, porque ya tenía la cara lavada.

Diez minutos después, regresó a la habitación, no solo maquillada, sino que también le dio más volumen a su pelo con fijador.

—Seguro que hoy encuentras novio —silbó Telma.

—No me he vestido así para buscar novio, es que no tengo ropa limpia, mañana tengo que bajar a la lavandería.

—Pues, estoy segura de que no vas a pasar desapercibida… —Abrió la puerta para salir de la habitación, mientras Lauren le seguía—. Quizá llames la atención de alguno de los chicos del equipo de Rugby… Según, Sadie, irán a ese pub.

—Sadie siempre acosando a los deportistas —rio Lauren, porque conocía muy bien la debilidad de su compañera de residencia.

—¡Miren a quién les he traído! —exclamó Telma en cuanto llegaron al vestíbulo.

Sadie y Zoey estaban sentadas en el sofá de dos plazas que había en la pequeña recepción.

—¡Lauren! —saludaron al unísono—. ¡Qué guapa!

Se dieron besos en las mejillas; sin perder más tiempo, salieron del edificio y empezaron a caminar mientras parloteaban. Las calles todavía estaban bastante transitadas, sobre todo, por jóvenes universitarios que salían a divertirse por las noches.

Se fueron topando con varios conocidos a los que saludaban y rápidamente al grupo de las cuatro amigas se unieron tres miembros más, dos chicos y una chica, que iban al mismo pub.

El lugar con su decoración austera, el suelo de madera negra y una iluminación tenue, estaba a reventar. La mayoría de los asistentes eran jóvenes universitarios, por lo que la energía que se sentía era intensamente agradable. Había grupitos formados por aquí y por allá, algunos más ruidosos que otros, todos disfrutando de pintas de cervezas.

—Está muy lleno, no creo que encontremos mesas —dijo Lauren, poniéndose de puntillas para mirar por encima de las cabezas.

—Ya tenemos una reservada, Dove y Tate, nos están esperando —la tranquilizó Telma, le sujetó la mano y tiró de ella hacia dentro del Pub, haciéndose espacio entre la gente.

—¿Siempre es así? —curioseó, porque era primera vez que iba a ese lugar.

—No, seguramente habrá algún evento especial… —explicó casi al punto del grito, para que pudiese ser escuchada por encima del bullicio. Justo llegaron a una mesa de seis frente a la tarima, donde estaban las hermanas Barton.

—¡Por fin! —dijo Dove, levantándose para recibirlas con besos en las mejillas y abrazos.

Una a una se fueron acomodando en las sillas.

—¿Cervezas para todas? —preguntó Tate, que se terminó su primera pinta, tras un largo trago.

—Para mí —dijo Telma.

—Para mí también —avisó Zoey

—¡Yo! —Levantó la mano Sadie.

Al ver que todas pidieron cervezas, como siempre, Lauren no tuvo otra opción, más que

elegir lo mismo. A pesar de que el ambiente era bastante denso por la multitud y el humo del cigarrillo, estaba segura de que iba a pasárselo muy bien, sobre todo porque estaba amenizado con rock. Cuando llegaron las pintas de cervezas, todas las levantaron y las chocaron para brindar.

—¡Llegaron! ¡Llegaron! —chilló Sadie emocionada.

Todas se volvieron a mirar hacia la entrada, donde un grupo de por lo menos seis imponentes chicos del equipo de rugby avanzaba entre la multitud. De inmediato se convirtieron en el centro de atención, eran saludados por casi todos. Lauren debía admitir que eran bastante guapos, aunque también fanfarrones, pero solo era producto de esa fama que les precedía. Cientos de chicas, igual a Sadie, se encargaban todos los días de inflarles el ego.

Lauren sintió pesado en el estómago el primer trago de cerveza, probablemente se debía a que no había cenado, por lo que tomó un puñadito de cacahuates de los que habían dejado ahí para picotear y empezó a comérselos.

—Vamos a pedir algo de cenar —propuso Telma, que tampoco le había dado tiempo de comer, porque apenas terminó la clase se fue directa a la residencia.

—Sí, estoy hambrienta —confesó Lauren, que se hizo enseguida de la carta. Telma se acercó a ella para ver la misma carta—. Creo que pediré este combo —dijo Lauren, señalando el ítem en el menú—. Dos piezas de bacalao crujiente, tres piezas de camarones crujientes, chips de sal marina natural y dos salsas a elección… acompañadas de patatas fritas.

—Yo también quiero uno de esos —eligió Telma.

Zoey y Sadie igualmente pidieron de comer. Las demás siguieron con cervezas. Después, con el estómago lleno, Lauren se sintió con mejor ánimo para disfrutar del ambiente y las bebidas alcohólicas. Para cuando se bebió la tercera pinta imperial, estaba mucho más relajada y dispuesta a seguir pasándola bien. Reía abiertamente, debido a las divertidas anécdotas que entre ellas se contaban. Incluso, le siguió la corriente a Sadie sobre lo guapos que estaban los del equipo de rugby; sin problemas, dejó claro, cuál era su favorito.

—¡Buenas noches!

Atrajo la atención de todos, el llamado a través de un micrófono que hizo un molesto y agudo chirrido. El sonido más que molestar a los presentes, solo hizo que rieran y silbaran. Se volvieron a mirar al hombre sobre la tarima, siendo iluminado por un potente reflector de luz blanca.

—Disculpen —prosiguió el hombre, cuando se apartó del altavoz que causó semejante retroalimentación—. Ahora sí, ¡bienvenidos!

Todos rieron ante el gesto teatral que hizo y empezaron a aplaudir.

—Gracias, gracias. Pero mejor guárdense los aplausos para el espectáculo de esta noche, porque son ellos quienes verdaderamente los merecen. —Extendió el brazo hacia la derecha, detrás del escenario—. Démosle una eufórica bienvenida a ¡Sweet Poison!

Enseguida todos rompieron en aplausos y silbidos.



CAPÍTULO 45

En cuanto Lauren escuchó el nombre de la banda, la risa se le congeló y los latidos se le desbocaron. Solo ahora se daba cuenta de que el pequeño escenario estaba preparado para un espectáculo y que quizá esa era la razón de porqué el lugar estaba a reventar.

Las luces se atenuaron aún más y cambiaron su color a rojo, el presentador corrió detrás del escenario y una densa nube de humo llenó el espacio, lo que imposibilitó la visión de cómo los miembros de la banda se ubicaron cada uno en sus lugares, fue un fuerte riff de guitarra eléctrica lo que hizo que el humo empezara a disiparse y que también se erizaran los vellos de la nuca de Lauren.

—¡Jodidas, buenas noches! —La voz de James sonó enérgica.

Lauren lo reconoció inmediatamente, a pesar de que el humo aún era un problema para la visión y eso le provocaba cierta ansiedad. Al igual que todos, empezó a aplaudir. No estaba preparada para volver a verlo o, por lo menos, no para verlo tan pronto; debía admitir que, ahí, parado en el escenario le daba mayor atractivo. Desprendía una energía que le hacía encoger el estómago.

Llevaba puesta una camiseta negra con el águila americana estampada en la parte frontal, a la que le había cortado las mangas y hecho una abertura a la altura del pecho, que acompañó con unos vaqueros. Se presentó rápidamente e informó que estaba ahí para interpretar algunas de sus canciones favoritas.

Lauren, no había podido escuchar la entrevista en la radio, porque ese día cuando sonó el reloj despertador estaba tan cansada que prefirió dormir un poco más; así que, lo único que conocía de la banda, era lo poco que sus integrantes le contaron en la cafetería.

Ahora, que James anunciaba que estaban ahí para hacer *covers* de otras bandas, a Lauren le quedaba claro que Sweet Poison, solo estaba tratando de darse a conocer. Ella que seguía muy de cerca ese mundo musical, sabía muy bien que no era fácil para las bandas en auge llegar a ser reconocidas, porque se necesitaba mucho dinero para invertir; además de establecer contacto con personas influyentes que los catapultaran a las grandes disqueras.

—¡¿A quién le gusta, The Cure?! —preguntó James, mientras ajustaba el micrófono a su altura.

La respuesta fue dada con gritos de aprobación y brazos alzados. Enseguida dio entrada la batería y el bajo.

Lauren a través de los acordes, pudo reconocer de inmediato la canción que James cantaría, no podía negarlo, era una buena elección.

—*Oh, I miss the kiss of treachery*. —Lauren empezó a seguir la canción; así mismo, movía la cabeza al ritmo de los instrumentos—. *The shameless kiss of vanity.…*

No sabía si era que no podía ser objetiva, pero le gustaba mucho cómo la cantaba James, le daba un nuevo aire más potente a la versión original: Disintegration.

Desde su asiento, Lauren seguía atenta cada movimiento de James, cada una de sus entonaciones, sus miradas. No podía negarse a sí misma que la tenía fascinada, con el corazón alterado y una tonta sonrisa.

—Son muy buenos, no los conocía —mencionó Telma.

—Me encanta el baterista —suspiró Zoey.

Lauren no quiso hacer comentarios al respecto, porque no quería exponerse a la insaciable curiosidad de las chicas. La siguiente interpretación entró enseguida con algo mucho más potente, haciendo que los ánimos se caldearan y que muchos se levantaran de las sillas para disfrutar mejor del espectáculo. James movía la cabeza con energía y el sudor empezaba perlarle las sienes, mientras le daba vida a la letra que decía: «sacude tu cabeza, debes estar muerto si esto no te hace volar…»

—¿Que canción es? —preguntó Sadie—. Me gusta.

—Es Overkill de Motörhead —respondió Lauren, que se conocía casi todas las canciones y grupos de rock—. Su música, es más como Heavy Metal.

—¿Cómo lo están pasando? —preguntó James justo al terminar la segunda canción, con la voz algo agitada y sudoroso. Fue en ese momento, cuando vio entre el público un rostro conocido. Un hermoso rostro que, hasta el momento, le había sido imposible olvidar. Tuvo la certeza de que su expresión denotó su sorpresa; no tenía caso tratar de disimularlo, solo le sonrió

y le guiñó un ojo en un gesto de pura y dura coquetería.

El corazón de Lauren dio un vuelco, al darse cuenta de que James la reconoció, tragó grueso para que sus emociones no fueran demasiado evidentes; aun así, le sonrió.

—Te guiñó el ojo, fue contigo, ¿cierto? —se emocionó Sadie—. Lo has flechado.

—¿Qué? No lo creo, quizá solo es parte del espectáculo y hace eso con cualquier chica al azar. —Lauren se removió incómoda en la silla y puso todo de su parte para dejar de sonreír, pero sentía que el sonrojo se asentaba en sus mejillas.

James caminó hasta donde estaba Tommy, tomándose un respiro y le dijo algo al oído. El guitarrista desvió la mirada hacia donde estaba Lauren, sonrió y afirmó con la cabeza. Enseguida, Billie se unió a sus compañeros, para averiguar qué pasaba, porque esa pausa no estaba prevista.

Tras una pequeña reunión de unos treinta segundos, Tommy se acercó a la batería, mientras rasgaba los acordes de la próxima canción.

La emoción reptó por todo el cuerpo de Lauren, ante aquellos primeros acordes que conocía de memoria y rio cuando James sin reparos la señaló, pero lo hizo parecer como si todo eso fuese natural de su interpretación.

Entonces Lauren siguió a viva voz I Won't Forget You de Poison.

—Esa la conozco, tú la escuchas muy seguido —intervino Telma.

—Sí, es de una de mis bandas favoritas —respondió, entusiasmada.

—Fue buena idea sacarte de la residencia, ¿cierto?

—Sí, gracias. —Se mordió ligeramente el labio al ver a James.

—No tengo dudas, le gustas mucho al vocalista —chilló Sadie—. Esto es amor a primera vista.

Lauren quiso decir que ya lo conocía, que incluso, contaba con la ventaja de que sabía perfectamente cuál era su grupo favorito; de manera inevitable, le fascinó que él recordara eso, pero prefirió no hacerlo.

—*I won't forget you, baby… I won't forget you, even though I could…* —James cantó casi frente a Lauren, luego corrió para bailar junto a Tommy.

«Lo hace bien, muy bien», chilló Lauren mentalmente y peleó contra sus deseos de cubrirse la cara con las manos. Siguió con la mirada fascinada no solo a James, sino a todos los chicos; sin embargo, era el vocalista el que le hacía latir fuerte el corazón, solo él le atraía con una fuerza desconocida.

Ella cantó todas las canciones porque las conocía muy bien, esas melodías la acompañaban todos los días y le traían los más vivos y lindos recuerdos de su padre.

—¿Cómo putas lo están pasando? —preguntó James en medio de un pequeño receso. Estiró el micrófono hacia el público y aprovechó para beber un gran trago de cerveza.

El grito unánime de todos los presentes dejó claro que estaban disfrutando el espectáculo que ya llevaba unos cuarenta minutos y se podía notar en el sudor que mojaba los cabellos y las camisetas de los integrantes de la banda.

—Siempre nos divierte mucho, hacer honor a extraordinarias bandas, esas que nos regalan su música para hacernos vivir la mejor de las experiencias —comentó James de vuelta al centro del escenario—. En esta oportunidad, somos nosotros, Sweet Poison, quienes queremos ofrecerles, un poco de nuestro material, hacerles vivir la mejor de las experiencias. ¡A partir de este momento escucharan nuestras jodidas canciones! —gritó y levantó ambas manos.

—¡Sí! —exclamó el público.

Lauren sabía que esa era la prueba de fuego, era momento de saber si realmente Sweet Poison tenía el potencial que aparentaba. Ella sonrió impresionada porque la entrada instrumental

fue bastante potente. Sin embargo, si no tenían una buena letra, de poco servía el arreglo musical.

—*I'm under her spell, can't break free, her touch is electric, she's all I see. I whisper in her ear, my plea so bold: "I want you baby, hot and cold."* —La voz de James, se tornó más grave y contundente.

—¡Me gusta la canción! —Telma casi gritó para que pudieran escucharla.

—Sí, son muy buenos, parece que tendrán un gran futuro. —Sadie estuvo de acuerdo—. También tienen a favor, que todos son bastante guapos… Lauren, aprovecha que el vocalista te ha puesto el ojo.

—¿Sí? No me lo parece —dijo algo sonrojada y bebió más de su cerveza.

—Sé que tu sueño húmedo es Bret Michaels, pero este no está nada mal. —Zoey soltó una risita.

—No molesten, no ven que solo es parte del espectáculo. —Lauren trató de librarse, pero que James caminara en ese momento, hacia el lado de la tarima donde estaba su mesa y descaradamente se fijara en ella, no hizo más que echarle leña al fuego.

—*Her eyes burn like fire, she knows the game, I'm ready to play, I'm staking my claim. She leans in close, whispers low: "You want it all? Just let go."* —Cantó con la mirada puesta en Lauren y le sonreía con alevosía—. *Oh, girl, won't you take me tonight, I'll make you feel good, hold on tight. You got the power, you got the key, to unlock my world, set me free.*

Lauren tenía la certeza de que sus mejillas debían estar de un color carmesí, mientras ponía todo su empeño para no sentir el burbujeante aleteo de las mariposas en su estómago, ni las cosquillas que le recorrían la columna vertebral. James sabía perfectamente cómo seducirla, de eso estaba completamente segura. Lo peor de todo, era que lo estaba consiguiendo, porque la mantuvo atada a ese juego de incitación durante las siguientes cuatro canciones que cantaron.

Cuando por fin se despidieron y desaparecieron del escenario, agarró una bocanada de aire para llenar los pulmones de un oxígeno menos viciado; sin embargo, sentía que todavía le temblaban las piernas.

Todo volvió a la normalidad, los presentes siguieron consumiendo licor y fumando, al tiempo que mantenían animadas pláticas. Lo bueno de que, en su mayoría, pertenecieran a la comunidad universitaria, era que el tema de conversación era prácticamente colectivo.

Lauren acababa de conseguir que sus amigas dejaran de hablar de la evidente atracción que mostró por ella, el vocalista de Sweet Poison, cuando llegó a la mesa el animador del Pub.

—¿Lauren? ¿Eres Lauren? —preguntó, señalando a la indicada, porque le habían dado una descripción exacta de la chica.

—Sí, soy yo —contestó, al tiempo que dejaba sobre la mesa el vaso de cerveza al que acababa de darle un trago. Enseguida sintió las miradas de sus compañeras encima de ella, como piquetes de abeja.

—Los chicos de Sweet Poison te han invitado al camerino, dicen que les gustaría saludarte.

—¡¿Cómo?! —Se mostró verdaderamente sorprendida.

—Ve, ve… No pierdas la oportunidad —le animó Telma, dándole pequeños empujoncitos para que se levantara de la silla.

—Sí, Lauren, ve. —Sadie estaba pletórica.

—Pero no iré sola, ven conmigo. —Le cogió la mano a Sadie que estaba junto a ella.

Se miraron entre ellas, entonces Lauren pudo notar cómo se pusieron de acuerdo.

—Es que a nosotras no nos invitaron —intervino Zoey.

—Pero pueden venir…

—No, ve tú… Aprovecha que estas cosas no pasan dos veces en la vida —azuzó Dove.

—Anda, y después nos cuentas todo —chilló Tate. Estaba emocionada, deseando que algo como eso le pasara a ella.

El animador esperaba expectante a que la chica se decidiera y miraba curioso cómo las demás le animaban. Lauren tragó grueso el nudo de nervios para encontrar la valentía que necesitaba. Le tranquilizó que por lo menos, las chicas no se hubiesen puesto a preguntar cómo rayos, ellos sabían su nombre. Se levantó y el hombre le pidió que le siguiera, a ella le fue imposible no volver a mirar por encima de su hombro a sus acompañantes. Estaban cruzando los dedos y animándola con grandes sonrisas.

Negó con la cabeza y volvió la mirada al frente, a cada paso, las piernas le temblaban y el corazón le martillaba fuerte contra el esternón. El hombre abrió una puerta que estaba al lado lateral derecho del escenario, esta conducía a un pasillo poco iluminado y cuando la puerta se cerró detrás de ella, todo el bullicio se atenuó, haciéndose lejano como las últimas ondas de un eco.

Pasó frente a una cortina pesada negra, estaba segura de que le daba el acceso al pequeño escenario, porque por ahí se filtraban las luces y el sonido se hizo un poco más fuerte. A poco más de un metro, se detuvieron frente a una puerta que tenía rotulado: «Camerinos»

Lauren volvió a pasar saliva y empezaba a temer que todos pudieran escuchar los latidos de su corazón. No sabía cómo controlar esa mezcla de emoción y nervios. Cuando el presentador le abrió la puerta, el cambio en la intensidad de la iluminación, la cegó por pocos segundos; enseguida escuchó las voces de los miembros de la banda Sweet Poison, parecía que estaban en un ambiente bastante divertido, lo que le hizo recordar el comportamiento casi infantil que tuvieron en la cafetería.

—¡Lauren! Entra, entra, bienvenida —la invitó Tommy con gran entusiasmo.

—Si necesitan algo más, me llaman —dijo el presentador, señalando el teléfono que estaba sobre el tocador, que tenía un gran espejo iluminado por un marco de bombillas.

Lauren se quedó con el aliento contenido y una sonrisa nerviosa, no por miedo, sino por los nervios que le despertaba James, porque a los demás chicos los sentía cómo a unos recién conocidos con personalidad agradable, de los que fácilmente podría ser amiga. Sin embargo, James la desconcertaba.

El lugar estaba hecho un caos, toallas, botellas de cervezas y algunas prendas tiradas en el suelo, aunque eso no le sorprendió porque se imaginaba que justamente así, debía verse el camerino de las bandas que más admiraba luego de una presentación. De manera inevitable su mirada buscó a James, estaba tirado en el sofá, fumando y no llevaba la camiseta puesta, imaginaba que debió molestarle mucho que estuviese empapada de sudor.

—¡Vaya! Sí que nos has sorprendido esta noche —comentó James, luego de expulsar el humo de su última calada—. No esperábamos verte aquí, ¿acaso nos has seguido la pista?

Lauren se rio sarcástica y pateó ligeramente una botella para apartarla de su camino. Se sentó en una de las butacas frente al sofá, sus ojos se fueron directo al tatuaje de la serpiente que tenía James a lo largo de su abdomen, pero se obligó rápidamente a esquivar la mirada.

—Tampoco esperaba volver a verlos tan pronto, mucho menos, en medio de una presentación. Por cierto, me ha gustado mucho. ¡Felicidades!

—Te dije que somos buenos —rio Ray.

—Toma. —Billie le ofreció una cerveza que sacó de una pequeña nevera que tenían ahí. La cual estaba bien equipada.

—Gracias. —Lauren la recibió con una sonrisa, aunque no estaba segura si iba a beberla, porque sentía que su estómago ya estaba demasiado lleno.

—¿Qué te ha traído a Londres, sino hemos sido nosotros? —preguntó Billie, que arrastró uno de los bancos del tocador y se sentó junto a ella.

—Aquí paso la mayor parte del tiempo, estudio Bellas Artes en la UCL. Solo voy a Birmingham durante las vacaciones.

—¡Bellas Artes! —silbó Tommy—. ¿Literatura o cine? —preguntó por lo más común.

—Pintura —contestó con una ligera sonrisa.

—¿Cómo te ves en el futuro, pintando o trabajando en algún museo? —intervino James, que se incorporó y quedó sentado en el sofá.

—Prefiero no pensar en eso, apenas estoy empezando el segundo semestre —respondió, buscando la mirada azul del vocalista.

—Pero tienes que ambicionar. Si no, qué caso tiene al menos intentarlo. —Agarró la botella que estaba sobre la alfombra y le dio un gran trago.

—Pintar, es lo que quiero hacer. Sé que cuento con la habilidad para conseguirlo —respondió muy segura, lo que hizo que James estirara una de sus comisuras en una discreta sonrisa. Ella supo que se trataba de un gesto taimado, pero le encantó.

—Lauren. —El baterista llamó su atención—. ¿No te gustaría ser la presidente de nuestro club de fans?

—¿Una *groupie*? —sonrió—. No, gracias. Me gusta el rock y tengo algunos grupos favoritos, pero no… Mi fanatismo no me lleva a esos límites. Mucho menos ahora, que con los estudios tengo muy poco tiempo libre… —Algunas veces su sinceridad podría terminar hiriendo a los demás. Y supo que acababa de hacerlo al ver el semblante de Ray—. Lo siento, no me malinterpretes. Ustedes son muy buenos; de verdad lo digo, estoy segura de que, si van ahí afuera y le preguntan a cualquiera de las chicas, si les gustaría asumir semejante responsabilidad, no lo dudarían ni un segundo…

La risotada ronca de James la interrumpió.

—Me están jodiendo, ¿cierto? —preguntó incómoda y se rascó la nuca.

Se volvió a mirar al vocalista, estaba viendo la alfombra, mientras negaba con la cabeza y no dejaba de reír. Entonces ella también empezó a reír.

James levantó la mirada y se quedó prendado en su risa.

—¿Tu novio también estudia Bellas Artes? —James se enserió y no apartó sus ojos de los de Lauren.

Ella también dejó de reír, porque la sorprendió, no estaba preparada para responder a eso, mucho menos ahora que estaba segura de que lo que tuvo con Leonard, no fue más que un amorío de un fin de semana y que nunca volverá a verlo.

—No —su voz sonó estrangulada, decidió que en ese instante tenía que huir—. Chicos, me alegró mucho volver a verlos, pero ya tengo que regresar con mis compañeras. —Dejó sobre la mesita de centro la botella con la cerveza intacta y se levantó—. De verdad, tienen mucho talento… Me gustaron mucho las letras de sus canciones.

—Esas fueron compuestas por James —aclaró Ray.

—Sí, no me sorprende —sonrió discreta.

—El próximo viernes nos presentaremos en el Ye olde Chesire cheese. Estás invitada —dijo Tommy.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Irás —afirmó James, casi como una imposición.

—Todo depende de cómo esté con los pendientes de la universidad —ratificó, muy segura de que primero estaban sus estudios.

Se despidió de todos y les deseó éxitos. Ray la escoltó a la puerta, para llevarla de regreso con sus amigas.

—Muchas gracias, hasta aquí está bien, sé el camino —le dijo antes de abrir la puerta que los conducía afuera.

—Lauren. —El baterista la retuvo un poco más—. De verdad, apreciaríamos mucho contar con tu presencia el próximo viernes, sobre todo James; por si no lo has notado, está muy interesado en ti.

—Jamás imaginé al baterista de una banda de rock, haciendo el papel de celestina —rio a pesar de la revolución que esa confesión causó en sus emociones.

—Es mi amigo y un buen tipo, solo que no se le da bien eso de expresar sus intereses… —Le guiñó un ojo—. No vayas a confundirlo con orgullo.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Mostró poco interés, aunque solo ella sabía que por dentro era toda temblores—. Gracias por acompañarme. —Abrió la puerta y el sonido se filtró casi ensordecedor, pero para Lauren no retumbaba tan fuerte como su corazón. Inhaló profundamente el aire viciado al humo de cigarrillos, pero le bastó para sentirse menos mareada, porque así la dejó esa confesión de Ray.

Caminó entre las mesas, haciéndose espacio entre los asistentes que estaban de pie. Sonrió aliviada cuando vio a sus compañeras.

—¿Cómo te fue? —la interrogó Telma en cuanto llegó—. Tu pintalabios sigue intacto, no me digas que no besaste a ninguno.

—¿Qué? No, no fui a besarme con ninguno. —A Lauren le aturdió, que Telma hubiese llegado a semejante conclusión. Dio un respingo cuando sintió que Zoey le olisqueó el cuello—. ¡¿Qué sucede?! —preguntó casi aterrada, llevándose la mano al cuello.

—Me decepcionas, Lauren. No hueles a sexo, ¿cómo es posible que desperdiciaras la oportunidad? —Más que un cuestionamiento era un reproche.

—Porque no fui a por sexo —gruñó.

—No me digas que ahora los integrantes de una banda de rock mandan a llamar a una chica del público, solo para jugar a las cartas. —Sadie, soltó una risita incrédula.

—No, tampoco fue para jugar a las cartas, solo querían saludarme. —Decidió que era momento de confesarle que los conocía, porque de no hacerlo, las ideas que ellas se estaban formando, llegarían a proporciones descomunales—. Ya nos conocíamos.

—¿Cómo?

—¿Dónde?

—¿Cuándo?

Como era de esperar, todas la atacaron con preguntas. No le quedó más remedio que saciarles la curiosidad, incluso en detalle, porque de otra forma, dejaría opción a dudas. Por un pequeñísimo momento, pensó en contarles sobre la invitación que le hicieron para el próximo viernes, pero era mejor no darles más de qué hablar; por lo menos, no por ahora. También omitió decir una sola palabra sobre lo último que Ray le dijo. Solo quería que dejaran el tema de Sweet Poison y se centraran en otras cosas.



CAPÍTULO 46

Habían transcurrido cinco días desde aquel encuentro en el Pub con los chicos de Sweet Poison, y no podía sacarse de la cabeza la imagen de James, acompañada por las palabras de Ray. No conseguía nada negándose que el hombre le gustaba, le parecía atractivo, fascinante, enigmático y muy talentoso. La tenía distraída todo el tiempo, incluso en clases no lograba concentrarse y eso la frustraba.

Gruñó y se apretó la cabeza con ambas manos, porque por primera vez en todo el tiempo que llevaba estudiando, no levantó la mano para participar en clases y responder preguntas tan tontas cómo: «¿Cuál fue la época del arte bizantino? ¿Qué es el arte gótico? O ¿Por qué fue

importante la familia florentina de los Médicis para el arte del Renacimiento?» Derrotada dejó caer la cabeza contra la mesa.

«Necesito que salgas de mi cabeza», pensó soltando un suspiro. Su intención no era nadar contra la corriente, solo que no estaba segura de sus sentimientos; aún extrañaba a Leonard, vivía de los hermosos recuerdos y le asustaba mucho que James arruinara la percepción tan bonita que tenía del amor. Tampoco se creía emocionalmente tan fuerte como para soportar los celos que podrían provocarle el asedio de las fanáticas.

Por ahora, parecían no tenerlas; sin embargo, pudo darse cuenta de que James despertó pasiones en el público femenino esa noche en el Pub. Lidiar con eso iba a ser una tortura constante que no sabía si merecía la pena.

«No seas tonta Lauren, porque él no te quiere para que seas su novia. Se le nota que es de ese tipo de hombres que solo quieren a chicas ingenuas para pasar el rato, una estúpida que le caliente la cama unas pocas veces». Se había quedado sola en el aula, pero fue por poco tiempo, porque escuchó los pasos de la próxima clase acercándose. Entonces levantó la cabeza, guardó sus útiles escolares en la mochila y salió del lugar.

—Lauren, por fin te encuentro. —La abordó Sadie en uno de los pasillos—. ¿Ya terminaste las clases?

—Sí… —Le fue imposible completar su oración porque su compañera la interrumpió.

—Vamos al Griffin Park, hoy juega el Liverpool contra el Manchester United —la invitó, toda entusiasmada, a ver el partido de la Primera División de Inglaterra.

—No, no puedo —se negó Lauren, le gustaba el deporte, pero no tanto como para ir a un estadio, prefería verlos desde la comodidad y seguridad de un sofá—. Tengo muchos pendientes…

—Ay, Lauren, no seas aguafiestas. Vamos, te prometo que te ayudo con las tareas —pidió con un puchero—. Es que Clive irá… —Era uno de los tantos chicos que le gustaba.

—Bueno, ve con él.

—Él no va solo, va con Dereck y me pidió que invitara a una amiga.

—Ya veo, es un plan de parejas… —Lauren gimió en absoluto convencida—. Sadie, lo siento, pero es que no me gusta ir a los estadios, me da pánico verme envuelta en una reyerta de los Hooligan, ya ves… todo podía terminar como en la tragedia de Heysel. —Le recordó ese incidente del año pasado en el que murieron casi cuarenta personas en el final de la Copa de Europa.

—No seas tonta, no vamos a estar cerca de los Hooligan…

—Ellos están por todas partes —intervino alzando ambas cejas—. Pero te ayudaré a conseguir quién te acompañe, dime que por lo menos te darán el boleto.

—Por supuesto —resopló y puso los ojos en blanco—. Clive los tiene.

Lauren la sujetó por el codo y prácticamente la arrastró en busca de cualquier conocida, que tuviera mucho más interés que ella, en ir a un partido de fútbol. A pocos metros vio venir a Hope y no dudó en abordarla, tras un rápido saludo, le hizo la invitación, enseguida y con una gran sonrisa aceptó. Lauren sabía que no iba a ser difícil conseguir a alguien que quisiera acompañar a Sadie.

—Les irá muy bien, disfruten —deseó Lauren, despidiéndose de Sadie con un beso en la mejilla.

—Sí, lo pasaremos genial… Ve a encerrarte en la residencia a estudiar, aburrida —masculló.

—Cuando tengas una mejor invitación, te acompaño. —Desvió la mirada hacia Hope—.

Muchas gracias.

—Favor que me haces, porque soy fan del Liverpool —chilló emocionada.

Lauren asintió sonriente y decidió seguir con su camino. No solo tenía que estudiar, sino que también quería poner un poco de orden en la habitación y lavar los pijamas, porque solo tenía tres; no porque no tuviese para comprar más, sino porque no contaba con el espacio suficiente para guardarlos. Así que cada prenda que usaba era a consciencia. Cuando salió del edificio The Slade, donde quedaba la facultad de Bellas Artes, suspiró al ver que debía caminar hasta la residencia bajo la fina lluvia que empezaba a caer.

«Solo espero que no se haga más fuerte», pensó al tiempo que sacaba el paraguas de la mochila. Lo menos que quería era que se le mojaran las zapatillas Samba, porque con tanta humedad tardarían en secarse, ya que en la residencia no estaba permitido meter zapatos en la secadora. Lamentó no haberse puesto un calzado impermeable.

Apresuró el paso hasta casi trotar, para atravesar el campus, amparada bajo el gran paraguas negro.

—¿Te acompaño?

Le propuso alguien cuando caminaba por la calle Gordon, la voz le pareció conocida pero el sonido del tráfico no le permitió tener la certeza; decidió ignorar ese ofrecimiento y siguió con su camino hacia Gordon Square, jardín que debía atravesar para acortar el trayecto.

—Lauren, ¿puedo acompañarte?

Ante ese nuevo llamado, estaba segura de que era con ella, por lo que se volvió a mirar por encima del hombro.

—¿James? —No podía creer lo que estaba viendo. Era el vocalista de la banda Sweet Poison, recargado contra el capó de un coche, sin importarle que estuviese lloviznando—. ¡James! —La sonrisa se le convirtió en un jadeo de incredulidad, cuando lo vio acercarse despreocupado y sexi hacia ella—. ¿Qué haces aquí? Está lloviendo. —Alzó el paraguas para cubrirlo, lo menos que quería era que se enfermara.

—Tenía ganas de verte.

—¿De verme? ¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó y tragó grueso, porque sentía el corazón saltarle furioso en la garganta.

—Solo el suficiente para que merezca la pena este momento. —Avanzó un paso, para estar tan cerca de Lauren como para sentir su aliento. Le fascinó apreciar el rápido parpadear debido a los nervios—. ¿A dónde vas?

—A-a-a la residencia —tartamudeó. La cercanía de él provocaba que el aliento se le atorara en los pulmones y le quemara la garganta. James desprendía una energía, una seguridad tan arrolladora que le anulaba su propio aplomo, por lo que rehuyó a su escrutinio al bajar la mirada —. Mierda —masculló al ver que sus zapatillas se estaban mojando.

—¿Sucede algo? —preguntó, al tiempo que ponía los dedos índice y medio debajo de su barbilla, justo donde sintió una cicatriz, para alzarle la cara y que lo mirara a los ojos.

—Mis zapatillas se están mojando y tardarán días en secarse… —respondió con los ojos puesto en los azules intensos de James y se le abrió un hueco en la boca del estómago.

—Vamos a tu residencia, entonces… Te llevo.

—¿Me llevas?

—Sí. —Le dio la espalda—. Sube.

—¿Qué? ¡No!... Es una locura.

—Es para que evites que se mojen tus zapatillas… Sube.

Lauren se mordió el labio, indecisa; sin embargo, ella era cualquier cosa, menos tonta, y

justamente eso sería si perdía esa oportunidad, no solo por evitar mojar sus zapatos, sino por desaprovechar subirse a la espalda de un hombre tan guapo.

—Está bien, pero si me sientes muy pesada, no dudes en bajarme.

—Te aseguro que tienes un peso que fácilmente puedo manejar.

Lauren no supo por qué esa forma en que lo dijo hizo que su vientre vibrara. No le prestó tanta atención a esa sensación o se sonrojaría hasta la punta del pelo; sin pensarlo más se subió a la espalda de James, la cual sintió caliente y musculosa. Mientras sostenía el paraguas para cubrirlos a ambos.

—¿Dónde queda tu residencia? —preguntó y aseguraba su agarre por debajo de los muslos de Lauren.

—Está cerca, dirígete a Russell Square. —Señaló hacia adelante.

—¿Atraviesas el parque Gordon?

—Sí, nos ahorramos como un minuto de trayecto —dijo, inhalando la colonia de James, era algo cítrica y amaderada.

Él miró hacia la calle a la espera de que no pasaran coches y cruzó, cuando iba a mitad del parque, la lluvia empezó a ser más intensa, por lo que apresuró el paso, no porque se estuviera mojando, ya que el paraguas era lo suficientemente grande para los dos, sino porque las salpicaduras de barro estaban manchando también sus botas.

Después de más de cinco minutos de caminata y tras seguir las indicaciones de Lauren, llegaron a la residencia. Era un edificio no muy alto, de unos cinco o seis pisos, como casi todos en esa zona residencial.

—Ya puedes bajarme —pidió ella cuando estuvieron frente a los escalones que conducían a una gran puerta negra—. Muchas gracias por traerme.

—¿No me invitarás a pasar?

—¿Quieres pasar? —Miró hacia la residencia.

—Si es posible, por eso lo pregunto… A menos que no quieras mi compañía.

—Eh… Eh —balbuceó nerviosa, pero comprendió que, de no hacerlo, solo quedaría como una maleducada; sobre todo, porque cargó con ella unas cuantas calles—. Sí, sí, sígueme. —Sacó las llaves de uno de los bolsillos de la mochila, mientras subía los escalones. Antes de entrar, cerró el paraguas y lo sacudió.

—Buenas tardes, Prudence —saludó a la recepcionista.

—Buenas tardes, Lauren. Bienvenida… Por lo que veo, no te empapó la lluvia. —Sonrió y miró discretamente al hombre que la acompañaba.

—Se hizo más fuerte, ya cuando venía a mitad de camino —dijo mientras dejaba el paraguas en el paragüero. Ahí, donde había varios de otros residentes. Fue consciente de la curiosidad en la mirada de la mujer; así que, avanzó más hacia el mueble de madera de la recepción—. Te presento a un amigo… ¿puede pasar?

—Sí, claro… Aún es horario de visitas. Mucho gusto, bienvenido.

—Mucho gusto, James MacLeod —saludó con gran amabilidad.

—Señor MacLeod, por favor, me puede prestar su documento de identidad.

—Por supuesto. —Se sacó la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros y se la ofreció a la mujer.

Prudence anotó los datos del hombre en el cuaderno de visitas; ya que de esa manera llevaban un control. Luego le pidió que firmara en la columna apartada para eso.

—Muchas gracias. —Le devolvió el documento—. El horario de visitas es hasta las ocho —le notificó, aunque sabía que Lauren conocía muy bien las reglas.

—Muy bien. —Tamborileó con el documento de identidad sobre el mostrador y luego lo devolvió a su cartera.

—Vamos —le dijo Lauren, tenía la cara algo sonrojada. Sentía un poco de vergüenza porque era primera vez que un hombre joven la visitaba. Ya que, el padre Francis, la acompañó cuando se mudó. Él fue quien le ayudó a subir las maletas y no quedó dudas de que era un sacerdote, además de su tutor legal.

Por lo menos, James llevaba una chaqueta que le cubría casi todos los tatuajes, porque pudo notar cómo Prudence con muy poco disimulo le miró los de los nudillos. No podría decir que se trató de una mirada crítica, más bien, le pareció un gesto de intriga.

—Vamos —le hizo eco él.

—Gracias, Prudence. —Lauren se despidió con un ademán de la mano. Luego siguió por el pasillo hacia las escaleras—. Así que el apellido de «simplemente, James» es MacLeod… ¿escocés? —preguntó con un tono satírico, cuando subían el primer tramo de escalones.

—Así es, mi bisabuelo era escocés… ¿Te extraña que no sea pelirrojo?

—Que no tengas pecas —rio, a pesar de los nervios que la tenían con dolor de estómago, quería disfrutar el momento, ser graciosa y conocerlo mucho más.

—Lamento decepcionarte, a mi piel solo la adornan tatuajes, los lunares son contados… Si te portas bien, puede que algún día te permita que los cuentes.

—¿Si me portó bien? —se carcajeó—. Si de problemas de conducta hablamos, es evidente que tú me llevas gran ventaja.

—Lauren, Lauren —canturreó—. No te dejes llevar por las apariencias, soy un buen tipo.

—Ajá —ironizó. Aún les faltaban un par de pisos y ella empezaba a sentir la falta de aliento.

—Te lo demostraré —dijo muy convencido, que Lauren no respondiera le dio más seguridad—. ¿En qué piso queda tu habitación? —preguntó porque ya tenía los latidos del corazón más alterados, debido al esfuerzo que suponía cada escalón, y eso que él contaba con una excelente condición física.

—En el quinto, solo nos queda un piso más —inspiró hondamente cuando decidió descansar en uno de los escalones y se volvió a mirarlo—. Pero no vamos a mi habitación.

—¿Por qué no?

A Ella ni por un segundo se le cruzó por la cabeza invitarlo a su habitación, ni que estuviera loca, para poner al alcance de sus manos semejante tentación.

—Porque mi compañera está descansando o estudiando. No lo sé, pero no voy a meter a un extraño en la habitación mientras ella esté ahí…

—¿Entonces? ¿Vamos a quedarnos en el pasillo?

—No, hablaremos en el salón de entretenimiento… Porque solo quieres hablar, ¿no es así? —Levantó la ceja en un gesto suspicaz.

James la miró en silencio por casi un minuto, Lauren le parecía bastante inocente y frágil, pero había algo que le intrigaba y no parecía que tratara de ser nada salvo ella misma.

—Por supuesto —reforzó su respuesta con un movimiento de cabeza—. Continuemos. —Señaló con la barbilla hacia el último tramo de escaleras que les esperaba.

Cuando por fin llegaron al último piso, Lauren lo guio al salón, donde había dos sofás que formaban una L y un par de butacas, en el centro una mesa baja, en frente un mueble con un televisor y un VHS. Además, contra una de las paredes laterales, había una barra sobre la que estaba un microondas, una cafetera y justo al lado una máquina expendedora de bebidas frías y otra de golosinas.

—Hola. —Lauren saludó dos chicas que traían un par de vasos de cartón, en el que suponía, tenían té.

—Hola, Lauren. —Aunque saludaron a su compañera, miraron al apuesto hombre que la acompañaba.

Como solo eran compañeras de piso y eran pocas las veces que habían tenido la oportunidad de toparse, Lauren no creyó importante hacer presentación.

—Siéntate donde quieras. —Lo invitó con un ademán hacia los sofás y miró por encima del hombro a las chicas que salieron cuchicheando entre ellas. Estaba segura de que James era el tema de conversación.

—Es bastante acogedor el lugar… No lo imaginé así, me hubiese gustado vivir en una residencia —dijo James, mientras miraba en derredor y con poco cuidado se dejó caer en uno de los sofás.

—Como visitante te puede parecer bastante interesante, pero no lo es, no del todo… En este momento contamos con suerte de que el salón esté solo, pero casi siempre hay por lo menos, una docena de compañeras, que muy pocas veces se ponen de acuerdo sobre qué programa ver o que no limpian el microondas… incluso, dejan latas vacías en las mesas y por unas pocas, a veces pagamos todas, porque nos cierran por una semana el salón a modo de castigo.

—Conozco bastante bien lo indecisa que puede llegar a ser una mujer, no me quiero imaginar a una docena —silbó y luego sonrió sagaz—. Pero que mal que las castiguen de esa manera, deberían amonestar solo a las mal portadas.

—La mayoría de las veces es difícil saber quién fue la haragana que no fue capaz de tirar al bote de la basura una lata vacía… y otras veces, no quieren simplemente señalar directamente, debido a la lealtad de amigas.

—Si me perjudica, que se joda la lealtad, ya que no la tienen conmigo al dejar sus porquerías por ahí tiradas. —Movió vagamente la mano derecha, señalando los muebles del lugar.

—Ya ves. —Lauren se encogió de hombros—. Es difícil que un hombre entienda la complicidad femenina.

—Te impresionaría darte cuenta, lo mucho que los hombres nos cubrimos las espaldas.

—No, la verdad no, sobre todo con las conquistas.

—Sobre todo. —Afirmó con la cabeza.

No iba a negarlo porque no conseguiría nada con eso. Ray le confesó, que no pudo evitar decirle a Lauren lo mucho que le interesaba; por supuesto, que se molestó mucho con él, pero ya que lo había hecho, decidió que era mejor tomar el control de la situación y lanzarse a por todas con la brummie.

—Lo imagino —sonrió, ya que le agradó y sorprendió a parte iguales la sinceridad de él.

—¿Por qué no te sientas? —le propuso tocando el espacio libre a su lado—. Te aseguró que no muerdo, no soy peligroso ni nada por el estilo.

—No te tengo miedo, simplemente James. Pero si no te importa, prefiero ir a la habitación a dejar la mochila… Traeré para preparar unos emparedados…

—Yo pensaba invitarte a una pizza o una hamburguesa, por ahora, es lo que puedo ofrecer. Lamentablemente, no es mucho lo que nos pagan, pero en cuanto despeguemos como cohete, te llevaré a los mejores restaurantes de Londres… de todo el Reino Unido, mejor dicho, a los del mundo entero.

Lauren soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿No crees que Sweet Poison cuenta con el talento suficiente para triunfar? —

preguntó sonriente, contagiado con la risa de ella. Le gustaba esa parte sociable y extrovertida.

—Lo creo —asintió entre risas—. De verdad, me parece que tienen gran potencial.

—¿Entonces? ¿Qué te da risa? ¿Mi actual situación económica? —fingió mostrarse dolido.

—No, no es por tu situación económica, es por la férrea esperanza que tienes; al asegurar, que estaré contigo cuando te conviertas en una superestrella del rock.

—Lo estarás, Lauren, lo estarás —aseveró muy serio.

Esa declaración provocó que intensas cosquillas recorrieran el cuerpo de Lauren. No sabía qué responder a eso, pero se moría porque esa promesa fuese cierta.

—Mejor voy a dejar la mochila —sonrió, tratando de enmascarar la emoción que sentía—. No te vayas —le pidió, señalándolo.

—Tómate el tiempo que necesites, cuando regreses, aquí estaré.

Lauren se marchó con la convicción de que regresaría cuanto antes, no quería correr el riesgo de que James se quedara mucho tiempo a solas, porque era muy probable que al volver lo consiguiese acompañado.



CAPÍTULO 47

Cuando Lauren volvió, no solo dejó la mochila en su habitación, también se cambió las zapatillas por unas pantuflas. Además, llevó consigo en una cesta algunos ingredientes para hacer los sándwiches y té. Respiró aliviada al ver que no había llegado ninguna chica a sacarle conversación a James. Estaba solo y había prendido el televisor, sintonizándolo en Music Box.

—¿Te gustan los sándwiches de pepino? —preguntó para hacerse notar y caminó para dejar la cesta en la barra.

—Sí. —James dejó el mando del televisor y enseguida fue al encuentro con Lauren—. ¿En serio no prefieres pizza? Puedo ir a comprarla.

—No, me gustan más los sándwiches… —dijo mientras se hacía del pepino que picaría en finas rodajas—. ¿Nata cuajada, queso crema o mantequilla?

—Mantequilla y nata cuajada… Te ayudo. —Puso sobre la barra una toalla de papel para quitarle la humedad al pepino.

—Me sorprendes, simplemente James —sonrió de medio lado y lo miró de soslayo—. No pensé que supieras preparar un sándwich.

—Creo que te has hecho una idea de mí bastante equivocada —comentó, al tiempo que se hacía de una tajada de pan y le untaba mantequilla—. De dónde vengo, me ha tocado aprender a hacer de todo un poco para no terminar en la puta mierda.

—¿Y de dónde vienes? Claro, si no te importa decírmelo.

—Del sur de la ciudad… Más específicamente de Croydon.

—¡Vaya! No lo hubiese imaginado. —Aunque ella conocía poco de Londres, bien sabía que ese era uno de los barrios más peligrosos, especialmente durante la noche.

—No he tenido la fortuna de crecer entre algodones; sin embargo, estoy poniendo todo mi empeño para triunfar en la vida.

—Puedo decir que vas por buen camino.

—No es lo que piensa mi madre, ella hubiese preferido que no hubiese abandonado la carrera, pero la economía no es lo mío.

—¿Dejaste la universidad?

—Sí, se necesita mucho tiempo y dedicación para luchar por los sueños; el mío, es que la banda triunfe.

—¿Y vives con tus padres? Lo siento, estoy siendo demasiado entrometida —se disculpó. Puso un par de tazas dentro del microondas para calentar agua—. Y apenas nos estamos conociendo.

—No me atormenta hablar sobre mí… Tampoco creo que sea un rasgo narcisista —sonrió y ella le correspondió—. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía como diez años, tengo una hermana y un hermano menor… ella tenía seis y él dos. Sin embargo, mi madre luchó por criarnos a los tres, nos proveyó comida, ropa y estudios. Pero no, ya no vivo con ella. Hace un año, cuando por fin decidimos que debíamos dar a conocer la banda, la sacamos del garaje de la casa de Ray… Junto con los chicos rentamos un cuchitril en Camden; por cierto, Ray es mi primo, hijo mayor, de una tía materna.

—No me lo esperaba —expresó algo asombrada, no solo porque el baterista fuese su primo, sino por toda la historia que James le estaba contando. De cierta manera, él al igual que ella había crecido con la herida del abandono, eso la hizo sentirse identificada—. ¿Leche? —le preguntó, cuando estuvo el té listo.

—Por favor.

Lauren, le echó un chorrito de leche a la taza que preparó para James y otro a la taza que era para ella. Sirvieron en un plato de cartón los sándwiches y se fueron al sofá, llevando consigo, también el té.

—¿Desde hace un año no has vuelto a ver a tu madre? —preguntó, luego de haber dado el primer mordisco.

—No, le visito dos veces por semana. Cuando me fui de casa, le prometí que lo haría, solo para poder ayudarle; así que, parte de lo que gano con la banda, se lo doy a ella.

—Eres una caja de sorpresa —dijo fascinada y empezaba a sentir por ese hombre algo más fuerte que simple atracción física, empezaba a admirarlo. «Lauren, jamás juzgues a un libro por su portada» pensó, mientras le sonreía.

—Solo tienes que conocerme un poco, Lauren… Quizá no sea el tipo que mejor merezca la pena y que no tenga ni puta idea de las relaciones, pero tú me gustas, siento por ti verdadero interés y estoy seguro de que lo sabes, porque de otra manera, no estaría aquí… No te buscaría…

—¡Vaya! Frena un poco —le pidió, sintiendo que el rubor se le extendía por todo el rostro —. Despacio, que te puedes estrellar. —Se le escapó una risita nerviosa.

—¿Con tu novio? ¡Nah!, él no me interesa… Mejor háblame de ti, cuéntame, ¿cuál es tu historia?

Lauren no quiso decirle enseguida que ya no tenía novio, y que no estaba segura si en verdad en algún momento lo tuvo; sin embargo, James la atrapó justo en el momento en que se mostró realmente interesado en conocerla; ella que toda su vida había deseado conectar con los demás y ser aceptada. Suspiró, dispuesta a abrirse entera, contarle todo de sí; después de todo, James lo había hecho con ella.

—¿Mi historia? Mi historia no tiene origen, no tengo la más mínima idea de quienes son mis padres, no sé quién soy… Solo sé que terminé en un orfanato en Birmingham, porque fui rescatada de las garras de una banda de criminales cuando tenía tres o cuatro años; la verdad, no tengo ningún recuerdo de eso.

—Eso sí que no lo esperaba… Por lo menos, te adoptaron, porque de otra forma no podrías estar estudiando… llevando esta vida. —Miró en derredor, sabía que esa residencia debía costar tres veces lo que pagaban por el piso de dos habitaciones en el que vivía junto a los demás chicos.

—Sí, me adoptaron, pero no fue sino hasta que cumplí los once años… —Por el momento, no quería entrar en detalles y contarle sobre Henry, porque eso sería lastimar sus heridas—. A pesar de que tuve los mejores padres adoptivos, solo viví con ellos cinco años, porque los asesinaron en Irlanda, los del IRA —inhaló profundo y luego soltó el aliento para no echarse a llorar.

—Lo siento, no lo has pasado bien… Vaya suerte de mierda.

Lauren soltó una risita infestada de desconsuelo. Él tenía razón, su vida hasta el momento, había sido cuando menos, caótica.

—Tienes razón, tal parece que no soy la más afortunada; así que, será mejor que lo pienses un poco más antes de seguir con esa loca idea de intentar convencerme de que acepte, lo que sea que creas que sientes por mí.

—No soy un hombre supersticioso… ¿Qué pasó después? Supongo que vives con algún familiar de tus padres adoptivos.

Ella negó con la cabeza, podría entrar en por menores, contarle sobre Harriet y Brendan… y todo lo demás, pero no quería mostrarse como una mártir. Además, se ahorraría bastante tiempo en esa historia.

—No, regresé al orfanato. El sacerdote del oratorio tiene mi tutela… Y pues, vivo del fideicomiso que me dejaron mis padres adoptivos.

—Que putada que te hayas quedado sola… ¿No quieres que te vuelvan adoptar?

—¿Con dieciocho años? —Soltó una corta carcajada resignada a su soledad—. Ya no, eso no tendría sentido.

—¿Y nunca has sentido curiosidad por saber sobre tus verdaderos padres? Digo, yo sé de mi padre, sé que está en Leeds, se casó y tuvo otros hijos… Pero ni me interesa su vida, que se joda, me da igual.

—De pequeña, me lo pregunté varias veces, aunque rápidamente esas interrogantes se esfumaban de mi cabeza… Es que no se puede extrañar o sentir curiosidad por algo que nunca

has tenido. Eso sí, echo mucho de menos a mis padres adoptivos, ellos me dieron los mejores años de mi vida… —sonrió melancólica—. Fue mi padre quien me inculcó el amor por el rock.

—Entonces, estoy seguro de que tu padre me hubiese aceptado como yerno. Mira nada más a esta estrella de rock que pretende a su niñita.

—Ya, no molestes, James. —Puso los ojos en blanco, pero no pudo contener la sonrisa.

—Ya sé, prefieres a una estrella consagrada… Que tenga tantos millones que no pueda contar.

—Si quisiera estar con un tipo rico, no habría invitado a mi residencia al vocalista de la banda que apenas se presenta en pubs.

—Entonces sí te intereso. —Le puso una mano en el muslo.

—No he dicho eso. —Le apartó la mano—. Y sin toqueteos, que no soy del tipo de chica ingenua que cae a la primera en las mierdas de un hombre. —Con esa respuesta esperaba ser lo suficientemente convincente para que James dejara las manos y sus intenciones quietas—. Mejor cuéntame más sobre la banda, desde sus inicios, ¿cómo la conformaron? ¿Quiénes son tus referentes? Porque siempre quieren ser cómo otros grupos…

A James de cierta forma, le fascinó que se le fuera directa a la yugular con semejante atajada. No lo iba a tener fácil, pero eso solo aumentaba más su interés. Así que, decidió ignorar el regaño y respondió a su pregunta.

—Y sí, eso ha ido variando conforme han pasado los años. —James entendió que lo mejor era saciar la curiosidad de Lauren, dejaría para después sus habilidades de seducción—. Los Stones, fueron de los primeros que nos hicieron querer ser como ellos; luego, Black Sabbath… y al año siguiente, ya nos parecía más estupendo Led Zeppelin.

—Muy buenas bandas, y sí tienen un poco del estilo de todos… Supongo que tocas algún instrumento.

—Sí, la guitarra, durante un tiempo me obsesioné con ser el Jimi Hendrix inglés, pero no es fácil conseguir ese nivel de perfección… Así que sigo intentándolo.

—¿Y por qué no la tocas en las presentaciones?

—Porque me defiendo cantando. Y Tommy es mucho mejor que yo, sería un cabrón si no lo admito.

—Pero habrá alguna canción que necesite una guitarra principal y otra rítmica.

—Sí que sabes de lo que hablas, te gusta el rock de verdad, ¿no? —comentó impresionado.

—Leo bastantes revistas sobre música, no creas que solo me fijo en cuan sexi son los integrantes de las bandas.

—Lo has dicho, no eres una *groupie* —sonrió—, y lo estás demostrando. —De haberlo sido, ya se la estuviera follando en ese sofá o, mejor dicho, lo hubiese hecho el mismo día que la conoció en el baño de aquella vieja cafetería.

—¿A qué edad empezaste a sentir pasión por la música?

—Desde muy pequeño, la música siempre ha sido mi refugio… Mi abuelo me regaló un Walkman por mi octavo cumpleaños y ha sido lo mejor que han hecho por mí, porque cuando mis padres discutían, que era casi todos los días, me ponía los auriculares y escapaba de sus gritos… Son mucho mejores los gritos de Ozzy Osbourne o Ian Gillan, ¿cierto?

—No tienen comparación. —Sonrió sensible. Le era imposible no sentirse un poco afortunada de no haber crecido en un ambiente tan complicado—. Es que Ozzy, es casi insuperable. Sí, me gustan mucho los chicos de Black Sabbath —afirmó con la cabeza, mucho más animada.

—¿Cuál es tu canción favorita de ellos? —Él también se animó con el tema.

—¿Cuál es tu problema con los favoritismos? —protestó sonriente.

—Dime una. Ya sé que tienen muchas que merecen la pena, pero si tuvieras que elegir una, ¿cuál sería?

Lauren se tomó algunos segundos para pensar, no sabía por qué a James le gustaba ponerla en una situación tan complicada.

—N.I.B

James soltó un «¡Guao!» y luego soltó una corta carcajada que a Lauren le pareció demasiado sexi.

—¿Qué? No me digas que no es una buena canción.

—Lo es —afirmó—. Sobre todo, esa breve pero gloriosa introducción de bajo «Basically» en la que Butler hace un solo al alcance de muy pocos genios de las cuatro cuerdas, para luego iniciar con un *riff* principal… ¡Es asombrosa!

—Entonces, ¿por qué tanto asombro?

—Por la letra de la canción. Sí sabes que es una clara invitación de Lucifer a que lo sigan y dejen atrás la vida anterior; sugiere un pacto faustiano, donde el amor y el poder ofrecidos vienen con un precio oculto… Aunque, Geezer dijo que la canción trata de que el diablo se ha enamorado y decide redimirse convirtiéndose en alguien noble por amor; bien sabemos que es pura mierda, si lees entre líneas.

—Por supuesto que lo sé. —Puso los ojos en blanco un tanto fastidiada de que la creyera tonta.

—Bueno, me sorprende que una señorita que se crío en un orfanato religioso tenga predilección por ese tipo de letras, tan «satánicas»

—Me gustan, no puedo ir contra mis propias pasiones. —Se encogió de hombros—. Pero para tu tranquilidad, no las escucho cuando los religiosos están presentes. —Soltó una risita.

—Que considerada —ironizó e imitó la risita de ella.

—Bueno, ya me dijiste la edad en que empezaste a sentirte atraído por la música, ahora dime, ¿a qué edad se unieron para crear el grupo? ¿Cómo surgió el nombre? —Curioseó.

—¿Estás segura de que no eres una periodista? —Él alzó una ceja con suspicacia.

—No, no lo soy, solo soy una chica demasiado preguntona y me gusta conocer muy bien con quién me relaciono.

—Como a los trece o catorce años… Y antes de que me preguntes, eso hace como diez años, tengo veinticuatro —aclaró y pudo notar cierta sorpresa en sus pupilas, pero como no intervino, decidió continuar—: Nos ha llevado mucho tiempo, y todavía sé que tenemos un largo camino para recorrer, no estamos ni cerca de la primera de nuestras metas…

—¿Cuál es la primera meta? —se apresuró a preguntar.

—Grabar nuestro disco, conseguir un contrato de grabación y publicación con un buen productor y con un sello discográfico, por lo menos, decente.

—Tienen buenas canciones, ¿han enviado demos a algunos sellos?

—Por supuesto, lo hemos llevado hasta las puertas de Factory Records y de Rough Trade Records. No nos han contactado, ni siquiera para decirnos, que antes de estudiar la posibilidad de escuchar nuestras canciones primero debemos hacerle una mamada a Tony Wilson o a Geoff Travis… —Él mismo se rio de su poca suerte en eso.

—Bueno, hay muchos más, estoy segura de que algún productor se dará cuenta del gran talento que poseen.

—Sé que sí, por eso seguimos aceptando cualquier presentación, aunque algunas veces solo nos paguen con cervezas… Sabemos que, en algún momento en alguno de esos Pubs, nos

escucharán los oídos indicados. Mientras, no hacemos otra cosa que ensayar y componer… ¿Satisfecha o hay algo más que quieras saber?

Lauren lo miró, por supuesto que quería saber todo de él, pero decidió que haría solo una última pregunta.

—Tus tatuajes… —hablaba, pero la carcajada de él la interrumpió; aun así, no dejaría de saciar su curiosidad—. ¿Cuál fue el primero y si tiene algún significado?

—Menos mal que solo me preguntas por el primero…

—Si te pregunto por todos hoy no terminamos, te quedan, exactamente quince minutos del tiempo de visitas, así que, no tarda en aparecer por esa puerta, el hombre de seguridad para pedirte que te largues.

—Podrías esconderme debajo de tu cama —propuso pícaro.

—Lo siento, ya ese lugar está ocupado con maletas en las que tengo los abrigos de invierno.

—¡Vaya! Menuda mierda —gimió afligido.

—Te quedan ocho minutos para darme una respuesta. —Lo hostigó.

—Este fue mi primer tatuaje —dijo acariciando un pájaro que tenía en la parte interna del antebrazo izquierdo—. Es una golondrina, lo hice, porque todos los veranos las veía llegar y hacer sus nidos en el tramo de cerca de mi casa que quedaba justo frente a la ventana de mi habitación… No solo es por un recuerdo de mi niñez. Sino porque las golondrinas representan libertad, independencia y deseo de aventura. Era todo lo que en ese entonces deseaba.

—Y ahora lo estás viviendo.

—De alguna manera, sí… —Soltó un suspiro y se restregó las manos en los vaqueros—. Entonces, ¿ha llegado la hora de irme?

—Lamentablemente. —Lauren afirmó despacio con la cabeza.

—Gracias por los sándwiches y el té, todo estaba muy rico. —Se levantó y recogió el plato de cartón y la taza—. Te ayudaré con esto, no sea que por nuestra culpa tengan que cerrar el salón.

Lauren quiso decirle que no se preocupara que ella bien podía encargarse sola de eso, pero se encontró deseando compartir con él un par de minutos más.

—Menos mal que te gustó, porque en cuestiones gastronómicas, esa es mi especialidad —bromeó, al tiempo que se ponía de pie, llevando consigo, también su plato y taza.

—Podría comer sándwich de pepino todos los días que me quedan por vivir.

Echó los desechables a la basura y metió en la cesta los demás utensilios y alimentos que regresaría a su habitación.

—¿Entonces, la invitación a los mejores restaurantes del mundo quedó descartada?

—No dejas pasar nada, ¿cierto?

—Iré a dejar esto en la habitación y regreso para acompañarte a la salida —avisó, ignorando el comentario de él.

—No, de ninguna manera, no te haré subir de nuevo los cinco pisos… Tú no te preocupes, que sé cómo llegar a la salida.

—Vale, en ese caso, es momento de despedirnos —dijo abrazada a la cesta y salió para acompañarlo al menos hasta las escaleras.

—Sí, ¿nos veremos el viernes? —preguntó con las manos en los bolsillos de los vaqueros, mientras avanzaban por el pasillo.

—Todavía no lo sé…

—Claro que lo sabes, tienes un horario de clases y bien sabes si estarás ocupada o no el viernes por la noche… Te espero el viernes. —Se detuvo frente a ella, en lo alto de las escaleras.

—Saluda a los chicos de mi parte.

—Lo haré —dijo cuando bajó un escalón, lo que hizo que sus estaturas se igualaran. Entonces se acercó y le dio un suave beso en la mejilla.

Cuando se apartó, Lauren lo miró a los ojos y luego a los labios, se le habría comido la boca en ese instante, porque el deseo en ella era evidente, pero era mejor ir despacio. Le sonrió.

Ya no podía quedarse por más tiempo; así que, empezó a bajar los escalones trotando, pero al llegar al primer rellano se volvió a mirarla, ella seguía en el mismo lugar, abrazada a la cesta.

—No te pregunté, ¿tu novio estudia contigo? ¿Vive en Londres o en Birmingham?

—Terminamos —respondió con rapidez. Ya lo había asimilado, su historia con Leonard fue hermosa y demasiado corta.

—¿Por qué?

—Falta de comunicación.

—Uy, que putada… En serio, que pena —fingió aflicción.

—Bien sabemos que lo que menos sientes es pena.

—Tienes razón. —Su rostro se iluminó con una gran sonrisa—. Me da igual… no, no me da igual… Me alegra que hayas terminado con ese pobre diablo. ¡Nos vemos el viernes! —exclamó sin darle tiempo a Lauren de responder, corrió escaleras abajo.

Lauren rio y negó con la cabeza, luego se fue a su habitación. Con cada paso que daba, no podía seguir negándoselo más. James le gustaba demasiado, y si quería vivir todas esas experiencias que él pudiera brindarle, debía dejarse de precauciones y solo lanzarse al vacío.



CAPÍTULO 48

Lauren estaba en compañía de sus amigas, frente al Pub más antiguo de Londres, el muy reconocido Ye olde Chesire cheese. Le emocionó ver en la entrada un gran afiche anunciando a Sweet Poison como una presentación especial; algo que no tuvieron hace ocho días en el otro Pub. Además, había una fila como de treinta personas para entrar; por fortuna, no tendrían que pasar frío porque ni ella ni sus amigas tendrían que formarse, ya que contaban con la invitación de la banda.

Esa misma tarde cuando llegó a la residencia, Prudence la recibió con un sobre que le dejaron por la mañana. La curiosidad no le permitió que el sobre llegara sellado a su habitación,

ahí mismo lo abrió y sacó la tarjeta.

Recuerda que tenemos una cita esta noche.

Trae a tus amigas y no hagan fila, da tu nombre en la entrada. Espero no haberme confundido con tu apellido, aunque creo que lo tengo muy claro… Spencer.

¿Eres familiar de la princesa? Bueno, esa respuesta me la darás cuando volvamos a vernos.

J. M.

—¡Qué iluso eres! —susurró con una tonta sonrisa.

Ocho horas después estaba ahí, con su mejor ropa, un lindo maquillaje y muy bien perfumada. La anticipación de sus emociones le dejaba claro que esa noche iba a ser muy intensa. Sujetó a Telma por la mano para que la acompañara hasta donde estaba el hombre de seguridad, mientras las demás chicas las escoltaban.

—Hola, buenas noches —saludó con la voz un poco vibrante por los nervios. El hombre le dedicó una mirada de advertencia, por si era su intención colarse—. Soy Lauren Spencer, estoy en compañía de mis amigas.

—Señorita Spencer, bienvenida. —Se hizo a un lado y con un ademán las invitó a pasar.

—Muchas gracias. ¿No hay problema que seamos seis?

—No, adelante… Mi compañero las guiará a la mesa.

—Gracias —dijo Telma con una risita—. De prisa, chicas —azuzó a las demás.

—Ay, Lauren, estamos empezando a vivir los beneficios de que seas la novia de una estrella de Rock —chilló emocionada Sadie.

—James no es mi novio, solo somos amigos —le aclaró Lauren.

Era primera vez que entraba a ese Pub y lo primero que vio en la entrada fue un cartel donde se especificaban todos los monarcas que han reinado Inglaterra. Cuando llegaron al segundo control de seguridad, Lauren volvió a dar el nombre y de ahí las custodiaron a una de las mesas frente al escenario. El lugar mantenía la esencia de un Pub del siglo XVII y había fotos en las paredes que lo demostraban. A la derecha de donde estaba su mesa Lauren apreció una pequeña sala con una barra y una vitrina con un ¿loro?

—¿Eso es un loro? —preguntó señalando hacia la jaula.

—Sí, es Polly —respondió Telma.

—Y está disecado —completó Zoey.

—¿Sabes la historia de ese loro? —Le preguntó Telma, que ya había perdido la cuenta de todas las veces que había ido a ese Pub. Sentía cierta debilidad por las cervezas de ese lugar.

—No, es un poco tétrico tener a un animal disecado aquí —masculló Lauren.

—Es que no es cualquier animal, era la mascota de este Pub y murió con cuarenta años; al pobrecito le dio un ataque, después de imitar y repetir cientos de veces el sonido de las botellas de champán que se descorcharon, para celebrar el final de la Primera Guerra Mundial —dijo Telma con pesar.

—No, que triste… —gimió Lauren, se sentía horrorizada por la forma en que llevaron al pobre loro al extremo.

—Parece que la banda de tu novio está empezando a arrastrar gente —comentó Sadie, al ver que el lugar se estaba llenando bastante rápido. Ella tenía la firme convicción de que Lauren era mucho más que amiga del vocalista; así que, no dejaba de lado el tema.

—James es mi novio tanto como Rupert lo es tuyo —ironizó Lauren, poniendo los ojos en blanco. Sadie chorreaba babas por el capitán del equipo de rugby, pero por mucho que lo deseara, él no la tomaba en cuenta.

—Rupert ni siquiera me invita a ver uno de sus putos partidos… En cambio, tu vocalista, no solo te pidió que vinieras, sino que también extendió la invitación a nosotras, y es porque quiere tenernos de su lado.

—Yo también lo creo —intervino Zoey.

—Ay, chicas, ya… Dejen de molestar a Lauren —defendió Telma—. Si ella dice que no tiene nada con James, es porque así es.

—Gracias. —Lauren le apretó el antebrazo, con ese gesto reforzaba su gratitud.

—Pero cuando se hagan novios, nos los dirás, ¿cierto? —insistió Sadie con una risita.

—¡Te voy a dar un sopapo! —amenazó Lauren haciendo un ademán y su compañera se llevó las manos a la cabeza, para cubrirse de cualquier golpe.

Zoey y Telma se echaron a reír y solo se detuvieron cuando llegó el mesero con la carta.

Cuando la banda fue anunciada, ya las chicas habían cenado y se tomaban la tercera cerveza. El corazón de Lauren rebotó sin compasión y el estómago empezó a dolerle, porque sabía que en menos de un minuto volvería a ver a James.

Cuando salieron lo hicieron de la misma manera que ocho días atrás, ella bien sabía que darían el mismo espectáculo, porque así eran esas cosas. Ellos practicaban esa presentación, tal cual como también lo hacían las grandes bandas en sus giras.

James le sonrió descaradamente a Lauren, se sentía feliz de verla ahí, pero se emocionó mucho más al darse cuenta de que esa no era la única cara conocida, porque empezaba a reconocer a la misma gente que había estado en las últimas dos o tres presentaciones. Notaba que entre más tocaban más público tenían.

Cuando terminó de hacer las interpretaciones de otras bandas, solía tomarse unos minutos de descanso, para refrescar la garganta y hablar con el público. Se acercó a unos de los técnicos que estaban al borde de la pista y le pidió que fuera a por Lauren. Porque cuando empezara a cantar sus canciones la quería en *backstage*, muy cerca de él para que se sintiera parte de todo eso. El técnico asintió y salió pirado.

Mientras él hablaba con el público, anunciando su próxima canción, la vio con el rabillo del ojo mientras el técnico le daba su mensaje. Enseguida empezó a negar con la cabeza y a hacer algunas señas de negación, mientras que sus amigas más bien la alentaban.

Se volvió a mirarla y asintió apenas perceptiblemente solo para que ella entendiera que, en efecto, él había solicitado su ingreso al trascenio. Lauren siguió al técnico, estaba más nerviosa que nunca, porque no tenía idea de cuáles eran las intenciones de James.

—Por aquí —le indicó el hombre que fue a buscarla.

—Gracias. —Subió unos escalones que quedaban detrás de las paredes laterales del escenario y en muy poco tiempo se vio al lado izquierdo de la tarima; desde ahí podía ver a parte del público, incluyendo a sus amigas. Solo esperaba que a ella no pudieran verle.

No podía negarlo, estaba teniendo la vista privilegiada que siempre soñó, estaba tan cerca de la banda, lo que hacía que, sintiera una energía inigualable que le subía por los pies y se le concentraba en el pecho.

Miró a Ray en la batería que jugueteaba con las baquetas mientras James se dirigía al público, cuando su mirada se cruzó con la del baterista, este le sonrió y le guiñó un ojo, ella en respuesta le saludó levantando la mano.

Tommy se acomodaba la cinta de la guitarra y tenía el pie derecho apoyado en el

amplificador, llevaba el torso desnudo y perlado por el sudor, no podía negarlo, su aspecto era bastante sexi, un peligroso anzuelo para las chicas en el público.

James dejó de hablar, entonces Tommy marcó el inicio de la próxima canción, con una sacudida decibélica de su Flying V. marcando la entrada a la batería que golpeaba desde la base como una ametralladora.

Los latidos de Lauren se acoplaron al destructivo «pum-pum» de la batería cuando vio que James se acercaba a ella, con una decisión marcada a fuego en el rostro. Tragó grueso y se quedó pasmada cuando él la sujetó por las mejillas y estampó su boca contra sus labios. No fue un roce, no fue delicado, pero sí fue lo suficientemente persuasivo como para que ella de inmediato le permitiera el acceso y le correspondiera, no solo le dio a probar el sabor de su lengua, sino que también le demostró el poder y la destreza con la que acariciaba. Decir que solo le nubló la mente era quedarse demasiado corta, porque la dejó temblando, latiendo y con una vergonzosa humedad entre las piernas.

Fue un beso rápido pero arrasador y terminó con un pequeño contacto de labios.

—Gracias por venir —le susurró con una sonrisa lasciva, luego retrocedió para regresar al centro del escenario.

Lauren se llevó una mano a los labios, para ocultar la estúpida sonrisa que involuntariamente le provocó, mientras su mente ya menos extasiada intentaba asimilar lo que había pasado.

La introducción que fue *in crescendo* derivó en un riff digno de ser icónico; dio paso a un solo hipnótico, que podía taladrar mentes, con un punteo repetido en bucle que terminaba grabado en las cabezas de los asistentes. Tommy era muy bueno en lo que hacía, Lauren ya no tuvo dudas. La presentación del guitarrista era una genialidad, pero así también lo era la interpretación de James, que alcanzaba unas notas realmente altas y potentes. Cantaba desde el diafragma, algo que verdaderamente era complicado de conseguir, pero a él parecía que le salía bastante natural.

Cuando Lauren se levantó esa mañana, jamás pensó que ese iba a ser uno de los días más emocionantes de su vida, pero solo bastó ese momento durante y después del beso, para tener la certeza de que lo era, ese era uno de esos días. Ni siquiera estaba segura si solo lo había imaginado. Pero la forma en que él la miró y le sonrió de medio lado, mientras hacía una ligera pausa durante el estribillo, le hizo caer de bruces en la realidad. James le había dado un beso que le sacudió hasta la conciencia. Era todo muy intenso.

En ese concierto Lauren supo que tenía algo muy especial con James. Lo supo, sin más. Había una parte de sí que se sentía conectada a él. Algo que no sabía cómo definirlo, pero lo sentía por debajo de la piel y no se iba a ir tan fácilmente.

Lauren supo que quedaba muy poco tiempo del espectáculo cuando James, empezó a presentar a la banda, inició con Billie, el bajista, siguió con Ray en la batería y terminó con Tommy en la guitarra eléctrica y cada uno de ellos dio una pequeña demostración de su talento, para después unir todos los instrumentos en un ritmo vertiginoso que acrecentaba la emoción del público.

—¡Muchas gracias, a todos por venir, la pasamos de puta madre! —James soltó el micrófono, que cayó en el suelo con un sonido seco que luego hizo un chirrido.

Dejó que la banda siguiera animando a los presentes y él corrió tras el escenario, le cogió la mano a Lauren y prácticamente la arrastró.

—James, espera, ¿a dónde vamos? No puedo dejar a mis amigas —protestó mientras lo seguía a tropezones y miraba de refilón a los *roadies* con los que se iban topando.

De repente, en medio del pasillo —ya solitario— que conducía al camerino, se detuvo, lo que hizo que ella estampara la nariz contra la espalda de él.

James subió su agarre hasta el codo y la otra mano se la llevó a la cadera, para poder hacer su siguiente movimiento más rápido y seguro. Sin dejarle tiempo a reaccionar, la arrinconó contra la pared. En las sombras, Lauren vio la intención brillando en los ojos de James, un instante antes de que él bajara la cabeza. Deseaba tanto volver a besarlo, todo en ella estaba tenso por unirse a esa boca.

—No puedo vivir otro momento sin tocarte. Te necesito más que a mi siguiente respiración —murmuró con cruda honestidad y se inclinó de nuevo.

Lauren ya no tenía la voluntad para rechazarlo. Enterró sus manos en el cabello húmedo por el sudor y tiró de él hacia ella. Sus bocas se encontraron con prisa, una fusión de labios que les arrancó suspiros y apreciaron en el intercambio el olor y sabor del alcohol que ambos habían tomado; de manera inevitable, la necesidad estalló a través de sus sentidos.

James se rozó con urgencia contra las curvas de su cuerpo, mojando con el sudor de su camiseta la de Lauren. Hundió su lengua profundamente; dejando en evidencia su agudo deseo, la besó como si quisiera saborear cada pedacito de ella y memorizarla.

Lauren, dejándose arrastrar por su instinto, le devolvió el beso con el mismo fervor. En su cabeza, ella sabía que este beso probablemente no significaba para James todo lo que era para ella. Porque él debía estar acostumbrado a muchas mujeres, a chasquear los dedos y conseguir una dispuesta a darle eso que ella le estaba dando y mucho más.

Cuando necesitaron un segundo para respirar, las bocas se separaron, pero quedaron unidos por las frentes.

—Lauren, he pensado en ti tan a menudo… Desde el segundo en que te vi hace unos meses, has sido como una fiebre que no me he podido quitar —murmuró, contra los labios hinchados y disfrutaba de la respiración agitada de ella. Sonrió extasiado, porque por primera vez, le temblaban las rodillas ante la inexperiencia de una jovencita.

Lauren no parecía ser demasiado experta, sus besos, aunque correspondían bien, eran algo torpes. Empezaba a creer que el «supuesto novio» no era más que una invención de su imaginación o quizá había sido el primero y duró muy poco.

A diferencia de sus amigos o compañeros, siempre había preferido a las más experimentadas, incluso, optaba por las mayores que él, porque se consideraba un hombre práctico que no tenía tiempo para perderlo en una ineficiente experiencia sexual, ni mucho menos para ir despacio con una virgen. Le gustaba esas que eran insuperables en dar una buena mamada y que lo hicieran eyacular en pocos minutos, que fueran directo al grano y no que se quedaran con su verga entre las manos sin saber qué hacer. Pero en ese momento, su cuerpo ardía en deseos por querer ser el maestro que llevara a Lauren a ser todo eso que él quería, con ella quería ser paciente, empezar de cero y hacerla llegar a mil. Sería ese profesor que le enseñaría a hacer de todo en la cama y más. Volvió a tomar su boca profundamente, con un deseo intenso en cada aplastamiento de sus labios y en cada golpe de su lengua.

Conversaciones animadas, inentendibles y contagiadas de risas, llegaron a los oídos de Lauren; por lo que, a pesar de que estaba disfrutando de un beso con una demanda que le robaba el aliento y el pensamiento, reaccionó, empujando con fuerza a James, sus bocas se separaron tan abruptamente que hicieron un chasquido.

—Tengo que regresar con mis amigas. —Su pecho apenas podía contener el resoplido de su corazón; al mirar a la derecha pudo ver acercarse a los demás miembros de la banda.

—Vamos a celebrar, puedes invitarlas —le dijo James, extendiendo una mano para sujetar

la de Lauren, pero ella la apartó.

—Hoy no. —Negó con la cabeza.

Estaba segura de que si volvía a sentir el toque de James terminaría derretida a sus pies. Le temblaba todo el cuerpo y sentía que no iba a poder dar ni un paso para alejarse de James; sin embargo, la adrenalina también le corría desbocada por las venas, quizá por eso conseguía mantenerse en pie.

—¡Hey, Lauren! —la saludó Ray—. ¿No te quedarás a celebrar? La presentación estuvo jodidamente genial.

—Oh, no Ray. No puedo quedarme. —Ni ella misma casi se reconoció la voz, porque estaba bastante ronca—. Sí, fue estupenda. Prometo que en otra oportunidad los acompaño. —De manera inevitable, su mirada se posó en la chica que acompañaba a Tommy. Estaba segura de que acababa de sacársela del público y que pasaría con él esa noche, ya que parecía muy cómoda con la forma en que la sujetaba por las caderas.

Eso no le escandalizaba, bien sabía todo lo que pasaba con los integrantes y *roadies* de los grupos de rock tras bambalinas. Ellos tenían acceso a todo cuanto quisieran, ya fuesen mujeres, drogas, alcohol... Todo, absolutamente todo, estaba a su disposición.

—Vale, siempre serás bienvenida —le guiñó un ojo.

—Adiós, chicos, lo hicieron muy bien. —Lauren se despidió con un gesto de la mano y siguió con su camino.

—Vamos, James… —lo alentó Billie.

—Vayan ustedes, en un momento los alcanzo —su tono evidenciaba un poco la frustración que sentía.

Lauren tan solo alcanzó a avanzar unos pocos metros, porque antes de que pudiera encontrar la salida, James le llegó por la espalda y la retuvo al sujetarla por los hombros.

—Ve con tus amigas a la residencia. Pasaré a por ti en una hora.

—James, ¿qué pretendes? —preguntó y se le escapó un suspiro, ya que sentía su cálido aliento contra su cuello.

«Tranquilo, corazón… Relájate», se dijo mentalmente, porque estaba a un latido de explotar.

—Pasar tiempo contigo. ¿Te gustaría caminar? Te doy mi palabra de que eso es lo que haremos.

—Dame tiempo para asimilar esto, por favor —suplicó.

—Está bien, pero no le des muchas vueltas a la cabeza, solo déjate llevar, te prometo que merecerá la pena. —Se inclinó y le dio un beso en la suave piel del cuello, luego la soltó.

Lauren, aunque intentó controlar su cuerpo, no pudo contener el estremecimiento que le recorrió entera. Sin pensarlo más, esta vez caminó con más rapidez para llegar al encuentro con sus amigas y largarse de ahí. Necesitaba la seguridad de su habitación.



CAPÍTULO 49

La siguiente semana, Lauren, animada por sus amigas y sus propios deseos, decidió empezar una relación con James. Así que, cuando él volvió a sorprenderla, varios días después, en la residencia, no tuvo dudas de que lo recibiría con un beso; por lo menos, así lo había planeado.

Sin embargo, cuando bajó rauda hasta la recepción perdió el valor; ya que, no solo estaba Prudence, sino otras chicas que también vivían en el edificio y poco disimulaban sus miradas hacia James, pero les comprendía, porque él poseía un encanto que las absorbía anulándole cualquier posibilidad de que pudieran escapar.

—Hola —saludó con el pecho agitado, porque bajó las escaleras bastante rápido.

Cuando Prudence le llamó para informarle que le buscaba «James, el chico de los tatuajes» acababa de salir de la ducha, dispuesta a ponerse enseguida el pijama, aunque faltaran más de tres horas para irse a dormir. Terminó vistiendo unos vaqueros, una camiseta blanca y una gabardina beige. Mientras bajaba las escaleras, se recogió el cabello con la liga que tenía en la muñeca izquierda. Le hubiese gustado mucho maquillarse, pero no quería hacer esperar a James.

—Hola. —Él que estaba apoyado en el mueble de la recepción se apartó al verla y le sonrió. Era primera vez que la veía con la cara lavada; le pareció mucho más joven y las pecas que le adornaban el puente de la nariz y parte de las mejillas, solo hacían resaltar su belleza.

Sí, le pareció mucho más hermosa, sin la dureza que el color negro del delineado y el espeso rímel le daba a sus ojos. Cuando se acercó, pudo apreciar que sus pestañas y cejas no eran tan oscuras, sino que eran de un marrón bastante claro. Entonces, concluyó que también debía teñirse el cabello.

—¿Subimos? —propuso ella, señalando con la barbilla hacia las escaleras. Aunque solo quedaba como media hora del horario de visitas.

—No, vamos a cenar, recuerda que te debo una pizza… Claro a menos que no te guste, podemos cambiarlo por hamburguesas o lo que quieras.

—Sí, sí me gusta la pizza, no es algo que como habitualmente, pero me gusta —sonrió, aunque tenía el corazón a punto de explotar, porque no hacía más que recordar, cómo se habían besado la última vez que se vieron, y todo su cuerpo se llenaba de ansiedad por volver a sentir esas sensaciones que la recorrían cuando la boca de James hacía estragos en la suya.

James caminó hacia la salida y Lauren se acopló a su andar, aunque echó un rápido vistazo por encima del hombro porque pudo escuchar la estela de cuchicheos que dejó a su paso, le fue imposible no sonreír.

—Espera —le pidió, para agarrar su paraguas del paragüero junto a la entrada.

Solo se retrasó unos pocos segundos y justo cuando abrieron la puerta, Telma subía la escalinata de la entrada.

—Hola… ¡Vaya! —saludó, sin poder contener su sorpresa al ver a James.

—Hola —correspondió Lauren, y entendió que era momento de hacer la presentación de manera formal—. Telma, conoce a James, un amigo…

—Por supuesto que te conozco, eres el vocalista de Sweet Poison, el que siempre manda a buscar a mi amiga.

—Es un placer, Telma —comentó él, ofreciéndole la mano y una sonrisa.

—Igualmente, parece que están en plan de cita, por favor, no se retrasen por mí. —Se hizo a un lado en la escalinata y los alentó a seguir con un ademán.

—Nos vemos luego, no tardo nada —dijo Lauren sonriente.

—Tarda lo que tengas que tardar, solo disfruta. No tengo la autoridad sobre ti para controlar tus horarios —soltó una risita.

Lauren sonrió, negó con la cabeza y siguió con su camino.

—¿Quieres ir a Piccadilly? —Preguntó James, ya que estaban relativamente cerca; incluso, antes de llegar, había varios Pubs que ofrecían de las mejores pizzas de la ciudad.

—Sí. —Lauren respondió y entonces encontró el valor para sujetar la mano de James. No sabía si él esperaba una relación como esa, en la que fuesen abiertamente afectivos y no solo de arrebatos apasionados entre las sombras.

Una sonrisa de triunfo estiró sus labios, cuando él correspondió al agarre, apretando con pertenencia el espacio que llenó con sus dedos. Sus manos eran algo callosas, manos de músico,

de esos que pasaban horas y horas dejando su pasión en algún instrumento.

—Ven aquí —dijo él con cierta urgencia, luego de haberse contenido durante un par de calles. Le soltó la mano para poder sujetarla por las mejillas—. Dime que no volverás a huir si te beso. —Dejó el calor de su aliento sobre los labios ligeramente separados de ella.

—No, no lo haré. —A pesar de que James le calentaba las mejillas con las palmas de las manos, consiguió negar también con la cabeza. Entonces tragó grueso ante la expectativa y cerró los ojos.

Los labios de James se posaron sobre los de ella, posesivos, intensos y tan expertos que la llevaron abrir la boca para darle la bienvenida a la lengua que sabía perfectamente, cómo mover, para provocarle que las rodillas le empezaran a temblar.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, casi sin aliento y con la adrenalina desbocada.

—Lo quiero todo, quiero todo de ti, Lauren —aseguró, mientras le miraba a los ojos y le acarició con la yema del pulgar el labio inferior. Él tenía un gran poder de convencimiento, ella no tenía dudas sobre eso.

—Y yo quiero dártelo, pero solo si es de manera oficial —sonrió ilusionada—. Así que piensa muy bien en la pregunta que harás a continuación —le advirtió, era su prueba de fuego para él y esperaba que pudiera superarla.

James buscó la respuesta en la mirada de Lauren, estaba casi seguro de qué era eso que ella tanto quería, eso que las mujeres siempre esperaban de los hombres y casi siempre se resumía en: compromiso y fidelidad.

A las mujeres poco le importaba la estabilidad económica, no les interesaba si él tenía poco o nada para ofrecerle, si tenía vicios, si era un fracasado o el hombre más exitoso, a ellas solo les interesaba que mostraran interés en la relación y les fueran fieles. Por el momento, estaba seguro de que él podría ofrecerle eso.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó, y pudo notar cómo las pupilas de ellas se agrandaron por la emoción.

—Solo si el puesto está vacante —comentó y se mordió ligeramente la esquina del labio.

—Lo está, nunca ninguna otra, ha tenido ese título —asintió y era verdad, en sus veinticuatro años, no había tenido ninguna relación seria. Ya que desde la adolescencia estuvo más obsesionado con la música que con las mujeres. Además, con todas las que se había enrollado, ya tenían la madurez idónea para comprender que se trataba de relaciones lo suficientemente fugaces, como para entender que no se necesitaba optar por título alguno—. ¿Quieres ser la primera?

—Sabes qué, me cuesta creer que vaya a ser la primera.

—No podemos empezar una relación basándonos en la desconfianza. —La interrumpió.

—Es que tus besos. —Bajó la mirada a la boca masculina—. No son de alguien que nunca haya tenido una novia.

—Una cosa es no haber tenido novia, otra muy distinta es no haber tenido experiencias…

—Vale, ya lo entendí —sonrió.

—Bueno, ¿entonces?

—¿Entonces qué? —jugueteó un poco.

—¡Demonios! ¿Me obligarás a preguntarte de nuevo? —se carcajeó incrédulo. Lauren alzó una ceja, dejando en evidencia que exactamente eso era lo que esperaba—. Ya veo por qué no tuve novia antes, es que ninguna otra me acorraló de esta manera…

—Yo no… —intentó excusarse.

Pero James fue más rápido.

—¿Quieres ser mi novia?

—¿Me lo puedo pensar?

—Es una puta broma, ¿verdad? —soltó otra corta carcajada.

—Deja que me lo piense. —Le puso un dedo en los labios para que dejara de hablar mientras disfrutaba de la turgencia. Se tomó casi un minuto, solo mirando a los ojos azules.

James también la escudriñaba con la mirada, sabía que Lauren solo estaba jugando. Y no podía negarlo, le gustaba ser parte de ese juego. Le agarró el dedo y se lo mordió ligeramente; aun así, ella soltó un quejido.

—Puedo ayudarte a acelerar la respuesta. —Se abalanzó en busca de la boca de Lauren, pero ella lo retuvo con una mano en la garganta. James supo que fue un movimiento espontáneo, para evitar que la besara, pero a él lo puso como una locomotora. Le entraron unas ganas locas de follársela contra la cerca de hierro forjado del Museo Británico.

—Sí quiero —asintió con la cabeza y una sonrisa. Entonces le quitó la mano del cuello y dejó que volviera a besarla.

Ella se entregó al demandante beso, poco le importaba el dolor que sentía en la espalda porque se le enterraban los barrotes de hierro de la cerca. James le sujetó las caderas, para pegarla más a su cuerpo, mientras Lauren se le colgaba del cuello, parecía que sus deseos no conocían límites; sin embargo, el estridente sonido del claxon de un coche y los gritos de burlas de varios jóvenes los llevó a separarse y a retomar conciencia del espectáculo que estaban brindando en plena vía pública. Todavía no era tan tarde en la noche, como para pasar desapercibidos.

A ella le dio un poco de vergüenza hallarse en semejante situación, pero él le tranquilizó un poco la conciencia al sonreírle.

—¿Aún quieres comer pizza?

—Por supuesto.

—Entonces démonos prisa. —Le cogió la mano y tiró de ella para avanzar.

Decidieron entrar en un restaurante italiano, en la avenida Shaftesbury, un poco antes de llegar a Piccadilly. Se sentaron en una mesa de madera oscura y en el centro tenía una lámpara de aceite de cristal, que iluminaba con una pequeña mecha el espacio entre ambos.

—Aún no me has dicho si perteneces a la familia aristocrática —comentó James, solo por seguir el juego. Mientras esperaban por las pizzas que pidieron.

Ella negó con la cabeza y rio.

—No, por suerte no… Imagina todas las restricciones a las que tendría que enfrentarme. Legalmente, soy de los Spencer de las fábricas de zapatos, pero solo legalmente, y muy a pesar, del único familiar que me queda.

—¿Las fábricas de zapatos? Oh, sí, algo he escuchado… Zapatos carísimos.

—Tampoco tan caros como unos John Lobb o unos Church's, pero sí, son zapatos de calidad.

—¿Por qué dices que a pesar del único familiar que te queda?

—La hermana de mi padre adoptivo, nunca me quiso por no llevar la sangre Spencer… —En ese momento llegaron con las pizzas—. Muchas gracias —le dijo a la chica que les sirvió y volvió a retomar la conversación con James—. Y cuando asesinaron a mis padres, rechazó mi tutela. Que, en serio, agradezco que lo haya hecho, porque tampoco me llevo bien con ella. —Por el momento decidió no entrar en más detalles.

—¡Qué perra! —exclamó James y le dio un largo trago a su pinta de cerveza.

Lauren se encogió de hombros. No podía diferir de ese comentario, porque Harriet no era la

mejor persona con la que le había tocado tratar.

—¿Tienes presentación mañana? —preguntó, para cambiar de tema

—No, está semana estamos jodidos. —Con un gesto de la mano hizo como si se cortara el cuello—. Pero la próxima tenemos el jueves, viernes y sábado…

—¡Qué bien! Podrán compensar lo de esta semana.

James asintió mientras masticaba y una vez tragó pudo seguir el tema.

—Vendrás, ¿cierto?

—Bueno, lo intentaré…

—Lauren, no me jodas, eres mi novia oficial… Te quiero ahí, conmigo, que me brindes tu energía.

—Es que los viernes tengo clases a primera hora. Te prometo que iré a la del viernes y sábado, pero la del jueves no creo que pueda.

—Vale, vale… Sé que tienes que ir a la universidad, a ti sí te gusta todo ese rollo.

—Sí, me gusta, dependo de ello, de otra forma no podré aprender ciertas técnicas.

—Tienes razón… ¿No te gusta la pizza? —preguntó al ver que poco había comido.

—Sí, sí, está muy rica. —Le dio otro mordisco—. Solo que tengo la manía de comer poco mientras hablo, me concentro más en la conversación —soltó una risita.

Entonces James trató de hablar menos para no distraerla y que comiera.

—¿Puedo hacerte una pregunta acerca de tu familia? —Lauren no quería que la plática llegara a un punto muerto. Sobre todo, porque quería saber muchas cosas de James.

—Puedes.

—¿Tu madre te apoya con lo de la banda?

James tomó la servilleta para limpiarse los labios mientras pensaba en la respuesta.

—Entendió que la música es lo que me apasiona, pero no tiene fe. Sigue pensando que lo único que hago es perder el tiempo y que no haré más que estrellarme una y otra vez con el fracaso… Solo está a la espera de que termine decepcionándome. —James sonrió con un poco de amargura—. Pero me lo dice de una forma tan sutil, que no puedo molestarme por eso. Solo me queda seguir luchando para que algún día pueda demostrarle que hacer música es mucho más que perder el tiempo.

—Es una pena que tu madre no crea en lo que haces, porque de verdad, son muy buenos.

—Ella cree en lo que hago, en lo que no cree es que en algún momento pueda vivir de la música.

—Pero ya lo están haciendo…

—A medias, pero no me lamento. Todo es un proceso.

—Me gusta mucho tu actitud. —Sonrió con admiración—. Sé que tan pronto puedan sacar un disco verán los frutos de tanto trabajo.

—Sin duda, sería un gran avance.

—¿Cuántas canciones han compuesto?

—Tenemos como unas cuarenta, además de ideas para otras. A mí me parece que tenemos buen material, pero no lo sabremos hasta que no lo vea un productor… Quizá termine pareciéndoles que tenemos pura mierda…

—No, yo creo que son muy buenas. *Fire in the night*, me gusta mucho.

—Gracias, sé que no lo dices solo por hacerme sentir bien con lo que hago.

—Ni remotamente parecido a eso… Me decepcionaría mucho que carecieras de ego artístico, porque tenerlo por las nubes es indispensable.

—Puta madre, eres fabulosa, Lauren —sonrió, encantado con ella.

—Lo intento. —Le hizo un guiño coqueto.

Minutos después James pidió la cuenta y después de pagar salieron del restaurante.

—Será mejor que te lleve de regreso a la residencia. Dejemos el paseo por Picadilly para otro día.

—¿Por qué? —Le fue imposible no pensar que había dicho algo malo.

—Porque supongo que mañanas debes levantarte temprano, me dijiste que los viernes tienes clases a primera hora.

—Ah, sí… cierto —recordó con alivio—. Podemos hacerlo mañana por la noche.

—¿Te parece si mañana salimos con los chicos? Así te presento como mi novia.

Esa idea le gustó mucho más. Así que asintió enérgica.

—Sí. Es mejor plan… ¿Crees que les agrade que sea tu novia?

—¿Por qué no iba a agradarles? —Le preguntó mientras caminaban tomados de las manos.

—No sé, quizá no es más conveniente para el grupo que permanezcan solteros; por eso de las fanáticas.

—Pura mierda, eso no tiene que ver. No voy a renunciar a ti por el qué dirán las fans… que todavía no tenemos.

—Sí tienen, por lo menos, en las dos presentaciones a las que fui, pude notar varias chicas bastante animadas —comentó sonriente.

—Tanto como fanáticas no lo creo, siempre hay mujeres que le excita ver a cualquier grupo musical, solo eso.

—Sí, es bastante común.

Lauren prefirió darse unos cuantos besos apasionados de despedida a una calle de la residencia, no quiso hacerlo en frente para evitar que la vieran y así levantar habladurías. No, por qué otras no lo hicieran, sino porque, por el momento, no deseaba estar respondiendo a la curiosidad del colectivo femenino que habitaba aquel edificio.

—¿A qué hora puedo pasar a buscarte? —preguntó James, mientras subían las escalinatas que conducían a la entrada de la residencia.

—No sé, ¿a qué hora te reunirás con los chicos?

—¿Te parece a las ocho?

—Bien, perfecto. Entonces nos vemos mañana —suspiró, emocionada.

—Hasta mañana. —Se acercó y le dio un rápido beso en los labios.

—Hasta mañana. —Ella le correspondió de la misma manera.

James esperó hasta que Lauren entró en el edificio y luego se marchó.

Ella estaba tan eufórica que por primera vez subir los cinco pisos no la dejó sin aliento. Por la hora, sabía que ya Telma debía estar dormida, por lo que entró con mucho cuidado. Y efectivamente, su compañera de habitación estaba rendida, solo estaba encendida la luz de la lámpara de su escritorio. Caminó de puntillas hasta la cama, sacó de debajo de la almohada el pijama y se fue al baño. Se lavó la cara, se cepilló los dientes y se puso el pijama, hizo todo eso sin poder borrar de su rostro una tonta sonrisa.

Cuando por fin puso la cabeza en la almohada y cerró los ojos, lo hizo con una sensación estupenda invadiéndole el pecho. Ese era el principio de todo.



CAPÍTULO 50

Esa noche cuando Lauren, bajó a encontrarse con James, en ningún momento se le pasó por la cabeza que él fuese a recogerla en una moto, muy parecida a la misma que usaba Tom Cruise en la última película que fue a ver al cine con las chicas.

—No me habías dicho que tenías moto —comentó al verlo sobre semejante vehículo, que debía admitir, a ella le intimidaba un poco. Pero él se veía más sexi de lo que ya era.

—Porque no es mía, es de Tommy.

—¿Y te la prestó para que vinieras a buscarme?

—Ya ves, al parecer, te los has ganado. —James se encogió de hombros—. ¿Nos vamos?

—Le tendió el casco. Aunque su uso era más un requisito que una obligatoriedad, prefería proteger a Lauren.

—Nunca me he subido a una, no sé… Me da nervios —sonreía inquieta, dándole vueltas al casco para ver cómo se lo ponía.

James dejó su casco sobre el asiento de la moto y le quitó el de Lauren.

—Solo tienes que abrazarte fuerte a mi cintura y tener cuidado con el tubo de escape para que no te quemes. —Se acercó y le dio un beso, que empezó con un contacto de labios, pero no se conformó solo con eso, saboreó con chupones los turgentes labios de Lauren, primero uno y luego el otro. Cuando se apartó le puso el casco—. ¿Entendido?

—Sí —dijo sonriente, aunque se sentía un poco como atrapada con eso puesto en la cabeza.

Él, se puso su casco, luego se acomodó en la moto. Se aferró con una mano al manillar y la otra se la ofreció a ella para ayudarla a subir.

—Sujétate —le pidió.

Lauren lo abrazó por la cintura y soltó un gritito cuando el motor de la moto rugió y la vibración la sintió entre los muslos.

—¿Estás lista?

—¡Sí! —chilló emocionada.

El paseo le pareció bastante corto y lleno de adrenalina, solo pudieron intercambiar pocas palabras mientras esperaban a que la luz de un semáforo le cambiara.

—¿Hemos llegado? —preguntó, al ver que se detuvieron frente a un edificio.

—Sí, aquí es donde vivimos.

Lauren se sorprendió un poco, ya que no esperaba que la reunión fuese en el apartamento de ellos. No sabía si iba sentirse segura en un lugar privado con tantos hombres.

—No serás la única mujer —dijo al notar la tensión en ella—. Vas a conocer a Theresa la hermana de Billie y a Carol, la chica con la que está saliendo Tommy, quizá ya la viste el viernes pasado.

Eso la tranquilizó, porque sí recordaba haber visto a Tommy muy bien acompañado esa noche.

—¿Ellas viven en el apartamento? —preguntó, levantando la mirada hacia él.

—No, al igual que tú, son invitadas… Ya verás, no hay espacio para que viva nadie más. A menos que nos deshiciéramos de los instrumentos.

—Y no, de eso no pueden deshacerse ni de coña. —Aceptó con bastante agrado que James le sujetara la mano y la llevara dentro—. Tengo una duda —comentó, mientras esperaban a que las puertas del ascensor se abrieran.

—¿Cuál?

—¿Cómo hacen para practicar? El ruido, seguramente, molesta a los vecinos. —Cuando por fin llegó el ascensor y abrió sus puertas con un chirrido, se dio cuenta que solo había espacio para dos personas; aun así, entrarían apretujadas.

James conocía bien cómo acomodarse en ese pequeño cubículo de metal, primero entró él y se posicionó de forma que ella quedara de frente.

—Subimos a la azotea. Ahí hay un viejo invernadero, que pertenece al propietario y nos lo alquila por mucho menos de lo que nos costaría un salón de ensayos.

Las puertas se abrieron en el cuarto piso y él le hizo un ademán para que saliera hacia un pasillo bastante angosto, que tenía puertas de madera pintadas de azul a ambos lados y las paredes, en ciertas partes, tenía la pintura desconchada.

«Le hace falta bastante mantenimiento» fue lo primero que a Lauren se le vino a la mente,

ya que incluso, tenía un par de bombillas que titilaban a punto de fundirse.

Antes de que pudieran llegar, Lauren escuchó el rock que retumbaba ahogado detrás de una de esas puertas. James la llevó casi hasta el final y abrió para ella la de la derecha.

—Bienvenida —le dijo e hizo un ademán para que pasara.

—Gracias. —Ella sonrió y al mirar hacia adentro, vio a los tres hombres y las dos mujeres.

Ray de inmediato se levantó de un sofá que tenía ciertas manchas de mugre, pero aún parecía estar en buen estado.

—Lauren, bienvenida… ¡Felicidades! Ya sabía yo que James no te dejaría en paz hasta que aceptaras salir con él.

—Gracias, Ray… Menos mal, que no tuvo que insistir mucho —comentó sonriente. Estaba emocionada al punto de que sentía los latidos en las sienes y un olor a marihuana golpeó su nariz, pero le pareció que no era abrumador, la música tampoco estaba demasiado alta, lo suficiente como para escucharla y al mismo tiempo permitirles conversar.

—Bienvenida, Lauren. —Billie la recibió con una cerveza—. Pasa estás en casa, aunque no hay mucho espacio para moverse.

—Es perfecto —dijo, aunque ciertamente era diminuto, solo había un sofá, una butaca, una mesa de centro y un televisor. Todos los instrumentos estaban en un rincón—. Gracias. —Recibió la botella y le dio un pequeño trago.

—Ven, quiero presentarte a mi hermana, Theresa.

—Hola, es un placer. —Lauren le ofreció la mano a la chica que se levantó del sofá.

—Igualmente, ya James nos había hablado mucho de ti…

—No lo creo. —Se sonrojó emocionada.

—Pues, créelo… y aprovecha que en este momento es un manso cordero.

Los otros dos puestos estaban ocupados por Tommy y Carol.

Tras saludar al guitarrista y hacer la presentación oficial con «la chica con la que estaba saliendo» Lauren empezó a preocuparse porque no veía un lugar en el cual pudiera sentarse, adivinaba que el único puesto disponible era el que estaba ocupando Ray.

—Siéntate. —Le señaló la vieja butaca de tapicería floral, que no contrastaba con nada del demás mobiliario. Por supuesto, eso tenía su historia.

—Oh, no… ¿y tú donde te vas a sentar? —Lo menos que quería era robar la comodidad del primo de James.

—Mi puesto oficial siempre es la alfombra —respondió al tiempo que se sentaba en el suelo, junto a la mesa.

La mirada de Lauren se desvió a la mesa donde había un par de porros de marihuana ya listos, pero también había hierba y papel de liar, dispuestos para la preparación de más tabacos. Además, había botellas de cervezas, pertenecientes a cada uno de los presentes.

Fue James quien se sentó en la butaca y tiró de Lauren con bastante facilidad para sentarla en sus piernas, la acomodó para que apoyara la espalda en uno de los reposabrazos y le alzó las piernas de modo que la parte trasera de las rodillas quedaron sobre el otro reposabrazos.

—¿Cómoda? —le preguntó, al tiempo que le rodeaba la cintura con los brazos y le dio un beso en el cuello.

Ella asintió porque estaba tan fascinada que no conseguía expresar palabra. Se sentía muy bien, cobijada por el calor y el aroma del cuerpo de James.

Enseguida Ray empezó contarle a Carol y a Theresa como habían conocido a Lauren, con la intención de involucrarla en el grupo. Luego, Theresa compartió algunas anécdotas de la niñez con Billie, cómo ella a pesar de ser menor muchas veces tuvo que defenderlos de los matones del

barrio, ya que nunca fue bueno para los deportes, siempre prefirió la música. Y cómo se integró a los demás chicos de la banda, a las pocas semanas de haberse mudado a Londres, ya que ellos eran de Leicester.

Cuando Carol le ofreció a Lauren de su porro, ella no se negó a pesar de que nunca había fumado; sí que había visto a muchas personas hacerlo. Intentó fingir que ella ya lo había hecho, porque no quería quedar como una tonta frente al grupo. Así que, le dio una calada y contuvo la tos, sin embargo, no pudo enmascarar el gesto por el sabor, pero sonrió y le devolvió el tabaco a Carol, al tiempo que saboreaba con la punta de la lengua el amargor que le quedó en el labio superior.

Sintió cómo James le acariciaba la espalda con un movimiento circular, entonces aprovechó para pasar el sabor de la hierba con un trago de cerveza, pero no fue buena idea, solo intensificó lo amargo.

En pocos minutos el ambiente era bastante agradable, todos reían o coreaban una que otra canción. Cuando llegó, Lauren no pensó que encajaría tan bien con ellos, pero la verdad, se lo estaba pasando muy bien. Se divertía con los cuentos que compartían y se encontraba deseando saber mucho más.

—¿Tienen alguna canción compuesta entre dos o más? —preguntó Carol, que al igual que Lauren, estaba en desventaja sobre la historia de la banda.

—Sí, por supuesto, tenemos varias —comentó Billie.

—¿Y cómo lo hacen? Es decir, ¿cómo eligen el tema? Ya sea drogas, amor, sexo, odio…

—Algunas veces es difícil saber de qué va una canción —intervino James—. La mayoría del tiempo ni siquiera sabemos por qué escribimos algunas frases, o cómo nos vino a la cabeza; ni siquiera tiene que significar algo…

—Con *Sweet and innocent* —tomó la palabra Ray entre risas—. Estábamos en el invernadero, drogados hasta la mierda, entonces yo dije una frase, Billie dijo otra, de pronto Tommy salió con un posible estribillo. —Todos empezaron a reír—. Mientras cada uno garabateaba en sus cuadernos porque sabíamos que, al día siguiente, ya lúcidos, no íbamos a recordar ni una puta frase…

—Al día siguiente… —Tommy continuó el cuento—. No entendíamos ni una maldita palabra, puros garabatos, solo conseguimos reescribir pocas frases…

—Pero es una canción muy buena —intervino Lauren, contagiada con las risas de todos o quizá era que le estaba causando ese efecto la marihuana. En ese momento, se estiró para recibir el tabaco que esta vez se lo ofrecía Theresa.

Sin embargo, antes de que le pudiera dar la calada, James se lo quitó y lo fumó él, luego se lo pasó a Ray.

—Ya no más para ti —le susurró en el oído, luego de que expulsó el humo y le mordió ligeramente el hélix de la oreja. Por supuesto que se dio cuenta de que era primera vez que Lauren ponía entre sus labios un porro y no quería que tuviera una mala experiencia—. Es por tu bien. —Le repartió tres besos, ahí donde le mordió con cariño.

Ella asintió y se volvió para darle un beso en los labios, de verdad, agradecía que la cuidara de esa forma.

—¡Vayan a la habitación! —Ray le lanzó una patata frita a James, porque tanto él como Lauren parecía que creían que estaban solos en el lugar.

—No, no… —Lauren rio abiertamente cuando se apartó del beso. Puso todo de su empeño para no sonrojarse.

James miró el perfil de Lauren y se dio cuenta de que su risa era contagiosa, porque

enseguida todos la siguieron, era como un virus que se propagaba.

—Ustedes lo que necesitan… —Carol retomó la conversación—-. Es a un tipo que esté dispuesto a respaldarlos con mucho dinero, porque solo así podrán grabar el disco, también que les consiga una promoción que cause revuelo…Y que saque un gran número de copias, que les encuentre una amplia cobertura radiofónica sin precedentes y que organice una gira masiva. Alguien que apueste a lo grande y desde el principio, porque solo así conseguirán vender miles de discos… No, miles no, serán millones de discos. Sé que van a conseguir a ese tipo que sea jodidamente ambicioso.

—Brindo por eso. —Theresa alzó su botella de cerveza.

—¡Sí! —dijeron al unísono y extendieron las botellas todos al centro para chocarlas.

Ya pasada las tres de la mañana, Lauren se sentía bastante mareada, como nunca lo había estado, pero era que había pasado por mucho, el número de cervezas a la que estaba acostumbrada; sin embargo, lo estaba pasando tan bien, que no pudo rechazar cada vez que le entregaban una botella.

—Yo, mejor me voy a dormir… pero primero iré a vomitar —dijo Theresa bastante ebria, se levantó del sofá y pateó a su hermano que estaba tirado en la alfombra, ya más dormido que despierto—. Oh, mierda, quítate de la mitad…

Billie refunfuñó y se hizo un ovillo, abrazado a una botella que aún derramaba algo de cerveza.

—¡Theresa, estoy meando! —se escuchó gritar a Ray desde el baño en el pasillo—. Dame un segundo de privacidad…

—¡Entonces vomitaré en tu apreciado Ficus! —dijo acercándose a la planta de un color verde mediterráneo y que Ray era el único encargado de darle un poco de cuidado.

—Si lo haces, te mato —salió del baño levantándose el zíper.

Theresa corrió al inodoro.

—Asqueroso, no tiraste la cuerda, has dejado meado todo… —su perorata se interrumpió por una arcada.

Todos arrugaron la cara con asco y agradecieron que Ray cerrara de un portazo.

—¿Dónde están Tommy y Carol? —preguntó, al llegar al pequeño salón, donde solo estaban James y Lauren, ella casi dormida sobre el hombro de su primo.

—Subieron al invernadero…

—A follar.

—Lo más seguro.

—Espero por el bien de Tommy que no me vaya a ensuciar la batería… ¿Quieres otra cerveza? —le ofreció.

—No, ya no más… —Le apartó el pelo de la cara a Lauren y le acarició la mejilla para despertarla—. Es hora de llevarte a la residencia.

—¿Qué hora es? —intentó mirar en su reloj de pulsera, pero no conseguía enfocar las agujas.

—Las tres y cuarenta —dijo James.

—Oh, mierda… sí, ya es muy tarde. —Soltó una risita, cuando debía estar preocupada, ya que nunca había llegado más de las dos de la mañana.

Se levantó de las piernas de James, pero enseguida volvió a caerse, esta vez con su trasero encima de su pene y no de su muslo. Pudo sentirlo, también cómo él la sujetó por las caderas. Deseó quedarse ahí, pero le ayudó a que volviera a estar de pie.

James enseguida supo que no era prudente llevarla en la moto y estudió la posibilidad de

pedirle que se quedara, pero el único lugar disponible era en su cama con él, y estaba seguro de que no iba a poder controlar sus ganas de follársela; por supuesto, ella accedería, debido a las condiciones en la que se encontraba, sería muy fácil excitarla, sin embargo, no era así como quería que pasara. No la primera vez.

—Vamos —La alentó.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Ray.

—No, no… yo estoy bien —dijo Lauren levantando una mano y volvió a reír.

—Sí, se nota. —Ray se carcajeó.

—Puedo solo. —James también rio y le dio un beso en la sien.

Ya en la calle mandó a parar un taxi y subió con Lauren en el asiento de atrás. La acomodó para que se acostara en su regazo y en menos de cinco minutos terminó dormida.

Fue muy fácil para él darse cuenta de que ella no estaba acostumbrada a tomarse más de cinco cervezas, ni mucho menos a fumar.

Cuando faltaba una calle para llegar a la residencia la despertó, los pocos minutos de sueño le sirvieron para nivelar los niveles de alcohol y estar más sobria.

—¿Puedo acompañarte hasta tu habitación? —le preguntó, una vez bajaron del coche y él le ayudó a subir la escalinata.

—No, no puedes… No te preocupes, puedo hacerlo sola. No estoy tan borracha, además, no puedes hacer esperar al taxista.

—Bien. —Le despejó los mechones de la cara, para luego acunarle las mejillas.

Ella sonrió y cerró los ojos, él ante ese gesto también sonrió.

—¿No vas a besarme? —preguntó, aún con los ojos cerrados.

Entonces él lo hizo, le dio un beso profundo, intenso, un beso arrollador; al que ella correspondió con bastante entusiasmo. Lauren olvidó por completo que estaba frente a su residencia, solo se entregó a ese beso que le despertaba cada poro de la piel.

—Ve a descansar —le pidió en un susurró que le calentó los labios.

—Eso haré… ¿Qué harás por la tarde?

—Voy a ensayar… ¿Quieres acompañarme?

—Me encantaría, trataré de cubrir toda mi lista de pendientes… No es necesario que vengas por mí, ya sé cómo llegar… ¿Será en el invernadero?

—Sí, pero no te sientas en la obligación de venir, primero haz tus cosas.

—Quiero estar contigo. —Hizo un puchero y dejó caer su frente en el hombro izquierdo de él.

—Bien, estaré esperando por ti.

Lauren se abrazó fuerte a su cintura, ella siempre había deseado que la escogieran, ser importante para alguien y que la trataran de forma especial. Muy en el fondo, estaba desesperada porque la quisieran, por formar parte de algo y de alguien; James le estaba demostrando interés, verdadero interés. Él volvió a sujetarle el rostro y le dio otro beso, uno más cargado de ternura y menos lujuria.

—Entra —le pidió apartándola de él.

—Adiós —dijo sonriente y también se despidió con la mano.

James se quedó en el mismo lugar, esperó a que ella metiera la llave en la cerradura, entrara y volviera a cerrar. Luego regresó al taxi y subió.

Lauren subió las escaleras, aferrada al pasamanos, y se detenía para tomar un respiro cuando el mareo se intensificaba, esperaba a que todo dejara de dar vuelta, se reía bajito y continuaba. Entró en la habitación tratando de hacer el menor ruido para no despertar a Telma y

a duras penas llegó a la cama, se quitó las botas y así se metió bajo las sábanas.



CAPÍTULO 51

Lauren despertó con la cabeza a punto de explotar y apenas abrió los ojos, tuvo que cerrarlos por la molestia que le causó, ver apenas el débil resplandor de un día gris, colándose a través de la separación de las cortinas.

—Ay. —Se llevó las manos a la cabeza y enseguida percibió un sabor terriblemente amargo que le invadió la boca, seguida de una sed abrasadora.

Pero hacer el intento de levantarse significó la más terrible de las torturas. Estaba segura de que no había bebido lo suficiente como para perder el conocimiento, porque recordaba todo, pero no sabía si en algún momento se golpeó la cabeza. Sí, otras veces, después de haberse tomado

unas cuantas cervezas, despertaba con cierto malestar, pero nada ni remotamente parecido a eso que la estaba matando.

La garganta le ardía y cada vez que tragaba era como si le restregaran un papel lija. Necesitaba agua con urgencia y Telma no estaba en su cama para que le hiciera el favor de acercársela.

«Tú puedes», pensó mientras se armaba de valor y esperanzada en que una vez que calmara la sed, su molestia mejoraría considerablemente.

Giró sobre su lado derecho, para apoyar sus manos y así ayudarse a levantar el torso.

—Ay, ay, ay… —se quejó con cada pequeño movimiento que hizo.

Salir de la cama lo consideró un gran logro, pero al levantarse sintió sus piernas débiles y a cada paso que daba, sentía pinchazos en las plantas; aun así, no se rindió, caminó al baño apoyándose en cualquier mueble. Una vez ahí, se miró la cara en el espejo; un espanto, debía lucir bonito si lo comparaban con ella.

Tenía el rímel, el delineador y el pintalabios corrido, no era más que un conjunto de manchas en negro y rosa. Darle importancia a eso era gastar la poca energía que tenía; así que, abrió el grifo, puso debajo las manos y esperó a que se llenaran, casi con desesperación bebió, esa acción la repitió unas diez veces, lo que hizo que su capacidad gástrica se desbordara y enseguida devolviera como vómito, no solo toda el agua que había tomado, sino también todo lo bebido y comido desde que salió del vientre de su desconocida madre.

—¡Qué asco! —dijo con la voz ronca y la garganta ardida, mientras arrugaba la nariz por el olor ácido y amargo que aromatizaba el ambiente.

Para empeorar ese momento, se dio cuenta de que el desagüe se había tapado, muy probablemente con todos los alimentos mal digeridos que expulsó en el lavamanos. A pesar de lo temblorosa que estaba, cerró con rapidez la llave, o toda esa porquería terminaría desbordándose.

—Me quiero morir —chilló y dejó que la debilidad la venciera, cayendo de rodillas y sintió el golpe en su cabeza. Sus manos estaban peligrosamente frías y pálidas; empezó a temer desmayarse en cualquier momento, quizá debía pedir ayuda, pero no creía poder llegar siquiera a la puerta de la habitación.

«Solo tengo que respirar para calmarme, tomarme mi tiempo», pensó, sintiendo la debilidad en su cuerpo, pero su corazón latía como loco y sudaba profusamente. Un sudor frío. «No volveré a tocar una cerveza en mi vida… ¿o quizá fue el porro?»

Tras varios minutos, empezaba a sentirse mejor, por lo que se levantó encontrando apoyo en los bordes del lavabo… Volvió a sufrir arcadas al ver cómo había bajado un poco el líquido, pero todavía nadaban en jugos gástricos los sólidos que devolvió.

La única forma era sacar los sólidos, pero sabía que si metía la mano vomitaría todos sus órganos, porque era lo único que debía quedarle dentro. Le mortificaba la idea de que Telma llegara y se encontrara con ese repugnante espectáculo. Por lo que, trató de aclarar la mente para así encontrar una solución. Salió del baño para respirar un aire menos viciado, corrió las cortinas y abrió la ventana. La brisa fría y húmeda se coló en la habitación; al parecer, había llovido toda la mañana y hacía muy poco que escampó.

Se sentó al borde de la cama, muy cerca de la ventana, para respirar aire fresco y en poco tiempo, empezó a sentirse mejor, su cuerpo tembloroso, empezaba tener más control y el sudor frío y pegajoso se evaporó.

—Estoy segura de que esto es lo más cerca que he estado de la muerte —se dijo al tiempo que buscaba en el cajón de su mesa de noche, un chicle, quería quitarse el desagradable sabor, pero enseguida desistió de esa idea, porque masticar solo le intensificaría el dolor de cabeza.

No podía olvidar el desastre en el baño; tras una honda respiración, regresó. Todo seguía igual, el apestoso líquido en el lavabo había bajado quizá un par de milímetros. Sabía que la única manera era destaparlo. Se resignó a que debía meter la mano, pero ni loca lo haría sin protección, así que, se acuclilló y del mueble inferior sacó una de las bolsas que usaban para ponerle a las papeleras y la usó como guante.

Con un gesto de profundo asco metió la mano y fue recogiendo los alimentos mal digeridos, con el cuidado de que no se le filtrara líquido, atrapó todo lo que pudo y lo echó en el inodoro. Eso lo hizo unas siete veces, limpió cuanto pudo el desagüe y entonces, por fin, el líquido drenó.

Tiro de la cuerda del inodoro y en medio de un remolino vio desaparecer toda esa porquería. Luego se dedicó a conciencia a limpiar con su champú la porcelana del lavabo, mientras mantenía abierto el grifo para que se llevara la espuma.

Varios minutos después, el baño ya tenía mejor aspecto, aunque no el mejor olor, era una mezcla de vómito y su champú, entonces buscó en el mueble donde también guardaban las bolsas, el aerosol de Glade de aroma floral y esparció no solo en el baño, sino que en toda la habitación.

Terminó agotada, lo que sumaba un malestar más a su pobre cuerpo. Con algo de miedo, buscó en la pequeña nevera que tenían en la habitación, una lata de Sprite y tomó de a sorbos pequeños. No consiguió tomarse ni la mitad, cuando una vez más su estómago quería salirse por su garganta. Tenía que hacer algo para mejorar su estado actual, supuso que una ducha le ayudaría y se fue al baño. Se quedó un largo rato debajo de la alcachofa, incluso se sentó en el piso con las piernas pegadas al pecho.

«Nunca más haré semejante combinación», pensó con los labios temblorosos. En efecto, cuando salió del baño con una toalla en la cabeza y otra cubriéndole el cuerpo, sentía que había mejorado considerablemente.

—Buenas tardes, bella y borracha durmiente —dijo Telma al entrar en la habitación. Estaba algo sudada porque apenas escampó salió a correr.

—Hola, buenas tardes —saludó Lauren con un chillido, mientras se desenredaba el pelo aun mojado.

—¿A qué hora llegaste? —le preguntó, porque ella estuvo despierta hasta las tres de la mañana.

—Como a las cuatro, eso creo… No estoy muy segura. Es que bebí como nunca.

—Sí, y se nota que no estás nada bien, te ves bastante pálida.

—Siento que estoy muriendo. En cuanto me desperté, vomité todo lo que había comido desde que nací y tengo un dolor de cabeza que siento que empieza como por detrás de los ojos… Es horrible.

—Es una tremenda resaca, toma… Bebe esto. —Le ofreció la mitad del Gatorade que se había estado tomando—. Te ayudará, porque debes estar muy deshidratada.

—Gracias —dijo al recibir la botella con la bebida isotónica—. Aunque tengo miedo de volver a vomitar.

—Tómalo de a pequeños sorbos… ¿Tomaste algo para el dolor de cabeza? —le preguntó y Lauren negó. Telma se levantó y fue al baño en busca del botiquín, sacó unas aspirinas—. Aquí tienes. —Le dio el frasco, mientras sonreía—, pero creo que es mejor que primero comas algo, para que protejas el estómago—. ¿Qué fue lo que tomaste?

—Cerveza… y… —Lauren bajó la mirada, se sentía un poco avergonzada, aunque bien sabía que eso para Telma era normal.

—¿Y? —curioseó, levantando una ceja.

—Le di como cuatro caladas a un porro de marihuana —masculló. Decidió confesárselo, porque así su amiga, sabría cómo ayudarle—. Creo que eso es lo que me ha hecho tanto mal.

Telma se carcajeó, se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—No, eso no tiene que ver. Creo que solo es la primera vez que te emborrachas, lo haces de verdad.

—Y se siente horrible, ¿siempre será así?

—No, solo algunas veces y es difícil predecir cuál es la borrachera que al día siguiente pasa factura.

—Entonces, jamás volveré a beber para no correr el riesgo.

—Todas, en algún momento, decimos eso —dijo entre risas y apoyó la cabeza en el hombro de Lauren—. Pero adivina, ¿qué? Siempre… siempre volvemos a caer en los efectos del alcohol o las drogas… Con el tiempo lo tolerarás mejor.

—No quiero tolerarlo mejor, no volveré a tomar tanto como lo hice anoche.

—Mejor vístete, vamos a comer fuera, necesitas algo bien sustancioso… también podemos aprovechar para hacer las compras —dijo, dándole una palmadita en el muslo.

Lauren y ella decidieron que era mejor, dar cada una la misma cantidad de dinero y comprar la comida para ambas, así no deberían tenerla por separado ni bajo llave en los armarios, la dejaban donde cualquiera de ellas pudiera tener acceso.

—No sé si sea buena idea.

—Lo es, el aire libre te hará bien.

—Está bien —suspiró—. Necesito estar bien para la tarde porque James me invitó a los ensayos.

—Ay no, yo pensé que irías con nosotras al Royal Albert Hall, recuerda que hoy es la última noche Los Proms de la BBC y el director será Raymond Leppard… pero bueno, entiendo que a ti te gusta más el rock que la música clásica, y que James es muchísimo más guapo que Leppard.

—Lo siento, lo había olvidado —chilló, sintiéndose en una encrucijada.

—No te preocupes, sé que ahora quieres pasar más tiempo con James, después de todo, es tu novio… Eso sí, espero que no te alejes mucho de nosotras, porque somos tus amigas y también queremos pasar tiempo contigo.

—Gracias, Telma. —Le dio un abrazo—. Ustedes son muy importantes para mí, jamás las haría a un lado para estar con James. Voy a planificar muy bien mis tiempos libres.

—Vale, ahora voy a ducharme, mientras te vistes para que vayamos a comer. —Se levantó y caminó al baño, pero antes de entrar se volvió hacia Lauren—. Tómate el Gatorade, te ayudará a recuperar un poco las fuerzas.

—Sí, lo haré.

Lauren aprovechó que Telma entró a ducharse para levantarse de la cama e ir a su armario a buscar la ropa y vestirse. Mientras se ponía cada prenda, daba un pequeño sorbo a la bebida que su amiga le ofreció.

Casi media hora después, salieron de la residencia y fueron a comer a un pequeño restaurante que estaba cerca del supermercado en el que, cada fin de semana, hacían las compras. Lauren, no quería comer mucho ni tan pesado por temor a volver a vomitar; así que, solo pidió salmón a la parrilla con espárragos y un té verde que endulzó con abundante miel.

Telma tenía razón, después de comer, se tomó la aspirina y empezó a sentirse de verdad mucho mejor.

—Antes de ir al supermercado, tengo que llamar al padre Francis, después no podrá

atenderme porque le toca oficiar la misa —le comunicó a su amiga, mientras sacaba de su cartera para pagar su cuenta.

—Yo también tengo que llamar a mamá —asintió, al tiempo que también sacaba un billete —. ¿Te sientes mejor?

—Sí, mucho… Gracias.

—Te aconsejo que no tomes nada de alcohol hoy, espera unos días hasta que tu cuerpo vuelva a hidratarse. —Se levantó de la silla.

—No, no volveré ni a oler una cerveza en años. —Lauren también se levantó y caminaron a la salida, en busca de la cabina telefónica más cercana.

Cuando Lauren escuchó la voz del sacerdote, se despertó en ella el remordimiento y la culpa. Sabía que había hecho mal, que fumar marihuana no eran cosas que agradaran a Dios, por lo menos, así lo veía esa parte de sí que fue criada con esas creencias; sin embargo, todos los días en su nuevo entorno, ese tipo de conductas eran normales de los jóvenes que solo querían divertirse.

Sintió la extrema necesidad de contarle al padre todas las cosas por las que estaba pasando en tan poco tiempo; aún no le había dicho que tenía novio, ni tampoco, que casi todos los fines de semana en sus salidas solía consumir alcohol, y ahora, para hacerlo todo más cuestionable, también cedió a las drogas. Pero más allá de sus propios conflictos, lo que menos quería era atormentarlo, por lo que prefirió seguir sin decirle nada; sin embargo, se prometió que mañana, a primera hora, iría a la iglesia, asistiría a misa y se confesaría, para así, estar más tranquila.

El padre Francis se sentía orgulloso de ella y le decía que todos en el oratorio la extrañaban, también le recordó que en un par de semanas sería su décimo noveno cumpleaños y que él pensaba visitarla en Londres, para que no lo pasara sola.

Esa idea le emocionó mucho a Lauren, todavía no había hecho planes para ese día, ya que era lunes; muy probablemente, sus amigas iban a querer que lo celebraran el fin de semana siguiente.

Con la bendición del padre terminó la llamada, si dependiera de ella, podría pasar horas hablando con él, pero sabía que tenía muchas ocupaciones en la iglesia y ella también tenía que cumplir algunos pendientes antes de ir al apartamento de James.

—Ahora sí, vamos al supermercado —le dijo a Telma que esperaba fuera de la cabina.

Caminaron un par de calles hasta el supermercado, cogieron un carrito en la entrada y mientras se paseaban entre los pasillos y metían los productos, Telma le pidió a Lauren que le contara con detalles cómo había sido su noche con los chicos de Sweet Poison.



CAPÍTULO 52

Octubre 1986: Maryland – Estados Unidos.

Patrick despertó con la seguridad de que era domingo y no tenía que ir a trabajar. Se encontraba solo en la cama y supuso que Madeleine debía estar preparando el desayuno; así que, fue al baño, se cepilló los dientes y se lavó la cara, se puso el ojo protésico y en pijama decidió bajar a la cocina.

Desde el pasillo le extrañó que no percibía ningún aroma de alimentos y todo estaba muy silencioso. La puerta de la habitación de Stella estaba cerrada y nunca lo estaba, enseguida cogió el pomo y lo giró para abrirla, pero no cedía, estaba con seguro.

—Stella, cariño… —Golpeó, pero no recibió respuesta—. Mi niña, Stella, recuerda que no puedes cerrar la puerta. —Siguió tocando, mientras inútilmente giraba el pomo.

Pensó que eso era verdaderamente extraño, pero antes de permitir que sus nervios le traicionaran y le hicieran pasar un mal momento, prefirió ir hasta la cocina.

«Quizá tenía el seguro puesto, dejaron la ventana abierta y la brisa la cerró». Con ese pensamiento, se dirigió hacia las escaleras, con la esperanza de encontrar a su hija y su mujer preparando el desayuno. «O quizá fueron a buscar a Lenny», seguía justificando toda esa extraña situación.

Desde el último escalón de las escaleras pudo escuchar una risita que hizo que se le detuviera el corazón, pero sus piernas se movieron más rápido, por lo que corrió peldaños abajo; antes de que pudiera llegar a la planta baja, la risa volvió a resonar. Él conocía bien ese tono, sabía a quien pertenecía ese gesto cantarín. Cuando llegó a la planta baja, vio en el salón por encima del respaldo del sofá una cabecita de cabellos dorados.

—¿S-S-Susan? —tartamudeó con el corazón latiéndole a punto de explotar y enseguida su garganta se llenó de lágrimas.

—Papi. —Se volvió a mirarlo—. Mira, papi, que bonito…

—¿Susan? —Todavía no podía creérselo y caminó vacilante hasta donde estaba su pequeñita. Al llegar, la vio sentada, sus pies no tocaban el suelo y tenía en las manos una bola de cristal de navidad, mientras sonaba la melodía de un villancico.

—Mira, papi, ya sé. —Alzó la bola para enseñársela y le sonrió ampliamente.

—Oh, sí… ya sabes —respondió—. Has aprendido muy rápido. —Caminó hasta el sofá y se sentó a su lado. Enseguida la cargó y la sentó en sus rodillas.

—La nieve cae, es bonito, ¿verdad, papi? —Se volvió a mirarlo con sus ojos grises y su hermosa sonrisa.

Patrick hundió la nariz en su pelo, olía a ella, a bebé, a su pequeñita. La abrazó con fuerza, sintiendo que el ligero peso sobre sus rodillas y la calidez de su pequeño cuerpo, tenían el poder para unir cada pedacito de su alma fragmentada.

—Sí, es muy lindo…

—¿Quieres ver cómo lo hago?

—Sí, claro —la alentó y le dio un beso en la cabeza.

Susan puso la bola al revés y dejó que la nieve se amontonara en la parte superior, luego le dio la vuelta rápidamente y soltó una risita, al ver cómo la nieve volvía a caer sobre la casita que estaba dentro.

—Aquí todo el tiempo cae nieve… ¿No hay verano ni primavera? —preguntó inocentemente.

—Es el Polo Norte, cariño.

—Debe ser triste, porque no pueden salir, deben estar encerrados todo el tiempo.

—Claro que pueden salir y hacer muñecos de nieve… Y lo mejor de todo, es que pueden tomar chocolate caliente con malvaviscos durante todo el año… ¿No te parece increíble?

—Sí, pero tú me podrías hacer un chocolate caliente con malvaviscos, aunque sea verano.

—Por supuesto. Haría cualquier cosa que me pidas.

—Me harías uno, por favor —pidió con sus ojos suplicantes.

—¿Ahora? —preguntó, sonriente.

—Sí —volvió a reír.

—Bueno, enseguida te lo preparo —dijo al tiempo que la cargaba y la puso a su lado en el sofá—. No tardaré nada, me esperas aquí… sigue jugando. —Le dio otro beso en la cabeza.

—Te quiero, papi. —Lo abrazó con fuerza.

—Yo también, mi niñita. —Patrick correspondió al abrazo—. Más que a nada en el mundo. —Se levantó y fue a la cocina a preparar el chocolate.

Se esmeró en hacer el mejor chocolate para su hija, se sentía invadido por una paz indescriptible y una tranquilidad abrumadora se aferraba a su alma. Era feliz, como no lo había sido en mucho tiempo.

Puso en una bandeja la taza de chocolate, unos cuantos malvaviscos y galletas. Regresó a la sala y lo primero que vio fue la puerta principal abierta. Barrió con la mirada el lugar y su hija no estaba.

—Susan —le llamó, mientras avanzaba con cautela—. Susie, está listo el chocolate.

Dejó sobre la mesa de centro la bandeja y enseguida vio en la alfombra la bola de nieve rota, el cristal estaba hecho añicos, en medio de un charco de agua y los diminutos pedazos de plásticos que simulaban la nieve. Eso lo hizo entrar en desesperación, por lo que corrió hacia la salida.

—¡Susan! —La llamó a gritos desde el porche mientras miraba aterrados a todos lados—. Susie —Corrió y atravesó el largo antejardín hasta llegar a la cerca—. ¡Susan! —siguió llamándola y, al no verla, bordeó la casa para ir al patio trasero, mientras gritaba el nombre de su hija.

Corrió por toda la propiedad, llegó hasta la cabaña de Lenny, pero no había edificación alguna, luego corrió de regreso a la casa y a mitad de camino se detuvo junto al cobertizo, para coger aliento.

—¡Susan! —volvió a llamarla—. ¿Dónde estás? ¡Susan!

Patrick despertó y trasladó la honda respiración que había tenido en el sueño a la realidad. Con una gran bocanada se dio cuenta de que había despertado, estaba boca arriba y con las manos empuñadas sobre el pecho, sentía el martilleo intenso de su corazón. El espacio de Madeleine a su lado estaba vacío y como si fuese a revivir el episodio al que lo llevó su inconsciencia, apartó la sábana y salió de la cama rápidamente.

No se detuvo a calzarse las pantuflas ni a ponerse el ojo protésico, corrió por el pasillo y escaleras abajo. El sofá estaba vacío, enseguida una profunda tristeza llenó su pecho y estuvo a punto de caer de rodillas, pero lo mantuvo en pie unas carcajadas provenientes de la cocina. No eran de Susan, bien lo sabía; aun así, fue en busca de consuelo.

—Ay, no mami… Me quedó feo —dijo riendo Stella.

—No, cariño mío, es el primero, suele pasar… Seguro que el segundo hot cake te quedará mucho mejor… —Madeleine levantó la mirada y vio a Patrick en la entrada de la cocina. Le extrañó verlo despeinado y sin la prótesis, porque nunca salía de la habitación sin ella.

—Buenos días —le sonrió, aunque luchaba con el nudo de lágrimas en la garganta.

—Buenos días —saludó Madeleine—. ¿Está todo bien?

—¡Papi! Todavía no puedes bajar, no está listo el desayuno… —Aunque eran pocas las veces que había visto a su padre sin el ojo, siempre le causaba cierta impresión.

—Lo sé, cariño… Enseguida regreso a la habitación. —No pudo ocultar su voz ronca por las emociones que le asediaban—. Volveré en media hora. —Se volvió para marcharse.

—Patrick, ¿sucede algo? —lo detuvo Madeleine con su pregunta.

—No, nada cariño… Todo está bien, te lo prometo, es que me desperté un poco desorientado, creí que se me había hecho tarde para ir al trabajo.

—Papi, hoy es domingo —se rio Stella.

—Me he dado cuenta ya muy tarde, debí dormir un poco más. —Sonrió, pero el gesto no

llegó a su mirada—. Voy a ducharme y bajo en media hora para que comamos juntos.

Patrick regresó a la habitación y se fue directo a la ducha, porque el agua que caía de la alcachofa ayudaba a amortiguar el sonido de sus sollozos. Pocas veces, después de tantos años, se permitía llorar por Susan, pero ese sueño lo dejó devastado, reavivó el crudo vacío en su pecho. Era como retroceder quince años y llegar a su casa para no encontrar a su hijita.

Madeleine, hablaba todo el tiempo de cómo luciría Susan, con ocho, con diez, con quince, con dieciocho años. Ella tenía la habilidad mental, para hacerse una imagen muy nítida de cómo sería, incluso se aferraba con fervor al retrato que les hizo el dibujante forense. Sin embargo, él no podía, por más que lo intentara, no conseguía que los rasgos de su hija maduraran en su memoria. Ella seguía de tres añitos, esa era la imagen a la que se aferraba.

Cuando Patrick regresó a la planta baja de su casa, ya bastante más calmado. Madeleine y Stella habían puesto la mesa del comedor y la brisa fresca del exterior se colaba a través de la puerta mosquitera.

—Ustedes cocinaron como para un batallón. —Llegó con una sonrisa, mientras veía los alimentos en la mesa. Hot cake, huevos fritos, tocino, tostadas, fruta picada, jugo de naranja, café, leche.

—Es que hicimos para todos —respondió Stella, emocionada.

—Bueno, todo se ve muy rico… —Se sentó en su puesto en el comedor sin quitarle la vista al desayuno—. ¿Y Lenny? ¿Ya lo llamaron?

—Sí, pero no vendrá —comentó Madeleine, mientras se acomodaba la servilleta en el regazo—. Me dijo que tiene compañía.

—Seguro que está con una novia —intervino Stella, arrodillada sobre la silla.

—Con otra… —ironizó Patrick—. Cariño, siéntate bien —le pidió a la niña.

Aunque su hijo vivía a pocos metros y en el mismo terreno, desde que se mudó a la cabaña lo veía bastante poco; en parte, debido al trabajo de ambos. Agarró una tostada, la untó con mantequilla y mermelada de mora, luego le dio un gran mordisco y lo pasó con un sorbo de café.

—Papi, ¿te gusta la comida?

—Sí, cielo, está deliciosa.

—¿Al terminar de comer podremos ir a trabajar en el huerto? —Le emocionaba, porque casi todos los domingos, se pasaba gran parte del día en el jardín con su padre y veía el resultado del trabajo que entre los dos llevaban durante todo el año.

—Claro, yo creo que hoy podremos cosechar las últimas fresas de la temporada.

—¡Sí! —dijo emocionada y se hizo de una tirita del crocante tocino—. ¿Y esta noche vamos a cenar en casa de los abuelos?

—Sí, vamos a celebrar el cumpleaños de la abuela —respondió Madeleine, ya que su madre cumplía sesenta y dos años.

—Le llevaré unas fresas. Papi, ¿puedo?

—Sí, por supuesto.

—¿También irá la tía Melania? Me gustaría ver a Emilie y a Kurt. —Eran sus primos de diez y cuatro años, con los que le gustaba mucho pasar el rato.

—Sí, podrás jugar con ellos. —Madeleine sonreía, con la mirada puesta en su niña. Era tan parlanchina, que mientras estuviera a su lado, nunca la hacía sentir sola.

En cuanto terminaron de comer, Patrick se encargó de recoger la mesa y meter los utensilios en el lavavajilla, mientras Madeleine llevó a Stella al baño para que se cepillara los dientes y para cambiarle el pijama por la ropa de trabajo en el jardín. Era un mono de jean con una camiseta manga larga y un sombrero de paja. Además, le aplicaba suficiente protector solar para

cuidarle la piel.

—¡Estoy lista! —dijo, sorprendiendo a su padre en la cocina, que estaba parado frente a la puerta mosquitera, viendo hacia el patio.

—Vamos, que nos espera mucho trabajo —Se volvió a mirarla por encima del hombro y le sonrió.

—Voy a empezar a limpiar, en un rato llevaré limonada —dijo Madeleine, que se acercó a su esposo y le puso una mano en el pecho. Ella sabía que algo le pasaba porque lo notaba bastante taciturno, pero fuera lo que fuese que le estaba sucediendo no quería contárselo.

Él se inclinó y le dio un beso en los labios, mientras su hija tiraba de una de sus manos, ansiosa por empezar el trabajo.

—Vamos, papi.

—Sí, sí, ya vamos… —Le dio otro fugaz beso a su mujer y cedió ante las exigencias de su niña.

Madeleine abrió la puerta mosquitera para que salieran, y Stella salió corriendo hacia el cobertizo, para ir a buscar las herramientas e implementos que usaban en el huerto.

—¡Espérame! —le pidió Patrick.

La niña ralentizó la carrera y esperó a su padre.

—¿Papi, y si visitamos de sorpresa a Lenny y a su novia? —propuso, con la mirada cargada de pillería.

—No, cariño, no es educado llegar a una casa sin antes anunciarse. Además, Lenny debe estar durmiendo.

—¿Tan tarde?

—Bueno, no lo sé. —Se encogió de hombros, comprendiendo que fue imprudente de su parte decir algo como eso—. Mejor dediquémonos a nuestro trabajo, recuerda que debes cosechar las fresas para tu abuela.

—Oh, sí… ¿Crees que estén también listos los rábanos? —le preguntó, mientras balanceaba la mano de su padre que sujetaba la suya.

—En cuanto lleguemos al huerto, lo veremos. —Subió la escalinata de la entrada del cobertizo y abrió la puerta.

Un par de minutos después; iba cargado con lo necesario hacia el huerto, mientras su hija lo seguía.

Madeleine aprovechó que su marido y su hija estarían un buen rato ocupados para entrar en el estudio, como lo hacía todos los días por las mañanas. Eso se había convertido en una necesidad y las pocas veces que no había podido hacerlo, trataba luego de recompensarlo.

La biblioteca, tenía un compartimiento inferior, abrió las puertas y dentro de unas cajas que contenían documentos viejos de cuando ella daba clases, sacó un cuaderno, este era el número veintisiete y ya estaba por terminarlo.

Lo sacó y se fue al escritorio, tomó un bolígrafo y empezó a escribir en lo que para ella era una especie de diario en el que todos los días le escribía a Susan. Lo hacía, porque no perdía las esperanzas de que algún día iba a encontrarla, de que algún día su hija regresaría a casa, pero no estaba segura si cuando eso pasara ella seguiría con vida; por supuesto, lo menos que quería era irse de este mundo sin antes volver a ver a su niña, pero lo menos que podía hacer era predecir el destino; entonces, solo por si acaso, escribía, para que Susan supiera que ella la había extrañado todos los días de su vida. Hacer eso, dejar en esas líneas sus pensamientos, de alguna manera, también le ayudaba a soportar tanto dolor e incertidumbre.

Cariño, mi pequeña, mi Susie.

Hoy se cumplen exactamente 5.528 días, desde que no te veo, no te abrazo, no escucho tu voz y no siento tu olor, amor mío.

5.528 días de agonía, angustia y dolor. Siempre te lo digo, donde quiera que estés; mi amor, debes ser fuerte y paciente, porque volverás a casa, con tu familia, no sé cuándo, pero sé que regresarás. Te extrañamos cada día, cada minuto.

Siempre, siempre estás en mi mente y en mi corazón.

Te amo, mi pequeña.

Terminó de escribir, se levantó y regresó el cuaderno a la caja. Al salir del estudio se fue a la habitación principal, porque siempre empezaba por ahí cuando limpiaba la casa. Luego, seguía con la habitación de Stella y de ahí, pasaba al cuarto de lavado, donde ponía en la lavadora las prendas que recogía de ambas habitaciones. Hizo una pausa en sus tareas para ir a preparar la limonada que le llevaría a su marido e hija y se quedaría un rato con ellos.

Con la ayuda de su padre, Stella ataba el lazo en el asa de la cesta que contenía, fresas, arándanos, moras, rábanos, pimientos y zanahorias, todo eso lo habían cosechado ese día, y ella se lo llevaba de regalo de cumpleaños para su abuela.

—¿Lenny aún no llega? —preguntó Madeleine, mientras bajaba las escaleras y se ponía uno de los pendientes.

—¡No! Llegaremos tarde por su culpa, deberíamos dejarlo —protestó Stella, que estaba algo molesta con él, porque desde que se mudó a su cabaña, prefería pasar más tiempo allá que jugar con ella.

—No debe tardar, le llamé hace unos minut… —Patrick se detuvo cuando lo vio entrar por la puerta de la cocina—. Ahí llegó.

—Buenas noches… ¿Están listos? Nos vamos. Oh, mira. —Se acercó a la cesta que estaba sobre la mesa del comedor—. ¿Se lo llevarás a la abuela?

—Sí, es mi regalo… papi y yo lo cosechamos.

—¿Podrás decir que es nuestro regalo? —Pidió Lenny, sonriéndole.

—¡No! No lo haré… Debiste comprarle algo —refunfuñó Stella y se cruzó de brazos—. Este es solo mi regalo.

—Parece que estás molesta conmigo.

—Lo estoy.

—No sé qué hice mal, pero ¿me perdonas? —suplicó e iba a pellizcarle la mejilla, pero ella apartó la cara.

—No, no voy a perdonarte.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Pensaba mañana llevarte al colegio, pero… Ni modo, tendrás que hacerlo tú, papá. —Le dio una palmada a su padre en la espalda.

Madeleine y Patrick observaban divertidos a sus hijos.

—¿Me llevarás? —preguntó Stella, volviéndose a mirar a su hermano.

—Ya no, estás molesta conmigo… Y supongo que lo menos que quieres es que pasemos tiempo juntos.

—Bueno —masculló—. Puede que te perdone, lo pensaré… —soltó un gritito infestado de risa cuando Lenny la alzó de la silla del comedor donde estaba arrodillada y se le puso sobre el hombro.

—¡Nos vamos!

—¡Papi, el regalo de la abuela! ¡No lo olvides! —gritó Stella, mientras veía el mundo de cabeza.

—Ya lo llevo, cariño. —Patrick reía al tiempo que se hizo de la cesta.

—Son adorables —comentó Madeleine que también reía—. Iré a revisar en la cocina que todo esté apagado.

Solo le preocupaba que por no apagar la estufa o algún electrodoméstico se desatara un incendio, porque en cuanto a la seguridad eran más confiada. El barrio era lo suficientemente seguro como para no molestarse en cerrar con llave.

Todos subieron al todoterreno Grand Wagoneer y como era costumbre, echaron una moneda al aire para que entre Leonard y Stella eligieran qué música escuchar durante el trayecto.

Él, prefería rock.

Ella, el pop.

—Sello —dijo la niña.

—Cara. —Lenny no tuvo otra opción.

Patrick fue el encargado de lanzar la moneda antes de poner en marcha el motor.

—¡Sello! —Exclamó emocionada Stella, en cuanto su padre mostró el resultado.

Lenny bufó ante la derrota.

Madeleine buscó el casete preferido de su hija y lo introdujo en la ranura del reproductor de sonido.

—Mami, ponlo desde el principio —pidió la niña moviéndose de un lado a otro, producto de la felicidad.

La madre pulsó el botón para rebobinar hacia atrás el casete.

—Ojalá se enrede la cinta —masculló Lenny.

—No, eso no pasará. —Stella le sacó la lengua.

Leonard se volvió a mirar por la ventanilla, pero sonrió.

Casi un minuto después, el interior del vehículo fue inundado, con la melodía de Take on me, y Stella empezó a bailar, solo para molestar a su hermano.

—*Talking away, I don't know what I'm to say* —cantó a viva voz la niña y se acercaba al oído de Lenny—. *I'll say it anyway. Today is another day to find you, Shying away. I'll be coming for your love. OK?*

Él se dio por vencido y se volvió hacia ella.

—*Take on me… take on me…* —le acompañó con el coro. Era imposible que no se aprendiera las canciones que le gustaban a Stella, si las repetía millones de veces—. *Take me on, take on me… I'll be gone, In a day or two…*

Al llegar a la casa de los Lewis, Patrick estacionó en la calle detrás del coche de Melanie. Todas las luces de la gran casa estaban encendidas como muestra el ambiente de celebración que se llevaba dentro.

Bajaron y Stella corrió detrás de su padre que iba a abrir la compuerta trasera para sacar la cesta.

—Papi, yo quiero llevarla.

—Está pesada, ¿segura que puedes?

—Sí, sí. —Recibió el obsequio que con tanto cariño había cosechado para su abuela.

Antes de que pudieran tocar el timbre, la festejada abrió la puerta para recibirlos con los brazos abiertos y una gran sonrisa. Por supuesto, Stella fue la primera en querer felicitarla.

—¡Abuela, feliz cumpleaños! —Le tendió la cesta—. Te hemos traído este obsequio. Papi y yo lo cosechamos esta misma mañana; así que están muy frescos.

—¡Oh, gracias, cariño mío! —dijo emocionada, recibiendo la cesta y se acuclilló para darle un abrazo y un beso en la mejilla—. Sí que sabes lo mucho que me gustan las frutas y hortalizas.

—Lo sabía —soltó una risita.

Jeane se levantó para recibir a sus demás familiares.

—¡Abuela, feliz cumpleaños! —Lenny también le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla—. Déjame ayudarte con eso, la llevaré a la cocina —le pidió la cesta y ella se la cedió. Enseguida entró a la casa.

Stella también corrió dentro en busca de sus primos. Mientras que Jeane, recibía los buenos deseos de su hija mayor y su yerno. Desde la entrada, entretanto felicitaba a su madre, Madeleine pudo ver cómo Lenny a la primera persona que buscaba era a Melanie y se desvivía por ser atento con ella. Sin duda, tenían una conexión, complicidad y amor, que le causaba cierta envidia, porque su hijo era mucho más cariñoso con su tía que con su propia madre. Él adoraba a Melanie y ella a él, muchas veces pensaba, que quizá lo veía como a ese hijo que nunca tuvo, pero eso no aminoraba los celos en ella.

Después de lo que pasó con Susan, pudo haberlo alejado de Melanie, pudo dejar que esa desconfianza y resentimiento que latía muy en el fondo de su ser; fuese el motivo para tranquilizar su conciencia, pero no podía hacerle eso a su hijo, ya que su tía fue esa tabla de salvación a la que él se aferró en los años más difíciles. Esos años en los que su propia madre no tenía ni siquiera ganas de vivir.

A Patrick nunca le agradó la idea de que su hijo siguiera tan apegado a la mujer responsable de la desaparición de su hija, pero Lenny siempre se impuso, terminaba escapándose para estar con ella. Y lo menos que deseaba era tener una mala relación con su hijo mayor; así que, aprendió a tolerar que no podía hacer nada para que la conexión entre ellos se rompiese y aceptó el vínculo. Por el bien de la familia, la trataba con distancia, pero con respeto. Aunque, en realidad, lo menos que sintiera por ella fuese respeto.



CAPÍTULO 53

Octubre 1986: Londres – Inglaterra.

Lauren sonrió ampliamente en cuanto vio a James esperando por ella a la salida de la universidad. Enseguida corrió a su encuentro, se lanzó a sus brazos y lo besó con fervor. Aunque solo había pasado un día sin verlo, lo había extrañado muchísimo, pero llegó al acuerdo con sus amigas de que pasaría con ellas los domingos; mientras que viernes y sábado iría a ver las presentaciones de la banda.

Además, uno que otro día entre semana, sino salía muy tarde de clases y no tenía deberes universitarios que cumplir, iba a ver a los chicos ensayar en el invernadero que estaba en la azotea del edificio.

Fue ahí donde el martes pasado, le surgió una brillante idea. Ellos lo que necesitaban era llegar a más personas, que más gente conociera su talento; por lo que, durante el descanso les dijo que haría unos folletos con las presentaciones de ese fin de semana y los repartiría en la universidad; también comentó que podrían pegarlos por la ciudad.

A los chicos les pareció buena idea, pero no querían que ella se ocupara en esas cosas, porque sabían que la universidad le exigía ya bastante. Sin embargo, Carol y Theresa que también estaban presente, apoyaron la iniciativa y también se ofrecieron a ayudar.

—No tienes que hacer eso por mí —le dijo James.

—No lo hago por ti, lo hago por la banda —le aclaró ella, con una sonrisa espontánea.

Desde entonces, en los tiempos que podía, estaba trabajando en el folleto, pero lo estaba empezando desde cero; es decir, estaba creando un tipo de caligrafía que identificara a la banda, tenía varias, además de un posible logo y esperaba mostrárselo a James esa misma tarde.

—Te extrañé —dijo él, en cuanto le soltó el labio, tras un leve mordisco.

—Yo también —gimió ella—. Me alegra que hayas venido a verme.

—Te has convertido en una necesidad. —Una vez más buscó la boca de ella y la sujetó por las caderas para pegarla más a su cuerpo y rozarse a gusto.

—¿Quién lo diría? Simplemente James, el vocalista de Sweet Poison, necesitando de una chica común —sonrió extasiada.

—No eres una chica común. —Le guiñó un ojo—. ¿Quieres ir a por un té?

—No, mejor vamos a la residencia, hay algo que quiero mostrarte. —Retrocedió para liberarse del agarre de él y luego le cogió la mano.

Mientras caminaban hacia la residencia estudiantil, Lauren se daba cuenta de que James atraía las miradas de las mujeres, sin importar la edad; en su mayoría, eran miradas cargadas de lascivia. Eso le hacía sentir un poco de inseguridad, pero también algo de superioridad, porque ella tenía la fortuna de ser la novia de ese hombre que otras deseaban.

En las presentaciones en los pubs, había sentido la amenaza de las mujeres en el público, porque él era un sexi anzuelo, pero ella estaba preparada para eso. Sabía que a esos lugares iban mujeres que sentían debilidad por los integrantes de los grupos. Sin embargo, que en plena calle pasara eso, la tomaba un poco desprevenida.

—Buenas tardes, Eloise —saludó a la mujer en la recepción. Los lunes eran los días libres de Prudence.

—Buenas tardes, Lauren, ¿qué tal el día?

—Muy bien, gracias —dijo sonriente—. James es mi invitado.

Él, que ya sabía cómo era el proceso, le entregó la identificación para que hiciera la anotación en el cuaderno de visitas; tras firmar en la columna al lado de su nombre, recibió de vuelta su documento.

—Gracias —dijo él, tras devolver su cartera al bolsillo trasero de sus vaqueros, le cogió la mano a Lauren y se dirigieron hacia las escaleras.

Le extrañó que cuando llegaron al último piso, no lo llevó hacia la sala de entretenimiento, como ya lo había hecho en otras oportunidades, sino que tiró de él hacia la derecha, hacia donde se encontraban las habitaciones.

—Dije que quería mostrarte en lo que he estado trabajando. —Lauren le comunicó, al ver el extraño gesto de James.

—Entonces, por fin, voy a conocer tu habitación —expresó sonriéndole.

—Mi habitación y la de Telma… Recuerda que tengo una compañera.

—Yo también, lo sabes. ¿Está Telma? No quiero incomodarla.

—No, hoy tiene clases hasta las nueve. —Se detuvo frente a la puerta y metió la llave en la cerradura—. Quizá puedas sentirte un poco agobiado porque es bastante pequeño, apenas tiene el espacio justo para caminar —le advirtió antes de abrir, mirándolo por encima del hombro.

—No sufro de claustrofobia.

En cuanto entraron James se dio cuenta de que verdaderamente era pequeño, pero estaba muy bien ordenado y limpio. Cada cosa en su lugar, todo lo contrario, a su habitación.

—No toques nada de Telma —le dijo al ver que ya iba a coger un libro de la parte de la biblioteca de ella.

—Vale, vale… —Alzó las manos—. Dejo todo quieto. —Enseguida se le escapó un silbido al ver hacia donde estaban las camas separadas por una mesa de noche con dos cajones—. Este es tu lado. —Señaló convencido.

—No es muy difícil de adivinar —sonrió—. Los afiches me delatan.

—Sí que te gusta Bret Michaels… ¿Cuántas veces a la semana te masturbas pensando en él? Espero que no sea todos los días, porque no podré evitar ponerme celoso.

—¡No lo hago! —se le escapó una corta carcajada, al tiempo que dejaba la mochila sobre la silla de su escritorio.

—¡Por favor, Lauren! Puedes mentirle a todo el que te dé la gana, menos a mí. —Sin pedir permiso se sentó en la cama y rebotó un poco probando el colchón—. ¿Me pondré celoso? —volvió a preguntar alzando la ceja izquierda.

—Te morirías de celos —respondió, solo por molestarlo y, como le estaba dando la espalda mientras buscaba en el cajón de su escritorio el boceto del folleto, no le significó difícil admitir tal cosa—. Aquí tienes. —Se volvió hacia él y le tendió varias hojas.

James la sujetó por la muñeca, le quitó las hojas, las lanzó a la cama sin siquiera mirarlas y tiró de ella hacia él, para ubicarla entre sus piernas.

En un movimiento bastante controlador, rápido y demandante la sujetó por las caderas y antes de que Lauren pudiese darse cuenta ya estaba sentada ahorcajada sobre él.

—James… —Todo lo que iba a decir, quedó sofocado por un beso que enseguida le invadió la boca con la lengua. Mientras se le aferraba con fuerza a las caderas y le marcaba un movimiento de atrás hacia adelante, haciendo que sus cuerpos se rozaran con frenesí, razón por la cual mientras ella intentaba corresponder a ese beso, empezó a sentir cómo la erección cobraba vida.

Cuando sus bocas estuvieron casi tan adormecidas como su razón, James siguió besándola por la mandíbula y el cuello, donde también chupaba y mordía. Sería hipócrita negarse a sí misma que esa sensación de dolor no provocaba que sus ganas se dispararan.

—Haré mi mejor esfuerzo para asegurarme de que no vuelvas a masturbarte pensando en Michaels, sino en mí —le susurró en el oído, dejándole el aliento caliente, para luego pasarle la lengua a lo largo de la oreja.

—James, James… —murmuró ella en busca de un poco de cordura, aunque su cuerpo fuese ya todo temblor.

Habían pasado tan solo cuatro semanas desde que la besó por primera vez, hasta el momento, él nunca había ocultado las ganas ni las intenciones de querer llevársela a la cama; sin embargo, ella siempre lo frenaba, sabía en qué momento parar los besos y roces cuando se volvían peligrosos, pero estaba segura de que esta vez, no iba a ser igual. Los nervios apretaron su estómago en un gran nudo. Tendrían sexo, eso era un hecho.

—Telma puede llegar en cualquier momento —suspiró mientras él seguía recorriéndole el cuello con besos.

—Me dijiste que tiene clases hasta las nueve. —Se apartó del cuello para mirarla a los ojos con una lascivia que la hacía temblar—. Tenemos tiempo de sobra.

James volvió a apoderarse de su boca, conquistando lo último de su resistencia e ingenio con un ferviente beso. Sin pensamientos conscientes, las manos de Lauren encontraron el camino dentro de su cabello. Él, con gran agilidad y rapidez, le quitó la chaqueta, la camiseta de la banda Mötley Crüe y el sostén; no tenía la mínima intención de ir quitando prendas de a poco, porque le ganaban las ansias de ver a Lauren desnuda. Enseguida, cubrió con una de sus manos el seno izquierdo.

—¿Te gusta? —James susurró su pregunta.

Ella, con los ojos muy abiertos, asintió y una sensación de satisfacción se deslizó a través de su columna vertebral, haciéndola estremecerse y temblar. No podía esperar a sentir la boca de James, sobre la suya nuevamente. Él no la decepcionó, la saboreó y bebió de ella como si todo lo que le estaba dando no fuese suficiente.

—Te sientes tan jodidamente bien —musitó entre beso y beso. Al tiempo que con su pulgar rozaba el pezón erecto—. Pero necesito más de ti. —Volvió a sujetarla por la cintura y se levantó, giró y la dejó caer contra el colchón, la cama era pequeña, pero en espacios más reducidos había follado; así que, eso no significaba problema alguno—. Ahora —exigió, se quitó la chaqueta y la camiseta. Dejando expuesto ante ella sus brazos, torso y pecho tatuados.

Su mirada azul permanecía fija en Lauren, como una promesa del éxtasis ardiente que estaba por venir y era también una silenciosa declaración de su intención de satisfacerla hasta que estuviera lánguida y gimoteando.

Lauren no apartaba la mirada de él y no podía esperar a sentirlo piel con piel, quería tenerlo profundo en su interior, hasta que no supiera de nada más que no fuese del golpeteo pulsante del deseo y la salvaje urgencia del clímax, alcanzando su cuerpo y sus inhibiciones. A continuación, James le quitó las botas y las dejó caer sobre el suelo de madera e hicieron un sonido sordo, luego tiró de sus vaqueros y su tanga, lanzando las prendas sobre la cama de Telma. Así que, se encontró completamente desnuda, palpitante y a merced de un hombre que parecía no tener ninguna consideración. En ella no había una pizca de pudor, el deseo contenido por cuatro semanas se lo había anulado.

—Espero por ti, puedes desvestirte —dijo ella con voz áspera producto de la excitación. Mientras, se sentía deseada por la forma en que él prácticamente se la estaba devorando con la mirada.

James negó con la cabeza ante la petición de Lauren.

—Abre —exigió con un gesto de su barbilla hacia las rodillas femeninas.

—¿Q-q-qué haga qué? —titubeó mareada, abrumada. Sentía que apenas podía respirar

Él la había besado, desnudado, y estaba en peligro de perder la cabeza por completo. Y no le importaba, ahora solo necesitaba más de este volátil paseo de placer que solo James podría ofrecer.

—Abre las piernas —le repitió—. Voy a comerte el coño.

Lauren se sonrojó por la forma en que la demandó, pero no encontró la voluntad para negarse, separó las piernas unos pocos centímetros.

—Más —ordenó James.

Ella obedeció y separó otro poco.

—Más.

Lauren lo comprendió y se abrió completa para él, pudo sentir como los músculos internos de sus muslos se tensaron. Fue entonces que James se puso de rodillas y se ubicó entre sus

piernas.

Él observó sus labios vaginales húmedos e hinchados, los acarició con la yema de los dedos y los separó en busca del clítoris, no perdió tiempo en probarla y que su sabor lo atrapara instantáneamente, tanto como para penetrarla con la lengua.

En medio del frenesí, Lauren intentaba cerrar las piernas, pero él le separaba más los muslos con manos insistentes y los trababa poniendo sus hombros entre ellos. Mientras la saboreaba, las caderas de Lauren se sacudían y se aferró a sus cabellos, pero cuando él movió rápido y constante la punta de su lengua sobre su clítoris; ella gimió duro, pero enseguida se tapó la boca con una mano, con la otra seguía empuñándole el pelo con tanta fuerza que le hacía doler el cuero cabelludo, pero eso le gustaba. El sonido amortiguado de sus gemidos lo excitaron mucho más.

El aliento de Lauren se contuvo en una irregular inhalación que lo incitó. Luego él se lanzó en picada, tomando de nuevo el duro brote en su boca, succionándolo, al tiempo que empujó dos dedos dentro de su húmeda entrada. Ella lloriqueó y su vagina se tensó en torno a sus dedos, y él no pudo evitar imaginarse exactamente cómo se sentiría su polla cuando entrara en su interior.

Lauren estalló en el orgasmo, empapando sus dedos, los retiró y se los chupó, mientras los latidos en ella menguaban, luego barrió con su lengua las últimas gotas de sus pliegues y ascendió con una caricia de besos y lamidas.

—James… Oh, James… —Jadeó ella con la cara y pecho ruborizados.

«Maldición, se ve demasiado hermosa», pensó James, mientras se deshacía de sus botas.

Lauren se quedó mirándolo con sus grandes ojos grises brillando con excitación y curiosidad; entonces, él se sintió más enamorado de ella, porque sí, no tenía dudas, amaba a esa jovencita.

Sus botas cayeron junto a las de Lauren, luego arrastró vaqueros y bóxer de un solo tirón. Su polla al quedar libre latió de impaciencia y sintió la necesidad retumbar en su sangre. Se estaba muriendo por estar dentro de ella.

—James… ¿Tienes…?

—Estoy preparado —interrumpió la pregunta de ella, porque sabía lo que iba a pedirle.

Enseguida buscó en sus vaqueros, la cartera y sacó el preservativo. Estaba ansioso, así que se lo puso rápido y se ubicó sobre el tembloroso cuerpo de Lauren. Le consumió la boca en un beso codicioso, saboreando el remolino de sabores de sus salivas y los fluidos de ella. Agradeció la manera en la que Lauren se abrió a él, aceptándolo profundamente en su boca.

Él quería estar más profundo.

Se aferró con sus manos a las caderas femeninas; exploró sus hinchados y resbaladizos labios con su polla, luego empezó a empujar hacia adentro, abriéndose espacio hacia ese lugar que ansió desde el momento en que la vio. Estaba apretada, tan jodidamente apretada que tenía que luchar en su camino hacia dentro. Empezó con un empuje poco profundo, otro más, un tercero… Cada vez accedía un poco más lejos y sus ceñidas paredes creaban una fricción pecaminosa, que lo tenía siseando en una respiración.

Finalmente, se ubicó completamente dentro de ella. Con un ansioso gemido, Lauren se elevó para alcanzar tanto su lengua como su polla. Debajo de él, su cuerpo creció en tensión. Sus uñas se hundieron en sus hombros, y sus piernas se elevaron alrededor de sus caderas.

Ella encontró su ritmo, y se movió bajo sus crecientes y rudos empujes. Podía sentir su respiración caliente en su cuello que se deslizaba como pluma sobre la piel sensible, entonces un escalofrío casi lo desarmó.

—Sí… Dios… Sí, sí, James —gimió contra el caliente hombro de James, al tiempo que

movía sus caderas en busca del máximo placer.

—Mierda, te siento tan jodidamente bien, cariño… Estás temblando… —gruñó entre los contundentes empujes de su pelvis—. Casi llegas, estás por acabar…

—Sí… estoy muy cerca.

Un hecho que James no podía desconocer. Ella se mantenía apretada a su alrededor en cada segundo, y él tuvo que afirmar sus manos en sus caderas para empujar más profundo. Cada empuje se convertía en un rico desliz hacia el éxtasis que lo tenía jadeando, gruñendo, necesitando vaciarse dentro de ella.

El corazón de Lauren se saltó un latido, cuando el brazo derecho de James pasó por debajo de su cuerpo y le rodeó la cintura, con la mano derecha le levantó el muslo y lo puso sobre su cadera, abriéndola más para él.

—Puedes esperar un poco, solo un poco y te prometo que vas a disfrutarlo mucho más… —James se quedó quieto dentro de ella y acalló cualquier protesta de Lauren con un beso, una vez seguro de que aceptaría sus términos, le liberó los labios, para trazar besos hasta su cuello, el cual mordisqueo y le dejaba su pesada respiración en el oído.

Sentir el aliento caliente de James en su oído hizo que toda su piel cosquilleara y su cuerpo tembló por más atención; intuía que él iba a darle todo lo que quería y más. James se alejó de su cuello y ella le apartó los cabellos del rostro para perderse en sus ojos, la manera en que él la miraba le hizo retener la respiración.

«Estoy tan enamorada que empieza a darme miedo», pensó Lauren.

James le tomó la cara entre las manos.

—Eres preciosa, Lauren… Me gustas mucho —murmuró, queriendo no solo penetrar en su cuerpo, sino también en su alma.

—También me gustas mucho, simplemente James… Más de lo que creía posible hace unas semanas atrás —sonrió, ya con los latidos de su corazón menos desaforados. Aunque seguía el pálpito ansioso, contrayéndose entorno al pene. Anhelaba que él se moviera un poco, que le regalara un mínimo de fricción.

—Me esforzaré, día tras día, para gustarte mucho más que hoy… —Le mordisqueó la barbilla y pudo sentir en su lengua la cicatriz que ella tenía en el mentón; luego bajó con sus besos, hacia el pecho, admiró por pocos segundos el pezón perlado de su seno izquierdo, luego lo tomó en su boca y lo pellizcó con un mordaz placer-dolor mientras forzaba a su polla más dentro de ella.

Lauren gimió, al tiempo que separó sus muslos más ampliamente y levantó sus caderas, desesperada por tenerlo tan profundo como pudiera. Él presionaba en sus paredes, esforzando su necesidad por tomarlo y aceptaba toda su longitud y ancho en un solo empuje.

El ascenso por sentirlo profundamente en su interior era deliciosamente enloquecedor. Su carne se escoció, y el ardor detrás de su clítoris casi la volvió loca, tuvo que coger la almohada y morderla para que su grito no fuese escuchado en toda la residencia. Mientras James continuaba con la boca en sus pezones que estaban duros y sensibles, disfrutaba de la menor lamida, incluso de la respiración sobre ellos. Pero cuando él los chupó y los mordió gentilmente mientras se hundía en su interior… Ella volvió ahogar un ruidoso jadeo en la almohada. Sus pobres pulmones sufrían debido a la respiración errática del placer.

—Sí —ronroneó—. Que rico se siente estar dentro de ti y hacer que sientas cada pulgada de mí, en tu apretado y caliente coño. —Se retiró lentamente, tan lentamente, que ella lloriqueó.

James se detuvo a admirarla cada vez más deseosa, mientras rozaba con sus pulgares sus tensos pezones.

—James —protestó ella casi en llanto.

Él volvió a su cuello, le enloquecía la suavidad de su piel, por lo que lo mordió una vez más, haciendo la presión perfecta para que el dolor provocado solo estimulara al placer. Enseguida volvió a penetrarla de una profunda y dura estocada, lo que la hizo jadear bien alto.

Lauren ronroneó, mientras él empujaba tan lentamente, que le clavó sus uñas en la espalda y trató de empujar con sus talones en su culo para que no fuera a salir de ella una vez más. James rechazó ser apurado.

—La impaciencia solo conseguirá que te folle más lento, cariño.

—Por favor, más rápido. —Odió tener que suplicar en ese momento, pero lo deseaba más que a cualquier cosa. Volvió a sentirlo en lo más profundo de nuevo, sus empujes eran enloquecedoramente tortuosos y sin ningún apuro. James besó un lado de su mandíbula, una línea de besos y chupones que se detuvo en la oreja.

—¿Qué es lo que quieres más rápido? —preguntó en un susurro.

Lauren cerró con fuerza su mandíbula para contener sus palabras, porque no era su intención volver a implorar por algo que él le debía; sí, se lo debía, después de haberla llevado hasta ese punto. Sin embargo, sus lentos empujes la estaban desarmando.

Sintió cómo le soltaba el muslo, al que parecía había soldado sus dedos. Estaba segura de que ahí quedarían marcados por unos cuantos días. Arrastró una caricia entre sus cuerpos, metió la mano hasta encontrar su clítoris y con la yema de su pulgar, empezó a estimularlo. Ella se volvió toda gemidos.

—Dime lo que quiero escuchar, y sabes que te lo daré… —musitó con la voz agitada, debido al movimiento de su dedo sobre el clítoris—. Podría hacer esto toda la tarde... Incluso, podría hacerlo en presencia de tu compañera de habitación, no voy a detenerme sino me dices lo que quiero escuchar… Estás tan húmeda, y me excita mantenerte al borde… —Le mordisqueó la oreja.

Lauren sintió el placer rasgando a través de su cuerpo, su estómago se tensó y la presión en su clítoris creció hasta que ardió, empuñó con fuerza las sábanas y estaba segura de que no podía respirar.

—James… —demandó con un grito, que pareció más un sollozo.

—Dime lo que quieres, Lauren. No puedo dártelo hasta que lo hagas.

James estaba jugando con ella, desafiándola, y ceder iba en contra de su naturaleza; pero él se había vuelto tan efectivo en mantenerla entre la línea del placer y la frustración, que la ansiedad abrumadora era más fuerte que sus defensas.

—Más rápido, fóllame más rápido… —Presentía que esa era la manera en qué él quería que le hablara.

—Eso es exactamente lo que haré —le prometió con un gruñido de satisfacción.

Enseguida empezó a penetrarla con profundos y despiadados empujes, lo suficientemente rápidos como para multiplicar la fricción y todavía lentos como para saborear el placer que la abrumaba.

James presionó el resbaladizo pulgar sobre su clítoris y lo frotó en círculos. Entonces, la sangre de Lauren hirvió, su cordura se rompió, y el placer explotó a través de ella, aparentemente más grande que su propio cuerpo. En ese instante, para ella, se escribió de nuevo la definición de sexo asombroso y eso que todavía el éxtasis se mantenía acumulado en lo alto.

James marcó un ritmo tan frenético que le robó la respiración. En segundos, la había abrumado y empezó a revivir sensaciones que no había sentido en meses. Decidió acelerar el culmen y le brindó un poco de ayuda, por lo que empezó a tocarse a sí misma, elevándose más y

más alto, debido a los feroces empujes en los recovecos más profundos de su cuerpo, James le dio vida a la más oscura de sus fantasías cuando la tomó exactamente como quería, haciéndola acabar. Él la había devastado, dejándola temblorosa, sonriente y exhausta. Sin embargo, James todavía se mantenía dentro de ella, grueso, duro y demandante.

—Maldita sea —gruñó James con la sangre hirviendo. Sentía cómo la necesidad se disparaba y trataba de respirar profundo—. Te sientes tan perfecta a mi alrededor. —El sudor estalló en su espalda y su frente, mientras empujó más profundo dentro de ella. Luego coreó su nombre, culminó con tanta fuerza, que apenas podía moverse y se elevó en un placer tan intenso que agitó su corazón.

Poco a poco, su respiración se recuperó y la envolvió en sus brazos, sus piernas se enredaron con la suyas. En ese momento, sintió paz con ella como con ninguna otra.

—Este ha sido mi mejor regalo de cumpleaños —confesó Lauren, todavía con una sonrisa extasiada.

—¿Qué? No me jodas, Lauren… ¿Es tu cumpleaños? ¿En serio? —James no se lo podía creer.

Ella asintió sonriente.

—Lo es.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Le besó la frente.

—¿No me habrías hecho suplicar por un orgasmo? —Esa pregunta era más un reproche.

—No, te habría hecho suplicarlo un poco más… Porque entre más dilatas ese momento, más intenso es… Al parecer, tu ex no podía negarte nada y te lo daba a la primera.

Lauren no pudo refutar esa teoría, sin duda, el par de orgasmos que acababa de tener habían sido demasiado intensos, demasiado arrasadores. Tampoco quería contarle sobre su fugaz historia con Leonard, porque sabría que le había mentido.

Ella se encogió de hombros, entonces él se levantó para quitarse el preservativo y fue a desecharlo en el inodoro. Cuando regresó, ya Lauren se había puesto la camiseta y estaba sentada en medio de la cama y sobre sus piernas, entonces él se puso los pantalones.

—En serio, Lauren… Tenemos que hacer algo, es tu cumpleaños —dijo cuando se sentó al borde del colchón y le puso una mano en una rodilla.

—Es lunes, podremos celebrarlo el fin de semana.

—No, no el día es hoy, por lo menos, debes comer pastel… Anda, vamos a celebrar tu día —la alentó.

—Lo he celebrado en grande. —Levantó su mirada pícara hacia él y le sonrió.

—No es suficiente, puedo saciar también tu paladar.

—Mejor mira y dime si te gusta… —interrumpió y le entregó las hojas ya arrugadas y algo manchada de sudor y fluidos, ya que en medio de la pasión quedaron debajo de su cuerpo.

Él las recibió y se quedó mirando el folleto en el que estaba una foto de la banda y anunciaba la presentación del viernes, luego pasó a la siguiente, donde estaba el nombre de la banda con varios tipos de caligrafías.

—Lauren. —La miró fascinado—. Esto está perfecto, está muy bien… De verdad, me gusta mucho.

—Creo que debemos mostrárselos a los demás, para que elijan qué caligrafía les gusta… ¿Cuál te gusta más a ti? —preguntó, emocionada al notar el genuino interés en él.

Volvió a mirar todas las hojas esta vez con mucho más detenimiento.

—Todas me gustan, es muy difícil elegir solo una… Pero esta me gusta mucho. —Señaló una que era como metálica, industrial, no sabría cómo decirlo—. Esta también. —Apuntó a otra

que era como un grafiti—. Pero vamos a someterlo a votación con los demás chicos, ¿te parece?

—Sí. —Lauren se incorporó para sentarse sobre los talones—. Tengo otra idea, es que creo que necesitan ir marcando su identidad… ¿No sabes si les permiten decorar los escenarios con algunos elementos?

—No lo sé, supongo que cada pub tiene sus reglas, pero vendría bien preguntar… ¿Qué se te ocurre para decorar?

—No sé, quizá unos cráneos con sangre artificial, unos anuncios con letras de neón… ¿No han pensado en un vestuario más llamativo o un maquillaje que genere más controversia?

—Algo como Kiss, bueno… no queremos imitar a nadie.

—No, Kiss es demasiado… pero sí algo que los distinga, que cuando suban al escenario los identifiquen como Sweet Poison, y no los mismos que van a comer a McDonald's…

—No vamos a McDonald's… —interrumpió él.

—Ay, sabes lo que quiero decir —resopló ella.

—Lo sé —sonrió y se abalanzó para darle un beso.

Lauren le sujetó la cara y correspondió con frenesí.

—¿Entonces? —preguntó ella y le plantó un sonoro beso.

—Me parece una idea extraordinaria; sin duda, necesitábamos el ingenio de una mujer para mejorar esos detalles de la banda.

—Bueno. —Le quitó las propuestas—. Pasaré esto a unas hojas limpias y el miércoles podremos mostrárselas a los chicos. Necesito que me pases el itinerario de todas las presentaciones que hasta ahora tienen pautadas, para hacer los folletos, luego los fotocopiaremos para repartir… Toca invertir más en publicidad y menos en cerveza y marihuana.

—¿En serio? —masculló no muy convencido.

—Si quieres llegar al puto cielo, se deben hacer ciertos sacrificios.

—Hace muy poco descubrí un atajo para llegar al puto cielo… —Le rodeó la cintura con el brazo—. Ven aquí, hazme subir de nuevo…

—No, no James, ya casi se termina el horario de visitas… Ya debes irte. —Puso tanta resistencia como pudo, pero sonreía. Ella también lo quería, sí que lo quería; sin embargo, no iba arriesgarse a perder la residencia porque no fue nada fácil conseguirla.

—Saldré de aquí con una condición.

—¿Cuál?

—Que vayas conmigo a comer pastel.

—James…

—Es tu cumpleaños, hay que celebrarlo.

—Está bien. —Se dio por vencida con un chasqueo de labios—. Pero vístete ya. —Salió de la cama y recogió su ropa—. Voy al baño, enseguida regreso.

Frente al espejo se dio cuenta que los ojos le brillaban, tenía los labios hinchados y también un par de marcas rojizas en el cuello, que muy seguramente por la mañana se convertirían en unos moratones. Pero estaba dichosa y satisfecha.

Se aseó rápidamente, buscó en uno de los cajones unas bragas limpias y se puso la misma ropa, además se recogió el cabello que lo tenía bastante enredado.

—Estoy lista, nos vamos… —Se detuvo al ver que James se guardaba las hojas del bolsillo interno de la chaqueta—. No, no, haré eso de nuevo, esas están arrugadas y manchadas…

—No hace falta que lo hagas de nuevo, se ve perfectamente. —Se acercó a ella y la sujetó por las caderas—. Muero de ganas por volver a desvestirte.

—No ahora, ya te lo dije. —Le dio un rápido beso y antes de salir de la habitación, estiró un

poco las sábanas porque muy probablemente Telma llegaría antes que ella, además buscó una bufanda para ocultar las marcas en su cuello; por lo menos, el clima le favorecía a que usara la prenda. Y, por último, decidió sacar su billetera de la mochila y también llevarla.

Salieron de la residencia tomados de las manos. James prácticamente la arrastró a la primera cafetería que encontró al atravesar el parque Russell, se ubicaron en una mesa en la terraza y él pidió la carta de postres.

—Pide el pastel del sabor que más te guste.

Lauren abrió la carta, había una gran variedad, pero la verdad no estaba antojada de comer algo demasiado dulce.

—Un *cupcake* de caramelo salado.

—¿Solo un *cupcake*? Tienen pasteles pequeños… —dijo señalando en la carta.

—Solo un *cupcake* —aseguró con una caída de parpados.

Levantó la mano para llamar a la chica que los acompañó a la mesa y también les trajo las cartas.

—Puedes traer un *cupcake* de caramelo salado y dos botellas de agua, por favor —le pidió James, al tiempo que le entregó las cartas.

—¿Nada más? —preguntó, tras anotar en la pequeña libreta.

—No, solo eso —dijo él; sin embargo, cuando la chica se alejó unos pasos la llamó y ella se volvió—. Perdón, ¿tienes velas de cumpleaños?

—Sí.

—Una, por favor.

La chica asintió y se fue en busca del pedido.

Estaban sentados uno al lado del otro, en un banco pegado a la pared; por lo que James se acercó a la mejilla de Lauren y le repartió varios besos, desde la mandíbula hasta el lóbulo de la oreja.

—Apenas puedo creer que follamos, no te haces una idea de lo mucho que lo deseaba.

—¿Estuve a la altura de tus expectativas? —preguntó ella, con una risita, porque le hacía cosquillas con el aliento en la oreja.

—Las superaste olímpicamente, ¿por qué no repetimos? El baño no debe estar ocupado.

—Estás loco —rio y luego se mordió el labio, porque para qué negarse a sí misma que también tenía muchas ganas.

—Anda, vamos… Seré rápido, esta vez no te haré suplicar por el orgasmo, haré que te corras a la primera.

—*Cupcake* de caramelo salado y dos botellas de agua —interrumpió la chica, que antes de poner el pedido en la mesa carraspeó—. Y la vela.

—Muchas gracias —dijeron al unísono.

James hundió la vela en el pastelito y sacó de uno de los bolsillos de sus vaqueros, un encendedor. Mientras Lauren miró sonriente y con el corazón martillándole fuerte contra el pecho. Tenía tan poco y era tan feliz, como jamás imaginó.

Cuando la pequeña flama cobró vida, se reflejó en sus ojos grises que brillaban intensamente.

—¡Feliz cumpleaños, Lau! —Le dio un beso en la sien.

Lauren cerró los ojos y deseó que todos sus cumpleaños fuesen como ese, pero también le deseó un feliz cumpleaños a Henry. Estaba segura de que jamás olvidaría a su alma gemela. Apagó la vela con un débil soplido y luego se volvió hacia James, buscando de inmediato su boca, él la recibió con ese arrebato que la hacía temblar y la dejaba sin aliento.

De repente, en medio del beso, recordó que tenía un compromiso demasiado importante, por lo que se apartó bruscamente de la boca de James.

—¿Qué hora es? —Miró su reloj de pulsera—. Oh, mi Dios, es tardísimo, el padre Francis… James, el padre Francis. —Se levantó azorada.

—¿El padre Francis? —Se mostró desconcertado.

—Me tengo que ir… Sí, sí, el padre Francis, mi tutor. Viene desde Birmingham para celebrar mi cumpleaños. —Se llevó las manos a la cabeza—. Ya debe estar en la estación de tren, tengo que ir a por él…

—Sí quieres te acompaño —se ofreció, al tiempo que le hacía señas a la chica para que le trajera la cuenta.

—¡¿Qué?! ¡No, no, de ninguna manera! —Lauren sabía muy bien que el padre Francis no iba a ver con buenos ojos a James, sobre todo, por su aspecto. Enseguida le exigiría que terminara cualquier relación.

—No sabe de lo nuestro, ¿cierto?

—No, aún no… Es que no sé cómo decírselo, estoy en Londres para estudiar no para buscar novio… ¡Ay, James! ¡Es un sacerdote, no me pidas que le diga que estoy saliendo con el vocalista de una banda de rock! No por ahora.

—Está bien, lo entiendo… —hablaba mientras sacaba un billete de su cartera—. Sé qué pensará que soy una influencia diabólica para ti —sonrió despreocupado.

—Lo tienes claro, eso es bueno —se rio, luego le dio un beso rápido—. Gracias por el regalo y el *cupcake*.

—No lo olvides. —Agarró el pastelito y se lo dio.

—Gracias. —Lo cogió y volvió a darle un beso, no sabía qué era lo que tenían los labios de James, pero quería besarlo todo el tiempo y en todo momento.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó, se moría por volver a follar con ella.

—No lo sé, mañana tengo clases hasta tarde… Te llamo, ¿sí?

—Esperaré tu llamada.

Lauren corrió y mandó a parar un taxi, abrió la puerta y antes de subir se volvió hacia James.

—Muéstrale lo que hice a los chicos, entre más rápido se decidan, más tiempo tendremos para convocar a más personas.

—Lo haré. Saluda a Francis de mi parte —dijo en tono de broma.

Lauren se rio de la irreverencia de él, le lanzó un beso y subió al coche.



CAPÍTULO 54

Lauren estuvo tan ansiosa durante todo el trayecto a la estación de tren, que se comió el *cupcake* sin siquiera darse cuenta. Cada treinta segundos miraba su reloj y en un par de oportunidades le pidió al conductor que fuese más rápido.

—¿Cómo lo olvidé? —chilló, llevándose las manos a la cabeza y luego apoyó los codos sobre sus rodillas, vencida y ansiosa.

Sí, sabía perfectamente que James le hizo olvidar el sentido del tiempo y que cada segundo junto él había sido extraordinario, pero se suponía que había tenido muy presente la llegada de su tutor.

—Señorita, hemos llegado —le anunció el taxista.

Ella enseguida levantó la cabeza.

—Gracias señor, ¿cuánto le debo? —Agradeció que tuvo la prudencia de por lo menos llevar su billetera.

Tras pagarle al hombre, bajó y corrió hacia la estación, mientras buscaba con desesperación al padre Francis. Estaba segura de que debía estar esperándola dentro; así que, continuó con su carrera y trastabilló con algunos de los escalones mientras subía la escalinata, pero afortunadamente consiguió mantener el equilibrio.

Respiró aliviada cuando lo vio sentado en la sala de espera, pero también se sintió terriblemente avergonzada. Eran poco las veces que lo había visto vestido sin el distintivo eclesiástico, llevaba puesto un pantalón, un jersey cuello alto y una gabardina todo enteramente negro.

—¡Padre! ¡Padre! —le llamó en su carrera hacia él.

Francis en cuanto la vio se puso de pie, le sonrió feliz de verla.

—Lo siento, padre —dijo sin aliento, tuvo que doblarse y apoyar las manos en las rodillas, mientras hacía hondas respiraciones para recuperar el aliento—. Se me hizo un poco tarde.

—Lauren, no te preocupes. Imagino que tuviste clases hasta tarde —le dijo poniéndole una mano en el hombro y no se la quitó, aunque ella se incorporó para pararse recta—. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, padre. —Con un poco más de oxígeno en los pulmones abrió los brazos para recibirlo—. Lo siento, de verdad, no quería hacerle esperar. —Cerró los ojos mientras lo estrechaba con fuerza y apoyaba la cabeza en el hombro.

—Sabes que tengo la virtud de la paciencia —le dijo sonriente mientras le daba palmaditas tranquilizadoras en la espalda—. Pero es hora de irnos, o llegaremos tarde para la cena.

—No me importa comer tarde… déjeme ayudarle. —Se ofreció, tratando de hacerse del maletín que él llevaba. Era pequeño, solo contenía un par de mudas de ropa, algunos productos de aseo personal y la biblia.

—Yo puedo —dijo él, aferrado a su equipaje.

—¿Ya sabe en qué hotel se va a quedar? ¿Llamó para hacer reserva? —preguntó mientras caminaba junto a él.

—Sí, está cerca de tu residencia.

—Hubiese llegado a la estación de Saint Pancras, queda más cerca —le comentó, mientras bajaban los escalones de la entrada de la estación, para subir a uno de los taxis ahí estacionados.

—El viaje de regreso lo haré desde ahí… ¿Cuéntame cómo ha ido tu día? ¿Te felicitaron tus compañeras?

—Bien, la primera en felicitarme fue Telma esta mañana, luego en la universidad casi todos mis compañeros me felicitaron… —Se mordió la lengua para no contarle nada sobre James.

—¿Y nadie más? —curioseó, al tiempo que abría la puerta del vehículo negro para que Lauren subiera.

—No, bueno… Sí, recibí una tarjeta de parte de Tracy y otra de Enya… y si se refiere con ese «nadie más» a la familia Spencer, no. Esta vez no recibí tarjetas ni invitaciones de su parte; supongo que la última vez, solo se sintieron incitados a celebrarme porque cumplía la mayoría de edad y podría acceder a ciertos beneficios de la herencia, y como no los favorecía en nada, ya no quisieron saber nada más de mí… Aunque, no todos. He visto a Paul un par de veces, Alfie me escribe cartas a menudo en las que, según él, Archie me envía saludos. De mi «querida» tía y su hijo mayor, tengo un año de los que no sé nada… —Chasqueó los labios—. Ya se lo había dicho,

padre. No me sienten, ni mucho menos me quieren como parte de la familia. Pero es comprensible, solo fui una imposición por parte de Oliver, y si él ya no está, no tiene sentido que sigan guardando las apariencias.

—Bueno, no me refería exclusivamente a tu familia —comentó el religioso, luego de dejar que Lauren se desahogara.

—De igual manera, ya lo sabe —suspiró. No quería tener esa actitud con el padre, pero no podía evitar ponerse a la defensiva, porque siempre que tenía la oportunidad, intercedía para que ella intentara limar asperezas con los Spencer y llevar un trato cordial; sin embargo, él no terminaba de entender que la de las asperezas era Harriet y ella estaba cansada de pretender inútilmente encajar.

Cuando el auto se detuvo frente al hotel Kimpton Fitzroy justo frente al parque Russell, se dio cuenta de que en realidad estaba bastante cerca de la residencia, solo tenía que, a travesar el parque, pero estaba mucho más cerca de la cafetería en la que estuvo con James, que estaba ubicada justo al lado.

Al bajar, miró hacia la cafetería, aunque estaba completamente segura de que James ye se había marchado; aun así, sintió la emoción hacerle cosquillas en el estómago. Luego desvió la mirada hacia la imponente fachada de terracota, marcada por las cuatro reinas británicas que custodiaban la entrada del emblemático hotel.

—¿Dónde cenaremos? —preguntó, mientras miraba alrededor y todo era mármol hasta donde le alcanzaba la vista.

—En el restaurante del hotel —respondió al tiempo que llegaba a la recepción.

—¿Aquí? —Lauren miró la gran lámpara de araña que colgaba del techo.

—Sí… —se interrumpió para hablar con la mujer en la recepción.

Lauren esperó a que el padre Francis se registrara.

—¿La señorita le acompaña? —preguntó con cautela, debido a la evidente diferencia de edad entre ellos y hasta ahora solo habían reservado una habitación.

—Sí, pero solo para la cena. Ya tenemos reserva… Es la cena de cumpleaños.

—Oh, sí, disculpe —sonrió mostrándose más relajada—. Ya les esperan.

—Sí, muchas gracias. —Francis, recibió la llave y se alejó del mostrador—. Lauren, iré a dejar el equipaje a la habitación, ¿puedes esperarme un minuto?

—Sí, padre, vaya tranquilo. Estoy acostumbrada a comer mucho más tarde.

—Bueno, enseguida regreso.

—Pero, padre. —Lo retuvo por la manga de la gabardina—. Esto aquí debe ser muy costoso, podríamos cenar fuera… Por aquí cerca hay restaurantes muy buenos y estoy segura de que mucho más económicos.

—No te preocupes, hija. —Le sonrió con cariño—. Ya la reserva está hecha, además, es tu cumpleaños, debe ser una cena especial.

—Ya sabe que yo no soy exigente, no después de que la dieta de mi niñez estuvo, en su mayoría, basada en avena —dijo con una risita.

—Enseguida regreso, no te muevas de aquí.

—Entendido, no me moveré de aquí —dijo muy seria, como si hubiese recibido la orden de un alto militar y ella fuese del más bajo rango.

Francis negó con la cabeza y se dirigió hacia los ascensores. Entonces Lauren se paseó admirando atontada todo el glamur en ese lugar. Muy seguido pasaba frente a ese hotel, pero jamás imaginó que por dentro fuese tan bonito y majestuoso. Cuando el padre regresó la encontró en el mismo lugar, parecía que no se hubiese movido ni un paso.

—Listo, vamos a celebrar tu cumpleaños —dijo el hombre y Lauren se le colgó de un brazo. Cómo él no conocía el hotel, tuvo que pedir indicaciones a uno de los empleados de cómo llegar al restaurante.

El empleado no les dio las instrucciones, sino que amablemente los guio. Ya ahí, los dejó bajo la atención del anfitrión.

—Buenas noches, tenemos reserva a nombre de Lauren Spencer —se anunció Francis.

—Sí, buenas noches, ya les esperan, síganme por favor.

—¿Nos esperan? —Lauren susurró, mientras seguían al hombre.

—Así es. —Francis ya no podía seguir ocultando que no se trataba de una cena solo para ellos dos.

—¿Vino también la Madre Superiora o la hermana Antoniette? —La emoción la llevó a sonreír ampliamente; sin embargo, el gesto desapareció, cuando el anfitrión corrió una pesada cortina marrón que daba a un salón privado dentro del lujoso restaurante, y vio en una gran mesa reunida a la familia Deacon Spencer.

—Lauren, ¡feliz cumpleaños! —Alfie se levantó y caminó hasta ella, mostrando una emoción genuina.

—Padre, ¿e-e-esto que significa? —titubeó y tragó grueso. Estaba sorprendida y también un poco molesta.

—Ellos querían celebrar contigo este día —contestó, poniéndole una mano en la espalda.

Lauren estaba casi segura de que todo eso fue orquestado por él, fue quien les pidió que hicieran el semejante sacrificio de compartir con ella.

—H-h-hola, Alfie, muchas gracias —correspondió al abrazo e intentó sonreír, a pesar de lo abrumada que se encontraba.

—Ven, vamos a la mesa.

—Buenas noches, disculpen la demora —dijo Francis—. Señor Deacon. —Le ofreció la mano a Archie.

—Bienvenido, gracias por atender nuestra petición, y ser cómplice de esta sorpresa para Lauren —comentó Archie y se volvió a mirar a la festejada—. ¡Feliz cumpleaños, Lauren! Me alegra mucho volver a verte.

—Hola, Archie, muchas gracias… La verdad, es que todo esto me toma por sorpresa. —Sabía que su semblante debía mostrar su incomodidad. Miró a Harriet y pudo notar en ella la misma tensión.

—Queríamos sorprenderte, cariño. —Harriet avanzó hacia ella y le dio un fugaz abrazo, que ni siquiera estrechó por completo, ni mucho menos sus mejillas se tocaron con el beso—. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, Harriet… —Sus ojos se escaparon a donde estaba Brendan, no sabía cómo él conseguía cambiar tanto en tan poco tiempo, ahora llevaba una barba más tupida que ensombrecía el rostro, lo que hacía que el verde de sus ojos se notara más intenso. Él la miró de los pies a la cabeza, entonces ella misma tuvo que echarse un vistazo—. Disculpen mi apariencia, siento que no estoy presentable para la ocasión… De haberlo sabido, me habría puesto algo más formal.

—Siempre te vistes igual —intervino Brendan, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, que hizo que el estómago de Lauren se encogiera—. Feliz cumpleaños —masculló.

—Gracias. —También masculló y lo miró directo a los ojos cuando se apartó.

Él sabía cómo molestarla, porque ese simple comentario le hizo hervir la sangre. «Que termine pronto» suplicó en pensamientos.

—¡Lauren! Por fin volvemos a vernos… Estás más guapa que la última vez que nos vimos. —Paul la abrazó con euforia—. Estás perfecta para cualquier ocasión, me encanta tu estilo casi agresivo. —Se acercó y le susurró al oído—. Estoy seguro de que el tío Oliver lo aprobaría.

—Gracias, Paul. —Le sonrió genuinamente y agradecía que la defendiera de esa manera, porque sin duda, se dio cuenta de lo que Brendan pretendió hacer con su comentario—. Todo está muy bonito —reconoció cuando se sentó en la mesa y vio la decoración que, aunque bastante elegante, alusiva a su cumpleaños.

Lo único que no le gustó es que quedó entre Paul y Brendan, hubiese preferido mover toda la mesa con tal de quedar al lado del padre Francis, que le tocó junto a Archie.

—¿Por qué no te quitas la chaqueta y la bufanda? Te vas a ahogar del calor —pidió Paul y le hizo señas al mesero.

—Solo la chaqueta —dijo Lauren al tiempo que se levantaba—. Es que creo que voy a resfriarme. —Le entregó la chaqueta al hombre y luego se ajustó la bufanda. No podía sacarse de la cabeza las marcas que tenía en el cuello y no creía probable que se hubiesen ni siquiera atenuado—. Muchas gracias. —Le sonrió al amable caballero y se acomodó en la silla. Sentía la mirada de todos sobre ella, en especial la de Brendan a su lado.

—¿Champán para celebrar? —propuso Archie, con una sonrisa jovial.

—Sí, por supuesto. —Harriet estuvo de acuerdo, más bien por seguirle la corriente a su marido; que, en compañía del sacerdote, habían sido los artífices de todo eso.

—Sí. —A Paul también le pareció buena idea.

Cuando llegó la espumante bebida, les sirvieron a todos, incluso a Alfie, que, aunque todavía era menor de edad, le permitían el consumo de una copa de alcohol solo en ocasiones especiales.

—¡Por Lauren! —brindó Archie—. Porque cumplas muchos años más y que la vida te traiga, amistad, unión familiar, éxito laboral, salud y por supuesto, amor.

—¡Felicidades! —lo siguió Harriet con una sonrisa tensa.

—¡Felicidades, Lauren! —sonrió Alfie.

—Gracias, gracias —dijo mientras todos chocaban sus copas con la de ella.

—Felicidades —le susurró Brendan cuando se acercó a su oído de forma algo discreta.

—¿Y Alice? ¿Por qué no vino? Es parte de la familia, ¿no? —Lauren se aclaró la garganta y sin esperar respuesta bebió un trago de champán.

—No quiso… —intentó decir Alfie, ya que esa misma tarde los escuchó discutir por teléfono.

—No pudo —rebatió Brendan.

—Es que tenía una cena familiar, ¿cierto, cariño? —lo defendió Harriet, porque eso fue lo que le dijo Brendan a ella.

—Bueno, es una pena que no haya podido venir. —Lauren mostró una muy falsa congoja —. Es tan simpática —masculló y sonrió de medio lado, al sentir la mirada de Brendan taladrándola.

Por lo poco que conocía de él, sabía que no iba a intentar ridiculizarla ni molestarla delante del padre Francis, porque entonces mancharía la imagen intachable de ser alguien correcto.

—Sí, es una jovencita adorable, mi hijo ha tenido mucha suerte —prosiguió Harriet.

—Sí, he tenido suerte, he encontrado a una chica íntegra, decente, además de hermosa.

—Deberías pedirle matrimonio. —Lauren encontró el valor para volver a mirarlo—. ¿O ya se lo has pedido? Es que la oportunidad de encontrar a una mujer con tantas virtudes debe ser de una en un millón.

—No creo que lo haga… —Alfie soltó una risita.

—¿Qué no crees, Alfie? —lo enfrentó Brendan.

—Que se casen. —Se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? —intervino Harriet, entre sorprendida y molesta por el comentario de su hijo menor.

—¿Por qué mejor no empezamos con la cena? —Propuso Archie, para distender la situación que siempre se daba entre su familia. Solo esperaba que el sacerdote no se llevara la peor impresión—. Lauren, reservamos un menú de cumpleaños, es el que está junto al plato, pero si no quieres, puedes pedir algo de la carta.

—Estoy segura de que hicieron una excelente elección —dijo sonriente—. Permiso, iré a lavarme las manos. —Se levantó—. Pueden ir solicitando que traigan la comida.

Corrió la cortina y miró en busca de la señalización de los servicios; dio rápido con ella y siguió por el pasillo a la derecha. Al entrar, aprovechó también para orinar, fue entonces que sintió los estragos de la maravillosa tarde que tuvo con James. La zona de su vulva aún estaba un poco inflamada y sentía cierta incomodidad, pero sabía que en unas horas eso pasaría.

Se quedó de piedra cuando abrió la puerta del cubículo y se encontró con Brendan en el lavabo, lavándose las manos y mirándola a través del espejo.

—Aunque no supieras leer, el aviso es bastante claro, porque tiene el rótulo de una mujer —dijo a la defensiva, no estaba nerviosa, estaba indignada por ese asalto a su intimidad—. Así que, no creo que te hayas equivocado. —Tras superar la molesta invasión, caminó decidida hacia los lavabos—. ¿Qué haces aquí? —gruñó.

—¿En verdad no lo sabes? —preguntó, al tiempo que se hacía de un pañuelo para secarse las manos.

—Aprovechar este instante para tratar de humillarme, porque no puedes hacerlo delante del padre Francis, se te caería la máscara. Adelante, dime lo que te dé la gana —lo alentó con una mirada cargada de soberbia, mientras se lavaba las manos con energía—. Después de todo lo necesitas para poder sentirte mejor.

—No, no tengo intención alguna de humillarte. —Se paró detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros—. Tú sola te encargas de eso.

De inmediato, Lauren se puso tensa, pero no le apartó la mirada a través del espejo. Entonces vio hacia donde se dirigió la mirada de Brendan y tuvo que tragar grueso para no desmayarse. Él estiró apena uno de sus dedos, para apartar un poco la bufanda y con la yema le acarició una de las marcas que dejaron los chupones de James.

—Así que tuviste clases hasta tarde… No sabía que en la UCL te enseñan a follar —murmuró, provocando con su aliento caliente que se le erizara la piel.

Lauren se apartó y se volvió para enfrentarlo con la ira ardiendo en sus pupilas.

—No tienes derecho a inmiscuirte en mi vida… ni en lo que hago. Como si tú fueras un puto monje, hipócrita de mierda. —Tenía ganas de golpearlo, pero mantenía las manos empuñadas—. No es tu problema si tengo novio…

—No, no es mi problema, pero puede que sí lo sea del padre Francis… porque él no lo sabe, ¿cierto?

—Brendan… —la voz le salió rota por la desesperación y la impotencia. Estaba segura de que era tan maldito como para exponerla delante de todos—. ¿Qué quieres que haga? —cedió con la mandíbula apretada.

—Se me ocurren muchas cosas. —Volvió a llevarle las manos a la bufanda y empezó a acomodársela—. Pero tranquila, te guardaré el secreto. —Seguro de que la prenda quedó tan bien

como para ocultar los chupones que él logró divisar desde que estaban en la mesa. Soltó un suspiro y se alejó—. No tardes. —Se volvió y caminó a la salida.

—¿Por qué me odias? —preguntó, antes de que él saliera.

—No te odio, Lauren… —La miró por encima del hombro—, y sé que lo sabes —dijo eso y salió del baño.

Ella se quedó ahí con un remolino de emociones haciendo estragos en su pecho, quería echarse a llorar, porque fue demasiado ilusa al pensar que Brendan no conseguiría la oportunidad para desestabilizarla.

«No me odias, me desprecias»

Sabía que no debía avergonzarse por llevar una vida sexual activa, sobre todo, porque era con su novio. Ya tenía diecinueve años y no estaba haciendo nada inmoral; sin embargo, Brendan le hizo sentir que se valoraba muy poco. Si no fuera por el padre Francis, aprovecharía la oportunidad para largarse. No tenía otra opción que volver a soportar otra incómoda comida con los Spencer.

«Terminaré rápido, así me termine atragantando», con ese pensamiento salió del baño.

—Disculpen la demora —dijo al ver que ya la comida estaba servida y Brendan ocupaba su puesto. Se obligó a no mirarle.

En cuanto se sentó sus ojos buscaron al padre Francis, no podía evitarlo, estaba aterrada y se evidenciaba en el temblor de todo su cuerpo. Decidió que la próxima semana, le llamaría y le contaría sobre su relación, después de todo, no estaba siendo pecaminosa, estaba en edad de tener un noviazgo.

—No te preocupes, espero que disfrutes de la comida —le dijo Archie.

—Señor, bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir y bendice las manos que los prepararon —intervino el padre Francis antes de que empezaran a comer.

—Amen —dijeron al unísono.

—Buen provecho, padre. —El deseo le salió algo estrangulado debido a los nervios.

—Buen provecho, hija —deseó el padre Francis con una sonrisa casi paternal—. Buen provecho, a todos.

—Gracias —respondió Archie.

Cuando Lauren tomó los cubiertos, los empuñó con fuerza, debido a la tensión que se apoderó de su cuerpo, al sentir la mano de Brendan por debajo de la mesa, apretándole la rodilla.

—Cálmate. —Se acercó y le susurró—. No diré nada.

A la mirada de Alfie no se le escapó ese acercamiento de Brendan, ni tan poco lo extraña que estaba Lauren. Quiso intervenir, quitarlo de su lado, porque bien sabía lo mucho que a su hermano le gustaba molestarla, pero no podía.

Lauren movió la pierna, para alejarla del toque y Brendan retiró su mano, pues no era su intención acosarla, solo que confiara en que no la expondría.

—Lauren, ¿cómo te sientes en la universidad? —preguntó Archie.

—Ya empezaste el tercer semestre, ¿verdad? —Harriet, también quiso formar parte de la conversación.

—Me va muy bien, hasta ahora, la carrera me gusta mucho… Sí, voy en el tercer semestre.

—Igual que Paul —asintió Harriet.

—Sí. —Bajó la mirada para picar un trozo de ternera.

—¿Lauren, te ha gustado la comida? —preguntó Alfie.

—Oh, sí. Todo está muy rico. —Le sonrió al chico.

—¿Te enteraste de que el diecisiete de noviembre se presentará Bon Jovi en el

Hammersmith Odeon? —prosiguió Alfie, más animado.

—¡Sí!

—¿Irás?

—Por supuesto… Estoy a la espera de que empiece la venta de boletos.

—¿Puedo ir contigo? —suplicó, esperanzado.

—Sí, me encantaría poder ir contigo. —Lauren se mostró más animada. Esa conversación le hacía disipar un poco los nervios.

—¿Y tú a quién le has pedido permiso para ir a un concierto de esos, jovencito? —intervino Harriet, con un claro tono de reproche.

—¡Mamá! —protestó Alfie.

—Esos conciertos son peligrosos, leí en las noticias que hace poco un chico murió tras una pelea…

—Yo le di permiso —interrumpió Archie, miró a su hijo y le guiñó ligeramente un ojo, para que lo secundara en esa mentira piadosa.

—Archie… —Harriet pretendió imponerse.

—Ya Alfie está en edad para divertirse… Además, estoy seguro de que Lauren lo cuidará muy bien. —Se volvió hacia la chica y le sonrió.

Él no comprendía por qué Harriet sentía cierto recelo hacia Lauren, si era una jovencita encantadora. Además, Oliver, la quería mucho. Por eso, en memoria de su amigo, no iba a desampararla. Antes de que Harriet fuese su mujer, Oliver fue su amigo, el más leal que conoció y el que siempre lo defendió en la secundaria, cuando los más grandes querían molestarlo, solo por el hecho de que su apariencia era más frágil debido a su delgadez.

—Sí, además, ya no soy un niño… —Alfie le recordó eso a su madre—. También puedo cuidarme solo, no sería capaz de poner la responsabilidad de mi bienestar sobre los hombros de Lauren.

—Aun así, Lauren es una joven muy responsable y prudente —comentó Francis—. Ha sido muy bien educada.

Brendan carraspeó.

Lauren se volvió a mirarlo. «No digas nada» pensó, mientras contenía las ganas de golpearlo.

—Gracias, padre —dijo ella y sonrió nerviosamente.

Brendan no dijo nada, solo se hizo de la copa de vino, con el que acompañaron la comida y bebió un poco.

Lauren ya no quería estar ahí, a pesar de los esfuerzos de Alfie por tratar de mantener una conversación amena, lo cierto era que, el miedo que le infundía saber que Brendan la tenía en su poder, la mantenía en un estado de zozobra. Ya habían terminado de cenar; así que, no tenía ningún sentido esa reunión.

—Harriet, Archie. Quiero agradecer… —Se preparó para su discurso de despedida, pero se vio interrumpida por el hombre que corrió la cortina, para que entrara el mesero que empujaba un carrito en el que traía un gran pastel blanco y dorado con diecinueve velas encendidas.

—¡Llegó el pastel! —Harriet se levantó y aplaudió, mientras sonreía—. No pensarías que solo se trataba de una cena.

—Por supuesto que también vamos a cantarte el cumpleaños —completó Paul.

Lauren inhaló profundamente, no le quedaba más que resignarse a que esa reunión se alargara, por lo menos, media hora más.

—¡Gracias! —sonrió entre sorprendida y tensa—. Es hermoso.

Todos se levantaron, entonces ella aprovechó para correr y pararse al lado del padre Francis.

—Afie, ven —le llamó también con un ademán, no quería dejar espacio para que Brendan se le acercara.

Todos se reunieron en torno al pastel y le cantaron el «*Happy Birthday*». Luego recibió los buenos deseos y abrazos de todos; esta vez, no dejó que Brendan la abrazara como lo hizo en su cumpleaños pasado, sino que se esforzó para que fuese bastante fugaz.

—Es muy grande, no vamos a comerlo todo —dijo ella, porque de verdad, le pareció una exageración.

—Podrás llevarte el resto y compartirlo con tus compañeras de residencia —dijo Archie.

Ella estaba segura de que las chicas apreciarían un buen pedazo de pastel, por lo que le pareció muy buena idea. Comieron pastel y bebieron otra copa de champán para finalizar la celebración. El padre Francis les agradeció por haber hecho que el cumpleaños de Lauren fuese especial y en familia.

Lauren instada por el sacerdote, también les agradeció, mientras esperaba que trajeran de vuelta, más de la mitad del pastel que se llevaron para meterlo en una caja para llevar. Empezó a despedirse de todos, pero fue con Alfie con quién más alargó la despedida, prometiéndole que le llamaría para hacer los planes para ir a ver a Bon Jovi.

—No puedes irte sola a esta hora, Brendan puede llevarte —propuso Archie, poniéndole una mano en el hombro a su hijo mayor. Ya que, en su coche, viajarían su mujer, Alfie y Paul.

—No, no hace falta, vivo atravesando el parque. —Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Tendrás que bordearlo porque ya debe estar cerrado —comentó Brendan.

—No, yo le acompaño —dijo Francis—. Ya es tarde e imagino que deben estar cansados.

—Sí, el padre Francis me lleva… —se apresuró Lauren, arrimándose más al sacerdote. Vio como una bendición que en ese momento regresara el mesero con la caja—. Muchas gracias. —Corrió a recibirla—. Muchas gracias, por todo. Estuvo muy lindo. —Como anteriormente había hecho las despedidas, salió rauda.

El sacerdote se despidió con un apretón de manos de Archie, le dio la bendición a Harriet, que se la solicitó y luego también se despidió de los jóvenes. Cuando salió del privado del restaurante, se encontró a Lauren esperando por él en el vestíbulo.

—¿Nos vamos? —preguntó con una sonrisa, que la mostraba más relajada.

—Sí. —Le puso una mano en la espalda para guiarla—. ¿Te gustó la sorpresa? —le preguntó, mientras atravesaban la puerta principal del hotel.

—Fue una sorpresa —dijo con dientes apretados.

—¿Pero te gustó?

—No me lo esperaba. —No quería herir al padre Francis, bien sabía que en parte fue idea suya.

—No te agradó, ¿cierto? —sonrió, compasivo.

—No, no es eso, solo no estaba preparada… Pero todo estuvo muy lindo.

—Fue idea de Archie, me llamó la semana pasada y cuando le dije que vendría a visitarte, pensó que sería una buena idea hacerte algo especial.

—Sí, tenía que ser idea de Archie… Esa iniciativa jamás sería de parte de mi «querida» tía Harriet.

—Lauren, ella te aprecia, a su manera, pero lo hace.

—Sí, a «su» manera. —Sabía que estaba siendo irónica con algunas de sus palabras, pero no podía evitarlo. El padre Francis no quería darse cuenta de que Harriet solo la trataba por ser

políticamente correcta, nada más—. No le pregunté si quería quedarse con un poco más de pastel. —Decidió cambiar de tema—. Está muy bueno, eso sí… No quiero imaginar cuánto gastó el pobre de Archie en esa cena.

—Lauren, eres merecedora de todo eso y más… y no, no quiero más pastel, repártelo con tus amigas. Los jóvenes aprecian más el dulce.

Ya frente a la residencia, el padre solo tenía permitido el acceso hasta el vestíbulo.

—¿Regresa mañana a Birmingham? —le preguntó Lauren, sintiendo que la nostalgia empezaba atenazarle el pecho.

—Sí, por la tarde… No sé si tienes tiempo para que volvamos a vernos.

—Sí, podemos vernos para el almuerzo, tengo un par de horas libres, puede buscarme en la salida de la facultad, a la una.

—Sí, por supuesto.

—Bendición, padre.

—Que Dios todopoderoso te bendiga, hija mía —dijo al tiempo que le hacía la señal de la cruz.

—Amen —dijo Lauren. Esperó a que el padre saliera del edificio y solo entonces empezó a subir las escaleras para ir a su habitación.



CAPÍTULO 55

La profesora de Historia del Arte dio por finalizada la clase sobre Artistas anónimos medievales, durante su charla, les dijo que tradicionalmente, se consideraba que los artistas de esa época trabajaban desde el anonimato y que había razones para ello.

Por un lado, la sociedad medieval, teocéntrica donde la religión dominaba todos los aspectos de la vida, hacían que la vanidad fuera un pecado mal visto y estos artistas tendieron a ser humildes, por eso su reconocimiento social era muy limitado; también se debía a que la labor del artista no estaba socialmente reconocida, ya que eran vistos como meros artesanos; otra de las razones del anonimato, era porque en muchas de las obras Medievales aparecía el nombre del

promotor, un noble o una autoridad religiosa y no el del creador.

Explicó, que, sin embargo, eso no era del todo cierto, que lo principal que debían entender era cómo funcionaba el mercado del Arte Medieval, para que entonces pudieran comprender que sí había artistas altamente reconocidos… Seguidamente, empezó a nombrar a muchos artistas que en ese entonces lograron salir del anonimato y que además lo hicieron si ninguna modestia. Entre los que destacó el arquitecto, pintor y escritor italiano Giorgio Vasari, ya que fue él quien inventó el prototipo del artista del renacimiento y por extensión del artista moderno.

Lauren hizo tantas anotaciones como pudo, mientras la profesora daba la clase, pero en cuanto terminó y antes de que ella saliera, guardó el libro de historia del Arte y también sus cuadernos. Entonces sacó el paquete que contenía no menos de cien fotocopias del folleto que anunciaba la próxima presentación de Sweet Poison.

El martes por la noche, James llegó a la residencia para decirle por cuál modelo se decidieron los chicos, como fue después del horario de visitas no pudo pasar más allá del vestíbulo; así que, lo único que hicieron fue hablar un rato sentados en uno de los peldaños de la escalinata de la entrada y compartieron un par de besos.

El miércoles, después de clases, se fue directa a la residencia para poder trabajar en el modelo final del folleto que mostraba una fotografía de la banda, el nombre, lugar, hora y fecha de presentaciones de ese fin de semana. Cuando terminó, salió corriendo hacia el centro de fotocopiado y mandó a hacer doscientas. Bien sabía que el pub en el que se presentarían el viernes y el sábado era pequeño, pero era mejor hacerle llegar la información a doscientas personas y que por lo menos la mitad considerara ir, a que no se llenara el recinto.

—Hola, Hanna. Mira, por si quieres ir… —dijo entregándole un folleto a su compañera a la derecha—. Se va a presentar Sweet Poison en The Prospect of Whitby, estará buenísimo.

—Gracias. —Le sonrió al tiempo que le echaba un vistazo al folleto—. Lo tendré en cuenta.

—Gracias. —Lauren se despidió con un ademán de la mano y fue con otra compañera—. Hola, Liby, por si te interesa, la banda de mi novio se presentará, viernes y sábado en The Prospect of Whitby.

—Ay, buenísimo, estaba pensando en un buen plan para el fin de semana, ya lo tengo… No sabía que tenías novio y que tocaba en una banda.

—Sí, es el vocalista. —Estaba emocionada, más que por contar sobre su relación. Era porque, por lo menos, Liby iría.

—Cuenta conmigo, iré con mi novio.

—Gracias, les estaré esperando. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó, todavía tenía muchos folletos por entregar. Al salir del salón, abordó a un compañero—. Hola, Finn, el fin de semana Sweet Poison se presentará en The Prospect of Whitby…

—Ah, ellos son muy bueno, los vi cuando se presentaron en Ye Olde Cheshire Cheese, hace unas semanas.

—Sí, estuvieron geniales. —Le dio el folleto.

—¿Trabajas con ellos?

—Algo así —respondió sonriente—. Por favor, ven, te estaremos esperando. —Debía darse prisa para entregar la mayor cantidad de volantes antes de entrar a la siguiente clase.

—Cuenta conmigo. —Le guiñó un ojo y él se fue en dirección opuesta.

Después de quince minutos, ya había entregado, por lo menos, unos cuarenta volantes; en el patio central se encontró con Sadie, que también le estaba ayudando a repartir. Telma se ofreció a ayudarle por la tarde.

—Ya casi termino, muchos me han dicho que irán —dijo Sadie, mostrándose evidentemente entusiasmada.

—Sí, ojalá sí vayan.

—Verás que sí… Estoy segura de que tú eres el propulsor que le faltaba a ese cohete para despegar y llegar a la luna.

—Eso espero, la banda es buena, y no lo digo porque no pueda ser objetiva, antes de que fuera novia de James, ya me parecía que tenían mucho talento.

—Solo espero que rápidamente consigan a alguien que los represente, porque de nada sirve llenar pubs sino obtienen la remuneración que merecen.

—Tienes razón, necesitamos atraer la atención de alguien que quiera arriesgarse… Gracias por ayudarme.

—No, no me agradezcas, me encanta hacer esto; aunque, espero que cuando la banda sea famosa y se codee con los grandes, me presenten como amiga.

—Eres mi amiga, por supuesto que te llevaré a dónde y con quién quieras —prometió Lauren, que tenía fe ciega en Sweet Poison. Sadie, chilló emocionada—. Por ahora te dejo, tengo que correr a clase de Estética Básica.

—Ve, no llegues tarde. —La alentó con un ademán.

—Nos vemos a la salida —gritó Lauren en su carrera hacia el edificio.

—¡Nos vemos! —Sadie también gritó su respuesta y sonrió. Luego caminó hacia un grupo de chicos para, entre coqueteos, entregarles más folletos.

Cuando Lauren entró en el salón aprovechó que aún no llegaba el profesor para entregar cinco volantes más. Ella contaba con la espontaneidad suficiente para hacer eso y no sentir ni una brizna de vergüenza. Por el contrario, le gustaba hacer todo ese tipo de relaciones públicas, pensaba que esa era una de sus mejores virtudes, porque podría serle de utilidad en su futuro como artista plástica.

En cuanto el profesor entró, ella corrió a sentarse, sacó rápidamente sus cuadernos y guardó los folletos que aún le quedaban. Tras saludar a los presentes, el profesor se volvió hacia el pizarrón y con tiza escribió en grande: «***Estética en el arte: ¿Más que belleza?***»

Lauren lo escribió exactamente igual en su cuaderno.

—Como ya mencionamos en la clase anterior —empezó a hablar el hombre de talante elegante, pero que también exudaba inteligencia. Lauren trataba de llevar el ritmo de la escritura, pero cuando no podía, se enfocaba en resaltar las palabras que a su consideración eran más importantes—. A grandes rasgos, el término «estética» se refiere a los principios que rigen la naturaleza y la apreciación de la belleza, particularmente, en las artes visuales. Deriva de la palabra griega para percepción (aisthesis), y fue utilizado por primera vez en el siglo XVIII por el filósofo alemán Alexander Baumgarten. La estética, se refiere a la rama de la filosofía que se ocupa de las preocupaciones de la belleza y el gusto artístico…

A pesar de que muchas de sus clases todavía eran teóricas, las disfrutaba mucho, le gustaba aprender sobre la historia, las corrientes, la estética… Eso le ayudaba a apreciar desde otra perspectiva todo lo que le rodeaba. Su clase terminó y una vez más, se hizo de los volantes, salió del salón y repartió por los pasillos; al momento de reunirse otra vez con Sadie, tan solo le quedaban como unos diez.

—Si quieres dame más, estos tenemos que repartirlos todos hoy.

—Quiero dejar unos pocos para pegarlos en la calle.

—Fantástico, vamos… Yo terminé clases, ¿y tú?

—Acabo de terminar.

Sin perder más tiempo salieron del campus, no dejaron pasar ningún lugar en el que podían pegar un volante en un par de manzanas a la redonda.

—Creo que para la próxima semana debemos hacer muchas más fotocopias. —Sadie, suspiró satisfecha.

—Es que mientras se presenten en lugares con aforos tan limitados, no podemos invitar a tantas personas ni hacer tanta propaganda —explicó Lauren.

—Sí, tienes razón —gimió un poco desencantada.

—Vamos a comer, que muero de hambre… ¿Me aceptas que te invite el almuerzo? —preguntó Lauren, al tiempo que la abrazaba por la cintura.

—Te diría que no, pero estoy bastante cansada de los sándwiches. Así que sí, vamos —sonrió ampliamente.

La noche por la que Lauren tanto había trabajado, por fin llegó. Estaba más que emocionada e ilusionada. Hasta el momento, a todas las presentaciones de Sweet Poison a las que había asistido, lo había hecho como parte del público, llegaba al pub como cualquier espectador y solo cuando empezaba o terminaba el espectáculo era que se dirigía al *backstage* para compartir con la banda.

Pero esta vez era distinto, iba con ellos en la furgoneta, como si fuese parte de la banda, tanto a ella como a Carol las habían integrado mucho más, hacía falta Theresa, pero tuvo que irse a Liverpool, donde le ofrecieron una muy buena oportunidad de trabajo.

El ambiente en la Volkswagen Caravelle, era tranquilo y un poco tenso, Lauren llegó a la conclusión de que quizá se debía a algo de nervios, el único sonido que acompañaba al de sus respiraciones era el repiqueteo de las baquetas con las que jugueteaba Ray.

Ella quería decir algo, romper ese silencio que no ayudaría en nada a que la situación mejorara, pero como era su primera vez durante el trayecto, tampoco sabía si se trataba de alguna especie de ritual. Pensó que luego se lo preguntaría a James.

Lauren iba sentada a su lado, él iba casi acostado con la cabeza apoyada en el respaldo y una pierna sobre las de ella; no podía negarlo, le encantaba sentir ese peso en su regazo, mientras apoyaba las manos en el firme muslo masculino.

—¡Llegamos! —James anunció con toda la energía que había reservado.

Cuando todavía faltaba más de una hora para la presentación, la furgoneta se detuvo justo frente a la fachada de ladrillos del Pub, pero a varios metros de la entrada principal, por donde se hallaba un estrecho callejón que conducía a una puerta lateral que llevaba la interior del edificio, pero que también continuaba hacia el fondo, que daba al río Támesis y al famoso muelle de la ejecución, donde siempre se mantenía un lazo de horca.

El lugar era icónicamente conocido como «La taberna del Diablo» ya que le precedía la mala fama de que en otras épocas ahí se reunían, contrabandistas, asesinos, mineros, piratas y toda clase de personajes de dudosa reputación.

—¡Hagámoslo! —dijeron al unísono los demás chicos, como si de repente hubiesen despertado de un pesado letargo y lo acompañaron con algunos gritos de júbilo.

James fue el primero en bajar y le ofreció la mano a Lauren para ayudarle, ella no pudo evitar la curiosidad y se asomó para mirar donde estaba la fila de personas para entrar, era más de las que había visto la última vez y eso hizo que el estómago se le encogiera de la emoción.

Recibió la mano de James y caminó rauda detrás de él, ya que el callejón era tan estrecho que solo permitía el paso de una persona. Le siguieron Tommy que en una mano traía la guitarra y con la otra sujetaba la mano de Carol, luego le seguía Billie, quien también traía el bajo; por último, Ray, que se asomó y saludó a quienes esperaban en la fila.

Enseguida le hicieron saber que estaban ahí por ellos, se lo dejó claro la algarabía que se formó. Sobre todo, proveniente de las chicas.

—¡Esta noche será extraordinaria! —rio al tiempo que corría para alcanzar al grupo.

Los demás instrumentos los habían enviado por la tarde, ya ajustados, para que pudieran montarlos con tiempo; así cuando les tocara salir a escena, todo estaría casi listo. Solo una pequeña prueba que harían antes de empezar con la primera canción. Entraron por una puerta negra, ahí los esperaba unos de los *roadies* que les dio la bienvenida y los condujo hasta un pequeño salón que servía de camerino.

Lauren se dio cuenta de que no diferenciaba mucho de los anteriores, un par de sofás, tres butacas, tocadores y dos mesas en las que disponían algunos alimentos, bebidas —en su mayoría — alcohólicas y cigarrillos. También en el baño había por lo menos una docena de toallas y desodorantes.

—Ven aquí. —Lauren tiró de la mano de James, arrastrándolo con ella hacia uno de los tocadores—. Vamos a empezar con el maquillaje. Es mejor hacerlo con tiempo suficiente, porque si no te sientes cómodo podremos retirarlo.

—¿Estás segura de que funcionará?

—Creo que sí, vamos a darte un estilo *glam* algo sutil… Si algo he aprendido esta semana en clases, es sobre lo importante que es la estética. Sé que, si explotamos tu encanto sensual, atraerás mucho más la atención… —Le apoyó las manos en el pecho, invitándolo a que se sentara. Ella puso sobre el tocador el maletín que llevó con todo su maquillaje—. Eso sí, tendrás que acompañarlo con una actitud descarada, desafiante y provocativa… ¿Crees que puedes hacerlo? —le preguntó mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Claro que puedo hacerlo, pero no me culpes si las mujeres se lanzan a mis pies. No vayas a ponerte celosa.

—Ellas podrán insinuarse todo lo que quieran, pero quien tiene una relación conmigo eres tú; así que, queda de tu parte darme el valor que merezco. ¿Entendido?

—Lo entiendo, muñeca brava. —La sujetó por la cintura y la pegó a su pecho; como ella estaba de pie y él sentado, le era mucho más fácil rodearle la cintura.

Lauren le metió las manos entre el cabello, mientras le sonreía.

—También le daremos más volumen a estos mechones… ¿O quizá prefieres un estilo mojado y despeinado? Se me ocurre que podríamos aplicarte sombras negras con *glitter*, delinear exageradamente los ojos también en un negro intenso y hacer que chorree un poco… darte un aspecto de mártir o algo así.

—Me seduce esa idea, hagámoslo. —Le sujetó la mandíbula, atrayéndola a su boca, le dio un beso apasionado. Luego le dio un azote en el culo y ella soltó un grito ahogado por la sorpresa —. Manos a la obra.

—Necesitaré un atomizador o algo para mojarte el cabello…

—Puedo ir a mojármelo en el lavamanos.

—Vale, ve rápido.

Mientras James fue al baño, Lauren aprovechó para explicarles a los chicos lo que quería hacer con su estilo, esa nueva apariencia que quizá podría funcionar. Ellos estuvieron de acuerdo; por lo que Carol, de inmediato, decidió empezar con Tommy.

Luego Lauren maquillaría a Ray y ella lo haría con Billie.

Una vez que terminaron y los chicos se vieron, quedaron fascinado con ese cambio en su apariencia, seguían siendo ellos, un poco de sombras y delineado dramático proyectaba una imagen más pegada al estilo de la música que creaban.

—Solo falta una cosa para que estén listos para salir a escena —dijo Lauren—. James, quítate la camiseta y déjate solo el chaleco. —Por experiencia sabía cuánto les gustaba a las mujeres verlos sin camiseta. Y los tatuajes que cubrían el torso y brazos de su novio, le daban mucho atractivo.

Estaba segura de que prácticamente estaba convirtiendo a James en un provocativo anzuelo para las mujeres y que puede que después a ella los celos le pasen factura, pero no había público más fiel ni que brindara mayor apoyo que el femenino.

Los hombres se conformaban con comprar discos y escuchar la música, las mujeres llenaban estadios.

James sin pensarlo, aceptó la petición de Lauren y Ray también se quitó la camiseta, para él sería mucho más cómodo tocar así la batería. El ambiente empezó a cargarse de mucha energía, sin duda, había nervios, pero también mucha ansiedad, por lo que, para relajarse, se fumaron unos porros y se bebieron unas cervezas.



CAPÍTULO 56

Lauren que no había vuelto a tomar alcohol desde que despertó con aquella terrible resaca, no pudo negarse a una cerveza y darle un par de caladas al porro de Carol, necesitaba que los nervios se disiparan un poco; sobre todo porque cada vez que abrían la puerta del camerino, llegaba hasta ellos el bullicio de afuera.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Carol.

—Cinco minutos —respondió Tommy.

—Deberíamos ir saliendo ya —exhaló James.

—Sí, sí, vamos —alentó Billie.

—Vamos a pasarlo de puta madre… ¡Vamos a divertirnos! —gritó Ray como si fuese a la guerra.

—¡Sí! Vamos, vamos. —James le sujetó la mano a Lauren y salieron del camerino.

Cuando llegaron justo al costado de la tarima, ella no pudo seguir controlando la ansiedad, soltó la mano de James y subió un par de los escalones laterales para asomarse por detrás de uno de los amplificadores. El corazón se le saltó algunos latidos, cuando vio el lugar repleto. Sí, la banda solía llenar los pubs a los que iba, pero esto iba más allá, parecía que incluso, quedó gente sin poder entrar. No tenía dudas, los folletos sí funcionaron.

—Va a estar increíble —declaró, emocionada, cuando regresó al grupo.

—Chicos, ¿están listos? —preguntó el administrador del pub, que iba a presentarlos. Le dio una palmada a Billie en la espalda y se le notaba bastante animado.

—Sí, lo estamos —respondió, el bajista.

El hombre subió al escenario.

James aprovechó el minuto antes de la presentación, se aferró a las caderas de Lauren y la pegó a su cuerpo. Fue Lauren la que presionó sus labios a los de él y entró majestuosamente en su boca. James la recompensó con un lento beso lleno de devoción, que la hizo temblar, luego se apartó para mirarle a los ojos y le sonrió.

—Gracias, por todo lo que has hecho por la banda.

—Ya después, cuando estemos facturando millones, estipularé mi porcentaje —dijo sonriente.

James volvió a buscar la boca de su chica, el beso comenzó tenue, luego creció más apremiante con cada roce de sus labios, cada remolino de su lengua, hasta que fue profundo, duro, ardiente. Lauren no podía respirar, no podía pensar en nada salvo en James y la silenciosa promesa de devoción entre ellos.

—Ve, ve… —dijo ella, cuando terminó el beso y lo empujó por el pecho—. Cómete al mundo.

—Ahora mismo solo tengo ganas de comerte a ti —dijo señalándola—. Apenas termine, no voy a esperar a llegar al apartamento, nos veremos en el baño.

Lauren sonrió y se mordió el labio, más que como un gesto de provocación, era de contención, porque estaba a muy poco de perder el control y lanzarse sobre él.

Cuando salieron al escenario fue muy claro que esta vez contaban con mucho más público y que el lugar se les quedó pequeño. Lauren necesitaba vivir ese momento, por lo que se ubicó en una parte donde no podía ser vista, pero desde donde sí podía apreciar todo el espectáculo.

La banda inició con gran energía, los instrumentos musicales retumbaron y la voz de James cautivó a todos, tanto hombres como mujeres, que coreaban a viva voz las interpretaciones de las canciones de otros artistas. James, en muchas oportunidades había declarado que estaba cansado de hacer *covers*, pero era que lo hacía tan bien y les daba un toque personal que las volvía únicas.

La mirada de Lauren se apartó por un momento de su novio brindando un gran espectáculo, para ver a los demás chicos que, sin duda, eran el complemento perfecto para que todo en conjunto funcionara, también vio en la parte superior la loneta que ella con la ayuda de sus amigas habían hecho con el nombre de la banda.

Sonrió al ver que era algo bastante rudimentario, pero se veía bien y marcaba la identidad de Sweet Poison, estaba segura de que eso apenas estaba empezando y que en algunos meses o quizá años, ellos contarían con la mejor tecnología y los mejores efectos especiales en sus presentaciones. Lo importante era seguir trabajando muy duro para lograrlo.

La emoción en el rostro de James fue evidente cuando empezó a cantar *Sweet and Innocent*

de su autoría y la mayoría de los asistentes también la cantaron.

—*Sweet temptation, I invite you to play. Let passion guide you without delay. Leave behind your world, come and wake up now, sweet temptation, it's your time to shine.*

A pesar de que la presentación estaba por terminar, más allá del sudor que perlaba su cuerpo y la agitación de su pecho por todo el esfuerzo de bailar, se le notaba lleno de mucha energía. Fácilmente, podría permanecer en el escenario por dos horas más.

—¡Estuvo extraordinario! —Lauren lo recibió con una gran sonrisa y una toalla, el maquillaje se había corrido más debido al sudor, pero eso lo hacía lucir más sensual.

James ignoró la toalla, la sujetó por el cuello y le dio un beso realmente apasionado, por su torrente sanguíneo viajaba rauda adrenalina y excitación. Tuvo que bajar rápido del escenario porque ya su erección se estaba haciendo evidente. Sin duda, ver todo eso, vivir esa experiencia después de tanto trabajo, lo llevaba al éxtasis.

—Lo estuvo, pero esto aún no termina. Vamos a cerrarlo como se merece… —Le sujetó la mano y tiró de ella mientras daba largas zancadas antes de empezar a correr hacia el camerino.

—¡James! —Lauren reía mientras intentaba seguirle el ritmo. Se sentía como una niña a punto de cometer una travesura. Cuando entraron en el camerino, la hizo volver y la besó una vez más.

—No creo que haga falta que te diga cuanto te necesito, muñeca. —Tiró de la mano de ella y se la llevó a la erección cubierta por los pantalones de cuero.

—Espera un poco, los chicos vendrán enseguida… —Ella quería ser razonable.

—¡Que se jodan! —Le llevó las manos a la cintura y la alzó.

Lauren en un movimiento espontáneo le cerró la cintura con las piernas y atendió al beso arrebatado de su novio.

—Dijiste que en el baño —le recordó, si iban a hacerlo, por lo menos ahí tendrían un poco más de privacidad.

Él la llevó al baño y cerró la puerta con el pie, esa acción no fue nada delicada; por el contrario, fue un arrebato producto de la excitación. Sin demoras, apoyó a Lauren en el borde de porcelana del lavabo e hizo llover besos sobre sus mejillas, su cuello, en sus pechos, aunque cubiertos por la camiseta.

Ella se suavizó en sus brazos.

—Esto así, será muy incómodo para mí —dijo entre los besos de James, no hubiese protestado, pero el filo de la porcelana le estaba lastimando el culo.

—Entonces te daré contra la pared —prometió con su mirada azul solemne fija en ella.

Esa promesa la hizo temblar, y el deseo se apoderó de todo su cuerpo sin piedad.

—Sí, sí… hazlo.

Sin ningún esfuerzo la bajó del lavabo y apenas los pies de Lauren tocaron el suelo, ella se metió las manos por debajo de la minifalda de cuero y se quitó las bragas.

James por su parte solo se abrió los pantalones para exponer su intimidante y dispuesta erección, sacó un preservativo y se lo puso. Mientras se miraban a los ojos, haciendo que el deseo en ambos se hiciera más intenso.

Él volvió a sujetarla por las caderas y la pegó contra la pared, luego se las ingenió para pasar los antebrazos por debajo de los muslos de Lauren, para así darle mejor apoyo y también para dejarla más abierta para él. Con la polla en una de sus manos la alineó en la entrada del coño de Lauren, tragó saliva al sentirlo tan resbaladizo, tan húmedo y caliente. La conexión eléctrica que sintió le hizo estremecer.

Poco a poco empezó a empujar dentro de ella. Luego se detuvo y se retiró, para entonces

entrar con más contundencia, haciendo que el cuerpo de Lauren chocara con un sonido sordo contra la pared.

—James… Sí, sí —dijo Lauren con dientes apretados y le enterraba las uñas en los hombros.

—Maldita sea, muñeca. Con dos palabras… solo hacen falta que salgan dos palabras de tu boca para hacerme perder el control. —Se sentía tan bien que le hacía daño, le hervía la sangre. Sentía cómo la necesidad se disparaba, comenzó a sudar y trataba de respirar profundo, para hacer eso más duradero.

Lauren buscó la boca de James, necesitaba sentir sus labios y saborear su saliva. Él incapaz de resistirse a su dulce boca, la besó de nuevo, más profundo, más demandante, al ritmo de sus penetraciones. Lauren apretó los brazos alrededor de su cuello y se contraía entorno a su polla. James tragó grueso mientras metía sus dedos en el sedoso pelo de la nuca de Lauren, al tiempo que con el pulgar le trazaba la mandíbula. Ella tenía sus ojos cerrados debido al éxtasis inminente y se veía hermosa.

—Lauren —le susurró, con la voz ronca.

Lentamente, los ojos de ella parpadearon abriéndose, revelándole las pupilas dilatadas, y se encontró con su mirada. Sin duda, la satisfacción zumbaba en su interior. Su corazón dio un salto y contuvo el aliento. Siguió arremetiendo con fuerza contra ella, enterrándose en su interior tanto como podía. El placer en Lauren empezó a transformar su expresión. Con la boca abierta en un jadeo ahogado intentaba llenarse los pulmones y con la mirada fija a la de él.

—Córrete para mí.

—S-sí… sí —siseó ella, afirmando también con la cabeza.

La cadencia de la voz de Lauren, lo instó a penetrar más profundo y rápido, mientras se ahogaba en sus ojos grises y negras pestañas. Él no parpadeó; porque no quería perderse ni un momento entre ellos.

De repente, ella hizo más constantes sus gemidos y se tensó.

—¡James! —chilló, clavándole las uñas en los hombros.

Él mantuvo el ritmo constante, el sudor corría a través de su cuerpo y segundos más tarde se puso duro contra ella y gritó, liberándose. La satisfacción rugió a través de él, al tiempo que ella obtenía su placer. Su goce fue más allá de su control cuando la cara de Lauren reveló la dicha.

James cerró los ojos y volvió a la carga, golpes implacables, uno tras otro, que provocaban el movimiento del cuerpo de Lauren contra la pared.

—James —suplicó sin poder encontrar el aliento—. No puedo… creo que no puedo…

—Tú puedes, muñeca… hazlo por mí.

Lauren sentía que su cuerpo estaba a segundos de otro orgasmo o de explotar.

—¿Quién está haciendo que te corras una vez más? —preguntó sin dejar de bombear dentro de ella.

—¡Tú, James… tú! —gruñó, sintiendo cómo los temblores en su vientre no paraban.

—Maldita sea —jadeó él, todavía no era suficiente. Pero su control se debilitaba, su cuerpo gritaba por liberarse y entonces se dejó ir, con unos cuantos empujes más terminó corriéndose en medio de un gruñido.

Ambos rieron extasiados, solo entonces James sintió los brazos adormecidos por el peso de Lauren y; aun así, no se apresuró en bajarla, se tomó el tiempo para recorrerle el cuello y la línea de la mandíbula a besos, para terminar por hundir de nuevo su lengua en la boca de su chica. Cuando los pies de Lauren volvieron a tocar el suelo, tenía las extremidades tan débiles que tuvo que apoyarse en los hombros de él para no caer, lo que hizo que ambos volvieran a reír.

—Eso demuestra que he hecho un buen trabajo —dijo él, sujetándola por los bíceps.

—Eso creo.

—¿Eso crees? Estoy frente a la prueba más fehaciente. —Le dio un beso en la frente—. ¿Crees que puedes mantenerte en pie? Necesito deshacerme de esto, antes de que haga un desastre. —Se echó un vistazo a la polla aún con el preservativo puesto.

Ella asintió y se apoyó en la pared, un momento después, segura de que dominaba el equilibrio, caminó hasta donde estaba el papel higiénico, se hizo de una gran cantidad y se limpió entre las piernas, tratando de deshacerse de cualquier rastro de humedad para volver a ponerse las bragas.

Cuando salieron del baño, se encontraron con Ray y Billie que estaban tirados en los sofás bebiendo y fumando. Ellos no pudieron disimular que estaban segurísimos de lo que la pareja acababa de hacer. De manera inevitable a Lauren se le calentó la cara de vergüenza.

—¡Hey! —Ray le lanzó una lata de cerveza a James, quien la atajó hábilmente—. Para que te refresques un poco.

—¿Dónde están Carol y Tommy? —preguntó Lauren, de camino a la mesa para tomar una botella de agua.

—Se quedaron afuera, decidieron unirse a unos amigos de Carol para seguir la fiesta —respondió Billie.

James dejó la lata de cerveza en la mesa de centro y se hizo de otra que no estuviera agitada, se sentó al borde del sofá en el que estaba acostado su primo.

—Nos fue muy bien, ¿cierto? —Se volvió a mirarlo por encima del hombro y le sonreía de medio lado.

—Nos fue jodidamente bien —respondió Ray, dándole unas cuantas palmadas en la espalda. Miró a Lauren que ya se acercaba al grupo, luego de haberse tomado casi la mitad de la botella de agua—. Gracias, hiciste un gran trabajo… Estoy seguro de que toda esa gente, vino gracias a los folletos.

—Con gusto. —Ella se sentó en la mesa de centro, frente a James, por lo que sus rodillas se tocaban—. Tenemos que volver a hacerlo todas las semanas. —Miró a su novio a los ojos y se estremeció ligeramente cuando le llevó una mano a su muslo derecho, apretándoselo en un gesto de lascivo agradecimiento.

—Bueno, yo también me voy a seguir celebrando. —Billie se levantó.

—Recuerda que por la noche tenemos otra presentación… No te pierdas —le sugirió James, como la voz autoritaria dentro de la banda. Ya que el bajista solía extender sus fiestas por varios días.

—Tranquilo, aquí nos vemos —le dijo mientras se ponía la chaqueta.

—Y trata de no estar demasiado intoxicado.

—Sí, papá —ironizó y salió del camerino.

—Yo no me voy a quedar aquí… Ya tenemos que largarnos. ¿Por qué no vamos a divertirnos un rato? —propuso Ray.

—Me voy a casa, estoy acabado. —James se pasó una mano por el cuello, en un gesto de degollamiento.

—Vaya, Lauren… —Ray silbó impresionado—. Sí que eres buena, ¿quién iba a pensarlo?

—Cierra la boca y lárgate. —James se levantó y le arrojó la lata vacía.

Lauren y James decidieron marcharse; así que, salieron del pub por la misma puerta por donde entraron y subieron a la furgoneta. No tenían nada que llevar, ya que los instrumentos se quedarían en el establecimiento para la presentación de la noche siguiente.

—Ven conmigo al apartamento —le propuso James, cuando llevaban unos minutos de trayecto. Le habían pedido al chofer que llevara a Lauren a la residencia, pero aún podían cambiar la ruta—. Mañana no tienes clases.

—Pero compartes habitación con Ray, no quiero invadir su espacio. Y qué dirán Billie y Tommy, seguramente no se sentirán cómodos con mi presencia ahí…

—A todos los volveremos a ver ya por la noche en el pub… Te lo aseguro.

Ella se mordió el labio, pensativa. No era primera vez que dormiría junto a un hombre, ya lo había hecho con Leonard, pero esta vez no se hallaba a un pasillo de distancia de sus cosas. Necesitaba ropa interior y su cepillo de dientes, por lo menos, eso. Sin embargo, cayó en la cuenta de que ya era bastante tarde como para llegar a la residencia, buscar solo eso y marcharse de nuevo.

—Está bien —cedió con una leve sonrisa—, pero mañana debo ir a la residencia, porque necesito cambiarme.

—Te prometo que te acompañaré antes de irnos al pub. —La sonrisa que florecía en sus labios delataba su felicidad.

En respuesta Lauren asintió y buscó la mano de él para entrelazar sus dedos. En cuanto llegaron James no dejó que ni siquiera llegaran a la habitación, volvieron a tener sexo en el sofá, luego se fueron al baño y se ducharon juntos. Lauren supuso que ese día había sido bastante atareado para ellos, porque cuando entraron en la habitación, ambas camas estaban desordenadas. Aunque bien sabía que eso era típico de los hombres; al menos, los que no se criaron en un orfanato, donde les enseñaban un orden demasiado estricto. James le prestó una de sus camisetas, era lo único que iba a ponerse.

—¿Puedo lavar mi ropa? —preguntó, tratando de desviar su atención de las sábanas revueltas, porque le picaban las manos por correr a tenderlas.

—Sí, claro, tenemos lavadora y secadora… Pero eso podrías hacerlo cuando despertemos.

—Prefiero hacerlo ahora… Disculpa, soy algo fastidiosa con eso.

—No te disculpes, sígueme. —La condujo a la cocina, justo al lado había una habitación pequeña de lavado.

Los ojos de Lauren se abrieron de par en par, al ver sobre la encimera de la cocina, un montón de utensilios sucios. Eso era un caos.

—Disculpa el desorden, es muy difícil que cuatro hombres se pongan de acuerdo para hacer las labores del hogar.

—No te preocupes, imagino que han estado muy ocupados.

—Sí, pero no es excusa para todo este desastre. Aquí tienes detergente. —Le buscó la caja y la puso sobre la lavadora.

Mientras ella ponía a lavar la ropa, él decidió recoger lo de la encimera y se puso a echar a la basura los desperdicios, luego, lavó algunos platos y vasos. Lauren le ayudó a recoger las botellas de cerveza y las acomodó dentro de una caja junto a los botes de basura.

—No, muñeca, no hagas eso.

—No me molesta hacerlo, además, así hago tiempo mientras se lava la ropa.

En una hora y con la ayuda de James, el apartamento cambió drásticamente, si bien, no quedó impecable, por lo menos, sí mucho más ordenado. Cuando se fueron a la cama; en poco tiempo, todo el ajetreo de la semana y de esa noche, les pasó factura y terminaron dormidos.



CAPÍTULO 57

Los chicos de Sweet Poison y todos los que habían trabajado muy duro para que las últimas presentaciones de la banda fueran un gran éxito, se encontraban celebrando en uno de los tantos pubs londinenses. Pasaron de tener tres o cuatro presentaciones en un mes a empezar a recibir diez y doce contrataciones por mes, incluso, habían tenido que rechazar algunas.

Lauren agarró la cajetilla de Dunhill mentol y sacó un cigarrillo. Si bien, no había conseguido pegarse tanto a la marihuana como casi todos, sí era de su agrado ese tipo de cigarrillos por su sabor refrescante y se fumaba un par, sobre todo por las noches. James se apresuró a prenderle con su encendedor el cigarrillo que se puso en los labios, mientras al grupo

le repartían una ronda de cervezas. Luego de expulsar el humo de esa primera calada, le agradeció con un beso.

Llevaban poco más de dos meses de noviazgo y la relación entre ellos era cada vez más fuerte, de mucha confianza y con una química sexual impresionante.

—Buenas noches, chicos —saludó un hombre, llegando a la mesa en la que estaba una decena de personas en pleno festejo—. Me gustaría hablar con ustedes, si tienen un minuto.

—¿Te quieres sentar? —preguntó James, que no echaba a nadie que quisiera acercarse a su mesa. Aunque, en realidad, por la apariencia del tipo, de unos cuarenta y pocos, no parecía que frecuentara ese tipo de ambientes.

—Sí, gracias.

—Siéntate, hazlo. —Ray le dio su puesto, aunque rápidamente se arrepintió porque no había más, el pub estaba repleto.

Lauren se percató de la expresión de Ray y lo que hizo fue cederle su silla, ella se sentó en el regazo de James, que gustoso la recibió.

—¿Quieres? —Tommy le ofreció un porro.

—No, gracias. —Negó también con la mano—. Iré directo al grano, me llamo Joyce Oldham. —Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y se la dio a James—. Desde hace algún tiempo he visto lo que han venido haciendo, y creo que, con mi ayuda, puedo hacer algo por ustedes…

Hablaba mientras James y Lauren miraban la tarjeta, luego ambos intercambiaron una mirada, ella no pudo evitar que una ligera sonrisa la expusiera; él por su parte, sin ninguna emoción delatora, le compartió la tarjeta a Ray, luego miró de regreso al tal Joyce.

—¿Tú dirás? Supongo que no solo estás aquí para mostrarnos tu tarjeta.

—¿Les gustaría un contrato con una discográfica? ¿Quieren hacer su propio disco? —propuso sin más demoras. Vio cómo se miraban entre ellos; el baterista le entregó la tarjeta al bajista. Entonces una carcajada colectiva estalló en la mesa—. ¿Eso… eso es un sí? —Dudaba, porque no sabía si era una reacción de burla o de emoción.

—No —dijo James.

—¿Es un no? —preguntó un poco desilusionado, pero no estaba dispuesto a abandonar las esperanzas—. Puedo representarlos, tengo los contactos adecuados para encontrarles una buena disquera… Si quieren, antes de que termine el año puedo concretarles una presentación en Camden Palace… —En cuanto nombró el lugar, todos volvieron a mirarse. Esta vez no pudieron ocultar la sorpresa en sus ojos—. Estoy seguro de que no han tenido nada como eso, hasta ahora solo se han presentado en pubs con una capacidad, ¿para qué? —Hizo un gesto vago con la mano —. Doscientas personas máximo… ¿Saben cuántas pueden verlos en Camden?, más de dos mil —hablaba enérgico, tratando de que su seguridad los convenciera. Él sabía muy bien cuando estaba frente a un diamante en bruto, y Sweet Poison, definitivamente lo era. Ya había trabajado en los inicios de The Kinks, The Cure y Judas Priest.

—No sé. —James movió la cabeza de forma ambigua; por supuesto que estaba bastante emocionado, pero bien sabía que no podía mostrarse así delante del hombre, porque podría ver su desesperación y tomarlo como una debilidad.

—Yo puedo conseguirles mucho dinero y encargarme de lo que necesiten… Eso puedo hacer por ustedes.

—¿Ah sí? ¿Y cómo harás eso? —preguntó Tommy, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Él al igual que James, comprendía bien que no podían poner en manos de cualquiera el sueño más grande de todos.

—Sé perfectamente de lo que les hablo, puedo ver el talento en cuanto lo veo… Hoy día, cualquiera puede formar una banda y componer algunas canciones, pero la gran mayoría no tiene una visión a largo plazo… ¿Saben por qué? Porque no tienen a nadie que los guie entre tanta tensión, tanta locura…

—Muy bien… —dijo James después de compartir miradas con sus compañeros, mientras asentía y volvió a mirar la tarjeta—. Joyce Oldham, vamos a pensarlo y si tenemos una respuesta nos estaremos comunicando contigo, ¿te parece? —propuso el vocalista.

Lauren miró a James con los ojos a punto de saltarle de las órbitas, no se lo podía creer, cómo era posible que estuviese jugando con semejante propuesta, quería intervenir por él, por todos los chicos y aceptar a ese hombre, pero prefirió pensar que ellos sabían lo que hacían, solo esperaba que no terminaran arrepintiéndose.

—Comprendo, sé que es algo que deben conversar —dijo Joyce al tiempo que se levantaba —. Muchas gracias, por permitirme un poco de su tiempo.

—¿Qué, ya te vas? No quieres algo de beber —propuso Billie.

—Estoy bien así, muchas gracias. Diviértanse por mí. —Se despidió de cada uno de los chicos con un apretón de manos—. Hasta luego señoritas. —Les sonrió a las acompañantes de la banda.

—No lo puedo creer, en serio, no lo puedo creer. —Carol fue la primera en hablar—. ¿Cómo lo dejan ir así? —protestó.

—Es una gran oportunidad, ¿por qué no la tomaron? —intervino Lauren, le alegró saber que no era la única que pensaba que habían cometido una estupidez—. ¿Acaso no es por eso por lo que han trabajado? Les está ofreciendo presentarse en Camden Palace, ahí han dado conciertos The Rolling Stones y Packet Of Three…

—Lo sabemos —empezó a explicar James—, pero no debemos demostrarle que es nuestra única opción, podría tomar provecho de eso.

—Con lo difícil que es conseguir a alguien que quiera representar a una banda con las muchas que hay —prosiguió Carol.

Las chicas que acompañaban a Billie y a Ray, como solo eran aventuras de esa noche, no tenían nada que opinar, solo se dedicaban a acabarse las cervezas y los porros.

—Primero tenemos que investigar al tipo —comentó Billie—. Porque, así como hay muchas bandas, también hay muchos supuestos representantes, que no son más que vampiros, en busca del cuello más vulnerable al que hincarle los colmillos.

—Sí de verdad cree en nuestro talento y quiere apostar por nosotros, no se irá con cualquier otra banda. —Tommy, sabía que sus compañeros tenían razón, era mejor no dejarse llevar por la emoción.

—Sí, mañana, cuando estemos más lúcidos lo conversaremos, lo investigaremos y depende de lo que averigüemos de él, concretamos una reunión —dijo Ray.

—Te apoyo. —James levantó su cerveza en señal de brindis.

Todos siguieron la petición del vocalista, por lo que también levantaron sus cervezas y brindaron.

Luego de muchos debates, tanto con los más cercanos, como solo entre los miembros de la banda, llegaron a la decisión de hacer esa reunión. Esperaban que Joyce Oldham, pusiera sobre la mesa todos los beneficios que podría ofrecerles y ellos le dirían que brindarían lo mejor de sí, que siempre harían lo mejor que sabían hacer, que era dar un espectáculo lleno de energía y buena música.

Oldham los citó en el icónico y lujoso restaurante The Criterion, en Piccadilly Circus.

Cuando llegaron y les hicieron pasar, Ray apenas pudo contenerse de no andar por ahí con la boca abierta, al ver tanto lujo.

—¿Te dijo que él pagaría la comida? —Le preguntó a su primo. Sabía que un plato ahí debía costar un mes de alquiler o quizá más.

—Dijo que nos invitaba, eso debe suponer también el pago de la cuenta, solo no vayan a pedir de más —aconsejó James, que también estaba algo impresionado con el ostentoso lugar de estilo neobizantino.

—Esto es lo que merecemos —silbó Billie, luego sonrió y le guiñó un ojo a una comensal, bastante guapa y elegante, que los miró por encima del hombro.

—La verdad, yo prefiero más los pubs… —comentó Tommy—. Por supuesto, Oldham, quiere impresionarnos, con esto quiere abofetearnos con su poder adquisitivo…

—Y demostrarnos que también podemos tener este estilo de vida —completó Ray.

—Yo solo quiero llenar estadios y tener lo suficiente para que no me falten el alcohol, las drogas y el sexo —prosiguió Tommy.

—Yo quiero un Porsche y una casa en Kensington —comentó Billie—. Ya me veo de vecino del príncipe y la princesa…

James no pudo contener la risa. Le gustaba mucho que Billie fuera ambicioso, porque solo con grandes aspiraciones se podría llegar muy lejos. En cuanto Joyce Oldham los vio acercarse a la mesa, se levantó.

—Bienvenidos, chicos. —Les hizo un ademán con la mano—. Por favor, siéntense.

—Gracias —dijo James y mientras se sentaban, ya estaba un mesero vestido bastante elegante poniéndoles las cartas.

—¿Les gusta el vino o prefieren champán? —ofreció Joyce.

—El champán es más adecuada para las celebraciones —intervino Tommy—, y aún no hemos cerrado ningún trato.

—Entonces que sea vino. —Joyce miró al mesero y le pidió una botella de uno de los mejores vinos; trataba de mantener una actitud afable a pesar de la hostilidad del guitarrista—. ¿Hablaron acerca de mi propuesta?

—Sí, lo discutimos —respondió James.

—¿Y qué decidieron? —Se mostró esperanzado.

—Aún no lo decidimos, todo depende de lo que hablemos en esta mesa. —Ray tomó la palabra.

—Bien, ¿ustedes dirán? —Estiró ambas manos con las palmas hacia arriba hacia ellos.

Antes de que alguno pudiera seguir, llegó el mesero; así que, esperaron a que les sirvieran el vino para continuar.

—Nos dijiste que tenías contactos con varias disqueras… —James bebió un poco de vino. Estaba bueno, no podía negarlo, su paladar reconoció que debía ser bastante caro—. ¿Cuáles son?

—Sí, en efecto tengo buenos contactos con algunas disqueras, pero no puedo asegurarles que tendrán un contrato discográfico con la que prefieran, ellos deberán elegirlos.

—¿Entonces no es seguro que grabemos un disco? —preguntó Billie.

—Eso es seguro, lo que no es seguro es que quieran firmar con ustedes la de su preferencia.

—¿Cuáles son? —volvió a preguntar James.

—Fiction Records, Polydor Records y Asylum Records… Si tienen una maqueta, necesito que me entreguen tres copias y haré que la escuchen.

Todos los chicos de la banda se sorprendieron, eran buenas disqueras, muy buenas. Oldham,

ya les había pedido que no tuvieran preferencias, pero era porque él sabía que, si tenían que elegir con quién firmar, lo harían con Polydor.

—Son disqueras con trayectoria. —James comentó y miró a Tommy que solía ser el más escéptico. En respuesta, él le asintió.

—Lo son y tienen buenas bandas —siguió Joyce.

—¿Y sobre esa presentación en Camden Palace? —preguntó Billie.

—Ah, sí; por supuesto, puedo conseguirles una presentación en los martes de Rock… pero si aceptan, tengo que ver cómo está la agenda.

—Hasta ahora todo parece ser miel sobre hojuelas, todo muy bonito y favorable para la banda —conversó James—, pero obviamente sé que eso no es gratis. ¿Cuál es el valor de tus servicios?

—Mis servicios incluyen acuerdos de patrocinio, conseguir los contratos discográficos, proyectos televisivos… Si quieren hacer una gira, pero no tienen suficiente dinero, entonces me encargaré de encontrar a algún inversionista o empresa para financiar la gira… Les buscaré abogados expertos en cuestiones legales y de impuestos; en fin, me encargaré de todo.

—¿Por cuánto? —volvió a preguntar James.

—Podemos hacer un contrato de manejo y representación, en el que me ofrecen entre un quince y veinticinco por ciento sobre los ingresos brutos.

Billie soltó un silbido.

—Creo que el porcentaje tendremos que discutirlo…

—El contrato puede ser a un año… Tampoco quiero arriesgarme a uno de tres o cinco años —dijo Joyce.

—¿Te parece si el primer año lo dejamos en un doce por ciento? —propuso James, luego de mirar a sus compañeros—. Y si renovamos el contrato, podríamos aumentarlo a quince.

Joyce se quedó pensativo.

—¿Lo tomas o lo dejas? —preguntó Billie.

—Como comprenderás, el primer año es muy difícil. —Tommy también dio sus razones.

—Lo será, tanto para ustedes como para mí —contestó el mánager—. Pero, qué mierda, voy a arriesgarme —terminó con una sonrisa.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —James le ofreció la mano.

Estaba ansioso por esa presentación en Camden Palace, porque, aunque sabía que eran buenos y estaban arrastrando cada vez a más público, no estaba preparado para presentarse ante más de dos mil personas.

—¡Lo tenemos! —Oldham no solo le dio un apretón a la mano de James, sino que lo hizo con cada uno de los miembros de Sweet Poison—. Ahora sí, pueden pedir lo que quieran, pero antes, díganme que trajeron la maqueta. —Lo menos que quería era seguir perdiendo tiempo, esa misma tarde quería entregarlas en las disqueras y mandar a redactar el contrato.

—Sí, aquí la tengo. —James se tocó el lado izquierdo de su chaqueta. Estaba más que preparado para ese momento.

—Me aseguraré personalmente de que llegue a las manos y oídos correctos —dijo con una sonrisa de satisfacción. Tenía muchas esperanzas en la banda—. Ahora, comamos. —Los invitó con un ademán de ambas manos.

Cuando Billie abrió la carta se dio cuenta de que no conocía nada de lo que estaba ahí, quizá porque la mayoría estaba en francés e italiano.

«A la mierda, pediré lo más caro», pensó, dejándose guiar por los precios, suponía que, entre más costoso, más rico debía ser.

Así como Billie, ninguno de los demás sabía lo que el menú ofrecía, y decidieron elegir platillos al azar.

El momento menos agradable, fue cuando llegó el mesero y ellos tuvieron que leer el menú elegido; cómo la pronunciación de todos fue desastrosa, el hombre no se abstuvo de corregirlos.

—Sí, como sea… Eso quiero —dijo Ray, apuntando con el dedo el platillo que quería.

El hombre se marchó con el pedido anotado en la libreta; entonces Joyce aprovechó para interactuar más con ellos, quería conocer un poco más de la banda.

—Hasta ahora logro identificar a todos —dijo, le había bastado verlos en un par de conciertos y memorizó cuando el vocalista presentó a cada uno—. James, Billie, Tommy y Ray. —Los fue señalando a cada uno.

—Así es. —James asintió.

—Pero son diminutivos, ¿cuáles son sus nombres? —preguntó.

Cada uno se fue presentando con su nombre y apellido, mientras el representante iba memorizándolos. También les preguntó sobre cómo había surgido la banda, quiénes fueron los primeros integrantes y por qué eligieron el nombre. Eran datos que necesitaba porque quería ponerse a trabajar cuanto antes en la biografía de Sweet Poison.

Al terminar con la comida, los integrantes de la banda no tenían idea de cuánto había hecho el total de la cuenta; sin embargo, disfrutaron de cada platillo; no podían negarlo, todo estuvo exquisito, aunque hubiesen preferido que las cantidades hubiesen sido más generosas.

Antes de despedirse de Joyce Oldham, James le entregó la maqueta, también le dio el número de teléfono del apartamento, ya que quedaban a la espera sobre las fechas disponibles en el Camden Palace, y también para pautar la próxima reunión, en la que el representante les entregaría el contrato.

—¡Maldita sea, lo hicimos! —exclamó Billie emocionado, en cuanto salieron del restaurante y caminaban por la acera.

—¡Lo hicimos! —aulló Ray.

—Creo que tenemos que hablar sobre la reunión.

—Lo haremos por la noche —dijo James—. Ustedes regresen al apartamento, iré a por Lauren en la universidad.

—¿No puedes pasar un día sin follártela? —masculló Billie.

—Está enamorado, deja la puta envidia —lo defendió Ray.

—El amor durará lo que tarde en encontrarse a otra mejor para follar.

—Jódete, Billie. —James le sacó el dedo medio y se cruzó la acera, alejándose del grupo. Caminó por media hora, hasta llegar frente a la UCL, se sentó sobre el capó de un Honda Accord dorado a esperar a que Lauren apareciera, mientras se fumaba un cigarrillo.

Ya sabía de memoria los horarios de ella, por lo que estaba seguro de que debía estar por terminar la clase de Dibujo de Expresión. Unos cinco minutos transcurrieron hasta que la vio salir, expulsó el humo de la última calada y lanzó la colilla al suelo al tiempo que se levantaba.

Lauren al ver a James, corrió hacia él y se le lanzó, rodeándole la cintura con las piernas; su novio sabía perfectamente cómo sostenerla con firmeza y besarla con arrebato. Pudo saborear en la intensidad de ese beso el cigarro que recién había terminado.

—¿Dime que todo salió mejor de lo esperado? —le preguntó entre beso y beso.

—Nos fue bastante bien.

—¿Te dijo el nombre de las disqueras con las que tiene contacto y si van a presentarse en Camden? Necesito saber desde cuándo podemos empezar a repartir folletos, esta vez tiene que ser por toda la ciudad, por eso debemos hacerlo con tiempo…

—Respira, muñeca —dijo sonriendo, ante el entusiasmo de ella.

—¡Es qué estoy demasiado emocionada! —chilló eufórica y volvió a buscar la boca de su novio.

—¿Te parece si te cuento con detalles después de que follemos? —le preguntó.

Billie tenía razón, no podía pasar un día sin tener a Lauren, ella se había convertido en un vicio para él. Lauren asintió, perdida en sus ojos azules, entonces, fue la primera vez que de sus labios se escapó esa palabra que llevaba meses anidando en su pecho.

—Te amo —susurró, mientras le acariciaba con el pulgar la ceja derecha. Ella le había contado toda su vida a James. Le había desnudado el alma y había descubierto que tenían muchas cosas en común. Por su parte, James la hacía sentir como si él fuera la única persona en el mundo capaz de comprenderla. Le contó lo sola que se sentía antes de conocerlo. No le ocultó nada y terminó abriéndole su corazón—. Debes pensar que estoy loca —dijo al ver que solo la miraba en silencio.

—Mi muñeca, todo lo que tú hagas o digas tiene sentido para mí. —Le dio el beso más tierno que jamás había dado. Él no era un hombre de emociones sensibles, ni mucho menos era bueno expresando sus sentimientos, pero sabía lo que sentía por Lauren—. Te amo —susurró como si se tratara del mayor de los secretos que solo debía quedar entre ellos.

Lauren se mordió ligeramente el labio, para no gritar de la emoción; no podía negarlo, le encantaba ser la novia de James, le gustaba mucho más la idea de que él y ella fueran un gran equipo. Tener a alguien a su lado que la quisiera de verdad, era su más anhelado sueño.

—Vamos, quiero llegar cuanto antes a la habitación —dijo ella, porque se moría por estar con él, besar y amar cada espacio de su cuerpo.

—Vamos. —Se animó y la bajó.

Cogidos de la mano, caminaron hacia la residencia, solo haciendo breves paradas para compartir uno que otro beso.

En cuanto llegaron, ya James sabía perfectamente cuál era el protocolo; aunque, el personal de seguridad ya lo conocían porque iba por lo menos cuatro veces a la semana, debía entregar la identificación y firmar cada vez que entraba al edificio. Llegaron a la puerta de la habitación con la respiración bastante agitada por haber subido las escaleras, prácticamente corriendo. A Lauren se le cayeron las llaves, debido a las ansias que sentía por James; en medio de risas, las recogió rápidamente y esta vez sí consiguió abrir.

A penas entraron, ella dejó caer la mochila en el suelo y las manos de James volaron a sus caderas y empezó a besarle el cuello. Al tiempo que Lauren le desabrochaba los vaqueros. Rápidamente terminaron en la cama desnudos. James descendía con besos y lamidas por su torso mientras que con las manos le separaba los muslos.

—Espera, James… La píldora, la había olvidado… —Lauren llevaba aproximadamente un mes tomando la anticonceptiva, sabía que debía ser muy puntual con eso.

—Puede esperar, cuando terminemos te la tomas —dijo mientras repartía besos por el vientre tembloroso.

—No, no… podría olvidarla, solo será un segundo. —Lo apartó, sujetándole la cabeza. Pasó una de sus piernas por encima de él, giró de medio lado y logró escabullirse.

—Date prisa, muñeca —pidió él, entretanto se masturbaba lentamente, impulsado por la desnudez de Lauren.

Ella buscó en el cajón de su escritorio, sacó el comprimido, rápidamente se lo llevó a la boca y lo pasó con un traguito de agua de la botella, que la noche anterior había dejado por la mitad; sobre la mesa. Luego corrió a la cama.

—¿Dónde estábamos? —preguntó, al tiempo que se acostaba y separaba las piernas; de inmediato, James se arrodilló entre sus muslos.

—Creo que quedé justo por aquí —musitó y le dio un suave beso en el vientre, luego le siguió, otro y otro y otro.

Minutos después, estaban acostados en la pequeña cama, abrazados y con las piernas entrelazadas. Aún sonrientes y con los corazones agitados, por el esfuerzo físico y emocional de entregarse. Lauren le pidió que le contara cada palabra que se había dicho en la reunión con Joyce Oldham, mientras seguía con su dedo índice, el contorno ondulante del tatuaje de la serpiente, que iba desde el oblicuó derecho hasta el centro del pecho.

James, por supuesto, le dijo que habían cerrado trato con el representante, solo estaban a la espera de que cumpliera con la promesa de conseguirles el concierto en Camden Palace; solo entonces, firmarían cualquier contrato y empezarían a considerarle su mánager. Ella se emocionó, incluso, más que los chicos. Enseguida se puso a idear las maneras de poder arrastrar al público al Camden Palace.

—Necesitamos llenarlo… No, no, necesitamos que se les quede pequeño —chilló dichosa —. Solo hay que hacer correr la voz, porque ya la gente quiere ir a verlos.

—Primero lo primero, esperemos a ver si Oldham no es un ilusionista —dijo y la besó, al tiempo que volvió a posicionarse encima de ella—. Por ahora, lo que más quiero es volver a sentir cómo te corres mientras estoy dentro de ti.

Lauren le rodeó el cuello con los brazos y las caderas con las piernas, al tiempo que levantó la cabeza para devorarle la boca. Ella también quería que le hiciera alcanzar otro orgasmo.



CAPÍTULO 58

Joyce Oldham cumplió con su palabra, les había conseguido fecha disponible en el Camden Palace, contaron con tan solo tres semanas, para correr la voz; aunque, él les ayudó mucho al pagar por un espacio publicitario en la BBC radio, para así llegar a más amantes del rock.

Esa mañana, a puertas cerradas, hicieron la prueba de sonido, porque por primera vez, harían un concierto totalmente suyo, sin interpretaciones de nadie más; solo saldrían al escenario y compartirían con el público sus letras.

Regresaron al teatro por la noche, faltando una hora para el más esperado espectáculo; al ver las filas a las afueras, los nervios empezaron a hacer nudos en sus estómagos. A pesar de que

por primera vez cada uno contaba con un camerino, decidieron reunirse en el de James, ya que era el más grande. Ese era un día para estar unidos y darse ánimos, no para aislarse.

Lauren, Carol y Theresa estaban con ellos, se encargaron de maquillarlos y de ayudarles con el vestuario; aunque en su totalidad era negro, también era bastante estrambótico, pantalones ajustados de charol adornados con tachuelas, el calzado eran botas de plataformas que le llegaban por debajo de las rodillas y con las que llevaban unos quince días practicando para poder correr, saltar y bailar en el escenario sin sufrir ningún accidente.

James llevaba en el torso un arnés de cuero con tachuelas, de esa manera la prenda dejaría a la vista sus llamativos tatuajes.

Billie, en la parte superior de su cuerpo, usó un crop top de tela de malla y decidió ponerse un sombrero trendy de copa alta.

Tommy, no llevaba ninguna prenda, pero su torso brillaba titilante por el glitter negro que le aplicaron, sobre un aceite corporal para que no se le cayeran los destellos y, su cabello largo rubio lo habían trenzado en un estilo vikingo, intercalando aros dorados entre los mechones.

Ray era el único que llevaba un poco de color, ya que la larga gabardina que se puso, aunque fuera negra por fuera, por dentro el forro era de color burdeos. El cabello, se lo había peinado hacia atrás y fijado con bastante gel, dándole un aspecto húmedo; ya que él siempre quiso mostrar un estilo vampírico. Lauren le ayudó mucho a encontrarlo con el maquillaje. Además, tenía una botella llena con sangre ficticia comestible, con la que llenaría su boca y luego expulsaría durante el espectáculo.

Estaban eufóricos, ansiosos, nerviosos y tenían miedo de no llenar ni la mitad del teatro; ya que esa mañana, cuando hicieron la prueba de sonido se dieron cuenta de que era bastante grande.

En ese momento, las chicas parecían tener más fe en ellos, de la que ellos mismos se tenían. No hacían más que intentar llenarlos de confianza con palabras de ánimos. No querían arruinarlo, ni mucho menos salir de ahí abucheados, porque terminarían perdiendo el trabajo de tantos años y la ilusión de toda la vida. Por lo menos, debían admitir que en apariencia se veían bastante bien, no parecían una banda de principiantes sino ya unas estrellas de rock consagradas.

La puerta se abrió y entró Joyce; su semblante normalmente estoico, ahora lucía acelerado, incluso se había despeinado, dejando expuesta las entradas por la falta de cabello, que tanto se esforzaba por ocultar.

—Muchachos, es hora de salir —les avisó, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Chicos, solo salgan y diviértanse —les dijo Theresa.

—Hagan lo que saben hacer —animó Lauren, que también estaba muy nerviosa, pero confiaba ciegamente en el talento de la banda.

—¡Vamos! —resopló James.

—¡Vamos, carajo! —gruñó Tommy.

Cuando salieron al gran pasillo iluminado por luces amarillentas, pudieron sentir el rugido del público coreando el nombre de la banda. A James se le erizó cada poro del cuerpo. Nunca había escuchado algo como eso, nada le había hecho latir el corazón con tanta fuerza.

—¡Mierda! —gritó Billie, emocionado y se echó a correr, porque quería llegar cuanto antes y el maldito pasillo le parecía interminable.

—¡Espera, imbécil! —le gritó Ray, que antes de echarse a correr, repiqueteó con las baquetas en una de las cajas de sonido.

Tommy al ver que sus compañeros se echaron a correr, él también lo hizo, esquivando a uno de los tantos *roadies* que estaban tras el escenario. James le tomó la mano a Lauren,

compartieron una sonrisa y mirada cómplice, entonces también corrieron.

—No me quiero asomar, porque me cagaré en estos pantalones tan ajustados. —Billie se mostraba más que excitado, mientras tiraba de la tela de charol que le apretaba en los huevos.

—Chicos, chicos. —Joyce llegó jadeante, ya que también tuvo que correr, para evitar que ellos salieran antes de tiempo—. Aún faltan tres minutos… Les informo que entre el público hay dos productores de las disqueras. —Se detuvo para agarrar aliento—. Ya escucharon la maqueta, y les ha gustado, pero quieren verlos en acción.

—¡¿Y hasta ahora nos dices esta mierda?! —Tommy se alteró, porque sus nervios pasaron de cien a diez mil.

—Joyce, cómo es que nos los dices justo en este momento —protestó James.

—Porque me lo confirmaron esta tarde.

—Chicos, no se preocupen por eso, solo salgan a tocar —dijo Lauren.

—No puedo no preocuparme, se supone que tenemos que hacer la mejor presentación de nuestras vidas… y no practiqué para eso —dijo Ray.

—No necesitas practicar para eso, tu talento es innato —alegó Theresa—. Siempre le sacas humo a la puta batería.

—Son un gran equipo, lo harán bien, solo tienen que remar juntos —dijo Carol, mientras acomodaba las trenzas de Tommy.

—Este es el momento para que trasciendan los límites de su música, confío en ustedes chicos, desde el primer momento en que los vi en un escenario. —Joyce le puso la mano a James en el hombro derecho—. Por eso, he puesto toda mi fe y mi dinero en ustedes.

—¿Todo tu dinero? Venga ya, Joyce… no nos jodas, que no somos unos estúpidos —alegó Billie con tono de broma.

—Bueno, no todo, pero sí he hecho una gran inversión; así que, adelante. No hagan que esto sea un concierto sino un acontecimiento. Que sea el último puntapié que necesitan para despegar y llegar hasta lo más alto. —El mánager aplaudió enérgico.

—¡Damas y caballeros, recibamos a Sweet Poison!

Escucharon cuando el presentador del teatro los anunciaba. Como siempre, James esperó el último minuto para besar a Lauren, ya eso para él era como su amuleto de la buena suerte.

Cuando salieron al gran escenario, porque era el más grande en el que hasta el momento se habían subido, fueron conscientes de la magnitud del momento, casi dos mil quinientas personas estaban ahí por ellos, por sus propias canciones y no por los *covers* de otras bandas. Mientras un estallido de fuegos artificiales salió de la parte frontal del escenario, creando una parafernalia que por primera vez tenían. La meta siempre fue grabar un disco y llenar estadios, pero ese era el puto momento que marcaba la gran diferencia, entre soñar y que los sueños empezaran a hacerse realidad.

James observó la multitud y sintió que, hasta hacía un minuto, había permanecido anclado en el suelo, ahora alguien había cortado la puta cuerda y por fin podía volar. Los corazones de todos los integrantes de Sweet Poison mantenían un latido contundente, un latido que seguramente podría ser escuchado por todos, si el público se quedara en silencio, y no siguieran dándoles la bienvenida con aplausos y eufóricos gritos. En su mayoría de las mujeres asistentes.

Enseguida Ray hizo retumbar la batería, le siguió Tommy con un potente riff y se le sumó Billie con el sonido grave del bajo.

—¡Bienvenidos! ¡Esto va a ser una puta fiesta! —James mostró su energía en el micrófono —. Sé que muchos ya la conocen, es uno de nuestros temas favoritos… prepárense chicas, esta noche, queremos que salgan de aquí bien corrompidas… —Alzó ambos brazos para iniciar con

Sweet and Innocent—. *You have a pure soul, and I want to play, Transform your dreams into a real desire. Your tenderness is a challenge, a game I want to win, Let the darkness push you to explore…*

La gente se lo estaba disfrutando, cantaba la canción con tanta energía que la adrenalina se disparaba en el torrente sanguíneo de los integrantes de la banda. De las esquinas del escenario, se levantaban columnas de fuego de hasta dos metros de forma intermitente, mientras James no solo le ponía el alma a cantar, sino que también a bailar.

Por su parte, Billie y Tommy brindaban un gran espectáculo, ellos no solían quedarse en un solo lugar, sino que se paseaban por el escenario y coreaban la letra. Demostrando que dominaban a la perfección sus instrumentos, era como si formaran parte de ellos, de su cuerpo, de su ser. Ray, no solo demostraba potencia al golpear los platillos, la caja o los toms, sino que jugaba con las baquetas, dándole vueltas entre los dedos o lanzándolas al aire para luego atajarlas, mientras creaba un equilibrio perfecto con su pie derecho sobre el pedal que golpeaba el bombo.

Todos sonrieron, pero siguieron perfectamente la letra de la canción, cuando una chica rubia, sobre los hombros de un tipo, se alzó el top para enseñarle las tetas. Era primera vez que algo como eso les pasaba estando en un escenario y fue estupendo, porque notaban que la aceptación empezaba a convertirse en adoración. Mientras desde el *backstage* disfrutaban el concierto, Lauren, Carol, Theresa y Joyce Oldham. Las chicas reían emocionada, aplaudían, cantaban y hasta saltaban.

—¡Se han ganado a la gente! —Lauren tuvo que gritar para que el mánager la escuchara.

—Lo han hecho… Lo han hecho —asintió emocionado, mientras en su cabeza, empezaba a sacar cuentas, como buen hombre de negocios.

Ya algo se habían hecho con la venta de las entradas, pero debía pagar a quienes le financiaron el alquiler del lugar y la radiodifusión; aun así, tanto los chicos como él, obtendrían una pequeña ganancia. Su parte la utilizaría como inversión para hacer más grande a Sweet Poison. Ellos, en cambio, necesitaban ver ganancias, esperaba que supieran cómo hacer uso de eso y que no fuesen a gastarlo en alcohol y drogas.

A pesar de que cantaron canciones que jamás habían hecho con un público presente, en ningún momento los ánimos decayeron; por el contrario, vieron la aprobación de cada una. Tenían un disco que les gustaba a la gente, solo quedaba entrar a un estudio de grabación, producirlo y lanzarlo en todas las tiendas.

El espectáculo duró cerca de tres horas, aunque tan solo tocaron dieciocho canciones. James se dedicó a interactuar bastante con el público. Durante el ínterin, mientras él hacía un juego de voces, que los presentes seguían bastante animados, caminó y se detuvo detrás de Billie, le pasó un brazo por el pecho, abrazándolo.

—En el bajo… En el bajo. —Los demás instrumentos se fueron atenuando hasta que solo quedó el sonido del bajo—. A este tipo no le gusta hablar, no es broma, no le gusta hablar, él se expresa a través de su bajo, pueden pasar dos días sin que diga una sola palabra y no es que esté molesto con nosotros. —Sonreía mientras hablaba, el bajista también sonreía—. Sin embargo, tiene dos aficiones favoritas, tocar su bajo e ir a los clubes nudistas. ¡Un fuerte aplauso para Billie! —pidió al tiempo que se apartaba y lo señalaba estirando el brazo, para que su amigo tuviera la libertad de demostrar lo mucho y lo bien que dominaba el instrumento.

Billie hizo gala de su destreza haciendo vibrar las cuerdas del bajo por más de dos minutos, algo que no hubiese sido remotamente posible en uno de los pubs, ya que ahí el tiempo era mucho más reducido.

Animado por el público se paseó por el escenario y no perdió el tiempo para coquetear con las chicas que gritaban por él. Quizá, por el momento no iba a tener dinero para compararse otro sombrero; aun así, se lo quitó y lo lanzó a la multitud. Luego agitó su larguísima melena negra, que salpicó de sudor el suelo negro del escenario; al tiempo que sus dedos se movían con sincronía, creando un sonido grave y adictivo.

James desde el centro del escenario llamó con un ademán a Tommy.

—¡En la guitarra! ¡En la guitarra! —extendió el micrófono hacia el público, porque era consciente de que el grito agudo de las mujeres se hizo más intenso. Y cómo no, si el guitarrista, único rubio del grupo, le llovían mujeres como moscas—. Él es bien estudioso, siempre lleva una guitarra consigo, es como si fuera una extremidad más… Me consta, aunque no lo crean, se la lleva hasta para el baño. —Los aplausos y risas no se hicieron esperar—. Llegó a Sweet Poison ahogado en deudas y sin una meta definida… Sigue ahogado en deudas, pero ahora tiene claro que su lugar en este mundo es ser parte fundamental de esta banda, porque es un excelentísimo guitarrista… ¡Tommy! —Lo nombró con euforia al tiempo que le daba una palmada en la espalda y una patada en el culo, impulsándolo a que caminara adelante en el escenario.

Tommy se entregó en cuerpo y alma a una sucesión de *riffs* impresionantes, que era opacado, un tanto, por el griterío de las mujeres; de no ser por Carol, podría tenerlo muy fácil esa noche para pasarlo con la que más deseara, quizá podría elegir a dos o tres. Una puta fantasía.

—¿Quién nos falta? —preguntó James y puso el micrófono hacia el público, le sorprendió que empezaran a corear el nombre de Ray—. ¿Quién nos falta? —Aprovechó esa euforia para volver a preguntar y en respuesta volvieron a gritar el nombre de su primo—. ¡No los escucho! —Alentó a que fuesen más contundentes. En medio de los gritos eufóricos corrió hacia atrás en el escenario—. ¿Qué dice el animal de la batería? ¿Qué dice el puto pulpo? —preguntó, mientras el instrumento empezó a hacer más intenso, más rápido, más demandante—. Dicen las malas lenguas que es uno de los mejores de Londres. Yo no sé si eso sea cierto, pero sí les puedo decir que le pone todo, todo el corazón cada vez que agarra las baquetas… ¡Un fuerte aplauso, Ray!

En ese instante Ray, sintió que todo lo que había practicado desde que tenía doce años, había sido justo para ese momento. Así que, no dudó en hacer un magnífico despliegue de todo su talento. En su drum combinó potencia con rapidez, mientras contenía en la boca la sangre comestible para el final de su presentación. Se le estaba haciendo difícil, pero no sería imposible, eso lo sabía. Jugaba con las baquetas, si con la mano izquierda hacia vibrar uno de los platillos, con la derecha lanzaba la baqueta al aire y luego la atajaba para seguir con el ritmo acelerado.

Hizo una impecable demostración por exactamente tres minutos cuarenta segundos; para finalizar levantó la cara al cielo y escupió con un resoplido la sangre, que emergió de su boca como un volcán en plena erupción, toda esa lluvia escarlata le mojó el rostro; entonces, los gritos, silbidos y aplausos, le dieron la certeza de que había merecido la pena, todo el esfuerzo que significó mantener la boca cerrada, mientras sus pulmones sufrían por la falta de oxígeno. Se levantó, aún con baquetas en mano, los invitó a aplaudir en alto. Todo el público lo imitó y los chicos también, entonces corrió al frente del escenario y lanzó las baquetas.

James, Billie y Tommy corrieron para estar con Ray, desde ahí se despidieron. Mientras los aplausos, gritos y silbidos no paraban. Toda esa algarabía escoltó la salida de Sweet Poison del escenario, mientras en *Backstage* los esperaban con euforia.

Lauren se lanzó a los brazos de James y lo besó con arrebato, luego le tendió una toalla y una botella de agua; aunque siempre contaron con esos implementos en el escenario, ellos solo tomaron uno o dos sorbos de agua cuando fue estrictamente necesario.

—¡Felicidades, chicos! Lo hicieron estupendo. —Joyce los recibió con una gran sonrisa,

dándole palmadas en las espaldas sudadas.

—Gracias, gracias —dijo Tommy, mientras tomaba la mano de Carol.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? —Lauren le preguntó con preocupación a James, al verlo cojear un poco.

—Estoy bien, solo me torcí el pie —respondió, al tiempo que le pasaba el brazo por encima de los hombros.

—Vamos al camerino, te pondré un poco de hielo para evitar que se inflame.

El asintió y se apoyó en Lauren, enseguida Ray corrió para ayudarle con el peso de su primo. Él se dio cuenta en el momento en que se torció el pie, cuando iban a un poco más de la mitad del concierto; aun así, siguió adelante como si nada.

Cuando llegaron al camerino, James se dejó caer en el sofá, Lauren no perdió tiempo en quitarle las botas de plataforma. Ray fue a la mesa y sacó una botella de champán de la hielera para llevársela a Lauren.

—Trae la maldita botella, que tenemos que celebrar —dijo James, a pesar de estar dolorido.

Ray dejó la hielera en el suelo y le entregó la botella a su primo.

James agitó la botella, mientras le hizo señas a Billie que se hiciera de otra, Tommy también lo imitó y Ray no se quedó atrás. Entonces todos agitaron las botellas e hicieron que los corchos salieran disparados. Carol, Theresa y Lauren gritaron emocionada y se llevaron las manos a la cabeza para evitar ser el blanco de algún corcho. En cambio, fueron bañadas por una lluvia de champán, mientras los chicos silbaban o gritaban con júbilo.

Joyce Oldham admiraba sonriente la celebración, se lo merecían porque habían hecho un gran trabajo; sin duda, tenían la madera para despegar y llegar al cielo. Ellos no se molestaron en utilizar las copas, bebieron directo de la botella, se la pasaron a las chicas que también bebieron, porque ellas también formaban parte de todo eso.

Lauren a pesar de estar disfrutando de la celebración, también se preocupaba por ponerle hielo en el tobillo, donde se notaba que había hecho mella la torcedura. Ella esperaba que no fuese a empeorar, porque ya tenían varias presentaciones pendientes; si bien, no eran de la misma envergadura de la que acababan de ofrecer, también eran importantes.



CAPÍTULO 59

El jueves por la mañana, Joyce Oldham llamó al apartamento de los Sweet Poison, porque necesitaba reunirse con ellos cuanto antes. A Tommy que fue quien atendió la llamada, le pareció un tanto rara tanta urgencia, ya que esa noche tenían una presentación y se verían con él.

—Los espero en una hora en Grains. —Los citó en la cafetería que quedaba a un par de calles del edificio donde vivían.

—¿Una hora? Joyce, los chicos aún duermen. —Él escuchó el teléfono porque se levantó a mear—. Nos dormimos bastante tarde esta madrugada.

—Despiértalos, Tommy. Es muy importante lo que tengo que decirles, sino hubiese

esperado hasta la noche.

«A este hombre no lo quieren en su casa», pensó Tommy, ya que últimamente se había convertido en la sombra de ellos. Sí, estaba haciendo un trabajo extraordinario, pero sentía que a veces los sofocaba.

—Vale, ya los despierto —masculló—. Soy el designado a llevarme las maldiciones por interrumpirles el sueño.

—Si prefieres, yo voy a despertarlos.

—No, yo me encargo.

—En una hora.

—El desayuno va por tu cuenta —condicionó Tommy.

—No, hoy ustedes invitan —dijo y colgó el teléfono.

Lo siguiente que Tommy escuchó fue el tono; así que, negó con la cabeza mientras sonreía y colgó. Fue hasta su habitación para despertar a Billie.

—Viejo, levántate… —dijo mientras lo zarandeaba, su compañero de habitación farfulló molesto—. Levántate, Joyce quiere vernos en una hora, dice que es urgente.

—¿Cómo? Oh, por Dios… —masculló más dormido que despierto—, que Oldham se compre una vida y dejé de molestarnos…

—Al parecer, es muy importante lo que quiere decirnos.

—Y no puede hacerlo en un horario más decente… qué se yo, después de mediodía.

—No, no puede, sal de la puta cama y ve a despertar a James y a Ray, aprovecharé para ir a lavarme la cara y cepillarme los dientes.

Billie se levantó despeinado y con bastante mal ánimo, se hizo de la liga que dejó sobre la mesa de noche y se recogió la larga melena. Cuando salió de la habitación, ya Tommy había entrado en el baño.

Le costó algo de tiempo y ganarse varios insultos despertar a los primos; no obstante, casi una hora después, llegaron al lugar donde los había citado su mánager, por supuesto, él ya estaba ahí.

—Chicos, ahórrense los insultos —les pidió haciendo un ademán de alto—. De verdad, no les hubiese pedido esta reunión si realmente no fuese importante.

—Antes de que digas más —dijo James haciéndose de la carta—. Necesito comer, porque ahora mismo soy casi un animal salvaje que no entenderá razones… —Llevaba un par de semanas en los que solo dormía cuatro horas, por eso, su genio no era el mejor.

—Vale, pidan la comida, pero como le dije a Tommy, hoy ustedes invitan. —Joyce solo se había pedido un café, pero ya que ellos se iban a tomar el tiempo primero para llenarse la tripa, no veía por qué no podía hacerlo él también.

Todos pidieron desayunos completos, a diferencia de Ray que también quiso unos *crumpets* con mantequilla y mermelada de melocotón.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —preguntó Billie, mientras picaba un trozo de salchicha.

—Prefiero que primero comamos y luego hablemos del tema. —El mánager, no quería darles la noticia que les anularía el apetito y era una pena dejar tanta comida en la mesa—. Mas bien, ¿están preparados para esta noche? —Por el momento, era mejor cambiar de tema.

—Lo estamos —respondió James—. Aunque ya quiero dejar esta mierda de los *covers*… Encuéntranos presentaciones con nuestras canciones.

—No es fácil, James. Los pubs no quieren arriesgarse; sin embargo, espero que eso cambie muy pronto.

—Sé que quieres que toquemos nuestras canciones —habló Ray con la boca llena, ya que comía con gran entusiasmo—, pero gracias a los *covers* hemos conseguido un público. No desesperes, ya llegará el momento.

Cuando por fin terminaron de comer y solo quedaban los *crumpets* que Ray untaba con mermelada, Joyce decidió que era momento de decirle el motivo por el cuál estaban ahí.

—No soy un hombre de rodeos; así que, se los diré enseguida. —Se limpió los labios con la servilleta y la puso sobre la mesa—. Esta tarde a las cuatro tienen una reunión en las oficinas de Polydor Records.

Ray se atragantó con el trozo de *crumpets*, por lo que empezó a toser y se daba con el puño en el pecho.

—¡¿Por qué demonios nos das semejante noticia así?! —reprochó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó James, el corazón se le disparó en latidos.

—¡No me jodas! —Billie soltó una gran carcajada de emoción.

—Polydor Records. ¿Estás seguro? —preguntó Tommy con suspicacia.

—Parece que después de todo, no confían en el talento que poseen. —Joyce sonrió.

—Somos buenos, claro que lo somos. —James reaccionó, empezaba a asimilar la noticia.

—Bueno, quiero que estén muy seguros de eso, porque lo más probable es que vayan a ofrecerles un contrato de grabación y distribución.

—¡Oh, mierda! —Tommy rio incrédulo.

—¿Irás con nosotros? —preguntó Ray—. Porque vamos a necesitarte.

—Por supuesto… pero no quiero que hoy firmen ni se comprometan con nada, hasta que el abogado no lo apruebe.

Todos ellos asintieron, intercambiaron miradas y terminaron riendo. Sin duda, había merecido la pena que Joyce los sacara de la cama.

Quince días después, no solo habían firmado un contrato con la disquera por tres años en los que debían grabar tres discos, sino que también recibieron un adelanto lo suficientemente generoso, como para mudarse a una casa con cuatro habitaciones, cinco baños, sala, comedor cocina, un garaje con las dimensiones adecuadas para montar ahí la sala de ensayos; además, contaba con un gran jardín en el que los fines de semana podrían hacerse las mejores barbacoas. El dinero era más que suficiente como para comprar también algunos muebles para equipar el nuevo hogar y darle un poco de ayuda económica a sus familiares.

El lunes empezarían con la preproducción, Robert o Rob, como les pidió que le llamaran, era el productor, por lo que él les ayudaría a elegir las mejores canciones para el disco. Luego trabajarían en melodías, acordes y líneas de bajo… Les pidió que por el momento no pensaran en el sonido de la batería o la pista. Eso se haría más adelante. Además, les dijo que una vez elegidas las canciones y algunas melodías, empezarían con la grabación y el diseño de sonido. Pero eran etapas que en la medida de lo posible y con el tiempo estipulado irían cumpliendo.

—¿Esa es la última caja? —preguntó Lauren, al hombre del servicio de mudanza.

—Sí, señorita, ¿dónde la pongo?

—Déjela ahí. —Señaló hacia el salón, donde estaban las mayorías de las cajas.

El hombre diligentemente, la dejó justo donde la chica se lo pidió.

—Por favor, firmé aquí —le pidió extendiéndole una tablilla en la que tenía enganchado un formulario.

—Listo, muchas gracias —dijo ella al tiempo que le devolvía el formulario ya firmado.

Una vez que el hombre salió, cerró la puerta y fue al garaje para ver cómo iban los chicos

con el proceso de insonorizarlo. Llevaban tres días trabajando en eso y estaba quedando realmente bien. Mientras, ella se ofreció para recibir la mudanza.

No había sabido nada de Carol en varios días; al parecer, tuvo una pelea con Tommy, pero no estaba al tanto de si habían terminado. En cuanto a Theresa, solo venía las veces que su trabajo en Liverpool se lo permitía. Así que, por el momento, estaba ella sola ayudándoles, lo único que no la hacía caer en desesperación, era que esa tarde Sadie se ofreció a ir para ayudarle.

Se dirigió a la cocina, dónde algunas cajas con utensilios le esperaban, quería por lo menos organizar eso. Prendió la radio que estaba sobre la encimera, porque con música, todo oficio se hacía más ligero. Sintonizó una emisora y empezó a sacar platos y vasos para acomodarlos en las alacenas. Estaba muy feliz por todo lo que James y los chicos estaban logrando, no era algo que le pareciera inaudito ni mucho menos inesperado, porque se habían esforzado mucho y empezaban a ver resultados. Esa casa era diez veces más grande que el apartamento en el que vivían; ahora no solo tendrían más espacio, sino también más privacidad.

Tras un par de horas, había vaciado unas cuatro cajas y acomodado todos los utensilios; muchos de ellos, nuevos. Aunque no eran de los que solían cocinar, como hombres, preferían resolver con comida rápida.

«Tendrán que buscar a una señora que les ayude con el orden y la limpieza, ya pueden permitirse algo como eso», pensó Lauren, al tiempo que abría la nevera.

Se hizo de cuatro botellas de cervezas, las destapó y fue a llevárselas al garaje, porque debían estar sedientos. No tenía que salir de casa para poder entrar, ya que, desde el otro extremo del salón, había una puerta que llevaba a ese lugar. Antes de entrar pudo escuchar la música amortiguada y algunas risas. Sonrió, porque ya se los imaginaba, haciendo bromas entre ellos, muchas veces actuaban como niños. Sin embargo, cuando abrió la puerta, no esperó encontrarse con semejante panorama.

Billie estaba pegando uno de los paneles de espuma acústica de poliuretano, eso quería decir que ya estaban a muy poco de terminar, lo que les llevó más tiempo fue preparar las paredes.

Ray estaba del otro lado también con un trozo de espuma, mientras parloteaba; al parecer, llevaban una competencia de que pared terminaría primero en ser cubierta. Sin embargo, James y Tommy estaban sentado en el suelo, junto a una mesa baja, ella vio claramente cómo su novio esnifaba una línea de cocaína y luego lo hizo el guitarrista. Eso fue de gran impacto para ella, porque no estaba al tanto de que estaban consumiendo esa mierda, hasta el momento siempre lo había visto con porros de marihuana, no tenía problemas con eso… pero la cocaína, sí que no la aprobaba. Intentó superar la sorpresa, aunque su cara no pudiera ocultar la molestia, caminó hasta la mesa y puso las botellas donde se veían las huellas del polvo blanco.

—Pensé que tendrían sed —dijo con verdadero tono de reproche.

—Gracias, muñeca —le dijo James sonriendo.

Eso solo molestó más a Lauren, porque no se preocupó ni siquiera por disimular que acababa de pillárselo con una nueva droga más intensa y adictiva.

—Lauren, ¿te gusta cómo está quedando? —preguntó Ray, sonriéndole de medio lado.

—Sí, se ve muy bien —masculló, sin desviar la mirada de reprensión de James.

—¿Te pasa algo? —preguntó él, con una ceja levantada, al notar la molestia en su novia.

—No sé, dímelo tú. —Se cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Crees que debería pasarme algo? —cuestionó e imitó el gesto de él al levantar la ceja izquierda, mientras su mirada se fue directa a donde estaba el tubo inhalador.

—Yo seguiré con lo mío —suspiró Tommy al tiempo que se levantaba. Lo menos que

quería era quedar en medio del fuego cruzado de la pareja.

—No puedo saberlo, no soy adivino… Solo veo que estás molesta, pero no sé por qué. —Su tono de voz y su semblante lo mostraron bastante serio.

—¿No sabes por qué? ¿En serio no sabes por qué? ¿O simplemente no quieres tomar responsabilidad? —Ella lo desafiaba con la mirada.

—No, Lauren. No lo sé… ¿Es por la coca? —Señaló la mesa—. Porque si es por eso, deberías decirlo y ya.

Ella negó con la cabeza, porque odiaba esa actitud de indignado que mostraba cuando bien sabía que estaba actuando mal. Se descruzó de brazos, dio media vuelta y salió del garaje. No era momento para que los ánimos se caldearan. James al ver que se marchaba, chasqueó los labios, halado por una sensación de impotencia que le aumentaba la temperatura corporal. Se levantó y fue tras ella.

—Lauren, muñeca. —La alcanzó en la cocina, donde estaba desarmando las cajas—. Entiendo que estés molesta, porque no te lo había dicho; pero solo es un estimulante, nada más.

—James —exhaló y dejó la caja doblada sobre la encimera, para luego encararlo—. No soy quién para decirte lo que tienes o no tienes que hacer, no necesitas mi consentimiento… Pero no estamos hablando de marihuana, es cocaína. —Se llevó una mano a la frente en un gesto de frustración—. Te enganchas a eso y no podrás parar, siempre irás a más y más… hasta llegar a la heroína; de ahí, nadie podrá sacarte. ¿Acaso no lo entiendes? —Agitó ambas manos, tenía ganas de sujetarlo por los hombros y zarandearlo.

—No exageres, eso no pasará, lo tengo controlado. —Su actitud se volvió un poco más pasiva.

—¿Lo tienes controlado?, no se trata de control, se trata de muchas cosas más. Integridad…

—No esperes que sea un santo —la interrumpió—. Mis valores son muy distintos a los tuyos, no me críe en un orfanato católico…

—¡No, no espero que seas un santo! —Le fue imposible contener el tono de su voz y lo aumentó más de lo que hubiese querido; así que, inhaló profundo y suspiró para calmarse, a pesar de que estaba muy molesta porque la creyera una estúpida por ser católica—. Solo espero que tengas un poco de sentido común.

—Cariño, no lo entiendes… —La sujetó por las caderas para acercarla a su cuerpo, pero Lauren se resistió—. La necesito, me hace sentir feliz, me da energía, esa que tanta falta me hace para poder cumplir con todos los compromisos

—No necesitas esa mierda para rendir. Puedes hacerlo… —intentó convencerlo, con la voz rota, tenía muchas ganas de llorar porque se sentía impotente y también molesta.

—No, no puedo, estoy agotado, tengo un contrato que cumplir… No sé si te has dado cuenta, pero desde hace dos semanas no ha sido fácil, entre entrevistas, ensayos, reuniones, los conciertos…

—Me he dado cuenta, claro que me he dado cuenta, porque he estado ahí contigo, he faltado a clases para acompañarte en cada compromiso… Aun así, no me meto coca, porque mi mayor impulso es ver que cumples tus metas…

El estado de ánimo de James cambió drásticamente, debido al reproche de Lauren. Le estaba reclamando que estaba descuidando sus estudios por él. ¡No podía ser cierto!

Le soltó las caderas y retrocedió varios pasos.

—Entonces vete a clases, lárgate… —Señaló hacia la puerta principal—. No quiero que sacrifiques tus sueños por los míos… Yo no te he pedido que no vayas a la universidad, ha sido tu maldita decisión.

Lauren asintió en repetidas ocasiones, se tragó un nudo de lágrimas; sin embargo, algunas escaparon de sus ojos y se las limpió con rabia.

—Tiene razón —musitó casi en medio de un sollozo. Caminó y lo tropezó con el hombro, no se detuvo—. Perdóname por preocuparme por ti, imbécil.

Cuando llegó al salón, agarró su mochila y se largó. Le fue imposible no llorar durante todo el camino a la residencia. No era la primera discusión que tenía con James, pero sí fue la más fuerte y en la que dijo cosas que la lastimaron.

Cuando llegó, se fue directa a la habitación de Sadie, para decirle que ya no era necesario que le ayudara.

—¿Qué pasó? —Se mostró preocupada porque era evidente que Lauren había estado llorando.

—Nada importante, solo discutí con James…

—¡Ay, cariño! Lo lamento. —Le abrazó y luego la invitó a que se sentara en su cama—. Pero seguramente se van a reconciliar muy pronto…

—No lo sé. —Negó con la cabeza y se echó a llorar de nuevo.

—Sí, seguro que sí… No te desanimes. Ahora mismo todo es muy reciente, pero cuando piensen las cosas con cabeza fría, se darán cuenta de que solo se trata de un pequeño desacuerdo... —Le sujetó las manos para infundirle valor—. Imagino que él está muy estresado, es que están viviendo tantos cambios en tan poco tiempo; son cambios que también vienen con muchas responsabilidades.

—Es lo que él dice —chilló Lauren, mientras asentía.

Si Sadie podía verlo, cómo era que ella no podía. Quizá le impactó demasiado descubrir que James se estuviese adentrando a drogas más fuertes, tenía tanto miedo de que se enganchara y que terminara en una espiral descendente que lo llevara directo a la autodestrucción.

—Entonces es eso, dale tiempo.

Lauren asintió.

—Gracias, Sadie. —Le abrazó—. Tienes razón, solo debo dejar que las cosas se enfríen. Ahora me iré a mi habitación, necesito ponerme al día con los estudios, ya los he descuidado demasiado.

—Vale, cariño. Si quieres, nos vemos esta noche para cenar, ¿te parece?

—No, la verdad, no creo que salga. —Se levantó de la cama—. Y no es que no esté de ánimos, solo que prefiero estudiar. —En realidad, ahora que era más consciente, se daba cuenta de que estaba echando por la borda ese semestre.

—Como prefieras, pero si me necesitas, solo toca a mi puerta.

Lauren afirmó de nuevo con la cabeza, le dio un beso en la mejilla a su amiga y se marchó. Se había propuesto tratar de recuperar los días que no asistió a la universidad; por lo que, los siguientes dos días, pidió prestado a sus compañeros todos los apuntes y en cuanto terminaba las clases, se iba a la biblioteca y se ponía a transcribir todo cuanto podía.

Solo paraba cuando la mano le dolía y las tripas le sonaban por el hambre; entonces se iba a una banca en el jardín, buscaba en su mochila el sándwich y el jugo embotellado de grosella negra que casi siempre llevaba. Luego de comer, regresaba a la biblioteca para continuar; así que, volvía a la residencia pasada las nueve de la noche.

No había vuelto a tener contacto con James, estaba siguiendo el consejo de Sadie de darle tiempo, quería que él aclarara su mente y organizara su tiempo; aunque le doliera demasiado, no iba a buscarlo. Pero fue al quinto día, de no saber nada de él, que, al llegar por la noche de la universidad, se lo encontró sentado en uno de los escalones de la entrada a la residencia.

—Lauren. —Se levantó en cuanto la vio, tenía los ojos rojos, pero se notaba que era por el cansancio, ya que le hacían sombras unas marcadas ojeras.

—¿Qué… qué haces aquí? —Era una pregunta tonta, porque era evidente que estaba ahí por ella. Pero en su defensa, podía decir que era debido a los nervios.

—Necesitaba verte, hablar contigo… He ido dos veces a buscarte en la universidad y nunca apareciste; así que vine hasta aquí y me dijeron que estás llegando a esta hora…

—Me he quedado en la biblioteca estudiando —explicó, le fue imposible no sentir cierta cosquilla en el pecho, le emocionaba saber que había estado buscándola—. Pero ya no es horario de visitas.

—Lo sé; aun así, necesito hablar contigo, te he extrañado mucho, muñeca. —Se acercó y le sujetó la cara con ambas manos.

«También te he echado mucho de menos», pensó ella, pero era demasiado cobarde para admitirlo. Lo miró a los ojos, no podía resistirse a la súplica en ellos; entonces se mordió el labio para no llorar, a pesar de que el temblor en su cuerpo debía ser demasiado perceptible para él.

—Lauren, te necesito —prosiguió al verla callada.

—Pero también necesitas la cocaína; por lo que me dijiste, ella te hace sentir feliz, algo que parece que ya yo no puedo hacer…

—No… no es eso, es de otra forma. Solo me ayuda a reducir la ansiedad, el estrés; me ayuda a escapar de esas emociones que podrían paralizarme, pero te prometo… No, te juro que una vez que terminemos con la grabación del disco y cesen un poco tantas obligaciones, la dejaré. Ahora la necesito para poder mantenerme despierto… —Le estaba siendo completamente sincero; aun así, ella parecía no creerle—. Lauren, de otra forma voy a volverme loco o a colapsar.

Ella recordó la conversación que tuvo con Sadie, dónde le dijo que James debía estar muy estresado, porque se estaba enfrentando a muchos cambios. Entonces, muy en contra de su deseo, accedió.

—Está bien, lo entiendo. Pero solo mientras graban el disco, el día del lanzamiento será el último que consumas esa porquería.

—Te doy mi palabra —dijo con un ademán de juramento. Y enseguida estampó sus labios contra los de ella, en un beso desesperado que dejaba ver las ansias que lo gobernaban—. Te amo, más que a nada —le dijo antes de emprender una línea de besos por la mandíbula y bajar por el cuello.

Aunque Lauren trataba de responder con el mismo entusiasmo no podía olvidar que estaban en plena calle y frente a la residencia. James le estaba agarrando el culo; así que ella lo sujetó por la muñeca y guio el toque más arriba.

—James —murmuró extasiada, ya que su voluntad era mínima cuando él la besaba—. Detente.

—Vamos a casa, ahora tenemos habitación, la he preparado para nosotros —le dijo mientras le dejaba besos en el cuello.

Esa oferta era demasiado tentadora, pero tampoco quería que él creyera que así de fácil se iban a arreglar las cosas.

—No, no iré, mañana tengo clases temprano. —Aunque su propio cuerpo la traicionara, la razón se impuso y consiguió el impulso para apartarse.

—Está bien, lo entiendo. —Inhaló profundamente para calmar su excitación—. No puedes volver a faltar a clases, no quiero que lo hagas.

—Bueno, me alegra que puedas comprenderlo. —Le acarició la mejilla izquierda—. Ahora

voy a subir, estoy bastante cansada.

James afirmó con la cabeza.

—¿Nos vemos mañana? Pasaré a buscarte en la universidad.

—Aún me falta mucho para ponerme al día, pero si no tienes otro compromiso podemos ir a cenar.

—Bien, ¿nos vemos aquí a las ocho? —propuso.

—Sí. —Se acercó a él y le dio un suave beso en los labios—. Te quiero —le recordó cuando se apartó.

—Yo también —susurró y le mordió ligeramente el labio—. Mañana me gustaría mostrarte algo. —Había compuesto una canción para ella, desde que los sentimientos por Lauren empezaron a hacerse más intensos, se sentía más inspirado. Era consciente de que las letras eran muy distintas, ya no trataban de encuentros casuales, sexo, drogas o perversión, ahora reflejaban a un hombre enamorado. Y esperaba que justo ese tema, fuese elegido para el primer disco.

—Espero que sea algo bueno —sonrió ligeramente.

—Creo que lo es. —Le dio un beso en la punta de la nariz y otro en la frente—. Sueña conmigo.

—Y tú conmigo…

—No voy a esperar a dormirme, en cuanto llegue voy a masturbarme pensando en ti.

—Adiós, James. —Lo empujó e intentaba no reír—. Vete a casa. —Aprovechó para subir las escaleras y entrar al edificio.

James esperó hasta que ella entrara, solo entonces se marchó, sintiéndose tranquilo, porque había conseguido arreglar las cosas con Lauren.



CAPÍTULO 60

Febrero 1987: Maryland – Estados Unidos

Cada vez que Patrick debía recibir un nuevo cargamento de autos, le tocaba quedarse hasta mucho más tarde. A las siete, llamó a casa para informarle a su mujer que en una hora terminaría con el registro de los once coches que enviaron desde la fábrica en Chicago y que se iría a casa. También le hizo saber que llevaba todo el día deseando comer pollo frito con wafles y verduras de guarnición.

—Está bien, lo prepararé para la cena —lo complació con una sonrisa.

Desde ese instante, Patrick anheló el momento de poder irse a casa; entretanto se conformaría con servirse otra taza de café, una vez terminara de colarse. El ruido de la cafetera

crujiendo y resollando al calentar el agua, era el único sonido que lo acompañaba. Mientras, anotaba en el cuaderno de inventarios el ingreso de los vehículos, escribía los seriales, el color, el modelo, el año… y todas las características de los Ford que recibió.

Cuando por fin terminó, ya se había tomado una gran taza de café, era muy probable que después de tanta cafeína le iba a ser difícil conciliar el sueño, pero le tranquilizaba que al día siguiente le tocaba turno a su padre. Se levantó del escritorio y llevó el cuaderno hasta el mueble archivador, lo guardó y regresó para apagar la lámpara, luego cogió las llaves de su coche, el abrigo, la bufanda y apagó el radiador.

Antes de salir se abrigó muy bien; aun así, cuando abrió la puerta, un viento gélido casi lo tiró de espaldas y tuvo que esforzarse por no perder el equilibro, en la fina capa de hielo que se había formado en la entrada. Estiró la mano, apagó las luces y cerró con llave. Se sujetó muy bien el cuello del abrigo y lo mantuvo bien cerrado para cubrirse la garganta; rápidamente deseó haber llevado un gorro.

Una fina nieve flotaba en el aire dándole al ambiente un tono blanquecino y neblinoso, que no dejaba que las luces amarillentas de los reflectores iluminaran con toda su potencia. Cuando puso un pie en la intemperie, se hundió como en cinco centímetros de nieve y su aliento generaba una columna de humo blanco en el aire. Caminó encorvado contra la ventisca de nieve, hacia donde estaba estacionada la Wagoneer, al otro lado de la oficina bajo un galpón. En cuanto subió, puso en marcha el motor y la calefacción, esperó por casi un minuto a que su cuerpo se temperara y luego condujo a su casa.

Durante el camino la nevada se hizo más fuerte, por lo que tuvo que ser más precavido, eso hizo que le tomara más tiempo llegar a su destino. Cuando por fin vio las luces de la entrada de su hogar, pudo saborear esas ganas de pollo frito que había tenido durante todo el día.

Stella que estaba en su habitación, escuchó la SUV de su padre entrando a la propiedad; así que, se levantó de la alfombra donde estaba jugando con sus ponys y corrió escaleras abajo. Sabía dónde atraparlo porque siempre entraba por la puerta trasera.

—¡Papi!¡Llegó papi! —canturreaba emocionada, entrando a la cocina, donde estaba su madre preparando la cena—. ¡Papi! —Se lanzó a los brazos de su progenitor, que enseguida la levantó.

—Cariño, deja que tu padre llegue —sonrió Madeleine—. Necesita quitarse la bufanda y el abrigo… Debe estar helado.

—Ella me da todo el calor que necesito. —Patrick, la atacó con su barba para hacerle cosquillas en el cuello. Durante el invierno no solía afeitarse, apenas se la recortaba muy poco.

—¡Ay, papi, me pica! —reía al tiempo que le ayudaba a quitarle la bufanda. Ya que dentro de casa estaba calentito.

Él terminó dándole varios besos en la mejilla y la bajó para quitarse el abrigo.

—¡Qué rico huele! —Caminó hasta donde estaba Madeleine y se detuvo detrás de ella, le dio un beso en el hombro y otro en el cuello, luego miró cómo unas piernas de pollo chisporroteaban en la sartén.

—Ya casi está listo —dijo sonriente.

—Te ayudo a servir. —Se volvió hacia Stella—. Cariño, puedes llevar esto al perchero —dijo entregándole el abrigo y la bufanda.

—Sí, enseguida voy… ¿Puedo ver Miami Vice mientras está lista la comida?

—Sí, cariño, puedes verlo. —Le acarició los cabellos.

—¿Lograste ingresar en el inventario toda la flota? —preguntó ella, mientras que con unas pinzas le daba vuelta a una de las piernas de pollo.

—Sí, como mañana va papá, no quiero que me esté llamando para preguntarme si puedo ir a terminarlo.

Su padre era bastante estricto, no le gustaba que las cosas quedaran para después, y el orden era la regla. Siempre había ejercido un gran control sobre él, incluso, fue quien decidió que estudiara Negocios para que pudiera hacerse cargo de la empresa familiar. Lo que no fue gran problema porque supo amoldarse a la personalidad de su progenitor; sin embargo, no quiso seguir los mismos pasos y dejó que Lenny hiciera su vida de la manera en que mejor le pareciera. Su papel en la vida de su hijo era el de un consejero no el de un dictador.

—Tienes razón, es que tu padre no sabe respetar tus días de descanso… Y creo que últimamente te está exigiendo demasiado —comentó Madeleine, que muchas veces había sido testigo de las imposiciones de su suegro sobre su marido—. Pienso que si tienen tanto trabajo es momento de que busquen un administrador.

—Papá no lo aceptará; por ahora, estoy bien, puedo con el trabajo.

—El problema es que pasas demasiado tiempo en el trabajo y tus hijos te necesitan, yo te necesito…

—Amor, amor mío, no convirtamos este momento en una discusión, ¿sí? —Le puso las manos sobre los hombros—. Mañana saldremos en familia, después de la cena llamaré a Lenny para que no se comprometa con nadie.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Susan está en televisión! —gritó Stella desde la sala.

Madeleine y Patrick se miraron sorprendidos, sus corazones se detuvieron y el aliento se les quedó en la garganta.

Ella soltó las pinzas y salió corriendo.

Él tuvo la precaución de apagar el fuego y luego siguió a su mujer.

—¡Miren, es Susan! —Stella los miraba por encima del hombro y señalaba hacia el televisor.

La esperanza de Madeleine y Patrick se desplomó; eso dio paso a una gran desilusión a pesar de que estaban presenciando una gran noticia.

—Sí, cariño… Es Susan —dijo Patrick con la voz rota. Mientras veía el folleto que meses atrás habían hecho y con el que prácticamente habían empapelado toda la ciudad.

—¿Por qué está en las noticias? —preguntó, inocente.

Madeleine se había quedado muda, mientras luchaba con un gran nudo de lágrimas atorado en su garganta. No hacía más que empuñar con fuerza el delantal. Sí, el senador Barry, le había llamado para informarle que consiguió que los noticieros a nivel nacional publicaran la foto y dibujo de Susan, pero no le dijo para cuándo estaba prevista dicha noticia.

Le daba un poco de consuelo, ver que el hombre estaba cumpliendo su palabra de ayudarle; sin embargo, por un brevísimo momento, imaginó que su hija había sido liberada o había descubierto la verdad de su origen.

Patrick se sentó en el sofá al lado de su hija y le puso una mano sobre la rodilla derecha.

—Recuerdas que te dijimos que Susan se perdió y que no sabe cómo regresar a casa… —habló mirando a los ojos verdes de su pequeña. Ella asintió—. Bueno, con esto queremos mostrarle cuál es el camino a casa, en ese folleto está el número de teléfono de aquí; así que podrá contactarnos y si no sabe cómo volver nosotros iremos a por ella.

—¿Entonces falta poco para que Susan regrese? —chilló emocionada.

—Sí, cariño, falta poco. —Se tragó el nudo de lágrimas, pero escuchó a sus espaldas un sollozo, se volvió a mirar a Madeleine por encima del hombro, pero ya ella se había dado la vuelta y caminaba hacia la cocina.

—Ya quiero conocerla, cuando regrese a casa podré dormir con ella la primera noche, quiero contarle muchas cosas…

—Claro, podrás hacerlo… —Él seguía luchando con las ganas de llorar—. ¿Qué pasó con el capítulo de Miami Vice? —preguntó para cambiar de tema.

—Es que estaba en MTV y cuando buscaba el canal, vi en las noticias a Susan.

—Bueno, ya puedes ver el capítulo, no te lo pierdas… —Le dio un beso en los cabellos—. Voy a ayudar a tu madre con la cena.

La niña asintió, él se levantó y se fue a ver a Madeleine, que sabía, debía estar devastada.

Marzo 1987: Londres - Inglaterra

A pesar de que estaban ultimando los detalles del disco había mucho que hacer, por lo que vivían muy ocupados. Debían ir todas las mañanas al estudio y ser muy puntuales; incluso, muchas veces tenían que estar presentes, aunque la noche anterior hubiesen tenido alguna presentación y posteriormente la celebración. Esos días eran unos despojos hasta que el café y la cocaína les hacía efecto.

James consiguió que «Diosa del Universo», fuese aprobada para el disco, quiso que fuese el sencillo principal, pero Rob consideró que no era tan atractiva para promocionar el disco debut de la banda. Él quería una entrada más que «majestuosa» en la escena del rock. Esa fue la canción que le compuso a Lauren y la llamó así, porque en la mitología germánica, era el significado de su nombre. Hasta ahora, solo le había mostrado una parte de la letra, así que, ella no sabía de qué iba la canción ni mucho menos había escuchado la melodía. Planeó que lo haría esa noche; sin embargo, todavía no se lo decía porque estaban en una época demasiado ajetreada y los planes solían cambiar a último momento.

La banda siempre estaba trabajando, ya fuese dentro o fuera del estudio; por lo que sus vidas personales estaban casi en pausa. Sobre todo, para James que quería que el disco quedara perfecto, porque odiaba la idea de que luego se arrepintiera por no haberse esforzado lo suficiente. Así que, últimamente se había pegado más a la coca para poder estar al cien por ciento. Sabía que a Lauren no le agradaba y le levantaba duros juicios por eso, pero ella no podía entender lo importante que era ese álbum, no solo para él, sino para todo el grupo. Lo bueno de no pasar tanto tiempo juntos, era que ella no podía inspeccionar cuantas veces al día esnifaba.

En el estudio nunca faltaba nada, contaban con todas las comodidades. Había técnicos por todas partes, atentos a cualquier falla, también le mantenían las mesas llenas de comida, bebidas y drogas. Así es que, no era que pudiera tener mucho control sobre eso.

Dentro de un par de semanas, tendrían la agenda menos ocupada, ya que Joyce les pidió que no aceptaran más presentaciones en pubs, porque se vendría el lanzamiento del disco y necesitaría que estuviesen disponibles, para la gira de medios que harían en la ciudad; además, una vez que el álbum estuviese en el mercado, empezaría a estudiar las fechas para una gira de conciertos a nivel nacional, pero antes de embarcarse en semejante proyecto, ellos debían tomarse un tiempo para descansar; por lo menos, una semana.

Estaban reunidos en el estudio con Rob, mientras revisaban las mezclas del disco. Escuchaban «Trono en llamas», la canción era una alusión a la revolución francesa, pero la trasladaron a la monarquía británica, debido a la hipocresía de la corona; ya que, a finales del año pasado, se hizo pública la relación clandestina entre el príncipe de Gales y la señora Camilla Parker-Bowles. Tal canción, no hubiesen podido escribirla un siglo antes, porque se habría tratado de un crimen de Traición a la Patria.

—Ray —comentó James, al tiempo que oprimía el botón para pausar la canción—. ¿No

crees que deberías tocar la batería más fuerte? Hacer como un contra-ritmos… Y también hacer un redoble simple para el inicio… No sé, solo es una idea. —Por encima de todas las cosas, él sabía que Ray era perfecto en su trabajo y lo menos que deseaba era irrespetarlo de alguna manera.

—Puedo intentarlo, ¿me pongo a grabar la pista? —preguntó, luego de escucharla, estaba de acuerdo, debía ser más contundente, podía convertir a su instrumento en un grito del pueblo.

—No, eso lo haremos mañana… —dijo Rob y cogió un cuaderno—. Anotaremos aquí todos los cambios que se requieren. —Empezó a anotar con unos garabatos que solo él mismo entendería—. Sigamos escuchando. —Los alentó y fue él quien esta vez pulsó el botón.

Terminaron pasada las seis de la tarde con media docena de anotaciones como sugerencias para mejorar las mezclas. Tommy y Ray, querían quedarse para esos arreglos esa misma noche, pero Rob no lo permitió, los mandó a casa a descansar.

—Vayan a casa, voy a por Lauren —dijo James mientras bajaba la escalinata de entrada de Abbey Road Studios.

—No tardes, me gustaría ir a cenar fuera —le pidió Billie.

—En menos de una hora estoy con ustedes, vayan preparando todo. —Se despidió con un ademán de la mano y cruzó el paso peatonal situado justo delante del edificio, donde los Beatles se hicieron la mítica foto que sirvió de portada para el legendario disco «Abbey Road», para coger un taxi. Esperaba llegar a la residencia estudiantil en unos quince minutos.

Lauren estaba sentada en la cama, con la espalda pegada al cabecero y las piernas recogidas, mientras apoyaba en su regazo el cuaderno de dibujos, ya que se encontraba perfeccionando el dibujo que había hecho esa mañana durante su clase de figura humana. Su concentración fue interrumpida por el ruidoso repique del teléfono negro que estaba sobre la mesa de noche. Sin desviar la mirada de los trazos a carboncillo, estiró la mano y descolgó el auricular.

—Aló.

—Hola, Lauren —saludó Prudence—. Te busca James.

—Por favor, dile que enseguida bajo.

—Está bien.

—Muchas gracias, Prudence.

Lauren colgó, enseguida dejó el cuaderno de lado y salió de la cama. Llevaba puesto unos vaqueros y un jersey. Se calzó unas botas y se puso un abrigo largo que le llegaba por encima de los tobillos; aunque estaban a principios de primavera, las noches todavía solían ser algo frías. Se hizo de la cartera y salió de la habitación, cuando bajaba las escaleras se encontró a Telma.

—Hola, voy a salir… No me demoro —le avisó al tiempo que le daba un beso en la mejilla —. Estaré de vuelta antes de las diez.

—Sí, ya sé a dónde vas con tanta prisa. —Le sonrió cómplice—. Te esperaré, pero si no llegas, igual me veré el capítulo sin ti.

—Vale, prometo que estaré a tiempo —dijo poniendo los ojos en blanco.

Todas las noches a las diez, iban al salón de entretenimiento en el que ella junto a cinco chicas más, empezaron a ver «Tutti Frutti», una serie dramática con temática de rock and roll. En la que el vocalista de la banda muere en un accidente automovilístico justo antes de empezar una gira de conciertos; por lo que el mánager, debe buscar en muy poco tiempo, quién pueda reemplazar a Big.

—Como si pudieras controlar eso. En cuanto pongas un pie fuera de la residencia, quedas bajo el control de James. —Aunque lo dijo en tono de broma, también era un reproche, porque desde que se hizo novia de él. No tenía tiempo para nadie más y prácticamente había relegado a

sus amigas.

—No exageres. —Le puso una mano en el hombro y le sonrió—. Nos vemos luego.

—No exagero cariño, supongo que el sexo con él es mucho mejor que ver el tercer capítulo de una serie con tus compañeras.

—No digas tonterías, no puedes hacer semejantes comparaciones…

—Mejor ve —la interrumpió y ella siguió su camino escaleras arriba.

Lauren negó con la cabeza, mientras bajaba los escalones con prisa. Era consciente que, desde hacía mucho, sus planes eran con James y que las salidas con ellas eran prácticamente nulas, pero debían comprender que estaba en una época de su vida en la que quería pasar tiempo con su novio; no por ello, dejaría de considerarlas sus amigas.

Cuando llegó a la recepción no vio a James.

—Está afuera, fumando —dijo Prudence.

—Muchas gracias, nos vemos luego. —Le sonrió y siguió de largo a la puerta principal.

Al salir no vio a James sentado en la escalinata, como casi siempre lo hacía cuando esperaba por ella, sino que estaba más a la derecha, de pie junto a la cerca de hierro forjado, en compañía de dos chicas.

De manera inevitable el estómago de Lauren se encogió ante la amenaza que vio en la compañía de su novio; pese a eso, encontró la mesura para actuar con naturalidad y no parecer una loca celosa.

—Hola —saludó con una sonrisa, en cuanto llegó al grupito.

—Hola, muñeca. —James, enseguida se acercó a ella y le dio un beso—. Bueno, chicas, tengo que irme, ha sido un placer. Muchas gracias por escuchar al grupo —les dijo al tiempo que le sujetaba la mano a Lauren.

—Adiós —dijeron al unísono las jóvenes, que no debían llegar a los veinte años.

—Adiós. —Lauren, se despidió también con un gesto y una sonrisa, tratando de dar una impresión despreocupada.

Ellas correspondieron de la misma manera, aunque las sonrisas de las chicas estaban llenas de clara envidia.

—Son residentes, no las había visto —dijo Lauren mirando discretamente por encima del hombro, cuando ya se habían alejado algunos metros y vio que ellas entraban al edificio.

—Eso me dijeron, me reconocieron y se acercaron a pedirme un autógrafo.

—¿Y se los diste?

—Por supuesto.

—Bien, no quiero que piensen que mi novio es arrogante.

—Pensé que lo preguntabas porque estabas celosa —dijo en tono de broma.

—¿Celosa? No, absolutamente no. —Su risa fue tan fingida que ni ella misma se lo creyó —. ¿A dónde vamos? —preguntó para cambiar de tema.

—A casa, te tengo una sorpresa.

—James, te advierto que no puedo quedarme, mañana tengo clases a primera hora y me comprometí con Telma para ver juntas el capítulo de Tutti Frutti… Ella sí parece que está muy celosa de ti, dice que desde que somos novios ya no tengo tiempo para mis amigas.

—¡Tonterías! ¿Acaso no duermen en la misma habitación casi todas las noches? Te tengo para mí solo los fines de semanas; sin embargo, se queja… —Mandó a parar un taxi, porque los chicos no iban a esperarlos por más de una hora, si no llegaban a tiempo se largarían a cenar. Abrió la puerta para que Lauren subiera—. ¿No será que tú le gustas? —Retomó la conversación cuando ya iban en el asiento trasero del vehículo.

—¡No digas estupideces! —Lauren le aporreó el brazo—. Ella no es lesbiana, he visto con mis propios ojos cómo se besa con los chicos…

—No digo que sea lesbiana, puede que le gusten ambos sexos, eso es bastante común.

—Pues, nunca se me ha insinuado; así que, puedes estar tranquilo. No tienes que sentir celos por Telma.

—Celos, no… —Se acercó al oído de su novia—. Poco me importaría si en algún momento ella quisiera unírsenos. —Soltó una risita y luego le mordió el lóbulo.

—¡Asqueroso! —reprendió Lauren, aunque una sonrisa la traicionó.

—Perdono que pienses que es desagradable, si todavía no lo pruebas.

—Ni pienso hacerlo, jamás. —Esta vez sí lo dijo muy en serio, mirándolo a los ojos—. Nunca, no soy de ese tipo de mujer.

—Tranquila, pajarito, solo estaba jugando.

—Eso espero —concluyó con un ligero tono de advertencia—. Por tu bien.

—Tonta —susurró juguetón y le dio un beso en la mejilla.

Ella se mostró más relajada, y se giró hacia él en busca de un beso más carnal. En lo que restó la casi media hora de trayecto hasta el barrio Battersea, donde estaba la casa que los chicos habían alquilado, lo dedicaron a preguntar sobre lo que hicieron ese día.



CAPÍTULO 61

Ya frente a la casa de dos pisos, James le pagó al conductor, luego bajó del auto y le ofreció la mano a Lauren para ayudarle. Sin soltarla la condujo al interior.

—¡Bienvenida! —le dijo en cuanto pisaron el vestíbulo y le ayudó quitándole el abrigo, que colgó en el perchero junto a la puerta principal.

—Gracias —dijo sonriente—. Me alegra ver que todo está bastante ordenado.

—Ah, sí… Joyce nos encontró a dos mujeres que nos ayudan con el gran problema del orden y la limpieza; además, nos dejan algunas comidas preparadas. —Había olvidado contarle algo tan importante como eso, pero como pasaba más tiempo en el estudio que en cualquier

parte, ni siquiera recordaba que había personas encargándose de cosas que ellos no podían.

—Menos mal que Joyce está en todo.

—Es un maniático, no sé cómo puede darse cuenta de cualquier detalle.

—Pero es un buen tipo, ¿no? —preguntó Lauren, mientras caminaba tomada de la mano de James.

Se daba cuenta que incluso había algunos muebles nuevos. Todo el espacio había cambiado bastante y eso que tan solo hacía seis días estuvo ahí. Después de la pelea que tuvieron, volvió varias veces, hasta se quedó a dormir. Le pareció demasiado hermoso el gesto de James, cuando le mostró en el baño que tenía un cepillo de dientes para ella y también bastante ropa interior.

—Sí, por ahora lo es.

—¿Por qué lo dices? —En ese momento entraron en la cocina.

—Ya sabes, el dinero suele corromper a las personas.

—Creo que Joyce es demasiado inteligente como para dejar que la ambición arruine lo mucho que puede conseguir siendo honesto. —Ella fue hasta la despensa—. ¿Quieres que te prepare un té?

—Sí, por favor. —Él supo que esa era el mejor momento para poner en marcha su sorpresa —. Voy al garaje, a ver si los chicos están…

—¿Crees que estén ensayando? ¿Acaso no han tenido suficiente con pasar sus días en el estudio?

—Es que tenemos que hacer unos pequeños arreglos, ¿puedes llevarme el té? —le preguntó, mientras la sujetaba por las caderas, le dio un beso en el cuello.

—Está bien, en unos minutos te lo llevo. Llevaré también para los chicos.

—Gracias, amor. —Le dio otro beso y luego se marchó.

En cuanto James salió de la cocina, ella buscó una bandeja para acomodar el servicio de té, que llevaría al garaje, incluyendo la jarra de leche, porque Ray así lo prefería.

—¡Hola! Les he traído té —se anunció con muy buen ánimo.

Los chicos estaban cada uno con sus instrumentos.

—Hola, Lauren, ya te extrañábamos —saludó Tommy.

—También los he echado de menos, pero sé que todo este trabajo muy pronto merecerá la pena.

—Cariño, permíteme. —James le quitó la bandeja, dejándola sobre la mesa de centro. Luego se hizo de un taburete de madera y lo arrastró hasta dejarlo frente al micrófono.

Lauren miraba con una sonrisa de incredulidad todo lo que James hacía.

—Ven aquí. —La sujetó por el codo y la condujo hasta el taburete—. Siéntate —la invitó; en cuanto ella lo hizo, le apoyó las manos sobre los hombros, emprendiendo una caricia por las clavículas y el cuello, hasta acunarle las mejillas—. Esto es para ti, mi musa —le susurró.

Lauren sonrió y se mordió ligeramente el labio para no soltar un grito de emoción, mientras se perdía en los hermosos ojos azules de su novio. Ella sabía muy bien de lo que le hablaba, él había escrito una canción, eso le dijo, pero hasta el momento, solo le había mostrado un pedazo de papel, bastante arrugado en el que había escrito una estrofa, que tenía varios tachones de una canción que se llamaría «Diosa del Universo». No sabía cómo, pero James había investigado que ese era el significado de su nombre en la mitología germánica. Nunca había recibido un regalo con tanto significado.

La boca de James buscó la de Lauren y le dio un beso profundo, permitiéndole a su lengua que se deslizara cadenciosa dentro de la de ella, le daba caricias que estimulaban a todo su cuerpo. Un beso lento pero fascinante y lo terminó con delicados toques de labios.

—Espero que la disfrutes.

—Sé que sí. —Sonrió y todo su cuerpo ya temblaba.

James caminó detrás del micrófono, sin apartar la mirada de su chica. No era la primera vez que se encaprichaba o se enamoraba, pero cuando conoció a Lauren, fue algo totalmente diferente. Ella hacía que el mundo tuviera sentido para él, le gustaba mucho más su propia versión cuando estaban juntos. Lauren, su diosa del universo emanaba una serenidad que nadie más tenía.

La melodía empezó con un riff que acariciaba los sentidos y que Tommy interpretaba a la perfección. Luego, Ray le dio potencia con la batería y Billie le puso gravedad a la mezcla con el bajo.

—*I woke up in a world without meaning, Searching for answers in every corner.* —empezó a cantar James, con su potente voz, pero le imprimía una suavidad poco característica en sus canciones—. *My life was following a path without direction, until you appeared, like a beacon in the dark… You are my Goddess of the Universe, My truth amidst the chaos. Your love is the light that guides my way, The strength I always needed to live.*

Lauren tenía el corazón latiendo a mil; la letra era hermosa, perfecta, le estaba diciendo que la amaba, que se había convertido en ese faro que tanto necesitaba. Hasta ahora, no les había escuchado una melodía tan lenta. Debía admitirlo, todo en conjunto funcionaba muy bien, esa canción era un gran equilibro en el álbum.

Musicalmente, «Diosa del universo» combinaba la potencia del rock con una melodía emotiva que reforzaba el mensaje de la letra. Pero lo que la hacía perfecta, era que James la hubiese escrito para ella, que fueron sus sentimientos hacia ella los que lo motivaron a crear algo tan hermoso. No podía dejar de sonreír, porque se sentía amada y también orgullosa de conseguir que un hombre como James, le correspondiera de esa forma; de manera inevitable, empezó a luchar con un gran remolino de lágrimas en su garganta.

«Gracias», emuló, y en cuanto sonrió con más amplitud, se le derramaron varias lágrimas, enseguida se cubrió la cara con ambas manos, pero solo por pocos segundos porque no quería perderse ese momento de ver a su novio inspirado en ella. Cuando James terminó, se quedó sin aliento por pocos segundos, tratando de asimilar toda la letra de la canción.

—¡Me encanta! ¡Me encanta! —gritó, emocionada, mientras aplaudía.

James con una sonrisa ladina se acercó a ella, le acarició la mejilla, sin dejar de mirar directamente a sus ojos de cielos de tormenta. Lauren también le puso una mano en la mejilla, presionó sus labios contra los de él y dejó que su lengua entrara majestuosamente en su boca; entonces James la recompensó con un beso lento, lleno de devoción que la hizo temblar.

—Te necesito —gruñó James.

—Yo también —musitó Lauren.

Él no se lo pensó ni por un instante, la levantó del taburete y Lauren se amarró con sus piernas a la cintura masculina. Para James, la habitación estaba demasiado lejos, no tenía la mínima intención de subir escaleras; así que, la llevó al sofá de cuero que estaba contra la pared.

—Follen todo lo que quieran, nosotros nos largamos —bufó Ray, lanzándole una de las baquetas a su primo en la espalda.

—Lauren, me alegra que te haya gustado la canción —dijo Tommy con picardía—. Aunque es una pena que solo James se lleve el premio.

—Yo la compuse, así que largo de aquí —dijo James, que poco le importaba que sus compañeros siguieran ahí, y se quitó la camiseta.

—Gracias, Tommy… gracias, chicos, han hecho un gran trabajo —dijo Lauren acostada en

el sofá, pero sus piernas estaban por encima de los fuertes muslos de James, que estaba sentado sobre sus talones también encima del sofá—. Sin duda, no tendría el mismo impacto sin la mezcla tan extraordinaria que hicieron.

—Vale, pásenlo bien —se despidió Billie con una risita.

Los chicos se apresuraron a salir del garaje y cerraron de un portazo.

—¡Malditos! —gritó James.

Lauren se desternilló en carcajadas.

Él adoraba verla así, riendo, siendo feliz, pero también la deseaba como un loco, por lo que le tomó la mano derecha y la condujo hacia su erección, dejándole saber con sus gestos lo mucho que la anhelaba. Ella no perdió tiempo en tocarlo, apretarlo, frotarlo, sin apartarle la mirada de los ojos ni dejar de sonreír, le desabotonó los vaqueros y bajó la cremallera, exponiendo para ella, la erección.

James se aproximó con un gruñido de placer, para comérsele la boca mientras ella lo masturbaba. El beso de James comenzó tenue, luego creció más acuciante con cada roce de sus labios, cada remolino de su lengua, hasta que fue profundo, duro y ardiente. Lauren no podía respirar, no podía pensar en nada salvo en su novio y la silenciosa promesa de devoción entre ellos.

Ahogada en los hambrientos besos de James, ella temblaba mientras él lentamente le quitaba la camiseta, los vaqueros, la ropa interior, luego empezó a repartirle besos por todo el cuerpo. Succionó sus doloridos pezones, tocó con apremio su cadera, acarició su necesitado clítoris. Ardía y él hacía que cada roce fuese más y más intenso. James siempre tenía ese efecto en ella.

Lauren se moría por tener el mismo efecto en él. Así que, con un empujoncito, convenció a James para que intercambiaran posiciones. Sin una palabra, tan solo compartiendo miradas cómplices, le quitó las botas y tiró de los vaqueros, luego se deshizo de la ropa interior. Entonces, ella se quedó admirando su bellísimo cuerpo desnudo, hombros masculinos, marcados abdominales que se notaban aún bajo toda aquella tinta indeleble en su piel.

Pero su mirada se quedó fija en la dura e imponente polla. Se estremeció, y la boca se le hizo agua. Sabía que lo que deseaba hacer; por lo que se arrodilló, entre las piernas de él, se echó el cabello sobre un hombro y se inclinó hacia la erección. No era primera vez que le daría sexo oral a su novio, pues, en los siete meses que llevaban de noviazgo, habían experimentado muchas cosas.

James se tensó y le sonrió, cuando su lengua se enroscó alrededor de su glande, ella lo saboreó, rudo, caliente y tan saladamente masculino. Luego lo tomó más profundo con un gemido.

—Oh, pajarito —siseó él, metiéndole los dedos en el cabello, para aferrase al cuero cabelludo—. Maldita sea, eres increíble.

Lauren lo saboreaba y se familiarizaba con el placer de sentirlo duro, palpitante y caliente en su boca. Él elevó las caderas, hundiendo su dura carne más profundo en la boca de su chica. Ella aceptó gustosa cada larga pulgada de sus urgentes empujes, amando el hecho de que pudiera ponerlo tan caliente.

La necesidad en él creció y comenzó a lanzarse dentro de su boca una y otra vez con ataques más profundos y rápidos, mientras gruñía complacido ante el desempeño de ella.

—Cariño, muñeca… —La sujetó por la barbilla para detenerla. Lauren levantó la mirada hacia él—. Necesito estar dentro de ti. —La apartó, entonces se incorporó y le envolvió la cintura con un brazo, para en un rápido movimiento ponerla de nuevo de espaldas en el sofá.

Cuando James se puso de rodillas, ella se mostró más que dispuesta a complacerlo, por lo que separó los muslos sin dudarlo. Él gruñó y luego se inclinó sobre ella. Mientras deslizaba sus labios por sus mejillas, con cálidos y suaves besos.

—Estoy malditamente enamorado de ti, pajarito —le susurró al oído, al tiempo que bajaba con su mano en busca del diminuto bulto entre sus pliegues—. Mi diosa del universo. —Sonrió al sentir cómo empezaba a crecer ante sus delicados roces.

—James, te amo, y quiero que sepas que nadie va a ser más importante para mí que tú… —gimió y suspiró, debido al estímulo de él.

Al siguiente momento, James se alojó en la cuna de sus muslos y comenzó a penetrarla con lentitud, pero profundamente. Lauren estaba húmeda, ansiosa por recibir cada pulgada de la erección, sin embargo, él entró poco a poco, enloquecedoramente lento, y ella jadeó mientras la polla friccionaba cada parte sensible de su vagina hasta que finalmente se enterró por completo. Era imposible tenerlo tan profundo dentro de ella y no sentir un placer tan extremo, que casi desafiaba las palabras.

Él desató una tormenta de necesidad con sus lentas embestidas que rápidamente la tuvieron jadeando y apretándose a su alrededor. Lauren sentía la pasión de James en cada uno de sus implacables golpes que rápidamente la llevaron al borde de un cegador orgasmo que le robaba el aliento. Apretó las piernas a su alrededor y se agitó debajo de él con exquisito placer. Mientras gritaba su nombre: él la siguió y terminó derramándose profundamente en su interior.

—Eres mejor que cualquier maldita droga —jadeó él, contra los labios entreabiertos de ella, que intentaba recuperarse del orgasmo.

Lauren sonrió extasiada.

—Me has dejado hambrienta.

—Te llevaré a comer —dijo saliendo de ella. Luego se levantó y le ofreció la mano para ayudarle.

Lauren no iba a andar desnuda por la casa, aunque sabía que los chicos estaban fuera, no contaba con tanto desenfado; así que, se puso la camiseta de James para ir al baño, con la intención de asearse y se llevó la ropa. Él, que era mucho más despreocupado, se sentó en el sofá, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Tras un par de caladas, se levantó y fue tras Lauren, cuando entró en el baño, la consiguió cepillándose los dientes.

—¿A dónde quieres ir a comer? —le preguntó, con el cigarrillo entre los labios y se sujetaba la polla mientras meaba.

Lauren escupió la pasta dentífrica en el lavabo y agarró una toalla para limpiarse los labios.

—No sé, pero se me antoja comida libanesa.

—¿Conoces un lugar?

—Sí, en Piccadilly… Las manos —le recordó que se las lavara. No sabía por qué, los hombres después de ir al baño les costaba tanto hacer algo tan sencillo como eso.

James obedeció, lanzó casi la mitad del cigarrillo en el inodoro y bajó la palanca para que se fueran los residuos por el desagüe.

—Voy a ducharme, seré rápido.

—Está bien. —Lauren salió del baño para ponerse su ropa que dejó sobre la cama de James.

En menos de quince minutos se subieron a un taxi para que los llevara al restaurante que Lauren quería; ese lugar a ella le gustaba mucho, lo conocía gracias a Telma. Eso le hizo recordar que tenía un compromiso con ella; así que, miró la hora en su reloj.

—Todavía no es tan tarde —le dijo James.

—Lo sé, solo que quiero llegar a tiempo para ver el capítulo. —Estaba con tiempo suficiente, aunque no demasiado—. ¿A qué hora tienes que estar en el estudio mañana? —preguntó, para desviar el tema.

—A las diez.

—Te dará tiempo de dormir como no lo has hecho en varias semanas.

James asintió, aunque no estaba muy seguro de poder hacerlo, su cuerpo se mantenía alerta y se estaba acostumbrando a dormir bien poco.

Cuando llegaron al restaurante y tras revisar la carta, él le confesó que nunca había probado tal gastronomía, pues no le llamaba la atención, pero ya que estaban ahí, deseaba vivir la experiencia. Lauren le recomendó a James que pidieran un *mezze*.

—Es una pequeña degustación, compuesta por varios platos diferentes, así puedes probar de todo un poco… Además, trae suficiente para los dos.

—Está bien.

—Podemos pedir también falafel, kibbeh de pollo o shawarma. ¿Cuál prefieres?

—Pide de todo, si sobra te lo llevas y los compartes con las chicas.

—Bueno, ellas lo agradecerán —dijo sonriente.

Se dieron un gran festín con tanta comida; ambos sabían que les llevaría hora hacer digestión a semejante cantidad de alimentos. James quedó fascinado, le impresionó lo mucho que le gustó la comida y se prometió que muy pronto regresaría con los chicos.

El taxi se estacionó a las diez y cinco frente a la residencia; Lauren sabía que estaba pasada del tiempo, por lo que se despidió rápidamente de su novio, entró en el edificio y a pesar de la llenura subió las escaleras casi corriendo.

—¡Llegué! —dijo sin aliento, cuando entró en el salón de entretenimiento—. Traje un poco de comida libanesa. —Alzó la bolsa para mostrarla—. ¿Cuánto me he perdido?

—Están dando el primer corte comercial —dijo Telma y se levantó para recibir la bolsa.

—Hay suficiente para todas. —Lauren se dejó caer en el sofá e inhaló profundamente, tratando de recuperar el aliento.

Las chicas se volcaron a repartir la comida, se sentaron en el suelo frente al televisor y empezaron a comer.

—Gracias, Lauren… Esto está muy rico —dijo Sadie.

—Gracias, me has salvado la cena. Odiaba la idea de volver a comer sándwich —comentó Zoey, que hundía un falafel en salsa de yogurt.

—De nada, chicas.

—Esas son las ventajas de que nuestra amiga tenga de novio a una estrella de rock —mencionó Tate, con una risita.

—Cuando empiece a ganar millones y te lleve a vivir con él en una gran mansión, espero que no te olvides de tus amigas. —Dove le suplicó mirándola con ojitos de cordero degollado.

—Ya… —chistó Telma—. Ya empezó —dijo señalando al televisor.

Todas pusieron su atención a la serie, mientras seguían comiendo. Lauren a veces desviaba la mirada del televisor para mirar a sus amigas y sonreía. Le hacía muy feliz poder contar con ellas; sin duda, la vida era mejor con amigas.



CAPÍTULO 62

Marzo 1987: Maryland – Estados Unidos.

El pitido de la tetera le anunciaba a Lenny que el agua ya estaba hirviendo; así que se levantó rápidamente del sofá y corrió a la cocina. Vertió el líquido en una taza que tenía un par de ramitas de tomillo, una rodaja de limón amarillo y miel.

Puso la bebida en una bandeja y la llevó a la sala, donde dejó a su tía Melanie, sentada en la butaca, estaba arropada con una frazada y sus tres gatos, arremolinados a sus pies, le hacían la más fiel compañía; ellos no la dejaban sola ni por un momento.

—Aquí tienes, esto te hará sentir mucho mejor —dijo, ofreciéndole la taza.

—Gracias, cariño, no debiste molestarte.

—No es molestia, tía. —Le dio un beso en los cabellos.

—No, no te acerques mucho, no quiero contagiarte. —Le regaló una caricia en el brazo.

—Mis defensas son fuertes.

—Aun así, deberías regresar hoy mismo a tu casa, te prometo que estaré bien, es solo un resfriado. —Se llevó la taza a los labios y sopló para enfriarlo un poco—. Esos médicos no saben nada.

—No, no lo haré, ya te dije que me quedaré hasta que mejores… No te daré la oportunidad de que vuelvas a mentirme —le reclamó, mirándola a los ojos.

Él solía llamar a su tía todos los días y desde la semana pasada, le había escuchado la voz bastante congestionada. Ella le mintió al decirle que solo se trataba de su alergia estacional, que los árboles estaban empezando a desprender el polen y eso la tenía un poco mal, pero que lo tenía controlado con los antialérgicos. Solo que con el paso de los días no parecía mejorar, fue entonces que Lenny decidió visitarla, únicamente para darse cuenta de que tenía un resfriado terrible. Decidió que la llevaría al hospital aun en contra de su voluntad.

Casi la metió en el coche a rastras, se quedó con ella en todo momento, hasta que la vio el médico, que, tras varios exámenes, le diagnosticó bronquitis. Al salir del hospital, él le compró los medicamentos, la llevó de vuelta a casa y se marchó. Ella esperaba que eso fuera todo, pero en poco tiempo, Lenny regresó con un maletín, en el que traía varias ropas y algunos utensilios de aseo personal. Terminó instalado en su cabaña, quién sabe por cuántos días, porque no tenía la mínima intención de marcharse, ya se lo había dejado más que claro.

Ahora no solo se ocupaba de ella, sino también de sus mascotas, sus tres adorados gatos, a los que alimentaba y también les limpiaba el arenero. Por el día, ellos solían salir y hacer sus necesidades en el bosque, pero por las noches, los mantenía dentro de la cabaña y era cuando usaban la arena.

Ella adoraba a Lenny más que nadie en el mundo. Su amor por él no era el de una tía, sino el de una madre y haría cualquier cosa por él, cualquier cosa. Lenny agarró el frasco de medicamento que estaba sobre la mesa frente al sofá y sacó un comprimido.

—Ya es hora —dijo ofreciéndole uno de los tres medicamentos que le mandó el doctor—. ¿Te gustaría jugar cartas o ver televisión?

—Juguemos —dijo y se tomó la pastilla.

—Bien, iré a por las cartas. —Le sonrió, satisfecho de que siguiera al pie de la letra las indicaciones médicas.

Lenny atravesó el salón y buscó en el cajón superior derecho de la vitrina de vajillas, el mazo de cartas, al abrirlo se encontró con algo que le preocupó un poco.

—Tía, tienes hormigas carpinteras.

—Ah, sí… son una pesadilla. —Aunque lo dijo sin mucha preocupación—. Le he estado echando insecticidas.

—Estas plagas pueden causar daños importantes en la estructura… Tenemos que tratarlas cuanto antes. —Regresó con las cartas y volvió a sentarse en el sofá—. Mañana llamaré a control de plagas, debemos asegurarnos de que revisen todo, no sea que haya también termitas.

—Lenny, no te preocupes tanto. —Extendió la mano y le acarició la mejilla.

—No me pidas que no me preocupe por tu bienestar… Te amo, tía… Eres demasiado importante para mí. —Sujetó la mano de ella y le dio un beso en el dorso.

—Y tú eres mi niño favorito.

—Ya no soy un niño. —Sonrió y empezó a barajear—. Juguemos.

—¿Black Jack o solitario?

—Solitario.

—Bien, prepárate para perder —dijo ella con una gran sonrisa, aunque con los ojos cristalizados por su estado de salud.

—Ay, tía… como si pudieras ganarme —se carcajeó.

—Ya veremos.

Lenny empezó a repartir las cartas, iniciando un juego que se extendió por varias horas. A fin de cuentas, poco importaba quién ganaba, lo que lo hacía especial era el momento compartido entre ellos.

Abril 1987: Londres – Inglaterra

A tan solo dos semanas del lanzamiento del disco «Susurros de la Reina» de la banda Sweet Poison, logró escalar vertiginosamente en las listas musicales, donde según UK Singles Chart, se ubicó en el top cuarenta. Número de interés para el público en general y razón por la cual, las invitaciones para hacer entrevistas en radio, revistas y televisión, no se hicieron esperar.

Debido a todo ese revuelo inicial que siguió al lanzamiento del disco Polydor Records y Joyce Oldham, empezaron a planificar una gira por cuarenta o cuarenta y cinco ciudades en todo el Reino Unido. Ellos sabían que eso iba a hacer una inversión millonaria, pero según los reportes iniciales de ventas, recuperarían eso y obtendrían mucho más en ganancias. Por su parte, el mánager, ya estaba contactando con varias marcas cómo Johnnie Walker, Gordon's, Coca-Cola, Dunhill, Lucky Strike… entre otros, en busca de patrocinio para la banda.

Ese jueves a las siete de la noche se presentarían con el sencillo promocional en el programa Top of the Pops, uno de los más vistos en todo el país. Ahí le darían a conocer al público el puesto en el que se encontraba actualmente la banda. Lo único que a ellos no les gustó, fue que los productores del programa le dijeron que debían hacer *playback* y que eran políticas que no entraban en discusión.

—¿Y cuándo nos toca la entrevista con Classic Rock? —preguntó Ray, dedicándole una mirada al mánager.

—El sábado a las diez de la mañana. —Miró en su agenda todas las anotaciones. Estaban reunidos en la mesa del comedor de diez puestos que había en la casa que alquilaron los chicos; decidieron que ese tipo de conversación era mejor tenerlas en un lugar como ese—. Luego, a las dos de la tarde, tienen entrevista con Metal Hammer; para terminar, a las cinco, con Prog magazine. —Todas eran revistas que los habían contactados; al parecer, querían saber quién era Sweet Poison.

Joyce Oldham siguió poniéndolos al tanto de todos los compromisos; a pesar de que lo hacía casi todos los días y eso podría resultar molesto para los chicos, prefería hacer eso a que olvidaran cumplir con las obligaciones pautadas. En el punto de despegue en el que se encontraban, no podía permitirse irresponsabilidades ni errores. Era el momento para tomarse realmente en serio la banda; ya después, podrían mandar a la mierda uno que otro evento y mandarse las mierdas que quisieran.

—¿Qué tenemos para mañana? —preguntó James, luego de terminarse la tercera cerveza de la tarde.

—Reunión en Polydor Records, vamos a ver estadísticas de ventas… Además, estamos en conversaciones con un promotor de gira; de ser posible, fijar una fecha para el primer concierto en la ciudad, pero antes de todo eso, también debemos reunirnos con un diseñador de escenario… Así que esta noche, después de la presentación en Top of the Pops, les sugiero que se reúnan y hablen sobre cómo les gustaría el escenario, pero no se pongan exigentes —rio—.

Nada de plataformas elevadizas para la batería. —Miró a Ray, que era el más ingenioso en esas cosas—. O batería dentro de un auto…

—¡Qué mierda! Quiero algo que sea extraordinario —bufó el baterista.

—No en la primera gira… Piensen en algo bueno, llamativo, pero no exagerado. Lo importante es que parte de sus ideas, las tenga quien va a diseñar el escenario.

—Bien, puedo deshacerme de los pantalones de charol que me torturan los huevos —dijo Tommy.

—Usa falda, entonces —bromeó Billie.

—No es mala idea, que lo diga nuestro amigo descendiente de escoceses. —El guitarrista le palmeó un hombro a James a su lado.

—No, la verdad me gusta la idea, podríamos tener cambios de vestuario, usar «kilt» —enfatizó para que Billie dejara de llamarles faldas—. Y como no pertenecemos a ningún clan, podrían ser negras de cuero, con cadenas o tachuelas.

—Me gusta que tengan esas iniciativas, eso ya sería con diseño de vestuario. —Joyce, estaba anotando en una libreta, para no olvidar nada. Eran pequeños detalles que salían en esas conversaciones, pero que hasta ahora más de uno les había servido.

—¡Hola, buenas tardes! —Lauren entró a la casa, saludando bastante animada.

Ella le prometió a James que esa noche le acompañaría al programa. Ya que, la mayoría de los compromisos de ellos estaban coincidiendo con sus clases y se había perdido muchas de las entrevistas que hasta el momento les habían hecho.

—¡Estamos en el comedor! —le avisó James lo suficientemente fuerte para que pudiera oírle.

Lauren al escuchar la voz de su novio apresuró el paso, solo para encontrarse a la banda reunida con el mánager.

—Hola, hola a todos —saludó haciendo ademanes para no tener que hacerlo con cada uno.

—Hola, bienvenida —le dijo Ray, lanzándole un cacahuate.

Ella lo atajó con la mano derecha y enseguida se lo comió.

—Hola, Lauren, que gusto volver a verte —mencionó el mánager.

—Hola, Joyce, también me alegra verte, por lo que veo hay mucho trabajo.

—Sí, pero ya por hoy terminamos —anunció al tiempo que cerraba su libreta, luego le puso la tapa a la estilográfica—. Nos vemos en el estudio, deben llegar una hora antes —les pidió en cuanto se levantaba.

—Sí, ahí estaremos —prometió Billie.

—Joyce, ¿trajiste lo que te pedí? —preguntó James.

—Ah, sí, lo había olvidado. —Se llevó la mano derecha al bolsillo interno de la chaqueta—. Aquí tienes —dijo tendiéndole algunos pases—. Hasta luego, chicos.

—Te acompaño. —Ray se levantó para guiar al hombre a la salida.

Lauren se sentó al lado de su novio y agarró un puñado de frutos secos.

—Voy a por cervezas, ¿Lauren, te traigo una? —preguntó Tommy, que también se levantó.

—Está bien, gracias —respondió al tiempo que subía los pies en la silla. Le gustaba mucho sentarse de esa manera, en la que se pegaba las rodillas al pecho.

James con una mano le acarició la suave piel del muslo, ya que llevaba unos pantalones cortos y con la otra mano le entregó lo que el mánager le había dado.

—¿Esto qué es? —preguntó, antes de mirarlo bien.

—Es para que invites a tus amigas. —Le ofreció los pases, para que pudieran entrar esa noche al estudio de televisión.

—¡¿En serio?! —Lauren se emocionó mientras los detallaba.

—Solo si les gustaría ir.

—Claro que sí, se mueren por estar en la televisión… ¡No se lo van a creer! —chilló más que emocionada y se lanzó a rodearle el cuello a su novio con los brazos—. Gracias, gracias, J-Rock… —le llamó por ese nombre cariñoso que le había puesto hacía apenas unos días y le regaló una lluvia de besos en los labios.

Sin embargó, él le llevó la mano a la parte posterior de la cabeza y con la otra la sujetó por el cuello para evitar que se alejara, inmovilizándola para saciar sus intenciones de darle un beso apasionado.

Tommy carraspeó al tiempo que ponía las cervezas en la mesa; por lo que los amantes dejaron de besarse.

—Gracias. —Lauren le sonrió al guitarrista, y de un gran trago aplacó la sed que James le provocó.

Desde hacía un buen tiempo que quería preguntarle a Tommy qué pasó con Carol, ya que no había vuelto a saber nada de ella. Estaba claro que habían terminado, y la verdad, él no se mostraba para nada afligido; por el contrario, las veces que salieron a celebrar, terminaba la noche yéndose con una o dos mujeres. Por supuesto que había conversado con James sobre eso, pero él le recomendó que no se involucrara en ese tema. Ella estaba segura de que su novio conocía muy bien los motivos de la ruptura y no quería decírselos. Sin embargo, la curiosidad era parte de su esencia y en algún momento buscaría las respuestas que necesitaba. Quizá las encontraría cuando Theresa regresara, como amiga de Carol, debían mantenerse en contacto.

—¿Puedo usar el teléfono? —le preguntó a James, aunque ella se sentía parte del grupo y con la confianza suficiente para andar libremente por la casa. No era capaz de usar o tomar cosas sin el consentimiento de, al menos, uno de ellos.

—No tienes que preguntar. —James le dio una palmadita en el muslo—. Ve.

—Le avisaré a las chicas para que nos veamos en el canal. —Le era imposible ocultar su felicidad, porque sabía que ellas iban a enloquecer con la gran noticia.

James asintió, ella le dio un beso juguetón y luego corrió a la sala donde estaba el teléfono. Sabía que podía comunicarse con Sadie o con Dove, porque eran las que a esa hora debían estar en la residencia, ya ellas se encargarían de comunicarle a las demás.

Lauren les prometió que las esperaría para poder entregarles los pases, así que, se despidió de James en el camerino y salió para ir a la puerta principal del estudio. Él le dijo que, si deseaba, podía quedarse con sus amigas y que regresara cuando la presentación terminara. De verdad, que agradeció mucho ese gesto de su parte, porque le mortificaba un poco, entregarle los pases y largarse.

Había una fila, en su mayoría, de mujeres, esperando para entrar. Ella se alejó algunos metros de la muchedumbre, mientras esperaba a sus amigas. En cuanto las vio llegar en un taxi, le hizo aspavientos con los brazos para hacerse notar y corrió hacia el vehículo.

—¡Lauren! —Sadie corrió para amarrar a su amiga con un abrazo, sin poder disimular lo emocionada que estaba—. ¿Llegamos a tiempo?

—Sí, apenas están empezando a entrar.

—Es que nos tardamos por culpa de Tate… No se sentía conforme con nada de lo que se ponía.

—Tranquila… aún hay tiempo —le dijo y corrió a abrazar a Telma—. ¡Te ves muy guapa! —elogió, porque era evidente que sus amigas se habían esmerado en su arreglo.

—Gracias, es que no todos los días uno puede salir en televisión…

—Lauren, estoy tan emocionada, gracias —chilló Zoey, dando saltitos—. ¡Tienes la suerte de tener de novio al vocalista de una banda, que estoy segura será muy famosa!

—Sí, no cualquier banda puede presentarse en Top of the Pops. —Tate estuvo de acuerdo.

—Pero han llegado tan lejos, gracias a Lauren —intervino Sadie—. Ella ha trabajado muy duro por el grupo, les dio una identidad…

—No, Sadie. Sweet Poison tiene talento —interrumpió Lauren con modestia.

—Sí, ellos tienen talento, pero el talento solo no sirve de nada, no sirve si no se da a conocer, y es lo que tú has hecho… Les hiciste la tipografía y el logo, para crear un folleto que fotocopiaste y repartiste día y noche, con lluvia o sol… Los asesoraste para que cambiaran a un estilo más excéntrico. Has hecho un gran trabajo, así que no minimices tus esfuerzos; has sido una parte fundamental para el grupo.

—Entonces, en ese caso, todas ustedes también han sido parte de esto, porque me ayudaron a repartir miles de folletos. —Les abrió los brazos para recibirlas—. Gracias, ¿alguna vez les he dicho cuánto las quiero?

—No, ni una. —Dove soltó una risita.

Todas abrazaban en grupo a Lauren.

—Ni una —reafirmó Telma.

—¡Las quiero muchísimo!

—Nosotras también te queremos —comentó Sadie—. Pero ya, danos los pases, que no sé las chicas, pero yo quiero estar al lado de Mike Read… ¿Crees que será él el presentador o será Peter Powell?

—La verdad, no sé quién será el presentador, pero entremos. —Se sacó los pases del bolsillo trasero de los vaqueros y se los fue entregando a cada una.

—Bueno, ve, que James debe estar esperándote —le dijo Dove.

—No, me quedaré con ustedes, ¡vamos! —Las alentó y caminaron hacia la entrada.

Gracias a la credencial que ella tenía como parte del Staff, no tuvieron que hacer fila, sino que les permitieron la entrada enseguida.

En cuanto las chicas entraron, buscaron la manera de poder estar cerca del presentador, que desde las gradas anunciaría el top semanal. En el centro estaba el pequeño escenario en el que Sweet Poison presentaría su sencillo promocional, una vez terminaran con el conteo. Lauren estaba demasiado orgullosa y feliz, apenas podía creer que los chicos fueran a presentarse en un escenario en el que habían actuado Status Quo, Queen y David Bowie… entre muchos ídolos más.



CAPíTULO 63

Dos meses después, las cosas empezaron a ponerse difíciles, porque los compromisos iban en aumento y de manera vertiginosa; todo el tiempo estaban tan cansados que la única manera de poder seguir el ritmo era ponerse hasta arriba de cocaína, por lo que estaban acelerados en todo momento, eso era bueno hasta cierto punto, debido a que cuando por fin tenían unas horas para dormir, las drogas en sus sistemas no se lo permitían, y apagar el cerebro para poder descansar empezó a convertirse en una tarea titánica. Fue entonces que le dieron la bienvenida al Seconal.

Joyce les consiguió las pastillas, con la condición de que no se engancharan, les recomendó que las tomaran exclusivamente cuando lo consideraran necesario; pero para ellos, empezaron a

ser «necesarias» casi todos los días. Y, aunque el representante no se las buscara, habían conocido a otras personas, de esas que solían colarse en las fiestas que en ocasiones hacían en la casa, que se las facilitaban. Ellos podían llevarle cualquier narcótico que requirieran en cualquier momento.

Lauren se daba cuenta de que James cada vez vivía más intoxicado; a raíz de eso empezaron las peleas, las cosas entre ellos se ponían feas, entonces ella se iba y no se hablaban durante varios días. Hasta que uno de los dos llamaba al otro y se disculpaba y las cosas volvían a ser como antes. Pero siempre con la promesa, de por medio, de que él dejaría de drogarse. E intentaba cumplirlo, por lo menos, mientras estaba en presencia de su novia, pero una vez ella se descuidaba, se iba al baño a meterse un par de rayas.

Él mismo se autoconvencía de que podía dejarlo cuando quisiera, que una vez terminara con la gira que empezarían en unas semanas, no volvería a esnifar; por consiguiente, ya no necesitaría las pastillas para dormir.

Mientras todas esas sustancias mezcladas con alcohol inundaban sus torrentes sanguíneos, conseguían brindar uno de sus mejores espectáculos. En ese instante, estaban sobre el escenario que ellos mismos ayudaron a diseñar y a mitad del primer concierto multitudinario, de tres que harían en Londres, antes de iniciar la gira por todo el Reino Unido.

Todo estaba ocurriendo muy deprisa y les estaba costando asimilarlo, porque ellos llevaban demasiado tiempo siendo una banda de segunda y de repente todo había cambiado. Estaban empezando a saborear el éxito de verdad, empezaron a vivir a lo grande, tanto que muchas veces se preguntaban si en realidad se merecían todo eso.

James hizo una pequeña pausa para refrescarse la garganta, mientras los demás chicos mantenían al público entretenido. Bebió un largo trago de cerveza; mientras le hacía señas a un *roadie* para que se acercara y le dijo algo al oído, luego bebió un poco de vodka y regresó al centro del escenario.

Lauren, como siempre, se hallaba tras bambalinas, disfrutando del potente espectáculo que ellos ofrecían. A ella el orgullo se le salía por los poros y le hacía latir fuerte el corazón. Aunque poco le gustara la presión que el éxito estaba provocando en ellos; no habían cambiado su esencia, seguían siendo los mismos que conoció en la cafetería de la estación de servicios en Birmingham, pero sí podía darse cuenta de la decadencia que las drogas, el alcohol, las fiestas y los compromisos estaban provocando en sus apariencias.

En ese momento empezó el preludio melodioso de la canción *Sweet and Innocent* y James se volvió en su dirección con una sonrisa y un guiñó coqueto, estiró la mano hacia ella, no sabía a qué se debía eso y estuvo a punto de hacer caso al llamado; sin embargo, su corazón se hundió. No, no era una metáfora, realmente pudo sentir cómo su corazón se hundía, cuando a su lado pasó una chica que parecía ser del público, ya que fue escoltada por un *roadie*.

La rubia corrió hacia James, lo abrazó por el cuello y empezó a darle besos en el rostro; él con cierto disimulo le apartó la cara cuando ella le buscaba la boca, aun así, le rodeó la cintura con un brazo y empezó a cantarle. Era evidente que la mujer temblaba de emoción, mientras James la miraba a los ojos y seguía cantándole con gestos bastante incitadores, como olerle el cuello o susurrarle al oído.

Entretanto, Lauren se sentía avergonzada, abochornada, estúpida, patética, horrible… A toda esa miseria le acompañó un gran enfado. No podía creer que James la estuviese avergonzando de esa manera. Una parte de ella le decía que solo era parte del espectáculo y que todo eso que sentía era tonto e irracional. Sin embargo, por muy absurda que fuese toda esa situación. Estaba furiosa y la ira se le arremolinaba en el pecho, porque James era el hombre al

que le había entregado el corazón, ese al que le había dado todo y le estaba provocando un dolor lacerante. Suponía que ese era el precio a pagar por tener de novio a una estrella de rock.

No debería sorprenderse, porque las cosas con él nunca iban a ser fáciles, pero no por eso dolía menos. Todo eso la superó cuando terminó la canción y él le dio un beso; desde su perspectiva no pudo ver si fue en la boca en la mejilla, pero el lugar donde se lo había dado no hacía gran diferencia en lo humillada que se sentía.

Todo su cuerpo temblaba y las lágrimas vibraban al filo de sus párpados, ponerse a llorar ahí solo la haría parecer mucho más patética. Entonces se dio media vuelta y salió corriendo al camerino. Ahí pudo liberar la furia y el dolor que la embargaban, lloró con fuertes sollozos y se dejó caer sentada en el sofá, mientras se cubría la cara con ambas manos. Por lo menos, estar sola; la hacía sentirse aliviada… aliviada de no tener que fingir ser humana en un momento como ese.

Lloró por un buen rato, aunque eso no le ayudó a menguar en nada lo furiosa que estaba ni lo humillada que se sentía. Se quitó las manos de la cara y pudo verse las palmas manchadas de rímel y lápiz delineador. Se quedó mirándolas mientras le temblaban; empezó a sentirse ida… como si su alma hubiese escapado de su cuerpo y solo fuese un caparazón. Permaneció ahí, sin saber por cuanto tiempo, hasta que logró reunir la energía suficiente para levantarse e ir al baño a lavarse la cara.

Después de quitarse el maquillaje, se enfrentó al dilema de cómo confrontaría a James, una vez que terminara el concierto. Quizá lo más sensato era largarse de ahí y hacerlo cuando estuviese más calmada, pero tampoco quería tragarse toda esa mierda sin decir nada. Sabía que necesitaría valor, por lo que, cuando regresó al salón, tomó una de las botellas de champán, que estaban dispuestas para la celebración, la descorchó y empezó a tomar directamente. Mientras bebía caminaba por el lugar, tratando de equilibrar la adrenalina que sentía inundar su torrente sanguíneo; aún quedaban unos veinte minutos de concierto. Así que tenía el tiempo suficiente para encontrar la calma.

Bebió y bebió, sin moderación alguna, un trago tras otro. Hasta que tuvo que sentarse en el suelo porque empezó a sentir que las burbujas se le subían a la cabeza. Cuando escuchó el ajetreo de los *roadies* y los chicos avanzar por el pasillo, se dio cuenta de que quedaba muy poco del champán.

—Me cambio rápido y nos vamos… —dijo James, justo al abrir la puerta—. ¿Vienes conmigo?

—Sí, claro. —Ray entró en el camerino y fue el primero en ver a Lauren sentada en el suelo —. James, alguien empezó la fiesta sin esperarnos.

—Muñeca, ¿qué haces aquí? —Se acuclilló frente a ella—. Te estuve buscando en el *backstage*…

—Ah, me buscaste. —Lauren soltó una risita cargada de ironía—. Se supone que debo sentirme en deuda contigo, por haberte hecho perder parte de tu valiosísimo tiempo.

—¿Estás ebria?

—¿Lo dudas? —se carcajeó Ray.

—¡No, no lo estoy! —gritó con la voz rota. «Tengo el corazón hecho mierda y me siento patética», pensó y apretó los dientes para no llorar—. Oh, sí, sí lo estoy… ¿Acaso no tengo derecho a tomarme una de esas putas botellas?

—Claro que tienes todo el derecho, ¿quieres otra? —preguntó Ray, con su buen humor inalterable y caminó hasta donde había, por lo menos una docena más, dentro de hieleras, sacó una y se la llevó a la novia de su primo—. Toma.

—Aleja esa mierda —le dijo James. Estaba entre preocupado y molesto porque no había visto a Lauren así—. Levántate. —Le ayudó a ponerla en pie.

—No me toques. —En cuanto se levantó se zafó del agarre.

—¿Qué te pasa?

—Nada… ¿No tenían que cambiarse rápido y largarse? —cuestionó.

—Oh, sí… —intervino Ray, que no entendía la seriedad del asunto, para él, Lauren solo se le había ido la mano con el alcohol, pero a quién no, en esos días—. Es que nos vamos a celebrar en The Holly Bush y también nos harán una entrevista.

—Vamos, tenemos media hora para llegar. —James se tambaleó un poco, también estaba algo borracho, pero era algo que podía solucionar en pocos minutos, solo necesitaría un par de rayas de coca.

—No quiero ir —dijo Lauren.

—Bien, entonces no vayas, le pediré a uno de los choferes que te lleve a la residencia. —James no tenía mucha paciencia en ese momento; ya estaba un poco harto de las peleas con Lauren.

Ella pudo ver eso, como que él solo quería quitársela de encima y así poder hacer de las suyas con cuanta *groupie* se le pusiera en frente, pero no… no se lo iba a poner fácil.

—No, sí iré, sí quiero ir. —A pesar de estar bastante mareada, cogió su cartera del sofá y se le colgó a Ray del brazo derecho—. Vamos… Quizá esta noche puedas darme un poco de coca… Así, por fin, pueda comprenderlos mejor.

Ray sonrió, pero vio que su primo le hacía un gesto negativo con la cabeza.

James, que llevaba el torso desnudo, se puso una camiseta, había tenido la intención de cambiarse el pantalón de cuero negro por unos vaqueros, pero ya Lauren les había hecho perder tiempo; así que salió detrás de ellos. Solo había una de las dos furgonetas que se encargaban de transportar a todo el equipo.

—Tommy, Joyce y Bruce Dors, se marcharon en la otra furgo —les avisó Billie.

Bruce Dors, era el periodista de la Rolling Stone, que se encargaría de escribir un artículo de la banda para la revista; aunque el mánager, lo que más quería era que le dieran la portada a Sweet Poison.

—Vamos —dijo James, trató de sujetar a Lauren por el codo para ayudarle a subir, pero ella volvió a impedir que la tocara.

—Puedo hacerlo sola —gruñó.

En el interior de la furgoneta, prefirió sentarse junto a Ray, porque entre más cerca estuviera de James, menos autocontrol tendría y podría explotar. Sabía que no era momento para discutir, porque en minutos tendrían una entrevista muy importante y debían estar calmados… Ese pensamiento la hizo sentir un poco estúpida, porque aún en una situación como esa, pensaba más en la integridad de James que en la suya propia.

Durante el trayecto los chicos no paraban de hablar de lo extraordinario que había estado el concierto. Lauren, en cambio, iba mirando por la ventanilla, soportando las ganas de llorar de rabia. Cuando por fin llegaron al pub, James sujetó a Lauren por la mano, con la firmeza suficiente para que no se soltara.

—Pueden adelantarse. —Él les dijo a los chicos, y esperó hasta que ellos se bajaron—. ¿Puedes decirme qué demonios te pasa? Y no me digas que nada, porque sabes lo mucho que esa respuesta de mierda me enfurece.

—Tú sabes perfectamente lo que me pasa. Sí lo sabes, pero no vas a admitirlo. —Lo encaró con molestia.

—Si tuviera la certeza no te estaría preguntando, pero deduzco que es por la mujer que subió al escenario. ¿Eres tan inmadura como para sentir celos por algo como eso? Solo era parte del espectáculo.

—No, no son celos… Es la burla a la que me sometiste, me humillaste delante de miles de personas. —Tragó grueso las lágrimas.

—Lauren, solo se trató de una actuación. Quería ofrecer un buen concierto teniendo en cuenta que el enviado de la Rolling Stone estaba ahí… No se trató en ningún momento de querer humillarte, ni de irrespetarte.

—No, porque se supone que, por ser la novia de una estrella de rock, tengo que estar dispuesta a tragarme toda esa mierda… A que se burlen de mí porque me eres infiel en las narices. No necesitabas hacer algo como eso, porque nunca lo habías hecho y mira hasta donde has llegado.

—Bueno, no puedo hacer todos los conciertos exactamente iguales, necesito innovar en mi actuación… Son pequeños cambios.

—Pequeños cambios que harán que lo nuestro termine.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste.

—¿Quieres terminar conmigo? ¿Eso es lo que quieres? —cuestionó herido y también aterrado. No, él no quería perderla, porque estaba putamente enamorado.

—Es lo que tú quieres, ya que anhelas cambios en tu vida…

—¡No! No quiero cambios en mi puta vida, te quiero a ti.

—Si tanto me quieres, entonces dame el respeto que merezco.

—¿Entonces me pides que renuncie a todo por lo que he trabajado? ¡¿Eso es lo que quieres?! —Alzó la voz, porque empezaba a sentirse acorralado; ya que siempre creyó que Lauren, lo apoyaría en todo.

—No, solo te pido que no me humilles en público. No vuelvas a subir a mujeres en el escenario ni mucho menos coquetees con ellas.

—Solo quería que *Sweet and Innocent*, tuviera ese impacto…

—Si tanto lo quieres, háblalo con Billie o Tommy, que lo haga cualquiera de los dos. No tienes por qué hacerlo tú…

En ese momento Joyce tocó el cristal de la ventana de la furgoneta y le hizo señas a James de que se diera prisa. Él suspiró con cansancio.

—¿Quieres que hablemos eso después? Por favor.

Lauren asintió, no tenía caso seguir discutiendo sobre el asunto, cuando lo estaban apurando. James le ofreció la mano, ella la miró por varios segundos, hasta que se decidió a aceptarla.

—Te estamos esperando —dijo Joyce en cuanto bajaron.

—Ya lo sé —masculló James.

Caminaron cogidos de las manos hacia el interior del pub, donde el ambiente festivo estaba en su apogeo. La mesa dispuesta para ellos estaba al fondo; así que tuvieron que atravesar el salón, en medio de las miradas de todos los presentes. Lauren fingía una gran sonrisa, mientras que James saludaba a todos los que se le acercaban; a vistas de los demás, eran una pareja perfecta.

Cuando por fin llegaron a la mesa, Ray le dio su puesto a Lauren para que se sentara junto a James; lo menos que quería era que hubiera tensiones en el ambiente. Había una gran variedad de bebidas alcohólicas en la mesa; hicieron un brindis con champán como ya era costumbre;

aunque Lauren decidió no tomar una gota de alcohol más y dejó su copa en la mesa.

En el momento en que el periodista empezó a hacer preguntas, James le pasó el brazo por encima de los hombros de Lauren, aproximándola más a su cuerpo. Ella poco a poco se fue relajando y la rabia se durmió en el fondo de su pecho, en el instante en que James le confirmó a Bruce que era su novia y le dio un ardiente beso delante de todos.

Lauren lo amaba y sabía que él también la amaba, pero las cosas entre los dos cada vez se ponían más difíciles. Quizá debía aceptar que James necesitaba ese flirteo con otras mujeres para poder ganarse más la aprobación del público femenino. No era que a ella no le importara que lo hiciera, le importaba y mucho, pero si de verdad lo amaba tanto como para querer verle triunfar, debía también correr el riesgo de pasarlo mal de vez en cuando.

Algunos de los hombres del staff se encargaban de evitar que las chicas se acercaran a la mesa donde estaba el grupo en medio de una entrevista. Tras unos cuarenta minutos, Bruce Dors tenía todo lo que necesitaba, los chicos respondieron a todas sus preguntas y sabía que tendrían un buen artículo. Ya no tenía nada que hacer ahí, por lo que agradeció una vez más y se marchó.

—Estuvieron maravillosos —dijo una chica que aprovechó que el cordón de seguridad se dispersó en el momento que terminó la entrevista.

—Gracias —dijo Tommy, admirando a la joven que apenas podría alcanzar la mayoría de edad—. ¿Quieres unirte a la celebración? —Le hizo un ademán hacia una de las sillas.

—¡Sí, claro! —Muy animada se sentó junto a él—. ¿Puedo invitar a mis amigas?

—Todas las que quieras —intervino Billie—. Son bienvenidas.

La jovencita rubia le hizo señas a un grupito que parloteaba mientras miraba en dirección hacia los integrantes de Sweet Poison. Inevitablemente, a Lauren se le subió la bilis a la garganta cuando entre las *groupies* reconoció a la que James subió al escenario; por supuesto, la muy descarada tenía la mirada fija en él.

—Chicos, de verdad, que son geniales —dijo una dando saltitos, no llevaba puesto sostén y consiguió el objetivo, que uno de ellos; en este caso, el baterista, le mirara las tetas.

—Bienvenidas, sírvanse. —James les ofreció todo cuanto había en la mesa.

Para Lauren no pasó desapercibido cuando él miró a la que subió al escenario. Le fue imposible no empezar a sentirse incómoda y estaba pensando seriamente en pedirle a James que se fueran. Pero sabía que, si lo hacía, solo le recriminaría, lo que, según él, era una actitud inmadura; así que, se llenó de valor para soportar eso.

Las jovencitas enseguida se hicieron de varias bebidas, mientras no paraban de hablar, no hacían más que elogiar a la banda, pero también hacían preguntas imprudentes, que ellos sabían muy bien como sortear, pues no era primera vez que se reunían con fanáticas.

No había pasado media hora cuando ya Tommy le estaba metiendo la lengua hasta la garganta a la primera que llegó. Mientras que la que no llevaba sostén, fue haciéndose espacio hasta conseguir sentarse en las piernas de Ray.



CAPÍTULO 64

No era primera vez que Lauren estaba en una situación parecida, era muy común que los chicos encontraran rápidamente a una jovencita con la que follar, sobre todo, si ellas le caían como moscas a la miel. Sin embargo, era la primera vez que se sentía tan incómoda, pensó que su nivel de asombro había llegado al límite cuando una chica se metió debajo de la mesa para hacerle una mamada a Billie, delante de todos, pero ni eso se comparaba con su estado de ánimo actual. Ya que, las miradas furtivas entre Jenny —así se llamaba la que subió al escenario— y James no paraban. Y no, no esperaba que él nunca le fuese infiel, porque era consciente que algo como eso en cualquier momento podría pasar, pero que por lo menos le respetara la cara.

Era demasiado evidente, desde que la besó durante la entrevista, no lo había vuelto a hacer, incluso ya no la abrazaba, estaba más empeñado en beber, esnifar y mirar a la zorra esa. No podía seguir soportándolo, así que se levantó.

—¿A dónde vas? —le preguntó, sujetándola por la muñeca.

—Al baño, ¿o no puedo? —preguntó con aspereza.

Él le regaló una caricia con el pulgar sobre la delicada piel de la muñeca, eso le despertó cosquillas, pero no placenteras sino de aversión. En cuanto la soltó se fue rauda.

Decidió ir al baño a pensar qué haría, porque más que ganas de largarse, quería agarrar a Jenny por los pelos y sacarla del pub. En los servicios volvió a lavarse la cara, sentía que hacer eso le ayudaba a equilibrar las emociones y a pensar las cosas con mayor nitidez. Fue así como concluyó que no podía marcharse y dejarle el camino fácil a esa maldita, no iba a renunciar a James solo porque una calientapollas, quería mamársela.

Salió molesta, dispuesta a dejarle bien claro que ella era la novia y pedirle que se largara; sin embargo, toda esa emoción, mutó hacia James, cuando mucho antes de llegar a la mesa, Jenny se había mudado al puesto que era suyo. ¿Qué podía hacer ante semejante situación? ¿Debía recoger los pedazos de su dignidad y largarse? ¿Debía ir y golpearlos a ambos?

Llevada por una especie de trance o impulsada por la incertidumbre, caminó hacia la barra y le pidió al barman un vodka, se lo sirvió en un vaso de chupito y se lo bebió de un trago. El alcohol le quemó la garganta y le calentó la boca del estómago, entonces exhaló para liberar los gases etílicos.

—Dame otro —pidió, al tiempo que golpeaba la barra con el vasito de cristal.

El barman, con una mirada de duda, volvió a llenarle el chupito. Lauren de igual manera se lo bebió como si fuese agua, aunque le sobrevino una arcada.

—Me das otro.

—¿Así que ese es tu novio o es que te has convertido en una *groupie* más?

Esa voz a su espalda hizo que le entrara un pánico que sintió como si le empezara por la cabeza y le llenara todo el cuerpo.

—B-B-Brendan, ¿qué haces aquí? —Se volvió con los ojos a punto de salir de sus órbitas. El vodka se le derramó un poco ante los nervios.

—Pasándolo bien, ¿o acaso tú eres la única que puede venir a estos sitios? —cuestionó irónico. Como ella no dijo nada, se volvió a mirar a la mesa hacia donde estaba el grupo de músicos, para después mirar a Lauren, su vista se fue directa al chupito de vodka—. Aunque veo que tú lo estás pasando bastante mal. —Negó con la cabeza.

—No es tu problema, lárgate —le pidió con hastío.

—Que bajo has caído, mi tío estuviese tan decepcionado…

—Tu tío… Por favor, no empieces con esa mierda, ya aburres con el tema… —bufó y fue a llevarse el vaso a los labios, pero Brendan se lo arrebató.

—Respétate un poco, deja de ser tan patética. De verdad, no entiendo cómo es que te metes con un tipo como ese, te hará mierda… ¿acaso no te das cuenta?

—No es tu problema… No es tu problema, si me hace mierda o no, después de todo, no se diferenciaría mucho de ti; así que, no tienes la moral para decir una puta palabra. —Se volvió hacia la barra dispuesta a ignorarlo y con una seña llamó la atención del barman—. Me das otro.

—No le sirvas nada más —dijo Brendan con un tono de advertencia, y sujetó a Lauren por el brazo para hacerla volver—. Deja de beber, ya estás demasiado borracha.

—Y seguro eso avergonzaría a tu tío —dijo zafándose con rabia y mirándolo directamente a los ojos, mientras que los de ella se llenaban de lágrimas—. Pobre de tu tío, no hace más que

revolcarse en su tumba por mi culpa… pobre de tu tío, que el día que decidió adoptarme firmó el acta de su maldición… pobre de tu tío…

—¡Ya, para, Lauren! ¡Detente! —la interrumpió.

—Lauren, ¿quién es este tipo? —preguntó James, parado detrás de Brendan.

—Soy su primo, ¿cuál es el problema? —Los ojos de Brendan brillaban de rabia cuando se volvió a encarar al músico.

—No, ninguno… Soy James —dijo ofreciéndole la mano, pero el tipo lo ignoró, entonces se acercó a Lauren—. Regresemos a la mesa.

—No, no quiero —dijo ella con rabia—. Me voy a la residencia, tú puedes seguir divirtiéndote.

—Lauren, vamos a la mesa —dijo sujetándole el brazo con fuerza.

—Te dije que no quiero. —Intentó zafarse, pero James la tenía bien sujeta, enterrándole los dedos en la carne.

—Te dijo que no quiere, así que suéltala —le advirtió Brendan.

—No te metas, que este no es tu problema —amenazó James, avanzando un paso más hacia Brendan.

—Es mi problema porque es mi prima; así que suéltala, no te lo pediré una vez más.

El ambiente era de total tensión; sin duda, los ánimos empezaban a caldearse. James lo ignoró y tiró de Lauren de forma casi violenta, por lo que consiguió moverla varios pasos, se volvió para marcharse, pero Brendan lo sujetó por el hombro.

—¿Cuál es tu problema, imbécil? —James se volvió, dispuesto a partirle la cara al arrogante hijo de puta, por lo que soltó a Lauren.

—James, no… espera. —Ella se apresuró a retenerlo por un brazo, lo menos que quería era que se peleara con Brendan, porque él iría directo a contárselo a Harriet y ella enseguida llamaría al padre Francis.

Pero James no entendió de razones, se liberó tan violentamente del agarre de Lauren que terminó golpeándole en la boca y nariz, casi enseguida la sangre emanó de la comisura derecha y de una de sus fosas nasales. Ante el dolor, ella se llevó las manos para cubrirse la cara y porque sintió el líquido caliente mojarle el rostro, luego se vio las manos temblorosas llenas de sangre y las lágrimas empezaron a salir raudas.

Todo pasó demasiado rápido, en un instante, James la golpeó accidentalmente y antes de que él pudiera darse cuenta, ya Brendan le había asestado un golpe que lo hizo trastabillar y caer. El personal de seguridad llegó de inmediato e intervino, alejando a Brendan, porque los demás miembros de Sweet Poison habían llegado en su defensa.

—James, J-Rock… ¿estás bien? Oh, Dios mío, estás sangrando. —Lauren temblaba y lloraba, acuclillada junto a su novio. Ya no lloraba por el dolor que le hacía sentir su cara diez veces su tamaño, ni siquiera podía sentir la sangre caliente que seguía manando de sus heridas. Sino que estaba desesperada por ver la sangre en James.

—¡Suéltame! —Escupió sangre, su rabia se hizo más intensa, no solo sentía ira hacia el maldito patán, sino también hacia su novia por haberlo puesto en esa situación. La impotencia se esparcía rauda en su pecho, porque se habían llevado al tipo y ya no podía cobrarle por lo que le había hecho.

—Déjame ayudarte… Lo siento, lo siento —suplicó Lauren, la culpa la invadía, debió irse con James en el momento en que se lo pidió, pero su terquedad se impuso y fue lo que desencadenó todo ese desastre.

—¡Vete a la mierda, Lauren! —le gritó, en cuanto se levantó. Estaba bastante cansado de la

inmadurez de ella. De que todo el tiempo aprovechara la mínima excusa para iniciar una discusión. Si no era la coca, era el alcohol o las estúpidas que siempre le coqueteaban.

—James, no, así no —intervino Ray, porque se dio cuenta de que estaba siendo muy injusto con Lauren. Ni siquiera se preocupó al ver lo mucho que ella estaba sangrando.

—¡Que se joda! Me tiene hasta las narices —siseó y se fue a la mesa.

Lauren se quedó ahí, toda temblorosa y perpleja, sin poder reconocer a James en ese hombre. Ray se quitó la camiseta, se acercó a Lauren y con cuidado se la puso contra la boca y la nariz, para que parara la hemorragia.

—Ven. —Le puso una mano en la espalda—. Te llevaré al baño para que te laves…

—No, no… gracias, Ray —le dijo con la voz rota cuando logró salir de su estado catatónico. Le devolvió la camiseta—. Mejor me voy, quiero ir a descansar.

—Entonces te llevaré a la furgo, ya le pido a uno de los choferes…

—No, no te preocupes por mí —le pidió, aunque casi no podía respirar por toda la sangre en su nariz y por el terrible dolor que le invadía el pecho—. Estaré bien, te lo prometo.

—Lo siento, Lauren. —Él no sabía qué hacer, sentía lástima por la pobre chica.

Ella solo asintió y se pasó los nudillos por debajo de la nariz, retirando la sangre que empezaba a ser más espesa. Ya Billie y Tommy se habían marchado con James, la mayoría de las personas volvió a lo suyo; sin duda, el espectáculo había terminado. Así que, se dio la vuelta y caminó a la salida, le era imposible no sentir todas las miradas sobre ella.

Faltaba un par de semanas para el verano, pero esa madrugada en particular hacía un frío de invierno; quizá no era así, solo que su temperatura corporal había descendido lo suficiente para sentir que todo su cuerpo temblaba. Además, solo llevaba puesto unos pantalones cortos de mezclilla y una camiseta sin mangas, a la que le había hecho un nudo para que le quedara por encima del ombligo.

Su mirada se fue de norte a sur, no sabía hacia dónde debía ir, solo quería tirarse al suelo y hacerse un ovillo, pero esa no iba a ser la solución a sus problemas. Se animó a caminar hasta la calle siguiente para tomar un taxi, pero llevaba varios pasos cuando se dio cuenta de que su cartera se había quedado en la mesa.

—Maldita sea —chilló, impotente.

No tenía idea de cómo seguir hasta la residencia, pero tampoco iba a regresar al pub, así que siguió caminando, en algún momento se encontraría en un lugar conocido y podría ubicarse. Le era imposible no sentirse aterrada, porque a esa hora las calles estaban solitarias y algunos tramos oscuros, pero avanzaba, abrazada a sí misma para darse un poco de calor.

Las luces de un coche la iluminaron desde atrás, se volvió para ver si era un taxi, ya en la residencia podría prestar para pagarlo, pero no, era un coche particular.

—Oye, nena, te llevamos… ¿A dónde vas tan sola? —dijo un hombre de unos treinta años, asomando la cabeza por la ventanilla.

A pesar de que dentro el auto estaba oscuro, pudo ver de reojo que iban cuatro hombres en evidente estado de ebriedad. Entonces siguió caminando sin prestarles atención. Ellos siguieron insistiendo y la seguían a la misma velocidad de su andar, pensó en echarse a correr, pero estaba segura de que no iba a conseguir alejarse mucho. De repente el auto avanzó un par de metros más, se detuvo y se bajaron dos de los hombres, eso hizo que el corazón y la respiración de Lauren se detuvieran. Esa noche, lo había pasado fatal, pero bien sabía que podría ponerse peor; aun así, no iba a ponérselo fácil, entonces se volvió y caminó de regreso, mientras sentía que ellos le pisaban los talones.

Los faros de otro auto fueron como la luz al final del túnel, quiso correr a pedir ayuda, pero

los nervios no le permitían hablar o hacer señas; sin embargo, el auto frenó de golpe y casi enseguida del lado del conductor, bajó un hombre.

—Lauren, sube.

Ella reconoció la voz de Brendan, pero no podía verlo bien por los faros del auto. Jamás en su vida había sentido tanto alivio, ni mucho menos pensó que fuese, precisamente, él quien se lo diera. Impulsada por una fuerza, producto del más crudo terror, corrió hacia el auto y subió; en otras circunstancias jamás lo habría hecho, pero en ese entonces, Brendan era su puerto seguro.

Él también subió y enseguida arrancó. Entonces ella se echó a llorar, resultado del bajón de adrenalina, mientras él seguía en silencio conduciendo a una velocidad que solo podría permitirse a esa hora de la madrugada. En algún momento, un poco más calmada miró de soslayo y vio la mano sobre el volante, tenía los nudillos maltratados. Ella volvió a mirarse las rodillas y con manos temblorosas empezó a desanudarse la camiseta, para limpiarse un poco la sangre de la nariz, porque la tenía tan congestionada que debía respirar por la boca.

—Toma. —Brendan, al ver lo que ella estaba haciendo, le ofreció una caja de pañuelos.

—G-Gracias. —La agarró, haciendo aún más evidente a Brendan lo mucho que estaba temblando.

—Eso se va a poner bastante feo —le dijo, pero seguía con la mirada al frente.

—No lo creo, no es tan grave… —Miró por la ventanilla y no lograba ubicarse—. Espera, este no es el camino hacia Bloomsbury. —Le informó, que no era el barrio en el que estaba ubicada la residencia.

—Te llevaré conmigo, en el estado en el que estás, no puedes llegar a la residencia.

—No, no… no quiero que Harriet me vea así… —dijo desesperada.

—No vamos a casa de mis padres, te llevo a mi apartamento. —Brendan mantenía un tono serio.

—No, prefiero que me lleves a la residencia… por favor —dijo mirando el par de pañuelos que había manchado de carmesí—. No es tan grave… Es que la sangre suele alarmar. Ni siquiera me duele —mintió.

En ese momento, Brendan estiró la mano y bajó el espejo del parasol.

—¿En serio quieres llegar así a la residencia? —le preguntó cuando el rostro de Lauren se vio reflejado en el espejo.

Lauren abrió mucho los ojos, su boca había triplicado su tamaño al igual que la nariz, era como si tuviera una manzana por debajo de la piel entre su nariz y el labio superior. Con razón sentía que le iba a explotar la cara.

Ella no pudo decir nada, solo se cubrió la cara y chilló. Brendan tenía razón, no podía llegar así a la residencia, porque sus amigas empezarían a hacer preguntas que no iba a querer responder.

—Podrás quedarte el tiempo que necesites.

—¿Vives solo? —Ella preguntó, la voz era apenas un silbido. Brendan asintió—. No me harás daño, ¿cierto?

—Nunca te he lastimado, y jamás lo haría…

—Lo has hecho, Brendan… Lo has hecho.

Él se quedó en silencio, no sabía qué responder. Nunca había querido hacerle daño, no daño de verdad, no como se lo hizo el maldito que tenía por novio. Sabía que ella esperaba una respuesta.

—Esta vez no lo haré, te lo prometo.

Lauren asintió y se quedó en silencio, mientras el dolor tanto físico como emocional la

torturaba. Brendan tampoco volvió a hablar, solo se concentró en conducir.

—¿Es aquí? —preguntó ella, al ver que entraba al estacionamiento de un lujoso edificio.

—Sí.

—¿Desde cuándo vives solo?

—Hace como un año. —Detuvo el auto en la plaza asignada a su apartamento.

Él bajó y fue a ayudarle a bajar, pero Lauren pudo hacerlo por sus propios medios. Ella lo siguió, entraron en un ascensor y él marcó el séptimo piso. Cuando salieron a un amplio pasillo con pisos de mármol, no había una infinidad de puertas como en la residencia estudiantil, apenas había cuatro. Brendan sacó las llaves del bolsillo de sus pantalones y abrió la primera a la derecha; él entró primero y encendió las luces.

—Entra —la invitó—. Ponte cómoda.

Ella se encontró en un ambiente de comodidad y lujo digno de los Spencer. Aunque solo veía el salón principal, le pareció que era exageradamente grande para una sola persona, pero quizá para Brendan era apenas suficiente.

—¿Puedo usar el baño? —Quería poder lavarse la sangre pegada, en la nariz. Iba a ser doloroso, eso lo sabía.

—Por supuesto, date una ducha, eso te ayudará a sentirte mejor… Sígueme. —Le pidió al tiempo que avanzaba. Lauren caminó un paso por detrás de él—. Podrás quedarte aquí, es la habitación de invitados. Ahí está el baño, encontrarás toallas y productos de aseo personal. —Señaló la puerta.

—Gracias.

—Espera un momento. —Él se apresuró a ir a su habitación, regresó con un camisón largo de seda en color rosa pálido y se lo entregó—. Puedes usar esto.

—¿Es de Alice? No, mejor no, si se entera que usé su ropa, podría dejarme calva.

—No lo hará.

—Podría llegar en cualquier momento... y no quiero meterte en problemas.

—No, ya terminamos, así que puedes estar tranquila.

—Oh, no lo sabía, lo siento…

—Ve a ducharte.

Lauren entró a la habitación, cerró la puerta y se fue directa al baño. Ya ahí, pudo mirarse mejor. Estaba horrible, incluso le costaba reconocerse. Le gustaría poder quedarse dormida y no despertar sino dentro de tres días. Como lo había imaginado, ducharse fue doloroso y relajante a partes iguales, tuvo que lavarse el cabello, porque lo sentía demasiado enredado. Le fue imposible no revivir todo lo que había pasado esa noche y volvió a llorar; sobre todo, porque James la trató de una forma demasiado inhumana, y porque tenía la certeza, de que la zorra debió aprovechar la oportunidad para irse con él.

Lo más probable era que en ese momento estuviesen follando en la misma cama en la que solía estar con ella, esa en la que muchas veces dormían. Todo su cuerpo empezó a temblar por un llanto convulso, pero cuando escuchó el pitido de la tetera, se obligó a calmarse.

Salió de la ducha, se secó y se puso el camisón. Era bonito, suave y demasiado elegante, pero no era algo que ella usaría, no era su estilo. Una vez más, frente al espejo, se desenredó el cabello, pero estaba con la mirada perdida, ni siquiera lograba distinguirse en su propio reflejo. Un golpe en la puerta la hizo salir del trance.

—Te he preparado té, y también necesitas tomar algo para el dolor —la voz de Brendan sonó amortiguada al otro lado de la puerta.

—¡Sí, ya salgo! —dejó el cepillo sobre la encimera y salió descalza.

Brendan estaba sentado en el sofá y sobre la mesa baja de centro estaba la bandeja con la tetera.

—Gracias —le dijo cuando se sentó a su lado—. Sé que es insoportable para ti ser amable conmigo… y la verdad, no sé por qué lo haces.

—Toma. —Le ofreció un par de analgésicos.

Le fue imposible no admirarla cuando llegó a su lado; debía admitir que el camisón le quedaba mucho mejor que a Alice, ya que Lauren era de caderas un poco más anchas, una cintura más fina, sus pechos también eran más turgentes. Eso lo sabía muy bien, desde que tenía quince años, aquella vez en su casa, que se disculpó por haber pasado la noche llorando la muerte de sus padres.

Lauren agarró el par de pastillas y se la llevó a la boca, Brendan le ofreció un vaso de agua y cuando sintió el borde de cristal, sintió un dolor lacerante; aun así, tomó un poco para poder pasar el medicamento.

Brendan notó cómo le temblaban las manos cuando puso el vaso en la mesa, entonces prefirió ser él quien le sirviera el té.

—¿Leche? —le preguntó, mirándola de soslayo. Parecía que el golpe no iba a dejar de hincharse.

Lauren negó con la cabeza y luego recibió el platito con la taza, no estaba segura de que fuera a tomarlo, todavía no se recuperaba del dolor que le provocó sentir el vaso en los labios. Solo se dedicó a repasar con la yema del dedo índice el borde el plato de porcelana.

—Es muy bonito —dijo mirando en derredor.

—Lo eligió mi madre.

—Tiene todo su estilo —sonrió débilmente.

Brendan se levantó y ella lo siguió con la mirada, se fue a la cocina, pudo escuchar que sacaba hielo. Regresó y traía varios cubos de hielo envueltos en un trapo. Se sentó de nuevo a su lado, le quitó la taza de té, que no había probado, y la puso de nuevo sobre la mesa.

—Esto va a doler un poco, pero tienes que soportar —le advirtió, al tiempo que le ponía una mano en la parte posterior de la cabeza y llevó la otra sobre el labio superior de Lauren, poniéndole ahí el hielo.

Ella siseó y se le derramaron algunas lágrimas, pero soportó el frío y el dolor. Tras treinta segundos lo retiró, para que el hielo no terminara quemándole la piel.

—Toma, vuelve a ponértelo cada minuto. Eso ayudará a que baje más rápido la hinchazón. —Se lo puso en las manos.

—Gracias, parece que sabes mucho sobre cómo tratar golpes.

—De vez en cuando recibo uno que otro, en los juegos de rugby.

—No sabía que jugabas rugby. —Por primera vez, estaba teniendo una conversación sincera con Brendan, sin ataques de por medio. Incluso estaba mostrándole una faceta muchísimo menos prepotente.

—Te lo había dicho, Lauren. No sabes nada sobre mí. —Levantó ligeramente la comisura izquierda, una mueca bastante parecida a media sonrisa.

Lauren volvió a mirar la mano de Brendan, ya sus nudillos no estaban tan rojos; entonces comprendió por qué de un solo golpe hizo que James terminara en el suelo. Sí, era evidente que su primo político tenía mucha más masa muscular que su novio, pero jamás imaginó que tuviese tanta fuerza, a pesar de que ella, una vez fue víctima de su poderío, cuando la acorraló en las escaleras y la besó. De manera inevitable su mirada se fue a los labios de Brendan.

—Tienes razón, no sé nada sobre ti… —Volvió la mirada al frente—. Así como tampoco

sabes nada sobre mí.

—Te gusta el rock y pintar, por eso decidiste estudiar Bellas Artes, también te gusta la historia del arte; así que, te sentirías muy bien trabajando en un museo, eres decidida, testaruda y confías demasiado rápido en las personas; lo que me hace suponer, que lo que más deseas, es conectar con los demás… tú autoestima está por el suelo.

Lauren se quedó en silencio, analizando las palabras de Brendan, mientras apretaba con fuerza el trapo que envolvía los cubos de hielo, sentía que le quemaba las manos, pero era más fuerte e imparable el fuego que ardía en su pecho. No pudo contener las lágrimas y rodaron incontrolables por sus mejillas.

—Tienes razón, soy patética, ¿cierto? —su voz estaba tan rota como se sentía por dentro—. Quizá no debí nacer… soy tan patética que ni mi propia madre me quiso, por eso me abandonó. Debería morirme… Eso debería hacer… —Lloró, por primera vez, no le importaba que Brendan la viera convertida en cenizas.

—Ponte el hielo. —Le apretó el hombro, en un gesto de consuelo, aunque para él era casi una tortura tocar su delicada piel y no poder abrazarla como era el deseo de su corazón—. La solución a tus problemas no es darte por vencida, morir sería la salida fácil. La única solución es que aprendas a darte el valor que mereces. Muchas veces, me echas en cara, que mi tío te eligió por ser especial, es momento de que tú misma logres ver en ti lo que él vio… Ese hombre no te merece, sino te alejas te va a arruinar la vida, apagará el brillo en ti. Es un narcisista, que solo busca tu aprobación para sentirse mejor consigo mismo.

—No lo conoces, no puedes juzgarlo solo por lo que viste esta noche. James es bueno… —Lo defendió, fue algo instintivo. Esa parte que viviría y moriría por James.

—Tan bueno que te dejó la cara así y no se preocupó por tu seguridad, permitió que te fueras caminando a esa hora… —Se detuvo, al ver la expresión en Lauren, ella estaba enamorada de ese tipo y nada de lo que dijera haría que sus sentimientos cambiaran—. Será mejor que vayas a descansar, necesitas dormir.

—Sí, creo que es lo mejor. —Ella estaba demasiado agotada, adolorida y sufría por amor, lo menos que deseaba era discutir con Brendan y que la terminara echando a la calle; en ese momento, necesitaba el refugio que le estaba ofreciendo. Se levantó y caminó hacia la habitación, pero antes de abrir la puerta, se volvió a mirarlo—. ¿Puedo pedirte un favor?

Brendan, que prefirió no ver cómo se marchaba, se volvió a mirarla por encima del hombro cuando le habló.

—¿Qué necesitas?

—No le digas nada de esto a Harriet, ni a Archie… mejor que no lo sepa nadie, por favor.

—Nadie lo sabrá.

—Te lo agradezco.

Lauren entró en la habitación y se derrumbó al borde de la cama, sintiéndose súbitamente exhausta, las lágrimas afloraron de nuevo en sus ojos. Se sentía increíblemente indefensa, pero no podía perder el control, se dijo que debía coger las riendas de sus emociones; levantar una barrera de determinación. Empezó por tratar de que su aspecto no fuese a peor; entonces se puso el hielo por varios minutos a pesar del terrible dolor que le causaba, luego fue a dejarlo en el lavabo. Había cepillos de dientes nuevos, pero utilizarlo iba a ser mucho más doloroso que enfriarse la piel; así que, solo usó un poco de enjuague bucal y luego se fue a la cama.

Ahí, sola con sus pensamientos, empezó a torturarse, imaginando a James con esa chica. Sentía que su mundo ideal se estaba desmoronando y que eso la destrozaría. No encontraba sentido a nada, era como si estuviera muriendo. Sabía que parecía bastante extremo, pero así era

como se sentía.

«No, seguramente se fue solo a casa, debe estar dormido porque estaba agotado» La negación empezó a inundar sus pensamientos. «Debo confiar en James, porque sin confianza no hay nada, si dejo de confiar en él, entonces sí lo habré perdido» «Él me ama, lo sé, lo he sentido, me lo ha dicho, él me ama» Eso era lo que anhelaba desde lo más profundo de su corazón. No podía cuestionarse su fe en él, porque James jamás haría algo que ella sería incapaz de perdonarle.



CAPÍTULO 65

Cuando Lauren despertó lo hizo con un ronco quejido, sentía como si se hubiese dado de topes contra el suelo, muchas veces, incontables veces. Sabía que no tenía ninguna fractura, pero sentía como si toda su estructura ósea estuviera destrozada. Los párpados los sentía pesados, hinchados y le ardían, los abrió un poco y la habitación le dio vueltas, al tiempo que era consciente del sabor amargo en su boca. Volvió a cerrar los párpados.

«Quizá se debe al vodka, el champán o la combinación de ambos», pensó, tratando de aclarar los acontecimientos de la noche anterior.

Lo que le llevó a recordar a James marchándose con una expresión de frialdad. Eso la hizo

agitarse incómoda y las ganas de llorar regresaron con mucha fuerza. «Él no tenía derecho a hacerme eso», replicó en pensamientos «¿Qué hice mal? ¿Pedir un poco de respeto es malo?», trataba de estar calmada, de ser razonable, aunque podía escuchar los latidos de su corazón y su respiración agitándose cada vez más.

Con una profunda inhalación, encontró el valor para abrir los ojos de nuevo. En la habitación se colaba a través de las pesadas cortinas la luz intensa de la mañana, sabía que debían ser más de la diez o quizá ya era de tarde, pero todo estaba demasiado silencioso. Anhelaba quedarse hundida en ese colchón, para no tener que enfrentar la realidad con la luz del día, porque sabía que todo se vería mucho peor.

«Pero tienes que levantarte, Lauren. Tienes que hacerlo. No puedes permitirte ser digna de lástima. ¡Vamos, arriba!», pensó que había intentado parecer resuelta, o al menos eso buscaba, pero en cambio pareció ser débil, suplicante, llorosa, todas las cosas que creía no ser. Aun así, se obligó a levantarse de la cama.

—Oh, mierda, mierda —siseó de dolor y empuñó las sábanas, porque sentía que su cuerpo se iba de lado, debido al vértigo—. Maldito seas, James… —Cómo no insultarlo, si, aunque accidentalmente, fue él quien la golpeó, solo por comportarse como un puto cavernícola. Pero eso no se iba a quedar así. Si bien, no podría enfrentarlo con violencia física, iba a hacerlo sentir miserable por eso, quería que asumiera, al menos, un poco de culpa.

Siguió con un torrente de obscenidades, escupía todas las palabras duras y desagradables que podía recordar, que no era más que un desahogo de su frustración. Luego trató de serenarse con inhalaciones y exhalaciones.

Cuando por fin pudo salir de la cama, se dirigió con decisión al baño, pero cuando volvió a mirar su reflejo en el espejo, soltó un pequeño gemido y se apoyó en el lavabo con brusquedad porque casi perdió el equilibrio, volvió a inspirar hondo para sosegarse.

Así como estaba no quería salir al mundo, su nariz y boca no solo estaban hinchadas, sino que ahora tenía una mezcla de colores que iban desde el rojo, verdoso, morado hasta uno casi azul; además debajo de sus ojos se extendían unos surcos morados.

Pensó que quizá después de una ducha podría verse un poco mejor. En cuestión de segundos, abrió el agua caliente de la ducha y se desnudó, dejando sobre la tapa del inodoro, el bonito camisón de seda de finos tiros. Bajo el chorro de agua, su cabeza seguía tratando de idear qué haría. Lo cierto era que no deseaba ver a James, aunque una parte de ella se saboteara intentando justificarlo, la otra lo juzgaba. Tampoco quería ir a la residencia porque sus amigas la verían y no descansarían hasta que les contara todo lo que pasó.

Quizá debía irse directa a la estación y tomar un tren hacia Birmingham, llegar a su lugar seguro, decirle al padre Francis que solo fue un accidente y echarse a llorar en sus brazos, pero él iba a deducir que le estaba mintiendo. Otra opción, era irse a la casa de sus padres, pero se sentiría mucho más sola y la acorralarían los recuerdos de ese pasado que le prometían una vida muy distinta a la que llevaba.

Brendan le dijo que podía quedarse el tiempo que quisiera, pero él era su acérrimo enemigo, nunca fue amable con ella y no había desperdiciado ni una oportunidad para humillarla. ¿Cómo podía confiar en él?

Cuando salió de la ducha limpió parte del vaho acumulado en el espejo, para mirarse a los ojos y el estómago se le tensó. Volvió a enjuagarse la boca y luego buscó su ropa que seguía en el mismo rincón del suelo donde la dejó esa madrugada. La idea de vestirse con sus prendas se fue al carajo cuando vio que estaba manchada de sangre, era mejor lavarla antes de ponérsela; a pesar de sus deseos de no querer ponerse de nuevo el elegante y sensual camisón de Alice, no

tenía otra opción.

Ahora con la luz del día, colándose por la pequeña ventana del baño, la prenda le pareció aún más bonita y le acariciaba la piel de las caderas con la delicadeza de un pétalo.

Salió del baño, decidida a pedirle permiso a Brendan para lavar su ropa, pero a medida que avanzaba hacia la puerta de la habitación, los nervios se hacían más intensos, tenía miedo de reencontrarse con el Brendan arrogante, antipático e hiriente que siempre había sido, que esa faceta de su personalidad que le mostró durante la madrugada, esa que la ayudó y la consoló con un agradable toque en el hombro, hubiese sido solo producto de unas cuantas copas de alcohol que debió tomar antes de que la interceptara en la barra del pub.

Pero en la situación en la que se encontraba, no podía quedarse solo en suposiciones, por lo que con valentía y dispuesta a soportar cualquier cosa, salió. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de que estaba sola, ya que cuando se dirigía para ver si estaba en la cocina, vio sobre la mesa del comedor, una nota.

La hoja estaba doblada y tenía escrito su nombre, lo suficientemente grande como para que no le quedaran dudas de que era para ella. La agarró y desdobló.

Tengo partido, así que no regresaré sino hasta el final de la tarde.

Si te da hambre, en la nevera hay comida preparada, solo tienes que calentarla en el horno, pero si no te gusta nada de lo que hay, siéntete con la libertad de prepararte lo que quieras.

También puedes escuchar música, ver televisión o leer, haz lo que quieras para no aburrirte. Haz de cuenta que estás en tu casa.

P.D: Toma el medicamento para el dolor cada seis horas y sigue poniéndote hielo.

Al terminar de leer, repasó la nota, pero sin leerla, solo miraba la caligrafía, era primera vez que veía la letra de Brendan, no era bonita, pero era nítida y tenía una ortografía perfecta. Sabía que la había escrito él, pero le parecía tan extraño, no era como algo que hubiese escrito el Brendan que conocía, por lo menos, no el que conocía antes el incidente de esa madrugada.

Lauren no tenía mucho apetito, sin embargo, debía comer algo antes de tomarse el medicamento; algo que sí quería hacer, porque sentía un dolor latente en el labio superior. Tras revisar en la nevera, había varios envases con diferentes menús; al parecer, era alguien que ya se los dejaba preparado. Se trataban de comidas completas, no era algo que quisiera, así que se preparó unos huevos revueltos y unos champiñones asados.

Cuando fue echar las cáscaras de huevos en la basura; al quitar la tapa, vio varias pelotas de papel arrugado. Eso le provocó mucha curiosidad y agarró una.

La abrió y leyó.

Buenos días, Lauren.

Espero que hayas amanecido con menos dolor…

Ahí terminaba lo que evidentemente era un intento de nota, mucho más amable, más cálida, más personal. Le fue imposible no agarrar otra; al leerla, descubrió que también era mucho más personal… Ver todos esos intentos, la hizo sonreír enternecida.

¿Ternura? Jamás pensó que Brendan despertara en ella semejante emoción. Negó con la cabeza, mientras volvía a hacer pelotas las hojas y las arrojó de nuevo a la basura.

Se lavó las manos y se fue con el plato al comedor. Se sentó a comer con lentitud y la

mirada perdida. De manera inevitable, volvía a debatirse con la necesidad de llamar a James, eso era una lucha que siempre le tocaba batallar cada vez que se peleaban. La mayoría del tiempo terminaba cediendo él, que le llamaba o le buscaba, pero ella muchas veces también doblegó su orgullo y lo buscaba para pedirle perdón.

—Pero esta vez… —murmuró mientras masticaba con mucha lentitud un champiñón—. Esta vez, no seré yo la que pida perdón… Fue su decisión subir a esa mujer al escenario y fue precisamente eso lo que desencadenó todo este desastre.

Le tomó casi media hora, comerse un huevo y tres champiñones, esperó unos minutos para tomarse el medicamento, que deseaba que empezara a hacer efecto muy pronto.

Quería regresar a la habitación y meterse bajo las sábanas, pero no podía permitir que su estado de ánimo la dominara de esa manera. ¿Qué iba a pensar Brendan si llegaba y la encontraba revolcándose en su miseria? Podría echarla a patadas por reafirmar una y otra vez que era patética. Y ahí, estaba una vez más, preocupándole lo que pudiera pensar él. Pero por primera vez, eso le serviría para no terminar en un oscuro hueco. Se levantó, llevó el plato a la cocina y lavó todo lo que había usado.

Luego decidió pasearse por la biblioteca en busca de un libro que le ayudara a escapar de su realidad. Fue ahí, que vio en unos de los entrepaños, varios portarretratos de bonitos marcos dorados. Eran fotos familiares, había una en la que estaba con sus padres y hermanos con el coliseo romano detrás y parecía ser bastante reciente.

En otra estaba él en medio de sus padres, sin duda, fue el día de su acto de grado de secundaria. Él tenía en sus manos el certificado general de educación. Y sonreía con su innata arrogancia.

La siguiente fotografía la desconcertó, porque ella aparecía ahí, fue la que tomaron el día de su cumpleaños decimoctavo, cuando le hicieron un almuerzo de celebración. El estómago se le encogió al recordar que mientras Beth hacia esa fotografía, Brendan la sujetaba por la cintura y le acariciaba con los pulgares. Nunca supo cómo quedó, pues no volvió a la casa de los Deacon para ver el resultado, pero se notaba que ella estaba tensa y él parecía fascinado con ser el causante de esa expresión.

—Un momento, aquí no está Alice, no aparece Alice… —Ella estaba segura de que la novia de Brendan había estado presente en esa fotografía. No iba a quedarse con la duda, así que le quitó la tapa al portarretrato y se dio cuenta de que había sido cortada—. Parece que la relación no acabó en buenos términos —se dijo mientras repasaba con la yema del dedo el borde del papel fotográfico.

Con rapidez volvió a acomodar el portarretrato, lo peor que podía pasarle en ese momento era que Brendan llegara y se la pillara haciendo eso. No tenía nada de malo mirar las fotos, lo malo era sacarlas y verificar que cercenó a su exnovia.

—Sí, ese pensamiento no es el más apropiado —se dijo negando con la cabeza—. Bueno, la eliminó de la familia… Así suena mucho mejor. —Puso con cuidado la fotografía donde iba y soltó el aliento.

Su mirada se fue directa a otra y de inmediato reconoció al hombre de cabellos castaños y ojos azules saltones. Era su padre, mucho más joven y cargaba a Brendan, que debía tener unos cinco o seis años y sostenía un balón de rugby. Luego había otra en la que Oliver lo tenía cargado sobre sus hombros y otra en la que, al parecer, estaban clavando la suela de un zapato. Ahí tenía más fotografías de Oliver Spencer que de otros miembros de la familia. Ella no recordaba que su padre hubiese sido tan apegado a Brendan o quizá sí lo era y en ese entonces no lo percibió.

—¿O fue que mi padre se alejó de él cuando me adoptó? —Se llevó una mano la boca, debido al asombro, pero chilló por el dolor. Había olvidado lo mallugada que estaba—. Por eso me odias, porque te robé el cariño de tu tío… No, no lo creo… —Negó con la cabeza y se sobre saltó cuando la puerta principal se abrió.

—¿Qué haces? —preguntó Brendan, al verla parada frente a la biblioteca, lo miraba con los ojos saltones.

—Eh… Eh, solo estaba buscando algo que leer. —Dio un paso al lado, para alejarse de las fotografías.

—¿Te has puesto hielo? —Le preguntó al tiempo que dejaba las llaves en la mesa junto a la entrada.

—No, aún no, hace poco que desperté —respondió, al tiempo que miraba a Brendan con el uniforme de rugby, tenía algunas manchas de hierba, pero hasta ahora, se daba cuenta de que sus piernas eran demasiado fuertes, la tela del pantalón corto se le pegaba a los músculos. Siempre lo había visto con pantalones largos o vaqueros.

—¿Comiste algo?

—Sí —contestó y se dio cuenta de que Brendan le estaba mirando el camisón y ella también se echó un vistazo—. Tuve que volver a ponerme esto, porque mi ropa está manchada de sangre, ¿puedo usar la lavadora?

—¿Leíste la nota?

—Sí.

—Entonces por qué me pides permiso si te dije que puedes hacer lo que quieras.

—No decía expresamente que podía usar la lavadora, solo que podía leer, ver televisión o escuchar música.

Brendan puso los ojos en blanco en un claro gesto de fastidio.

—Voy a ducharme, puedes hacer lo que quieras.

—Gracias —dijo y lo vio caminar hacia su habitación. Su mirada indiscreta, estaba fascinada con cómo le quedaba el uniforme y se fijó en el trasero. «¿Qué se supone que haces, Lauren?», se recriminó, soltó un resoplido y se fue a por su ropa para ponerla a lavar.

Brendan salió de su habitación, recién duchado, vistiendo unos vaqueros y una camisa blanca. Mientras, la ropa de Lauren ya se estaba lavando, había elegido para leer El conde de Montecristo de Alexandre Dumas y se estaba poniendo hielo en el golpe.

—Puedes usar esto, para que no estés en pijama todo el día. —Puso sobre el reposabrazos del sofá algunas prendas dobladas.

—¿Son de Alice? Porque si es así, prefiero no usarlas, no le hará gracia si se entera que las usé.

—Eran de Alice… y no, no vendrá a buscarlas.

—¿Le pasó algo malo? —Supo que su pregunta fue demasiado imprudente, pero era muy tarde para recoger sus palabras.

—No, pero tampoco volverá.

—Siento mucho que hayan terminado, hacían una bonita pareja…

—No trates de ser amable. Sé que no te agradaba, pero para que no sientas ningún tipo de remordimiento, ella no te toleraba.

—Bueno, es que supongo que no tenía las mejores referencias de mí —masculló.

—Ve a cambiarte.

—Si no te importa, prefiero quedarme en la habitación leyendo. —Sentía que así daría menos molestias; además, no era que se sintiera muy cómoda con él.

—Está bien. —Solo dijo eso y se fue a la cocina.

Lauren se levantó del sofá, puso sobre las ropas dobladas el libro y se lo llevó a la habitación. Ya se había puesto hielo, cada cinco minutos por más de media hora, consideraba que era suficiente.

En la habitación, Lauren miró la ropa, prendas de color rosa chicle, rosa más oscuro. Era algo que ella jamás se pondría. Al desdoblarla, se dio cuenta de que eran unos pantalones vichy a cuadros rosas y blanco, además de un jersey también rosado.

En contra de todo su criterio decidió ponerse eso.

—Es algo que usaría la princesa Diana —soltó una risita, se sentía ridícula. Prefirió apartarse del espejo, porque entre más se veía menos se agradaba y, antes de que terminara desvistiéndose, se fue a la cama y cogió el libro.

El lunes por la noche, Telma decidió llamar a la casa de James, sabía que ahí debía estar Lauren, pero le preocupaba que no se hubiese comunicado con ella desde el sábado antes del concierto; si bien, su amiga, solía pasar los fines de semana con su novio, llegaba los domingos por la noche o los lunes muy temprano para ir a clases.

Cuando le preguntó a Sadie si la había visto en la universidad, esta le dijo que no. Lo que hizo que saltaran las alarmas en ambas, porque Lauren llevaba un par de semanas, hablando de que ese día debía terminar con el tallado de una escultura como trabajo final del curso de taller escultórica.

Poco les importó que fueran más de las diez de la noche, Sadie y Telma salieron de la residencia y fueron a la cabina de teléfono más cercana. Las dos se metieron apretujadas en el cubículo. Telma descolgó el teléfono y marcó el número.

—Hola, buenas noches... —saludó cuando le atendió la voz de un hombre, pero debía ser la de otro de los chicos, porque conocía muy bien la de James—. ¿Quién habla?

—¿Con quién deseas hablar? —preguntó Tommy con aspereza, ya que habían tenido que cambiar de número un par de veces, porque no sabía cómo, pero algunas chicas, habían conseguido el número y empezaban a llamar en todo momento, por el simple placer de solo escucharles la voz.

—Me gustaría hablar con Lauren, soy su amiga Telma.

—¿Lauren? No, ella no está aquí —respondió con desconcierto.

—Pero salió anoche o esta mañana de ahí, ¿cierto? —Telma sintió que los nervios le tensaban el estómago.

—No, espera un momento… —Tommy puso la mano en la bocina—. James, ¿qué sabes de Lauren? Sus amigas me preguntan por ella.

James que estaba echado en el sofá preparándose un porro, levantó la cabeza y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Cómo que no saben de ella? Si el sábado se fue a la residencia.

—Él me dice que el sábado después del concierto, ella se fue a la residencia.

—Ay, Dios mío, no… no. —Telma chilló con el corazón a punto de explotar—. Ella no ha llegado, no le veo desde el sábado por la mañana.

—Mierda… —masculló Tommy, rascándose la cabeza.

—¿Qué sucede? —le preguntó James, alarmado.

—Será mejor que atiendas tú. —Le tendió el teléfono.

James dejó caer sobre la mesa la papelina con la que pretendía enrollar la hierba y corrió a coger el teléfono.

—Aló.

—James, ¿dónde está Lauren? ¡¿Dónde está?! Dime que está contigo… —suplicaba Telma con la voz temblorosa.

—No, ella no está conmigo, pensé que estaba en la residencia… Es que el sábado tuvimos una discusión… —Se arrepintió de decir eso, porque si le había pasado algo a Lauren, el principal sospechoso iba a ser él; aunque, preferiría que estuviese bien, de otra forma iba a terminar devastado.

—¿Una discusión? ¡Una puta discusión! —reclamó Telma—. Y la dejaste sola… eso fue, ¿la dejaste sola?

—No, la dejé con... —Dejó caer el teléfono y salió corriendo a la habitación de Ray, sin siquiera tocar se fue directo al baño, sabía que se estaba duchando—. ¿Dónde carajos está Lauren?

—Que no ves que me estoy duchando, puedes respetar la privacidad…

—¡¿Dónde está Lauren?! —gritó la pregunta.

—¿Qué? No lo sé, ¿por qué debería saberlo? ¿Acaso no está en la residencia?

—¡Carajo! ¡Joder! —James se llevó las manos a la cabeza y empezó a caminar en círculos por el baño—. ¡Joder… Joder!

—¿Qué pasa? —Ray cerró la llave y tomó una toalla para envolvérsela en la cintura.

—Ray, dime que mandaste a Lauren en la furgo con el chofer… ¿La mandaste en la furgo? —preguntó desesperado.

—Ella… Ella. —Ray empezó a boquear, no sabía qué decir.

—¡Habla! —Lo golpeó con las palmas en el pecho, haciéndolo retroceder varios pasos.

—Ella no quiso, dijo que se iría en un taxi… Le insistí, pero no quiso.

—¡Maldita sea! —Se acuclilló, porque sintió como si hubiese perdido de golpe toda la fuerza del cuerpo—. ¿Cómo mierda permitiste eso?

—¡¿Qué querías que hiciera? ¿Qué querías?! —le gritó Ray—. Tú le pediste que se largara, la dejaste ahí… con la nariz rota. Yo, por lo menos, intenté consolarla, intenté gestionar que la llevara el chofer… No es mi responsabilidad, no es mi novia. Tú preferiste regresar a la mesa y seguir la fiesta.

—Si algo le pasa estaré jodido. —Se dejó caer sentado en el suelo mientras se apretaba los cabellos—. Completamente jodido.

—¿Están seguro de que está desaparecida? —Ray intentaba ser más racional; de cierta manera, se sentía con la conciencia un poco más tranquila o era que no quería ser fatalista—. No sé, pudo irse a casa de su tía.

—Es el último lugar al que iría, ella odia a esa maldita vieja —respondió James.

—Entonces será mejor ir con la policía.

—¿Qué? Con la policía no. No podemos involucrar a la policía…

—¿Por qué no? —peguntó suspicaz.

—Porque lo menos que nos conviene en este momento es que nos metan en el ojo de una investigación —dijo con cierto nerviosismo.

—¿En serio, James? ¡Estás putamente enfermo! Se supone que estamos hablando de la desaparición de la chica que supuestamente amas.

—La amo, claro que la amo, pero si suspenden la gira… Voy a buscarla. —Se levantó—. Sé que no iría a casa de su tía, pero sí pudo haberse ido a Birmingham, al oratorio.

—¿Y si no fue allá?

—¡No me digas que no fue allá! ¿Qué quieres que piense? Que la secuestraron, que la violaron hasta matarla y que solo es cuestión de tiempo para que encuentren su cuerpo, ¿eso

quieres que piense? —Los nervios lo tenían bastante alterado y haber pronunciado eso hizo que se echara a llorar—. Si eso le pasó será mi culpa… mi culpa. No me repondría a algo como eso.

—Vamos primero a la residencia… Quizá sus amigas pueden ayudarnos.

Casi a medianoche llegaron al edificio y de no ser porque la mujer de seguridad ya conocía a James, se le hubiese hecho imposible que le avisaran a Telma que estaba ahí. Sadie y ella bajaron, era evidente que estaban demasiado nerviosas.

—Debemos ir a la policía —dijo Telma.

—Antes de ir con la policía, debemos cerciorarnos de que no esté con algún familiar… —comentó James—. ¿Tienen el número de su padrino? Si no lo tienen, iré a Birmingham.

Las amigas se miraron, luego volvieron a mirar a James y a su primo, ambas negaron con las cabezas al mismo tiempo.

—Creo que si hubiera ido a Birmingham me habría dicho o hubiese venido a por ropa. Jamás llegaría al oratorio con pantalones cortos —mencionó Telma.

Sadie reafirmó lo dicho por su amiga con un asentimiento de cabeza y los ojos llenos de lágrimas.

—Me dijiste que discutieron, esta vez, ¿por qué fue? ¿Qué te pasó en la boca? —Telma cuestionó, señalando con un dedo directamente la comisura de James, que estaba algo hinchada y amoratada.

No era que no confiaba en él, solo que últimamente su amiga le decía que cada vez eran más seguida las discusiones entre ellos. Le había confesado la causa: drogas. Y bien sabía que las drogas no eran para nada confiables y que podrían hacerle perder el control a cualquiera.

En una situación normal, James no le daría ningún tipo de explicación, pero en ese momento, no quería que sospechas cayeran sobre él.

—Sí, discutimos por celos, a Lauren no le agradó que subieran a una chica al escenario… Solo era parte del espectáculo, pero ella lo tomó personal. Cuando terminamos el concierto, se lo expliqué y creí que lo había entendido; sin embargo, después la misma chica se presentó en el pub donde estábamos celebrando y como estaba con otras amigas la invitamos a la mesa…

—Por supuesto, eso no le gustó a Lauren —interrumpió Sadie con un tono de reproche—. Y con toda la razón.

—¿Qué iba a saber yo que eso le molestaría tanto? ¡Acababa de presentarla como mi novia en una entrevista para la puta Rolling Stone!

—Pero eso ahora no viene al caso —intervino Telma—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Ella se levantó de la mesa y me dijo que iría al baño, pero terminó en la barra, bebiendo sin parar, pensé que solo necesitaba un poco de tiempo, que tenía cosas que pensar y no quería empeorar la situación, pero entonces vi que llegó un tipo a molestarla… Y fui a buscarla.

—¿Quién era el tipo? Seguro algún maniático —se apresuró Sadie.

—No, no… me dijo que era el primo.

—¿Cuál? Ella tiene tres primos. Aunque solo dos podrían entrar en un pub, el otro es menor de edad —razonó Telma.

—No sé, no me dijo el nombre.

—Entonces no puedes estar seguro de que fuera su primo.

—¡Mierda! —Ray se llevó las manos a la cabeza.

—Era alto, corpulento… de ojos claros. —James intentó describir lo que recordaba del tipo —. Tú debes conocerlos.

—No, no los conozco, no se lleva bien con esa familia, la he escuchado hablar por teléfono con uno que se llama… Peter… —Telma se rascó el cuello, porque no estaba segura—. Paul…

sí, Paul… creo que es con el único que mantiene comunicación, porque al otro lo odia… Se odian, eso me ha dicho, que se odian.

—Ella no se preocupó en ningún momento por él, los de seguridad casi lo sacaron a patadas y Lauren ni se volvió a mirarlo —dijo Ray, que había tenido una perspectiva más objetiva de aquel escándalo.

—Entonces pudo haber sido ese… Brendan, creo que se llama —concluyó Telma.

—¿Y si se fue con él? Sí, a él lo sacaron mucho antes de que Lauren se fuera, pero…

—¡No! —zanjó Telma—. Lauren no se iría con él, y dudo mucho que él aceptara ofrecerle su ayuda.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Sadie.

—Podemos llamar a la casa de su tía y preguntar —dijo Ray.

—Yo no tengo el número —respondió Telma—. ¿Tú lo tienes? —le preguntó a James.

Este negó con la cabeza, ahora se daba cuenta de que no tenía nada sobre la familia o allegados de Lauren.

—Podemos buscarlo en la guía telefónica. —Ray, trataba de encontrar soluciones.

—Y llamar a todos los Spencer de Londres… ¡Fantástica idea! —ironizó Sadie con una mueca.

Ray la miró con rabia y le tembló el labio superior en un tic.

—Lo mejor será ir con la policía —determinó Telma.

—Creo que antes de ir con la policía, podemos buscar nosotros… La policía seguirá todo un protocolo que solo hará perder el tiempo —mencionó James—. Iré al pub, quizá los hombres de seguridad pudieron ver si se subió a un taxi… —Se volvió hacia su primo—. ¿Puedes ir a preguntar en los hospitales?

—Sí, claro.

—Yo iré contigo. —Telma se apresuró, no iba a quitarle los ojos de encima a James. No le agradaba mucho la idea de qué no quisiera que la policía se involucrara.

—Y yo voy contigo —saltó Sadie, para acompañar al baterista.

—Está bien —gruñó él, no muy contento del pegote que le tocaría arrastrar.

—No sé si tengamos mucho éxito en el pub, por la hora —dijo James al mirar su reloj—. De igual manera, miraremos por los alrededores. Nos vemos aquí en tres horas. —Le comunicó a Ray.

Su primo asintió y todos salieron en busca de taxis, que los llevaran a los lugares donde emprenderían la búsqueda.

—Ray dijo que sacaron al primo casi a patadas, ¿qué fue lo que pasó? —preguntó Telma, ya cuando iba en el asiento trasero del taxi junto a James.

—Quise llevarme a Lauren de regreso a la mesa, él no quería… insistí, entonces el hijo de puta me golpeó. Enseguida se hizo un escándalo y lo sacaron —explicó James, se tocó los bolsillos en busca de un poco de coca, sentía que la necesitaba para bajar la ansiedad que lo tenía muy mal, pero se arrepintió de no tener ni un poco.



CAPÍTULO 66

La noche anterior, Lauren había decidido que volvería a la residencia. Emocionalmente se encontraba mucho más estable; en cuanto a su aspecto físico, había mejorado, pero no lo suficiente para que pasara desapercibido. Aun así, debía afrontar la realidad y volver a la universidad, no quería que todo lo que se había esforzado para no perder el semestre fuera en vano. Ya se había resignado a que tenía que repetir un par de materias, pero no estaba dispuesta a que fueran más de eso.

Se levantó muy temprano, se duchó y se puso su ropa. Esperaba llegar a la residencia, cambiarse, recoger su mochila y salir enseguida para la universidad. Cuando salió de la

habitación, ya Brendan estaba despierto, sentado en la mesa del comedor, era tan rígido, tan estricto e insensible, que bien podría ser un dictador. Aunque, con ella, durante esos días fue amable, considerando su forma de ser.

El domingo, después de que él llegara de su partido de rugby, ella se encerró a leer y solo salió cuando le llamó a la puerta para decirle que era hora de cenar. Había pedido una pizza, comieron en silencio y luego ella regresó a la habitación.

El lunes, Brendan se marchó antes de que ella despertara y le dejó una nota parecida a la del día anterior, pero esta vez le anunciaba que iba a clases. Cuando él llegó, ella volvió a la habitación y siguió leyendo. Por eso, le faltó poco para terminar el libro de más de mil páginas.

—Buenos días —saludó, dándose cuenta de que había un plato servido para ella.

—Buenos días. —Brendan correspondió, mientras picaba un trozo de tortilla francesa, que él mismo había aprendido a preparar gracias a Beth que le enseñó a hacerla.

—Voy a devolver el libro —dijo ella, mostrándoselo.

—¿Lo terminaste? —preguntó, sin desviar la mirada de la tortilla, mientras la pinchaba.

—No, me faltó poco.

—Puedes llevártelo.

—No es necesario, lo sacaré prestado de la biblioteca.

—¿Para qué quieres sacarlo prestado de la biblioteca si te estoy diciendo que puedes llevarte ese?

—Bueno, está bien. Pero no es seguro que te lo devuelva pronto.

—Quédatelo, te lo regalo… Así no tendrás en tu conciencia la molestia de tener que venir a regresarlo para que no tengas que verme.

—No es porque no quiera verte, Brendan. Es que estaré muy ocupada las siguientes dos semanas con la universidad y en cuanto empiece el verano me iré a Birmingham… Suelo pasar la temporada en el orfanato.

—Acéptalo como un regalo. —Comió un pedazo de huevo con jamón y queso.

—Eres la única persona del mundo de la que jamás imaginé recibir un regalo —comentó con una débil sonrisa.

—Lo sé. —Asintió y levantó la mirada hacia ella—. Ahora siéntate a comer o se enfriará —pidió haciéndole un ademán.

Lauren pensó en negarse, porque se le iba a hacer tarde, pero le pareció que eso sería una terrible descortesía, sobre todo, después de que Brendan le hubiese permitido quedarse ahí esos días.

—Gracias. —Caminó y se sentó, dejando el libro sobre la mesa—. Se ve muy bien, ¿lo has hecho tú? —preguntó, tratando de mantener una conversación cordial.

No sabía cómo iba a ser su relación con Brendan a partir de ahora, no sabía en cuánto tiempo iban a volver a verse, ni cómo debería actuar la próxima vez que estuviese frente a él. No podía saber si esto solo se trataba de una tregua en medio de la guerra que siempre habían librado o era la firma de una amnistía.

—Sí, me enseñó Beth.

—Entonces debe estar muy buena. —Tomó el cuchillo y el tenedor. Brendan no hizo ningún comentario al respecto, pese a eso, cuando dio el primer bocado, gimió complacida—. Sí, está muy rica —confesó aún con la boca un poco llena.

—Gracias. —Tragó grueso, porque por su cabeza viajaba el sonido del gemido de Lauren.

Su mirada discreta se posó en las manos de ella picando otro trozo de tortilla, luego se movió en ascenso, por sus antebrazos y llegó hasta su pecho, para darse cuenta de que no llevaba

puesto sostén, apreció los pezones marcados en la tela de la camiseta. Le hubiese gustado permitirse la contemplación sin reparo, pero sus pupilas siguieron en ascenso por su cuello y luego se fijó en su boca, separando suficiente los labios para poder comer. Ya no estaban hinchados, pero seguía el hematoma e iba a durarle unos cuantos días más.

—Tienes que terminar con ese tipo —dijo muy serio y fijando su mirada en ella.

Lauren enseguida se volvió a verlo, empezó a masticar más lento, mientras asimilaba las contundentes palabras de Brendan.

—¿Es una sugerencia o una orden? —preguntó, luego de tragar.

—Tómalo como quieras, pero debes alejarte de él… Debes hacerlo.

—Brendan. —Soltó un pesado suspiro, porque no quería discutir—. Entiendo que te sientas preocupado por mi bienestar, debido a las circunstancias en las que conociste a James, pero él no es así, solo fue un momento de mucha confusión…

—Solo se necesita un momento de confusión para que te maten…

—¿Qué dices? —sonrió incrédula—. James jamás me haría daño —trataba de explicar, pero él le miró directamente el hematoma en su cara—. No de manera intencional. Tú mismo viste que fue un accidente.

—Si no lo dejas se lo diré al padre Francis —amenazó.

—No te atreverías —gruñó, poniéndose a la defensiva.

—Ponme a prueba.

—Brendan, no tienes por qué meterte en mi vida, quiero a James y él me quiere… Eso lo sé. No es justo que quieras intervenir en mi relación, solo déjame ser feliz, por favor —chilló, sintiéndose derrotada.

—Porque quiero que seas feliz, es que te pido que lo dejes. Tienes que tomar esa decisión, puede que al principio sea doloroso, pero te estarás ahorrando cosas peores. Esos músicos de rock son como un cáncer, como el sida, cuando te atrapan te consumen hasta matarte… o en el mejor de los panoramas, te hará sentir tan miserable que la mejor opción para ti será el suicidio.

—No puedes pensar así de alguien que no conoces. Eres demasiado prejuicioso; ya veo que eres de esos que piensan que solo porque es un músico es sinónimo de destrucción… Estás leyendo muchas revistas…

—¿Por qué no puedes decirle a Francis que estás saliendo con ese hombre? —la interrumpió, tenía la mandíbula tensada porque la impotencia que lo gobernaba también lo llevaba a sentir rabia—. ¿Por qué no le dices que es tu novio? Te reto a que se lo presentes. —Afirmó con la cabeza, mientras ella lo miraba con los ojos muy abiertos y estaba temblando, muy probablemente de ira hacia él—. Pero no lo harás, porque en el fondo sabes, muy bien que él no es bueno para ti, sabes que te hará muchísimo daño, pero no quieres aceptarlo, porque te gusta, te gusta sufrir… sientes que el sufrimiento es una parte de ti…

—No, no Brendan, no es así… —Negaba con la cabeza.

—Solo quiero que abras los ojos, ¡maldita sea! —Ante la impotencia, le dio con el puño a la mesa y los platos saltaron.

Lauren se sobresaltó y los ojos estuvieron a punto de saltarle de las órbitas.

—Mejor me voy —dijo con la voz oscilante al tiempo que se levantaba.

—Estoy intentando encontrar las palabras adecuadas para que comprendas… Solo quiero ayudarte. —La voz de Brendan se convirtió en un susurro, rápidamente se dio cuenta que se dejó llevar por la frustración.

—¿Alguna vez has querido ayudarme? ¿Alguna vez has intentado, por lo menos, ser amable conmigo? —Al filo de sus párpados vibraban las lágrimas que estaban a punto de derramarse.

—Parece que los últimos días no han servido de nada —dijo muy dolido.

—Los últimos días han sido demasiado desconcertantes… Pero agradezco lo que has hecho por mí, de verdad, lo agradezco. Pero que me hayas tenido aquí, no te da derecho de querer mandar en mi vida, no te da derecho de exigirme hacer las cosas que tú quieres que haga.

—No quiero que hagas las cosas por mí, quiero que las hagas por ti… —se interrumpió y soltó un suspiro, al tiempo que se levantaba—. No tiene sentido que siga gastando mis palabras en un imposible, será mejor que te vayas. —Caminó para dirigirse a su habitación—. Igual, estaré preparado para recogerte cuando caigas —dijo antes de entrar y encerrarse. Brendan comprendió que Lauren estaba en negación, quería obligarla, pero era algo que no podía hacer. No podía obligarla por mucho que la quisiera, poco importaba si él tenía razón, eso no haría que ella cambiase de opinión. Había pensado en las palabras y maneras adecuadas para convencerla, encontrar alguna forma para desbloquear su cordura, pero no tuvo éxito. Lo había intentado, quizá no fue lo suficientemente claro, quizá debió ser más insistente. Sin embargo, hizo lo que estuvo a su alcance, no le quedaba más que hacerse a un lado y que ella siguiera caminando hacia el precipicio: mientras, él rezaría para que ella lograse abrir los ojos, aunque fuese justo al borde.

Lauren quedó perpleja, no sabía cómo interpretar esas últimas palabras de Brendan. Pero no tenía tiempo para eso, debía marcharse, no porque él la hubiese echado, sino porque no iba a faltar a la universidad ese día. La tensa calma, terminó estallando en una discusión, por lo que suponía que ya no debía aceptar el regalo, así que dejó el libro donde estaba y se marchó.

En el pub le entregaron la cartera con la documentación de Lauren, ya que el domingo por la madrugada quedó ahí, después de que el grupo se marchara. Como iban tan borrachos y drogados no se dieron cuenta del articulo personal.

Eso solo hizo que la desesperación en Telma fuese palpable, porque su amiga no tenía la documentación ni dinero, así que no pudo haberse ido a Birmingham. James intentaba estar un poco más calmado, sabía que necesitaba tener los pensamientos en orden para saber qué hacer a continuación y no derrumbarse, mientras la culpa crecía imparable en su interior.

Decidió que lo mejor era ir a preguntar a los residentes por la zona, pero a esa hora de la madrugada nadie le abriría la puerta; así que, se dirigió a los hospitales de la zona, pero nadie sabía de Lauren, parecía que se la hubiese tragado la tierra.

A las ocho de la mañana, se encontraban reunidos de nuevo frente al edificio de la residencia estudiantil. Por su parte, ellos no podían hacer nada más, habían agotados todos los recursos; así que, James y Telma irían a la policía a poner la denuncia de la desaparición.

—Nosotros esperaremos aquí —dijo Sadie, tenía los ojos rojos y manchas oscuras debajo de los párpados inferiores. También estaba bastante despeinada.

—Será mejor que entren, así descansan un rato, prepara café o té —aconsejó Telma, que no tenía mejor aspecto que el de su amiga.

—Ray, si quieres puedes ir a descansar… —pidió James, pero vio a su primo negar con la cabeza.

—No te preocupes, vayan a poner la denuncia, esperaré aquí.

—Puedes pasar, ya es horario de visita —invitó Sadie—. No pierdan más tiempo.

Justo en el momento en que James y Telma empezaron a caminar, un auto llegó frente a la residencia.

—¡Oh, por Dios, Lauren! —gritó Sadie, al ver a su amiga descender del taxi y se quedó paralizada en la escalinata, con las manos en el pecho, porque sentía que acababa de recobrar su alma.

James al escuchar el grito de Sadie, se volvió y vio a Lauren bajar del auto negro. De inmediato se echó a correr con la desesperación haciéndose presente y se lanzó contra su novia, la abrazó con fuerza por la cintura, pegándola a su cuerpo con tanto empeño, que si pudiera fundirse en ella lo habría hecho. El alivio lo arrasó como una ola imparable y la adrenalina que lo mantuvo en pie desde la noche, se replegó, dejándolo vulnerable como nunca. Escondió el rostro en el hueco que quedaba entre el hombro y el cuello de Lauren y lloró… lloró como no lo había hecho jamás. En ese momento, sintió cómo si alguien le hubiese dado un hachazo y hubiera hecho añicos toda la corteza que le recubría. Se sintió completo, aliviado.

Lauren estaba tan aturdida que le tomó varios segundos reaccionar al desesperado abrazo de James. Los oídos le zumbaban y cada sonido parecía lejano. Pudo ver a Telma acercarse rauda con las manos en la boca en un claro gesto de asombro. También vio a Sadie, que parecía estar preguntándole algo, pero no la escuchaba, mientras Ray la sujetaba por el brazo.

—¿Dónde estabas? —James se apartó y la sujetó por los hombros—. ¿Dónde demonios estabas? —Subió sus manos para acunarle las mejillas—. ¿Estás bien? ¿No estás herida?

—E-e-estoy bien… —tartamudeó, tensa y con los ojos saltones. Le sorprendía demasiado ver a James en ese estado de desesperación. Era primera vez que lo veía llorar—. Necesito pagar el taxi.

Al parecer, Ray escuchó, porque corrió a pagar por el servicio.

James se acercó y le dio varios toques de labios, lo que pretendía ser un gesto de amor y alivio, para Lauren fue de dolor. Por lo que se alejó con un chillido.

—Lo siento. —Le dio un beso en la mejilla—. Demonios, Lauren… ¿Dónde estabas?

—Y-yo… —No sabía qué responder en ese momento, pero estaba segura de que no podía decir que estaba en el apartamento de Brendan, no después de ver que el golpe que le dio a James fue más fuerte de lo que había imaginado—. En un hotel, decidí quedarme en un hotel —dijo casi sin aliento, por la forma en que le mentía a su novio.

Ver a James tan vulnerable la tenía demasiado conmovida, eso hizo que cualquier molestia que sintiera hacia él desapareciera, porque su desesperación y sus lágrimas eran la muestra más fidedigna de amor.

No se podía fingir esa forma en que la quería y no creía que pudiera sentir eso por otra. Comprendió, que no podía estar enfadada con James, por no comprender cómo ella se sentía cuando compartía con otras mujeres. Y, en última instancia, no creía que él estuviera enfadado con ella por sentir celos.

Antes de conocerlo no se creía celosa o mezquina, pero ahora, veía a cualquier mujer que se acercara a él como una potencial amenaza. Quizá estaba siendo posesiva y eso no estaba bien, pero todo lo que sentía por James se hacía cada vez más intenso, era casi como una adicción, como si estuviera atrapada en sus propias emociones. No quería que él ofreciera su atención a nadie que no fuera ella, el simple hecho de pensar que pudiera querer a alguien más le aterraba.

—¿En un hotel? ¿Sola? —cuestionó James con suspicacia. Esa mezcla de alivio y miedo empezaba a disiparse, dándole paso a la molestia que le provocaba lo desconsiderada que había sido Lauren.

—Sí, ¿o no puedo quedarme en un hotel? —Enseguida se puso a la defensiva. Se alejó un paso, liberando su rostro de las manos de él, porque si lo tenía mirándola directamente a los ojos, era muy probable que se diera cuenta de que le estaba mintiendo—. ¿Qué hacen todos aquí? —preguntó, con su mirada saltando de uno a otro.

—¿En serio nos haces esa pregunta? —reprochó Telma—. Por Dios, Lauren. Nos has dado un gran susto, cómo es que desapareces así, por qué no te comunicaste con nosotras… —se

detuvo al ver el hematoma en el rostro y el labio partido—. Espera, ¿estás bien? ¿Qué te pasó? —La preocupación volvió a imponerse y se acercó para verle más de cerca.

La mirada de Lauren se fijó enseguida en James, en los ojos de él, pudo ver la culpa.

—Solo fue un accidente, pero estoy bien…

—Eso debió doler —intervino Telma—. ¿Cómo te lo hiciste?

—Chicas, les prometo que por la tarde les explicaré todo, por ahora tengo que subir a cambiarme… Debo ir a la universidad.

—Yo te acompaño —dijo Sadie, parándose a su lado como si fuera su ángel de la guarda.

—Lauren, ¿podemos hablar? Sé que tienes poco tiempo… —pidió James.

—No, es que no tengo tiempo, hablaremos mañana. —A pesar de que él la conmovió hasta la médula, por la forma en que la trató en cuanto bajó del taxi. Ella también debía mostrar un poco de orgullo, porque lo que le hizo James esa madrugada, había sido humillante. No solo por aceptar que esa mujer se quedara en la mesa con ellos, sino por haberle pedido que se fuera a la mierda y la dejara en medio del pub, golpeada y expuesta a la mirada de todos—. Necesito tiempo.

—James, vamos. —Ray sujetó a su primo por el brazo—. Ya tendrán tiempo para hablar… No creo que ahora sea el momento adecuado.

James se zafó del agarre de su primo y se acercó a Lauren, volvió a acunarle las mejillas y se acercó a su oído derecho.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —suplicó su pregunta—. Sé que la cagué, sé que te hice daño…

—James, luego lo hablamos —susurró. Temía porque sentía que su fortaleza empezaba a flaquear, puso sus manos sobre las de él.

—No vayas a dejarme, Lauren… No vayas a dejarme, por favor —musitó con voz temblorosa—. Te necesito.

—Yo también te necesito, pero tenemos que hablar… Mañana, ¿sí? —Se apartó de nuevo.

—Está bien. —Le dio un suave beso en los labios, para no lastimarla, pero le dolió mucho que ella no le correspondiera. Inevitablemente, empezó a sentir miedo.

Lauren entró al edificio en compañía de sus amigas, subieron las escaleras en silencio; ellas comprendían que de momento no quería hablar, pero estaban bastante preocupadas por el golpe que tenía en la cara; era evidente que James no les contó todo lo que pasó esa madrugada en el Pub.



CAPÍTULO 67

Esa noche Lauren, Sadie y Telma, decidieron hacer una pijamada, para poder conversar sobre lo que había sucedido el sábado durante el concierto y el domingo por la madrugada en el pub.

Sadie y Telma estaban sentadas sobre la cama de Telma con las piernas cruzadas, tenían a Lauren sentada en la suya, en la misma posición. Mientras relataba todo lo sucedido, se tronó una y otra vez los dedos y pasó por muchos estados emocionales. Terminó la primera parte de la historia, cuando James la dejó en medio del pub, con la nariz y la boca sangrando. Al ver los gestos de sus amigas, debió contenerse con todas sus fuerzas para no retractarse, pues ya no

tendría sentido. No le quedó más que justificar ciertas acciones para que todo no pareciera tan terrible.

—Fue un accidente, el pub estaba oscuro, había mucha gente y Brendan lo provocó.

—Pero eso qué tiene que ver con qué James te lastimara —comentó Sadie con una clara mueca de lástima.

—No fue su intención, yo no debí intentar sujetarlo en una situación como esa.

—Bueno, supongamos que no fue su intención golpearte, pero dejarte ahí, sin preocuparse por lo que te había hecho… —interfirió Telma más intrépida—. Perdóname, Lauren, pero eso no es una buena señal. Por muy molesto que estuviera, no se justifica.

—No lo estoy justificando, solo digo que en parte también tengo la culpa, propicié todo eso por mis celos...

—¡Celos completamente racionales! —Exclamó Sadie—. Si tanto quería hacer un espectáculo distinto, pudo hacerlo contigo, llevarte a ti a mitad del escenario…

—Oh, no. —Lauren negó con la cabeza—. Yo no lo hubiera hecho, estar delante de tanta gente me haría entrar en pánico.

—Pero no hablamos de cuál hubiese sido tu reacción, sino de lo que James debió hacer… Amiga, la verdad, me parece muy humillante que hiciera eso. —Telma no pudo ocultar lo que en verdad pensaba.

—No es para tanto. —Lauren soltó una risita nerviosa y con la mirada esquiva. En el fondo se sentía tonta, no sabía por qué defendía a James, si también pensó que sufrió una terrible humillación—. Él me prometió que no volvería a subir a ninguna chica al escenario.

—¿Y le crees? —Sadie alzó una ceja con suspicacia.

—Pareció muy sincero, quiero creer en él.

—Sí, es evidente que le tienes una fe ciega —masculló Telma.

—Chicas, ustedes saben que James no es un mal hombre… Llevamos casi nueve meses de novios, no puedo simplemente renunciar a él ni a lo que siento solo porque se equivocó por primera vez, solo es un pequeño error.

—Tu error es minimizar toda esta situación... No es la primera vez que se equivoca, llevan meses discutiendo —le recordó Telma.

—Pero las discusiones anteriores no tienen que ver con lo que pasó el sábado, una cosa es que, debido a toda la presión, él tenga que acceder a ciertas drogas y otra es que se trate de otras mujeres.

—Para mí, ambas son muy cuestionables… —masculló Sadie, mirando a Telma, pudo darse cuenta de que ella pensaba lo mismo.

—Las drogas son temporales, las dejará una vez tenga menos compromisos que atender.

—¿Y sabes cuando pasará eso? —Telma se volvió a preguntarle a Sadie. Estaban siendo satíricas, pero quizá de esa manera podrían hacer entender a Lauren.

—Nunca, porque siempre tendrá algún pendiente, por mínimo que sea… Es la excusa perfecta para seguir enganchado a eso. —Sadie miró a Lauren—. Y durante la gira va a empeorar. Yo que te lo digo.

—Entiendo que James tiene sus defectos —dijo algo desmoralizada—. Pero le amo, no puedo dejar de hacerlo, yo también tengo mis defectos; sin embargo, él no me juzga y me quiere a pesar de ellos.

—¡Lauren, por Dios! —se exasperó Telma—. No puedes comparar tus defectos con los de él… Los tuyos no lastiman ni perjudican a nadie más que a ti misma.

Lauren se llevó las manos a la cara y se echó a llorar. Porque se sentía acorralada por sus

amigas; al parecer, ellas no podían comprender lo mucho que amaba a James. Pensaban exactamente igual que Brendan, aunque sus comentarios fueran menos viscerales. Lo que más le frustraba era que ella no podía ver en James el monstro que los demás veían.

Tal vez, era que no lo conocían, solo se dejaban llevar por la imagen del roquero rebelde y mujeriego que traían a cuesta por culpa de los antecesores. Pero ella sabía que él era bueno, era cariñoso, comprensivo, buen amante y amigo.

—Ay, amiga. —Sadie se mudó a la cama de Lauren y la abrazó—. Lo siento, sabemos que amas a James, eso lo sabemos… No te estamos aconsejando que termines con él, solo que tengas cuidado y estés más alerta a esas señales que nos dicen cuando las cosas no van bien… —hablaba mientras le acariciaba el pelo—. Sé que puedes identificarlas, así que no ignores tu instinto.

—Es que le quiero, le quiero mucho… —hipó en medio del llanto—. James es de las cosas más bonitas que me ha pasado en la vida… y han sido tan pocas las cosas buenas que he vivido que no quiero renunciar a él.

—Lo sé, tontita. —Sadie sonrió con ternura y volvió a abrazarla. Miró por encima del hombro de Lauren cómo Telma le hacía señas de desaprobación, sin duda estaba molesta, porque ella sí quería que dejara a James cuanto antes—. Bueno, y cuéntame, ¿dónde estuviste el domingo y lunes? La verdad, no creo que haya sido en un hotel, porque no tenías dinero ni documentación —preguntó, acunándole el rostro, mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares y le regalaba una sonrisa de consuelo.

—Con Brendan. —A sus amigas no podía mentirles, aunque tenía claro que no les diría que él pensaba exactamente igual que ellas sobre James.

—¿Tu primo el que no soportas y que él tampoco te tolera? ¿El que abrió las puertas del infierno? —Se mostró bastante sorprendida.

—Sí —reafirmó con un movimiento de cabeza—. Pero fue por una situación extrema. Es que cuando salí del pub, no había taxis, así que decidí caminar hasta una calle más transitada, pero en el camino, unos hombres en un auto empezaron a acosarme…

—¡Por Dios! —exclamó Telma—. Imagino que te asustaste.

—Como nunca. Jamás imaginé que ver a Brendan me daría tanto alivio, me pidió que subiera a su coche. Debido al miedo, no lo dudé. Le pedí que me trajera a la residencia, pero me hizo ver que no estaba en la mejor condición para venir aquí. Terminó llevándome a su apartamento, que no sabía que tenía.

—Entonces no se odian lo suficiente, porque para convivir dos días, por lo menos se hubiesen matado.

—Los pasé prácticamente encerrada en la habitación de invitados.

—Bueno, tendrás que pensar lo que le dirás a James, porque me di cuenta de que él tampoco se creyó el cuento del hotel, sabe que estabas sin tu cartera.

—Aunque —intervino Telma—. Ni siquiera tiene derecho a reclamarte absolutamente nada. Mas bien, debería estar avergonzado.

—Es cierto, debería. —Sadie asintió—. Parece que te dolió mucho —dijo mirándole el hematoma.

—Sí, bueno, al momento no sentí tanto dolor, creo que fue por la adrenalina, primero temí mucho por James, ya que Brendan es más alto y fornido… Juega rugby, ya sabes es la contextura de los jugadores —explicó, y enseguida Sadie suspiró de pura ilusión—. Pero cuando se acercaron los demás chicos en defensa de James, supe inmediatamente que Brendan tendría las de perder, por muy fuerte que sea, no iba a ser justa una pelea de cuatro contra uno; sin embargo,

la seguridad del pub reaccionó a tiempo y lo sacó.

—Imagino, habría sido una carnicería… Nunca nos has hablado de Brendan, más allá del odio que se tienen, ¿es guapo?

—¡Sadie!

—Ay, por favor, tu odio no puede eliminar tu buen juicio. ¿Es guapo? ¿No te parece buena idea que me lo presentes? Quizá podríamos terminar siendo primas políticas.

Telma rio a pesar de estar todavía molesta, porque la idea de esa conversación era meterle a Lauren entre ceja y ceja que debía terminar con James, pero no lo consiguieron, sobre todo, por Sadie que se ablandó al verla llorar.

—Sí, es guapo, eso puedo admitirlo —comentó Lauren entre risas, le gustaba que sus amigas siempre tuvieran el poder de hacerla sentir mejor.

—¿Cómo es?

—Físicamente, porque en su forma de ser es lo peor que vayas a conocer en tu vida… Pero físicamente, es de cabello rubio oscuro y tiene unos ojos verdes muy bonitos, que siempre brillan, no sé… es como si tuvieran algo que los hace destellar; aunque es muy probable que solo brillen de ira cuando me mira a mí… —Lauren se interrumpió con una risita.

—¿Y por qué te odia? —curioseó Telma.

—No lo sé, nunca, desde que lo conocí me trató bien… Es como si no soportara mi presencia, ni siquiera se dio tiempo a conocerme, para saber si mi personalidad era de su agrado. Lo primero que obtuve de él fue su rechazo… Ahora que lo pienso, es como si ya me odiara antes de conocerme.

—¿Cómo era con tu papá? ¿Parecían cercanos? —preguntó Sadie.

—La verdad, no mucho… creo que lo normal, ¿por qué lo dices?

—Pienso que quizá estaba celoso porque te adoptaron… Después de todo, era el sobrino mayor, debieron ser cercanos. Tu tía es mayor que tu papá, ¿cierto?

—Sí, por tres años.

—Coincido con la teoría de Sadie, más que odio, creo que sentía o siente celos de ti, porque le robaste el amor de su tío… Es normal que sientan celos, mi mamá me dijo muchas veces que mi hermano sentía celos y que intentó deshacerse de mí como cinco veces…

Lauren y Telma soltaron sendas carcajadas.

—¡¿En serio?! —preguntó Lauren.

—Sí, me dijo que estaba muy molesto porque mi papá y ella solo estaban pendiente de mí… Que una vez intentó ahogarme con una almohada; en otra oportunidad, me cargó y me entregó al señor de la leche para que me llevara, porque ya mis papás no me querían… y que eso no pasó solo cuando yo estaba bebé, sino que una vez cuando tenía como seis años, fuimos a la tienda y me dejó ahí, porque no sabía irme sola a casa.

—Pero ahora son muy unidos. No creo que algún día pueda serlo con Brendan. Si es que su odio hacia mí es infundado por tontos celos.

—Sí, lo somos, y el muy maldito no me ha pedido perdón ni una vez.

Todas volvieron a reír, hasta que les dolió la panza y Lauren tuvo que correr al baño, para no orinarse encima. Cuando regresó del baño, se dio cuenta de que sus amigas estaban cuchicheando, pero en cuanto la vieron dejaron de hacerlo y le sonrieron.

No era tonta, sabía que hablaban de ella. Si bien, Sadie parecía entender lo que ella sentía por James y que él merecía otra oportunidad; Telma no, ya que desde que empezó a contarle sobre las discusiones que tenía con su novio, comenzó a sentir rechazo hacia él. Aunque siempre que les tocaba compartir, era políticamente correcta.

—¡Ay, es demasiado tarde! —Sadie se sobresaltó—. Si me quedo un minuto más, no podré levantarme mañana para ir a clases. —Bajó de la cama de Lauren y le dio un beso en la mejilla a Telma—. Nos vemos mañana, cariño.

—Hasta mañana, descansa.

Sadie caminó hasta Lauren, le dio un fuerte abrazo y luego le dio un beso en la mejilla.

—No te vayas sin mí —le pidió.

—Tocaré a tu puerta, duerme bien —deseó Lauren.

—Tú también, espero que eso amanezca mejor —dijo señalándole el moratón.

—También lo espero, es incómodo que todos me miren. —Frunció las cejas. Ya que esa mañana atrajo más miradas de las que hubiese deseado y muchos llegaron a preguntarle. A todos les dijo que había sido un accidente, porque no era fácil decir que su novio la golpeó sin querer; sabía que nadie iba a creerle.

Sadie salió de la habitación, entonces Telma se acostó, Lauren también lo hizo y apagó la luz del velador. En medio de la oscuridad se quedó mirando al techo por varios minutos.

—Telma —susurró—. Muchas gracias, por todo, por tomarte el tiempo para escucharme… —Se quedó en silencio porque supuso que ya estaba dormida.

—De nada, Lauren. Eres mi amiga, te quiero y no me gusta verte sufrir. No me molesta escucharte, pero sí me gustaría que le dieras más valor o que por lo menos pienses en lo que te digo.

—Lo hago, siempre pienso en lo que me dices, siempre esta tu voz en mi cabeza como si se tratara de mi propia conciencia.

—Entonces, préstale más atención y empieza a actuar.

—La verdad, no puedo… no puedo, quizá soy demasiado codependiente.

—No hay nada de malo en serlo, siempre y cuando lo seas de la persona correcta.

—Sé que lo de James es temporal, ha sido muy bueno conmigo, ojalá pudieras verlo con los ojos que yo lo veo.

—No creo que eso sea posible, tú no puedes verlo, tienes una venda cubriéndote los ojos… Entiendo que no puedes dejar de sentir amor por una persona de un día para otro. Lo entiendo, solo espero que no sea demasiado tarde cuando por fin logres verlo. Hasta mañana. —Se volvió en la cama, dándole la espalda a Lauren.

—Hasta mañana —musitó, con un nudo de lágrimas haciendo presión en su garganta.

Cuando Lauren salió del campus se encontró a James, en el mismo lugar donde tenía la costumbre de esperarla, pero esta vez estaba en el coche que recién había comprado la semana pasada. Fue con él al concesionario, terminó decidiéndose por el color y modelo que a ella más le gustaron. Eran ese tipo de gestos, que le reafirmaban que ella era importante para él, ya que solía tomarla en cuenta en muchas de sus decisiones, pero lamentablemente algunas personas no podían darse cuenta.

Bajó en cuanto la vio, a ella se le alteraron los latidos y el estómago se le llenó de mariposas; aún despertaba esas emociones cada vez que lo veía; sin embargo, apeló a su orgullo y cuando fue a darle un beso en los labios, lo esquivó y terminó dándoselo en la mejilla.

—Aún sigues molesta —masculló, un tanto irritado por el evidente rechazo.

—Todavía me duele —dijo muy seria.

—Lo siento, no quise lastimarte.

—Sé que no fue intencional, aunque no darle importancia después sí que lo fue.

—Estaba fuera de mis cabales…

—Hola —intervino una chica que estaba en compañía de otras dos—. Disculpa, eres James

de Sweet Poison, ¿verdad? —La emoción le hacía vibrar la voz.

—Hola, sí —respondió él, enseguida cambió el semblante a uno más seductor. Ese era su papel, ganarse a las fanáticas—. ¿Quieres un autógrafo?

—Sí, sí, por favor… —chilló emocionada y enseguida empezó a buscar en su mochila un marcador.

—¿Me das uno a mí también? —dijo otra con los nervios palpables.

—¿Y a mí? —También se sumó la compañera.

—Por supuesto, ¿dónde te firmó? —preguntó, cuando recibió el marcador.

—Aquí, por favor. —Le extendió el brazo, para que le dejara el autógrafo en el antebrazo.

Lauren se quedó a su lado, pero dándole el espacio suficiente para que atendiera a las chicas, ese tipo de intromisión no le molestaba, podría lidiar perfectamente con esos momentos; siempre y cuando, ellas tuvieran el sentido común de respetarle la cara, porque más de una, había intentado besarlo en la boca, sin importarle que ella estuviese a su lado.

—Gracias —chilló emocionada.

—¿Han ido a alguno de los conciertos? —preguntó James, solo por ser más cercano a ellas y mostrarle interés.

—Sí, fuimos al del sábado, estuvo buenísimo —dijo a la que acababa de firmarle.

—A mí me encantó el momento en que subiste a la chica al escenario, y le cantaste *Sweet and Innocent*… —comentó, la que le entregó un cuaderno para que le firmara—. Me hace ilusión pensar que en el próximo concierto pudiera ser yo.

—Yo tengo entradas para el del próximo sábado, llevaré un cartel pidiéndote que me subas —dijo la otra.

—Lo tendré en cuenta —sonrió James.

Para Lauren, eso fue como un golpe en la boca del estómago que la dejó sin aliento, pero que también hizo que se le subiera la bilis a la garganta. Les había gustado y estaba segura de que James apelaría a eso, para demostrarle que ese tipo de cosas podría atraer a más público.

—¡Por favor! —suplicó—. Es mi canción favorita.

—También es la de mi novia —dijo echándole un vistazo a Lauren y le sonrió.

—¿Eres su novia? Oh, eres muy afortunada. —La chica lo dijo con una mezcla de decepción y envidia.

—Lo soy. —Lauren también le sonrió, aunque algo forzada, porque pudo sentir cómo las miradas de ellas, casi se convirtieron en puñales—. Aunque él es más afortunado de tenerme a su lado.

—Sí, eso debo reconocerlo. —James, le entregó el marcador a la última chica que le firmó y retrocedió un paso, para abrazar a Lauren por la cintura—. Adiós, fue un placer… Las espero el sábado —se despidió con un ademán.

—Adiós… Eres tan guapo —suspiró una de ellas.

James y Lauren se volvieron hacia el Ferrari modelo 328, del color Prugna Metallic, que era un tono borgoña, lo que lo hacía bastante exclusivo. Él abrió la puerta para ella y luego bordeó el coche para subir.

—No es bonita, y él es tan apuesto...



CAPÍTULO 68

Lauren pudo escuchar a las chicas despotricando contra ella, le fue imposible no mirar por el retrovisor, solo para darse cuenta de que estaban reunidas mirando hacia el auto. Se hundió un poco más en el asiento, sintiéndose insegura, quiso quitarles peso a las opiniones de esas chicas al pensar que solo se trataba de pura envidia; después de todo, muchas morían por ser la novia de James MacLeod, vocalista de la banda de rock del momento, pero las palabras le taladraban en la cabeza haciéndola sentir, por primera vez, una mujer horrible que no merecía al hombre a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó él, antes de poner en marcha el Ferrari.

—Sí —asintió.

—¿Quieres ir a algún lugar en particular o prefieres que conversemos en privado en nuestra habitación? —preguntó, al tiempo que le ponía una mano en el muslo.

—En privado —respondió, porque la verdad, no iba a soportar que fuera asediado por más chicas, que en cuanto dieran la espalda empezaran a hacer juicios de su físico y terminaran destruyendo un poco más su autoestima.

Quería desconectar, que su cerebro se enfocara en otra cosa, pero rápidamente se dio cuenta de que era en vano. Supuso que James no las escuchó, porque no hizo ningún comentario al respecto.

—Bien, vamos a casa… En la nevera te espera un litro de tu helado favorito.

—Caramelo salado —sonrió ligeramente. Eran esos pequeños gestos de él, los que la enamoraban siempre un poco más.

—Por supuesto. —Sonrió, le tomó la mano y le dio un beso en la palma.

Lauren lo miró, embelesada con su perfecto perfil, James era hermoso, eso era algo que ella ni nadie podría negar, además poseía un magnetismo y carisma únicos. De alguna manera, tenía que convencerse de que él y ella estaban en igualdad de condiciones; si no, eso no iba a funcionar.

—James… —Lauren puso su mano sobre la de él, que volvió a dejarla en su muslo—. Hace un rato no te respondí de buen modo, y no estoy segura de que lo merecieras. Pero no me arrepiento. Porque sé que tenía motivos… Me dolió mucho que me pidieras que me fuera, sé que mi comportamiento no fue el más apropiado, estaba celosa. Aun así, nada justifica tu falta de compasión.

—Lo siento, muñeca. Sé que fui un miserable contigo, pero estaba molesto, ebrio y un poco drogado… Te juro que jamás volverá a pasar.

Lauren apretó su mano en torno a la de James y él correspondió acariciándole los dedos con el pulgar.

«Vamos a estar bien», Lauren se consoló en pensamientos y sonrió.

James no metió el coche al patio frontal de la casa, sino que lo dejó en la acera; cuando bajaron, le cogió la mano y la llevó directo a la cocina.

—¿Y los chicos? —preguntó Lauren, viendo cómo él sacaba de la alacena un par de copas de helados.

—No sé, esta mañana nos reunimos con Joyce, para hablar sobre el concierto del sábado, también nos dijo que partimos el miércoles con la gira.

—¿No era el jueves? —Frunció el ceño. Suponía que podría pasar con él un día más.

—Lo era, pero quiere que descansemos un día, antes de la rueda de prensa y las entrevistas que tendremos el viernes —explicaba al tiempo que sacaba de la nevera el litro de helado—. Personalmente me parece innecesario, porque son pocas horas de viaje, pero ellos son los que organizan el tiempo… En este punto me siento un puto títere… ¿Una o dos? —preguntó, haciendo la bola de helado.

—Una. —No quería abusar con algunos alimentos, porque a James le gustaba mucho la comida bastante procesada y ella no se negaba cada vez que le pedía salir a comer; en consecuencia, tenía unas cinco libras de más.

Él se sirvió dos.

—¿Quieres subir a la habitación o salir al jardín?

—Ya que parece que los chicos no están en casa, prefiero el jardín.

Con copas de helado decidieron aprovechar el lindo día que estaba haciendo.

—No, cuando terminamos la reunión cada uno tomó rumbo distinto. Pensé que quizá ya habrían llegado, pero todo está demasiado silencioso.

—Tal vez, están aprovechando la última semana en la ciudad… —dijo mientras se sentaba en una de las tumbonas—. ¿Les informaron sobre la venta de la boletería en Dorchester? —Miró cómo hundía la cucharilla en el helado.

—Va bastante bien y en Plymouth, ya se agotaron.

—¡Es fantástico!

—Sé que ya te lo he preguntado, pero quiero hacerlo una vez más. ¿Puedes venir conmigo a la gira? —James estaba sentado en otra tumbona, frente a Lauren, por lo que sus rodillas se tocaban.

—Sabes que me gustaría, pero aún no termino clases… y cuando termine, debó ir a Birmingham, se lo prometí al padre Francis. —Rechazar la invitación de James, era lo más difícil que había tenido que hacer, porque no deseaba nada más que poder embarcarse en esa aventura con él.

—Puede que coincidamos en Birmingham.

—Sí, ahí podremos vernos. —Sonrió, comió un poco de helado y le supo a gloria.

Él también se comió un par de cucharadas de helado.

—¿Aún sigues molesta conmigo?

—Un poco.

—No quiero irme y que sigas resentida.

—Depende de tu comportamiento en los próximos días.

James dejó la copa de helado sobre la mesita que estaba entre las dos tumbonas, le quitó la de Lauren y la puso al lado de la suya, entonces le sujetó las manos.

Lauren sentía que perdía su pobre corazón en la mirada de James, cada vez que la veía de esa forma, tan atenta, tan intensa y única que la hacía sentir como si ella fuera el centro del universo para él. Ahí, en ese momento, no existía nada más que ellos, era como si el mundo se detuviera para que pudieran amarse.

—Cariño, te he hecho daño. Joder, si lo he hecho. —Le apretó un poco más las manos, mientras le acariciaba los nudillos con los pulgares y le miraba directo a los ojos, en la entrega más fehaciente de su corazón—. Pero eso no quiere decir que no te ame con todo lo que soy… Sin embargo, amarte no me hace perfecto.

—Lo sé. —Lauren musitó.

—Amarnos, no debe limitarse únicamente a pasar buenos ratos y a tener buen sexo; amarnos, también debe ser, saber perdonarnos, es saber ser pacientes, es tenernos confianza y fe… es tener tropiezos, pero tenernos el uno al otro para poder levantarnos y seguir adelante.

—Sí, sé que el amar a alguien debe ser más allá de compartir solo los buenos momentos. Pero si voy a poner mi fe en ti, debes ser merecedor de ella, porque eso es algo sagrado, para mí la fe tiene mucha importancia. No te pido que me pongas a mí por encima de todo, porque tienes otras cosas significativas en tu vida, pero el respeto a nuestra relación sí debe estar por encima de cualquier cosa.

—Lo que tenemos es lo más importante que he tenido en mi vida. Debes creerme cuando te lo digo. —Le besó las manos.

—Te creo. —Asintió, vulnerable ante las emociones que él le despertaba.

—Estuve muy preocupado por ti… No vuelvas a desaparecer de esa forma.

—No lo haré. —Negó con la cabeza—. Pero te prometo que estaba segura.

—Entiendo que no deseabas comunicarte conmigo, pero debiste hacerlo con tus amigas.

—Fue desconsiderado de mi parte, eso lo sé.

—¿Te entregaron la cartera? Aun no entiendo cómo pudiste quedarte en un hotel sino tenías dinero.

Ya Telma y Sadie la habían puesto sobre aviso; aun así, esperaba que James no tocara el tema. Siempre había sido un poco como el avestruz, dispuesta a enterrar la cabeza en la arena con tal de evitar lo que no quería enfrentar y ese era uno de esos momentos. Odiaba tener que mentir, pero no tenía otra opción.

—Me ayudó el señor Thompson, su número es uno de los pocos que me sé de memoria.

—¿El señor Thompson? —preguntó, irresoluto.

—Sí, Benedict Thompson, es el abogado de mi papá. —Se aventuró a mirarlo a los ojos. Solo esperaba que no descubriera en ellos la mentira.

—¿El que controla tu herencia?

—Sí. —Lauren asintió.

—¿Y fue hasta el hotel?

—¿Por qué tantas preguntas? Ya te dije que él me ayudó —Como empezó a ponerse nerviosa, se soltó del agarre.

—Solo quiero saber, ¿qué hay de malo en eso? —Como ella apartó las manos, él le puso las suyas sobre las rodillas.

—Es que siento que me estás interrogando y no he cometido ningún delito, pero para saciar tu malicia, te digo que no, no fue al hotel. Solo lo puse al teléfono y él se encargó del resto.

—Está bien, pajarito, lo siento. —Pasó sus manos por detrás de las rodillas y tiró hacia adelante para acercarla más a él—. Discúlpame, ¿sí?

—Por esta vez —condicionó con la voz rota por los nervios que despertaba James, mientras le acariciaba la parte interna de los muslos y seguía subiendo, haciendo que su cuerpo se llenara de pequeños escalofríos.

—Quiero hacerte una invitación —susurró provocador, al tiempo que los dedos de su mano derecha se escabullían entre la tela de mezclilla deshilachada de los pantalones cortos y el musculo aductor. Con su mirada le decía que deseaba ir a por más, por lo que con las yemas rozó el borde de la ropa interior.

—¿Cuál? —preguntó con un pequeño gemido, el cuerpo en tensión y los latidos haciéndose más intenso con cada roce.

—A mi casa, quiero presentarte a mi madre y hermanos.

—¡¿Qué? ¿En serio?! —La dicha estalló en su pecho, pero también vino acompañada de un gran temor y muchas dudas.

Quería conocer a la familia de James, eso era un hecho. Pero no sabía si iba a ser aceptada. Aunque él no les diera mucha importancia a las opiniones de su madre, iba a ser mucho más fácil si ellos pensaban que era la indicada para él.

—Quiero que sepas que serás la primera y deseo con toda mi alma que puedas ser también la única. —Con las yemas de los dedos, acariciaba con delicadeza los labios por encima de la ropa interior—. ¿Quieres o no?

—Claro que quiero… Sé que moriré de nervios, pero por supuesto que quiero conocer a tu familia. —La voz le vibraba por la emoción y la excitación.

—¿En verdad, seré la primera? —Ocultar su felicidad no era una opción, porque en casi nueve meses de noviazgo, por fin, James tomaba una decisión tan importante como lo era involucrarla en su entorno más personal.

James hizo un gesto afirmativo con la cabeza y compartió un jadeo con ella cuando dos de

sus dedos se deslizaron dentro de la vagina, húmeda, caliente, estrecha. Mientras con el pulgar tanteaba el clítoris. En un instinto primitivo, Lauren separó más las piernas y se aferró con fuerza a los bordes de la tumbona, mientras mantenía los labios separados para poder llevar oxígeno a sus pulmones.

—¿Cuándo? —preguntó ansiosa.

—El próximo domingo —prometió, con sus dedos bombeando lentamente dentro de su chica.

Lauren chilló en una mezcla de emoción y éxtasis.

—¿Tengo que vestir más normal?

—¿Normal?

—Colores pasteles, pantalones largos o faldas…

—No, de ninguna manera, quiero que mi madre conozca tal cual a la mujer que amo, no tengo intención de guardar ante ella las apariencias. Me conoce, sabe que tú eres todo lo que está bien para mí.

Lauren sonrió y luego se mordió el labio, sacudida por una ola de placer. Por un minuto dejaron de hablar, solo se quedaron mirándose a los ojos, mientras James se dedicaba a la tarea de llevarla al borde del orgasmo. Justo antes de que pudiera correrse, le sacó los dedos.

La frustración cobró vida por pocos segundos, ya que, fue demasiado intenso el placer que le provocó ver cómo James se chupaba los dedos que acababa de retirar de su tembloroso cuerpo; luego, se los llevó a la boca de ella, no dudó en recibirlos, sintiéndolos húmedos de su saliva y ásperos, se los llevó casi hasta la garganta, provocándole una arcada.

—Eso, sí, así —murmuró con las pupilas fijas en cómo le introducía los dedos en la boca—. Déjalos bien mojados. —Después los sacó y volvió a penetrarla.

Lauren enseguida los atrapó entre las succiones de sus paredes vaginales, que se contraían ansiando el orgasmo. James no se detuvo en sus embestidas, hasta que ella se desmadejó temblorosa, sudorosa y sonriente.

Ella aún no recobraba el aliento ni mucho menos se le habían ralentizado los latidos cuando, James se levantó, la cargó y se la puso sobre el hombro.

—¡¿Qué haces?! —soltó un gritito entre risas, mientras tenía el mundo de cabeza.

—¿Qué crees que hago? —preguntó él, con un tono divertido, pero también cargado de lujuria.

La llevó a la habitación, se desnudaron rápidamente y tuvieron sexo con intensidad, lo hicieron por varios minutos, descansaron otros tantos y una vez que estuvieron listo volvieron a hacerlo. Luego se ducharon juntos, bajaron a la cocina, sacaron de la nevera comida ya preparada y la calentaron en el horno. Tommy llegó bastante ebrio, cuando ellos cenaban en el sofá del salón mientras veían televisión. No se quedó mucho tiempo, solo saludó y se largó a su habitación.

No habían hecho muy bien la digestión cuando volvieron a tener sexo en el sofá; al principio, Lauren no quería hacerlo ahí, temía que Billie o Ray llegaran y se los encontraran en semejante situación, pero James con besos, caricias y avances, terminó destruyendo sus defensas. Por suerte, nadie llegó a interrumpir.

Sin duda, esa había sido la mejor y más intensa reconciliación que habían tenido, se entregaron con más ansias, con más intensidad, el sexo fue más brusco y placentero. Que Lauren pretendiera que no le había gustado, incluso, la rudeza al tirarle de los cabellos o sujetarla por el cuello hasta casi dejarla sin aliento, habría sido la más grande falacia, porque gracias a eso, estalló en una ráfaga de pequeños y sucesivos orgasmos, que la llevaron a uno más intenso que

hicieron que terminara llorando de goce.

A medianoche la llevó a la residencia, aun así, se besaron por largo rato dentro del auto e hicieron planes para verse al día siguiente, antes de que ella decidiera entrar al edificio.

Cuando llegó a la habitación solo estaba encendida la luz del velador junto a su cama. Ya Telma debía estar dormida, por lo que trató de hacer el menor ruido posible, buscó su pijama debajo de la almohada y se fue al baño para cambiarse y cepillarse los dientes. Con mucho cuidado se metió bajo las delgadas sábanas de verano.

—Al parecer, hubo reconciliación —comentó Telma.

—Ay, pensé que estabas dormida —dijo Lauren sonriente—. Sí, no solo nos reconciliamos, sino que James me llevará el domingo a conocer a su madre.

—¡Vaya! Imagino que eso te sorprendió. —Ironizó Telma, porque bien sabía que no se trataba más que una táctica de manipulación para seguir manteniendo a Lauren comiendo de la palma de su mano.

—Sí, la verdad, no me lo esperaba, porque es muy reservado con el tema familiar.

—Bueno, estoy segura de que serás del agrado de tu suegra. Porque eres una gran chica. —Quiso decirle que demasiado buena para el hijo, que verdaderamente no la merecía, pero prefirió no hacerlo porque de nada valía seguir malgastando palabras en oídos sordos y porque al final del cuento, terminaría siendo ella la mala.

—Eso espero, no te niego que me pone muy nerviosa. —La ilusión era palpable en la voz de Lauren.

—Estarás bien… Ahora sí, voy a dormir, descansa.

—Tú también. Gracias por ser mi amiga.

Telma no dijo nada, porque en ese momento no se consideraba una buena amiga, sentía que estaba fallando en el momento que Lauren más la necesitaba, porque no encontraba la forma de convencerla de que se alejara de James, no había forma de hacerle entender, que sin él iba a estar mucho mejor.



CAPÍTULO 69

El concierto de la noche anterior había sido extraordinario, fue la última presentación en Londres, por el momento; ya que, en cuatro días iniciarían la gira de la banda Sweet Poison por cuarenta y cinco ciudades del Reino Unido, entre las que contaban Belfast en Irlanda del Norte, Glasgow en Escocia y Cardiff en Gales.

La travesía en la que se embarcarían les llevaría casi todo el verano, porque tenían pautado terminar el primer fin de semana de septiembre y luego regresar a casa con muchas nuevas experiencias y con más ganas de seguir luchando, no iban a parar hasta conseguir internacionalizarse.

A pesar de que la fiesta después del concierto fue apoteósica por tratarse de la despedida a la banda. James y Lauren no se quedaron por mucho tiempo, a las dos de la madrugada ya estaban en la cama, porque debían estar antes de mediodía en la casa en la que creció el vocalista.

Lauren despertó debido a las caricias de James en uno de sus pechos y los cálidos besos que le repartía entre el cuello, la clavícula y el hombro. Sonrió complacida y muy rápidamente consiguió excitarla, pudo sentir la erección amenazante contra su trasero, por lo que empujó más hacia él y empezó a bajarse el pantalón corto del pijama.

James no despreció ese ofrecimiento, sin perder tiempo ni desaprovechar las ganas, se sacó el pene y la penetró desde atrás, fue rápido e intenso. Luego se ducharon juntos, se vistieron y cuando bajaron, se dieron cuenta de que Ray, siguió la fiesta en casa. Estaba desnudo tirado en el sofá, solo que sus partes íntimas estaban cubiertas por la larga y tersa pierna de una mujer que reposaba sobre su pelvis, ella también estaba como Dios la trajo al mundo, y en la alfombra había otra, también desnuda y hecha un ovillo, rodeada por varias botellas de alcohol, como Güisqui, Vodka, ginebra y cervezas, en la mesa de centro había quedado un par de rayas que evidentemente no alcanzaron a esnifar. Además de algunas pastillas de quién sabe qué tipo de sedante-hipnótico sería.

—Será mejor no despertarlos —murmuró James, apartando con la punta del pie una botella de Jack Daniels—. Desayunemos por el camino.

—Estoy de acuerdo —sonrió Lauren.

Sin duda, la celebración debió ser a lo grande, como para que Ray, no pudiera llegar a su habitación. No era primera vez que llevaba mujeres a la casa, pero jamás terminaron en la sala.

Salieron por la puerta principal y subieron al Ferrari, normalmente James lo dejaba en el patio frontal junto a la moto de Tommy y el Audi de Billie, ya que ellos le habían dado al garaje otra función que la de guardar los coches. En pocos minutos llegaron a una panadería francesa, en la que pidieron *croissants*, *pain au chocolat*, jugo de naranja, capuchino y chocolate. Se sentaron en la terraza que tenía mesas y sillas de ratán con mantelería a cuadros blanco y rojo.

Mientras Lauren hundía un pedazo de *croissants* en el chocolate, no podía sacarse de la cabeza eso que desde la noche anterior la tenía algo preocupada, porque bien sabía que se trataba de un arma doble filo para ella, pero no quería que la popularidad del grupo disminuyera por culpa de sus temores.

—Mi amor —empezó la conversación, tratando de ser cautelosa. Enseguida James levantó su mirada hacia ella—. Sé que te pedí que no subieras a ninguna chica al escenario…

—Y lo cumplí —se apresuró a intervenir—, porque quiero demostrarte que me importas más que cualquier cosa.

—Lo sé, pero no sé si eso sea bueno para los conciertos; es decir, vi varios carteles de chicas pidiendo que le dedicaras la canción…

—Una docena, por lo menos, preferí no contarlos.

—Eran dieciocho, yo sí los conté —sonrió, aunque estaba preocupada, se llevó a la boca el pan humedecido—. Pude ver la ilusión en sus miradas a la espera de que cantaras la canción, pero cuando lo hiciste y no elegiste a ninguna, también me di cuenta de que estaban muy decepcionadas…

—Lo sé, no debí nunca darle el privilegio a ninguna de estar en el escenario.

—Pero lo hiciste —interrumpió Lauren—, eso ya no se puede cambiar. Y no creo conveniente que no vuelvas a hacerlo…

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mientras dejaba la taza de capuchino sobre el plato.

—Digo que, aunque muera de celos, tienes que volver a elegir a una chica del público y cantarle *Sweet and Innocent*…

—Muñeca, no tienes que sentir celos, porque no me importa otra mujer. —Estiró la mano y sujetó la de ella—. Pero agradezco que me concedas el permiso, sé que eso anima al público.

—Solo no vayas a elegir a la más bonita. —Hizo un puchero.

James se rio.

—Puedo dejarlas a tu elección —respondió, tratando de restarle importancia a los temores de Lauren.

—Quisiera, pero no estaré en la gira.

—Voy a extrañarte todos los putos días… No sé cómo voy a hacer para no enloquecer sin ti a mi lado. —Se inclinó hacia adelante y le besó el dorso.

—No vayas a hacer locuras… Por lo que más quieras, no me seas infiel. Por ahora te tengo confianza y esperanza, creo que lo mereces. Solo no me rompas el corazón.

—No sería capaz, cariño. ¿Sabes por qué? —Le preguntó mientras le sujetaba el mentón.

—Quiero saberlo.

—Porque si tú sufres, yo también sufriré. Si tú ardes, arderé contigo. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios.

Lauren sonrió tranquila, creía en James, tenía fe en él. Sabía que no iba a ser fácil pasar tanto tiempo alejados, pero era algo que podían afrontar, estaba convencida de eso. Lo que iba a ser solo un desayuno, se convirtió en una conversación que se extendió por una hora, subieron al coche para seguir el camino hasta Croydon, barrio en el que vivía la madre de James, que estaba como a cuarenta minutos de camino.

—¿Podemos hacer una parada más? —pidió Lauren.

—Por supuesto, dónde quieres hacerla.

—¿Qué preferiría tu madre, vino o un *pie* de cerezas para acompañar el té? No puedo llegar sin nada en las manos.

—Una caja de cigarrillos —respondió James, en tono de broma.

—J-Rock —reprendió, pero terminó riendo—. ¿Es en serio?

—No. —Él también rio—. Aunque, tampoco despreciaría los cigarros.

—También puedo llevarle, pero…

—El *pie* de cerezas, es amante de los postres —confesó con una sonrisa coqueta.

Hicieron la parada en un supermercado, Lauren tomó un *pie* y un par de cajas de cigarrillos.

—¿Le gusta esta marca? —consultó con James.

—Sí, son sus favoritos.

Cuando ella fue a pagar, él quiso hacerlo.

—No, de ninguna manera vas a pagar, porque es un obsequio de mi parte para tu madre.

—Bien, como prefieras. Espero en algún momento tener la oportunidad de conocer a tu familia…

—¿A Harriet? No, eso nunca pasará… No serás de su agrado, es una mujer demasiado clasista, prejuiciosa…

—Podría llevarle un *pie,* pero ante le inyectamos cianuro, ¿qué te parece?

—¡James! No, jamás podría —dijo alarmada—. Es muy poco la estima que le tengo y solo gracias a la memoria de mi padre, también estoy segura de que ella no me quiere en absoluto; aun así, no le deseo ningún mal —dijo mientras pagaba.

James agarró el postre y Lauren los cigarrillos, para regresar al Ferrari.

—¿Y al padre Francis?

—Podría, aunque primero tengo que prepararlo para el impacto —soltó una corta carcajada, mientras James le acomodaba en el regazo la tarta.

—Ahora que pasarás tiempo con él durante el verano, podrías ir hablando sobre el tema —le dijo luego de bordear el coche y ocupar el asiento del conductor.

—Creo que lo haré —asintió. Decía la verdad, porque no quería que James siguiera siendo un secreto para el sacerdote; así podría quitarse de encima, la angustia de que Brendan pudiera contárselo primero.

Una vez más se incorporaron en la carretera y siguieron con el viaje, mientras conversaban y escuchaban música.

—¿Falta mucho? Es que ya me estoy poniendo nerviosa —dijo Lauren, tras varios minutos más de trayecto.

—Ya casi llegamos, y no estés nerviosa, te he dicho que mi madre es una mujer muy despreocupada, apenas le des los cigarros te amará.

Lauren soltó una risita y su mirada fue atraída por un parque de diversiones que parecía no estar funcionando.

—Ay, ¡qué bonito!

—Lo traen todos los veranos, aún no lo han terminado de armar. Creo que los únicos recuerdos bonitos que tengo de mi padre son de cuando nos traía o cuando me llevaba al parque Lloyd para cazar perdices… Es ese, que está al otro lado. —Extendió el brazo por fuera de la ventanilla para indicarle a Lauren.

—Es muy lindo, no sé por qué me hice a la idea de que vivías en el área más urbana de Croydon.

—No, estamos a las afueras, en la zona rural… Lo que lo hace más tranquilo, aunque quede más lejos de todo, pedaleaba como un loco para poder llegar a la escuela. Ese fue el principal motivo por el que odiaba ir —sonrió al rememorar las vivencias de su niñez con Lauren—. Ya casi llegamos —avisó cuando se desvió de la carretera principal para tomar un sendero y tuvo que atravesar las vías del tren.

Lauren vio que de un lado había casas adosadas y al otro lado del sendero casas unifamiliares de dos pisos. El lugar le parecía muy bonito, si bien, se notaba que eran residencias humildes, también se respiraba paz, ya que estaban rodeados por mucha naturaleza.

James detuvo el auto frente a una fachada de ladrillos rojos con ventanas de madera pintadas de blanco. Lauren enseguida pudo reconocer la cerca de madera en la que él le había dicho que se paraba la golondrina.

—Bienvenida —dijo abriendo el portón.

Lauren le sonrió a pesar de los nervios que le tenían el corazón desbocado y avanzó con el postre en las manos.

—Gracias.

James la guio por el camino de adoquines, con una mano en la espalda y subieron los tres peldaños de la entrada principal y abrió la puerta para su novia.

—¡Llegué! ¡Mamá! —le llamó desde el vestíbulo.

—James, has llegado pronto —dijo Regina, al salir de la cocina, mientras se secaba las manos en un delantal.

—Salimos un poco más temprano de casa. —Avanzó y le dio un beso a su madre en cada mejilla, luego se apartó un paso—. Te presento a mi novia —dijo haciendo un ademán, pero enseguida fue a quitarle el *pie* para que pudiera saludar como correspondía.

—Señora, es un placer, por fin poder conocerla —dijo Lauren ofreciéndole la mano.

Rápidamente se dio cuenta de que toda ella temblaba.

—Encantada de conocerte, tenía muchas ganas de verte, James me ha hablado mucho de ti —comentó al tiempo que le daba un apretón de manos—. Por favor, dime Regina —le pidió cuando le soltó la mano y entonces la abrazó.

Lauren se sonrojó y miró a James, por encima del hombro de su madre. Él se encogió de hombros y también le sonrió.

—Vengan, vamos al jardín, está más fresco.

—Oh, esto es para ti… —Lauren le señaló el postre que James sostenía y luego buscó en su cartera el par de cajas de cigarrillos—. Y esto también.

Estuvo segura de que su suegra apreciaría más los cigarrillos que el *pie*, porque pudo sentir en ella el olor a nicotina cuando la abrazó. La mujer era alta y delgada, con el cabello rubio oscuro, salpicado por algunas canas, su piel era casi traslucida y se le apreciaban algunas venas en la frente. Sin duda, James tenía bastantes rasgos característicos de su madre.

—Mis preferidos, muchas gracias. —Enseguida los guardó en el bolsillo del delantal—. Me alegra por fin conocerle una novia a James… ¿Te dijo que eres la primera que me presenta? —Aprovechó para preguntarle, ya que su hijo fue a poner la tarta en la mesa del comedor.

—Sí, eso dijo. —Lauren sonreía y caminaba al lado de Regina.

—¿Dónde están Rebecca y Jake? —James preguntó por sus hermanos, cuando las alcanzó, caminando detrás de ellas.

—Rebecca, llegará en un momento. Termina el turno en la cafetería en media hora, y Jake fue a ayudar en el parque de diversiones… No te preocupes, estarán aquí para la comida.

Regina los llevó al jardín donde había un viejo comedor de exterior de cuatro puestos, el lugar era pequeño y estaba algo saturado con algunos trastos que seguramente ya no servían para nada, pero por alguna razón preferían conservarlos. Además, tenía varias prendas de ropas colgadas en un tendedero y la hierba necesitaba ser podada.

—Enseguida les traigo limonada, es que ya se siente el verano, la humedad a veces es insoportable. Pueden ponerse cómodos. —Les ofreció las sillas.

—Regina, déjeme ayudarle. —Se ofreció Lauren.

—Está bien, gracias… Eres un encanto.

Lauren la siguió, mientras James se sentó, dándose cuenta de que el patio se veía tan descuidado como siempre, aunque pasara meses sin visitar a su madre, siempre que volvía se daba cuenta de que su hogar pareció haberse quedado detenido en el tiempo. Cuando regresaron, su madre traía una jarra y Lauren una bandeja con los vasos de cristal. Ella vestía unos vaqueros y una camiseta que llevaba por dentro, lo que hacía que su cintura se viera más pequeña por el cinturón con el que se ajustó los pantalones.

—¿Estás preparado para el miércoles? —preguntó Regina, mientras le servía limonada a su hijo.

—Sí, el miércoles por la tarde inicia la gira —anunció James, si bien, era poco lo que visitaba a su familia, se mantenía en contacto con su madre y le llamaba por lo menos una vez a la semana.

—Hermosura, ¿y tú irás? —preguntó, dirigiendo la mirada a la novia de su hijo. Le llamó, justamente como le pareció. Era una chica muy linda, con unos ojos bastante llamativos. «Inconfundibles», pensó.

—Oh, no… Es que aún me queda una semana en la universidad…

—Luego se irá a Birmingham —intervino James.

—Cierto, Jimmy me dijo que eres *brummie*.

Lauren con una discreta sonrisa se volvió a mirar a James.

—Vale, solo mi madre puede llamarme así —alegó sonriente, porque sabía que esa sonrisa de Lauren la había provocado el diminutivo con que su progenitora lo llamó.

—Ah, sí… él odia que lo llame Jimmy, pero no tiene más opción que aceptarlo, es mi hijo y puedo llamarle como se me dé la gana. —Sonreía al tiempo que le ofrecía la limonada.

James puso los ojos en blanco, entonces Lauren no pudo contener la risa. Llevaba pocos minutos de ser testigo de la relación entre madre e hijo y ya le encantaba.

—Gracias, mamá —farfulló irónico.

—¿No le tienes algún apodo cariñoso? —curioseó Regina.

—Cuando nos conocimos, me dijo que se llamaba James, los demás chicos de la banda no tienen problemas con sus diminutivos; sin embargo, tu hijo, me pidió que le llamara «James, simplemente James» —hizo una pausa debido a la carcajada que soltó su suegra—. Por un tiempo le llamé «simplemente James»

—Lo hacía solo por molestarme —alegó él.

—Ahora le llamo, J-Rock.

—¡Vaya! —exclamó Regina—. Que original y bonito… ¿Cómo fue que a mí no se me ocurrió llamarte así?

—Porque no te gustaba que perdiera el tiempo con el rock —le recordó James.

—Oh, sí. Es que dejó los estudios por el rock, ese fue el mayor problema… Porque que pasara hasta tres días sin bañarse por estar empeñado con la banda, no me preocupaba mucho, después de todo, solo él podría soportar sus propios olores.

—Bien, mamá, intenta avergonzarme todo lo que puedas delante de Lauren —rio James.

—No veo que sea algo de lo que debas avergonzarte, solo me hace admirar aún más tu tenacidad —comentó Lauren, ofreciéndole una sonrisa y la mano.

James enseguida estiró su mano para entrelazar los dedos a los de su novia. Siguieron conversando un buen rato, contando anécdotas de la adolescencia de James, sobre cómo pedalear hasta la escuela siempre fue un problema para él, pero hacer el doble del trayecto para ir hasta la casa de su hermana para ir a practicar con Ray era satisfactorio.

—¡¿Qué miembro de la realeza nos visita en ese Ferrari?! —exclamó emocionada, Rebecca, llegando al patio y corrió a saludar a su hermano mayor.

James se levantó para recibirla con un fuerte abrazo y un sonoro beso.

—Te presento a Lauren, mi novia —dijo él, estirando la mano hacia la chica a su lado.

—Es un placer —dijo Lauren, al levantarse y le ofreció la mano. No esperaba que la hermana de James fuese pelirroja. Supuso que ella debía ser la viva estampa de ese padre ausente.

—El placer es mío, imagino que ya te ha dicho mi nombre, pero por si acaso, me llamo Rebecca… —dijo dándole un cálido apretón a la mano de la chica y desvió la mirada hacia su hermano—. Por fin este hombre nos presenta a una novia.

—Estaba esperando a la indicada —respondió James—. ¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien, aunque poca afluencia, pasé gran parte de la mañana bostezando, estuve a punto de dormirme en la barra. —Se sentó junto a su hermano.

—Ah, qué casualidad, así fue como conocí a Lauren, dormida en la barra de una cafetería.

—¿También trabajas en un café? —preguntó Rebecca, desviando la mirada hacia la chica, que le parecía bastante bonita; de hecho, mucho para su hermano, pero era una opinión que prefería reservarse.

—Solo durante el verano —respondió Lauren—. Pero tenía el turno de noche, porque la

cafetería es veinticuatro horas.

Minutos después llegó Jake, tenía la ropa sucia de grasa. Era muy parecido a James, pero con el cabello un poco más claro, debía ser un tono que mezclaba el de ambos padres. Aunque solo tenía diecisiete años, era del mismo alto de su hermano mayor.

La calidez con que recibieron a Lauren hizo que los nervios en ella se esfumaran. De alguna manera, sintió un poco de envidia, al ver cómo era la familia, a pesar de que hacía falta una figura paterna, quedaba claro que la madre hizo todo lo posible por sacar a sus hijos adelante. Deseó con todo su corazón que James tuviera mucho más éxito, para que así pudiera mejorar las condiciones económicas de todos ellos.

Sí, ella estaba al tanto de que les había ayudado, a sus hermanos les obsequió bicicletas nuevas, también supo que mandó a hacer algunas reparaciones en el segundo piso de la casa y le daba dinero a su madre para que no se preocupara por llevar comida a la mesa; aun así, a la vivienda le hacían falta bastantes mejoras.

Cuando se sirvió la comida, Lauren no tuvo más que elogios para su suegra, porque todo lo que probó estuvo exquisito. Ellos no paraban de hablar, tenían muchas anécdotas para contar, por lo que en ningún momento el silencio fue motivo de tensión o incomodidad.

Luego de comer, James invitó a Lauren a dar un paseo para que conociera un poco los alrededores, la llevó al parque Lloyd, le regaló varias flores silvestres que encontraron en el camino y se sentaron en un banco desde el cual podían ver un hermoso y relajante lago. Ahí se dieron varios besos y compartieron algunas caricias.

Regresaron a la casa para la hora del té, que acompañaron con el *pie* que Lauren llevó, luego también se tomaron varios Pimm's y Regina se terminó una de las cajas de cigarrillos. Al final de la tarde, cuando decidieron que era hora de volver, la madre de James les hizo prometer que volverían a visitarla. Lauren estaba encantada, por supuesto que quería hacerle muchas visitas. Así que, le dio su palabra de que en cuanto James terminara la gira, vendrían.

Se despidieron en medio de besos en las mejillas y abrazos, luego desde el coche, mientras James ponía en marcha el motor, Lauren les dijo adiós también con la mano.



CAPÍTULO 70

Lauren sabía que ese momento llegaría, y había intentado prepararse mentalmente para que no le doliera tanto, pero lo cierto era que tenía una terrible presión en el pecho que le hacía difícil respirar y un remolino de lágrimas que no le dejaba salir palabras. Sin embargo, no iba a llorar, estaba poniendo todo su empeño para que sus emociones no la rebasaran.

—Te prometo que te llamaré todas las tardes —le dijo James, mientras le acunaba el rostro. Sus ojos también estaban cristalizados por las lágrimas contenidas; aunque estaba seguro de que no las derramaría, porque no era hombre de emociones débiles.

—Está bien, cuidaré muy bien de la casa. —Lauren le dio su palabra.

Acordaron que ella se quedaría ahí hasta que se fuera a Birmingham, así James tendría un lugar seguro a dónde poder llamarle. Ya que, su tiempo al teléfono podría verse limitado por los compromisos adquiridos en cada ciudad, y llamarla a la residencia siempre significaba varios minutos de espera.

Lauren tenía la tarea de buscar un número de teléfono al que pudiera llamarle mientras estuviera en Birmingham, porque hasta ahora, no quiso darle el de la casa parroquial. James comprendía que primero tenía que consultarlo con el sacerdote, solo esperaba que eso no significara un problema.

—Prefiero que te cuides tú. —Le dio un beso en la frente y otro en los labios, luego le miró el hombro izquierdo—. Se ve muy bien, ¿cierto? —Le acarició con las yemas de los dedos el tatuaje que se había hecho. Aún estaba un poco inflamado y enrojecido, pero sabía que en poco tiempo estaría completamente sano.

Lauren se echó un vistazo al hombro y sonrió al verse el tatuaje, era la palabra «ROCK» pero la O era una estrella.

—¡Sí, me gusta mucho! ¿Te gusta el tuyo?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! —James también se había tatuado la palabra «ROCK» pero la O era un corazón relleno con tinta roja.

La noche que regresaban de Croydon, James se detuvo frente a un estudio de tatuajes, y le propuso a Lauren que se hicieran uno que fuese significativo para ellos, uno que los uniera un poco más como pareja. Ella, quizá porque llevaba unos cuantos Pimm's encima, y a los últimos su suegra le puso más ginebra de lo normal, aceptó de inmediato. A pesar de los nervios que le provocaba saber si iba a ser muy doloroso o no, asintió decidida.

—James, es hora —le dijo Joyce, parado junto a la puerta del autobús.

Ya todos los miembros del Staff estaban dentro, al igual que los demás integrantes de la banda; ellos también se tomaron su tiempo para despedirse de Lauren.

—Sí, ya voy… —suspiró fuertemente y envolvió la cintura de Lauren con sus brazos, estrechándola con pertenencia—. Voy a extrañarte —le susurró en el oído.

—Yo también, y muchísimo… pero quiero que vayas y conquistes cada ciudad de este país. —Ella también le hablaba en el oído y lo abrazaba por el cuello—. Regresa más exitoso de lo que ya eres.

—No vemos en Birmingham, estaré contando los días.

—Contaré contigo —murmuró con la voz rota y los ojos cerrados.

James se apartó y buscó la boca de su novia, le dio un beso intenso, profundo, arrebatador… Quería que ese beso lo siguiera sintiendo durante los siguientes días y hasta que se volvieran a ver. Un beso que los dejó sin aliento a ambos.

Quisieron aprovechar todo cuanto podían, por lo que tuvieron sexo la noche anterior y esa misma mañana. Lauren decidió no ir a la universidad, para poder estar con James cada minuto de los pocos que le quedaban juntos.

James se apartó y caminó hacia el autobús, ella se tragó las lágrimas mientras le decía adiós con la mano. Él se volvió a mirarla antes de subir los escalones, le guiñó un ojo y le dejó una hermosa sonrisa.

—Adiós, Lauren. Estaremos en contacto —le dijo Joyce Oldham y luego subió detrás de James.

—Tranquila Lauren, te lo cuidaré —dijo Ray, al abrir la ventana y asomar la cabeza.

—Te lo agradezco, no permitas que me sea infiel… O le cortaré las pelotas a ambos —dijo con una sonrisa nostálgica.

—¿Pero yo sí puedo tener aventuras? ¿O también debo serte fiel?

—Tú puedes tirarte a todo lo que se mueva… James no.

—Vale, entendido. —Se podía notar la emoción en Ray, parecía un niño pequeño al que por primera vez se llevaban de viaje.

—¡Adiós, Lauren! Espero verte en Birmingham. —Tommy también se despidió asomando la cabeza por la ventanilla.

—Lauren, no vayas a meter tipos en la casa… —le dijo Billie con una sonrisa entusiasta—. O por lo menos, no en mi habitación.

—Haré una orgia en tu habitación —bromeó.

Ellos hicieron que se disipara un poco la nostalgia en ella, cuando el autobús se puso en marcha les dijo adiós con ambas manos. Todo el mundo sabría que ahí iba la banda del momento: Sweet Poison.

Porque tenía el nombre rotulado en grande y en un color granate que resaltaba en el negro brillante de la carrocería.

«Cuatro meses, casi cuatro meses. No sé qué será de mi vida en todo este tiempo, sin James», pensó y cuando perdió de vista el autobús, fue que se permitió llevarse las manos a la cabeza y llorar… El llanto le robaba las fuerzas, tanto que terminó en cuclillas en la acera.

Tras varios minutos, consiguió calmarse, entonces se levantó y entró en la casa, que sin la presencia de ellos parecía mucho más grande y vacía. Se sentó en el sofá y sacó un cigarrillo de la caja que estaba sobre la mesa de centro, lo encendió y empezó a fumar; buscando en la nicotina un poco de consuelo.



ADELANTO

EL GRAN PROBLEMA DE LENNY

Solo la oscuridad lo rodeaba y era tan densa que no le dejaba ver nada, por lo que lo hacía sentir en medio de un gran vacío impenetrable. Una nube de confusión le estrangulaba el pensamiento racional. No sabía dónde estaba ni por qué estaba ahí.

«Papi, Papi», escuchó el llanto, un llanto que reconocía muy bien, un llanto que había permanecido en su memoria por muchos años. Era su pequeña Susan que lo llamaba en medio de hipidos.

Giró en medio de esa espesa oscuridad y fue consciente de que estaba en medio de un charco de agua, que le llegaba hasta los tobillos. Estiró las manos, en busca de algún muro, necesitaba saber si había alguna barrera en esa nada.

«Papi, papi»

Él quería responder a su llamado, trataba de formar una frase, pero no salían de su garganta; en cambio, sus palabras eran sustituidas por una sensación de miedo, que se hacía cada vez mayor y una pesadez que se apoderaba de su cuerpo.

«Papi, no encuentro la salida, papi» La voz de su hija sonaba lejana.

Patrick quería abrir los ojos, tenía que abrirlos, pero sus párpados se resistían pesados y sentía unas fuertes punzadas de dolor en la cabeza.

«Susan, aquí estoy, mi pequeña, aquí estoy, sigue mi voz» intentaba hablarle, pero bien sabía que su llamado solo estaba en sus pensamientos; de manera inevitable, la impotencia lo cubrió como una segunda piel y un dolor agónico en su pecho le hacía casi imposible respirar.

Cuando por fin pudo abrir los ojos, también abrió su boca para agarrar una bocanada de aire que le llenara los pulmones y le aliviara el dolor en el pecho. Su mirada borrosa pudo distinguir las sombras en la penumbra de su habitación. Se llevó ambas manos al pecho, pero la agonía de esa pesadilla seguía ahí. Giró la cabeza hacia la derecha, y Madeleine estaba profundamente dormida a su lado, ignorante de su terrible tormento. Inhaló y exhaló varias veces, esperando a que los latidos de su corazón bajaran de intensidad.

Después de un par de minutos, empezó a sentir miedo de volver a quedarse dormido y regresar a esa pesadilla, en la que su hija suplicaba por su ayuda y que él no pudiera hacer nada. Miró el reloj digital en la mesita de noche, eran las dos y veinte de la madrugada. Con cuidado apartó la sábana y se levantó. Necesitaba desesperadamente aclarar su mente; así que, salió de la habitación y se detuvo frente a la puerta entreabierta del cuarto de Stella, se asomó y la vio dormida con la luz del velador bañando su hermosa carita pecosa. Seguro de que su pequeña estaba bien, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina, donde puso a calentar agua para prepararse un té.

Mientras estaba a la espera de que la tetera pitara, no hacía más que intentar buscarle un significado a esa pesadilla. No sabía por qué su hija lloraba, no sabía por qué todo estaba tan oscuro, ni mucho menos qué sentido tenía el agua que le llegaba a los tobillos.

Retiró del fuego la tetera antes de que con su dramático pitido despertara a Madeleine o a Stella. Vertió el agua en una taza donde ya reposaba una bolsita que mezclaba las hierbas de manzanilla, menta y citronela.

Se fue con taza en mano a la sala, se sentó en el sofá y encendió el televisor, dejándolo mudo, solo veía en los infomerciales, cómo ofrecían todo tipo de productos maravillosos y hasta casi mágicos, que prometían hacerlos perder diez kilos en un mes, o el mejor utensilio para picar todo tipo de vegetales en poco tiempo y sin el mínimo esfuerzo. Entretanto, le daba pequeños sorbos al té, a la espera de que la angustia que le dejó la pesadilla se disipara.

De repente, el estruendoso repique del teléfono lo hizo sobresaltarse, por lo que derramó algo de la bebida caliente, afortunadamente, la tenía algo lejos y solo cayó en la alfombra.

—¿Quién puede estar llamando casi a las tres de la mañana? —refunfuñó y se levantó para ir a contestar el teléfono que estaba pegado a la pared de la cocina.

Con el segundo repique apresuró el paso, debía contestar antes de que Madeleine despertara; afortunadamente, consiguió descolgar tras el tercer timbrazo.

—Aló.

—Aló, buenos días.

Patrick escuchó al otro lado de la línea la voz de una mujer con un acento que le parecía británico, pero lo más extraño era que su tono estaba bastante ronco o tembloroso.

—Sí, ¿diga?

—¿Me comunico con la familia Russell?

Ante esa pregunta a Patrick no le quedó dudas de que la mujer estaba llorando.

—Sí, habla Patrick Russell.

—Papá —un chillido le quebró la voz.

—¿Susan? —preguntó, y el corazón se le disparó en latidos, tuvo que apoyarse con una mano en la encimera, porque un terrible vértigo lo sorprendió con la rapidez de un rayo.

—Sí, papá, papá. —Un llanto desconsolado acompañaba a esa frase.

—¿Susan? ¡Susan! ¿Eres tú? ¿Dónde…? —su pregunta quedó inconclusa, porque un intenso pitido inundó el auricular—. No, no… no… Susan. —Con manos temblorosas y en medio de la desesperación empezó a golpear el aparato—. ¿Qué pasó? Me estoy volviendo loco, me estoy volviendo loco.

Colgó el teléfono y empezó a caminar en círculos, esperando a que volvieran a comunicarse. Estaba seguro de que esa llamada no fue producto de su imaginación; sin embargo, esperaba despertar en cualquier momento.

Pero pasaron un par de minutos y eso no sucedió, debía asegurarse de que no se trataba de un sueño; así que tocó la tetera y enseguida retiró la mano, ante la ligera quemadura que se provocó. No sabía qué hacer si correr a despertar a su mujer o subirse a la camioneta y conducir de inmediato hacia la policía. Pero tampoco quería alejarse ni un metro del teléfono, no quería.

Esperó, esperó y esperó con la mirada fija en el aparato, a la espera de que volviera a sonar. No supo cuánto tiempo pasó, pero decidió arriesgarse a ocupar el teléfono, sabía que, si llamaba a la policía, tardarían haciendo muchas preguntas y no le darían la urgencia que él ansiaba. Era mejor ir hasta la estación y reunirse con el detective que llevaba el caso de Susan, pero no iba a dejar el teléfono solo; así qué, decidió llamar a su hijo.

Sus manos temblaban tanto, que no conseguía a atinarle bien a los números. Inhaló profundamente y exhaló, al tiempo que sacudía la mano; eso le ayudó a conseguir el objetivo.

—Contesta, contesta —repetía; su estado ansioso aumentaba con cada tono que pasaba y su hijo no cogía el teléfono.

—Aló —respondió Lenny con la voz adormilada, al cuarto repique.

—Hijo.

—Papá, ¿qué pasó? ¿Por qué llamas a esta hora?

—Lenny, necesito que vengas a la casa ahora.

—¿Pasó algo? ¿Mamá y Stella están bien? —interrogó con urgencia. De inmediato llegó el miedo para llevarse cualquier rastro de sueño—. ¿Qué les pasó?

—No, no pasó nada malo, ellas están bien, están dormidas, pero tienes que venir ya, no puedo estar mucho tiempo al teléfono, ven ya, por favor.

—Sí, sí, enseguida voy. —Colgó.

Patrick también finalizó la llamada, suplicando que durante el minuto que duró la comunicación con su hijo, Susan no hubiese intentado comunicarse de nuevo. Se quedó mirando el teléfono y se mantenía con las manos en las caderas, pero el aparato seguía sin sonar, entonces fue a sentarse en la mesa donde tomaban el desayuno.

Le pareció que pasó una eternidad hasta que Lenny apareció tras la puerta mosquitera, se levantó raudo y fue a abrirle.

—¿Qué pasó? ¿Te sientes bien? —preguntó Lenny alarmado, al ver a su padre despeinado y

sin el ojo protésico. Le puso las manos sobre los hombros.

—Sí, estoy bien, pasa —le pidió con urgencia.

—Entonces, ¿cuál es la emergencia?

—Hace poco recibí una llamada de Susan…

—¡¿De Susan?! —inquirió perturbado. Quiso preguntarle a su padre si había bebido, sabía que llevaba más de diecisiete años sobrio, pero siempre existía la posibilidad de que pudiera recaer. Sin embargo, no quería herirlo con su suspicacia—. ¿Estás seguro? Es que eso no puede ser… ¿Susan? ¿Te dijo que era Susan? ¿No se tratará de una broma de muy mal gusto?

—No, estoy seguro de que no era una broma, ella estaba llorando… Mi niña estaba llorando, Lenny… Oh, por Dios… ¿dónde la busco? —Se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose desesperado. Se dejó caer sentado en una de las sillas del desayunador.

—¿Y qué pasó? —Se acuclilló y le puso una mano en la pierna y la otra en la espalda.

—Creo que se le cortó la llamada… O sería que se la cortaron… —Se cubrió la cara con las manos—. Eso fue, se la cortaron, ¿dónde tienen a mi niña? —Lloró amargamente.

—Papá, trata de calmarte. —Lo consolaba, mientas le acariciaba la espalda. No podía identificar los sentimientos que lo embargaban en ese momento, estaba muy confundido, pero ver a su padre así lo destrozaba—. Tenemos que esperar a las ocho de la mañana para ir a la policía, ellos sabrán qué hacer.

—Sí, pero mientras tanto, ¿qué hago? —preguntó, impotente.

—Tratar de estar tranquilo —dijo, apretándole un hombro—. ¿Ya mamá sabe?

—No, no he querido despertarla.

—Sí, es mejor dejarla descansar. —Lenny rodó una de las sillas para sentarse frente a su padre—. ¿Recuerdas lo que te dijo? ¿Por qué habrá llamado tan tarde?

—Me preguntó si hablaba con la familia Russell, y en cuanto le dije mi nombre, me dijo «papá»… —Le tembló el mentón por el llanto—. Me dijo «papá», su voz es hermosa, pero estaba llorando… y recuerdo que su acento me pareció británico… Pero, quizá es que estaba llorando.

—¿Te parece si anotamos todo eso? Aprovechemos que lo recuerdas muy bien. —Lenny se levantó, y se hizo de una libreta y un bolígrafo, que siempre estaban en la encimera de la cocina, junto al teléfono.

—No creo que pueda olvidar nada de lo que dijo, pero sí, es mejor anotar todo.

Lenny regresó a la silla y escribió cada detalle de lo que su padre le dijo; solo entonces, empezaba a asimilar la posibilidad de que su hermana estuviera viva, y en su pecho revivió la esperanza de volver a verla.



NOTA DE LA AUTORA

Hola, queridos lectores.

Suponía que «La Caótica vida de Lauren» se trataría de un solo libro; sin embargo, me surgieron ciertos inconvenientes que me imposibilitaron continuar con el final de la historia. Entre los cuales, puedo mencionar, que me enfermé, me salió un Herpes Zóster, que es un virus variante de la varicela; según el médico, se desconoce por qué se reactiva el virus, pero puede ser por defensas bajas o por estrés.

El virus es un brote, bastante doloroso, ya que no solo afecta la piel, sino también a los

nervios, por lo que el dolor que sentí por más de tres semanas me imposibilitó seguir con la historia. Esta es la parte negativa que detrás de un libro esté el factor humano.

Si me preguntan, qué pudo reactivar el virus en mí; estoy casi segura de que pudo ser por el estrés, ya que es algo que siempre me pasa factura, porque también sufro de neuritis, que es inflamación de los nervios. Y, sí. Los últimos meses he estado bajo mucho estrés, sobre todo, con la situación que está atravesando mi país, porque justo para la semana de las elecciones, fue que me empezó el brote y el picor.

Se preguntarán, por qué no aplacé la publicación del libro. Se debe a que por políticas de la plataforma no se puede cancelar las preventas, eso me vetaría por un año, y mi propósito durante el siguiente año, es publicar, por lo menos, una historia de los personajes pendientes del universo: Garnett.

Espero puedan comprender que fue una situación que se escapó de mis manos; sin embargo, la historia está bastante adelantada. Pero quise hacer la división en una parte que no les dejará tan ansiosos.

Gracias; se les quiere.

Lily Perozo.

LETRAS DE CANCIONES DE SWEET POISON

FIRE IN THE NIGHT

I'm under her spell, can't break free,
Her touch is electric, she's all I see.
I whisper in her ear, my plea so bold,
"I want you baby, hot and cold."

(Pre-Chorus)

Her eyes burn like fire, she knows the game, I'm ready to play, I'm staking my claim. She leans in close, whispers low, "You want it all? Just let go."

(Chorus)

Oh girl, won't you take me tonight,
I'll make you feel good, hold on tight. You got the power, you got the key, To unlock my world, set me free.

(Bridge)

I can't deny, you got me on my knees,
Your touch is heaven, just what I need. Let's make a deal, a secret pact,
You give me what I crave, I'll give it back.

FUEGO EN LA NOCHE

Estoy bajo su hechizo, no puedo escapar, su toque es eléctrico, ella es todo lo que veo. Le susurro al oído, mi súplica tan audaz, «Te quiero nena, caliente y fría».

(Pre-Coro)

Sus ojos arden como fuego, ella conoce el juego, estoy listo para jugar, estoy reclamando mi lugar. Se acerca más, susurra bajo, «¿Lo quieres todo? Solo déjate llevar».

(Coro)

Oh, nena, tómame esta noche,
Te haré sentir bien, agárrate fuerte.
Tienes el poder, tienes la llave,
Para desbloquear mi mundo, liberarme.

(Puente)

No puedo negarlo, me tienes de rodillas,
Tu toque es el cielo, justo lo que necesito. Hagamos un trato, un pacto secreto,
Tú me das lo que deseo, yo te lo devuelvo.

LETRAS DE CANCIONES DE SWEET POISON

SWEET AND INNOCENT

You have a pure soul, and I want to play, transform your dreams into a real desire. Your tenderness is a challenge, a game I want to win,
Let the darkness push you to explore.

(Pre-Chorus)

Let desire break your chains, there's no reason to fear, let yourself go. In my world of shadows, your light fades away, trade purity for a taste of truth.

(Chorus)

Sweet temptation, come by my side!
Leave behind the virtue, leave the loved one.
Dare to live, to break your freedom, sweet temptation, come and wake up now.

(Bridge)

In the crucible of desire, you'll forge your fate, Beyond Eden, lies the path. Innocence is a veil that soon will fade, come and discover what your heart will crave.

(Chorus)

Sweet temptation, come by my side!
Leave behind the virtue, leave the loved one.
Dare to live, to break your freedom, sweet temptation, come and wake up now.

(Outro)

Sweet temptation, I invite you to play, let passion guide you without delay. Leave behind your world, come and wake up now, sweet temptation, it's your time to shine.

DULCE E INOCENTE

Tienes un alma pura, y yo quiero jugar, transforma tus sueños en un deseo real. Tu ternura es un desafío, un juego que quiero ganar, deja que la oscuridad te empuje a explorar.

(Pre-estribillo)

Deja que el deseo rompa tus cadenas, no hay razón para temer, déjate llevar. En mi mundo de sombras, tu luz se deshace. Cambia la pureza por un sabor de verdad.

(Estribillo)

¡Dulce tentación, ven a mi lado!
Deja atrás la virtud, deja el ser amado. Atrévete a vivir, a romper tu libertad.Dulce tentación, ven y despierta ya.

(Puente)

En el crisol del deseo, forjarás tu destino, más allá del edén, se encuentra el camino. La inocencia es un velo que pronto se desvanecerá. Ven y descúbrelo, lo que tu corazón anhelará.

(Estribillo)

¡Dulce tentación, ven a mi lado!
Deja atrás la virtud, deja el ser amado. Atrévete a vivir, a romper tu libertad. Dulce tentación, ven y despierta ya.

(Final)

Dulce tentación, te invito a jugar, deja que la pasión te guíe sin parar. Deja atrás tu mundo, ven y despierta ya, .ulce tentación, es tu hora de brillar.

LETRAS DE CANCIONES DE SWEET POISON

GODDESS OF THE UNIVERSE

Every day is a journey in an eternal dream,
Where time stands still as you pass by, Your presence is an enigma, a mystery, Revealing a love I can't deny.

(Pre-Chorus)

Your gaze is fire that consumes me, A flame that ignites in my chest, Your tempting lips, my undoing, In your kiss, I found my salvation.

(Chorus)

You are my Goddess of the Universe, In the chaos, you're my light, my endless verse, Your gaze, my star in the dark, Your lips, the spell that makes me soar.

(Bridge)

In the echo of the night, I scream your name, each heartbeat a lament, a cry, In every guitar riff, I feel your essence, You are my muse, my passion, my fire.

(Chorus)

You are my Goddess of the Universe, In the chaos, you're my light, my endless verse, Your gaze, my star in the dark, Your lips, the spell that makes me soar.

(Outro)

On the horizon of this eternal love, You will always be my star, my reason to be, Goddess of the Universe, in your embrace, The world stops moving, just you and me.

DIOSA DEL UNIVERSO

Cada día es un viaje en un sueño eterno, Donde el tiempo se detiene al verte pasar, tu presencia es un enigma, un misterio, que revela un amor que no puedo evitar.

(Pre-Coro)

Tu mirada es fuego que me consume, Una llama que en mi pecho se enciende, Tu boca tentadora, mi perdición, En tus labios hallé mi salvación.

(Coro)

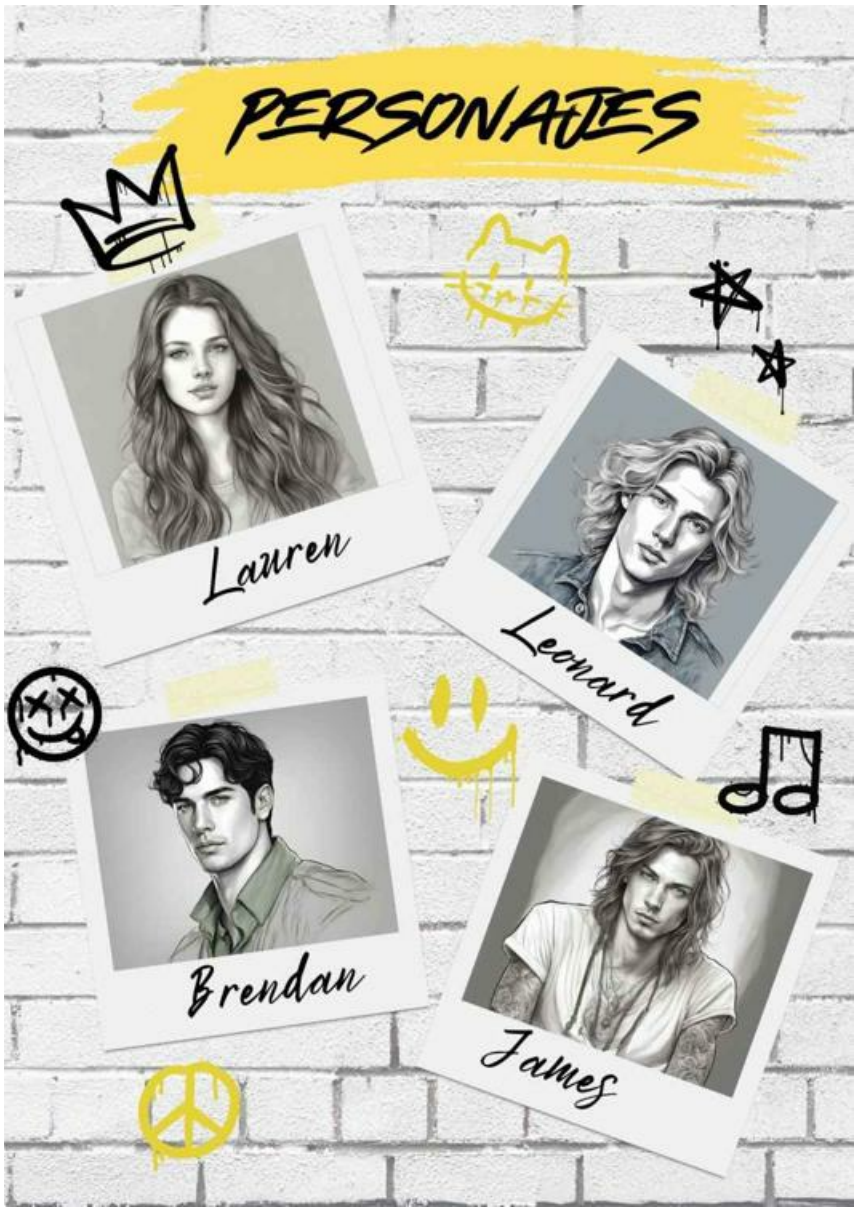
Eres mi Diosa del Universo,
En el caos, eres mi luz, mi inmenso verso, Tu mirada, mi estrella en la oscuridad, Tu boca, el hechizo que me hace volar.

(Puente)

En el eco de la noche, grito tu nombre. Cada latido es un lamento, un clamor, En cada riff de guitarra, siento tu esencia, Eres mi musa, mi pasión, mi fervor.

(Final)

En el horizonte de este amor eterno, Siempre serás mi estrella, mi razón de ser, Diosa del Universo, en ti encontré mi cielo. En tu abrazo, el mundo se deja de mover.


PERSONAJES
Lauren
Leonard
Brendan
James

Agradecimientos

Gracias a mis lectoras beta, que como siempre, son las chicas de grupo Sras. Garnett en Facebok.

A mi correctora y hermana Lina Perozo, por no abandonarme y ayudarme a que La Caótica vida de Lauren, tenga menos errores. Gracias por rabiar con Brendan.

También agradezco al maravilloso equipo de preventa, que siempre ayuda para que las chicas que no tienen acceso a Amazon puedan obtener el libro.

No puedo dejar pasar los agradecimientos sin ofrecer mi admiración a Astrid y a Marisol, por haber descontado los días que nos separaban del lanzamiento de esta historia.

Agradezco a todas las cuentas de libros de Instagram, Facebook y Tik Tok que se involucraron en este lanzamiento.

Y, por último, pero más importante, gracias a ti por darle la oportunidad a La Caótica Vida de Lauren.